

Salario para el Trabajo Doméstico

Comité de Nueva York 1972-1977
Historia, teoría y documentos

Recopilado y editado por

**Silvia Federici
y Arlen Austin**

Traducción

Aránzazu Catalán Altuna



Federici, Silvia

Salario para el trabajo doméstico / Silvia Federici. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tinta Limón, 2019.

356 p. ; 19 x 13 cm.

Traducción de: Catalán Altuna.

ISBN 978-987-3687-59-4

I. Feminismo. 2. Política. I. Catalán Altuna, Catalán Altuna, trad. II. Título.

CDD 305.4201

Primera edición en inglés: *Wages for Housework. The New York Committee 1972-1977: History, theory, documents*, Nueva York, Autonomedia, 2017.

Traducción: Aránzazu Catalán Altuna

Diseño de cubierta: Diego Maxi Posadas

Maquetación y diseño de interiores: Juan Pablo Fernández

Corrección: Mariano Pedrosa

© De los textos, Silvia Federici

© 2019, de la edición, Tinta Limón Ediciones



Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 España
(CC BY-NC-ND 3.0)



Usted es libre de:

* Compartir - copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

* Reconocimiento — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciente (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra).

* No Comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

* Sin Obras Derivadas — No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra. Entendiendo que:

* Renuncia — Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

* Dominio Público — Cuando la obra o alguno de sus elementos se halle en el dominio público según la ley vigente aplicable, esta situación no quedará afectada por la licencia.

* Otros derechos — Los derechos siguientes no quedan afectados por la licencia de ninguna manera:

- Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.

- Los derechos morales del autor

- Derechos que pueden ostentar otras personas sobre la propia obra o su uso, como por ejemplo derechos de imagen o de privacidad.

* Aviso — Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar muy en claro los términos de la licencia de esta obra.

Salario para el Trabajo Doméstico

Comité de Nueva York 1972-1977
Historia, teoría y documentos

Recopilado y editado por

**Silvia Federici
y Arlen Austin**

Traducción

Aránzazu Catalán Altuna





Índice

| | |
|---|-----|
| Agradecimientos | 7 |
| Una aclaración sobre el contenido | 9 |
| Prefacio | 11 |
| Introducción: Salario para el Trabajo Doméstico desde una perspectiva histórica | 13 |
| 1. Documentos fundacionales | 47 |
| 2. Volantes y carteles | 65 |
| 3. Panfletos | 79 |
| 4. Movilización del centro de trabajo, la huelga de mujeres de Islandia y la conferencia socialista feminista de Antioch | 95 |
| 5. Apertura del local de Brooklyn | 109 |
| 6. Salario para el Trabajo Doméstico y el <i>welfare</i> | 123 |
| 7. Autonomía lesbiana y Black Women for Wages for Housework | 151 |
| 8. Ensayos sobre salud | 157 |
| 9. Conferencias internacionales | 169 |
| 10. Salario para el Trabajo Doméstico y la política familiar | 203 |
| 11. Ramas del movimiento por el Salario para el Trabajo Doméstico en Estados Unidos | 213 |
| 12. Ramas internacionales del movimiento por el Salario para el Trabajo Doméstico | 219 |
| 13. Cobertura mediática del movimiento por el Salario para el Trabajo Doméstico y los debates sobre el valor del trabajo doméstico | 223 |
| Anexo 1. Panfletos de Falling Wall Press | 281 |
| Anexo 2. <i>Tap Dance</i> | 323 |
| Anexo 3. Los primeros tiempos del movimiento italiano | 353 |
| Materiales de Salario para el Trabajo Doméstico | 381 |

Agradecimientos

Gracias a Nicole Cox, Jane Hirschmann, Pat Sweeny, Barbara Silverman, Joan Ennis y Hedda Matza, miembros fundamentales del Comité de Salario para el Trabajo Doméstico de Nueva York, y a tantas otras mujeres que en distintos momentos han colaborado en sus actividades y en la producción de la mayor parte de los materiales incluidos en este libro.

Quiero agradecer especialmente a Nicole Cox, Jane Hirschmann y Pat Sweeny el papel irremplazable que cumplieron en la organización de nuestros eventos y en el desarrollo de las ideas que generó nuestra campaña. Nicole Cox es además la autora de muchas de las ilustraciones de nuestros panfletos, volantes y pósteres, entre ellas el potente dibujo de la mujer dando a luz una fábrica con el que ilustramos «Aviso a todos los gobiernos». Gracias a Judy Quinlan, del Comité de Salario para el Trabajo Doméstico de Toronto, quien escribió el texto de «Aviso a todos los gobiernos», y a Jacquie Ursula Caldwell, quien creó el póster de Salario para el Trabajo Doméstico que ilustra la portada del libro.

Gracias a Louise Toupin, con quien he mantenido una relación de amistad y colaboración a lo largo de estos años. Su libro *Le salaire au travail ménager. Chronique d'une lutte féministe internationale (1972-1977)* sin duda constituirá la referencia clave para la historia de la Campaña Internacional de Salario para el Trabajo Doméstico.

Este libro no habría sido posible sin la colaboración de Arlen Austin, quien, entre 2015 y 2017, ha dedicado muchos días a producir esta obra, a revisar cada documento, panfleto e imagen, a escanear centenares de páginas, formatear el libro y dar consejos inestimables sobre cómo habría que presentar el material, insuflándome ánimos para

acometer este proyecto con entusiasmo. Gracias también a la editora adjunta Siwin Lo, cuya ayuda a la hora de escanear y organizar el material ha sido indispensable.

Y gracias también a Mariarosa Dalla Costa por permitirme usar las imágenes del archivo del Comité de Salario para el Trabajo Doméstico de Triveneto, con sede en Padua (Italia), y a Jim Fleming y Lewanne Jones, de Autonomedia, por publicar este libro.

SILVIA FEDERICI
Brooklyn, 2017

Una aclaración sobre el contenido

En este libro se recopilan y contextualizan textos clave del Comité de Salario para el Trabajo Doméstico de Nueva York y de otras ramas del movimiento Salario para el Trabajo Doméstico. Siempre que ha sido posible, el material reprodujo directamente tal y como se imprimió por primera vez, ya fuese un volante, un panfleto o un periódico. Los ensayos más largos y los discursos se transcribieron tal y como se mecanografiaron inicialmente y se editaron mínimamente. Se incluyen breves introducciones escritas por Silvia Federici y notas al pie ocasionales para contextualizar el material. Salvo que se indique lo contrario, los documentos reproducidos proceden del archivo personal de Silvia Federici.

Los siguientes ensayos ya han sido publicados con anterioridad:

- La edición de «Wages Against Housework» [«Salario contra el trabajo doméstico»] reproducida en este volumen fue publicada originalmente en forma de panfleto por Falling Wall Press (Bristol, 1975) y se incluye en Ellen Malos ed., *The Politics of Housework* [*Políticas del trabajo doméstico*] (Londres, Allison & Busby, 1980).
- La edición de «Counter-planning from the Kitchen» [«Contraatacando desde la cocina»] reproducida aquí fue originalmente publicada como panfleto por Falling Wall Press (Bristol, 1975).
- «General Strike» [«Huelga general»] de Mariarosa Dalla Costa fue publicado previamente en Suzie Fleming y Wendy Edmond (eds.), *All Work and No Pay: Women, housework and the wages due* [*Tanto trabajar y sin paga. Mujeres, trabajo doméstico y el sueldo pendiente*] (Bristol, Falling Wall Press, 1975).

- «A Long Weekend of Struggle» [«Días festivos para la lucha»] se imprimió originalmente en *Women in Struggle* núm. 3 «Italy Now», preparado en 1974 por los Comités de Salario para el Trabajo Doméstico de Toronto y Nueva York para su publicación como panfleto.
- «Wages Against Housework», «Why Sexuality is Work» y «Counterplanning from the Kitchen» se incluyen en el libro de Silvia Federici, *Revolution at Point Zero. Housework, Reproduction and Feminist Struggle*, Oakland, Common Notions/PM Press, 2012 [ed. cast. *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2013].

Prefacio

Este volumen recoge el material (documentos, panfletos, volantes, crónicas) elaborado por el Comité de Salario para el Trabajo Doméstico de Nueva York, una organización feminista autónoma que, entre 1973 y 1977, se movilizó para exigir que el Estado pagase el trabajo doméstico. Nunca llegó a reunir más de 15 o 20 mujeres pero formaba parte de una gran campaña internacional y tenía el apoyo de un círculo más amplio de simpatizantes. Con los escasos recursos que tenía al alcance para perseguir sus objetivos, el Comité de Nueva York tuvo un importante papel en la política feminista de Estados Unidos.

Contribuyó a desarrollar la conciencia de la importancia del trabajo doméstico en la sociedad capitalista; colaboró en la formación de grupos de Salario para el Trabajo Doméstico en otras zonas del país, sobre todo en el noreste. Dio visibilidad a la campaña Salario para el Trabajo Doméstico en los medios de comunicación y en las calles y cuando, a finales de los años setenta, el gobierno y los medios de comunicación empezaron a atacar a las mujeres receptoras de subsidios sociales, el Comité se levantó para defenderlas, organizó una conferencia en 1976 y una manifestación contra los recortes sociales. De manera retrospectiva, podemos decir que —al igual que la campaña de la que formaba parte— el Comité de Nueva York constituyó una alternativa al feminismo establecido, y sirvió para introducir la «cuestión doméstica» en la agenda política, algo que ningún colectivo había hecho anteriormente. Esta es una de las razones por las que decidí publicar los materiales creados por el colectivo, que aún persisten, junto con las piezas informativas que en su día publicaron los medios para cubrir nuestra actividad. Otra de las razones es que en Europa y en Estados Unidos hay un claro interés renovado por Salario para el Trabajo Doméstico, obviamente estimulado por la precarización o incluso la desaparición

de diversas formas de trabajo asalariado y por la creciente crisis reproductiva, que nos está obligando a reconsiderar el hogar y el barrio como campos de batalla y de recomposición política.

Desafortunadamente, el material que se incluye en este libro solo representa una parte de lo que hicimos. Parte de mi colección personal se ha perdido y no he podido localizar a todas las mujeres que participaron en el colectivo. Por eso este libro no pudo ser un trabajo colectivo y la historia que en él se cuenta refleja ante todo mi concepción de lo que significó el Comité y lo que consiguió. Aun así, espero que la descripción de nuestra historia y actividades no discrepe demasiado de lo que habrían escrito otras compañeras y que, a pesar de sus limitaciones, este libro sea de utilidad para la nueva generación de feministas que sigue enfrentándose a muchos de los problemas que inspiraron la campaña original de Salario para el Trabajo Doméstico. Este libro se lo dedico a ellas.

SILVIA FEDERICI
Brooklyn, 2017.



Miembros del Comité por Salario para el trabajo doméstico de Nueva York en la manifestación internacional del día de la mujer en Nueva York, 1977. Fotografía de Freda Leiwand, de la colección de la Schlesinger Library, Radcliffe Institute, Harvard University.

Introducción

Salario para el Trabajo Doméstico
desde una perspectiva histórica

En el verano de 1972, cuando lanzamos la campaña internacional a favor de un salario para el trabajo doméstico durante un encuentro en Padua (Italia) yo pensaba que estábamos siendo pioneras. Más adelante me di cuenta de lo equivocada que estaba. A finales del siglo XIX, el salario para el trabajo doméstico ya era un asunto presente en la agenda feminista. Entre 1880 y 1930 fue una de las estrategias adoptadas por las feministas en Estados Unidos durante lo que Dolores Hayden ha denominado la «Gran Revolución Doméstica». Ella escribió: «Entre el final de la Guerra Civil y el comienzo de la Gran Depresión, tres generaciones de feministas materialistas plantearon cuestiones fundamentales acerca de aquello que se denominaba la “esfera de la mujer” o el “trabajo de la mujer”. Cuestionaron dos características del capitalismo industrial: la separación física del espacio doméstico y el espacio público y la separación de la economía doméstica y la economía política».¹

Hayden añade que, para poder superar estas separaciones, las feministas «propusieron la total transformación del diseño espacial y de la cultura material de los hogares, barrios y ciudades de Estados Unidos». Construyeron nuevas organizaciones vecinales, crearon cooperativas de amas de casa, promovieron nuevos proyectos de vivienda que integraran centros de día y cocinas públicas y «exigieron la remuneración económica del trabajo no remunerado de las mujeres en el hogar». Es difícil estimar cuán extendida estaba esta reivindicación, pero un editorial, publicado en el periódico *The New York Times* el 10 de agosto de 1876, en el que se da una reprimenda a una mujer de Kentucky por haber exigido a

13

¹ Dolores Hayden, *The Grand Domestic Revolution: A History of Feminist Designs for American Homes, Neighborhoods and Cities*, Cambridge, The MIT Press, 1985, p. 3.

su marido un salario por el trabajo que hacía en casa, indica que tal vez la idea no solo era popular en unos pocos círculos radicales (editorial en la página siguiente).

Expresado de distintas formas, el interés por el salario para el trabajo doméstico seguía vivo en el nuevo siglo. Durante el periodo previo a la Primera Guerra Mundial, la *General Federation of Women's Clubs* [Federación general de clubes femeninos] reivindicaba una «pensión de madre», es decir, un subsidio para madres viudas o solteras. En la década de 1920, la feminista socialista Crystal Eastman también propuso una «asignación maternal», para que las mujeres que quisieran tener hijos no tuviesen que depender económicamente de sus maridos.² Este primer movimiento por el salario para el trabajo doméstico también era internacional. La feminista alemana Käthe Schirmacher lo apoyaba. Durante la Primera Guerra Mundial, Schirmacher se posicionó en el nacionalismo de derechas, pero en 1904, en su papel de cofundadora de *Verband Fortschrittlicher Frauenvereine* [Asociación de Grupos de Mujeres Progresistas] y de la Alianza Internacional por el Sufragio Femenino [IWSA por sus siglas en inglés], era una internacionalista activa que había participado en encuentros feministas en toda Europa y publicado escritos a favor del reconocimiento de la contribución económica que suponía el trabajo doméstico no remunerado realizado por las mujeres.³

² Véase Blanche Wiesen Cook (ed.), *Crystal Eastman on Women & Revolution*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1978.

³ Véase Käthe Schirmacher «Le Travail Domestique Des Femmes. Son Évaluation Économique Et Sociale» *Revue d'Économie Politique*, tomo XVIII, Burdeos, 1904.

Esta es una visión cuanto menos sorprendente del asunto. ¡La casa *de él!* ¡Los hijos *de él!* ¿Y de quién más son esos hijos? Porque, con todo lo que hemos avanzado, hasta el momento no hemos llegado al punto de tener hijos sin que intervenga una madre, al menos que se sepa públicamente. Hasta qué grado de desarrollo científico nos llevarán nuestras mujeres avanzadas en un futuro, quizás no muy lejano, sigue siendo una de esas cuestiones sobre las que el intelecto masculino solo puede hacer conjeturas. Baste decir, para seguir con el tema de esta reflexión, que aún no se conoce ningún caso de nacimiento en el que no haya participado una madre. De cualquier modo, podemos deleitarnos al imaginar lo felices que serán estas criaturas cuando alcancemos semejante nivel de desarrollo. En el momento presente, sin embargo, lo único que está claro y más allá de toda duda en lo que concierne a un niño es quién es su madre. Y durante muchos siglos, la humanidad ha supuesto que las madres tenían tal amor por sus hijos que estaban dispuestas a hacer cualquier cosa por ellos y que incluso eran felices en ese cuidado maternal y al realizar todos esos oficios maternos que, a veces, provocan que la fatiga llegue a sus brazos y la ansiedad a sus corazones. Pero parece que el mundo se equivocaba o que se tiene que producir un cambio al respecto. Las esposas tienen que considerar a los hijos de una familia como los hijos del marido, su propiedad y preocupación particulares, para cuyo cuidado y alimentación adecuadas necesita de los servicios de una mujer, quien a cambio ha de recibir un sueldo fijo. Debemos admitir que, tal y como está planteado, no acabamos de entender el asunto. Si un hombre contrata los servicios de una mujer para que cuide de los hijos de otra mujer, no nos cabe duda de que aquella tendrá que recibir un salario acorde con las tarifas vigentes por ese trabajo. Pero que una mujer imponga a un hombre el pago por el cuidado de *los hijos de ella*, independientemente de quién sea el padre, es algo que supera nuestra capacidad de entendimiento. Todo padre debe hacer lo que esté a su alcance para mantener a sus hijos. Todo esposo debe hacer lo que esté a su alcance para mantener a su esposa. Pero más allá de eso, el mundo no tiene necesidad alguna de revelaciones como la de Kentucky. En todo el mundo civilizado, la ley exige a maridos y padres que mantengan el bienestar económico de sus familias en la medida de sus posibilidades y, en efecto, son muy raros los casos en los que no se da ese respaldo con tal bondad de corazón y tal escrupulosa lealtad que a cualquier mujer razonable no le quedaría nada por lo que quejarse ni nada por desear. Sin embargo, pagarle un sueldo a la esposa por los servicios prestados al cuidado de los propios hijos parece una cuestión totalmente diferente para la débil mente masculina.

Y lo mismo ocurre con el cuidado del hogar. El hombre debería tener, y por lo general se le permite tener, tan poco que ver con esto que el hecho de llamarla su casa, más allá del sentido jurídico de su potestad sobre ella, es en cierto modo irónico. Ciertamente, se le permite comprar la casa, o pagar el alquiler, y amueblarla y proveer los medios para mantenerla en marcha; pero más allá de estas funciones insignificantes, aunque incluso la mujer más de avanzada deba admitir que son necesarias, el marido tiene muy poco que ver con el asunto. Los gustos de la mujer y, excepto en lo que afecta directamente a la comodidad personal de él, los deseos de la mujer se tienen en cuenta en los asuntos domésticos, por lo que la casa se

mantiene casi exclusivamente para ella y los niños. Cualquier hombre bondadoso de corazón no escatima nada cuando se trata de la verdadera comodidad o de complacer un gusto razonable de la mujer que ama, siempre que le sea posible. La cantidad de hombres que exprimen su talento y agotan sus fuerzas al máximo para cubrir bien las necesidades de su esposa e hijos centuplica la de aquellos que lo hacen de manera inconsciente o con restricciones innecesarias. Pero los auténticos hombres, los de disposición más justa y generosa, son los que se sublevarían ante la proposición de pagar un salario a su mujer por sus servicios. Y quizás tampoco están siendo poco razonables al esperar ser ellos quienes deciden cómo se gasta el dinero que él suministra y en qué cantidad.

Es cierto que los servicios de la esposa están reconocidos por la ley y que cuando ella es persuadida de dejar a su marido y a los hijos «de él», si el marido decide demandarla por el daño causado, exige daños y perjuicios por haber perdido los servicios de su esposa. Pero esta es una de esas ficciones jurídicas a las que ha sido necesario recurrir en alegatos judiciales para conseguir aquello que no se podía alcanzar de otra forma. Cuando se indemnizan estos casos, el valor de los servicios de la mujer como enfermera y ama de casa se ajusta a una tarifa tan monstruosamente elevada que en la vida real parecería fabulosa. Pero, como ya hemos dicho, es auténtica ficción. Si las mujeres desean que el puesto de la esposa tenga los honores que ellas le atribuyen, en lugar de hablar del valor de sus servicios y de sueldos fijos tendrían que vivir con sus maridos honrando el espíritu de los votos matrimoniales del rito inglés, uniéndose a ellos «en las alegrías y en las penas, en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarlo, honrarlo y obedecerlo». Eso es ser una esposa. No ser así, no estar dispuesta a compartir el destino de un hombre, no ofrecerle el respeto y la sumisión debida al señor de la casa, significa adoptar un peligroso parecido con aquellas mujeres que mantienen otra clase de relaciones, que exigen un sueldo fijo, o al menos un salario, y que mantienen tal postura que siempre existe al menos una duda razonable sobre su derecho a hablar a un hombre sobre el cuidado de los hijos «de él».

En defensa de la mujer

Mary Inman



Frontispicio de la primera edición de *In Woman's Defense* publicada en 1940, que contiene una cita de la reflexión que hace Inman sobre el trabajo doméstico como un trabajo productivo.

18

siempre llegaría a la misma conclusión, que el trabajo de la esposa es un servicio necesario para la creación de productos en esas plantas.

La labor de las trabajadoras de las lavanderías que lavan la ropa de los trabajadores productivos es necesario para el sistema de producción. Las criadas y celadoras que barren el suelo, hacen las camas y ordenan las estancias de las residencias de trabajadores y campamentos en los que duermen y descansan los trabajadores productivos, con el fin de poder prepararse para volver a trabajar al día siguiente, son un eslabón necesario del proceso productivo.

Del mismo modo, el trabajo de las amas de casa en los hogares de los trabajadores productivos, que realizan servicios como mantener la ropa limpia y las camas y los suelos limpios, también es una parte indispensable de la producción.

El trabajo de la mujer, que cocina para su marido, quien trabaja haciendo neumáticos en la planta de Firestone en Southgate (California) esencialmente forma tanta parte de la producción de neumáticos para automóviles como los cocineros y camareras de las cafeterías en las que comen los trabajadores de Firestone.

Y todas las esposas de todos los trabajadores de Firestone, a través del trabajo socialmente necesario que realizan en el hogar, toman parte en la producción de neumáticos Firestone y su trabajo está vinculado con esos neumáticos de forma tan estrecha como el trabajo de sus maridos.

Cualquiera podría aplicar esta descripción a los productos fabricados por Republic Steel, Standard Oil, Henry Ford, etc. y

En Inglaterra, la principal defensora de un salario para el trabajo doméstico fue la líder de las sufragistas Eleanor Rathbone, quien después fue miembro del Parlamento. Durante más de 25 años, Rathbone reivindicó la independencia económica de las mujeres y, en agosto de 1945, logró que el Parlamento británico aprobase un subsidio familiar [*Family Allowance*], el primer sueldo o salario estatal universal para mujeres «que para muchas personas constituyó la más radical de las leyes del Estado del bienestar de la posguerra».⁴

Su aprobación provocó que el tema cobrase popularidad también en Estados Unidos. «¿Deberían recibir un salario las amas de casa?» se preguntaba Kay Hanly Brettnal en *American Home* en febrero de 1947.⁵ Pero tanto la izquierda como la derecha estadounidense se oponían a la propuesta. Cuando Mary Inman, miembro del Partido Comunista, abogó por un salario para el trabajo doméstico en su innovador trabajo *In Woman's Defense* (1940),⁶ en el que se adelantaban algunos de los argumentos a los que luego recurrimos en nuestra campaña, el Partido Comunista criticó su posición, lo que llevó a Inman a abandonar el partido.

Estas primeras adhesiones dieron un giro político al concepto popular e institucional del trabajo doméstico. Allanaron el camino para que se reconociese al ama de casa como trabajadora, miembro de la clase obrera *por derecho propio*, rompiendo así con la tendencia a clasificar a las mujeres según la clase social de su marido. Sin embargo, existe una gran diferencia entre el concepto del salario doméstico defendido en el siglo XIX y el defendido en la campaña de Salario para el Trabajo Doméstico [WfH por sus siglas en inglés]. Para la mayoría de sus defensoras, el salario para el trabajo doméstico constituía la justa remuneración de un trabajo con el que se identificaban, pero que querían modernizar. Como explica Hayden, las defensoras del salario doméstico del siglo XIX eran ante todo mujeres de clase media que aceptaban la existencia de una esfera

⁴ Véase Eleanor Rathbone, *The Disinherited Family* con ensayo introductorio de Suzie Fleming, Bristol, Falling Wall Press, 1986 (primera edición: 1924).

⁵ Kay Hanly Brettnal, «Should Housewives Be Paid a Salary?», *American Home*, núm. 37 (febrero 1947), pp. 15-16.

⁶ Mary Inman, *In Woman's Defense*, Los Angeles, Committee to Organize the Advancement of Women, 1940. Véase además Mary Inman, «The Role of the Housewife in Social Production (1940)», *Viewpoint Magazine*, núm. 5 (octubre 2015).

separada de actividad femenina, y lo único que querían era reorganizar esta esfera para estar menos aisladas y conseguir así mayor poder social; algunas reclamaban una modernización del trabajo doméstico basada en el modelo del trabajo industrial.

Su perspectiva política no solo excluía la idea de una distribución más igualitaria del trabajo doméstico entre hombres y mujeres y entre mujeres negras y mujeres blancas; tampoco criticaba la subordinación capitalista del trabajo doméstico a la producción de la mano de obra, un aspecto central de la teoría y la práctica de nuestra campaña. Para ellas, reclamar un salario para el trabajo doméstico constituía una afirmación del trabajo doméstico, mientras que para nosotras era la expresión del rechazo a un trabajo que nos hacía sentir aprisionadas y cuya finalidad (proporcionar trabajadores baratos, dóciles y disciplinados) negábamos que fuese un ideal socialista y feminista.

También se puede medir la diferencia entre el concepto del salario doméstico del siglo XIX y el de nuestro movimiento considerando los distintos contextos en los que se desarrollan. Entre ambos momentos hubo dos guerras mundiales que acabaron con cincuenta millones de personas, transcurrió un siglo de lucha anticolonial/antiapartheid y se lanzaron las primeras bombas nucleares, fenómenos cuyo efecto combinado logró destruir la fe en el desarrollo capitalista como fuerza de progreso y en el Estado como garante de la reproducción, al menos en Europa. Nosotras no nos ubicamos conscientemente dentro de estos parámetros históricos, al menos en nuestra fase inicial. Sin embargo, nuestra política estaba moldeada por los movimientos «antisistema» de los años sesenta y setenta y aunque pareciese que seguíamos la línea del pensamiento político feminista que ya estaba establecido en el siglo XIX, en realidad divergíamos radicalmente.

Nuestra postura coincidía más con la de Mary Inman, quien (como hemos visto) en 1939 escribió en *In Woman's Defense* que las esposas de los trabajadores eran igual de importantes para el proceso de producción que sus maridos y que el hogar nunca dejaba de ser un lugar de producción porque «la más valiosa de todas las mercancías se sigue produciendo aquí: la fuerza de trabajo» (véase extracto en la página anterior).

Pero también en este caso nuestra perspectiva política se orientaba en otra dirección. Aunque Inman adelantó uno de los temas principales de nuestra campaña, el reconocimiento de la productividad del trabajo doméstico, su concepción de la naturaleza de este trabajo y del «camino por recorrer» eran significativamente diferentes. Para Inman, el trabajo doméstico consistía en un conjunto limitado de actividades (comprar, cocinar, lavar, cuidar de los niños), y no en una relación social particular que define la identidad de millones de mujeres, y su solución al problema del trabajo doméstico era igual de reduccionista: servicios sociales más eficientes en cuestiones de vivienda, guarderías y otros servicios sociales que aligeren a las familias la carga del cuidado de niños y mayores, y la formación de «ligas de amas de casa» que se ocupen de «sus necesidades económicas específicas». En otras palabras, el salario para el trabajo doméstico era para Inman una demanda sindical, un reconocimiento de la «utilidad social» del trabajo doméstico, pero entendido como una ocupación que solo concierne a mujeres y esposas. No se trataba de una estrategia anticapitalista (lo que sí ocurría en nuestro caso) que quisiera acabar con la dependencia femenina de los hombres y además subvertir las jerarquías construidas sobre la base de nuestro trabajo doméstico no remunerado y sobre el salario como medio de explotación y control social. Lo que nos alejaba de las feministas materialistas del siglo XIX citadas por Hayden, era lo mismo que nos alejaba de Inman: nuestro rechazo al trabajo doméstico tal y como lo define la sociedad capitalista. Rechazábamos el trabajo doméstico como trabajo no remunerado, como forma particular de segregación, como identidad social, tan generalizada y naturalizada que incluso sirve para definir el trabajo de las mujeres que en realidad hacen muy poco trabajo doméstico.

Salario para el Trabajo Doméstico, tal y como nosotras lo concebimos, era el producto de la misma sublevación contra la domesticidad y la «supremacía masculina» que se materializó en el surgimiento del movimiento feminista de los años setenta, aunque nosotras seguíamos otra estrategia. El hecho de que ya antes del lanzamiento de nuestra campaña internacional, en el verano de 1972, la cuestión del trabajo doméstico fuese un tema de debate frecuente entre las feministas en Estados Unidos demuestra esta continuidad. «The Political Economy of Women's



Marcha del Comité de Salario para el Trabajo Doméstico de Padua, 1 de mayo de 1975. En el centro de la imagen, Mariarosa Dalla Costa sujeta la pancarta del Comité de Padua.

Liberation»⁷ [Economía política de la liberación de la mujer] de Margaret Benston; «Housework: Slavery or a Labor of Love»⁸ [Trabajo doméstico. Esclavitud o acto de amor] de Betsy Warrior, y «Women's Work is Never Done»⁹ [El trabajo de la mujer nunca se termina] de Peggy Morton constituyen un ejemplo en este sentido. Si además nos fijamos en los temas de los que se ocupaban las feministas, veremos que se centraban en la redefinición y la crítica de la reproducción en todas sus formas. La «política sexual» de Kate Millet,¹⁰ el argumento de Carol Hanisch de que

22

⁷ Margaret Benston, «The Political Economy of Women's Liberation», *Monthly Review*, vol. 21. núm. 4, septiembre 1969, pp. 13-27.

⁸ Betsy Warrior, «Slavery or Labor of Love», *Notes from the Third Year*, Nueva York, Avon Books, 1970.

⁹ Peggy Morton, «Women's Work is Never Done», *Women Unite: An Anthology of the Canadian Women's Movement*, Toronto, Canadian Women's Educational Press, 1972.

¹⁰ Kate Millet, *Sexual Politics: A Surprising Examination of Society's Most Arbitrary Folly*, Nueva York, Avon Books, 1970.

«lo personal es político», el «I want a Wife» [Quiero una esposa] de Judy Syfer,¹¹ la denuncia de la objetificación sexual de la mujer y de la discriminación por edad: todos estos «motivos de lucha» desafían la visión dominante del trabajo doméstico como algo natural para las mujeres, como un «acto de amor» y rompen con la idealización de la vida familiar al reinterpretar el hogar como el lugar de trabajo y confinamiento de las mujeres.¹² *La política feminista, a la que a menudo se refieren como «política del cuerpo», era una «política de la reproducción», al menos en su primera fase*, centrada en la idea de que la vida doméstica da lugar a relaciones de poder desiguales y de que «la revolución empieza en casa». Así, cuando un grupo de mujeres sacó la publicación *Off Our Backs* en 1970, pocas de nosotras dudaban de que, además de los hombres, había que librarse también del trabajo doméstico tal y como lo conocíamos.

Este interés no fue duradero. Con alguna excepción, a mediados de la década de los setenta la mayoría de las feministas había abandonado el campo de batalla del trabajo reproductivo para centrarse en el acceso a las ocupaciones tradicionalmente dominadas por los hombres, la igualdad salarial para trabajos comparables, las campañas por la *Equal Rights Amendment*¹³ o en obtener legitimidad en el mundo académico.

Salario para el Trabajo Doméstico constituyó una excepción a estas tendencias. Coincidíamos con otras feministas en la convicción de que el trabajo doméstico era la raíz de nuestra opresión como mujeres. A diferencia de otras feministas, creíamos que debía ser nuestro principal campo de batalla por esa misma razón, y que la forma más eficaz de liberarnos de él era negarnos a hacerlo gratis. Pero pocas feministas de la época entendieron las motivaciones políticas de esta elección estratégica.

¹¹ Judy Syfer, «Why I Want a Wife» en Anne Koedt ed. *Notes from the Third Year: Women's Liberation*, Nueva York, Radical Feminists, 1970, pp. 13-14.

¹² El ensayo clásico de Carol Hanisch «The Personal is Political», que ha circulado mucho entre las feministas, fue publicado originalmente en Shulamith Firestone y Anne Koedt, eds. *Notes from the Second Year: Women's Liberation Major Writings from the Radical Feminists*, Nueva York, Radical Feminists, 1970, pp. 76-78.

¹³ *Equal Rights Amendment* [Enmienda de la igualdad de derechos] fue una propuesta de enmienda a la Constitución de Estados Unidos que nunca se ratificó, escrita originalmente por Alice Paul y Crystal Eastman [N. de la T.].

Uno de los objetivos de este libro es reconsiderar el significado político de esta reivindicación, clarificar sus demandas y reflexionar sobre lo que el paso del tiempo y las transformaciones provocadas por la globalización de la economía mundial han demostrado respecto a sus posibilidades. Por esta razón, además de los documentos producidos por el Comité del Salario para el Trabajo Doméstico de Nueva York en su etapa más activa (1973-1977), he incluido *Tap Dance* entre los materiales que recoge este volumen, un periódico realizado por aquellas que seguíamos en la organización a principios de la década de los ochenta, después de que el comité original decidiera disolverse (véanse los anexos).

El Colectivo Feminista Internacional y la formación de Salario para el Trabajo Doméstico en Nueva York

Desde el punto de vista cronológico, el nacimiento del Comité del Salario para el Trabajo Doméstico de Nueva York se produce durante el verano de 1972 cuando, de manera «aparentemente accidental», nos reunimos en Padua, Italia, varias mujeres procedentes de cuatro países y, tras dos días de debates, creamos una organización, a la que llamamos el Colectivo Feminista Internacional, cuya misión era lanzar una campaña por el salario para el trabajo doméstico en nuestros respectivos países (consúltese el documento de las páginas 42-43). Como se señalaba en la declaración que hicimos para la ocasión, el supuesto «accidente» solo lo fue en parte. Lo que nos conectaba a varias de nosotras era la participación en una red de activistas con nodos en Padua, Milán, Turín, Londres y Detroit, que trabajaba para desarrollar alternativas a las políticas de los partidos comunistas tradicionales, inspirada en la lucha de los obreros industriales pero también en los movimientos anticoloniales. Este contexto político común, en el que se reinterpretaba a Marx desde la óptica del *operaismo* italiano, el programa de la League of Revolutionary Black Workers [Liga de trabajadores negros revolucionarios] de Detroit y las enseñanzas de la lucha anticolonial y contra el apartheid racial en Estados Unidos, nos llevó a buscar un feminismo basado en la clase distinto al que defendían las organizaciones feministas-socialistas existentes. Su primera formulación se encuentra en la obra *Pottere femminile e sovversione sociale* [Las



Joan Ennis (a la derecha) y otros miembros del Comité de Nueva York durante una protesta por el Día Internacional de la Mujer de 1977. Fotografía de Freda Leiwand, de la colección de Schlesinger Library, Radcliffe Institute, Universidad de Harvard.

mujeres y la subversión de la comunidad] de Mariarosa Dalla Costa, un ensayo publicado en italiano en 1971 que hoy en día constituye un clásico y que se convirtió en el documento fundacional de nuestra campaña.¹⁴

Este ensayo revolucionó el enfoque marxista ortodoxo del trabajo doméstico y la figura de la «trabajadora del hogar» de un modo en parte anticipado por Mary Inman, al afirmar que, lejos de ser un legado de la sociedad precapitalista, el trabajo del hogar ha sido un elemento fundamental de la acumulación capitalista al constituir la producción de la «fuerza de trabajo» y, como tal, la condición para todo tipo de trabajo. Igual que Inman, Dalla Costa demuestra que el hogar es un lugar de producción y que si las mujeres tienen menos poder que los hombres no se debe a que su trabajo sea menos importante que el trabajo en la

25

¹⁴ Mariarosa Dalla Costa, *Potere Femminile e Sovversione Sociale*, con «Il posto della donna» de Selma James, Venecia, Marsilio, 1971. Primera edición en inglés: Mariarosa Dalla Costa y Selma James, *The Power of Women and the Subversion of the Community*, Bristol, Falling Wall Press, 1972 [ed. cast.: *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*, México / Madrid, Siglo XXI, 1975].

fábrica, sino a que este trabajo no se paga en una sociedad en la que solo se reconoce el trabajo si existe un salario. *Potere Femminile e Sovversione Sociale* no llega a reclamar un salario para el trabajo doméstico y a menudo esto se ha interpretado como una desautorización de esta estrategia. En realidad, la reivindicación de un salario para el trabajo doméstico es la única reivindicación coherente con la postura defendida en el ensayo, que llamaba a la reapropiación de la riqueza producida por las mujeres en lugar de pedir un salario a cambio de más trabajo. Con estas ideas en mente, viajé a Padua en julio de 1972.

Con los años he olvidado buena parte de lo que se habló en aquella reunión, pero no la preocupación que expresaron muchas participantes al afirmar que iba a ser difícil organizar la campaña por el salario doméstico a causa de las tendencias liberales del movimiento feminista, la obcecación de la izquierda y, en Italia, la omnipresencia del Partido Comunista, cuya organización de mujeres, la UDI (Unión de Mujeres Italianas), trataba de tener la hegemonía de la política feminista.

A pesar de las dificultades previstas, para cuando me fui de Italia ya me había embarcado en el proyecto y pronto se me unió Nicole Ruffere Cox, una feminista suiza que vivía en Brooklyn y que estaba igual de entusiasmada que yo con la campaña. Pero fue en la primavera de 1973 cuando se formó el grupo, impulsado por la gira de Mariarosa Dalla Costa y Selma James por Estados Unidos que recaló en Nueva York, donde nos reunimos en varias ocasiones.

En ese momento comenzamos una práctica a la que hemos seguido recurriendo todos estos años: aprovechar las visitas de conferenciantes de otros sitios para dar publicidad a nuestro colectivo, reclutar a más mujeres y aprender a construir nuestros argumentos a partir de los de quienes están más avanzadas en la lucha. Aun así, crear el grupo resultó ser más laborioso de lo que habíamos imaginado. El entusiasmo que cundía en las presentaciones públicas declinaba cuando teníamos que concretar nuestras prioridades. Ahora tengo un recuerdo vago de aquellos primeros debates. Pero lo que mejor recuerdo es que para muchas mujeres resultaba difícil ver que el salario para el trabajo doméstico era algo más que un pacto de productividad. Así que durante semanas hubo fluctuación en los miembros del grupo. Puedo decir que algunos de los asuntos que surgieron en aquella etapa temprana nunca se resolvieron.

Durante un tiempo, nuestra relación con Salario para el Trabajo Doméstico osciló entre el reformismo y el radicalismo, entre el salario como compensación por el trabajo doméstico o el salario como subversión de este trabajo, con todo lo que conllevaba en términos de identidad y expectativas sociales. Pero *nuestro grupo se formó al aprender a equilibrar estas facetas contradictorias del salario*. Nuestra relación con otros grupos de la red nos ayudó a desarrollar el proyecto. Manteníamos un intercambio de ideas constante con el Comité Triveneto de Italia y con Power of Women Collective [Colectivo Poder de las Mujeres] de Londres a través de cartas, visitas y la lectura de los artículos y panfletos que producían –instrumento clave de nuestra formación política–. Inspiradas en su ejemplo, trabajamos nuestras diferencias, y ahora me doy cuenta de que aquellas largas y frustrantes discusiones que manteníamos sobre la viabilidad política de Salario para el Trabajo Doméstico, en realidad eran muy necesarias, pues nos prepararon para los futuros encuentros públicos en los que nos enfrentaríamos a los ataques tanto de la izquierda organizada como de las feministas. Sin duda, la rápida rotación de miembros que experimentamos al principio puso a prueba nuestro compromiso.

Desarrollo de la campaña de Salario para el Trabajo Doméstico en Estados Unidos

A pesar de lo laboriosa que fue su gestación, en la primavera de 1974 ya estábamos preparadas para dejar a un lado la disquisición y ponernos en marcha. Nuestra primera iniciativa pública fue la producción del folleto «*May Day or Mother's Day?*» [«¿Día de los Trabajadores o Día de la Madre?»] que distribuimos en el parque Prospect Park de Brooklyn el día oficialmente designado para honrar a las madres en Estados Unidos (véase Documento 2.4, pág 72). Esta acción nos puso en contacto con todo tipo de mujeres que estaban paseando por el parque y tenían mucho que decir sobre el tema, especialmente las que iban empujando un carrito. Algunas se quejaban de que no tenían dinero, otras se quejaban de las jornadas interminables de trabajo, otras, del escaso aprecio por la tarea que llevaban a cabo. Todas estaban intrigadas por nuestra campaña y nos preguntaban por qué la habíamos lanzado y qué esperábamos conseguir.

En aquella época, nosotras rondábamos la treintena, éramos blancas, teníamos trabajo, aunque fuese precario, y ninguna de nosotras encajaba ni por asomo en la imagen clásica del ama de casa. Unas pocas de nosotras estaban casadas y unas pocas menos tenían hijos. Pero no nos daba vergüenza admitir que no nos habíamos librado del trabajo doméstico ni de las expectativas sociales derivadas de su naturalización como «trabajo de mujeres». Esto era particularmente cierto entre aquellas de nosotras que trabajaban como asistentes sociales en un complejo hospitalario de Brooklyn, quienes pronto se dieron cuenta de que su «profesión» consistía en disciplinar a otras mujeres para que aceptasen sus deberes domésticos cuando la carga de trabajo se volvía excesiva y sufrían crisis nerviosas. Así que para nosotras no era una cuestión de ideología afirmar, como lo hacíamos en nuestros volantes, que *el trabajo doméstico es un problema común a todas las mujeres* y el terreno potencial para que nos recompongamos políticamente entre nosotras.

Este fue el eslogan que incluimos en todo el material que editamos y uno de los temas centrales de la primera conferencia internacional que celebró nuestra red, organizada por nuestro grupo en el otoño de 1974. El encuentro tuvo lugar en Brooklyn, donde vivía la mayoría de nosotras, y participamos más de 20 mujeres, procedentes de Reino Unido, Italia, Canadá y de otras ciudades de Estados Unidos en las que se habían formado nuevas agrupaciones de WfH, como Philadelphia y Cleveland.

Como se refleja en el documento que realizamos, dos temas dominaron el debate: la definición de la base de clase de nuestra perspectiva y el tema de la organización.

28

Redactado durante la última noche del congreso, «*Theses on Wages for Housework*» [«Tesis sobre el salario para el trabajo doméstico»] (véase pp. 51-56) articula de manera detallada la función de la mano de obra no asalariada y de la falta de salario en la sociedad capitalista: el trabajo que esconde, la distorsión que produce en nuestro entendimiento de las relaciones cotidianas, las jerarquías, dependencias y divisiones desiguales de la mano de obra que genera. Como resalta Selma James, una de las principales contribuidoras al texto, y adelantando el argumento que luego vertebra su obra *Sex, Race and Class* (1975) [*Sexo, raza y clase*], la falta de salario constituye la base material de las jerarquías del trabajo existentes, es el terreno en el que

se cimentan el racismo y el sexismo, pero no indica una falta de poder.¹⁵ Un año más tarde, esta afirmación quedaría demostrada de manera espectacular por la huelga de mujeres de Islandia organizada en el otoño de 1975, que hizo que se parara el país, literalmente, como demuestran las impresionantes fotografías que se tomaron ese día en Reykjavik.

Al igual que ocurrió durante la conferencia, en «Tesis sobre el salario para el trabajo doméstico» también se trata el tema de la organización y se esbozan las razones que hacían necesaria una *campaña que se ocupara de la cuestión del trabajo doméstico en su totalidad* junto con las luchas sobre aspectos específicos del trabajo reproductivo.

Fue entonces cuando empezamos a definir la idea, que yo desarrollo más adelante en «Wages Against Housework» [«Salario contra el trabajo doméstico»], de que la nuestra no era solo una reivindicación, sino *una perspectiva que podríamos aplicar a todas las luchas* –por ejemplo, a la lucha por las guarderías, para argumentar que no necesitamos salir de casa para hacer más trabajo, sino para descansar del trabajo doméstico, leer un libro o acudir a un encuentro de mujeres–. Los panfletos sobre la vivienda, la tercera edad y la esterilización (véase pp. 80-84) constituyen ejemplos de cómo la perspectiva del salario para el trabajo doméstico nos permitía abordar estos temas desde un punto de vista diferente. Por ejemplo, nos dimos cuenta de que las mujeres son los únicos trabajadores que pagan un alquiler por su lugar de trabajo; de que, a diferencia de otros trabajadores, nosotras nunca nos jubilamos; de que trabajamos toda la vida ayudando a todo el mundo a vivir y a morir y después, cuando nos hacemos mayores, muchas de nosotras no tenemos recursos porque el trabajo doméstico no cuenta en nuestra sociedad. También vimos que las mujeres beneficiarias de subsidios sociales podían ser chantajeadas y obligadas a aceptar la esterilización bajo la amenaza de dejar de recibir la paga –es lo que ocurría en algunos hospitales de todo el país en la década de los setenta, porque, como siempre, no se reconocía que la maternidad fuese un trabajo–.

¹⁵ Selma James, *Sex, Race and Class: The Perspective of Winning*, Bristol, Falling Wall Press, 1975.

Salario para el Trabajo Doméstico y la lucha por el *welfare*

Entre todos los temas que trataba nuestra campaña, el de los subsidios sociales [*welfare*] tuvo un papel central para nuestra organización. La década de los setenta supuso un punto de inflexión en la relación institucional con la asistencia social. En parte como respuesta al auge del movimiento Black Power [Poder negro], un fenómeno condenado por políticos conservadores como Patrick Moynihan, que lo consideraban una consecuencia de los casos cada vez más numerosos de familias encabezadas por mujeres¹⁶ y, sobre todo, como consecuencia del temor a que los ingresos aportados por el Estado estuviesen alimentando la insurgencia contra el trabajo industrial, en 1971 se empezó a popularizar la difamación sistemática de las mujeres acogidas al programa *Aid to Families with Dependent Children* [Ayuda para familias con hijos dependientes, AFDC por sus siglas en inglés]. Durante los siguientes años el fenómeno arreció, se culpaba de todos los problemas del país a las mujeres que recurrían a la asistencia social, hasta que en 1996, bajo el mandato del presidente Clinton, se abolió el programa AFDC.

Sin embargo, este programa, financiado en parte con subsidios del Estado y sujeto por lo tanto a importantes variaciones en lo que respecta a las condiciones para recibir la ayuda, que se otorgaba y regulaba de un modo tan injusto que recordaba a las *Poor Laws* [leyes de asistencia a los pobres] del siglo XIX, constituía un importante medio de subsistencia y autonomía para millones de mujeres.¹⁷ Como ocurría con la *Family Allowance* de Reino Unido, esta ayuda representaba el único dinero que ellas podían considerar propio, el medio para escapar de la pobreza y de trabajos y relaciones no deseadas. Pero se desarrolló una campaña bien orquestada –que se redobló durante el mandato de Nixon y se recurrió a todos los

¹⁶ Daniel Patrick Moynihan, *The Negro Family. The Case for National Action*. Office of Policy Planning and Research. United States Department of Labor, 1965.

¹⁷ Para saber más sobre AFDC y el desarrollo de un nuevo orden de normas familiares influidas por la perspectiva de un salario para el trabajo doméstico, véase Mariarosa Dalla Costa, *Family, Welfare and State Between Progressivism and the New Deal*, Brooklyn, Common Notions, 2015, traducido del italiano: *Famiglia Welfare e Stato tra Progressismo e New Deal*, Milano, Franco Angeli, 1983 [ed. cast. «Familia, políticas de bienestar y Estado entre Progresismo y *New Deal*» en *Dinero, perlas y flores en la reproducción feminista*, Madrid, Akal, 2009, p. 151].

temas del repertorio racista clásico— dirigida contra las mujeres receptoras de ayudas, a las que se presentaba como parásitos que consumían los fondos estatales a expensas de la «clase trabajadora», conspiradoras culpables de un comportamiento fraudulento y promiscuo. Que el movimiento feminista no saliera en masa a las calles para oponerse a este ataque, que en definitiva era un ataque contra todas las mujeres, como sí había hecho para defender el aborto, es una de las derrotas que deben quedar grabadas en los anales de la lucha feminista. Profundizó la separación entre mujeres blancas y negras y permitió que el gobierno utilizara el feminismo para instituir una comparación odiosa, divisiva y racista entre las «mujeres avanzadas, productivas y modernas» y las «atrasadas», conformes con su falta de superación personal, y satisfechas con el hecho de alimentarse con los productos del trabajo de otras personas. El vilipendio de las mujeres dependientes del subsidio social, y del subsidio social en sí mismo, falsamente identificado con un programa para mujeres negras, tuvo un papel clave en el giro a la derecha que comenzó en la década de 1970 y culminó con la victoria de Reagan y el surgimiento de la *Moral Majority*.¹⁸ Como explica Dorothy Roberts en *Killing The Black Body* (1998) [Matar al cuerpo negro],¹⁹ el subsidio social pasó de ser un sistema de asistencia económica a ser un sistema de modificación del comportamiento y uno de los puntales ideológicos del racismo, que sirvió para justificar el ataque a la comunidad negra y para construir una «galería de villanas negras» en la que se representaba a las mujeres como paradigma de irresponsabilidad y depravación maternal.

En este contexto, el subsidio social se convirtió en el campo de batalla más importante para nuestro colectivo. Como afirma Premilla Nadasen en *Welfare Warriors* [Guerreras del *welfare*],²⁰ en la década de los setenta era evidente que el subsidio social era un asunto de mujeres y que lo que estaba en juego era la función y el valor del trabajo reproductivo. Como señala Nadasen, este era el problema principal para la mayoría de las

31

¹⁸ *Moral Majority* [Mayoría moral]: organización política ultraconservadora asociada con el partido Republicano de Estados Unidos y fundada por el pastor baptista Jerry Falwell [N. de la T.].

¹⁹ Dorothy Roberts, *Killing the Black Body: Race, Reproduction and the Meaning of Liberty*, Londres, Knopf Doubleday Publishing Group, 1999.

²⁰ Premilla Nadasen, *Welfare Warriors. The Welfare Rights Movement in the United States*, Nueva York, Routledge, 2005.

receptoras, el que ellas ponían en el centro de su movilización, y era más importante que cualquier beneficio que pudieran obtener. Y es que afirmar que «la maternidad es un trabajo» eliminaba el estigma que las figuraba como parásitos sociales. Como explica Nadasen, «las mujeres que formaban parte del movimiento por los derechos de bienestar pretendían acabar con los estereotipos y concepciones erróneas remodelando la imagen de las receptoras de la ayuda para familias con hijos dependientes para mostrarlas como mujeres que trabajaban y contribuían a la sociedad. Inspiradas en el floreciente movimiento de las mujeres, cada vez se identificaban más con el feminismo [...] y trabajaban para redefinir los derechos de bienestar y los derechos de las mujeres».²¹ Al hacer hincapié en su agenda de mujeres negras pobres, en lugar de renegar de ella, y afirmar que ellas trabajaban porque eran madres, se enfrentaron a esa percepción pública de las mujeres receptoras de subsidios sociales como holgazanas que no son dignas de recibir asistencia.

Para nosotras también estaba claro que el subsidio social debía redefinirse para convertirse en una forma de salario para el trabajo doméstico. También creíamos que si se atacaba a las mujeres receptoras de la AFDC se estaba atacando a todas las mujeres y considerábamos *escandaloso que las mujeres que recibían ayuda económica por cuidar de sus hijos fuesen demonizadas en los medios de comunicación, en los debates gubernamentales y en las crónicas políticas en pleno auge del movimiento feminista.*

La premisa de que habría que cambiar el nombre de la AFDC para llamarla salario para el trabajo doméstico fue la perspectiva que dio forma a nuestro trabajo y a nuestros materiales de difusión, empezando por el periódico que editamos durante los preparativos de la conferencia que organizamos en la primavera de 1976, del cual distribuimos miles de copias, para protestar contra los recortes de las ayudas que se habían anunciado y la introducción de nuevas medidas restrictivas que afectarían a miles de mujeres y las obligarían a aportar más documentación y a revelar el nombre del padre de sus hijos bajo la amenaza de dejar de recibir ayudas.

La conferencia que se celebró el 24 de abril de 1976 supuso un importante avance, pues asistimos a la formación del primer grupo de mujeres negras por el Salario para el Trabajo Doméstico.

²¹ Nadasen, *Welfare Warriors*, p. 14.

Encabezadas por Wilmette Brown y Margaret Prescod, con quienes habíamos estado colaborando durante al menos un año antes del encuentro, la formación de Black Women for WfH [Mujeres Negras por el Salario para el Trabajo Doméstico] fue un evento crucial que provocó una gran excitación en la red. Durante semanas, cada uno de los grupos del país nos presionaron para que convenciésemos al nuevo grupo de que fuese a su ciudad. Fue en este contexto en el que nuestro colectivo retomó el debate sobre la cuestión de la «autonomía» –es decir, qué significado tenía el hecho de que las mujeres negras, al igual que las lesbianas que formaban parte de la red, no quisieran unirse a los grupos de mujeres blancas, sino que se relacionaran con nosotras desde una posición autónoma–. Estos temas se aclararon cuando preparamos juntas la concentración en protesta contra los recortes planeados, que tuvo lugar el 29 de junio en Foley Square, enfrente del ayuntamiento (véase pp. 123-150).

Organizando la movilización desde la calle

Aunque considerábamos que la primera cuestión organizativa era identificar los temas de mayor importancia estratégica para nuestra campaña, nuestro trabajo también consistía en el diseño de instrumentos y espacios que nos permitieran comunicarnos con mujeres que no pertenecían a nuestro grupo. En este sentido, fue crucial la decisión de abrir un centro, un local a la calle, donde sería más fácil conocer a las mujeres a las que queríamos llegar.

Se inauguró el 15 de noviembre de 1975 con una fiesta callejera en la que hubo discursos, canciones, carteles y un globo enorme pintado con las siglas «WFH» que Jane Hirschmann trajo cuidadosamente desde Manhattan. El local fue un punto de inflexión para nuestra organización. Al tener un espacio en el que reunirnos, separado de nuestras propias cocinas y salones, nuestro trabajo adquirió un significado nuevo. Estar en un espacio público significaba estar en la vida de muchas mujeres que se paraban frente a nuestra vidriera para ver nuestros carteles, en los que dábamos un «Aviso a todos los gobiernos» (pp. 65-67) o mostrábamos la estatua de la Libertad con los pies plantados en una pila de platos y un puñado de billetes en la mano, con los que las invitábamos a entrar, a

tomar un folleto, a hacer preguntas (véase pp. 65-67). Celebrar nuestras asambleas en el local (que hoy, signo de los tiempos que corren, es un bufete de abogados) hacía que sintiéramos que eran más importantes. El hecho de estar en un local a la calle, de saber que cualquier persona podía entrar en cualquier momento o pararse delante del ventanal a mirar los carteles y folletos, nos imponía una sensación de urgencia, un deseo de tener propuestas concretas, y nos daba ideas de eventos que podíamos realizar en el barrio. También provocó que miráramos el barrio de manera más «estratégica». Nos permitió conocer en qué lugares se solían congregarse las mujeres (como las lavanderías) y dónde era más fácil acercarse a ellas para darles un folleto o empezar a conversar. Nos entusiasmos el día que el reverendo Finley Schaefer, el cura de la iglesia *United Methodist Church*, en la que celebrábamos las reuniones que no podíamos acoger en nuestro local, vino a hablar con nosotras y después, en su boletín de noticias, anunció a su congregación nuestra próxima conferencia sobre el sistema de asistencia social y declaró que apoyaba nuestra reivindicación y que sus parroquianos deberían visitarnos para informarse ellos mismos sobre nuestra campaña (véase p. 117).

WfH y la crisis de Nueva York (el movimiento feminista y la crisis)

La celebración de la apertura de nuestro local, que atrajo a Brooklyn a varias mujeres de nuestra red internacional, fue un destello de esperanza en un escenario político sombrío. En el verano de 1975 la ciudad de Nueva York se declaró en quiebra y todo empezó a cambiar a partir de ese momento. La mayoría ya habrá olvidado el ambiente que se respiraba aquellos días, el significado que tenía que la ciudad más poderosa del mundo declarara que no le quedaba dinero para su funcionamiento cotidiano y que no podía administrar su gobierno adecuadamente, una excusa –como ya sabíamos– para imponer nuevas medidas de austeridad y recortar los programas sociales que se habían conseguido gracias a la lucha en los años sesenta.

En otoño los neoyorquinos ya estaban viviendo los efectos de lo que más adelante se denominaría «ajuste estructural» –el programa al que se sometió a muchos países del Tercer Mundo en los años ochenta y

noventa en nombre de la recuperación económica—. Esto provocó que la ciudad tuviese que reestructurar su economía y recortar todo recurso destinado a la reproducción social, en teoría para pagar sus deudas. El reinado del terror llegó a la ciudad con la *troika* enviada desde Albany, capital del estado de Nueva York, para que reemplazase a la alcaldía y la administración local y remodelara la ciudad de acuerdo a intereses corporativos y financieros. Los contratos de trabajo dejaron de ser fijos, se congelaron los salarios, se colocaron espías en cabinas telefónicas para que vigilaran si los funcionarios públicos realmente entraban a las nueve y salían a las cinco y había comandos que seguían a los basureros para ver si de verdad limpiaban las calles o se quedaban durmiendo en el camión. La tensión generada por esta situación —que llegó a tal punto que las cafeteras desaparecieron en algunas dependencias municipales— pronto se vio intensificada por el despliegue de la crisis económica global que, a causa del embargo de petróleo de 1974, disparó el precio del petróleo y, rápidamente, del resto de productos (porque —como no tardamos en averiguar— el petróleo forma parte de prácticamente todo lo que comemos y utilizamos en nuestra vida cotidiana).²²

Así que en Nueva York la crisis nos afectó por partida doble y en formas que pronto influyeron en nuestra capacidad para organizarnos, en tanto que el régimen de austeridad al que estábamos sometidas redujo los espacios y recursos que habíamos tenido a nuestra disposición: facilidad para encontrar trabajos a tiempo parcial, alquileres baratos, horario laboral flexible, etc. A la vez, la crisis económica dio más profundidad a nuestra campaña porque nos dimos cuenta de que las mujeres tendrían que compensar la rápida reducción de ingresos con trabajo extra. A modo de protesta, insistimos en que «*Nosotras siempre hemos estado en crisis*» en nuestra condición de trabajadoras no asalariadas y alentamos a las mujeres a dejar de perder el tiempo buscando gangas y a unirse a nuestra lucha.

²² Véase Donna Demac y Philip Mattera, «Developing and Underdeveloping New York: The “Fiscal Crisis” and the Imposition of Austerity», *Zero Work Political Materials* 2, otoño de 1997, pp. 113-139.

La intervención de la ONU en la política feminista

Tras dos años de crisis económica en Nueva York, el Comité de WfH de Nueva York decidió disolverse, irónicamente en el momento en el que, tras años de trabajo, los medios de comunicación empezaban a prestar más atención a nuestra campaña.

El desacuerdo que reinaba en nuestra red sobre el tema del liderazgo y de las relaciones entre los distintos grupos constituía una de las caras del problema. También fueron determinantes los cambios que teníamos que realizar en nuestra vida cotidiana y la desmoralización provocada por las derrotas que sufríamos en nuestros puestos de trabajo remunerado. Recuerdo especialmente los relatos de algunas de nuestras hermanas sobre la derrota sufrida por el 1199, el sindicato más progresista de la ciudad en aquellos tiempos, cuando intentó movilizar a miles de trabajadores asistenciales ante la renovación de sus contratos en agosto de 1975. Como ellas cuentan, en aquellos días de marcha bajo el sol de agosto, la derrota era palpable y todas intuían que estaba comenzando una época en la que solo sería posible retroceder. Además, pronto estuvo claro que el disciplinamiento de la fuerza de trabajo de Nueva York formaba parte de una reestructuración de la economía global con la que se instauraría el régimen de austeridad de los años venideros. Así que, además de pelear con los nuevos dueños de la ciudad, que congelaban los salarios, recortaban las ayudas sociales y no perdían la ocasión de demonizar a los trabajadores, tuvimos que enfrentarnos al embargo petrolero creado artificialmente y que disparó los precios de todo, empezando por los alimentos y los servicios públicos.

36

A las consecuencias de esta crisis general de la economía y la política, que nos obligó a dedicar mucho más tiempo al trabajo remunerado y nos dejaba menos tiempo para organizar, se suma la repentina intervención de las Naciones Unidas²³ en la política feminista, concretada en la primera Conferencia Mundial sobre la Mujer, que se celebró en la ciudad de México entre el 19 de junio y el 2 de julio de 1975, en plena crisis

²³ Véase Silvia Federici, «Going to Beijing: How the United Nations Colonized the Feminist Movement», ensayo no publicado en su versión original pero sí en español: «Rumbo a Beijing. ¿Cómo las Naciones Unidas colonizaron el movimiento feminista?», *Contrapunto* 5, noviembre 2-4, Montevideo, 2000, pp. 87-96.

de Nueva York. Esta conferencia supuso un punto de inflexión histórico para el movimiento feminista. Marcó el fin de una época, en la que el movimiento había protegido con gran celo su autonomía frente a todo gobierno y partido, y el comienzo de otra en la que se empezó a reorientar la organización en función de las fechas de las conferencias de la ONU y los temas que esta introducía en su agenda. Esta conferencia fue resultado de una serie de iniciativas institucionales que, especialmente en Estados Unidos, abrieron la puerta a la contratación masiva de mujeres en puestos de trabajo remunerado y, por consiguiente, condujeron a la creciente pacificación del movimiento feminista, que cada vez se movilizaba más por cuestiones sindicales y por la ERA.

WfH como estrategia feminista y de clase

WfH seguía una tendencia contraria a las que acabamos de describir. Pero también, como explica Louise Toupin en *Salaire au travail ménager*,²⁴ también era la estrategia política feminista más incomprendida, que para muchas feministas se reducía a un programa reformista que institucionalizaría la figura de la mujer en el hogar, o que incluso era descartada bajo el argumento de que el Estado nunca podría pagar este trabajo. Recuperando los argumentos con los que el Partido Comunista criticó la propuesta de Mary Inman, las feministas socialistas insistían en que «salir del hogar», conseguir un trabajo remunerado, afiliarse a un sindicato y unirse a la lucha de clases era el único camino posible hacia la liberación de la mujer y hacia una sociedad controlada por los trabajadores, en la que el trabajo doméstico sería finalmente socializado. Se suponía que las amas de casa no tenían poder social alguno y solo podrían acabar con el capitalismo y con el Estado si se unían a los trabajadores fabriles. Algunas también idealizaban el hogar y la familia como los últimos ámbitos de la vida que aún no se habían visto perturbados por las relaciones capitalistas... El único espacio que aún opera fuera de la lógica del capital y el mercado.

²⁴ Louise Toupin, *Le salaire au travail ménager. Chronique d'une lutte féministe internationale (1972-1977)*, Montreal, Les éditions du remue ménage, 2014.

Para nosotras, por el contrario, WfH era la única estrategia feminista capaz de responder a nuestras necesidades prácticas y a la vez sabotaba la estructura jerárquica construida gracias a la división sexual del trabajo dentro de la familia. Había muchas razones que nos hacían pensar que WfH era *la* estrategia feminista, y todas ellas surgían de nuestro análisis de la función del trabajo doméstico en el proceso de acumulación. Si (como demostraba nuestro análisis) este trabajo no era un servicio personal, un «acto de amor», sino un trabajo construido por el capital para reproducir a los trabajadores al mínimo coste posible, la demanda de un salario por este trabajo sería el modo más directo, lógico y coherente de acabar con él y, por lo tanto, de acabar con la miseria crónica de las mujeres y su dependencia económica de los hombres. También creíamos que el hecho de pedir un salario por el trabajo doméstico tendría un significado revolucionario en sí mismo, porque simultáneamente:

- Acabaría con nuestro trabajo no remunerado, es decir, dejaríamos de trabajar gratis para la clase capitalista y, por lo tanto, de reforzar su poder.
- Sacaría a la luz un ámbito enorme de explotación, que los partidos de la «izquierda revolucionaria» nunca han reconocido y nunca han confrontado pero que no deja de ser crucial para la existencia de las relaciones capitalistas.
- Demostraría entonces que quienes realizan este trabajo, principalmente las mujeres, tienen el poder de poner en crisis la acumulación de capital, es decir, de demostrar que *las mujeres pueden luchar contra el capital, comenzando por su propio lugar de explotación*.
- Demostraría también que quienes de verdad se benefician de este trabajo son los patrones, porque si no fuera así tendrían que invertir miles de millones en la creación de servicios que permitieran a los trabajadores ir cada día a trabajar.

Esta última «revelación» fue especialmente importante para nosotras porque uno de los principales obstáculos a los que siempre se ha enfrentado la mujer cada vez que ha intentado negarse a hacer este trabajo ha sido el miedo a perjudicar a su familia, el miedo a ser vista como una

mala mujer y no como una trabajadora en huelga. El salario para el trabajo doméstico acabaría con este chantaje y creemos que al liberarnos de nuestras cadenas también estaríamos liberando a los hombres, que obtuvieron su poder sobre nosotras a cambio de una mayor dependencia del capital. Más aún, al demostrar que las actividades reproductivas de las amas de casa benefician directamente a la clase capitalista, WfH cambiaría la imagen social de estas, que dejarían de ser las que suplican y dependen para ser consideradas productoras de riqueza social, acreedoras del capital y del Estado y sujetos capaces de subvertir la sociedad.

También había algunas consideraciones prácticas evidentes que favorecerían nuestra campaña. La necesidad de apoyar la lucha de las mujeres que dependían del subsidio social era la más prominente de ellas. Otra motivación era la pobreza y la injusticia a las que estaban condenadas las amas de casa por culpa de la devaluación del trabajo doméstico. En claro contraste con la engañosa celebración del Día de la Madre, veíamos que el trabajo doméstico estaba tan devaluado que, después de pasar la vida trabajando, la mujer solo tenía derecho a pensión, seguridad social o atención sanitaria a través de su marido, derechos que perdía al instante si el marido se divorciaba de ella, aunque hubiesen pasado muchos años casados. Sumada a los padecimientos del «ama de casa destituida» —la viuda, la divorciada— estaba la incapacidad de muchas mujeres para encontrar trabajo en el mercado laboral o, en el caso de encontrarlo, que el salario fuese suficiente para mantenerse, dado que el trabajo doméstico no contaba como experiencia laboral porque se consideraba que no era necesaria ninguna habilidad para realizarlo.

Por eso, ante el argumento de que un salario institucionalizaría la figura de la mujer en el hogar, nosotras contestamos que la mayoría de nosotras ya eramos prisioneras en casa —por la falta de dinero y servicios y por la naturalización del propio trabajo doméstico, lo que hacía difícil rechazarlo y salir de casa de verdad, aunque tuviésemos un trabajo asalariado fuera de ella—.

Nuestras reivindicaciones también se deben juzgar teniendo en cuenta las alternativas disponibles y el contexto social en el que las realizamos. También desde este punto de vista WfH parecía más prometedor que la lucha por la igualdad que muchas feministas reivindicaban en sus pancartas. Hubo dos factores en particular que reforzaron nuestra postura.

En primer lugar, como ya he mencionado, la lucha de las mujeres dependientes del subsidio social contra los recortes y para demostrar que no son «casos de necesidad» y mucho menos parásitos sociales, sino madres trabajadoras, como proclamaba su lema: «Toda madre es una madre trabajadora». Creo que si un movimiento feminista fuerte se hubiese identificado y aliado con esta lucha, se habría escrito una nueva página en la historia de la relación entre las mujeres blancas y las negras, que eran quienes encabezaban la lucha, y de la relación entre las mujeres y el Estado. Desde luego, el gobierno no habría sido capaz de dividirnos — como de hecho hizo — con su representación racista de las «mujeres del *welfare*», para la que se recurrió incluso a argumentos «feministas» para criticar su supuesta falta de iniciativa y de orgullo. Pero se desaprovechó esta oportunidad histórica de tal modo que, a la vez que se reconocía institucionalmente el movimiento feminista, se demonizaba a las madres dependientes del subsidio social, y al calificar a la comunidad negra de disfuncional por que las mujeres dependían del subsidio de desempleo, se preparaba el terreno para emprender una nueva guerra contra la juventud negra y una política de encarcelaciones masivas.

Otro de los factores que hizo que nos decantáramos por exigir un salario para el trabajo doméstico fue el auge sin precedentes de las luchas de los obreros industriales que, a partir de la eclosión vivida en Francia en 1968, se extendieron por Europa y Estados Unidos durante la década de los setenta y que no reclamaban más dinero, sino «tiempo libre» y organizaciones sindicales más democráticas. Así que ¿cómo podíamos exigir la igualdad con los hombres sin ignorar que ellos también están explotados? Cualquier idea de liberación a través del trabajo asalariado parecía especialmente desafortunada en este contexto. Estas luchas nos venían a decir que trabajar en la mina o en el muelle no era más gratificante que trabajar en casa excepto por el dinero que comportaba, que quienes tenían esos trabajos luchaban por reducir el tiempo que les dedicaban y que podíamos tener más poder imponiendo una mejor redistribución de la riqueza que compitiendo con los hombres para ver a quién se contrataba o se despedía antes. Entendíamos la necesidad de un trabajo remunerado, pero nos negábamos a convertir esta necesidad en estrategia, sobre todo cuando sabíamos que los trabajos que encontraríamos estarían mal pagados y, a menudo, tan aislados y alienantes como el trabajo doméstico.

Nuestro lema era «*el trabajo capitalista no nos puede liberar, solo la lucha puede hacerlo*» y creíamos que teníamos que salir de casa para luchar, no para trabajar más.

Los cambios que se han producido desde entonces en Estados Unidos y a nivel internacional confirman la potencia de nuestro análisis. En la década de los ochenta, las mujeres empezaron a integrarse en masa en la fuerza productiva asalariada, pero, como va siendo evidente en la actualidad, este cambio no nos ha liberado del trabajo doméstico ni nos ha otorgado el poder de cambiar las condiciones de nuestros nuevos puestos de trabajo. En vez de eso, la entrada en el mundo del trabajo asalariado ha supuesto la fragmentación de lo que una vez fue una poderosa fuerza social limitando su horizonte político.

Además, las mujeres llegamos a los puestos de trabajo remunerados en el mismo instante en que el mercado se convertía en un erial por el desmantelamiento de las fábricas, la exportación de los empleos, las bajadas de salarios y prestaciones sociales y los convenios laborales reducidos a una serie de concesiones y reducciones de sueldo pactadas. Agobiadas por nuestro doble turno de trabajo y por las constantes amenazas de despido, la mayoría de nosotras no podíamos utilizar los poderes conferidos al trabajo remunerado para conseguir mejores condiciones laborales y combatir la eliminación de los pocos servicios sociales disponibles –como las guarderías subvencionadas– impulsada por la administración Reagan. Las tentativas de llevarse a los hijos al trabajo y de conseguir permisos de lactancia o jornadas reducidas no prosperaron. Pronto quedó claro que si las mujeres no querían perder sus puestos de trabajo tenían que aceptar las mismas condiciones que aceptaban los hombres, rindiendo homenaje a un engañoso concepto de igualdad que muchas veces actuaba como instrumento de disciplina y exclusión. Por eso las feministas no pusieron el grito en el cielo cuando en 1978 cinco mineras de West Virginia revelaron que habían decidido esterilizarse para no perder su trabajo cuando su empresa, American Cyanamid, prohibió trabajar en sus minas a las mujeres de entre 16 y 50 años alegando que estaban expuestas al plomo y solo daba trabajo a las mujeres que estuvieran esterilizadas. Tampoco hubo ninguna movilización cuando en 1976 el Tribunal Supremo de Estados Unidos falló que el embarazo se podía excluir de las prestaciones por incapacidad, y que dicha exclusión no constituía una

discriminación por sexo, lo que arrebató a las mujeres embarazadas el derecho a la prestación por maternidad. Las feministas no estuvieron presentes en los debates (que tuvieron lugar a nivel institucional en la década de los setenta) sobre las medidas que se podían tomar respecto a las mujeres que no encontraban trabajo remunerado o que de pronto se veían obligadas a mantenerse a sí mismas tras pasar muchos años fuera del mercado laboral, debates que estuvieron en el punto álgido a finales de los setenta, cuando se presentaron a la vez más de 450 proyectos de ley a favor del «ama de casa destituida».

La incorporación de las mujeres al trabajo asalariado –unido a la igualmente impresionante expansión del acceso de las mujeres a la educación superior– sacó a las feministas de las calles y las hizo concentrarse en luchas más circunscritas, que surgían de sus nuevos puestos de trabajo y estudio. En pocos años, el movimiento que había sacado a las calles a miles de personas había dejado de ser una fuerza social y pronto se institucionalizó a través de la ONU, que se apropió de su lenguaje y su agenda organizativa. Con estas jugadas se ha integrado a la mujer en los planes de desarrollo del capital, que ha obtenido la mano de obra barata que necesitaba para reactivar la maquinaria capitalista tras la crisis laboral de mediados de los setenta. Sin duda, a muchas mujeres el acceso al trabajo asalariado les ha dado más confianza en sí mismas, más movilidad y un mejor conocimiento de las relaciones sociales. Pero el precio a pagar ha sido alto: una mayor carga de trabajo y una crisis reproductiva sin precedentes que afecta sobre todo a los niños, a los ancianos y a las propias mujeres, como demuestra la disminución de la esperanza de vida de las mujeres de clase trabajadora, su elevado consumo de antidepresivos y el aumento del número de mujeres encarceladas por delitos económicos, en prisiones en las que muchos de los carceleros son también mujeres –por si sirve de consuelo–. De hecho, que hoy en día una importante parte de las fuerzas represivas del país –ejército, policía, guardia de prisiones– esté constituida por mujeres resulta indicativo de la crisis que ha sufrido el feminismo. Ya predijimos este riesgo en *Tap Dance* y alentamos a las mujeres a manifestarse contra la propuesta de Carter (presentada el 8 de febrero de 1980) de incorporarnos al ejército, propuesta que Rosalyn Carter elogió como un paso hacia la liberación de la mujer. De modo que el fracaso a la hora de afrontar el problema del trabajo doméstico no remunerado ha provocado más divisiones entre las mujeres.

Estas divisiones se profundizaron a mediados de los años ochenta cuando, en respuesta a la crisis del trabajo doméstico causada por el empleo remunerado de las mujeres, Europa y Estados Unidos empezaron a contratar mujeres inmigrantes procedentes de países empobrecidos por los programas de austeridad impuestos por el capital internacional, a menudo destinadas a trabajar en condiciones de fuerte explotación y en perjuicio de sus derechos personales.

¿El retorno de WfH? ¿Salario para el trabajo doméstico o renta básica universal?

Aunque la mayoría de las feministas rechazaron WfH, la cuestión doméstica ha seguido surgiendo, como un remordimiento de conciencia, en el discurso institucional y radical. La cobertura de los medios por lo general se ha centrado en las propuestas y métodos para calcular el valor de las actividades domésticas y su contribución al producto interior bruto (PIB). Las compañías de seguros también han intentado sacar tajada de la tendencia con la venta de pólizas de seguro a amas de casa, calculadas sobre la base del coste que supondría reemplazarlas en caso de accidente o enfermedad. Se han hecho muchas sugerencias sobre el método a emplear para incluir el trabajo doméstico en el cálculo del PIB, una propuesta denostada por unos, que la consideraban un esfuerzo inútil, pero relanzada por la ONU en la tercera Conferencia Mundial sobre la Mujer, celebrada en Nairobi en 1985, y que por el momento no ha producido iniciativas prácticas. De cualquier modo, demuestra que existe cierta intranquilidad de conciencia ante la injusticia que sufren las amas de casa a tiempo completo, que tienen que depender de otros para subsistir cuando el valor del trabajo que realizan probablemente supera el valor de la suma de todas las actividades del mercado.

43

Tras pasar un largo tiempo en el olvido, en los últimos años ha resurgido el interés por la idea de un salario para el trabajo doméstico, y no solo en Estados Unidos. En 2014, en México, las mujeres integrantes del partido Morena, recién constituido, redactaron una propuesta de salario para el trabajo doméstico. En Venezuela, en mayo de 2013, el gobierno introdujo una nueva ley laboral que reconocía el trabajo doméstico no remunerado realizado por las mujeres y permitía a las amas de casa a

tiempo completo cobrar la jubilación. También en Estados Unidos ha reaparecido el tema de la remuneración del trabajo doméstico en la prensa y en las asambleas de grupos activistas.

¿Cuál ha sido la causa de este retorno inesperado? La razón en parte ha sido la crisis de la reproducción social a la que nos enfrentamos y los límites de las alternativas posibles. Hay tantas mujeres, y tantos hombres, condenadas a una vida de pobreza y trabajo precario que considerar el trabajo asalariado como una forma de emancipación se vuelve imposible, y reclamar una redistribución de la riqueza social, indispensable. En este contexto, la reflexión sobre WfH se ha visto estimulada por la reivindicación de una renta básica universal, que en los últimos años goza de popularidad entre la izquierda europea. Esta demanda se ha articulado de distintos modos. En la década de los setenta, el movimiento estadounidense *National Welfare Rights* [Organización Nacional por los Derechos del Bienestar] la reivindicaba como un medio para eliminar el componente de raza del sistema de asistencia social y para ampliar la base social del movimiento. Al mismo tiempo era defendida por economistas neoliberales como Milton Friedman, quien la consideraba un medio para eliminar los servicios públicos proporcionados por el Estado y sustituirlos por un subsidio fijo. Hoy en día, la renta básica, como se llama en España, es reivindicada por los círculos de izquierdas y feministas como una medida neutral y más inclusiva respecto al género, que cuenta con la ventaja añadida de que desvincula los ingresos del trabajo de modo que reafirma nuestro derecho a la vida, nuestro derecho a contar con los medios más básicos de subsistencia, trabajemos o no, como un principio absoluto e incondicional.

44

Este argumento es muy atractivo. Pero conlleva el peligro de que esta misma desvinculación podría volver a correr un tupido velo sobre todo el trabajo no remunerado que se hace en casa y silenciar las protestas de las mujeres contra la organización de la reproducción social y nuestros derechos sobre la riqueza que hemos producido. Este peligro es especialmente preocupante en un momento en el que el trabajo no remunerado se extiende como una marea negra hasta todos los rincones de la organización capitalista del trabajo. Ya no se trata solo de los estudiantes que entran en un puesto en prácticas no remunerado con la promesa de recibir a cambio formación y un futuro empleo. Cada vez hay más trabajadores que reconocen el parecido esencial entre sus condiciones de trabajo y las

del ama de casa. Véase al respecto «*Wages For Facebook*» [Salario para Facebook], un manifiesto de Laurel Ptak que demuestra cómo, en nombre de la amistad, trabajamos para las compañías digitales de manera gratuita durante horas incontables,²⁵ y «*Wages Against Art Work: The Social Practice of Decommodification*» [Salario contra la obra de arte. La práctica social de la desmercantilización] de Leigh Claire la Berge que extiende el análisis a la condición del artista.²⁶

Conclusiones

Durante más de un siglo, el salario por el trabajo doméstico ha rondado la política feminista e institucional con una sorprendente resiliencia, transformado por el contexto cambiante en formas que siguen apelando a las nuevas generaciones. Como hemos visto, hay motivos para que actualmente, y en más de un país, se vuelva a considerar esta reivindicación, que parecía ser una estrategia feminista obsoleta a finales de los años setenta. Probablemente entre los principales factores para esta reaparición estén las desastrosas consecuencias de la abolición de la ayuda para familias con hijos dependientes en Estados Unidos y la precarización e incluso desaparición de muchas formas tradicionales de trabajo asalariado, pues demuestran que es necesario encontrar nuevas fuentes de ingresos y formar nuevas alianzas en esta búsqueda. Pero la principal razón por la que WfH se niega a desaparecer es porque seguimos teniendo los mismos problemas que impulsaron esta reivindicación en distintos momentos de la historia, pero ahora con un cariz más grave que en los años sesenta y setenta, cuando las feministas aún podíamos albergar la ilusión de que el trabajo asalariado nos liberaría. Hoy en día el trabajo doméstico, y especialmente el cuidado de los hijos, sigue siendo básicamente trabajo de mujeres y es un trabajo que prácticamente no se paga. ¿Cuál es el obstáculo? ¿Qué hay que hacer para acabar con este inmenso caudal de trabajo no remunerado que no deja de llenar la bolsa de la riqueza de la clase capitalista mientras condena a millones de mujeres a la pobreza y al trabajo sin fin?

²⁵ Para leer el manifiesto «*Wages for Facebook*» consulte <http://wagesforfacebook.com/>.

²⁶ Leigh Claire la Berge «*Wages Against Art Work: The Social Practice of Decommodification*», *South Atlantic Quarterly*, Volumen 114, núm. 3 (julio 2015), pp. 571-593.

1. Documentos fundacionales

Los siguientes documentos representan tres de los textos constituyentes del movimiento Salario para el Trabajo Doméstico. «*Statement of the International Feminist Collective*» [«Declaración del Colectivo Feminista Internacional»] fue escrito de manera colectiva durante la conclusión de un encuentro celebrado en Padua, Italia, en julio de 1972, en el que se lanzó la campaña Salario para el Trabajo Doméstico en varios países. A la vez que afirmaba que la lucha feminista es un elemento clave de la lucha de clases, la declaración defendía la necesidad de un movimiento feminista autónomo y, en particular, el movimiento Salario para el Trabajo Doméstico.

En octubre de 1974 el *New York Wages for Housework Collective* (que más adelante pasó a llamarse *New York WFH Committee* [Comité de WfH de Nueva York]) organizó su primera conferencia internacional en Brooklyn, en la que participaron miembros de los grupos de Filadelfia, Cleveland y Toronto, recién creados, y de los grupos de Italia y Reino Unido, entre ellas Mariarosa Dalla Costa, Selma James y Suzie Fleming. Al concluir la primera jornada de trabajo, unas cuantas mujeres decidieron redactar una declaración en la que se expusieran los temas centrales de nuestra perspectiva teórica y organizativa. Este texto, que terminó titulándose «*Theses on Wages for Housework*» [«Tesis sobre el salario para el trabajo doméstico»] fue el primer documento que elaboramos tras la «Declaración del Colectivo Feminista Internacional». Surgió de la necesidad de contar con una plataforma que definiera, tanto para nosotras como para otras personas, nuestra política, nuestro propósito y lo que distinguía a nuestro análisis de los que elaboraban otras organizaciones feministas. Esto era especialmente importante en la primera fase de nuestra campaña, cuando las mujeres que se unían a nuestra red provenían de distintos países y diferentes tradiciones políticas. Por eso el

documento se concibió como un conjunto de «tesis», las cuales describían los principios que esperábamos que asumieran quienes se sumaban a nuestro colectivo.

El texto titulado «*Notes on Organization*» [«Unas notas sobre organización»] es resultado de la fusión de dos documentos: un texto extenso, de abril de 1975, titulado «*Proposal of Principles of Organization*» [«Propuesta de principios de organización»], y otro corto, de agosto de 1975, con el título «*Proposal of Principles and Forms of Organization—Outline*» [«Resumen de propuesta de principios y formas de organización»]. Ambos fueron redactados por Silvia Federici a partir de los debates de organización mantenidos en el Comité de Nueva York. Estos textos representan algunos de los primeros debates sobre liderazgo, estructura y organización del movimiento. Conforme fueron avanzando las cosas, estos textos cobraron importancia para nuestra propia formación política, pues aprendimos a apreciar la profundidad de su contenido a través de nuestra organización, y nos dimos cuenta de que sus implicaciones teóricas y organizativas iban más allá de la cuestión de la «opresión de las mujeres». Cuarenta años más tarde, los textos no han perdido su relevancia y su potencia política, visto que las divisiones creadas por el capitalismo en el proletariado global mediante la diferenciación entre trabajo asalariado y no asalariado y las estructuras ideológicas concomitantes del racismo y el sexismo siguen siendo un fuerte obstáculo a la creación de una sociedad más justa. «Tesis sobre el salario para el trabajo doméstico» debería refutar la idea de que WfH fue una reivindicación reformista que llevaría a la institucionalización de la figura de la mujer como trabajadora del hogar. El documento aborda la reivindicación del salario como una estrategia, no como un fin en sí mismo, sino como forma de rechazo al trabajo no remunerado y como instrumento para la construcción de relaciones de poder más favorables; el vehículo material para rechazar el trabajo doméstico tal y como está organizado en el capitalismo.

48

Si se considera la falta de salario como el hilo de Ariadna que nos guía a través de las distintas articulaciones del trabajo reproductivo —el hogar, la familia, las relaciones de género— estos documentos marcan los senderos de nuestra resistencia. Nos invitan a pensar en las implicaciones organizativas de nuestra crítica al trabajo reproductivo y a reconsiderar políticamente cada momento de nuestra reproducción como un momento de lucha.

Declaración del colectivo feminista internacional

Aparentemente por casualidad, pero en realidad porque cada una de nosotras sentía la necesidad de este tipo de contacto, mujeres de los movimientos de liberación de las mujeres de cuatro países nos hemos encontrado en Padua, Italia, durante dos días. Estos países son Estados Unidos, Reino Unido, Francia y, por supuesto, Italia. Todas nosotras hemos estado o seguimos estando en contacto con la izquierda extraparlamentaria y hemos descubierto que tenemos en común ciertas actitudes hacia esa izquierda y hacia el movimiento por la mujer.

Nos identificamos a nosotras mismas como feministas marxistas y consideramos que esto significa una nueva definición de la clase, ya que su antigua definición ha limitado el alcance y eficacia de la actividad de la izquierda tradicional y de la nueva izquierda. Esta nueva definición se basa en la subordinación del trabajador sin salario al trabajador asalariado bajo la que se esconde la productividad, es decir, la explotación del trabajo de las mujeres en el hogar, y es la causa de que estén aún más explotadas fuera de él. Tal análisis de clase presupone un nuevo campo de batalla, la subversión

STATEMENT OF THE INTERNATIONAL FEMINIST COLLECTIVE

Apparently by chance but actually because each of us felt a need for such a contact, women from the women's liberation movements of four countries found themselves together in Padua, Italy, over a period of two days. These countries are the United States, England, France and of course Italy. All of us have had or continue to have contact with sections of the extra-parliamentary left and found that we had in common certain attitudes to that left and within the women's movement.

We identify ourselves as Marxist feminists and take this to mean a new definition of class, the old definition of which has limited the scope and effectiveness of the activity of both the traditional left and the new left. This new definition is based on the subordination of the waged worker to the waged worker behind which is hidden the productivity, i.e. the exploitation, of the labour of women in the home and the cause of their more intense exploitation out of it. Such an analysis of class presupposes a new area of struggle, the subversion not only of the factory and office but of the community. It also presupposes the struggle in the two areas of production, the home and the factory, as interdependent to communist revolution, and the destruction once and for all of the auxiliary nature of women's struggle within the struggle of class. This assumption of the auxiliary nature of women's struggle flows directly from the misconception that women's labour in the home is auxiliary to the reproduction and development of capital, a misconception which has so long hindered us all.

Within the women's movement, therefore, we reject both class struggle as subordinate to feminism and feminism as subordinate to class struggle. Class struggle and feminism for us are one and the same thing, feminism expressing the rebellion of that section of the class without whom the class struggle cannot be generalised, broadened and deepened. We believe these two positions in the women's movement have been a response to the *masculine management of the class struggle*: either our uncritical acceptance of their fragmented political theory and practice, or our

uncritical rejection of class in response to this acceptance.

While we place ourselves unambiguously among the revolutionary forces in whatever country we find ourselves, we reaffirm the necessity for the autonomy of the women's movement. This autonomy has appeared to be limited to a negation of the left. It is in reality the positive expression of the level of female struggle. It is because only an autonomous movement is looking for women's lever of social power that it offers the only possibility of discovering the aims, forms and places of that struggle, and thus the possibility of driving it forward. Therefore our relations with the left, while we may utilise information and contacts, will always be secondary and subordinate to that autonomy.

For these reasons we wish to maintain and develop our own international contacts, our own publications in translation and our own joint discussions which aim ultimately at joint mass actions transcending national borders.

International Feminist Collective
Padua, Italy, July 1972

49

Documento 1.1. «Declaración del Colectivo Feminista Internacional» texto con el que se lanza la Campaña Salario para el Trabajo Doméstico en varios países, escrito durante la conclusión del encuentro de Padua, Italia, en julio de 1972.

no solo de la fábrica y la oficina sino también de la comunidad. También presupone que la lucha en las dos áreas de producción, el hogar y la fábrica, es interdependiente de la revolución comunista y, además, que la naturaleza auxiliar de la lucha de la mujer dentro de la lucha de clases será destruida de una vez por todas. Esta concepción de la lucha de las mujeres como lucha auxiliar surge directamente del concepto erróneo de que el trabajo de la mujer en el hogar es auxiliar de la reproducción y desarrollo del capital, un error que durante mucho tiempo nos ha impedido avanzar.

Por lo tanto, desde el movimiento de las mujeres rechazamos tanto la subordinación de la lucha de clases al feminismo como la subordinación del feminismo a la lucha de clases. Lucha de clases y feminismo son la misma cosa para nosotras. El feminismo expresa la rebelión de ese sector de la clase sin el que la lucha de clases no se podría generalizar, ampliar y profundizar. Consideramos que en el movimiento de las mujeres surgen estas dos posiciones frente a la *gestión masculina de la lucha de clases*: la aceptación acrítica de su teoría y práctica política fragmentada o la negación acrítica de la clase como respuesta a esa aceptación.

Aunque nos posicionamos sin ninguna ambigüedad dentro de las fuerzas revolucionarias en todos los países en los que estamos, reafirmamos la necesidad de que el movimiento de las mujeres sea autónomo. Ha parecido que esta autonomía se limita a ser una negación de la izquierda, cuando en realidad se trata de la expresión positiva del nivel de lucha femenina. Solo es posible descubrir los propósitos, formas y lugares de esa lucha, y por tanto hacerla avanzar, a través de un movimiento autónomo que persiga el impulso del poder social de las mujeres. Por consiguiente nuestra relación con la izquierda, aunque podamos utilizar la información y contactos, siempre será secundaria y estará subordinada a esa autonomía.

Por estos motivos queremos mantener y desarrollar nuestros propios contactos internacionales, traducir nuestras propias publicaciones y celebrar nuestros propios debates conjuntos, que tienen como fin último la concepción de acciones masivas conjuntas que trasciendan las fronteras estatales.

Colectivo Feminista Internacional

Padua, Italia, julio de 1972.

Tesis sobre el salario para el trabajo doméstico (1974)

Salario para el trabajo doméstico como análisis del capitalismo

1. Nuestra condición no asalariada ha ocultado nuestro trabajo, el carácter social de nuestra producción y la naturaleza de nuestro producto. Nuestro trabajo es visto como un servicio personal, un acto de amor, nuestra producción parece privada, nuestra esclavitud en la familia, una elección personal.
2. Nuestra condición no asalariada también ha mantenido oculto al beneficiario último de nuestro trabajo, nuestro verdadero enemigo. Dado que producimos y reproducimos la fuerza de trabajo para cada etapa del circuito capitalista, el beneficiario último de nuestro trabajo es el capital colectivo. Nuestro trabajo queda bajo el control y regulación del Estado de manera inmediata. El Estado, a través de las políticas de planificación demográfica, de población, de control y de familia, determina a escala internacional la oferta y precio de la fuerza de trabajo y, por lo tanto, la intensidad y condiciones de nuestra producción.
3. Nuestra condición no asalariada constituye la base material de nuestra dependencia del hombre dentro de la familia y de la sociedad. La familia es una colonia en la que el poder de supervisar nuestro trabajo se delega en el hombre. El poder que tiene sobre nosotras es el poder del salario. Pero su poder sobre nosotras resulta ser su debilidad respecto al capital, pues nuestra dependencia de él supone la medida de disciplina de su trabajo. Es la cadena que ata al hombre a su empleo.
4. El poder, no la clase, nos separa de los trabajadores asalariados. Como no tenemos salario, se considera que estamos fuera de la relación salarial, fuera de la clase trabajadora y de la lucha de clases. Pero la falta de salario no supone falta de poder social o incapacidad para luchar.

5. La relación de los trabajadores no asalariados con los trabajadores asalariados es igual a la relación entre el «tercer mundo» y los trabajadores de la metrópoli. El capital cuenta con el trabajo no asalariado y el subdesarrollo como elementos y funciones esenciales del desarrollo. Del mismo modo que la relación salarial rige tanto el trabajo asalariado como el no asalariado, el capital desarrolla el subdesarrollo. El desarrollo desigual es una condición de la acumulación capitalista. El trabajo no asalariado es un aspecto clave del subdesarrollo.
6. El capital ha extendido su dominio a todos los rincones del planeta y de la sociedad. El trabajo no asalariado y el subdesarrollo no ocurren en ausencia del capital. Si el trabajo no asalariado y el subdesarrollo existen es porque el capital los necesita. El capital utiliza el trabajo no asalariado para obtener una ingente cantidad de servicios a un precio muy bajo. No olvidemos que el capital se ha construido gracias a la esclavitud. El capital necesita una gran reserva de mano de obra barata disponible para mantener los salarios bajos en el mercado laboral nacional e internacional. La introducción en las fábricas de mujeres e inmigrantes del tercer mundo y el traslado de las fábricas al tercer mundo para escapar de las exigencias sindicales y legales han sido los medios con los que el capital ha atacado al poder de los trabajadores asalariados en las fábricas.
7. El capital ha utilizado la relación salarial –el salario y la ausencia de él– para organizar la división nacional e internacional de la mano de obra, lo que esencialmente constituye una división del poder dentro de la clase obrera. A través de la relación salarial, el capital ha organizado a nivel internacional distintos mercados laborales, asalariados y no asalariados, con distintas escalas salariales. Un mercado laboral para las mujeres, un mercado laboral para los trabajadores blancos y otro para los negros. La relación salarial es la base material de las jerarquías laborales y las diferencias de poder dentro de la clase trabajadora. En el capitalismo, la supremacía blanca y el patriarcado son la supremacía y el patriarcado del salario.

8. El salario no solo se ha utilizado para separar a los trabajadores asalariados de los no asalariados, se ha utilizado para separar la fábrica de la comunidad, el trabajo social del servicio personal, el tiempo de trabajo del tiempo de ocio, la actividad económica de la sexualidad, lo público de lo privado, lo personal de lo político.
9. A la larga, nuestra debilidad en la comunidad es nuestra debilidad en la fábrica / el lugar de trabajo asalariado. A través del supermercado, el sistema de transportes, el alquiler, el capital nos quita en la comunidad lo que hemos conseguido gracias al poder que hemos construido en la fábrica. Hoy en día, mediante la crisis y la inflación organizada, el capital está lanzando un ataque generalizado sobre la comunidad, lo que intensifica nuestro trabajo como mujeres ya que se espera de nosotras que amortigüemos la crisis, que amortigüemos la caída del precio del trabajo haciendo trabajo extra. Al mismo tiempo, el capital está organizando la extensión masiva del trabajo no asalariado, recurriendo a los despidos y el desempleo para restaurar la disciplina del trabajo y arrebatar a la clase obrera el poder que ha conseguido a nivel internacional.

Salario para el trabajo doméstico como estrategia

1. Una reivindicación explícita una fase de antagonismo en la relación entre el capital y la clase obrera. Salario para el Trabajo Doméstico no es un proyecto para una sociedad futura, sino una estrategia para cambiar las relaciones de poder dentro de la clase obrera y, por lo tanto, entre la clase política y el capital.
2. Nuestras condiciones de trabajo y nuestro poder varían a nivel internacional, pero nuestras necesidades son las mismas. En todo el planeta, la clase obrera quiere más dinero y menos trabajo. Para nosotras, la revolución no es un nuevo modelo de desarrollo ni una nueva racionalización de la producción, sino la abolición de nuestra esclavización laboral, asalariada y no asalariada, el fin del sacrificio de nuestro trabajo, nuestro tiempo y nuestra vida por las necesidades de la acumulación capitalista.

3. Actualmente solo contamos con dos alternativas estratégicas, no hay una tercera: o la estrategia capitalista, o la estrategia de la lucha de la clase obrera. La estrategia capitalista, en todas sus variantes izquierdistas, pretende reorganizar la producción y la fuerza de trabajo para aumentar la productividad de la mano de obra y establecer formas más eficientes de control sobre la clase obrera (mediante la participación de los trabajadores, la autogestión y todas las variantes de este tema). La estrategia de la lucha de la clase obrera a nivel internacional no es más trabajo, sino más poder y la reapropiación de la riqueza que hemos producido —la riqueza disponible en el mundo—.
4. Como mujeres, como trabajadoras no asalariadas, rechazamos la estrategia de la izquierda que pretende utilizar el desarrollo capitalista como elemento clave y condición de nuestra lucha. Cuando la izquierda afirma que tenemos que entrar en las fábricas para organizarnos y luchar, está ignorando que el capital ya nos ha organizado y que ya estamos luchando. Además, da por sentado que no podemos organizarnos si el capital no nos reorganiza a nosotros primero. Pero luchar por una reorganización capitalista de nuestro trabajo, luchar por el desarrollo, ya sea en la metrópoli o en las colonias, significa que ya hemos asumido nuestra derrota, porque cada nuevo nivel de organización capitalista del trabajo nos controlará y nos arraigará de manera aún más eficiente a la producción capitalista.
5. Nos negamos a cambiar nuestra forma de explotación por otra diferente e intensificada. Un segundo trabajo no ha logrado liberarnos del primero y nos ha dejado incluso menos tiempo para organizarnos y luchar. Puesto que ya trabajamos en casa, no reclamamos el «derecho al trabajo». No queremos trabajar, sino liberarnos del trabajo, tanto en la cocina como en la fábrica. Este es el único significado que tiene para la clase obrera el «control obrero de la producción»: el fin de nuestra esclavitud en la producción (capitalista).

6. Frente a la lucha por el «derecho al trabajo», el salario para el trabajo doméstico es una forma de lucha por la reapropiación de nuestro trabajo y de la riqueza que hemos producido. Toda la riqueza que existe es obra nuestra y queremos que nos la devuelvan.
7. Al negarnos a ser amas de casa no asalariadas trastocamos el plan que el capital tiene para nosotras en la fábrica social internacional. Saboteamos la función que nos ha otorgado la división capitalista del trabajo, que se basa en la existencia del trabajo no asalariado. Y, lo más importante, sabotamos las jerarquías de poder de la clase obrera, construidas a partir de la relación salarial. Si alteramos las relaciones de poder que hay dentro de la clase obrera, alteramos la relación de poder entre la clase obrera y el capital.
8. Nuestra lucha por un salario para el trabajo doméstico desafía la división del trabajo en función del género. Es el final de la sexualidad como relación de poder.
9. Simplemente el hecho de exigir un salario para el trabajo doméstico supone negarse a aceptar el trabajo doméstico como el destino marcado por la biología, una vocación femenina. Nos negamos a pagar el precio de la reproducción, la naturalización de nuestro trabajo, el chantaje del amor. Rechazamos el trabajo por amor y la identidad («femineidad») que el capital nos ha impuesto.
10. Exigir un salario para el trabajo doméstico es exigir el control sobre nuestros cuerpos, exigir la posibilidad de elegir entre tener o no tener hijos, y cuándo, cómo y con quién queremos tenerlos. Es hacer que el capital pague por nuestro trabajo en lugar de hacer que nuestros hijos paguen por él mediante el chantaje emocional.
11. Exigir un salario para el trabajo doméstico es determinar las condiciones de nuestro trabajo dentro y fuera de casa. Es garantizar que en la comunidad no se debilite la lucha de la fábrica. Es exigir ser liberado del trabajo, en lugar de ser liberado para trabajar.

Salario para el Trabajo Doméstico. Cuestiones organizativas

1. Nuestro movimiento tiene que ser internacional porque el capital planifica nuestro trabajo a escala internacional. Debemos tener en cuenta el error cometido por el movimiento de las mujeres al no conseguir adoptar una perspectiva internacional y hacer campaña por el aborto como forma de control de nuestros cuerpos mientras el capital esterilizaba a mujeres en el tercer mundo.
2. Nuestro movimiento tiene que ser autónomo. Rechazamos el separatismo de las feministas radicales, basado en su negación de la clase, y rechazamos el «mujeres y hombres, uníos y luchad» de la izquierda feminista, que se basa en nuestra subordinación a los intereses de los trabajadores que el capital considera más productivos, pues conciben la clase obrera como un agente de producción –los futuros gerentes de la producción–.
3. Tenemos que ser autónomas porque tenemos un interés de clase específico, una historia de explotación específica y, sobre todo, por las relaciones de poder que hay dentro de la clase obrera. En este momento, la unificación organizativa con los trabajadores masculinos, significaría la subordinación de nuestros intereses según la pauta empleada por el capital para dividirnos; supondría que nuestra unión se basaría en la diferencia de poder social.
4. Ser autónomas de los hombres es ser autónomas del capital que utiliza el poder del hombre para disciplinarnos.
5. Dado que cada momento de nuestra vida es productivo, cada momento es una oportunidad potencial para la lucha.
6. Una campaña política por un salario para el trabajo doméstico es una lucha en sí misma. Es la condición necesaria para evitar que nuestra lucha quede confinada a un escenario local y se fragmente. No se puede hacer la revolución solo en una cocina o en una sola comunidad. Con esto no pretendemos negar la importancia de las luchas locales, sino que señalamos las limitaciones que tienen cuando no están interconectadas. Conectar nuestras luchas, tanto a nivel nacional como internacional, es ganar poder por el intercambio de experiencias.

7. Tenemos que adaptar nuestra estrategia continuamente a las posibilidades y necesidades que surgen en el contexto político en el que operamos. Necesitamos tener en cuenta las nuevas dimensiones de la lucha planteadas por la crisis al generalizar el trabajo no asalariado. Necesitamos tener en cuenta los planes que tiene el capital para nosotras y para toda la clase obrera.
8. En nuestra «contraplanificación» tenemos que ser conscientes de que el capital intentará utilizar nuestra lucha, volverá nuestras reivindicaciones contra nosotras, intentará dividirnos, por ejemplo ofreciendo acuerdos salariales y de productividad a determinadas mujeres.

Unas notas sobre organización (1975)

El principio fundamental del que partimos es que la cuestión organizativa está determinada por nuestra perspectiva política. *Nuestros objetivos, nuestras luchas deciden cuál es nuestra estrategia y cómo nos organizamos.*

¿Cómo organizamos la lucha por el salario para el trabajo doméstico?

Nuestra prioridad es construir una campaña nacional e internacional. Se trata de una campaña didáctica / propagandística, con la que se pretende llegar a tantas mujeres como sea posible y movilizarlas hasta que seamos lo bastante fuertes como para emprender acciones (huelgas, etc.) y presionar al gobierno para que nos dé lo que queremos.

57

¿Por qué elegimos una campaña por el salario para el trabajo doméstico en lugar de otras formas de acción?

Necesitamos una campaña por el salario para el trabajo doméstico porque no necesitamos luchar contra algún aspecto particular del trabajo doméstico, sino contra la totalidad de este trabajo, contra el trabajo doméstico como tal. No obtendremos ninguna victoria parcial hasta que

no luchemos contra este trabajo en su conjunto. Por ejemplo, nunca seremos capaces de conseguir guarderías adaptadas a nuestras necesidades mientras no se reconozca que cuidar niños es un trabajo. Solo una huelga general del trabajo doméstico nos daría el poder para luchar por el cuidado infantil y otros aspectos del trabajo doméstico.

Si se lucha por determinadas condiciones de trabajo, el número de mujeres implicadas y la fuerza de nuestra organización serían necesariamente limitadas. Solo una campaña sobre el trabajo doméstico en su conjunto nos uniría a todas y nos daría la posibilidad de organizarnos a nivel masivo [consultar el documento italiano de la manifestación del 10 de marzo].¹

Hace falta una campaña política por el salario para el trabajo doméstico, precisamente para superar las divisiones que el capital ha instaurado entre las mujeres, basadas en la raza, la edad, la «orientación sexual»... Su finalidad es sacar a la luz los rasgos comunes de nuestra condición y nuestros intereses. La movilización en torno a temas aislados no nos deja ver la interdependencia de las distintas formas en que somos explotadas y confirma nuestro aislamiento.

¿Significa esto que no debemos implicarnos en luchas específicas?

Claramente NO. Algunas de nosotras ya estamos involucradas en luchas locales (por ejemplo en nuestros centros de trabajo) y sería absurdo dejar de estarlo. Es importante que comencemos desde la base que ya tenemos para movernos. La implicación en las luchas locales es crucial para nuestra campaña. Pero debemos recordar que las luchas locales tienen limitaciones y que una lucha local será mucho más potente si, al mismo tiempo, se está produciendo una movilización contra el trabajo doméstico en su conjunto. La cuestión no es si debemos o no estar implicadas en luchas locales / singulares. La cuestión es qué perspectiva aportamos a estas luchas. Una campaña general y una lucha local no se excluyen mutuamente, pero nuestra prioridad es hacer una campaña didáctica.

¹ Véase el documento «*A Long Weekend of... Struggle*» [«Días festivos para la lucha»] que se incluye como apéndice en este volumen (pp. 353-374)

La función de una campaña didáctica es visibilizar las conexiones entre los distintos aspectos de nuestra explotación

Esto implica crear vínculos entre las mujeres que han sido divididas y las luchas que están teniendo lugar, a menudo aisladas unas de otras. Por ejemplo, en Reino Unido el colectivo Power of Women [Poder de las Mujeres] ha organizado a la comunidad para que apoye la lucha de las enfermeras, señalando que su lucha afecta a todas las amas de casa, porque expresa el rechazo al chantaje al que se ven sometidas siempre que quieren negarse a realizar el trabajo doméstico. También hace falta una campaña para que la información sobre las luchas se difunda entre las mujeres que de otra forma nunca tendrían noticia de ellas. Así es como aprendemos unas de otras. Nos damos ideas, conocemos los errores que no debemos cometer y cobramos conciencia de nuestro poder. Conectar las luchas significa difundir nuestro poder y conectarlo. A nivel local nos sentimos impotentes, pero cuando rompemos las barreras que nos dividen, sabemos que podemos ganar. Por eso, una campaña política / didáctica es una acción por sí misma.

¿Cómo creamos una campaña?

Como cualquier otra forma de lucha, una campaña no es algo estático, no es una cosa. Es un proceso con muchos pasos, que daremos en función del nivel de poder que podamos organizar. Este cambia continuamente según el contexto en el que operemos (es decir, según los planes e iniciativas del capital, las luchas en marcha y los cambios en las relaciones de clase). Para nosotras, el primer paso es llegar a las mujeres para difundir la idea de un salario para el trabajo doméstico. Tenemos que hacer sentir nuestra presencia en la comunidad, a nivel nacional e internacional, y tenemos que convertirnos en una referencia para las mujeres. Para conseguirlo hace falta:

- i. Tener publicaciones y otros materiales en los que se expliquen nuestros objetivos, todo escrito en un lenguaje comprensible para las mujeres. También necesitamos distintos tipos de documentos, unos más teóricos, otros donde se difunda información sobre

las luchas. Es importante tener documentos dirigidos a mujeres sin experiencia en el activismo. Por eso, nuestra prioridad es escribir un panfleto popular que podamos distribuir de manera masiva y gratuita –porque las mujeres no tenemos dinero–. El tema del lenguaje también es crucial en otro sentido: es cada vez más difícil organizar algo si no tenemos volantes en español y en otras de las lenguas habladas en las comunidades inmigrantes de Estados Unidos.

- ii. Organizar asambleas públicas en nuestras comunidades, por todo el país, para que se formen grupos nuevos y atraer a más mujeres. Necesitamos panfletos, videos, canciones y películas.
- iii. Utilizar los medios de comunicación, no solo la prensa, sino también la radio y la televisión, que es lo que escuchan las mujeres mientras realizan el trabajo doméstico. También es más probable que una mujer lea un periódico a que acuda a una asamblea, así que tenemos que llegar a ellas a través de los medios que ya están a su alcance. Pero tenemos que ser cuidadosas al tratar con la prensa. Sabemos que puede distorsionar nuestras afirmaciones y presentar nuestros objetivos de manera sensacionalista. Así que debemos tener alguna forma de control sobre lo que llega a la prensa. Una forma de conseguirlo es construyendo relaciones con periodistas en quienes podamos confiar, por difícil que sea.
- iv. Tener un centro al que las mujeres puedan acudir para acceder a los materiales e información o participar en las asambleas. Así podemos estar siempre presentes en la comunidad y atraer a las mujeres que puedan estar interesadas en el salario para el trabajo doméstico pero que aún no están preparadas o interesadas en unirse a una organización. Las mujeres se sentirán más cómodas en un espacio público en el que puedan tomar un folleto o conseguir información sin tener que comprometerse.
- v. Acercarnos a las mujeres en aquellos lugares en los que el trabajo doméstico ya ha alcanzado cierto grado de socialización, como los supermercados o las lavanderías. Otros sitios en los que se encuentran las mujeres son las oficinas de empleo y de servicios

sociales. Las mujeres pasan allí de pie horas y horas, cada vez más enojadas. En todos estos sitios podemos crear vínculos, organizar los apoyos y, con suerte, organizar acciones.

- vi. Propiciar ocasiones en las que podamos cobrar fuerza y dar muestras de ella –como las marchas y las manifestaciones– es un aspecto importante de nuestra campaña. Preparar una marcha, al igual que preparar una conferencia, es parte de la movilización. Preparar una marcha significa contactar con cientos de mujeres, difundir nuestras ideas y programas o aprender nuevas formas de comunicación. En definitiva, queremos organizar huelgas de mujeres, pero para conseguirlo tenemos que ampliar nuestras alianzas.
- vii. Instruirnos en la planificación del capitalismo y las luchas que están librando las mujeres y otros trabajadores no solo en nuestra localidad, sino en todo el mundo, es un aspecto clave de nuestra campaña. Lo que significa que parte de nuestro trabajo organizativo tiene que ser generar contactos con mujeres de otros lugares del mundo. Tenemos que difundir nuestros documentos y materiales a nivel internacional, traducirlos a otros idiomas, organizar conferencias en las que podamos vernos todas.
- viii. Da igual si nos organizamos en la comunidad o en lo que se conoce como «lugar de trabajo». Lo importante es que, allá donde nos organicemos, lo hagamos en torno al trabajo doméstico y la reproducción, porque esta es la base de nuestra explotación estamos donde estemos. También podemos luchar por el salario para el trabajo doméstico en las oficinas y en las fábricas. Lo importante es que las mujeres nos unamos como amas de casa que a la vez son «amas» de fábrica, de oficina o de hospital. A veces es más fácil empezar por las mujeres que ya tienen cierto nivel de poder porque tienen una relación diferente con su trabajo. Esto no implica confirmar las diferencias de poder que hay entre nosotras. La cuestión es si las mujeres parcialmente asalariadas pueden apelar a los intereses de las mujeres que no lo son. Lo que decide si confirmamos estas jerarquías o las destruimos es la

perspectiva que aportamos a la lucha. Con sus acciones, las mujeres con más poder respecto al capital pueden dar poder a aquellas que tienen menos si se aborda nuestra explotación común.

Por qué necesitamos una organización

Las objeciones libertarias a la organización y el recurso a la «espontaneidad» suelen ser una receta para la parálisis o la manipulación. En realidad, la primera cosa «espontánea» que hacen los trabajadores cuando se organizan para luchar es proponerse no ser derrotados. Necesitamos una organización; lo que rechazamos es el partido de vanguardia. Nos oponemos al partido como forma política, porque este tipo de organización ignora las divisiones y jerarquías existentes entre los trabajadores y presupone que es capaz de expresar el «interés general» de la clase, cuando en realidad está basado en la represión de los intereses de los sectores más débiles de la clase obrera. Por esa razón nuestra organización tiene forma de red. La nuestra es la unidad de una perspectiva, no la de una organización centralizada.

Nuestra organización tiene que ser autónoma

Tenemos que ser autónomas de las organizaciones dominadas por los hombres. A la vez, aunque nuestra perspectiva apela a todas las mujeres, entendemos que las mujeres negras y las lesbianas formen organizaciones autónomas dentro de la campaña por el Salario para el Trabajo Doméstico. La autonomía es la única forma de garantizar que los distintos sectores de la clase obrera sean capaces de expresar sus propios intereses y encuentren las formas de lucha más adecuadas a su situación.

Nuestra organización tiene que ser internacional

Necesitamos una red internacional, porque los planes del capital son internacionales. Tener una red internacional implica que tenemos una responsabilidad, no solo frente a nuestras hermanas en nuestras comunidades, sino frente al resto de las mujeres que forman parte de la red. Todas debemos ponernos de acuerdo en las cuestiones estratégicas. Sin embargo, aunque estemos de acuerdo en la estrategia, cómo la aplicaremos y qué tácticas utilizaremos son asuntos que deberemos decidir teniendo en cuenta cada situación. Tenemos que averiguar qué plan de acción puede ser más eficaz en cada país; pero nuestra eficacia será mayor si tenemos una visión de conjunto, si podemos ver la planificación capitalista a escala global y si sabemos qué están haciendo nuestras hermanas en otros lugares. Así que parte de nuestro trabajo organizativo consiste en:

- Mantener el contacto con mujeres de otros lugares del mundo que se estén organizando para el salario por el trabajo doméstico.
- Difundir nuestros materiales en otros países y escribirlos desde una perspectiva internacional.
- Organizar conferencias y encuentros en los que nos reunamos para hablar de los problemas que tenemos en común.
- Difundir información y planificar juntas nuestra línea de acción.

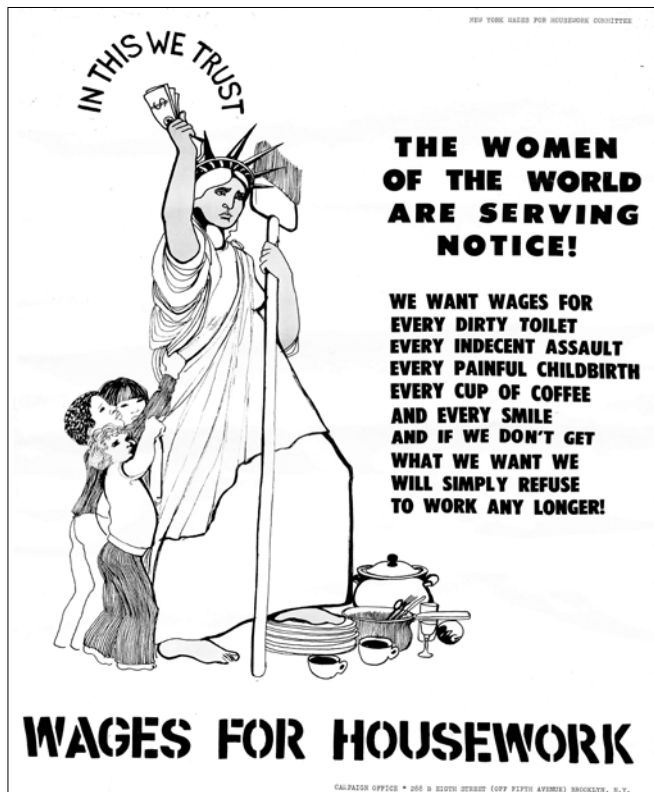
El liderazgo en nuestra organización

Siempre nos cuesta abordar la cuestión del liderazgo a causa de nuestra experiencia con la izquierda masculina, donde el liderazgo siempre ha servido para justificar su poder sobre nosotras. Además, nuestra falta de poder hace que temamos que pasen sobre nosotras, que no se nos reconozca o que no se nos deje espacio para movernos. Estos miedos son reales, pero igual de real es el riesgo de que caigamos en una posición libertaria en la que «o nos movemos todas o ninguna», «si no estamos todas de acuerdo, no se puede hacer nada» o «todas somos iguales así que nadie puede aprender nada de nadie». Estas posiciones desestructuran y paralizan. En lugar de eliminar las diferencias, impiden el crecimiento político y dan lugar a la manipulación.

Por lo tanto no se trata de plantearse si debiera haber líderes, sino qué clase de líderes y hacia dónde nos llevan. Obviamente el liderazgo no se puede formalizar en una estructura burocrática en la que A hace B todo el tiempo. Así es la división capitalista del trabajo, y nosotras queremos acabar con ella. El liderazgo tendrá que definirse atendiendo a nuestros objetivos.

Una buena prueba de liderazgo es la capacidad de garantizar que otras personas puedan crecer. Para el éxito de nuestra campaña es esencial que haya más mujeres que asuman posiciones de liderazgo y responsabilidades, que sepan moverse de manera autónoma y promover iniciativas. El liderazgo no debería contrariarnos y no debemos renunciar a la responsabilidad.

Un paso importante es liberarnos del capital que habita en nosotras y nos hace sentir siempre débiles e inseguras. Es verdad que debemos tener cuidado de no cometer errores, pero no deberíamos dejar que el miedo nos paralice. Todas podemos cometer, hemos cometido y cometeremos errores y aprenderemos de ellos. Si sabemos dónde estamos y con quién, nuestros errores no serán irreparables.



Documento 2.1. Cartel de Salario para el Trabajo Doméstico dibujado por Jacquie Ursula Caldwell en 1974. Fue uno de los carteles más grandes que hicimos, se imprimió en litografía offset bicolor con un tamaño de 61 por 91 cm.

66 [Escrito en semicírculo sobre la estatua de la Libertad]:

En esto confiamos

¡Las mujeres del mundo dan aviso!

Queremos un salario por

Cada baño sucio

Cada agresión sexual

Cada parto doloroso

Cada taza de café

Y cada sonrisa

Y si no conseguimos

Lo que queremos

¡Simplemente nos negaremos

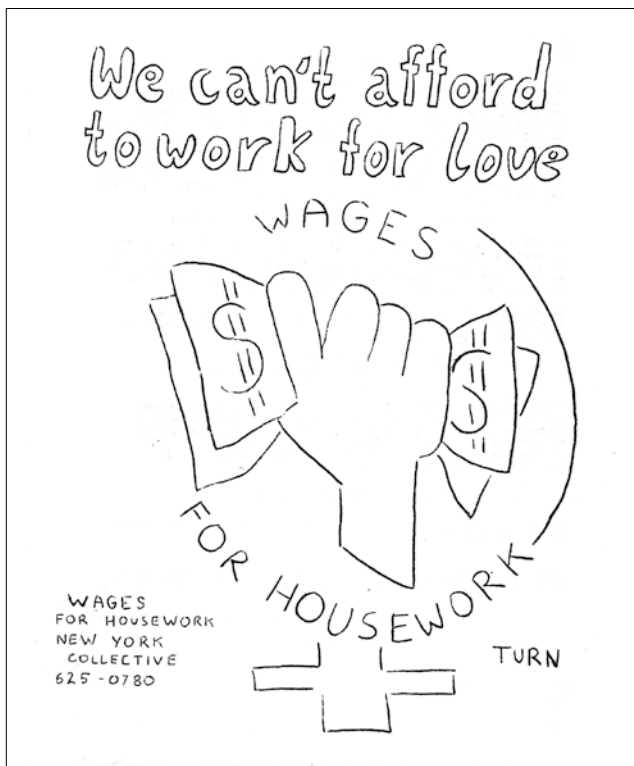
A seguir trabajando!

Salario para el trabajo doméstico

Oficina de campaña *

268 B 8 STREET (CERCA DE FIFTH AVENUE) BROOKLYN, N.Y.

Documento 2.2. (Esta página y la siguiente) «We Can't Afford to Work for Love» [«No podemos permitirnos trabajar por amor»], uno de los primeros volantes que distribuyó el Comité de Nueva York en 1973. El texto fue escrito por las integrantes del comité de manera colectiva.



[Cabecera]: No podemos permitirnos trabajar por amor

67

[Alrededor de la mano]: Salario para el Trabajo Doméstico

Colectivo Salario para el Trabajo Doméstico Nueva York

625 – 0780

No podemos permitirnos trabajar por amor

Somos un grupo de mujeres que lucha por un salario para el trabajo doméstico. Todas somos amas de casa porque somos mujeres. Casadas o no, con o sin hijos, con un trabajo remunerado o sin él, se espera de nosotras que hagamos más soportable la vida de la gente —la propia o la de otros—. Todas cocinamos, fregamos, compramos, limpiamos, pagamos las facturas e intentamos tener todo al día en casa. Algunas de nosotras lo hacemos a tiempo completo, otras a tiempo parcial, pero todas lo hacemos. Y es un trabajo duro y necesario. ¿Qué pasaría si nosotras no trabajásemos para que todo el mundo esté listo para trabajar, si no criásemos a los futuros trabajadores? El gobierno, la industria y todo lo demás dejaría de funcionar.

¡DEBERÍAN PAGARNOS POR EL TRABAJO QUE HACEMOS POR ELLOS!

Todas lo hacemos. Es trabajo de mujeres. Y es un trabajo gratuito. Estamos tan acostumbradas a trabajar gratis (o por amor) que cuando nos obligan a salir en busca de otro trabajo lo que conseguimos es un sueldo de mujeres. Y casi siempre seguimos haciendo el trabajo doméstico en nuestros trabajos: servir, atender a personas enfermas, limpiar, hacer trabajo de oficina, cuidar de otras personas...

WE CAN'T AFFORD TO WORK FOR LOVE

We are a group of women fighting for wages for housework. We are all housewives because we are women. Married or not, with or without children, holding a paid job or not, we are expected to make people's lives more bearable — our's or someone else's. We all cook, wash, shop, clean, pay bills and try to catch up with everything in the house. Some of us do it full time, some of us do it part time, but we all do it. And it is hard, necessary labor. What would happen without us laboring to get everything ready for work, without us raising the future workers? Government, industry and everything else would stop functioning.

THEY SHOULD PAY US FOR THE WORK WE DO FOR THEM

We all do it. It is women's work. And it is free labor. We are so used to working for FREE (or for love) that when we are forced to do get to another job we get women's pay. And most of the time we are still doing housework on the job — witnessing, waiting, cleaning, clerical work, looking after people.

We should not have to take a second job to get out of the house to avoid madness and isolation. To get out of the house without going to do paid work, we need time and money.

WE NEED OUR TIME WHICH IS OUR LIFE
NO WOMAN SHOULD HAVE TO GIBERNE ON A MAN
WE NEED WAGES FOR HOUSEWORK

Right now, with the 'crisis,' they are trying to make us do even more work for free. We have to invent 36 different ways of making hamburger interesting. We have to shop around for bargains trying to beat inflation (and we all know you can't beat it alone.) Lay-offs and threats of unemployment mean extra tension in our homes (and often, women are the first to be laid off.)

WE REFUSE TO PAY FOR THEIR CRISIS
WE REFUSE TO DO MORE WORK FOR LESS MONEY

There will always be more for us to do until we refuse free labor and demand free time.

There are groups in many countries fighting for wages for housework. This money belongs to women. We need it. And we intend to get it.

- New York Wages for Housework Collectives
Get in touch at: 625-0280

68

No deberíamos tener que conseguir otro trabajo para salir de casa y evitar la locura y el aislamiento. Para poder salir de casa y que no sea para trabajar más, necesitamos tiempo y dinero.

NECESITAMOS NUESTRO TIEMPO, QUE ES NUESTRA VIDA
NINGUNA MUJER DEBERÍA TENER QUE DEPENDER DE UN HOMBRE
NECESITAMOS UN SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO

Ahora mismo, con la «crisis» están intentando que hagamos todavía más trabajo gratis. Nos tenemos que inventar 36 formas de hacer la hamburguesa para que sea interesante. Tenemos que salir a la busca de gangas en las tiendas para combatir la inflación (y todas sabemos que solas no podemos vencerla). Los despidos y la amenaza del desempleo provocan más tensión en nuestros hogares (y a menudo son las mujeres las primeras en ser despedidas).

NOS NEGAMOS A PAGAR POR SU CRISIS NOS NEGAMOS A TRABAJAR MÁS POR MENOS DINERO

Nunca dejaremos de tener cosas por hacer mientras no nos negociemos a trabajar gratis y exijamos tiempo libre.

Hay grupos luchando por un salario para el trabajo doméstico en muchos países. Ese dinero pertenece a las mujeres. Lo necesitamos. Y estamos decididas a conseguirlo.

Colectivo de Salario para el Trabajo Doméstico de Nueva York
Ponte en contacto en: 625-0780

Salario para el trabajo doméstico

Aviso a todos los gobiernos

Las mujeres del mundo dan aviso. Limpiamos sus hogares y sus fábricas. Creamos para ustedes a la próxima generación de trabajadores. Hagamos lo que hagamos, somos las amas de casa del mundo. A cambio de nuestro trabajo, lo único que han hecho ha sido pedirnos que trabajemos más.

Les estamos avisando: pretendemos que nos paguen por el trabajo que hacemos. Queremos un salario por cada baño sucio, cada parto doloroso, cada agresión sexual, cada taza de café y cada sonrisa. Y si no conseguimos lo que queremos, simplemente nos negaremos a seguir trabajando.

Hemos educado a nuestros hijos para que sean buenos ciudadanos y respeten la ley y ustedes los han metido en fábricas, cárceles, guetos y departamentos de mecanografía. Nuestros hijos merecen más que lo que les pueden ofrecer y a partir de ahora los educaremos para que QUIERAN más.

WAGES FOR HOUSEWORK

NOTICE TO ALL GOVERNMENTS

The women of the world are serving notice. We clean your homes and factories. We raise the next generation of workers for you. Without clean air, we die, we are the mosquitoes of the world. In return for our work, you have only asked us to work harder.

We are serving notice to you that we intend to be paid for the work we do. We must make for every dirty toilet, every painful childbirth, every instant moment, every day of coffee and every smile. And if we don't get what we want, then we will simply refuse to work any longer.

We have brought our children to be good citizens and to respect your law and you have put them in factories, in prisons, in ghettos and in typhoid wards. Our children deserve more than you can offer and now we will bring them up to demand more.

We have borne babies for you when you needed more workers, and we have watched the sterilization when you didn't. Our male sex and government property any longer.

We have scrubbed and polished and sanded wood and covered walls our arms and blood sweat, and the floor will never shine. Now you will not in your hearts despise us.

We have entered in the legislation of our homes when you needed us to and we have taken on a second job to when you needed that. Now we must to decide WAGES we work. NOT we work, and NOT we work fast. We want to be paid to decide NOT TO WORK at all - unless you.

We are teachers and nurses and prostitutes and actresses and waitresses and mothers and children workers and housewives.

We work and we work and we work of every variety. We have needed milk, we have needed rice, we have needed bread. WE WANT IT IN CLEAN, REFRESHING AND UNTOUCHED. AND WE WANT ALL OF IT.

THE CAMPAIGN FOR WAGES FOR HOUSEWORK



Documento 2.3. (Esta página y la siguiente) Página frontal y trasera del volante «Notice to All Governments» [«Aviso a todos los gobiernos»], distribuido por el Comité de Nueva York en 1974. El texto fue escrito por Judy Quinlan del Comité WFH de Toronto y la ilustración es de Nicole Cox, del Comité WFH de Nueva York. La ilustración de Nicole, que muestra a una mujer embarazada de trabajadores y fábricas, representaba nuestra teoría de que el trabajo doméstico realizado por las mujeres producía y reproducía la fuerza de trabajo asalariada.

Hemos parido bebés para ustedes cuando han necesitado más trabajadores y nos hemos sometido a esterilización cuando no. Nuestros úteros ya no son propiedad del gobierno.

Hemos rascado y pulido, engrasado, encerado y restregado hasta que nos dolían los brazos y la espalda y lo único que han hecho es ensuciar más. Ahora se pudrirán en su propia basura.

Hemos trabajado en la soledad de nuestras casas cuando lo han necesitado y también nos hemos buscado un segundo empleo cuando lo han necesitado. Ahora queremos decidir CUÁNDO trabajamos, CÓMO trabajamos y para QUIÉN trabajamos. Queremos poder decidir si NO QUEREMOS TRABAJAR EN ABSOLUTO —como ustedes—.

Somos maestras y enfermeras y secretarias y prostitutas y actrices y niñas y azafatas y camareras y cocineras y mujeres de la limpieza y trabajadoras de toda especie. Nosotras sudábamos mientras ustedes se hacían ricos. Ahora queremos que nos devuelvan la riqueza que hemos producido.

LA QUEREMOS EN EFECTIVO, DE MANERA RETROACTIVA E INMEDIATA.
Y LA QUEREMOS TODA.

Campaña por un salario para el trabajo doméstico

Campaña por un salario para el trabajo doméstico

THE CAMPAIGN FOR WAGES FOR HOUSEWORK FOR ALL WOMEN

HOUSEWORK IS OUR COMMON PROBLEM
LET'S MAKE IT OUR COMMON STRUGGLE

WE'RE NEVER UNEMPLOYED WE'RE JUST UNPAID

WAGES FOR HOUSEWORK

JOIN OUR CAMPAIGN

OUR CAMPAIGN OFFICE
288 B 8th Street (off 5th Ave) in BROOKLYN

70

El comité de Salario para el trabajo doméstico de Nueva York forma parte de una organización presente en todo el país que está haciendo campaña para que el gobierno pague un SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO A TODAS LAS MUJERES

casadas o no – con o sin hijos – con o sin un segundo empleo – nativas o inmigrantes – lesbianas o heteros

EL TRABAJO DOMÉSTICO ES NUESTRO PROBLEMA EN COMÚN
HAGAMOS DE ÉL NUESTRA LUCHA EN COMÚN

Exigimos un SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO porque no podemos permitirnos trabajar incontables horas en casa para luego depender de un hombre o de la asistencia social o tener que tomar un segundo empleo PORQUE NO TENEMOS DINERO que podamos decir que es nuestro. Nadie trabaja tanto como nosotras. TODAS NOSOTRAS NECESITAMOS MÁS DINERO, NO MÁS TRABAJO.

[en los carteles de la izquierda]:
El amor no paga las facturas
El dinero es poder de decisión
Ya hemos sacrificado bastante
nuestras vidas

NO ES QUE NO TENGAMOS TRABAJO, ES QUE SIMPLEMENTE NO SE NOS PAGA

Los negocios y el gobierno se benefician de nuestro trabajo. TENDRÍAN QUE PAGAR POR ÉL. Sabemos que nos necesitan así que podemos poner las condiciones.

EXIGIMOS UN SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO

Para reducir la carga de trabajo. Para comer fuera o comprar máquinas que hagan parte del trabajo y negarnos a ser esclavas del hogar.

Para poder decidir las condiciones y salario de nuestro segundo trabajo y si queremos tenerlo, para empezar.

Para situarnos frente a frente con los hombres cuando trabajemos con ellos y cuando trabajemos para ellos. Si tuviésemos nuestro dinero, lo podríamos hacer.

Para decidir cómo queremos que sea nuestra vida sexual.

Para decidir si tener hijos, cuándo y en qué condiciones.

Para dar a nuestros hijos lo que queremos que tengan.

Para exigir y CONSEGUIR vacaciones pagadas lejos de TODO trabajo.

Para exigir y CONSEGUIR viviendas decentes.

ÚNETE A NUESTRA CAMPAÑA

En muchos sitios de Estados Unidos y en otros países las mujeres están organizando actos públicos, concentraciones y marchas por un SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO. Hablamos idiomas diferentes, pero todas estamos diciendo lo mismo.

Vamos a inaugurar nuestra oficina de campaña en un local a pie de calle 288 b 8th street (zona 5th Avenue) en Brooklyn. Ven a visitarnos cuando salgas a hacer las compras.

Miércoles y sábados de 11 de la mañana a 4 de la tarde. tel. 965 4112

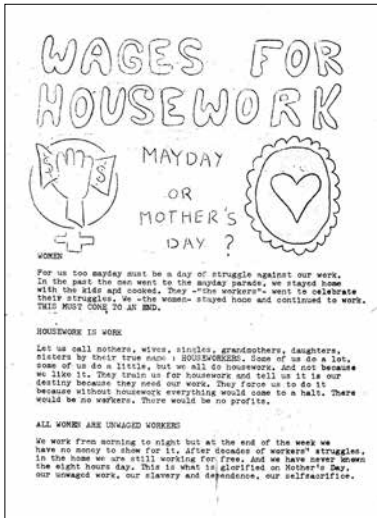
Comité de salario para el trabajo doméstico de Nueva York. Tenemos grupos de debate, cintas de vídeo, casetes, lectura, nos ofrecemos para dar una charla a tu grupo... (fuera del horario de oficina puedes llamar al 788 2822).

Salario para el Trabajo Doméstico

¿Día de los Trabajadores o Día de la Madre?

MUJERES

Para nosotras, el Día de los Trabajadores tiene que ser una jornada de lucha contra nuestro trabajo. Antes los hombres iban al desfile del 1 de mayo y nosotras nos quedábamos en casa con los niños y cocinábamos. Ellos —«los trabajadores»— salían a celebrar sus luchas. Nosotras —las mujeres— nos quedábamos en casa y seguíamos trabajando. ESTO SE TIENE QUE ACABAR.



EL TRABAJO DOMÉSTICO ES TRABAJO

Llamemos a las madres, esposas, mujeres solteras, abuelas, hijas y hermanas por su auténtico nombre: AMAS DE CASA. Algunas de nosotras hacemos mucho, otras hacemos un poco, pero todas hacemos el trabajo doméstico. Y no es porque nos guste. Nos preparan para el trabajo doméstico y nos dicen que es nuestro destino porque ellos necesitan nuestro trabajo. Nos obligan a hacerlo porque sin el trabajo doméstico todo se pararía. No habría trabajadores. No habría beneficios.

TODAS LAS MUJERES SOMOS TRABAJADORAS NO ASALARIADAS

Trabajamos de la mañana a la noche pero cuando termina la semana no tenemos dinero que lo demuestre. Tras décadas de lucha obrera, seguimos trabajando gratis en el hogar. Y nunca hemos sabido nada de jornadas de ocho horas. Esto es lo que se glorifica en el Día de la Madre, nuestro trabajo no asalariado, nuestra esclavitud y dependencia, nuestro autosacrificio.

Documento 2.4. (Esta página y la siguiente) «Mayday or Mother's Day?» [¿Día de los Trabajadores o Día de la Madre?], uno de los primeros volantes que distribuyó el Comité de Nueva York. El texto es un llamamiento contra la glorificación del trabajo de las mujeres. Se distribuyó el Primero de Mayo, Día de los Trabajadores, el día festivo fundado por los partidos socialista y comunista de la Segunda Internacional, que tiene lugar dos semanas antes del Día de la Madre [en Estados Unidos]. El texto concluye con una referencia irónica a El manifiesto comunista, «mujeres, únanse —no tienen nada que perder excepto millones de piletas, millones de criadas, millones de pañales, millones de...».

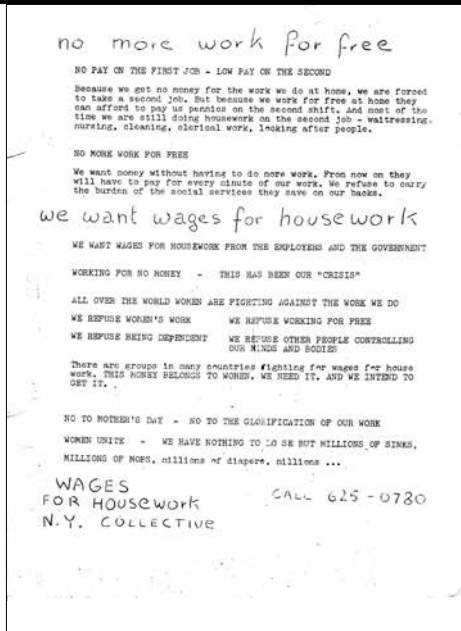
[a mano] Se acabó el trabajo gratis

SIN SUELDO EN EL PRIMER EMPLEO -
CON MAL SUELDO EN EL SEGUNDO

Como no ganamos dinero por el trabajo que hacemos en casa, nos vemos obligadas a buscar un segundo empleo. Pero como trabajamos gratis en casa, en nuestro segundo turno se pueden permitir pagarnos una miseria. Y casi siempre seguimos haciendo trabajo doméstico en nuestro segundo empleo: servimos, atendemos a los enfermos, limpiamos, hacemos trabajo de oficina, cuidamos de otras personas.

SE ACABÓ EL TRABAJO GRATIS

Queremos ganar dinero sin tener que trabajar más. A partir de ahora nos van a pagar por cada minuto que dediquemos a trabajar. Nos negamos a llevar sobre nuestras espaldas la carga de los servicios sociales que se ahorran.



[a mano] queremos un salario por el trabajo doméstico

QUEREMOS QUE LOS PATRONES Y EL GOBIERNO PAGUEN EL SALARIO POR EL TRABAJO DOMÉSTICO
TRABAJAR GRATIS — ESTA HA SIDO NUESTRA «CRISIS»

HAY MUJERES QUE LUCHAN CONTRA EL TRABAJO QUE HACEMOS POR TODO EL PLANETA

NOS NEGAMOS A HACER EL TRABAJO DE MUJERES

NOS NEGAMOS A TRABAJAR GRATIS

NOS NEGAMOS A SER DEPENDIENTES

NOS NEGAMOS A QUE OTRAS PERSONAS CONTROLN NUESTROS CUERPOS Y NUESTRAS MENTES

Hay grupos que luchan por el salario para el trabajo doméstico en muchos países. ESE DINERO NOS PERTENECE A LAS MUJERES. LO NECESITAMOS. Y ESTAMOS DISPUESTAS A CONSEGUIRLO.

NO AL DÍA DE LA MADRE — NO A LA GLORIFICACIÓN DE NUESTRO TRABAJO

MUJERES, ÚNANSE — NO TIENEN NADA QUE PERDER EXCEPTO MILLONES DE PILETAS, MILLONES DE CRIADAS, millones de pañales, millones de...

COLECTIVO SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO DE N.Y. - LLAMA AL 625 — 0780

Trabajo Doméstico – Trabajo No Remunerado

El crimen que sufrimos en todas partes, del que emana el resto de los crímenes contra nosotras, es nuestra cadena perpetua al trabajo doméstico en casa y fuera de ella, al servicio de hombres, niños y otras mujeres, para producir y reproducir la clase obrera. Nunca hemos recibido un salario por este trabajo.

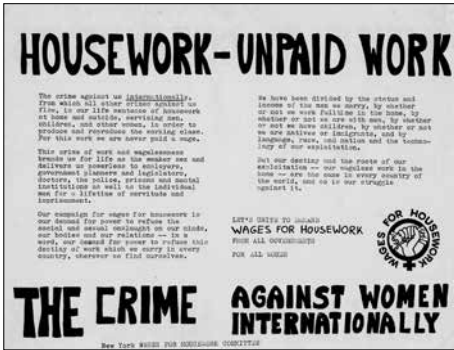
Este crimen de trabajo y falta de salario nos marca como el sexo débil de por vida, nos deja sin poder y nos entrega a patrones, planificadores gubernamentales y legisladores, médicos y policías, prisiones e instituciones psiquiátricas y a ese hombre único para toda una vida de servidumbre y encarcelamiento.

Nuestra campaña por un salario para el trabajo doméstico es nuestra forma de exigir poder para rechazar la arremetida social y sexual contra nuestras mentes, cuerpos y relaciones. En otras palabras, exigimos poder para negarnos a estar predestinadas a ese trabajo en cualquier país, en cualquier lugar en el que nos encontremos.

Nos han dividido mediante el estatus y los ingresos del hombre con el que nos hemos casado, según si trabajamos a tiempo completo en casa o no, si estamos con hombres o no, si tenemos hijos o no, si somos nativas o inmigrantes, y también nos han dividido según nuestro idioma, raza, nación y según la tecnología con la que se nos explota.

Pero nuestro destino y las raíces de nuestra explotación —el trabajo no remunerado que hacemos en casa— son los mismos en todos los países del mundo y también lo es nuestra lucha contra ellas.

UNÁMONOS PARA EXIGIR EL SALARIO POR EL TRABAJO DOMÉSTICO DE TODOS LOS GOBIERNOS PARA TODAS LAS MUJERES EL CRIMEN CONTRA LA MUJER ES INTERNACIONAL COLECTIVO SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO DE N.Y.



Documento 2.5. «The Crime Against Women Internationally» [«El crimen contra la mujer es internacional»] fue el volante que publicamos en ocasión de la celebración del Tribunal Internacional de los Crímenes contra la Mujer, la conferencia internacional que tuvo lugar en Bruselas entre el 4 y el 8 de marzo de 1976 y que terminó el Día Internacional de la Mujer.¹ Organizado por Diana Russell y Nicol van de Ven, el tribunal seguía el modelo del Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra de Bertrand Russell, creado para denunciar los crímenes cometidos por el gobierno de Estados Unidos durante la Guerra de Vietnam. Acudieron más de dos mil mujeres desde cuarenta países. El tribunal nace como respuesta a la primera Conferencia Mundial sobre la Mujer de Naciones Unidas, que tuvo lugar el verano de 1975 en la ciudad de México. Durante la conferencia se dio la palabra directamente a mujeres víctimas de violación, violencia doméstica y homofobia, se denunció la crisis económica y sanitaria global y los crímenes cometidos contra personas presas. El tribunal cuestionaba que una institución patriarcal como la ONU pretendiese hablar por las mujeres.

¹ La transcripción completa de los testimonios presentados en el tribunal se encuentra en: http://womenation.org/wp-content/uploads/2013/09/Crimes_Against_Women_Tribunal.pdf

Ninguna de las integrantes del Comité de Nueva York pudimos asistir al tribunal, pero sí participaron otras mujeres de nuestra red, entre ellas parte del Comité de WfH de Ferrara (Italia). Acudieron como testigos para denunciar la brutalidad a la que se habían visto sometidas las mujeres proletarias de su localidad al acudir al hospital para dar a luz. El Comité de Nueva York apoyó su intervención con este volante en el que denunciábamos que el trabajo doméstico no remunerado es un crimen contra la mujer. Tiempo después profundizamos nuestro análisis sobre la relación entre el trabajo doméstico no asalariado y la violencia hacia la mujer. Vimos que la falta de remuneración por un trabajo sin límites de horario no solo empobrece a la mujer, sino que instiga la violencia doméstica puesto que, a través del salario, el Estado delega en el hombre el poder de disciplinar a su mujer. Para garantizar que ella realice el trabajo reproductivo que se espera que haga, se delega en él el poder de castigarla en caso de que no lo haga –la violencia es el castigo de los no asalariados, aquellos que no pueden ser disciplinados con medios económicos–.

Giovanna Franca Dalla Costa, miembro del Comité de WfH de Triveneto-Padua, escribió un texto poderoso sobre este tema en 1975, titulado *Un lavoro d'amore*.¹ Dice:

La actitud del Estado respecto a la violencia hacia la mujer es coherente con su función de organizador del trabajo dentro de la familia. El Estado es garante de la violencia inherente a la explotación capitalista del trabajo hecho por la mujer y ha construido la familia sobre el trabajo no asalariado de la mujer... Así es como legitima la diferencia en las condiciones de vida y niveles de poder disponibles para hombres y mujeres en la familia y en la sociedad. En esta situación, la amenaza de la violencia siempre está presente y el Estado tiene que crear un régimen e ideología adecuados para mantenerla.

75

Giovanna Dalla Costa va más lejos al afirmar que la propia violación es un instrumento de disciplina doméstica, pues garantiza que si las mujeres violan la organización doméstica del espacio y el tiempo (es decir, el deber de estar en casa al anochecer haciendo labores domésticas) se arriesgan a sufrir agresiones sexuales, o que solo pueden aventurarse a salir por la noche si van acompañadas de parientes masculinos.

¹ Giovanna Franca Dalla Costa, *Un lavoro d'amore. La violenza fisica componente essenziale del trattamento maschile nei confronti delle donne*, Roma, 1978.

¿Vivimos...

Jóvenes o viejos, ciudadanos adultos o escolares, pasamos todo nuestro tiempo trabajando o preparándonos para trabajar. Nuestras vidas no son nuestras. Desde el momento en que nacemos hasta el día en que morimos carecemos de control sobre nuestra existencia. Incluso antes de empezar a ir a la escuela, nuestras madres nos entrenan en casa. Saben lo que nos espera: años de disciplina y trabajo en la escuela que nos preparan para «ganarnos la vida». Después trabajamos durante toda nuestra vida adulta para ganar lo justo para sobrevivir mientras las corporaciones ganan millones con el sudor de nuestra frente. Quienes no hemos quedado lisiados o hemos muerto a causa de nuestro trabajo llegamos a la edad de 65 años para encontrarnos con que aún no nos hemos ganado el DERECHO A VIVIR. Una vez que han chupado toda nuestra energía, nuestro tiempo y nuestras vidas, nos echan del trabajo porque ya no somos lo bastante productivos para ellos y les da igual si morimos de hambre o si tenemos que comer latas de comida para gatos para sobrevivir.

¡QUEREMOS QUE NOS DEVUELVAN NUESTRO DINERO!

Nosotros hemos producido toda la riqueza de este país. Pero ahora, después de todos estos años trabajando, ¿qué nos queda? No tenemos nada. No solo recibimos una miseria para vivir —la seguridad social que está siendo devorada por la inflación— sino que incluso nos amenazan con quitárnosla. Y creen que pueden salirse con la suya porque piensan que somos demasiado viejos, que ya no nos queda fuerza para luchar.

MUJERES:
SIEMPRE HEMOS TRABAJADO
NUNCA NOS HAN PAGADO
NUNCA NOS JUBILAMOS

LIFE OR

Old or young, senior citizen or school children, we all spend all our time working or being prepared to work, our lives are not our own. From the time we are born until the day we die we have no control over our existence. Even before we start school we are trained in our homes by our mothers. They know what lies ahead: years of discipline and work in school to prepare us to "earn a living". Then we work all of our adult lives to earn just enough to survive. While corporations make millions off our backs. Those of us who have not been crippled or killed by work arrive at sixty five to find that we still haven't earned the RIGHT TO LIVE. After they have sucked our energy, our time, our lives, we are thrown out of work because we are no longer productive enough for them, and they care less if we starve or have to eat cat food to survive.

WE want our money back!

All the wealth in this country has been produced by us. Yet, after all our years of work, what do we have in our hands? We have nothing. Not only do we get a distance to live on ---social security which today is being eaten up by inflation---but they threaten to take even this away. And they think they can get away with this because they think we're too old that there's no fight left in us.

WOMEN:

WE'VE always worked
WE'VE never been paid
WE never retire

All of our lives we have worked in our homes raising and maintaining the workforce (ourselves, our husbands and our children), caring for the young, the old and the ill. But since we were never paid for all this work, we are not even entitled to social security. Unlike men, women never receive work until we die, taking care of our husbands and own our responsibilities. If we never knew it before, now we can't afford to work FOR LIVE. It is not too late to get some of what is coming to us.

JUST SURVIVAL?

Hemos trabajado en casa durante toda nuestra vida criando y manteniendo la fuerza de trabajo (nosotras mismas, nuestros maridos y nuestros hijos), cuidando a jóvenes, ancianos y enfermos. Pero como nunca nos han pagado por todo ese trabajo, ni siquiera tenemos derecho a la seguridad social. Al contrario que los hombres, las mujeres nunca nos jubilamos. Trabajamos hasta morir, cuidamos de nuestros maridos e incluso de nuestros nietos. Si antes no lo sabíamos, ahora sí: NO PODEMOS PERMITIRNOS TRABAJAR POR AMOR. No es demasiado tarde para conseguir algo de lo que nos merecemos.

... O SOLO SOBREVIVIMOS?

Trabajo y más trabajo, pero nada de pagarlo

[A la derecha del dibujo de cabecera]: TRABAJO Y MÁS TRABAJO, PERO NADA DE PAGARLO

Nadie trabaja tanto como trabajan las mujeres a cambio de nada

Queremos que nos paguen por el trabajo que hacemos necesitamos nuestro propio dinero para tomar decisiones sobre nuestras vidas

Ninguna mujer debería depender de un hombre

EXIGIMOS


SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO
PAGADO POR EL GOBIERNO
PARA TODAS LAS MUJERES

Ven a debatir con nosotras y averigua qué puedes hacer para participar en la campaña por un salario para el trabajo doméstico

En Manhattan:

Miércoles, 11 de febrero 7-10 p.M.

Community center, 119 9th ave.



**ALL
AND
NO
PAY**

NO ONE WORKS AS HARD AS WOMEN DO FOR NOTHING
WE WANT TO BE PAID FOR THE WORK WE DO
NO WOMAN SHOULD HAVE TO DEPEND ON A MAN
WE DEMAND

WAGES FOR HOUSEWORK
FROM THE GOVERNMENT
FOR ALL WOMEN

COME TO DISCUSS WITH US AND FIND OUT WHAT TO DO FOR THE
CAMPAIGN FOR WAGES FOR HOUSEWORK

in Manhattan:
WEDNESDAY FEB. 11 7 - 10 p.m.
COMMUNITY CENTER 119 9th Ave
HUDSON GUILD FULTON CENTER (at 18th St)
Child Care Provided

New York Wages for Housework Committee 288 B Eighth St. Brooklyn, N.Y. 11215
Wednesdays and Saturdays 11 a.m. to 4 p.m. 965 4112

77

Documento 2.7. Anuncio de una asamblea de WfH en el centro cívico Hudson Guild Fulton Center, 11 de febrero de 1975.

Hudson guild fulton center (en 18th st.)

Habrá guardería

Comité de salario para el trabajo doméstico de Nueva York, 288 b eighth st.
Brooklyn, N.Y. 11215

Miércoles y sábados de 11 de la mañana a 4 de la tarde. 965 4112

EL CRIMEN CONTRA LA MUJER ES INTERNACIONAL

COLECTIVO SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO DE N.Y.

78

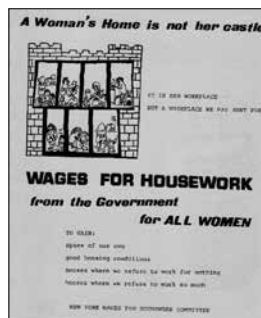


Documento 2.8. Agarrador y prendedor diseñados por el Comité WFH de Nueva York en torno a 1974.

3. Panfletos

Después de celebrar nuestros primeros debates de organización, en 1975 publicamos una serie de tres panfletos en los que tratabamos temas que afectan profundamente a la vida de las mujeres. El caso de las mujeres beneficiarias de subsidios sociales que fueron coaccionadas u obligadas a esterilizarse; la política racista dirigida a mujeres inmigrantes y de color; la crisis de la vivienda provocada por los alquileres en alza y la legislación que obligó a familias con ingresos bajos a vivir en edificios miserables en los que no se cubrían las necesidades básicas, lo que obligaba a las mujeres a cargarse de trabajo para conseguir unas condiciones de vida aceptables; y, por último, la inexistencia de prestaciones sociales para amas de casa a tiempo completo en edad avanzada. En cada caso, nuestra perspectiva sobre la naturaleza del trabajo doméstico y sus efectos sobre las mujeres nos llevaba a repensar las «crisis» implicadas, los problemas estructurales que revelaban cada una de estas crisis y la lucha que había que librar contra ellas.

79



Esterilización forzosa (1975)

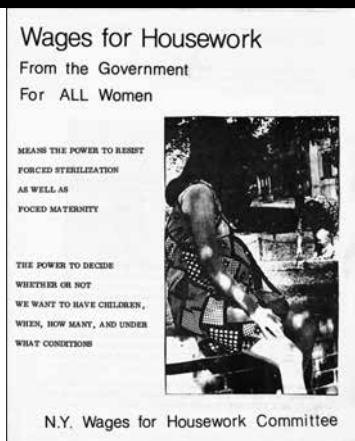
Salario para el trabajo doméstico

Pagado por el gobierno
para todas las mujeres

Significa poder para resistirse
a la esterilización forzosa
y a la maternidad forzosa

El poder de decidir
si queremos tener hijos
o no, cuándo, cuántos,
y en qué condiciones

Comité de Salario para el Trabajo
Doméstico de Nueva York



80

Documento 3.1. «Forced Sterilization» [«Esterilización forzosa»]. Editamos este panfleto a finales de 1975, cuando las organizaciones de defensa de los derechos humanos y los medios de comunicación empezaron a denunciar casos en los que algunos médicos de los hospitales de la ciudad habían amenazado a mujeres con que, si no se sometían a esterilización, dejarían de ser beneficiarias de los servicios sociales o perderían el derecho a Medicaid [Programa de seguros médicos financiado por el gobierno para cubrir la asistencia sanitaria de la población sin recursos en Estados Unidos]. Hubo tantas de estas denuncias que en 1976 se convocó una audiencia en el ayuntamiento de Nueva York para investigar los casos. En otros estados se produjeron denuncias similares; por ejemplo en Maine, las mujeres consideradas «débiles de mente o mentalmente incompetentes» eran esterilizadas sin su consentimiento, según informó el diario *The Boston Globe*.¹ En Los Angeles, diez mujeres esterilizadas presentaron una demanda en la que afirmaban que se les obligó a firmar impresos de consentimiento escritos en inglés, lengua que no entendían. En Carolina del Sur, un médico se negó a asistir los partos de mujeres acogidas a Medicaid que se negaran a ser esterilizadas. En Alabama, se engañó a una pareja para que «aceptaran la esterilización de sus dos hijas adolescentes haciéndoles creer que lo que estaban aceptando era la administración de inyecciones anticonceptivas». Por si fuera poca ofensa hacia las mujeres, los medios de comunicación trataban de justificar la práctica como una respuesta a una demanda social. En esta línea, el artículo de *The Boston Globe* citado en este párrafo se titulaba «Sterilization. Human Rights Clash with Public Demand» [Esterilización. Los derechos humanos chocan con la demanda social].

1 Schumacher, Edward, «Sterilization. Human Rights Clash with Public Demand», *The Boston Globe*, 27 de febrero de 1977, p. A1

Forced Sterilization

is one of the many ways in which governments all over the world try to control the conditions of our work and the conditions of our life. They want to decide how many children we should or should not have, who is allowed to have children when, and under what conditions, because it is from our uterus that all "their" workers are born, and our "product" is too precious for them to leave any decision in our hands.


WHEN THEY NEED MORE WORKERS, WE WOMEN ARE FORBIDDEN ANY FORM OF CONTRACEPTION AND WE ARE CONDEMNED TO UNINTERRUPTED MATERNITY. OR WE ARE FORCED TO REPORT TO BACK STREET ABORTIONISTS OR TO PROFESSIONAL BUTCHERS WHO MAKE MILLIONS OFF OUR BELLEES.

WHEN THE WORKERS WE PRODUCE ARE NOT DISCIPLINED ENOUGH, OR WHEN WE CLAIM SOME MONEY FOR THE COST OF RAISING THEM---THAT IS, WHEN WE ARE NOT DISCIPLINED ENOUGH---THEY STERILIZE US.

No matter what it is called, in Bombay as in Puerto Rico or New York, "Family Planning" is a massive attack on women's bodies TO STERILIZE US AND THEREBY KILL THE STRUGGLE WE AND OUR CHILDREN HAVE BEEN MAKING.

IN THE USA IT IS WELFARE WOMEN AND BLACK WOMEN IN PARTICULAR WHO ARE THE MAIN TARGET OF THE GOVERNMENT STERILIZATION POLICY.

THE SAME GOVERNMENT HAS ALREADY STERILIZED 50% OF THE WOMEN IN PUERTO RICO, AND SENT ITS EXPERTS ALL OVER THE WORLD TO ENFORCE COMPULSORY STERILIZATION ON ALL THOSE WHO ARE WAGELESS BUT REFUSE TO STARVE.



The government does not want our children when we are in welfare, because we have forced it to give us some money for raising them, and the government is always shopping for the cheapest workers.

They are also worried that without a man's authority in the house, we women are becoming "too independent", and raising children who are not willing to settle for the first lousy job that comes along, but instead are ready to fight to get what they want.

This is why, even according to government statistics, thousands of women are sterilized every year and STERILIZATION IS THE ONLY PROGRAM OFFICIALLY RECOGNIZED BY THE GOVERNMENT AS FAMILY PLANNING, AND 90% SUBSIDIZED BY GOVERNMENT FUNDS.

LA ESTERILIZACIÓN FORZOSA es una de las muchas formas en las que los gobiernos de los distintos países del mundo intentan controlar nuestras condiciones de trabajo y de vida.

Quien decide cuántos hijos debemos tener y si debemos tenerlos, quién está autorizada a tener hijos, cuándo y en qué condiciones, porque todos «sus» trabajadores salen de nuestros úteros y nuestro «producto» tiene demasiado valor para ellos como para dejar la decisión en nuestras manos.

CUANDO NECESITAN MÁS TRABAJADORES, A LAS MUJERES NOS PROHÍBEN TODO MÉTODO ANTICONCEPTIVO Y NOS CONDENAN A LA MATERNIDAD ININTERRUMPIDA O NOS OBLIGAN A ACUDIR A ABORTISTAS CLANDESTINOS O A CARNICEROS PROFESIONALES QUE GANAN MILLONES GRACIAS A NUESTRAS BARRIGAS.

CUANDO LOS OBREROS QUE PRODUCIMOS NO SON LO BASTANTE DISCIPLINADOS, O CUANDO PEDIMOS DINERO PARA CUBRIR EL COSTE DE CRIARLOS —ES DECIR, CUANDO NOSOTRAS NO SOMOS LO BASTANTE DISCIPLINADAS— NOS ESTERILIZAN.

Da igual cómo lo llamen, ya sea en Bombay, Puerto Rico o Nueva York, la «planificación familiar» es un ataque total al cuerpo de las mujeres PARA ESTERILIZARNOS Y ANIQUILAR LA LUCHA QUE LIBRAMOS NOSOTRAS Y NUESTROS HIJOS.


EN ESTADOS UNIDOS, LAS MUJERES DEL WELFARE, QUE DEPENDEN DEL SUBSIDIO SOCIAL, Y EN PARTICULAR LAS MUJERES NEGRAS SON EL PRINCIPAL OBJETIVO DE LA POLÍTICA DE ESTERILIZACIÓN DEL GOBIERNO.

EL PROPIO GOBIERNO HA ESTERILIZADO YA AL 35 % DE LAS MUJERES EN PUERTO RICO Y HA ENVIADO A SUS EXPERTOS POR TODO EL MUNDO PARA QUE PROMULGUEN LA ESTERILIZACIÓN FORZOSA DE TODAS AQUELLAS QUE NO TENGAN SALARIO PERO SE NIEGUEN A PASAR HAMBRE.

El gobierno no quiere nuestros niños cuando dependemos de los subsidios sociales porque lo hemos obligado a darnos algo de dinero para criarlos y el gobierno siempre compra los trabajadores más baratos.

También le preocupa que, en ausencia de la autoridad masculina en el hogar, las mujeres nos estamos volviendo «demasiado independientes» y no estamos criando niños que estén dispuestos a tomar el primer trabajo asqueroso que se les presente, sino que están preparados para luchar para conseguir lo que quieren.

Por eso cada año se esteriliza a miles de mujeres (incluso las estadísticas gubernamentales lo admiten) y LA ESTERILIZACIÓN ES EL ÚNICO PROGRAMA DE PLANIFICACIÓN FAMILIAR RECONOCIDO OFICIALMENTE POR EL GOBIERNO Y QUE RECIBE EL 90% DE SU FINANCIACIÓN DE FONDOS GUBERNAMENTALES.

| | |
|---|---|
| <p>WHEN THERE ISN'T A MAN'S PAYCHECK TO "PROTECT US", THE THREAT OF STERILIZATION IS SO WIDESPREAD THAT MANY OF US STAY AWAY FROM HOSPITALS AS MUCH AS WE CAN AND NEVER GO THERE WITHOUT FEAR.</p> <p>We know that the Government "guarantees" cannot "guarantee" that sterilization is elective.</p> <p>Today, more than ever, women are being coerced into sterilization by all possible forms of violence and blackmail: sterilization is up 300% since July 1970.</p> <p>Some women, often very young, are sterilized under the cover of "medical reasons". Others are forced under the threat of being cut from welfare, to "give consent" while in labor or after an abortion.</p> <p>Still others are handed the story that this is the "only effective method of contraception", that it is reversible, and in any case, "it's nothing", "just a stitch", a "hankaid operation".</p> <p>BUT EVEN IF WE ARE NOT FORCED TO SIGN, EVEN IF WE GIVE "OUR INFORMED CONSENT", NO STERILIZATION IS REALLY "ELECTIVE" AS LONG AS WE DON'T HAVE MONEY IN OUR HANDS TO SUPPORT THE CHILDREN WE MAY WANT.</p>  | <p>AS LONG AS WE HAVE NO MONEY OF OUR OWN BECAUSE WE WORK FOR NOTHING AT HOME AND FOR CRUMBS OUTSIDE THE HOME, NONE OF US CAN CHOOSE WHETHER OR NOT TO HAVE CHILDREN, AND ALL OF US FACE STERILIZATION EVEN IF OUR TUBES ARE NOT CUT.</p> <p>Many women today refuse to have children because having a second job is the only way of getting some money of our own, and we know that we can't handle both and must "choose" between the two. THIS TOO, IS FORCED STERILIZATION.</p> <p>Some women refuse to have more children, or any children at all, because every child is more isolation, more dependence, more unpaid work for us, and we can't afford to pay this price.</p> <p>The collapse of the birth rate to a record low shows the struggle we women are making to refuse the extra work every child imposes on us. BUT THIS STILL IS NOT A CHOICE.</p> <p>A REAL CHOICE MEANS:</p> <p>IT IS POSSIBLE TO HAVE OR NOT TO HAVE CHILDREN AND ONLY WE WOMEN---NOT THE GOVERNMENT---CAN MAKE THIS DECISION.</p> <p>OUR WOMBS ARE NOT GOVERNMENT PROPERTY!</p> |
|---|---|

Si no tenemos la nómina de un hombre para «protegernos» el riesgo de que nos esterilicen es tan alto que muchas de nosotras nos mantenemos tan lejos como podemos de los hospitales y si vamos es siempre con miedo.

Sabemos que las «directrices» gubernamentales no pueden «garantizar que la esterilización sea electiva».

Ahora más que nunca se está presionando a las mujeres para que se esterilicen con todas las formas posibles de violencia y chantaje. Las esterilizaciones se han multiplicado un 300% desde julio de 1970.

A algunas mujeres, algunas de ellas muy jóvenes, se las ha esterilizado con la excusa de atender a «motivos médicos». Otras han sido obligadas a «dar su consentimiento» durante el parto o después de abortar ante la amenaza de perder la

protección de los servicios sociales. A otras se les cuenta el cuento de que es «el único método anticonceptivo eficaz», que es reversible o que, en cualquier caso, «no es nada», «son solo unos puntos» o una «operación mínima».

PERO AUNQUE NO ESTEMOS OBLIGADAS A FIRMAR, AUNQUE DEMOS «NUESTRO CONSENTIMIENTO INFORMADO», EN REALIDAD NINGUNA ESTERILIZACIÓN SE HARÁ «POR ELECCIÓN PROPIA» MIENTRAS NO TENGAMOS DINERO EN NUESTRAS MANOS PARA MANTENER A LOS NIÑOS QUE QUERAMOS TENER.

MIENTRAS SIGAMOS SIN TENER NUESTRO PROPIO DINERO PORQUE TRABAJAMOS GRATIS EN CASA Y A CAMBIO DE MIGAJAS FUERA DE ELLA, NINGUNA DE NOSOTRAS PODRÁ DECIDIR SI QUIERE TENER HIJOS O NO, Y TODAS NOSOTRAS NOS ENFRENTAMOS A LA ESTERILIZACIÓN, AUNQUE NO NOS LIGUEN LAS TROMPAS. Hoy en día, muchas mujeres nos negamos a tener hijos porque el segundo trabajo es la única forma de tener algo de dinero propio y sabemos que no podemos llevar adelante las dos cosas y tenemos que «elegir» entre ambas. ESTO TAMBIÉN ES ESTERILIZACIÓN FORZOSA.

Algunas mujeres se niegan a tener más hijos, o directamente a tener hijos, porque cada hijo significa más aislamiento, más dependencia y más trabajo gratis para nosotras, y no podemos permitirnos pagar ese precio.

La caída de la tasa de natalidad a mínimos históricos refleja la lucha que estamos librando las mujeres para rechazar el trabajo extra que nos acarrea cada hijo. PERO ESTO SIGUE SIN SER UNA OPCIÓN.

UNA OPCIÓN VERDADERA SERÍA:

SE PUEDE TENER HIJOS O NO

Y SOLO NOSOTRAS LAS MUJERES —Y NO EL GOBIERNO— PODEMOS TOMAR

ESTA DECISIÓN.

¡NUESTROS ÚTEROS NO SON PROPIEDAD DEL GOBIERNO!

THE STRUGGLE AGAINST STERILIZATION AND FOR CONTROL OVER OUR BODIES BEGINS BY HAVING MONEY OF OUR OWN—MONEY WE DON'T HAVE TO WORK HARDER TO GET.

WE WANT

WAGES FOR HOUSEWORK FROM THE GOVERNMENT FOR ALL WOMEN BECAUSE MONEY IN OUR HANDS MEANS THE POSSIBILITY OF HAVING CHILDREN WITHOUT PAYING FOR THEM WITH OUR LIVES.



WAGES FOR HOUSEWORK FOR ALL WOMEN MEANS

THE POWER TO DECIDE WHETHER OR NOT WE WANT TO HAVE CHILDREN

THE POWER TO DEMAND SERVICES TO CUT DOWN ON HOUSEWORK AND THIS MEANS FIRST OF ALL FREE DAYCARE CENTERS OPEN ALL DAY LONG AND IN OUR NEIGHBORHOOD

THE POWER TO TAKE A VACATION FROM HOUSEWORK, INCLUDING FROM OUR CHILDREN

THE POWER TO REFUSE THE DOUBLE SHIFT OF A SECOND JOB, WHICH IS NOW OUR ONLY ALTERNATIVE TO WORKING FOR NOTHING

THE POWER TO DEMAND FREE MEDICAL CARE, INCLUDING FREE CHILD BIRTH, AND METHODS OF CONTRACEPTION THAT DON'T RUIN OUR BODIES AND OUR SEXUALITY AS WELL.



La lucha contra la esterilización y por el control de nuestros cuerpos comienza por tener nuestro propio dinero, un dinero por el que no tengamos que trabajar más para conseguirlo.

Queremos

Un salario para el trabajo doméstico pagado por el gobierno
A todas las mujeres, porque con dinero en nuestras manos
Tenemos la posibilidad de tener hijos
Sin tener que pagar por ellos con nuestra vida.

Un salario para el trabajo doméstico de todas las mujeres significa
El poder de decidir si queremos tener hijos o no

El poder de exigir servicios para reducir la carga de trabajo doméstico y esto implica en primer lugar que haya guarderías gratuitas abiertas todo el día y que estén en nuestro barrio

El poder de tomarse unas vacaciones del trabajo doméstico y de nuestros hijos

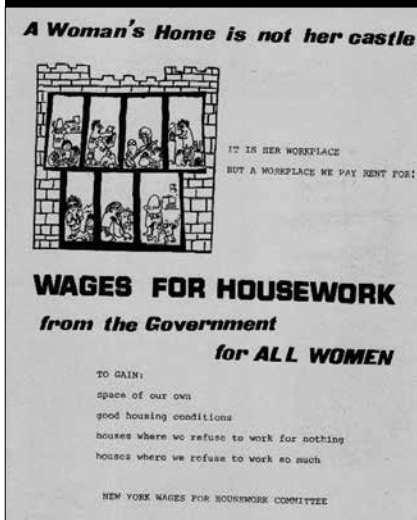
El poder de rechazar el turno doble de tener un segundo empleo, que por ahora es la única alternativa que tenemos a trabajar a cambio de nada

El poder de exigir asistencia sanitaria gratuita, partos gratuitos y métodos anti-conceptivos que no destrocen nuestro cuerpo y nuestra sexualidad.

La mujer no es la reina del hogar

(1976)

La mujer no es la reina del hogar



ES SU LUGAR DE TRABAJO
PERO ¡UN LUGAR DE TRABAJO
QUE PAGAMOS NOSOTRAS!

SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO
pagado por el gobierno
a TODAS LAS MUJERES

Para conseguir:
nuestro propio espacio
buenas condiciones de alojamiento
casas en las que nos neguemos a
trabajar a cambio de nada
casa en las que nos neguemos
a trabajar tanto

**Comité de Salario para el Trabajo
Doméstico de Nueva York**

Documento 3.2. El Comité WfH de Nueva York distribuyó «A Woman's Home is not her castle» [«La mujer no es la reina del hogar»] en 1976. Sobre estas líneas se muestra la portada y la contraportada del panfleto y las próximas cinco páginas reproducen el documento. El texto trata la arquitectura del hogar como lugar de trabajo y busca aportar una perspectiva feminista a la lucha por la vivienda. Subraya que las mujeres son las únicas trabajadoras que tienen que pagar un alquiler por el sitio en el que trabajan y que son las que tienen un interés directo en la «cuestión de la vivienda», puesto que las condiciones de alojamiento influyen directamente en su carga de trabajo. Una queja habitual entre las mujeres implicadas en las luchas por la vivienda era que las viviendas que muchas veces conseguían estaban tan deterioradas que tenían que trabajar el doble para conseguir que fueran habitables. Desde este punto de vista, el reconocimiento del hogar como lugar de trabajo y el interés particular de las mujeres en este aspecto era esencial.

85

La vivienda es un problema importante para nosotras las mujeres porque, en todas las etapas de nuestra vida, nuestro hogar es el lugar en el que más tiempo pasamos y donde hacemos la mayor parte de nuestro trabajo. Todo lo que tiene que ver con el hogar afecta inmediatamente a las condiciones y cantidad de trabajo que afrontamos.

DÓNDE VIVIMOS DETERMINA cuánto tendremos que andar para ir de compras, lavar la ropa o llevar a los niños al colegio. Si vivimos cerca o lejos de un parque o de una zona de juegos determinará si podemos dejar que los niños salgan solos sin tener que preocuparnos por que los atropelle un coche o si nos tendremos que quedar encerradas en un departamento con ellos (y ellos con nosotras) todo el día.

UN DEPARTAMENTO EN MALAS CONDICIONES SIGNIFICA MÁS TRABAJO PARA NOSOTRAS, significa que tendremos que limpiar y fregar para compensar la falta de comodidad y enfrentarnos a las crisis cotidianas que siempre recaen sobre nuestros hombros. La batalla cotidiana contra las cucarachas es nuestra, la basura que se acumula, el techo que se hunde, la falta de calefacción o los largos tramos de escaleras que tenemos que subir cargadas con las compras o la ropa. Por no mencionar las discusiones con los propietarios para que arreglen los desperfectos, que ya bastan para volvernos locas.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA CASA Y EL ESPACIO QUE TIENE TAMBIÉN AFECTAN A NUESTRO TRABAJO. La falta de espacio y de privacidad generan tensión en la familia, una tensión con la que tenemos que lidiar. Nosotras somos las que garantizan que los niños no lo molesten mientras «él» se echa la siesta para descansar del trabajo. Nosotras corremos a bajar el volumen de la música para que los vecinos no se quejen.

TENEMOS QUE HACER DE LA CASA UN LUGAR EN EL QUE TODOS PUEDAN RELAJARSE Y RECUPERARSE DEL TRABAJO. PERO PARA NOSOTRAS LA CASA ES TRABAJO DOMÉSTICO Y SOLO SALIMOS DE ELLA PARA SEGUIR TRABAJANDO, YA SEA EN EL SUPERMERCADO O EN NUESTRO SEGUNDO TRABAJO.

POR ENCIMA DE TODO, TENEMOS UN TRABAJO EXTRA: HACER QUE LA CASA TENGA «BUEN ASPECTO». PASAMOS MUCHO TIEMPO EN ELLA Y RESULTA MENOS DEPRIMENTE SI POR LO MENOS «SE VE BONITA». Por eso cambiamos las cortinas, pintamos y sacamos brillo, ponemos plantas en todas las ventanas, como las ponemos en nuestro segundo empleo para compensar los paseos que no podemos dar por el parque.

86

HOUSING IS A MAJOR CONCERN FOR US WOMEN BECAUSE AT EVERY STAGE OF OUR LIVES OUR HOME IS THE PLACE WHERE WE SPEND MOST OF OUR TIME AND SO MOST OF OUR WORK. EVERYTHING CONCERNING THE HOUSE IMMEDIATELY AFFECTS THE CONDITIONS AND THE QUANTITY OF OUR HOUSEWORK.



HERE WE LIVE DETERMINE HOW MUCH WE HAVE TO WALK TO SHOP, TO GO TO THE LAUNDRY OR TO TAKE THE KIDS TO SCHOOL. WHETHER OR NOT WE GO TO A PARK OR A PLAYGROUND DEPENDS WHETHER WE CAN LET THE KIDS GO OUT WITHOUT WORRYING THEY MAY BE RUN OVER BY A CAR, OR WE ARE STUCK WITH THEM (AND THEY WITH US) ALL DAY IN AN APARTMENT.

A RUN DOWN APARTMENT IS MORE WORK FOR US, cleaning and scrubbing to compensate for the lack of comfort and facing all the daily crises that always fall on our shoulders. One is the daily battle with the roaches, the garbage that is piling up, the ceilings that are collapsing, the lack of heat and the long flights of stairs we have to climb with the groceries and the laundry bags. Not to mention the fights with the landlord to get things repaired that are enough to drive us crazy.

Page 2

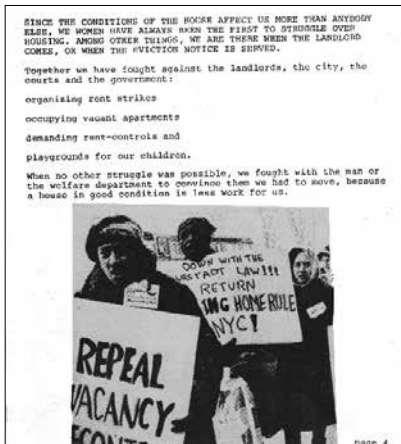
THE WAY THE HOUSE IS BUILT AND HOW MUCH SPACE THERE IS ALSO AFFECTS OUR WORK. Lack of space, lack of privacy build tension in the family, and this is something we have to come with. It's we who make sure the kids don't disturb "him" while he's taking a nap resting from work. It's we who rush to lower the second floor so that the neighbors don't protest.

WE HAVE TO MAKE THE HOUSE A PLACE WHERE EVERYBODY CAN RELAX AND RECOVERATE FROM WORK, BUT FOR US THE HOUSE IS HOUSEWORK AND WHEN WE GO OUT, IT'S ONLY FOR MORE WORK. AT THE SUPERMARKET OR ON THE SECOND JOB.

ON TOP OF EVERYTHING THERE IS THE EXTRA WORK TO MAKE THE PLACE "LOOK GOOD." WE SPEND SO MUCH TIME THERE AND IT'S LESS DEPRESSING IF IT "LOOKS NICE." This is why we change the curtains, paint and polish and put plants all over the windows, in the same way that we take plants to a second job to compensate for the walk in the park we cannot have.



Page 3



COMO LAS CONDICIONES DE LA VIVIENDA NOS AFECTAN A NOSOTRAS MÁS QUE A NADIE, NOSOTRAS LAS MUJERES SIEMPRE HEMOS SIDO LAS PRIMERAS EN LUCHAR POR LA VIVIENDA. ENTRE OTRAS COSAS, SIEMPRE ESTAMOS AHÍ CUANDO VIENE EL PROPIETARIO O CUANDO SE ENTREGA LA ORDEN DE DESAHUCIO.

Hemos luchado juntas contra los propietarios, el municipio, los juzgados y el gobierno:

- ORGANIZANDO HUELGAS DE ALQUILER
- Ocupando APARTAMENTOS VACÍOS
- EXIGIENDO EL CONTROL DE LOS ALQUILERES Y
- PARQUES INFANTILES PARA NUESTROS NIÑOS.

Cuando no pudimos luchar de otro modo, luchamos contra el hombre o contra los servicios sociales para convencerlos de que nos tenían que mudar porque una casa en buenas condiciones significa menos trabajo para nosotras.

[Pancarta Izq.]: ANULEN LA DESREGULACIÓN DEL ALQUILER

[Pancarta dcha.]: ¡ABAJO LA LEY URSTADT!!! ¡DEVUELVAN LA AUTONOMÍA A NYC!

PERO MIENTRAS EL TRABAJO DOMÉSTICO NO SEA ASALARIADO Y MIENTRAS NO SE CONSIDERE TRABAJO, TENEMOS MUCHO QUE GANAR EN LA LUCHA POR LA VIVIENDA.

PUEDA QUE NOSOTRAS NOS OCUPEMOS DE LA ORGANIZACIÓN, PERO ES EL HOMBRE QUIEN PONE LAS EXIGENCIAS, Y ES ÉL QUIEN SE QUEDA CON MÁS ESPACIO EN LA CASA PORQUE TIENE EL PODER DEL SALARIO.

PUEDA QUE LOGREMOS QUE SE REGULE EL ALQUILER PERO ¡SEGUIMOS PAGANDO EL ALQUILER DEL SITIO EN EL QUE TRABAJAMOS!

¿CÓMO PODEMOS OBLIGAR AL GOBIERNO A DARNOS VIVIENDAS EN MEJORES CONDICIONES PARA REDUCIR NUESTRA CARGA DE TRABAJO SI HACEMOS ESTE TRABAJO A CAMBIO DE NADA?

Comité de Salario para el Trabajo Doméstico de Nueva York

[Pancarta Izq.]: NO NECESITAMOS QUE LAS COMPUTADORAS NOS DIGAN QUE PAGAMOS DEMASIADO ALQUILER

[Pancarta dcha.]: ¡CONTROLA A TU PROPIETARIO CON EL PODER DE LOS INQUILINOS ORGANIZADOS!

WE WANT WAGES FOR HOUSEWORK BECAUSE WITHOUT A WAGE WE HAVE NO RIGHT TO SOME SPACE OF OUR OWN.

WELFARE MOTHERS, OR SSI RECIPIENTS, DIVORCED OR SINGLE, YOUNG OR OLD--if there is not a man's paycheck behind us, we are a "poor risk" for the landlords and getting a house is an incredible hassle...

and if we live with a man, we still don't have space for ourselves... Our space is the kitchen; the living room is for the visitors and the extra room (if it is there) is for the man; he brings the money in, so he has the right to relax from his work.


every space in the house is space for us to clean, not to cook out. And if we refuse to do the "housework," sweeping dirt under the rug or letting the dishes pile up in the sink, nobody sees us are on strike, they just think we are "bad women."

WE WANT WAGES FOR HOUSEWORK TO GAIN POWER IN OUR STRUGGLES WITH:

- the landlords, who put the house on fire to collect insurance, to get us out and to raise the rent;
- who don't give us heat, warm water, or repair the elevator during the day, because they wait until "the workers" come home.
- the city, who, with the excuse of the crisis, tries to cut rent controls and throw us in the streets, while giving tax breaks to the landlords.
- the courts, who pass anti-riot strike laws and send the police to break our struggles.
- the government, who has grown rich from our work but gives billions to real estate speculators while denying us a decent place to live...

page 6

THE STRUGGLE OVER HOUSING IS EVERY WOMAN'S STRUGGLE



WAGES FOR HOUSEWORK

FROM THE GOVERNMENT FOR ALL WOMEN NOW!

NEW YORK WAGES FOR HOUSEWORK COMMITTEE
 CAMPAIGN OFFICE: 288-B Eighth Street
 Brooklyn, N.Y. 11215 Tel. (212) 965-6112
 Open Wed. & Sat. 11 a.m. to 4 p.m.
 Speakers, Films, Videotapes, Books, Pamphlets

88 **Q**uereamos un salario para el trabajo doméstico, porque sin salario no tenemos derecho a nuestro propio espacio:

LAS WELFARE MOTHERS, LAS BENEFICIARIAS DEL SSI [Supplemental Security Income [Seguridad de Ingreso Suplementario] Ayuda económica del gobierno de Estados Unidos para personas de la tercera edad, ciegas y discapacitadas], YA SEAN JÓVENES O VIEJAS, SOLTERAS O DIVORCIADAS... Si no tenemos una nómina de hombre que nos respalde, constituimos un «riesgo elevado» para los caseros y conseguir una casa se convierte en un problema monumental...

Y si vivimos con un hombre seguiremos sin tener nuestro propio espacio. Nuestro espacio es la cocina; el salón es para las visitas y el cuarto que sobra (si es que lo hay) es para el hombre: él es quien trae el dinero, así que tiene derecho a relajarse después de trabajar.

Cada espacio de la casa es un espacio que tenemos que limpiar, no un sitio para relajarnos. Y si nos negamos a hacer el «trabajo doméstico», si barremos para esconder la porquería bajo la alfombra o dejamos que los platos se acumulen en la piletta, nadie se dará cuenta de que estamos en huelga. Solo pensarán que somos «malas mujeres».

Queremos un salario para el trabajo doméstico para tener más poder cuando luchamos contra:

Los caseros, que queman la casa para cobrar el seguro, echarnos y subir el alquiler;

que no nos ponen calefacción ni agua caliente y no arreglan el ascensor durante el día porque esperan a que «los trabajadores» vuelvan a casa.

El municipio que, con la excusa de la crisis, intenta eliminar la regulación de alquiler y nos echa a la calle mientras concede bajadas de impuestos a los propietarios.

Los juzgados que aprueban leyes contra la huelga de alquiler y mandan a la policía a sofocar nuestra lucha.

El gobierno que se ha hecho rico con nuestro trabajo pero le da miles de millones a los especuladores inmobiliarios mientras nos niega un sitio decente en el que vivir...

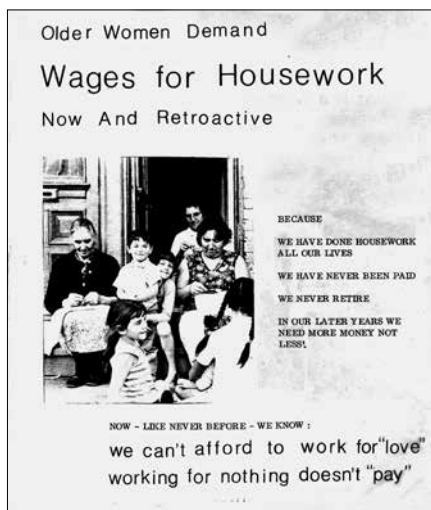
LA LUCHA POR LA VIVIENDA
ES LA LUCHA DE TODAS LAS MUJERES
SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO
PAGADO POR EL GOBIERNO
A TODAS LAS MUJERES ¡YA!

COMITÉ DE SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO DE NUEVA YORK

OFICINA DE CAMPAÑA: 288-B eighth street. Brooklyn, N.Y. 11215 Tel. (212) 965-4112

Abierto miércoles y sábados de 11 a. M. A 4 p. M. Conferenciantes, películas, vídeos, libros, panfletos

Las mujeres mayores demandan un salario para el trabajo doméstico (1976)



Las mujeres mayores exigen salario para el trabajo doméstico ahora y retroactivo

Porque
Hemos hecho el trabajo de casa toda nuestra vida
Nunca nos han pagado
Nunca nos jubilamos

Durante nuestros últimos años necesitamos más dinero, ¡no menos!

Ahora más que nunca lo sabemos:
no podemos permitirnos trabajar por «amor»
trabajar a cambio de nada no «compensa»

90

Documento 3.3. Este panfleto, «Older Women Demand Wages for Housework Now and Retroactive» [«Las mujeres mayores exigen un salario para el trabajo doméstico ahora y retroactivo»], fue distribuido por el Comité WHH de Nueva York en 1976. Aquí se reproducen las siete páginas de texto. El panfleto versaba sobre la especial urgencia que tiene la reivindicación de un salario para el trabajo doméstico para las mujeres mayores, destacando el hecho de que las amas de casa nunca se jubilan y aun así no tienen derecho a compensación de ningún tipo por su trabajo, ni seguridad social ni plan de pensiones, lo que las convierte en la principal bolsa de población indigente de la tercera edad. Hoy en día las mujeres, quienes han sido amas de casa a tiempo completo durante toda su vida, son quienes tienen más posibilidades de acabar viviendo en asilos, ya que al haber trabajado toda su vida sin recibir un salario, están privadas de los recursos que habrían necesitado para poder hacer otros planes.

AFTER YEARS OF UNPAID WORK AT HOME
AND LOW PAY ON THE SECOND JOB

What is a Woman's Lot When We Age?


EVEN LESS MONEY AT THE TIME WHEN WE NEED IT MOST!



* NO SOCIAL SECURITY
For all the housework we have done
---because they say housework is not work!
At best we get a partial check in our
husband's name.

* LOW SOCIAL SECURITY
If we had a second job ---because women's
wages are low and we took time of the payroll
to care for our families.

* A PITYANCE FROM HIM
If we make it to 65 ---which is doled out
like a charity and doesn't even pay for both
food and rent---much less for anything else.



POVERTY
ILLNESS
ISOLATION
...AND ALWAYS MORE WORK

THIS IS WHAT OUR "GOLDEN YEARS"
ARE ALL ABOUT!

* NO SPACE OF OUR OWN: Rent is always too high for us and we are
trapped in overcrowded, unsafe, rundown
apartments where we have to fight the landlord
not to freeze; or we are trapped in nursing homes
welfare hotels or trailers: the old people's ghettos.

* NO SOCIAL LIFE: It takes money to go anywhere and how can we afford
to take a trip or go out with friends on a budget of
\$150 a month? At best, our social life is the
senior center where we never meet people of
other generations and where we even have to pay
for what we get with "volunteer" work.

TRÁS PASAR AÑOS TRABAJANDO GRATIS EN CASA
Y CON UN MAL SUELDO EN EL SEGUNDO TRABAJO

¿Cuál es la situación de las mujeres cuando nos hacemos mayores?

¡TENEMOS AÚN MENOS DINERO EN EL MOMENTO EN EL QUE MÁS LO NECESITAMOS!

* SIN SEGURIDAD SOCIAL

Por todo el trabajo doméstico que hemos hecho,
Porque dicen que el trabajo doméstico ¡no es trabajo!

Como mucho recibimos un pago parcial a nombre de nuestro marido.

* SEGURIDAD SOCIAL ESCASA

SI HEMOS TENIDO UN SEGUNDO TRABAJO, PORQUE LOS SUELDOS DE LAS MUJERES SON BAJOS
Y PASAMOS TEMPORADAS SIN NÓMINA PARA CUIDAR DE NUESTRAS FAMILIAS.

* UN SI MISERABLE

SI LLEGAMOS A LOS 65 AÑOS. LO REPARTEN COMO SI FUESE CARIDAD Y NI SIQUIERA DA PARA
CUBRIR LA COMIDA Y EL ALQUILER, POR NO HABLAR DEL RESTO DE LAS NECESIDADES.

POBREZA

ENFERMEDAD

AI SLAMIENTO

Y MÁS Y MÁS TRABAJO

¡ASÍ ES NUESTRA «EDAD DE ORO»!

No TENEMOS ESPACIO PROPIO: El alquiler siempre es demasiado alto para nosotras y estamos atrapadas en departamentos atestados, deteriorados e inseguros en los que tenemos que pelearnos con el propietario para no congelarnos. O nos quedamos atrapadas en residencias, asilos de beneficencia o en parques de casas rodantes: los guetos de los mayores.

* No TENEMOS VIDA SOCIAL: Ir a cualquier lado cuesta dinero y ¿cómo nos vamos a permitir hacer un viaje o salir con los amigos con un presupuesto de 250 dólares al mes? Como mucho nuestra vida social se limita a los centros para la tercera edad, donde nunca conocemos a gente de otras generaciones e incluso tenemos que pagar con «trabajo voluntario» por lo que se nos da.

AT 63 OR 75 WE WOMEN KEEP ON WORKING, . . . UNTIL WE DIE
IN THE HOME. WE NEVER RETIRE FROM HOUSEWORK ---WE JUST TIRE!
 If we have husbands now they are wageless too and even more dependent on our work. We have to stretch our last energies to keep the house going on a budget that has been drastically reduced and is eaten up daily by inflation. After raising our own families, now we often have to care for the grandchildren and help with the housework so that our daughters can go out "to work".

ON THE SECOND JOB: Often indispensable to make ends meet---now at the lowest wages ever, lashed by the blackmail that if we earn "too much" it will be deducted from our social security check!

AND VOLUNTEER WORK. Which we accept under the threat that they will cut even the few services now available to us. It's mostly other women who "voluntarily" staff the Senior Centers (after volunteering all our lives at home) and who visit the homebound so that they don't die of starvation or loneliness or both.



In spite of what they tell us,
AFTER A LIFETIME OF HARD WORK, WE STILL HAVE NOT "EARNED" THE RIGHT TO LIVE!

Meanwhile, the government and business have grown huge and rich off our work because we raised all their workers for them. And they are still making money off the underpaid and volunteer work they "offer" us when we get older.

They even capitalize on our poverty and illness---retains the Nursing Home Scandal. THEY GIVE MONEY TO NURSING HOMES AND PROFIT-EERS OF ALL SORTS, BUT THEY DON'T GIVE IT TO US! WHEN WE DEMAND MONEY THEY SAY THEY ARE POOR AND PLEAD "CRISIS", BUT WOMEN HAVE ALWAYS BEEN IN CRISIS AND NOW MORE THAN EVER. More and more of us are forced to beg and shop-lift to make ends meet and too many of us end up in mental hospitals or commit suicide because we refuse to cope with this kind of life.

BUT NOW WE ARE DETERMINED TO EVEN UP THE SCORE.

WE WANT OUR MONEY BACK!

WHEN WOMEN ARE PAID FOR ALL WE DO THERE'LL BE A LOT OF WAGES DUE



92 **A** LOS 65 O 75 AÑOS LAS MUJERES SEGUIMOS TRABAJANDO... HASTA MORIR

EN CASA: NUNCA NOS JUBILAMOS DEL TRABAJO DOMÉSTICO, SOLO ¡NOS HARTAMOS!

Si tenemos un marido, ahora él tampoco tiene salario y depende todavía más de nuestro trabajo. Tenemos que exprimir nuestras últimas reservas de energía para que la casa siga en marcha con un presupuesto drásticamente inferior y que va siendo devorado día a día por la inflación. Después de haber criado a nuestra propia familia, ahora muchas veces tenemos que cuidar de los nietos y ayudar a nuestras hijas con el trabajo doméstico para que puedan salir «a trabajar».

EN EL SEGUNDO TRABAJO: A menudo indispensable para llegar a fin de mes, solo que ahora el salario es peor que nunca, ante el chantaje de que si ganamos «demasiado» ¡se deducirá de nuestro pago de la seguridad social!

Y EN EL TRABAJO VOLUNTARIO: Que asumimos bajo la amenaza de que si no se recordarán incluso los pocos servicios de que disponemos. El personal «voluntario» de los centros de la tercera edad suele estar compuesto mayoritariamente por mujeres (que ya han sido voluntarias en casa durante toda su vida), y también son mujeres las que visitan a quienes están incapacitados y no pueden salir de sus casas para que no mueran de hambre, de soledad, o de ambas.

Aunque nos digan lo contrario

DESPUÉS DE PASAR TODA UNA VIDA DE ARDUO TRABAJO, AÚN NO NOS HEMOS «GANADO» NUESTRO DERECHO A VIVIR

MIENTRAS TANTO, EL GOBIERNO Y LOS MERCADOS SE HAN HECHO MUY IMPORTANTES Y RICOS GRACIAS AL TRABAJO QUE HEMOS HECHO PARA CRIAR A SUS TRABAJADORES. Y TODAVÍA SIGUEN HACIENDO DINERO CON EL TRABAJO VOLUNTARIO Y MAL PAGADO QUE NOS «OFRECEN» CUANDO NOS HACEMOS MAYORES.

CAPITALIZAN INCLUSO NUESTRA POBREZA Y NUESTRA ENFERMEDAD —COMO PRUEBA, EL ESCÁNDALO DEL HOGAR DE ANCIANOS—. DAN DINERO A LOS HOGARES DE ANCIANOS Y A ESPECULADORES DE TODO TIPO, PERO ¡NO NOS LO DAN A NOSOTRAS! CUANDO EXIGIMOS DINERO NOS DICEN QUE SON POBRES E INVOCAN A «LA CRISIS». PERO LAS MUJERES SIEMPRE HEMOS ESTADO EN CRISIS, Y AHORA MÁS QUE NUNCA. CADA VEZ MÁS MUJERES NOS VEMOS OBLIGADAS A PEDIR Y A ROBAR EN LAS TIENDAS PARA LLEGAR A FIN DE MES Y MUCHAS DE NOSOTRAS ACABAMOS EN INSTITUCIONES MENTALES O NOS SUICIDAMOS PORQUE NOS NEGAMOS A SEGUIR VIVIENDO ESTA CLASE DE VIDA.

PERO AHORA ESTAMOS DISPUESTAS A EQUILIBRAR LA BALANZA

¡QUEREMOS QUE NOS DEVUELVAN NUESTRO DINERO!

CUANDO A LAS MUJERES NOS PAGUEN POR TODO LO QUE HACEMOS

HABRÁ UN MONTÓN DE SALARIOS POR PAGAR

[Pancarta izq.]: NO A LA SUBA DEL ALQUILER



¡NO PODEMOS PAGAR ALQUILERES MÁS ALTOS Y ADEMÁS COMER!

Siempre, en todas partes, hay mujeres de todas las edades que están luchando por recuperar lo que nos pertenece!

Siempre nos dicen que somos demasiado mayores o demasiado jóvenes, que no somos lo bastante inteligentes o experimentadas, que tenemos que cuidar de otras personas antes que luchar por nosotras. Pero hemos sacrificado nuestras vidas demasiado tiempo como para que nos sigan engañando. Sabemos que si no luchamos para conseguir más, nos arrebatarán lo poco que tenemos.

¡No será nuestro sacrificio, será nuestra lucha la que nos dé una vida mejor para todas!

Las luchas que libramos en los años treinta, entre ellas el Townsend Movement, obligaron al gobierno a promulgar la Social Security Act [Ley de la Seguridad Social]. Desde entonces, nuestro movimiento no ha dejado de crecer. En 1975, solo en la ciudad de Nueva York, 10.000 personas nos concentramos en el Ayuntamiento contra la amenaza de cierre de los hogares de ancianos.

| | |
|--|--|
| <p>Always Everywhere Women of All Ages Are Fighting to Win Back what is Ours !</p> <p>We are always told that we are too old or too young or not wise and worldly enough, and that we must care for others before we make a struggle for ourselves. But we have sacrificed too much of our lives to be fooled any longer. We know that if we don't fight for more, the little we have will be snatched away.</p> <p>IT IS NOT OUR SACRIFICES, BUT OUR STRUGGLE THAT MAKES A BETTER LIFE FOR ALL OF US! In the 1930's, the struggles we made, including the Townsend Movement, forced the government to pass the Social Security Act. Since then, our movement has been growing in numbers. In 1975, in New York City alone, over 10,000 of us filled City Hall when the Senior Centers were threatened.</p> <p>THE NEXT TIME WE WILL BE MANY MORE AND WITH THE STRENGTH OF OUR THOUSANDS, YOUNG AND OLD, WE WILL DEMAND NOT ONLY MORE SOCIAL SECURITY AND BETTER SENIOR CENTERS, BUT WE WILL DEMAND:</p> <p>WAGES- for all the housework we do and all the housework we have done!</p>  | <p>For Older Women Too:</p> <p>Wages for Housework Is the Only Struggle That Gives Us the Power-</p>  <p>POWER TO BREAK OUT OF OUR ISOLATION: With money in our pockets we can go to a show, meet other women and men of all ages, instead of being confined to our homes or, at best, to our senior centers.</p> <p>POWER TO CUT DOWN ON HOUSEWORK: More than ever, we need to save time and energy by eating out, sending out the laundry, buying conveniences.</p> <p>POWER TO DEMAND THE BEST MEDICAL CARE: Including free medicine, free dental care, free glasses and hearing aids and everything else we need!</p> <p>POWER TO DEMAND COMFORTABLE AND SAFE HOUSING... AND FIRST OF ALL, AN APARTMENT OF OUR OWN!</p> <p>POWER TO STOP THE CLOSING OF SENIOR CENTERS AND TO MAKE THEM SERVE OUR NEEDS AND OUR STRUGGLE.</p> <p>Free of means tests and fees with which they try to divide us</p> |
|--|--|

La próxima vez seremos muchas más y con la fuerza de miles de nosotras, jóvenes y viejas, no solo exigiremos más seguridad social y mejores hogares de ancianos, también exigiremos

UN SALARIO — ¡POR TODO EL TRABAJO DOMÉSTICO QUE HACEMOS Y TODO EL QUE YA HEMOS HECHO!

[PANCARTA]: ¿COMIDA O TECHO? ¡NO PODEMOS PERMITIRNOS LAS DOS COSAS!

También para las mujeres mayores:

El salario para el trabajo doméstico es la única lucha que nos da poder.

PODER PARA ESCAPAR DE NUESTRO AISLAMIENTO: Si tenemos dinero en el bolsillo podemos ir a espectáculos y conocer a mujeres y hombres de todas las edades en lugar de estar confinadas en nuestras casas o, en el mejor de los casos, en un hogar de ancianos.

94

PODER PARA REDUCIR LA CARGA DE TRABAJO DOMÉSTICO: Ahora más que nunca necesitamos reservar tiempo y energía y lo podríamos hacer comiendo fuera, mandando la ropa a la lavandería, comprando cosas que nos hagan la vida más cómoda.

PODER PARA EXIGIR LA MEJOR ASISTENCIA SANITARIA: Que incluya medicamentos, salud dental, anteojos y audífonos gratuitos y ¡todo lo que necesitamos!

PODER PARA EXIGIR UNA VIVIENDA CÓMODA Y SEGURA... Y PARA EMPEZAR ¡UN DEPARTAMENTO PROPIO!

PODER PARA DETENER EL CIERRE DE LOS HOGARES DE ANCIANOS Y HACER QUE ATIENDAN A NUESTRAS NECESIDADES Y A NUESTRA LUCHA.

SIN EVALUACIÓN DE LOS MEDIOS ECONÓMICOS, SIN TASAS CON LAS QUE INTENTEN DIVIDIRNOS.

4. Movilización del centro de trabajo, la huelga de mujeres de Islandia y la Conferencia socialista feminista de Antioch

En 1975, integrantes del Comité WfH de Nueva York aplicaron la perspectiva de Salario para el Trabajo Doméstico en la movilización de las mujeres que trabajaban en el centro de salud Maimonides Community Health Center de Brooklyn, Nueva York. El texto que se reproduce a continuación, *Wages for Housework at a Waged Workplace* [«Salario para el Trabajo Doméstico en un centro de trabajo asalariado»] es una crónica de ese esfuerzo. Fue coescrito por Jane Hirschmann y contribuyeron varias mujeres que trabajaban en el centro de salud. El 24 de octubre de ese mismo año el 90% de las mujeres de Islandia participó en una huelga convocada en todo el país: ni acudieron a sus puestos de trabajo ni hicieron el trabajo no remunerado de sus casas. La huelga confirmó el lema de Salario para el Trabajo Doméstico, «si paran las mujeres, se para todo». Más adelante se reproduce la nota de prensa emitida por el Colectivo Feminista Internacional de la campaña por un salario para el trabajo doméstico, en la que se celebra la huelga islandesa.

Durante el verano de 1976, el Comité WfH de Nueva York fue invitado a participar en la Conferencia Socialista Feminista Nacional que se iba a celebrar en julio en *Antioch College* [Facultad de Antioch] de la localidad de Yellow Springs, Ohio. La declaración del Colectivo Feminista Internacional que se incluye en estas páginas se basa en la experiencia de Jane Hirschmann, que había estado en contacto con las organizadoras de la conferencia y se fue sintiendo cada vez más frustrada ante los intentos de la organización de relegarnos a un papel marginal, ya que no estaban de acuerdo con el salario para el trabajo doméstico como estrategia feminista. Otra de las razones por las que nos negamos a participar fue la estructura de la conferencia, que separaba la «organización de la comunidad» de la «organización del lugar de trabajo», lo que desde nuestro punto de vista reafirmaba la clásica división capitalista del trabajo. De

este modo, en palabras de Jane, «no podíamos encajar en sus categorías sin distorsionar nuestro punto de vista» y, si acudíamos, «probablemente acabaríamos discutiendo con mujeres de izquierdas, como nos pasó en otros encuentros...».

Salario para el trabajo doméstico en el centro de trabajo asalariado (1975)

Maimonides Community Mental Health Center [Centro de salud mental comunitario Maimonides] forma parte de un *voluntary hospital*¹ y fue establecido con fondos especiales del gobierno federal, estatal y municipal. Quienes trabajamos en el centro somos considerados trabajadores del hospital en lugar de empleados públicos. Como somos trabajadores del hospital, muchos de nosotros (a excepción de psiquiatras, enfermeras, algunos administradores y secretarías ejecutivas) pertenecemos al sindicato 1199, que es un sindicato nacional de trabajadores del ámbito hospitalario. Aunque estemos en el mismo sindicato que quienes trabajan en Maimonides Hospital, estamos separados de los trabajadores del hospital porque trabajamos en nuestro propio edificio o en los locales que tenemos en los barrios, celebramos nuestras propias reuniones sindicales, tenemos administración propia, separada de la administración general del hospital, y presupuesto propio. El centro es «progresista» en comparación con otras instituciones. Lo dirigen seguidores de la vieja izquierda y liberales. Se considera a sí mismo innovador, mucha gente joven trabaja aquí y disfruta de un grado de libertad que no se permite en otros centros de trabajo. Comparado con otras instituciones similares, el centro de salud mental Maimonides paga sueldos extremadamente elevados en todas las categorías profesionales. En este escenario, a veces resulta difícil saber quién es el enemigo o incluso quién es el jefe (casi todos nos tratamos por nuestro nombre). El chantaje es más insidioso en un centro como el nuestro, donde se nos manipula para que creamos que «nos va bien». El

96

1 *Voluntary hospital*: instituciones hospitalarias sin ánimo de lucro independientes, no gubernamentales y privadas, fundadas por lo general con contribuciones voluntarias [N. de la T.].

centro funciona de forma muy parecida a una familia. Los hombres están a la cabeza de la familia, dirigiendo a las madres y los niños. Actualmente, en un campo tradicionalmente femenino (las profesiones asistenciales), todos los administradores son hombres y tratan a las mujeres como si fueran o niñas o madres, en función del lugar que ocupen en la jerarquía (trabajadora social, secretaria, personal del servicio de cocina).

Contexto

Durante el verano de 1974, hubo una reorganización general de todos los servicios. Con la reorganización se crearon doce nuevos puestos de administración y directores intermedios, que se cubrirían por promoción interna, ya que no teníamos presupuesto para contratar a nadie más. Algunos de esos puestos ya existían, por el simple hecho de que alguien ya se había estado haciendo cargo de esas responsabilidades, pero ahora se había creado el puesto con cargo oficial y, en algunos casos, con suba de salario. Tanto hombres como mujeres se presentaron para cubrir las vacantes. El comité de selección, compuesto exclusivamente por hombres, eligió a doce hombres para cubrirlas a pesar de que algunas de las mujeres que se presentaron estaban más cualificadas y tenían más antigüedad. Además, algunas de las mujeres que habían estado haciendo ese trabajo no pudieron presentarse porque ahora se pedían certificados profesionales innecesarios a los candidatos. Las mujeres empezaron a reunirse para hablar de la evidente discriminación sufrida en el centro en la selección para los nuevos puestos. La maquinaria sindical de negociaciones se puso en marcha, ya que muchos de estos puestos, si estaban en manos de un afiliado, seguirían siendo del sindicato, pero si el puesto iba a parar a alguien no afiliado, el sindicato perdería el puesto. Esta práctica de permitir que los afiliados al sindicato que pasan a puestos directivos puedan seguir en el sindicato es muy irregular, pero no obstante sentaba un precedente en un centro en el que muchas prácticas son diferentes a causa de su naturaleza «progresista»; por lo general, no se ve a los administradores en el sindicato al lado de las hileras de trabajadores. En otoño, un grupo reducido de mujeres decidimos pedir al director que celebrara una de sus reuniones de personal para tratar el tema del sexismo en el centro de salud mental, y que nos dejara presidir la reunión. Nos dio permiso y con esta reunión dio comienzo una serie de reuniones semanales.

Cuando el salario para el trabajo doméstico se convierte en una perspectiva

En el centro éramos cuatro las que estábamos comprometidas con la perspectiva de Salario para el Trabajo Doméstico. Durante esta lucha, otras dos mujeres se unieron al grupo de WfH. Cuando empezamos a trabajar el tema, quisimos probar a dar forma a esta lucha desde la perspectiva de WfH. Desde el primer instante éramos conscientes de que exigir que esos doce puestos fuesen ocupados por mujeres sería una propuesta reformista que no afrontaría la situación del grueso de las mujeres que trabajaban en el centro. Empezamos por establecer una analogía entre la familia, en la que el trabajo de la mujer no se reconoce ni se paga y se vincula a nuestra feminidad (por lo que se nos chantajea), y la posición similar que ocupaban las mujeres como trabajadoras asalariadas en la familia del centro de salud mental. Nos dimos cuenta de que buena parte del trabajo que hacíamos en el centro era trabajo no asalariado, vinculado a nuestro papel femenino, y de que se nos trataba como a amas de casa en el trabajo. El centro se beneficiaba de esta situación de familia extendida extrayendo más plustrabajo de las mujeres al no pagarnos por ese trabajo. Presentamos este análisis al personal en varias reuniones y propusimos demandas que apelaran a todas las mujeres, no solo a aquellas que pudieran optar a esos doce puestos.

Las mujeres de la plantilla (con el apoyo de algunos hombres) exigieron a la dirección un día libre pagado para celebrar una conferencia sobre sexismo en el centro. El día libre se extendía a todo el personal y reemplazaría una jornada normal de trabajo. El centro mantendría los servicios mínimos para cubrir las urgencias. El personal tenía la opción de hacer el trabajo habitual o acudir a la conferencia. Un día pagado en el que nos organizaríamos nosotras mismas; un día pagado en el que no produciríamos para el capital sino para producir la lucha. Ese día, jueves 5 de diciembre de 1974, 140 integrantes de la plantilla, de las cuales la mayoría eran mujeres, asistieron a la conferencia. Se hicieron cuatro talleres que representaban buena parte de los temas de los debates que se produjeron durante las seis semanas previas a la conferencia: la promoción profesional, la atención al paciente, las guarderías y los derechos protegidos por la ley. Concluimos que debíamos hacer esos talleres tras semanas de debates y análisis del papel de la mujer en el centro de trabajo asalariado, de nuestra relación con las pacientes, de la

necesidad de contar con un servicio de guardería y de ciertas acciones legales inmediatas que podríamos emprender. Muchas de las mujeres de WfH consideraban que debíamos centrarnos en el taller sobre ascensos porque creíamos que en este aspecto, la perspectiva del salario para el trabajo doméstico podría apelar a la mayoría de personal femenino no profesional, que conformaba el grueso de la plantilla del centro.

Explicamos cómo el ascenso es una ilusión que sirve para mantener a las mujeres enfrentadas entre sí. Solo una pequeña parte de las trabajadoras puede acceder a los programas de promoción profesional y por tanto ascender. Aquellas mujeres que llegan a subir unos peldaños están acostumbradas a regular y controlar a las mujeres con las que trabajan. Los programas de promoción también proyectan la ilusión de que puedes conseguirlo porque es un «sistema justo». Fue en este taller en el que exigimos el fin del trabajo no asalariado y un salario para los estudiantes del centro, llamamos a defender el aumento de sueldo inversamente proporcional (así se trocaría la diferencia salarial que beneficia a los hombres, quienes tienen los sueldos más altos... y en su lugar serían las mujeres, que conforman el grueso de los trabajadores con sueldos bajos, las que obtuvieran mejores porcentajes de incremento salarial) e ideamos una posible acción en el trabajo, que sería negarnos a hacer el trabajo que hasta el momento hacíamos a cambio de nada. Comprendería todo aquello que no estuviera escrito en nuestro contrato laboral como hacer café para el jefe y servirlo, actuar como relaciones públicas cuando no es tu trabajo, etc. También propusimos crear un observatorio de la mujer para tratar las quejas que teníamos tanto nosotras como los hombres respecto al trato que recibíamos al realizar trabajos asociados al rol femenino (este comité estaba compuesto por una mayoría de mujeres pero también había hombres). Pedimos igualdad en las vacaciones pagadas para todos los empleados (cuatro semanas) y el pago de jornada y media por las horas extra para todos los trabajadores. Es importante señalar que tanto en este taller como en las reuniones de personal previas hubo acalorados debates sobre el papel del sindicato. Se hizo manifiesto que, muy a disgusto de algunos delegados sindicales, el sindicato era considerado una organización a la que nos dirigiríamos para conseguir lo que necesitáramos –cuando lo necesitáramos–. Pero si intentaba detenernos, se lo impediríamos.

Las mujeres se pronunciaron y dijeron que cuando plantearon ciertos temas al sindicato, como la necesidad de un aumento de sueldo o más tiempo de vacaciones, no fueron a ninguna parte. A las mujeres que no estaban afiliadas les preocupaba que el sindicato no las considerase una trabajadora si no pertenecían al sindicato. El debate sobre el papel del sindicato no ha dejado de surgir durante esta lucha y parecía evidente que esta lucha sería autónoma hasta tal punto que nosotras daríamos instrucciones al sindicato si lo necesitáramos. Celebramos nuestras reuniones aparte de las del sindicato, e invitamos a las reuniones sindicales a trabajadoras no afiliadas elegidas por todas nosotras. El mecanismo sindical de reclamaciones incluyó a siete mujeres en el comité por orden de las trabajadoras ¡para que los delegados y el sindicato sigan trabajando para nosotras! Las mujeres que participaron en el taller de guardería propusieron que las empleadas del hospital y del centro de salud dispusieran de guardería durante las 24 horas del día. El servicio sería costeadado por el hospital y funcionaría día y noche porque había tanto trabajadoras de día como de noche que se beneficiarían del servicio. Se añadió a la propuesta que también pudieran utilizar el servicio los hijos de los voluntarios y estudiantes que trabajaban en la institución sin cobrar un salario y, si quedaba sitio, los hijos de las mujeres del barrio que cuidaran de sus hijos en casa también podrían utilizar la guardería. El taller de derechos protegidos por la ley diseñó un mecanismo para emplear los medios a nuestro alcance para combatir las prácticas discriminatorias de nuestro centro de trabajo. Uno fue contratar a una abogada, que al principio pagábamos con dinero recaudado entre el personal del centro, para presentar escritos.

100

A partir del análisis propuesto por WfH se hizo evidente que las pacientes ocupaban la posición más baja en la jerarquía de la «familia» del centro. De hecho, esas mujeres se estaban rebelando contra su posición de explotadas y su trabajo. Llegaban a nosotras como pacientes y nosotras, bajo pretexto de atender a su salud mental, les ofrecíamos una pronta recuperación para que vuelvan a la posición contra la que se habían rebelado: trabajar sin remuneración en casa o «ascender» sumándose a la mano de obra mal pagada. La perspectiva de WfH nos ayudó a ver el vínculo entre nosotras y nuestras pacientes, entre la explotación que sufríamos en el centro y la explotación que sufrían muchas de ellas. Esta perspectiva permitió a una terapeuta percibir las similitudes que había entre nuestra posición en el centro y la de sus pacientes. Así que trajo a

sus pacientes mujeres a la sesión matinal de la conferencia. De este taller (atención a las pacientes) surgió el debate sobre cómo trabajar de manera específica con mujeres y niños y la necesidad de tener un servicio propio para las mujeres. Por último, la propuesta más importante fue el reconocimiento de que muchas mujeres (como las secretarías, por ejemplo) actuaban como agentes terapéuticos y debían dejar de hacerlo mientras no se les reconociera y pagara como tales. Al final de la jornada, se celebró una reunión para votar las propuestas de todos los talleres y establecer comités que trabajaran en las propuestas. También se propuso pedir a la dirección que todo el personal dispusiera de dos horas semanales pagadas para trabajar en alguno de los comités.

Implementar estas propuestas y luchar por ellas nos iba a costar mucho trabajo y no estábamos dispuestas a hacerlo durante «nuestro tiempo», porque «nuestro tiempo» es «su tiempo» e íbamos a hacer que pagasen por él. Esta propuesta se aprobó (véase más adelante) y también decidimos que tendríamos un boletín de noticias que nos mantendría informadas del avance de cada comité. Además, aprobamos la propuesta de informar a los trabajadores del hospital de lo que estaba pasando en el centro de salud mental. Pondríamos una mesa informativa a la hora de la comida y distribuiríamos nuestro boletín entre los trabajadores del hospital general, con la esperanza de que se sumaran a nuestra lucha. Al terminar la jornada, varios hombres, que antes se habían mostrado escépticos, estaban tan entusiasmados con los resultados de la sesión que decidieron organizar un grupo de hombres, ya que se habían dado cuenta de que sus propios intereses estaban en juego.

Igual que el marxismo, la perspectiva de Salario para el Trabajo Doméstico es una herramienta para observar la lucha. Conforme se iba desarrollando la lucha en Maimonides, porque esto no ha hecho más que empezar, hemos llegado a apreciar cada vez más la perspectiva de WfH, una perspectiva que relaciona aquello que parecía imposible relacionar. Por ejemplo, si hubiésemos decidido luchar solamente por que se repitiese el proceso de selección de aquellos doce puestos para que las mujeres pudiesen optar a ellos, habríamos conseguido involucrar a muy pocas mujeres. La mayoría de las mujeres no podía y nunca podría optar a esos puestos. Sin embargo, cuando empezamos a hablar de nuestro trabajo y cómo buena parte de él no está pagado y cómo nuestra feminidad tiene

que ver con esa falta de salario, podemos encontrar alianzas donde antes no parecía posible. Las secretarias pueden pronunciarse y hablar sobre sus problemas igual que las trabajadoras sociales o las psicólogas.

Empezó a haber un sentimiento de unidad donde antes había desconfianza, celos y silencio. Hablamos de los distintos privilegios que nos concedía la institución que nos dividía; por ejemplo, las «profesionales» tenían cuatro semanas de vacaciones y las «no profesionales» dos o tres semanas. Escuchamos todas esas diferencias y, juntas, hicimos reivindicaciones que beneficiaban a todas las mujeres. Compartimos entre nosotras anécdotas que reflejaban cómo se nos trataba como a amas de casa en el trabajo, independientemente del lugar que ocupáramos en la jerarquía. Tal fue el nivel de energía y entusiasmo que alcanzamos.

Las mujeres están tomando la iniciativa con pequeños actos de sabotaje. Una secretaria se niega a hacer trabajo que ella considera que no le corresponde, aunque haya estado haciéndolo durante años. Se niega a buscar el historial médico del paciente para los terapeutas y después encontrar al psiquiatra para que le haga la receta al paciente. Ella no es la terapeuta y se niega a ser su criada. En mi local, las mujeres se están negando a mecanografiar para los hombres, hacer el café o limpiar. El otro día, una secretaria de dirección abandonó el puesto de trabajo para acudir a una reunión del colegio e insiste en que el tiempo que estuvo fuera del escritorio también se le tiene que pagar. Algunos miembros de la plantilla fichan de modo que incluyen el tiempo de comida como tiempo de trabajo, porque nos hemos dado cuenta de que la mayoría de las veces comemos en nuestro puesto y seguimos produciendo para ellos durante nuestra hora de comida. Una mujer le ha dicho a un gerente que no va a seguir haciéndole el trabajo de secretaria porque su otro jefe le paga por un solo trabajo pero le da trabajo para dos personas y media, así que se niega a hacer también el trabajo de él. Muchas veces las mujeres han venido a las reuniones desafiando directamente a sus jefes, que les han dicho que no pueden tomarse la hora de la comida después de nuestras reuniones. Hasta el momento las hemos celebrado durante la hora de la comida. Son actos individuales y ahora se producen todos los días. También hay una sensación de poder que comenzó el día de la conferencia.

Cuando las mujeres se alían surge la fuerza y aquí en Maimonides justo ahora comienza a vislumbrarse. Acabamos de empezar, quién sabe hasta dónde llegaremos.

JANE HIRSCHMANN

Brooklyn, enero de 1975

(Con el apoyo de las
hermanas del centro
Maimonides: Emily
Schneider, Barbara Reiter
Silverman, Beth Rosenthal,
Ceci Sisane y Hedda Matza).

Adenda

Mientras se escribía este texto hemos logrado una gran victoria. Toda la plantilla tendrá dos horas pagadas para trabajar en alguno de los comités, excepto el de temas legales y el de recaudación de fondos. El director del centro no nos va a pagar por obtener fondos para emprender acciones legales contra él. Considera que los comités probablemente son menos peligrosos para él. No se da cuenta del poder que nos empeñamos en crear, y no por las vías legales. Otro logro ha sido que volverá a haber un proceso de selección para once de los doce nuevos puestos. Aún está por debatir qué significa exactamente. En un próximo escrito hablaremos de estos y otros avances.

La huelga de mujeres de Islandia (1975)



Documento 4.1. (Dos páginas siguientes) «Press Release on the Icelandic Women's Strike» [«Nota de prensa con motivo de la huelga de mujeres de Islandia»]. El 24 de octubre de 1975 casi el 90% de las mujeres islandesas participó en una huelga de ámbito nacional en la que se negaron a acudir al trabajo o a hacer trabajo gratis en casa. La huelga confirmó el lema de WfH, «si paran las mujeres, se para todo». En el otoño del mismo año, la organización NOW [National Organization for Women – Organización Nacional de Mujeres] también convocó una huelga de mujeres en Estados Unidos, promovida con el lema «Alice Doesn't»¹ [Alice no...]. Fue un día de movilización para muchas mujeres, pero no llegó a darse la participación masiva que en Islandia paró la capital. Según he sabido recientemente, gracias a Hildur Hákonardóttir, una de las organizadoras de la huelga islandesa, su éxito se debió en parte a que por todo el país había consejos de mujeres que ayudaron a movilizarlas. La huelga fue una demostración del poder de las mujeres y de la enorme importancia de su trabajo para la vida social y económica. Esta huelga constituyó un modelo a la hora de organizar WfH. A continuación se reproduce la nota de prensa emitida por el Colectivo Feminista Internacional en campaña por un salario para el trabajo doméstico, en la que se celebra la huelga islandesa.

¹ Alice Doesn't procede del título de la popular película de Martin Scorsese *Alice Doesn't Live Here Anymore* (1974) que incorpora algunos conceptos del feminismo que empezaban a ser aceptados por la opinión pública de la época. Lo que los colectivos feministas afirmaban con este lema era que Alice no... va a hacer lo que se espera de ella [N. de la T.].

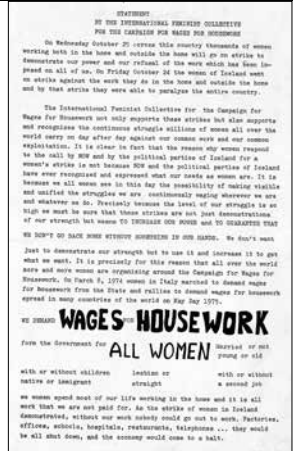
Declaración del colectivo feminista internacional en campaña por un salario para el trabajo doméstico

El miércoles 29 de octubre, miles de mujeres de todo el país, que trabajamos tanto en casa como fuera de ella, iremos a la huelga para mostrar nuestro poder y nuestro rechazo al trabajo que se nos ha impuesto a todas. El viernes 24 de octubre, las mujeres de Islandia fueron a la huelga contra el trabajo que hacen en casa y fuera de ella y con esa huelga consiguieron paralizar todo el país.

El Colectivo Feminista Internacional por la Campaña por un Salario para el Trabajo Doméstico no solo apoya estas huelgas sino que también apoya y reconoce la lucha continua que libran millones de mujeres de todo el mundo, día tras día, contra nuestro trabajo común y nuestra explotación común. De hecho, está claro que la razón por la que las mujeres han respondido al llamamiento a la huelga de mujeres hecha por now y por los partidos políticos islandeses no es porque now y los partidos islandeses hayan reconocido nuestras necesidades como mujeres y las hayan expresado. Es porque todas nosotras, las mujeres, vemos en este día la posibilidad de que se visibilicen y unifiquen las luchas que libramos continuamente, allá donde estemos, hagamos lo que hagamos. Precisamente porque el nivel de lucha es tan alto, tenemos que estar seguras de que estas huelgas no son solo una demostración de fuerza sino el medio PARA AUMENTAR NUESTRO PODER Y PARA GARANTIZAR QUE NO VOLVAMOS A CASA CON LAS MANOS VACÍAS. No solo queremos mostrar nuestra fuerza, queremos usarla y aumentarla para conseguir lo que queremos. Y precisamente por esta razón hay cada vez más mujeres en todo el mundo que participan en la organización de la Campaña por un Salario para el Trabajo Doméstico. El 8 de marzo de 1974, en Italia, las mujeres se manifestaron para exigir un salario por el trabajo doméstico pagado por el Estado, y el Día de los Trabajadores de 1975 hubo concentraciones para exigir el salario por el trabajo doméstico en muchos países.

Exigimos un salario por el trabajo doméstico pagado por el gobierno a TODAS LAS MUJERES, casadas o no, jóvenes o viejas, con o sin hijos, lesbianas o heterosexuales, nativas o inmigrantes, con o sin segundo empleo.

Nosotras las mujeres pasamos la mayor parte de nuestra vida trabajando en el hogar y no se nos paga nada por todo ese trabajo. Como ha demostrado la huelga de mujeres de Islandia, sin nuestro trabajo nadie podría ir a trabajar. Fábricas, oficinas, escuelas, hospitales, restaurantes, teléfonos... todo dejaría de funcionar y la economía se paralizaría.



We women
 do nothing as well twice as much,
 we are expected to arrive everyday
 and get our meals last.

We want our life long while business and the government have
 grown rich through our work. Business and Government profit
 from our work **THEY SHOULD PAY FOR IT**

The fact that we are not paid for the work we do in the
 home in our common exploitation and the ground of our weakness
 in every situation. But Government we are saying NO.

NO MORE WORK FOR FREE

We are tired of being so depend on a man or on welfare for our
 survival. We are tired of the same job that leaves us no time
 of our own. We are tired of not being able to have the children
 we want and have to pay such a high price of work and misery for
 them to have. We are tired of our work and of not having our time
 of our own.

**WE ARE NEVER UNEMPLOYED BUT SIMPLY
 UNPAID**

WE NEVER RETIRE BUT JUST TIRE

WE ALL WANT MORE MONEY AND LESS WORK

The IMF perspective and objective on the women's strike has
 completely failed to understand that this is what we mean. We
 are not able to making us still to spend money on our strike day.
 We don't see any that our real problem is that we have never had
 enough money to spend. Despite to work and it is not better than
 we don't have enough money. This is our strike and our struggle is
 not to increase our level of poverty and deprivation. We demand
 our work and join equal exploitation but to destroy our work and
 take back the health we have wanted.

**WOMEN STRIKE EVERY DAY
 FOR OUR WAGES DUE**

International Feminist Collective for the Campaign for Wages for
 Housework

Contact New York House for Management Collective 485 0780
 288 B Eighth St. Brooklyn, N.Y. 11215
 Long Angeles House for Domestic Workers Committee 484 1337
 c/o Beth Ingber 440 3/4 N. Lake St.
 Los Angeles 90026, Calif.

Power of Women Collective - England
 64 South Road, London NW2 01 452 1338

Y sin embargo este trabajo ni siquiera se considera trabajo.

No tenemos vacaciones

En vacaciones tenemos el doble de trabajo

Se espera de nosotras que sirvamos a todo el mundo y pongamos nuestras necesidades por detrás de todo

La vida se nos va yendo en cada gota de sudor y mientras las empresas y el gobierno se van enriqueciendo con nuestro trabajo. Las empresas y el gobierno se benefician de nuestro trabajo, así que deberían pagar por él.

El hecho de que no se nos pague por el trabajo que hacemos en casa es nuestra explotación común y la razón de nuestra posición de debilidad en todas las situaciones. Pero cada vez decimos más que no.

Se acabó el trabajo gratis

Estamos cansadas de tener que depender de un hombre o de los subsidios para sobrevivir. Estamos cansadas del segundo trabajo que no nos deja tiempo para nosotras. Estamos cansadas de no poder tener los hijos que queramos y de tener que pagar con tal cantidad de trabajo y miseria por los que tenemos. Estamos cansadas de nuestro trabajo y de no tener tiempo para nosotras.

No es que estemos desempleadas, es que simplemente no nos pagan

Nunca nos jubilamos, solo nos agotamos

Todas queremos más dinero y menos trabajo

La perspectiva y objetivos de now respecto a la huelga de mujeres en absoluto captan que esto es lo que nosotras queremos. Por ejemplo, now nos dice que no gastemos dinero el día de la huelga. Nosotras respondemos que nuestro verdadero problema es que nunca hemos tenido dinero suficiente para gastar. Hacer las compras es un trabajo aún más duro si no se tiene suficiente dinero. Esta es nuestra crisis, y nuestra lucha no persigue aumentar nuestro nivel de pobreza y privación, no persigue que trabajemos más y consigamos la igualdad en la explotación, sino destruir nuestro trabajo y recuperar la riqueza que hemos creado.

Mujeres hagamos huelga todos los días. Por el salario que nos deben Colectivo Feminista Internacional de la Campaña por un Salario para el Trabajo Doméstico

Colectivo Salario para el Trabajo Doméstico de Nueva York
 288 B Eighth St. Brooklyn, N.Y. 11215. 625 0780
 Comité Salario para el Trabajo Doméstico de Los Angeles
 c/o Beth Ingber 440 3/4 N. Lake St.
 Los Angeles 90026, California. 484 1167
 Colectivo Power of Women - Reino Unido
 64 Larch Road, Londres NW2. 01 452 1338
 Comitato Triveneto Per il Salario al Lavoro Domestico - Italia
 Piazza Eremitani 26, Padua. 65 30 16

Por qué el colectivo internacional salario para el trabajo doméstico no participa en la conferencia socialista feminista

La estructura de esta conferencia no es compatible con nuestra perspectiva política. Los paneles y talleres nos obligan a debatir sobre nuestros problemas y luchas como si estuviésemos separadas, y de hecho siguen fielmente las divisiones que utiliza el capital para separarnos y explotarnos. No tenemos un lugar en el que reunimos en torno a lo que todas tenemos en común, para encontrarnos como mujeres y hacer crecer el poder de cada mujer contra el capital, nuestra lucha contra nuestra falta de salario.

Por ejemplo: No podemos separar nuestra teoría de nuestra estrategia (tal y como están separadas aquí en los talleres y paneles). No necesitamos la teoría de por sí, la necesitamos para determinar dónde atacar y en torno a qué unirnos. Por la misma razón, no podemos separar nuestra teoría / estrategia de «la economía» porque este es nuestro campo de batalla: nuestra derrota es el trabajo que estamos obligadas a entregar al capital, nuestra fuerza es el dinero que ganamos a cambio.

Por encima de todo, no podemos elegir dividir nuestra estrategia entre la «comunidad» y el «lugar de trabajo». Esta es precisamente la división que hace el capital entre los trabajadores no asalariados y los asalariados. La comunidad es el lugar de trabajo no asalariado de todas las mujeres. Cada trabajo asalariado es un segundo trabajo. Nuestra falta de salario y la consecuente falta de poder en el hogar determinan nuestra debilidad en el segundo trabajo. Significa que nos pueden llevar de aquí para allá —de la casa a la fábrica, de la fábrica a casa— a antojo del capital.

WHY WAGES FOR HOUSEWORK INTERNATIONAL IS NOT A PARTICIPANT IN THE SOCIALIST FEMINIST CONFERENCE

The structure of this conference is not compatible with our political perspective. The panels and workshops force us to discuss our problems and struggles as if we were separate, in fact following exactly the divisions capital uses to divide and exploit us. There is no place for us to meet around what we all have in common, to meet as women in order to build the power of every woman against capital, our struggle against our wagelessness.

For instance:

We cannot divide our theory from our strategy (as they are divided here in the workshops and panels). Our need for a theory is not a need to identify, but a need to determine where to attack and around what to fight. For the same reason we cannot separate our theory/strategy from "the economy", since this is our battlefield: our lack of the labor we are forced to give to capital, our power is the money we win back.

None of all, we cannot choose to divide our strategy between the "community" and the "workplace". This means that we will be separated from our struggle. Every job for wages is a second job. Our wagelessness and capitalist powerlessness is the same throughout and outside the second job. It is here that we can be shared around -- from home to factory and back -- at Capital's while. Our strategy should not be to separate the division capital has created; our strategy must be to unite our struggles against our work, both waged and unwaged. However we do not need money and not need to live, much to our life. We cannot accept that housework are a "special interest group", as it has been proposed by the organizers of the conference. All women everywhere are housework. All over the world capital profits from our unwaged labor. The struggle against that work is crucial for the whole working class. Those who divide this work are free, the working class will always be divided against itself -- waged vs. unwaged, employed vs. unemployed, working vs. retiring, men vs. women, parents vs. children, white vs. black world. This is how they will divide us, and we can only end it by ending our wagelessness.

That struggle against our wagelessness, the source of our lack of power, is not just a theory but a reality: all over the world women are refusing work and demanding a live and money. We were told that we would be laborers and going out to work. We are laid off. Enough of Capital's game. We will not fight for their job -- we live enough work already. All the same we will not listen to any man or woman who tells us to "join" the working class by getting a second job. The second job has been the alternative offered by those who proposed to integrate "socialist" and "feminist" liberation through mere work is directly against our needs.

The autonomy of our struggle, the guarantee that we attack our specific exploitation as women, more than anything else, is what we need. (Although this is a minimal condition to build our power.) It means that we are attacking the hierarchy of power within the working class, the wage division within the working class, we are attacking Capital's way of ruling, our relation to other sections of the working class in the struggle itself.

For these reasons we are not here on part of a coalition of socialist feminist groups.

We welcome any woman who is interested in our campaign for wages for housework to see the women at the Signs for Housework literature table.

Documento 4.2. «Why Wages for Housework International is not a Participant in the Socialist Feminist Conference» [«Por qué el Colectivo Internacional Salario para el Trabajo Doméstico no participa en la Conferencia Socialista Feminista»]. Durante el verano de 1976, el Comité WHI de Nueva York fue invitado a participar en la Conferencia Socialista Feminista Nacional que se iba a celebrar en julio en Antioch College [Facultad de Antioch] de la localidad de Yellow Springs, Ohio. La declaración del Colectivo Feminista Internacional que se incluye en estas páginas se basa en la experiencia de Jane Hirschmann, que había estado en contacto con las organizadoras de la conferencia y se fue sintiendo cada vez más frustrada ante los intentos de la organización de relegarnos a un papel marginal, ya que no estaban de acuerdo con el salario para el trabajo doméstico como estrategia feminista. Otra de las razones por las que nos negamos a participar fue la estructura de la conferencia, que separaba la «organización de la comunidad» de la «organización del lugar de trabajo», lo que desde nuestro punto de vista reafirmaba la clásica división capitalista del trabajo. De este modo, en palabras de Jane, «no podíamos encajar en sus categorías sin distorsionar nuestro punto de vista» y, si acudíamos, «probablemente acabaríamos discutiendo con mujeres de izquierdas, como nos pasó en otros encuentros...».

Nuestra estrategia no debería consistir en mantener las divisiones creadas por el capital, sino en sumar nuestras luchas contra nuestro trabajo, sea este asalariado o no. Estemos donde estemos, necesitamos más dinero y más tiempo, que es nuestra vida.

No podemos aceptar que las mujeres sean un «grupo de interés», como han propuesto las organizadoras de la conferencia. Todas las mujeres son amas de casa, en todas partes. El capital se beneficia de nuestro trabajo no asalariado en todo el mundo. La lucha contra este trabajo es esencial para toda la clase obrera. Mientras no abolamos este trabajo gratuito, la clase obrera seguirá estando dividida y enfrentada: los asalariados contra los no asalariados, los empleados contra los desempleados, los trabajadores activos contra los jubilados, los hombres contra las mujeres, los padres contra los hijos, los blancos contra el tercer mundo. Así es como nos manipulan, y solo seremos capaces de acabar con todo esto cuando acabemos con nuestra falta de salario.

La lucha contra nuestra falta de salario, el origen de nuestra falta de poder, no es solo una teoría, es una realidad: las mujeres se están negando a trabajar en todo el mundo y exigen tiempo y dinero. Nos dijeron que salir a trabajar nos liberaría. Ahora nos despiden. Ya basta con los planes del capital. No vamos a luchar por sus empleos, ya tenemos trabajo suficiente. Y tampoco vamos a escuchar a ningún hombre o mujer que nos diga que nos «unamos» a la clase obrera consiguiendo otro trabajo más. El segundo trabajo ha sido la alternativa que nos han ofrecido aquellas que proponían integrar «socialismo» y «feminismo». Liberarnos a través de más trabajo va directamente contra nuestras necesidades.

La autonomía de nuestra lucha, asegurarnos de que vamos a atacar la explotación específica de nuestra condición de mujeres, significa mucho más que simplemente hacer asambleas sin hombres (aunque sea una condición básica para desarrollar nuestro poder). Significa que estamos atacando la jerarquía de poder dentro de la clase obrera, la división salarial dentro de la clase obrera, estamos atacando el modo de gobierno del capital. Nuestra relación con otros sectores de la clase obrera es la propia lucha.

5. Apertura del local de Brooklyn

E stábamos convencidas de que necesitábamos ampliar nuestra base y queríamos conectar con mujeres que no estuviesen dentro del movimiento feminista, por lo que el otoño de 1975 decidimos abrir un local a la calle, que en esa época era algo común en las organizaciones activistas de los movimientos sociales y políticos de Estados Unidos. Los locales habían sido clave en las revoluciones culturales y políticas de los años sesenta y principios de los setenta. Las cooperativas alimentarias, las organizaciones por los derechos del bienestar, los grupos antibelicistas, los artistas que se rebelaban contra la cultura de

Pancartas colgadas en 5th Avenue en Brooklyn durante la apertura del local del Comité WfH de Nueva York.



la galería, todos recurrían a este espacio para abrirse a las calles, interactuar con las comunidades locales y visibilizar su activismo ante grupos sociales más amplios.

Con este espíritu inauguramos nuestro local el 15 de noviembre de 1975. El local estaba en la zona de 8th Street y 5th Avenue, en aquella época un barrio proletario del centro de Brooklyn. Contaba con dos habitaciones y una gran vidriera que enseguida estuvo cubierta de carteles de nuestra campaña. Las fotografías incluidas en las próximas páginas se hicieron el día de la inauguración del local, que celebramos con una fiesta callejera. El local era un lugar al que las mujeres se podían acercar a conseguir materiales e información, se podían celebrar encuentros y crear vínculos con el resto de la comunidad. El alquiler y los programas que desarrollábamos en el espacio se financiaban con las contribuciones de las integrantes del comité y también recaudábamos fondos asistiendo a eventos como conferenciantes invitadas y vendiendo material de WfH. Como ocurría en muchos de nuestros eventos, a la inauguración del local acudieron integrantes de otras ramas del movimiento, esta vez de Canadá, Italia y Nueva Orleans. Uno de los hitos del día de celebraciones fue la actuación de Boo Watson, que interpretó canciones de WfH. Al final de este capítulo se incluye la letra de esas canciones.

Salario para el trabajo doméstico

Gran fiesta de inauguración de la oficina de campaña

Sábado, 15 de noviembre

Fiesta callejera

11 – 4 p.m.

8th Street zona 5th Avenue

Brooklyn

Foro Abierto Para Las Mujeres – Música En Vivo

Juegos Para Los Niños

Puesto De Publicaciones Y Regalos

Asamblea vespertina

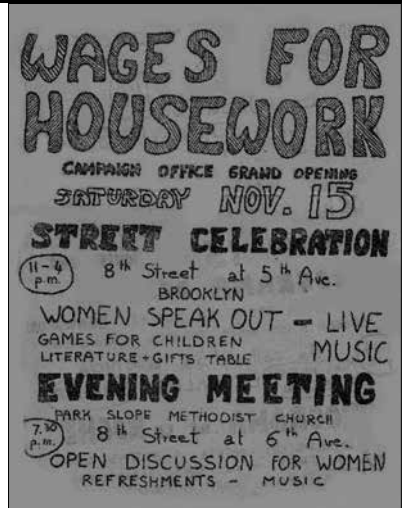
Iglesia metodista de park slope

7:30 p.m.

8th Street zona 6th Avenue

Debate abierto para mujeres

Refrescos – música



Documento 5.1. Octavilla en la que anunciamos la fiesta de inauguración del local de Brooklyn del Comité WfH de Nueva York, celebrada el 15 de noviembre de 1975.

... Salario para el trabajo doméstico...



Documento 5.2. Nota de prensa sobre la fiesta callejera de inauguración del local de Brooklyn, 15 de noviembre de 1975.

...Salario para el trabajo doméstico... Salario para el trabajo doméstico... Salario para el trabajo doméstico...

III

Fecha: 15 de noviembre. Hora: 11 – 4 p.m.

Lugar: 288 B Eighth Street (en 5th Avenue) Brooklyn

El 15 de noviembre de 1975 el Comité de Salario para el Trabajo Doméstico de Nueva York ha organizado una jornada de celebración festiva con ocasión de la gran inauguración de nuestra oficina de campaña en Brooklyn.

La campaña de Salario para el Trabajo Doméstico está ganando impulso en Estados Unidos, Canadá y otros países del mundo, conforme las mujeres se van dando cuenta de que el trabajo gratuito que hacemos en casa es la principal causa de nuestra debilidad, haya donde vayamos, hagamos lo que hagamos.

Salario para el Trabajo Doméstico es un asunto de gran interés para los millones de mujeres que viven en este país, por lo que estamos seguras de que tendrás interés en tener más información sobre el alcance y objetivos de nuestra campaña.

Te invitamos a acudir a nuestra gran inauguración el 15 de noviembre, donde habrá discursos públicos, un foro abierto para que hablen las mujeres, música en vivo, etc.

Si deseas concertar una entrevista o recibir más información, ponte en contacto con:

Nicole Cox 689 10th Street Brooklyn, NY, 11215. 788 - 2822

Silvia Federici 491 Pacific Street Brooklyn NY 11217. 625 -0780

Discurso inaugural del local de Brooklyn (1975)

El siguiente texto procede de la transcripción del discurso pronunciado por Silvia Federici el 15 de noviembre de 1975 con motivo de la inauguración del local de WfH en Brooklyn, situado en 8th Street a la altura de 5th Avenue.

Hoy hemos venido aquí con nuestras canciones y nuestros discursos a inaugurar nuestro local, porque queremos que todas las mujeres sepan que hay una campaña en marcha en Estados Unidos, Canadá y muchos otros países para exigir un salario para el trabajo doméstico a todos los gobiernos y para todas las mujeres. Hablamos de campaña, pero queremos decir lucha, una lucha que debemos librar juntas para que nos paguen por cada minuto de nuestro trabajo, pero que nos lo paguen con dinero, para variar.

Las mujeres estamos acostumbradas a luchar. Toda nuestra vida es una lucha, en nuestras casas y allá donde vayamos: fábricas, oficinas de asistencia social, escuelas, hospitales, supermercados. Pero aún no tenemos el poder de decidir la clase de vida que llevamos y de resistir los ataques actuales del gobierno y los patrones. La crisis está haciendo que perdamos nuestro trabajo, se están cerrando las guarderías, los precios se están disparando e incluso se está hablando de acabar con la seguridad social, de la que esperamos poder vivir cuando lleguemos a la tercera edad.

Haya o no crisis, nuestro problema principal es todo el trabajo gratuito que hacemos en casa cada día y que llevamos haciendo durante generaciones. Nunca nos hemos unido para luchar contra este trabajo no remunerado, pero algunas de nosotras hemos allanado el camino. La lucha de las mujeres dependientes de ayudas sociales ha hecho visible este trabajo. Ellas han dicho que es el trabajo duro lo que consume sus vidas y están hartas de que se les diga que el escaso dinero que reciben es por caridad o incluso una estafa. El problema es que las mujeres no se dan cuenta de que la situación de las madres dependientes del subsidio social



Globo de WfH que hicimos para la fiesta de inauguración del local.

[las «welfare mothers»] no es particular, sino que puede llegar a ser la situación en la que nos encontremos todas. Como dijo una mujer, «solo estamos a un marido de distancia de la oficina de servicios sociales».

Todas somos «welfare mothers» porque hacemos el mismo trabajo y el hecho de que el trabajo doméstico no se pague significa que tenemos que depender de un hombre, sobre todo si tenemos niños pequeños, y estar casada con un hombre en estas condiciones es más doloroso que «estar casada con el Estado».

Todas somos «welfare mothers» porque se nos chantajea para que aceptemos trabajos que no difieren del trabajo doméstico –limpiar las casas de otros, servir, atender, cuidar de los enfermos en el hospital– a cambio de los peores salarios, porque hay millones de mujeres que hacen el mismo trabajo en casa a cambio de nada.

Todas somos «welfare mothers» porque, aunque no nos esterilicen o nos amenacen con quitarnos las prestaciones sociales, pocas de nosotras podemos controlar las condiciones en las que procreamos. Nos obligan a tener más hijos cuando necesitan más trabajadores para sus fábricas o sus ejércitos y luego nos dicen que contaminamos el mundo cuando no los necesitan o cuando los trabajadores que producimos son demasiado luchadores.

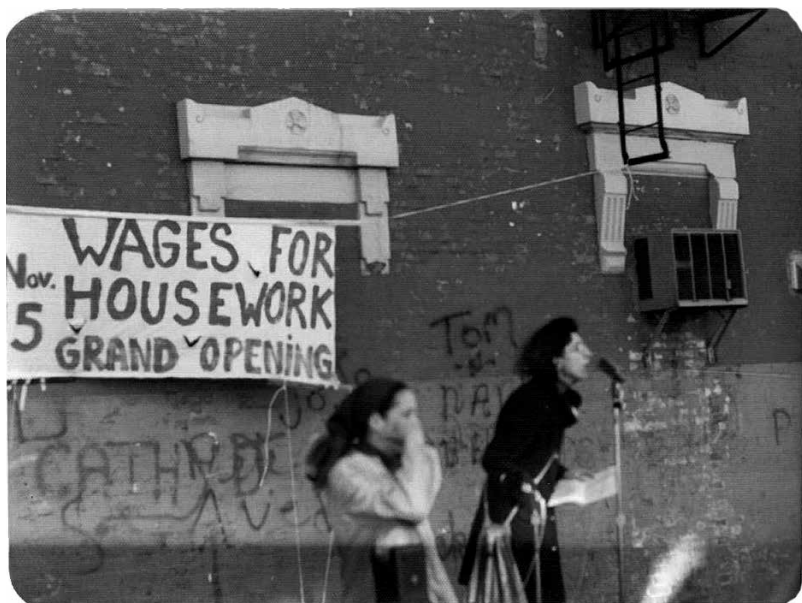
Por último, todas somos «welfare mothers» porque aunque no tengamos mirones bajo la cama, el Estado está dentro de nuestros dormitorios, decidiendo qué días de la semana podemos hacer el amor y en qué condiciones. Por eso nos ponemos alerta cuando vemos cómo la prensa y los políticos celebran la maternidad y nuestra capacidad de amar y cuidar. Nos parece que si en lugar de ensalzar nuestro sacrificio nos enviaran un cheque a final de mes tendríamos algo que celebrar. Sabemos que glorifican nuestro trabajo porque esperan de nosotras que lo hagamos a cambio de nada, y nos tienen que convencer de que no hay nada que deseemos más en este mundo. Mientras tanto, los patrones y el Estado se ahorran millones de dólares al no tener que proporcionar los servicios que nosotras hacemos gratis.

Así que vamos a dejar clara una cosa. Si no estuviéramos en casa haciendo el trabajo doméstico, sus fábricas, minas, escuelas y hospitales no funcionarían y sus beneficios no fluirían. Con nuestro trabajo hacemos

posible que otras personas vayan al trabajo. Nos esclavizamos para que nuestros maridos e hijos se puedan esclavizar. No es de extrañar que digan que la familia es el pilar de la sociedad y que cuando los trabajadores se ponen demasiado combativos nos miren a nosotras para ver qué se ha hecho mal. También conviene que trabajemos gratis porque así aceptaremos los trabajos peor pagados, que otros trabajadores no quieren. Esto significa que mientras trabajemos gratis estaremos boicoteando a nuestros maridos, a nuestros hijos y a nosotras mismas.

El hecho de que nuestro trabajo sea gratuito ha significado que los patrones nos pueden enfrentar entre nosotros: los trabajadores asalariados contra los no asalariados y viceversa.

Pero ese hecho también nos muestra el poder de nuestra lucha. Si acabamos con nuestro trabajo no asalariado, acabamos con las divisiones impuestas sobre nosotras, y este es el primer paso para ser capaces de negarnos a hacer todo el trabajo gratis que nos han impuesto.



Silvia Federici (a la derecha), acompañada de Nicole Cox, se dirige a las personas congregadas para la inauguración del local de WfH en Brooklyn.



Arriba: Silvia Federici rodeada de niños durante la inauguración.

Abajo: De izquierda a derecha, Mariarosa Dalla Costa, Mary Capps (de WfH Nueva Orleans) y Silvia Federici frente al local recién inaugurado.

Clérigo de Park Slope - Opinión

Reverendo A. Finley Schaeff
Iglesia metodista Park Slope United Methodist Church

Hace aproximadamente un año que comenzó a desarrollarse una cadena de acontecimientos en mi vida, cuando una mujer llamó a mi despacho y me pidió permiso para organizar una asamblea pública de su organización, Salario para el Trabajo Doméstico, en el espacio de la iglesia. Era una idea novedosa. Las mujeres que trabajan en el hogar y cuidan de la casa, del marido y de los niños deberían recibir un salario del gobierno.

Las mujeres hicieron su asamblea y abrieron un local en el 288 de 8th Street (justo encima de 5th Avenue), que abre sábados y miércoles de 11 a. m. a 4 p. m. Se puede contactar en el teléfono de Silvia, 625-0780, y en el de Nicole, 788-2822.

Unos meses después, mi esposa, Nancy, me mostró un pasaje de un libro titulado «From Adam's Rib to Women's Lib» [De la costilla de Adán a la liberación de la mujer], escrito por Elinor G. Black:

«[...] La sociedad estadounidense aún no ha abordado seriamente el problema de la contribución del ama de casa al hogar. El producto interior bruto jamás ha incluido el trabajo y servicios realizados por el ama de casa: los empleados del hogar asalariados tienen derecho a una indemnización por accidente laboral, pero el ama de casa no, no existen seguros de incapacidad laboral para ella. Solo se otorga la pensión de supervivencia de la seguridad social al hombre viudo que dependiera económicamente de la esposa.»

Ya ha habido intentos, incluso hace cuarenta años, de establecer el valor monetario del trabajo hecho por el ama de casa. Un manual de derecho de 1966 establece la cifra de 193,95 dólares semanales como resultado de un meticuloso análisis. Un estudio más reciente propone nada menos que 12.000 dólares anuales. En un juicio emblemático se indemnizó con más de 98.000 dólares al marido y los seis hijos de una mujer fallecida y se han defendido indemnizaciones aún mayores. Sin embargo, la indemnización habitual por "muerte por negligencia" de un ama de casa suele

Park Slope Clergy Speak Out

By REV. A. FINLEY SCHAEFF
Park Slope United Methodist Church

About a year ago a chain of events started in my life when a woman telephoned my office and requested permission to use the church space for a public meeting of her organization, "Wages for Housework." It was a new idea. Women who work at home and take care of the house, children, and husband, should be paid a wage by the government.

The women had their meeting and opened a storefront office at 288 8th St. (just above 5 Ave.) which is open every Saturday and Wednesday from 11 a.m. to 4 p.m. The telephone numbers are listed at 625-0780 and Nicole at 788-2822.

Some months later my wife, Nancy, showed me a passage from a book called "From Adam's Rib to Women's Lib" by Elinor G. Black. "American society has not squarely faced the problem of the housewife's contribution to the home. The gross national product has never included the work and services of the housewife, there has been no compensation for her unpaid housework, but her program of disability insurance, there are no social security survivor's benefits unless the widower was financially dependent on the wife.

"There were attempts, even forty years ago, to set dollar values on the work of the housewife. A legal treatise of 1946 gave a meticulously analyzed figure of \$193.95 a week. A more recent study has come out as high as \$12,000 a year. In one landmark lawsuit there was an award of over \$8,000 for the death of a woman survived by a husband and six children, and much higher awards have been upheld. The social award for the wrongful death of a housewife, however, hovers around the \$2,000 mark, so there is more than a little truth in Anna Spencer's words of 1913 that the economic value of the complete housewife is felt only when she dies, and the cost of her tired substitute shows but in annual worker with young children that he must marry again because he can't afford to do child care at home." "Mr. Black then goes on to criticize the idea of wages for housework, but not with enough force to counter the

same question: "I agree with the idea of a wage for housework. At first I thought, "Well, you don't put a money value on everything." But then a whole flood of thoughts followed: "I am a materialist. God was made flesh. Money is here to stay. Money is a tool in our hands, which can be used to make life better for everybody by giving

them more choices. Money is largely in the hands of men, not women. You shouldn't people get paid for taking care of their own houses? Our neighbors would look better. It would make the world easier. It would give people more choices in the sense of taking a job they really like, or not being compelled to take a degrading job. People could go to school more. Women's family life be strengthened by improving relations between husbands and wives and between parents and children? What's so bad about housework that it is beneath getting paid for? What, on the other hand, is so pure and smothering about housework that we don't want to dirty it with money? And besides, if enough people were taking the initiative to spend money on more human ways, we might actually use the military budget getting cut before its monstrous and chaotic levels." And so on.

The NY Wages for Housework Committee is running a conference for women on Saturday, April 29th, from 10 a.m. to 6 p.m. on "Wages for Housework and Welfare." The purpose is to recruit welfare cuts and to demand wages from the government for all women for all the housework we do. Why don't you go and see what it's like for yourself.

Documento 5.3. Carta del reverendo A. Finley Schaeff de la iglesia Park Slope United Methodist Church en la que apoya la campaña de Salario para el Trabajo Doméstico. El texto se publicó originalmente en Home Reporter and Sunset News el 16 de abril de 1976. Animaba a las mujeres de la parroquia a visitar el local de WFH que se acababa de inaugurar.

rondar los 35.000 dólares, así que lo que dijo Anna Spencer en 1913 es más que cierto: "el valor económico del ama de casa competente solo se aprecia cuando esta muere y el coste de la sustituta de pago demuestra al trabajador manual con hijos pequeños que tiene que volver a casarse porque no se puede permitir no tener esposa". Black prosigue con una crítica a la idea de un salario para el trabajo

La canción del salario pendiente

Letra y música de Boo Watson y Lorna Boschman

Estrofa 1 Hablado:

Bueno, si a las mujeres nos pagaran por todo lo que hacemos... Te voy a contar algo y es una gran verdad.

No seríamos libres, pero ya te digo... tendríamos muchos salarios pendientes.

[PENTAGRAMA LÍNEA 1:] Sí, nos deberían muchos salarios por cada vez que hemos sonreído. Solo por conseguir una

[LÍNEA 2:] propina o dos para que casi valga la pena. Ah, sí, nos deberían muchos salarios por

ii8 [LÍNEA 3:] todas las veces que nos han violado. Y otro montón más por las veces que nos hemos li-

[LÍNEA 4:] brado. Pero... ----- -- [JUNTO A LÍNEA 4:] Fin y paso a: Estrofa 2

[LÍNEA 5:] ¿Qué crees que pasaría si las mujeres se pusieran en huelga? No estaría el desayuno

[LÍNEA 6:] por la mañana, no habría revolcón por la noche. No habría enfermeras que te cuiden, no

WAGES DUE SONG
Words and Music by Boo Watson and Lorna Boschman

1st verse (Talking) C D
Well if women were paid for all we do... I'll tell you one thing that's true as true as wheat'n be free but I'm telling you... There'd be a lot of wages due...

Well there'd be a lot of wages due for every time we smiled. Just in order to get a tip or two to make it almost worthwhile. Well there'd be a lot of wages due for every time we're raped. And there'd be a lot of wages due each time that all we signed. Now.....

2nd verse
What do you think would happen if we women went on strike? There'd be no breakfast in the morning, there'd be no screw at night. There'd be no nurses treating you, there'd be no waitresses serving you, there'd be no typists typing you a-o-o. It'd be all right. There'd be no mothers scolding you, there'd be no wives waiting on you, there'd be no daughters bleating you a-o-o. It'd be all right. D.C. all Fine

2nd verse (Talking) C C
Well if women were paid for all we do, just think what it would mean to us and you. We'd have some money and some power, too. Now ain't it amazing....

...that wages due...-o-o-

Documento 5.4. «Wages Due Song» [«La canción del salario pendiente»] compuesta por Boo Watson y Lorna Bochman. Watson tocó esta y otras canciones en la inauguración del local de WFH.

[LÍNEA 7:] habría camareras que te sirvan, no habría mecanógrafas que trabajen para ti-i-i. Eso estaría

[LÍNEA 8:] muy bien. Ni madre que te cuide, ni esposa que te espere, ni

[LÍNEA 9:] hijas que te complazca-a-a-a-an. Y eso estaría muy bien. [JUNTO A LÍNEA 9:] D.C. al Fine.


Estrofa 2 Hablado

Bueno, si a las mujeres nos pagaran por todo lo que hacemos, imagínate lo bien que nos iría a ti y a mí. Tendríamos algo de dinero y además algo de poder. Así que dime si no es asombroso...

[LÍNEA 10:] lo que puede hacer un salario-o-o-o-o.

N.Y. WAGES FOR HOUSEWORK COMMITTEE
 P.O. BOX 326
 BROOKLYN, NY, 11215
 (212) 499-5266

LONG ISLAND WAGES FOR HOUSEWORK
 (516) 428-2112



Dear sisters:

The response we have gotten from the recent media coverage of our campaign has been so large that it has been difficult for us to keep on top of answering all the letters.

We will try to answer individual letters, particularly those that request specific information. In the meantime we hope that this flyer will respond to the most immediate questions.

The N.Y. Wages for Housework Committee is one of many organizations which have been campaigning over the last three years in the U.S. and internationally, to bring wages for housework from the government for ALL women, married or not, MOTHERS OF WILLOW CHILDREN. We are fighting against the idea that housework is not work and that a woman should work so many years of her life without being entitled to money for her work, social security or her own medical insurance/retirement.

We have been organizing in many different ways such as having community meetings, spreading information about our campaign through the press and, in general, building contacts with women and groups throughout the country to put pressure on the government.

Our campaign is young but we are already having an impact. In several cities girls have been taken to care if women aren't wages for housework and the results have been very positive for our demand. Further, the Chase Manhattan Bank has calculated that a woman's work at home is worth at least \$12,000 a year. And, incidentally, more women are contacting us every day to ask us how they can join the campaign or give us their support.


We are also participating in many of the struggles women are waging today, we want the right to have safe and paid abortion and contraception. But we also want the right to have children without being punished. We don't have to face so much isolation, stress and discomfort when we are mothers, we want the right to qualify for welfare with no strings attached, for children children is work. But most of all we want wages for the housework we do so that we don't have to take on a second job whether we want it or not. We do as that we don't have to leave to what it means to be a mother in a free society. We really agree to what it means to be a mother in a free society. We really agree to what it means to be a mother in a free society. We really agree to what it means to be a mother in a free society.

We have a lot of materials we would be glad to send you if you want more information - to show to your friends and neighbors. We have pamphlets, flyers, booklets, videotapes, art posters, buttons, etc. These materials are used both to prosecute our issues and to finance our campaign.

At present as we in the process of producing a wages for housework journal that will report the progress of our campaign and relate information concerning the struggles women are waging in the U.S. and internationally, it would be very helpful if you could send us any news and materials that you think women should have access to. Articles, reports of struggles in which you are involved or which you write about, information about government programs and plans in your areas, etc. Also, we need as much financial support you can afford.

If you are interested in finding out more about our work or in spreading the campaign for wages for housework, please don't hesitate to contact us. We can give you some suggestions on how to move, tell you what our experience has been and provide as much help and support as we can.

In sisterhood,
 Silvia Felsch
 N.Y. Wages Committee



WE DEMAND **WAGES FOR HOUSEWORK**

To cut down on housework - to eat out, get machines to do some of the work, and refuse to be slaves to the house

- To be able to decide working conditions and wages on the second job, and if we want it in the first place
- To stand up to men when we work WITH them and when we work FOR them
- To decide if our sex lives should be like
- To decide if, when and under what conditions to have children
- To give our children what we want them to have
- To demand and WIN paid holidays away from ALL work
- To demand and WIN decent housing

JOIN OUR CAMPAIGN

II9

Documento 5.5. Hacia 1976, la campaña WfH se estableció también en Long Island, gracias sobre todo al trabajo de una de nuestras compañeras, Pat Sweeney, que vivía en la isla y estaba muy implicada en el movimiento feminista local.

Comité de Salario para el Trabajo Doméstico de NY
 Ap. correos 326, Brooklyn, NY, 11215. (212) 499-5266
 Salario para el Trabajo Doméstico - Long Island. (516) 628_2112

Queridas hermanas: La respuesta generada por la cobertura que han hecho los medios de nuestra campaña ha sido tan grande que nos está costando responder a todas las cartas que recibimos.

Vamos a intentar responder cada carta, especialmente aquellas en las que se pida información específica. Mientras tanto, esperamos que este volante responda a las preguntas más inmediatas.

El Comité WfH de Nueva York es una de las muchas organizaciones que han estado haciendo campaña en Estados Unidos y en otros países durante los últimos tres años para conseguir que el gobierno pague un salario para el trabajo doméstico a TODAS las mujeres, estén casadas o no, tengan hijos o no. Luchamos contra la idea de que el trabajo doméstico no es trabajo y contra la idea de que la mujer tenga que trabajar tantos años de su vida sin derecho a ganar su propio dinero, a acceder a la seguridad social, a tener cobertura sanitaria ¡o siquiera vacaciones!

Nos hemos organizado de muchas formas; hemos organizado asambleas comunitarias, hemos difundido información sobre nuestra campaña en la prensa y, en general, hemos ido estableciendo contactos con otras mujeres y organizaciones de todo el país para presionar al gobierno.

Nuestra campaña está en sus primeros pasos pero ya estamos teniendo repercusión. En algunas ciudades se han hecho sondeos para saber si las mujeres quieren un salario por el trabajo doméstico y los resultados han respaldado nuestra reivindicación. Además, el banco Chase Manhattan ha estimado que el trabajo que la mujer realiza en casa tiene un valor de 13.000 dólares anuales, como mínimo. Pero lo más importante es que muchas mujeres se ponen en contacto con nosotras cada día para preguntarnos cómo pueden participar en la campaña o apoyarnos.

También participamos en muchas de las luchas que las mujeres libran hoy en día. Queremos tener derecho a los métodos anticonceptivos y al aborto seguro y solventado por el gobierno. Pero también queremos el derecho a tener hijos con dinero en nuestras manos, para no tener que aguantar tanto aislamiento, trabajo y dependencia cuando somos madres. Queremos tener derecho a subsidios sociales sin condiciones, porque criar a los hijos es trabajo. Pero, más que nada, queremos un salario por el trabajo doméstico que hacemos para no tener que tomar un segundo trabajo aunque no queramos y para no tener que depender de un hombre —la situación de tantas esposas maltratadas ilustra bien lo que significa estar atrapada en una situación familiar espantosa por no contar con los medios para mantenerse a una misma y a los hijos—.

Tenemos mucho material y estaríamos encantadas de enviártelo si quieres tener más información o enseñárselo a tus amigas y vecinas. Tenemos panfletos, volantes, libretos, cintas de vídeo, carteles de WfH, prendedores, etc. Utilizamos estos materiales tanto para difundir nuestras ideas como para financiar nuestra campaña.

En estos momentos estamos preparando una revista de Salario para el Trabajo Doméstico en el que hablaremos sobre el progreso de la campaña e informaremos sobre las otras luchas que están librando las mujeres en Estados Unidos y en otros países. Sería de mucha ayuda que nos envíen cualquier noticia o material que piensen que debería llegar a las mujeres: fotografías, informes de las luchas

en las que están implicadas o que conozcan, información sobre los programas y proyectos que desarrolla el gobierno en su zona, etc. Y también necesitamos todo el apoyo económico que nos puedan dar.

Si estás interesada en saber más sobre nuestro trabajo o si quieren ayudar a difundir la campaña por un salario para el trabajo doméstico, no dudes en ponerte en contacto con nosotras. Podemos darte ideas sobre cómo empezar a actuar, contarte nuestra experiencia y ayudarte tanto como podamos.

En hermandad, Silvia Federici. Comité WfH NY

[En los carteles]: EL AMOR NO PAGA LAS FACTURAS – DINERO ES PODER DE DECISIÓN

Exigimos un salario para el trabajo doméstico

Para reducir la carga de trabajo doméstico. Para comer fuera, comprar máquinas que hagan parte del trabajo y negarnos a ser esclavas del hogar.

Para poder decidir las condiciones y salario de nuestro segundo trabajo y si queremos tenerlo, para empezar.

Para situarnos frente a frente con los hombres cuando trabajemos CON ellos y cuando trabajemos PARA ellos. Si tuviésemos nuestro dinero lo podríamos hacer.

Para decidir cómo queremos que sea nuestra vida sexual.

Para decidir si queremos tener hijos, cuándo y en qué condiciones.

Para dar a nuestros hijos lo que queramos que tengan.

Para exigir y CONSEGUIR vacaciones pagadas lejos de TODO trabajo.

Para exigir y CONSEGUIR viviendas decentes.

ÚNETE A NUESTRA CAMPAÑA

Aviso de reducción / suspensión por alquiler excesivo

[ADMINISTRACIÓN DE RECURSOS HUMANOS. DEPARTAMENTO DE GARANTÍA DE INGRESOS
J. HENRY SMITH ADMINISTRADOR/COMISIONADO HERB ROSENZWEIG ADMINISTRADOR SUPLENTE]
AVISO DE REDUCCIÓN/SUSPENSIÓN POR ALQUILER EXCESIVO. [Fecha:Cat./Nº caso/Sufijo:]

Estimado señor/señora: Como se le notificó anteriormente, el Departamento de Servicios Sociales del Estado de Nueva York ha revisado los niveles máximos para las ayudas de alquiler para el alquiler particular de la vivienda y

las ayudas de gastos para viviendas en propiedad, y los pagos de las ayudas que se realicen a partir de ahora no podrán exceder la nueva clasificación.

Igualmente fue usted notificado de que su alquiler actual excede los límites de renta establecidos por el Estado, por lo que a partir del primer pago de septiembre de 1976 su ayuda quincenal se reducirá para ajustarse al nuevo nivel de renta máxima según el número de miembros de la familia que reciban ayudas, como se muestra a continuación.

Plan 1

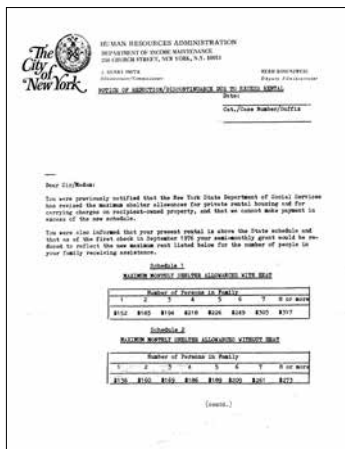
AYUDA MENSUAL MÁXIMA ALOJAMIENTO CON CALEFACCIÓN

Número de personas en la familia
 1: \$ 152; 2: \$ 183; 3: \$ 194; 4: \$ 218;
 5: \$ 226; 6: \$ 249; 7: \$ 303; 8 o más: \$ 317.

Plan 2

AYUDA MENSUAL MÁXIMA ALOJAMIENTO SIN CALEFACCIÓN

Número de personas en la familia
 1: \$ 136; 2: \$ 160; 3: \$ 169; 4: \$ 186; 5: \$ 189; 6: \$ 209; 7: \$ 261; 8 o más: \$ 273.



Documento 5. 6. Carta tipo que la Administración de Recursos Humanos de Nueva York enviaba en torno a 1976, en la que informaba a los beneficiarios del subsidio social de la reducción de su ayuda a la vivienda.

6. Salario para el Trabajo Doméstico y el welfare

TIMES, TUESDAY, FEBRUARY 4, 1975 L- 21

Programs for Poor and Elderly Cut

tion on Military Spending

Poor and Elderly

Most Social Welfare Programs Will Be Hard Hit by Cutbacks

By NANCY HICKS
Special to The New York Times

WASHINGTON, Feb. 3—Federal programs that serve the poor and elderly—such as Medicaid, food stamps, and mental health care—will be hard hit by cutbacks in the federal budget.

The budget also seeks to eliminate Federal payments for dental services under Medicaid. Funds would be reduced for programs such as venereal disease control, immunization, rodent control and other health care programs.

Crowding, Waiting Deject Welfare Families in Bronx
Abrams Asks and Gets More Workers and End to Ban on Cash Overtime—Delays Tied to Heavy Caseload

Charlotte Taylor granite doorstep through she ached hospital bed of her daughter Diosa. "Diosa just died Friday morning," she, an owner of a home, said. "When I got her to hospital, they told me she had meningitis. I was in a coma. You up to 10 o'clock. I never get my things and I don't have any other babies."

RELIEF CUTS EVICT OLD AND DISABLED
Thousands Forced to Leave Single-Room Facilities for Even Worse Quarters

By MAX H. SEIGEL

NIXON WEIGHS SHIFT IN AID TO THE POOR
WASHINGTON, March 11 (AP)—The Nixon Administration is considering a negative income tax to replace direct income cash payments to the needy, Caspar W. Weinberger, the Secretary of Health, Education and Welfare said today. Under the proposal, still under debate as a possible basis for a new welfare plan, families in need of cash supplements would receive a certain amount of money.

H.E.W. PREPARING A WELFARE PLAN
Income Supplement System Contains Work Incentive —\$3,600 Minimum Set

By ERNEST HOLSENDOPLF
Special to The New York Times
WASHINGTON, Oct. 26—Secretary Caspar W. Weinberger said today that the Education and



123

Al comienzos de la década de los setenta empezaba a desarrollarse una campaña institucional y mediática contra el welfare [subsidio social] y particularmente contra la Aid To Families With Dependent Children [AFDC – Ayuda para familias con hijos a

cargo]. La campaña siguió creciendo hasta que, en 1993, Bill Clinton suprimió definitivamente el programa de ayudas. En 1973 el número de mujeres receptoras de subsidios sociales ya había empezado a menguar y, aunque el programa tuviese un excedente de 1.000 millones de dólares a nivel federal, Nixon pidió al Congreso que se aprobaran más recortes [*The New York Times*, 30 de marzo de 1973]. Pero ya en 1974, las mujeres, que habían dejado de acudir a la asistencia social y se habían buscado un trabajo remunerado para mantenerse, muchas veces se veían obligadas a volver a pedir ayudas porque, o bien no ganaban lo suficiente como para pagar la guardería o ganaban demasiado como para ser beneficiarias de las guarderías financiadas con fondos públicos —el límite máximo de renta para optar a este servicio estaba en 9.400 dólares anuales—. A pesar de estos resultados, a finales de 1975 Nueva York empezó a introducir nuevas restricciones, con las que miles de personas quedaron fuera de los programas de asistencia social. Con el argumento de combatir el fraude en la percepción de ayudas, se obligaba a las personas beneficiarias a acudir a entrevistas personales para volver a demostrar su situación tres veces al año y dar prueba de necesidad, así como la dirección de su domicilio. Se recortaron las ayudas especiales a partir del 1 de julio de 1976, se eliminaron las ayudas para la fianza de alquiler de la vivienda y los gastos de mudanza excepto en casos de emergencia, por lo que mudarse a otro apartamento dependía de la aprobación de la oficina de servicios sociales. Por si fuera poco, se presionaba a las mujeres receptoras de ayudas sociales para que revelaran el nombre del padre de sus hijos para que así el gobierno municipal pudiese obligarlo a contribuir en la manutención. Cuando empezaron a expulsar a miles de personas de los programas de asistencia social, el conflicto entre los beneficiarios y los funcionarios de servicios sociales se intensificó; las oficinas de servicios sociales se convirtieron en campos de batalla, defendidas por guardias que respondían de manera cada vez más despiadada a las angustiadas protestas de las mujeres a las que se notificaba que dejarían de recibir el subsidio.

La crueldad de las nuevas condiciones para recibir asistencia social y la implacable difamación de las personas beneficiarias de subsidios sociales fueron algunas de las razones por las que la lucha por los subsidios sociales se convirtió en un tema central de nuestra campaña.

El impulso a reducir de manera catastrófica las ayudas sociales y el número de beneficiarios fue también el motivo de un desacomplejado brote de racismo institucional. Pero para nosotras el *welfare* también tuvo mucha importancia como campo de pruebas de nuestra lucha por el salario para el trabajo doméstico y, por encima de todo, por el reconocimiento del trabajo doméstico y la crianza de los hijos como formas de trabajo. Para el trabajo del Comité WfH de Nueva York, y para el movimiento en general, fueron cruciales las luchas por los derechos del bienestar que se desarrollaron en Estados Unidos durante la década de los sesenta y principios de los setenta, organizadas principalmente, tanto a nivel local como nacional, por las madres afroamericanas dependientes de los subsidios sociales, muchas de las cuales se habían unido bajo la bandera de National Welfare Rights Organization [Organización nacional para la defensa de los derechos de bienestar] a mediados de la década de los sesenta.¹

En abril de 1976, el Comité de Nueva York montó una conferencia para organizar una movilización contra las propuestas de recorte de ayudas sociales y para recalcar la importancia de que el movimiento feminista se uniera a la lucha por los servicios sociales. Durante esta conferencia se formó el grupo Black Women for Wages for Housework [Mujeres negras por el salario para el trabajo doméstico], que colaboró en la organización de la posterior concentración que se celebró en Foley Square el mes siguiente.

A continuación presentamos un texto que se basa en los debates sostenidos en el grupo. En él se aborda nuestra tesis de que las mujeres están a un marido o a un trabajo de distancia del subsidio social y que el subsidio no es caridad, sino el pago por el trabajo doméstico. También incluimos fotografías y materiales de la conferencia contra los recortes de las ayudas sociales organizada por el Comité de Nueva York en abril de 1976, y fotografías y volantes de la concentración que organizamos aquel mismo año.

¹ Para conocer con detalle la historia de *National Welfare Rights Organization* y su importancia como movimiento feminista, véase: Nadasen, Premilla, *Welfare Warriors*, Nueva York, Routledge, 2005.

Las mujeres y el *welfare* (1975)

Silvia Federici redactó este texto a partir de los debates sostenidos en el Comité de Nueva York en enero de 1975.

Desde nuestra perspectiva, consideramos que la condición del ama de casa es la condición básica a la que la división capitalista del trabajo ha confinado a las mujeres, tanto en las grandes ciudades como en el mundo rural. Como ama de casa, la mujer tiene que reproducir la fuerza de trabajo de las fábricas y las oficinas, de modo que cumple una función indispensable para la reproducción de las relaciones capitalistas que, no obstante, es a su vez una función social, aunque se cumpla en soledad y de modo aparentemente privado. Aunque no entre en la fábrica para tener un segundo trabajo, la vida del ama de casa está gobernada totalmente por la «fábrica», entendida no solo como un edificio de ladrillo con puertas sino, en un sentido más amplio, como la organización capitalista del trabajo. No es solo su vida la que está regida por la misma alarma que despierta a su marido para que fiche en la fábrica y a sus hijos para que vayan al colegio, sino también, y esto es mucho más importante, su útero, su sexualidad, todo su cuerpo están puestos al servicio de la producción: producción de trabajadores, necesariamente, pero también de mercancías y beneficios.

Desde esta perspectiva, podemos ver que si en el capitalismo el ama de casa es la «mujer común», entonces la madre que depende del subsidio social es el «ama de casa común», y por esta razón nosotras consideramos que la lucha de las *welfare mothers* de los años sesenta es la punta de lanza del movimiento feminista. Con su lucha, las madres dependientes de subsidios sociales han desafiado el papel que deben cumplir las mujeres en la sociedad capitalista; al rechazar la idea de la maternidad como un don natural que debemos pagar con nuestras vidas, han rechazado las alternativas que el capital impone a las mujeres: el matrimonio o la fábrica, trabajo no asalariado o trabajo de más.

La lucha de las *welfare mothers* es crucial para nosotras porque, en su relación con la sociedad y el Estado, podemos ver todas las relaciones esenciales en las que se encuentra la mujer en el capitalismo, aumentadas y clarificadas. Esto nos permite desmitificar no solo las relaciones

capitalistas que atan a las mujeres a la familia y a la sociedad, sino también los programas que han ideado algunas secciones del movimiento de las mujeres y toda la tradición de la izquierda para alcanzar nuestra «liberación».

Identificamos a la madre dependiente de subsidios con el ama de casa porque ambas están excluidas del salario, aunque ambas cumplan una función social y económica esencial para todas las articulaciones sociales del capital –la fábrica, la oficina, la escuela, el hospital– y ambas pasan cada minuto de sus vidas bajo el dominio del mismo salario social que el capital destina a los sectores más poderosos de la clase obrera.

Afirmar que el trabajo de la madre dependiente de subsidios sociales y del ama de casa está gobernado por la relación salarial –aunque el trabajo en sí no sea asalariado– es afirmar que las necesidades de productividad y beneficio, es decir, las necesidades de la fábrica y del mercado laboral, determinan directamente la cantidad y calidad de su trabajo, o sea, la cantidad y calidad de fuerza de trabajo que ellas deben producir. La sexualidad de la mujer es decisiva como medio de producción en todo el mundo. El mercado laboral decide cuántos hijos tiene que tener una mujer, o cuántos no debe tener, una cantidad que siempre se fija en proporción inversa a la cantidad de trabajadores inmigrantes que puede admitir un país. Si hay que producir un trabajador especializado o no especializado, si tienen que nacer más trabajadores blancos que trabajadores negros, cuántos se necesitan de cada tipo... son asuntos que tienen una repercusión inmediata en la vida del ama de casa y de la madre dependiente del subsidio social. Si la planificación familiar apenas disimula el control inmediato que ejerce el Estado sobre la productividad del cuerpo de las mujeres, la esterilización a la que se somete constantemente a las madres dependientes de subsidios sociales, especialmente si son negras, evidencia este control de un modo brutal.

El útero de las mujeres, nuestro útero, es la rueda que mantiene en marcha al capital. Por eso hay que controlar estrictamente nuestra sexualidad, para que no causemos crisis de superproducción, que son las únicas crisis «ecológicas» que preocupan al capital.

La forma principal y más importante de control del ama de casa y de la madre dependiente del subsidio social es la exclusión del salario. No tener dinero propio nos priva de la posibilidad de decidir si queremos tener

hijos o no, ejerce un control verdadero sobre nuestros cuerpos. Además, al estar excluidas del salario, tanto el ama de casa como la madre receptora de subsidios tienen que depender de (lo que parece ser) una pensión de manutención, una dádiva, ya sea esta administrada por el marido o por el Estado. Así es como la sociedad por completo admite que se relegue a estas mujeres al fondo de la escala social, pintándolas como individuos que parasitan la riqueza que producen otros trabajadores. La rabia que el capital y el Estado son capaces de organizar cada cierto tiempo contra las madres que dependen de los subsidios sociales es una expresión de este consenso general sobre su supuesto parasitismo. Es la misma rabia que los maridos se sienten con derecho a expresar respecto de la gestión que hacen sus esposas de «sus» ingresos, sea buena o mala.

Sin embargo, existe una diferencia entre las mujeres que dependen del sueldo de sus maridos y aquellas que dependen del Estado. El ama de casa sin salario reproduce la fuerza de trabajo no solo en la forma de un niño, sino también en la forma de un hombre adulto, quien es el beneficiario inmediato de su trabajo y su supervisor. Esta es la principal diferencia entre el ama de casa y la madre dependiente del subsidio social, y es una diferencia de poder social. En el preciso instante en que se ve privada de la seguridad que le proporciona la nómina de un marido, la madre dependiente del subsidio consigue una relativa independencia. Ya no depende de un hombre, sino que depende directamente del Estado, de modo que su lucha ya no está privatizada ni sujeta al chantaje emocional y se vuelve más abierta, tiene objetivos más claros y se libra directamente contra el Estado, que (como representante del capital colectivo) es el beneficiario último y verdadero de su trabajo. Por otra parte, las madres receptoras de subsidios pueden rechazar la parte de trabajo doméstico dedicada a reproducir al hombre como fuerza de trabajo, rompiendo así el contrato social implícito en la relación matrimonial. El rechazo del matrimonio constituye de hecho la ruptura de un contrato laboral del que el ama de casa «a tiempo completo» no ha podido escapar hasta el momento. Por eso, muchas veces el ama de casa está enojada con la madre dependiente de los servicios sociales. Su enojo es una expresión inmediata de la envidia que le provoca el hecho de que ella, el ama de casa, no puede negarse a hacer esa parte de su trabajo y no tiene dinero propio.

Tanto en el caso del ama de casa como en el de la madre dependiente de subsidios, que la sociedad se niegue a reconocer que su trabajo es trabajo de verdad implica un estricto control del dinero que gastan. No tienen derecho al dinero que puedan tener en sus manos porque a ojos de la sociedad ellas no trabajan. También a ojos de la izquierda el problema del ama de casa es su «consumismo», lo que en realidad significa que ella no tiene derecho a «consumir» porque no es productiva, o no lo suficiente. A este respecto, los esposos y los trabajadores sociales ejercen la misma función para el capital. Ambos garantizan que el dinero que gasta la mujer no se gasta en vano, es decir, no se lo gasta en ella misma, ya que no ha sido ella quien lo ha ganado. En la familia, el control del marido sobre el trabajo de su ama de casa es la forma mistificada que adopta el control del capital sobre el trabajo de la mujer. Es la vía por la que el Estado entra en la familia, mientras que el trabajador social encarna el mandato del Estado de manera explícita. En la actualidad, los trabajadores sociales, así como los psicólogos, médicos y maestros son los brazos del Estado, tan poderosos como el ejército y la policía.

Esta contradicción que alberga la familia, que se cimenta en la posición no asalariada y dependiente del ama de casa, representa en este microcosmos las contradicciones creadas por el capitalismo en cada nivel de la clase obrera a través de la relación salarial. Mediante el salario, el capital reconoce a ciertos sectores de la clase trabajadora como clase trabajadora y a otros sectores como proletariado no trabajador, al que estigmatiza como parásito del salario y el trabajo de otros trabajadores. De este modo el «welfarismo» (la ideología que considera una enfermedad social que existan los servicios sociales) es un elemento fundamental del racismo y el sexismo, y un refuerzo de ambos... Es por esto que la *welfare mother* se ha convertido en la expresión de todas las contradicciones (que han sido implantadas) en el proletariado, basadas en una jerarquía de funciones, y explica también la delegación de poder a determinados sectores de la clase trabajadora, institucionalizada por el capital a través del salario –o de la falta de salario– para mantener a la clase dividida y en guerra consigo misma.

A través de su condición de no asalariadas, el capital obliga tanto al ama de casa como a la madre dependiente de subsidios a cumplir una segunda función para el capital. No solo tienen que proporcionar trabajo no asalariado: puesto que su trabajo no se considera trabajo, se les puede



Conferencia Salario para el Trabajo Doméstico y el *welfare*, celebrada el 24 de abril de 1976 en la iglesia First Unitarian Church de Monroe Street, Brooklyn. Más de un centenar de mujeres fue a la conferencia, que asistió al nacimiento de Black Women for Wages for Housework.

obligar a hacer otro trabajo a cambio de un sueldo muy bajo. En el caso de las madres dependientes, es el Estado el que las obliga a tomar otro trabajo —se le llama sustituir el *welfare* por el *workfare* [programa de promoción del empleo]—. En el caso del ama de casa de clase obrera, se le obliga indirectamente mediante los incrementos de precios. Mediante la inflación organizada, el capital no solo ataca al salario que gana el trabajador en la fábrica, sino que también obliga a la mujer a aceptar trabajos mal pagados porque cada vez hacen falta más ingresos para que la familia sobreviva.

130

Irónicamente, lo que muchas mujeres consideran el máximo nivel de esclavitud, para la izquierda y para algunos sectores del movimiento de las mujeres significa un programa para la liberación de la mujer. Esto se debe a que la izquierda, masculina y femenina, privilegia a aquellos sectores de la clase obrera que se pueden organizar más fácilmente porque el capital ya los ha organizado. Pero el feminismo debe empezar por las necesidades de las mujeres, no por aquello que sea más fácil de conseguir.


La lucha de las *welfare mothers* de la década de los sesenta marca una ruptura radical con la tradición socialista, centrada en la ideología del trabajo y la productividad. Rompieron con la idea socialista del «salario equitativo» y el beneficio equitativo. Por eso tanto la vieja izquierda como la nueva ignoran la lucha de las madres dependientes de subsidios sociales o la consideran una lucha del lumpemproletariado, a la vez que les señala el camino hacia el desarrollo. Desde su punto de vista, el ama de casa y la madre dependiente de subsidios –tercermundista de la gran ciudad– no sufren porque sus vidas estén regidas por las relaciones capitalistas, sino porque supuestamente se les excluye de esas relaciones. Así que, según la izquierda, hay que introducirlas en esa esfera de relaciones, es decir, tienen que estar más explotadas para que su lucha anticapitalista sea significativa.




Un cartel de la conferencia sobre subsidios sociales: El amor no paga las facturas. Queremos el dinero en nuestras manos ¡¡ya!!

Conferencia sobre el Salario para el trabajo doméstico y el welfare

Wages for Housework & Welfare Conference



**NO to Welfare cuts
YES to Wages for Housework from the Government for all Women**



Saturday April 24, 1976
N.Y. Wages for Housework Committee
288 B Eighth Street Brooklyn, N.Y.
(212) 965-4112 Wed. & Sat. 11-4

NEW YORK WAGES FOR HOUSEWORK COMMITTEE
CAMPAIGN OFFICE
288-B Eighth Street, Brooklyn, New York 11215
212-965-4112

FOR IMMEDIATE RELEASE
April 9, 1976

The New York Wages For Housework Committee is sponsoring a conference on Welfare and Wages for Housework, open to all women, which will be held on Saturday, April 24, 1976, at the First Unitarian Church, 50 Monroe Place, Brooklyn (near Boro Hall).

Representatives of the New York Wages For Housework Committee will meet with the Press on the morning of the conference, between 9 and 10 a.m., at the conference site, to answer questions and provide further information.

We are planning this conference as the beginning of our mobilization against the Government's attack on welfare women which is key to the attack on all women that the Government is waging through the "welfare". At a time when we are forced to absorb the cost of the crisis by doing more unpaid work at home and in the community and more underpaid work in the few waged jobs still open to us, we are calling all women to unite:

**TO RESIST THE WELFARE CUTS AND THE CUTS IN SOCIAL SERVICES AND TO RECLAIM WHAT IS OURS
WAGES FROM THE GOVERNMENT FOR ALL THE HOUSEWORK
WE DO AND FOR ALL OF US.**

To arrange for interviews prior to the conference, contact:

| | |
|---|--|
| Silvia Federici 401 Pacific Street Brooklyn, N.Y. 11217 212-414-0719 | Nicola Ore 499 Tenth Street Brooklyn, N.Y. 11215 212-788-2421 |
|---|--|

Documentos 6.1. y 6.2. Cartel y nota de prensa de la conferencia sobre el salario para el trabajo doméstico y el welfare organizada por el Comité WIH de Nueva York, 24 de abril de 1976.

CONFERENCIA SOBRE EL SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO Y EL WELFARE
NO A LOS RECORTES DEL WELFARE. SÍ AL SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO
PAGADO POR EL GOBIERNO A TODAS LAS MUJERES

Sábado, 24 de abril de 1976

Comité Salario para el Trabajo Doméstico NY
288 B Eighth Street, Brooklyn. NY. (212) 965-4112. Miércoles y sábados de 11 a 4.

COMITÉ DE SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO DE NUEVA YORK. OFICINA DE CAMPAÑA
288-B Eighth Street, Brooklyn. Nueva York 11215. 212-965-4112
PUBLICACIÓN INMEDIATA. 9 de abril de 1976

El Comité de Salario para el Trabajo Doméstico de Nueva York está organizando una conferencia sobre el subsidio social y el salario para el trabajo doméstico, abierta a todas las mujeres. Tendrá lugar el sábado, 24 de abril de 1976 en la iglesia First Unitarian Church, en 50 Monroe Place, Brooklyn (cerca de Boro Hall).

Varias representantes del Comité de Salario para el Trabajo Doméstico de Nueva York se reunirán con la prensa de 9 a 10 de la mañana el día de la conferencia, en el lugar en el que se celebrará esta, para responder a sus preguntas y dar más información.

Planteamos esta conferencia como el punto de inicio de nuestra movilización contra los ataques del gobierno hacia las mujeres dependientes de subsidios sociales, que es un ataque a todas las mujeres orquestado por el gobierno durante la «crisis». En un momento en el que se nos obliga a amortiguar el coste de la crisis

haciendo más trabajo gratuito en casa y en la comunidad y trabajando más por una miseria en los escasos empleos asalariados a los que aún podemos optar, convocamos a todas las mujeres a la unión:

Para combatir los recortes del subsidio social y de los servicios sociales y para exigir lo que es nuestro

Un salario pagado por el gobierno a todas nosotras por todo el trabajo doméstico que hacemos.

Si desea concertar una entrevista antes de la conferencia, puede contactar con: Silvia Federici, 491 Pacific Street. Brooklyn, NY, 11217, 212-625-0780
Nicole Cox, 689 Tenth Street. Brooklyn, NY, 11215, 212-788-2822

El periódico Salario para el Trabajo Doméstico y el welfare (1976)



Documento 6.3. Las siguientes páginas contienen la publicación *Wages for Housework and Welfare* [Salario para el trabajo doméstico y el welfare], editada por el Comité de Nueva York con motivo de la Conferencia sobre subsidios sociales celebrada el 24 de abril de 1976. La imagen superior muestra la portada y la contraportada de la publicación. Las siguientes páginas muestran los textos e imágenes de la publicación original reformateados para esta edición. Se imprimió una gran tirada de esta publicación, que constituyó una importante herramienta de difusión. Se distribuyó en lugares donde se solían reunir las personas que recibían subsidios, como las oficinas de servicios sociales, lavanderías y estaciones de metro, además de en la propia conferencia.

Hemos alterado la paginación de la publicación para hacer corresponder sus dos primeras páginas en inglés con las páginas interiores que correspondían a la traducción del texto al español. [N. de E.]

Wages for Housework and Welfare

OPEN TO ALL WOMEN

Panel
Speak out
Movies and songs
Food and child care provided

WELFARE IS THE FIRST MONEY WE WOMEN HAVE WON DIRECTLY FROM THE GOVERNMENT FOR THE WORK WE DO IN OUR HOMES.

IT IS NOT MUCH AND IT HARDLY PAYS FOR ALL OUR WORK. BUT IT IS A START AND IT IS OUR MONEY.

MONEY WE DON'T HAVE TO ASK ANY MAN FOR.

To thousands of us it makes the difference between being able to keep our children or having to give them up for adoption; being able to walk out on an unwanted relationship or being forced to stay with a man, even if he beats us up, because we depend on his money; being able to spend time with our children, or go crazy trying to handle the housework and a second job; being able to get by or see our children and ourselves starve.

This is what the "welfare mess" is really about!



BUT WELFARE ISN'T ENOUGH! WE MUST MAKE THE GOVERNMENT PAY ALL OF US FOR ALL THE HOUSEWORK WE DO.

Married or not, native or immigrant, with or without children, lesbian or straight, young or old, with or without a second job.

The unpaid work we all do in our homes, every day of the year, is the source of our weakness at every stage of our lives, wherever we are: at home and on the second job, in the hospitals and at the supermarkets, in the courts and at the welfare office.

AS LONG AS HOUSEWORK IS NOT CONSIDERED WORK:

We pay a heavy price for the little we get from welfare
Our lives are investigated as if we had committed a crime
They call us "bums" and "parasites" to divide us from other women

We women are pitted against one another as if our problems and our work were not the same

BUT WE REFUSE TO BE DIVIDED ANY LONGER

The attack on welfare women is an attack on all women:

To keep us in line
To keep us all working for nothing
To convince us that housework is not work, that we should not be paid for it, that we should do it for "love."

BUT LOVE DOESN'T PAY OUR BILLS

This is why we fought so hard for welfare and THIS IS WHY WE ARE CALLING THIS CONFERENCE, to break our isolation, to unite the power of our struggles and organize

**TO RESIST THE WELFARE CUTS
TO RESIST THE CRISIS
TO WIN WAGES FOR HOUSEWORK
FROM THE GOVERNMENT FOR ALL WOMEN**





Salario por el Trabajo del Hogar Y Welfare

EL WELFARE ES EL PRIMER DINERO QUE NOSOTRAS LAS MUJERES HE-MOS GANADO DIRECTAMENTE DEL GOBIERNO POR EL TRABAJO QUE HACEMOS EN LA CASA. NO ES MU-CHO DINERO Y APENAS NOS PAGA TODO NUESTRO TRABAJO. PERO ES UN COMIENZO Y ES NUESTRO DI-NERO - DINERO QUE NO NECESI-TAMOS PEDIRLE A NINGUN HOMBRE.

Para miles de nosotras es la diferencia entre tener nuestros hijos con nosotras en vez de tener que dejarlos que sean adoptados:

-el poder de dejar una relacion con un hombre que no podemos tolerar más en vez de ser forzada estar con el hasta cu-ando nos abusa, porque dependemos de su dinero;

-es el poder de pasar un poco de tiempo con nuestros hijos gozándolos en lugar de volver loca tratando de hacer el traba-jo domestico y un segundo trabajoambi- en;

-es el poder de "sobrevivir" en lugar de ver a nosotras y a nuestros hijos morirse del hambre.

De esto es que trata el llamado "escanda- lo del Welfare".

PERO WELFARE NO ES SUFICIENTE!

TENEMOS QUE HACER QUE EL GO- BIERNO NOS PAGUE POR TODO EL TRABAJO QUE HACEMOS EN EL HO- GAR: Casadas o solteras, nativas o inm-igrantes, con o sin hijos, lesbiana o no, con o sin un segundo trabajo.

El trabajo sin pago que hacemos todos los dias del año es la raíz de nuestra de-bilidad durante todas las etapas de nues- tra vida, dondequiera estemos: en el ho- gar, en el hospital y en el mercado, en la corte y en la oficina del Welfare.

MIENTRAS EL TRABAJO DOMESTICO NO SE CONSIDERE TRABAJO: Pagamos caro por lo poco que recibimos del Welfare.

Investigan nuestras vidas como si hubi- eramos cometido un delito. Nos llaman "mendigas" y "parásitas" para dividirnos de otras mujeres, como si nuestro problema y nuestro trabajo no fuera el mismo.

PERO NOSOTRAS NEGAMOS A SE- GUIR SIENDO DIVIDIDAS. El ataque hacia las mujeres que reciben Welfare es un ataque hacia todas las mu- jeres: -para mantenernos trabajando por nada -para convencernos que el trabajo do- mestico no es trabajo, que no debemos recibir pago por el, y que lo debemos ha- cer por "amor".

PERO EL AMOR NO PAGA LAS DE- UDAS.

Por eso es que peleamos tanto por la a- sistencia publica y por eso estamos llamando esta conferencia, para unir el poder de nuestra lucha y organizarnos. **PARA RESISTIR LOS CORTES EN WELFARE**

PARA RESISTIR LA CRISIS PARA GANAR UN SALARIO POR EL TRABAJO DEL HOGAR DEL GOBIERNO PARA TODAS LAS MUJERES.

UNIDAS PODEMOS GANAR LO QUE ES NUESTRO, PORQUE SOMOS MIL- LONES DE NOSOTRAS QUE ESTAMOS DICIENDO QUE NO TRABAJAREMOS PORNADA.

Hemos sido divididas en el pasado-mu- jeres que reciben Welfare en contra de las mujeres que son "mantenidas" por un hombre; en contra de las mujeres "que trabajan". Pero sabemos que no podemos permitir que se continúe esta división por- que significa una traición hacia nosotras mismas.

La lucha de las madres que reciben Wel- fare nos has dado poder a todas las mu- jeres porque nos has abierto el camino a todas para poder demandar salario por el trabajo domestico.

ESTA VEZ, CON EL PODER QUE HE- MOS ADQUIRIDO POR NUESTRA CANTIDAD, PODEMOS EXIGIR UN SALARIO Y NO UNA MISERIA QUE EN CUALQUIER MOMENTO NOS PU- EDEN QUITAR COMO SI FUERA CA- RIDAD.

First Unitarian Church
50 Monroe Pl. (esquina de "Pierroport St.")
Brooklyn, New York

Boro Hall Subterraneo:

7th Ave. IRT a la parada "Clark St." Haga una izquierda en "Clark St." hasta "Monroe Pl.", entonces haga una derecha hasta el final de la cuadra.

Lex. IRT a la parada "Boro Hall" Camine hacia el norte tres cortas cuadas a "Pierroport St.", donde hara una izquierda hasta "Monroe Pl." 1 1/2 cuadas.

INDO a la parada "Jay St." Haga una izquierda en "Jay St." hasta "Tillary St." Haga una izquierda hasta "Cadman Plaza West" donde hara otra izquierdo hasta el final de la cuadra.



**UNITED WE CAN WIN WHAT IS OURS
BECAUSE THERE ARE MILLIONS OF
US WHO ARE SAYING
NO MORE WORK FOR NOTHING!**

We have been divided in the past, welfare women versus women "supported" by a man versus "working" women. But we know we can't afford these divisions because it means scabbing on ourselves. The struggle of welfare mothers has given power to all women because it has opened the way for all of us to demand that housework be paid. And this time, WITH THE POWER OF OUR NUMBERS, WE WILL WIN A WAGE and not a pittance that can always be taken away from us as if it were a charity.

WE ARE ALL WELFARE MOTHERS

Not only because thousands of us ARE A HUSBAND AWAY FROM WELFARE but because:

We are all made to feel guilty for the money we receive whether we get it from a man or from the government. We must be "grateful," keep bustling around to show "we deserve it" and there is always somebody controlling how we spend it, in case we should "waste it" on ourselves. In

the meantime the government makes billions off our work because we raise all the workers of the world for them—so many for their factories and armies, so many for their typing pools and kitchens, and so many who will never get a paying job because having unpaid workers around keeps everybody else in line.

We are all forced into low paying jobs where we end up doing more housework—nursing, cleaning hotel rooms and hospital wards, waitressing and mothering everybody—and we are forced to accept low wages because the alternative is working at home for nothing at all.

We all face sterilization because even if our tubes are not cut, none of us can afford to have the children we want and pay the price in work, isolation and dependence that comes with them.

And we all want LESS WORK, MORE MONEY AND MORE TIME FOR OURSELVES TO DECIDE WHAT WE WANT TO DO WITH OUR LIVES.

**FOR EVERY WOMAN WAGES FOR
HOUSEWORK MEANS**

LESS DEPENDENCE

MORE POWER

MORE CHOICES IN OUR LIVES.

The Conference will be held at:
THE FIRST UNITARIAN CHURCH
30 Monroe Place (corner of Pierreport)
Brooklyn, New York

Near Boro Hall Subways:

7th Ave. IRT to Clark St. stop
turn left on Clark to Monroe
then right to end of block

Lex. IRT to Boro Hall stop
walk north three short blocks to Pierreport
and left to Monroe Pl. 1½ blocks

IND to Jay St. stop
turn left on Jay St. to Tillary
turn left on Tillary to Cadman Plaza West
turn right on Cadman Plaza West to Monroe Pl.
and walk left to end of block



Come to discuss how to organize to resist the welfare cuts and demand
WAGES FOR HOUSEWORK FROM THE GOVERNMENT FOR ALL WOMEN.

Hemos sido dividas en el pasado—mujeres que reciben Welfare en contra de las mujeres que son "mantenidas" por un hombre; en contra de las mujeres "que trabajan". Pero sabemos que no podemos permitir que se continúe esta división porque significa una traición hacia nosotras mismas.

La lucha de las madres que reciben Welfare nos ha dado poder a todas las mujeres porque nos ha abierto el camino a todas para poder demandar salario por el trabajo domestico.

ESTA VEZ, CON EL PODER QUE HE-MOS ADQUIRIDO POR NUESTRA CANTIDAD, PODREMOS EXIGIR UN SALARIO Y NO UNA MISERIA QUE EN CUALQUIER MOMENTO NOS PU-EDEN QUITAR COMO SI FUERA CARIDAD.

SOMOS TODAS MADRES DE WEL-FARE—no solamente porque miles de no-sotras tenemos solo "un esposo" entre nosotras y Welfare pero porque:

Todas nos sentimos culpables por el dinero que recibimos, sea del hombre o del gobierno. Tenemos que ser "agradecidas" mantenemos ocupadas para demostrar que lo "merecemos" y siempre hay alguien controlando como lo gastamos, en caso que lo vayamos a "mal gastar" en nosotras mismas.

Mientras tanto, el gobierno hace millones de dolares derivado de nuestro trabajo, porque nosotras criamos y levantamos todos los trabajadores del mundo para ellos—tantos para sus factorias y ejercitos, tantos para sus minas, hospitales, grupos de mecanografas, y cocinas; tantos que nunca tendran trabajos pagados porque teniendo trabajadores sin pago mantiene a los otros "en linea".

Estamos obligadas a aceptar trabajos de poca paga donde tenemos que hacer más trabajo domestico—enfermería, limpiando cuartos de hoteles y hospitales, mecanografía, trabajo de meseras y tutelando a todos—y nos obligan a aceptar poca paga porque la alternativa es quedarse en casa trabajando por nada.



ABIERTO A TODAS LAS MUJERES

Vengan a hablar de como nos podemos organizar para resistir los cortes del Welfare y EXIGIR DEL GOBIERNO SALARIO POR EL TRABAJO DOMESTICO PARA TODAS LAS MUJERES.

Paneles de discusión
"Speak-Out"
Películas, canciones
Bocadillos y Cuido de los niños gratis

Todas confrontamos la esterilización porque aunque no nos amarran los tubos, ninguna puede, por problemas económicos tener los hijos que quiere y pagar el precio en trabajo, soledad, y la dependencia que lo acompaña.

TODAS QUEREMOS MENOS TRABAJO, MAS DINERO, Y MAS TIEMPO PARA NOSOTRAS PODER DECIDIR LO QUE QUEREMOS HACER CON NUESTRAS VIDAS.

PARA TODAS LAS MUJERES, EL SALARIO POR EL TRABAJO DOMESTICO JUIERE DECIR:

MENOS DEPENDENCIA

MAS PODER

MAS POSIBILIDADES EN NUESTRAS VIDAS



Algunos datos sobre el welfare

La mentira más grande es que el subsidio social proporciona «ingresos» a las personas que no trabajan. En realidad, el 85% de las personas beneficiarias son madres sin respaldo económico, que tienen un **trabajo a tiempo completo en casa** criando a los hijos, manteniendo la casa e intentando arreglárselas con lo que dan de sí las ayudas.

Ser beneficiaria ya es de por sí un trabajo interminable. Esperamos largas horas en las oficinas de los servicios sociales, esperamos cartas que nunca llegan, damos mil vueltas porque «no tenemos la documentación adecuada», los trabajadores sociales nos filtran en entrevistas «cara a cara». Quieren disuadirnos de conseguir algo a lo que tenemos derecho. Se creen que si nos dejan esperando suficiente tiempo nos moriremos antes de poder cobrar.

Por si las mujeres lo tenemos demasiado fácil, cuando nuestros hijos cumplen seis años nos meten en WIN [Work Incentive, un programa para incentivar el empleo] «para que salgamos de los programas sociales trabajando». Pero esta solo es otra forma de castigarnos, porque el trabajo doméstico no desaparece cuando los hijos crecen, y como mucho se nos coloca en los *trabajos más duros, inseguros y peor pagados* que hay —los trabajos que nadie ha querido—.

Desde enero de 1975, las personas de la tercera edad y las discapacitadas que no tengan seguridad social pueden beneficiarse del ssi [Ingreso Suplementario de Seguridad], que sigue siendo un subsidio aunque con otro nombre y MENOS DINERO (por ejemplo, no se dan cupones para alimentos). *La mayoría de los beneficiarios del ssi vuelven a ser mujeres, que no tienen seguridad social porque «no han trabajado nunca», ellas «solo han hecho las tareas del hogar» durante toda su vida y las seguirán haciendo hasta que se mueran.*

El subsidio social no es el mismo en todo el país. La excusa es que se ajusta al nivel de vida de cada estado. Esto en realidad significa que tiene que ser más bajo que el salario mínimo, para *disciplinar a cualquier trabajador que quiera dejar un trabajo mal pagado y disciplinar a los beneficiarios de subsidios sociales que tienen que aceptar cualquier trabajo bajo la amenaza de dejar de recibir ayudas.*

Some Facts about WELFARE

The biggest lie is that welfare provides "income" to people who do not work. In reality, 85% of welfare recipients are unemployed mothers, who have a full-time job at home, raising the kids, keeping the house running, and trying to make ends meet on a welfare budget.

To get on welfare is itself an arduous job. You wait long hours in welfare offices, wait for letters that never arrive, go back and forth because we "don't have the right documents," we are arrested in "line to eat" interviews with social workers. They want to discourage us from getting what we are entitled to. They figure that if they keep us waiting long enough we will do welfare, we can't refuse.

In case we women might have it too easy, when our children are six, they put us on WIN — to work our way off the rolls. But this is just another way of punishing us. Because homework, does not disappear when our children grow up, and in fact we are charged into the hardest, most unskilled and lowest paid jobs available again everywhere else has refused.

Since January, '75, the disabled and the senior citizens, who are 65 years of age and over, are now on a different name and \$1,355 a month. The rest don't get Food Stamps. The majority of ssi recipients are unemployed women, who don't get Social Security because they "never worked," they had no "background" and their lives are kept going in until they die.



There is no national standard for welfare. The excuse is that it is adjusted to the cost of living in your state. This actually means that it must be lower than the minimum wage. It is cheaper for any worker who wants to take a low-paying job, and a discipline on welfare recipients who have to accept any job under the threat of being cut from the rolls.

In New York City, which has the highest national standard, a woman with three children gets a maximum of \$214.00 a month for many needs the family has: food, rent, heating, transportation. A spouse on ssi is expected to survive on \$218.00 a month.

Both Welfare and ssi recipients qualify for Medicaid and Free Community Services. Both of these programs are further ways of controlling us and making quality control on the streets. They get long queues even in the poorest neighborhoods. WELFARE FOR DOCTORS ALSO RECEIVES such benefits. We have the right to file our accounts of paperwork to get a list of patients or attendees. In the Community Services, the key one is FAMILY STABILIZATION OF WELFARE WITHIN EACH OTHER. They have identified "chronic" and "acute" to control other workers that are job at any wage is better than a welfare check. Acute is working, we are laid, meaning living off other people's work.

THE GOVERNMENT HAS TRIED TO USE WELFARE TO DISCIPLINE EVERY WORKER AND PUT US ALL AGAINST EACH OTHER. They have identified "chronic" and "acute" to control other workers that are job at any wage is better than a welfare check. Acute is working, we are laid, meaning living off other people's work.



En la ciudad de Nueva York —que da los subsidios más cuantiosos— una mujer con tres hijos recibe un *máximo* de 394 dólares al mes para cubrir todas las necesidades de la familia: comida, alquiler, ropa y transporte. Una mujer que reciba el ssi tendrá que sobrevivir con 216 dólares al mes.

Los beneficiarios de subsidios sociales y del ssi pueden optar por Medicaid y por los servicios comunitarios. Estos dos programas son otra forma de controlarlos y obtener beneficios incluso de la miseria que nos dan. MEDICAID HA GENERADO MILES DE MILLONES PARA LOS MÉDICOS Y LOS HOSPITALES, mientras nosotras teníamos que bregar rellenando montañas de papeles para conseguir un par de anteojos o una analítica. En cuanto a los servicios comunitarios, la clave está en el programa de PLANIFICACIÓN FAMILIAR, es decir, ESTERILIZACIÓN PLANIFICADA PARA LAS MADRES DEPENDIENTES DE SUBSIDIOS que no deben traer niños indeseables al mundo. EN ESTA SOCIEDAD LA MATERIDAD SOLO ES SAGRADA CUANDO LA RESPALDA LA NÓMINA DE UN HOMBRE.

EL GOBIERNO HA INTENTADO UTILIZAR EL SISTEMA DE ASISTENCIA SOCIAL PARA DISCIPLINAR A TODOS LOS TRABAJADORES Y PARA ENFRENTARNOS ENTRE NOSOTROS. Nos han llamado «parásitos» y «tramposas» para convencer a otros trabajadores de que, por muy bajo que sea el salario, cualquier trabajo es mejor que el subsidio social. Vivir de la asistencia social es vivir del trabajo de los demás, nos dicen.

Pero, en realidad, han utilizado a las personas dependientes del subsidio social para mantener los sueldos bajos, obligando a las mujeres a aceptar los trabajos que los demás rechazan y a los hombres a estar a la fuga para ser «libres» de ir allí donde se necesite mano de obra barata. *Eso es lo que significa en realidad la regla «no man in the house».*¹ Pero sus planes se han vuelto en su contra. Ahora el gobierno tiene miedo de que nos volvamos demasiado indisciplinadas si no hay una autoridad masculina en la casa, así que ofrecen «bonificaciones» para volver a meterlos dentro.

Quieren que estemos avergonzadas de conseguir este dinero, como si estuviésemos mendigando, y han intentado controlar, registrar e investigar cómo lo gastamos. Pero nuestra lucha los ha obligado a abrir el grifo y revocar sus regulaciones. AL TENER MÁS DINERO EN NUESTRAS

They want us to be ashamed for getting this money, as if it were charity, and they have tried to control, check and discipline how we spend it. But our struggle has forced them to loosen the hand which and control their regulations. WE TALK MORE MONEY IN OUR HANDS WE HAVE BE SECOND FOR THAT DON'T EVEN PAY ENOUGH TO GET US TO WORK. WE HAVE STRUGGLED TO GET TO WORK. THAT ONLY THE STRUGGLE PAYS!

They've tried to divide us from other women, picturing us as lazy and immoral, instead, our struggle has made it clear to millions of women that HOUSEWORK, COOKING, WASHING, IRONING, CLEANING, AND ALL THE OTHERS OF THE HOME ARE THE MAINS WAGES FROM THE GOVERNMENT NOT ONLY FOR RAISING OUR CHILDREN BUT FOR ALL THE HOUSEWORK WE DO AND FOR ALL OF US.

We women are not finished yet longer. We know they make our children work to support our family, and we are not intending to let them work for us.

We have fought our children to fight back and against those laws that put our parents in a kitchen sink.

We have pushed for higher wages on the second job and raised the jobs that were being on us.

We have raised the demand of "Love" Women have worked off of household work. Government has refused to make a difference for their homes and needs are continuing. Teachers have fought for shorter hours; Physicians are organizing all over the world, too!

None of all nations.

WE HAVE STRUGGLED THROUGHOUT TO BE PAID BY THE GOVERNMENT FOR THE WORK WE DO IN THE HOME. WE HAVE SAID, LOVE DOESN'T PAY THE BILL. WE WANT WAGES FOR HOUSEWORK, AND IF WE DON'T GET IT WE WILL REFUSE TO WORK ANY LONGER.

¹ Condición que se imponía para conceder el subsidio social a niños de familias pobres, por la que no podía residir bajo el mismo techo ningún hombre considerado «padre sustituto» [N. de la T.].

MANOS NOS HEMOS NEGADO AL CHANTAJE DEL SEGUNDO TRABAJO, QUE ESTÁ TAN MAL PAGADO QUE NI SIQUIERA DA PARA IR AL PUESTO DE TRABAJO. ¡HEMOS DEMOSTRADO A TODOS LOS TRABAJADORES QUE SOLO LA LUCHA COMPENSA!

Han intentado separarnos de otras mujeres calificándonos de vagas e inmorales. Sin embargo, nuestra lucha ha permitido que millones de mujeres vean que EL TRABAJO DOMÉSTICO, EL TRABAJO NO REMUNERADO, ES NUESTRO PROBLEMA EN COMÚN. Ha allanado el camino para que *todas nosotras* EXIJAMOS UN SALARIO AL GOBIERNO PARA *TODAS NOSOTRAS* POR CRIAR A NUESTROS HIJOS Y POR TODO EL TRABAJO DOMÉSTICO QUE HACEMOS.

Las mujeres ya no nos lo tragamos

Sabemos que solo alaban nuestras virtudes para confirmar nuestra esclavitud y todas nosotras *nos rebelamos contra nuestro trabajo*.

COMO LAS MUJERES NOS RESISTIMOS, EL GOBIERNO NOS ESTÁ APLASTANDO. EL ACTUAL ATAQUE AL SISTEMA DE ASISTENCIA SOCIAL ES SOLO UNO DE LOS ASPECTOS DEL ATAQUE GENERALIZADO A LAS MUJERES CON EL QUE SE PRETENDE VOLVER A PONERNOS A RAYA.

¿De qué somos culpables?

Hemos reducido la cantidad de hijos que tenemos, porque cada hijo supone trabajo añadido para nosotras.

Hemos huido de nuestros hogares, porque nuestro aislamiento y la dependencia de la familia nos estaba asfixiando.

Hemos enseñado a nuestros hijos a responder a los ataques y a aspirar a algo más en la vida que a acabar en la cadena de montaje o en el frepadero de la cocina.

Hemos hecho presión para conseguir mejor sueldo en nuestro segundo empleo y hemos rechazado los empleos que nos querían obligar a aceptar.

Hemos rechazado el chantaje del «Amor». Las enfermeras se han ido de los pabellones de hospital. Las secretarías se niegan a hacerles el café a sus jefes y a sonreír cuando se les ordene. Las maestras han luchado para tener jornadas más cortas. Las prostitutas se están organizando en todo el mundo. Pero...

El peor de todos los crímenes

HEMOS EMPEZADO A EXIGIR AL GOBIERNO QUE NOS PAGUE POR EL TRABAJO QUE HACEMOS EN CASA. HEMOS DICHO: EL AMOR NO PAGA LAS FACTURAS. QUEREMOS UN SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO, Y SI NO LO CONSEGUIMOS NOS NEGAREMOS A SEGUIR TRABAJANDO.

[Texto viñeta]: [En el periódico]: FORD EXIMIRÁ A LOS POBRES DEL IMPUESTO SOBRE LA RENTA
[Mujer dice]: ...AHORA SOLO NOS FALTA AVERIGUAR CÓMO CONSEGUIR UNA RENTA...

ESTO ES DE LO QUE VA SU CRISIS: HACER QUE LAS MUJERES PAGUEMOS POR LO QUE HEMOS CONSEGUIDO.

PERO NOSOTRAS DECIMOS ¡NO!

NO A LOS RECORTES DE SUBSIDIOS SOCIALES, NO A LOS RECORTES DE MEDICAID Y CUPO- NES PARA ALIMENTOS, NO A LOS DESPIDOS Y A LOS RECORTES DE LOS SERVICIOS SOCIALES, QUE SIGNIFICAN MENOS DINERO Y MÁS TRABAJO PARA NOSOTRAS.

¡LO QUE NECESITAMOS TODAS ES MÁS DINERO, NO MÁS TRABAJO!

Como suele pasar en año de elecciones, lo que ellos llaman «el escándalo del welfare» es un juego político, en el que los políticos compiten para demostrar lo duros que son poniéndose estrictos con los «tramposos» del subsidio social. Reagan afirma que en Chicago hay una «reina del welfare» que recibe 150.000 dólares libres de impuestos al año. Así que Ford propone sacar a cinco millones de personas del programa de cupones para alimentos.

CULPAN A LAS WELFARE MOTHERS POR GASTAR EL DINERO. Pero cuando se clausuren servicios municipales, guarderías y hospitales, LAS «MADRES TRABAJADORAS» de hoy, las últimas en conseguir un contrato y las primeras en ser despedidas, SERÁN LAS WELFARE MOTHERS DE MAÑANA.

LA ADMINISTRACIÓN MUNICIPAL, ESTATAL Y FEDERAL SE CARGAN EL MUERTO UNOS A OTROS, PERO A NOSOTRAS NO NOS DAN NI ESO. El Estado audita la contabilidad municipal y el gobierno federal audita a los otros dos. Se acusan unos a otros de ineficacia y de pagar en exceso y se amenazan mutuamente con retener su parte de las ayudas sociales, consiguiendo entre todos que a nosotras no nos llegue ninguna.

RECOMIENDAN QUE SE INVIERTAN MÁS MILLONES EN DETECTAR EL FRAUDE MIENTRAS NOS QUITAN MÁS MILLONES DE LAS MANOS. Quieren informatizar todo el sistema de asistencia social, de modo que nos pondrán frente a una máquina y tendremos menos posibilidades de conseguir lo que necesitamos. Así se ahorrarán también el gasto de pagar a los trabajadores sociales, quienes acabarán viviendo de la asistencia social como nosotras.

EL RECORTE DE FONDOS DE LOS PROGRAMAS DE GUARDERÍAS ESTÁ OBLIGANDO A MUCHAS MUJERES A DEJAR SU TRABAJO REMUNERADO Y A RECURRIR A LA ASISTENCIA SOCIAL. Así las empresas evitan el problema de tener que despedirlas. El cierre de las guarderías garantiza que las mujeres tengan que volver a casa y quedarse en ella. En las propias guarderías hacen pruebas a nuestros hijos para detectar «tendencias delictivas» de modo que el gobierno los tiene fichados desde niños.

THIS IS WHAT THEIR CRISIS IS ALL ABOUT TO MAKE US WOMEN PAY FOR WHAT WE HAVE GAINED. BUT WE ARE SAYING NO! NO TO THE WELFARE CUTS, NO TO THE CUTS IN MEDICAID AND FOOD COUPONS, NO TO THE LAZINESS AND CUTS IN SOCIAL SECURITY AND MORE MONEY FOR US. WE ALL NEED MORE MONEY NOT MORE WORK!

As usual in an election year, what they do in the welfare area is a political move. How many tough cuts can be wracked down on the welfare budget? The answer: there's a "welfare queen" in Chicago who takes \$170,000 a year from the Ford program to eat 5 million people off of food stamps.

THEY BLAME WELFARE MOTHERS FOR LOSING UP THE MONEY. But when city services, day-care centers, hospitals are shut down, TODAY'S "WORKING" women are the ones who will be the first to lose it. FORD'S BUCKS ARE MOTHERS.

They blame centers themselves on children are being forced and screened for "unlimited subsidies" and the government is trying to keep them on their backs. Childless women don't care they don't care. Aggravated men make for medical care, medical treatment, mental health and doctors at home.

THE CITY, THE STATE AND THE FEDERAL GOVERNMENT ARE UP PASSING THE BUCK BACK AND FORGETTING THE BUCKS TO US. They never pass the buck to us. The state needs the money to run the medical government and health. They charge each other with negligence and leaving government and each threaten to withhold it from the welfare mothers from the cities, while they at subsidize them from us.

THEY'RE RECOMMENDING THAT MORE BELIEVERS BE SPENT TO TAKE CARE TAKEN OUT OF OUR HANDS. They're recommending that the whole welfare system so that we will be so afraid the machine with the wheel of getting what we need. That would also see them from the cost of special social workers, who like we will find destruction as welfare.

CUTS IN THE FUNDS FOR DAYCARE PROGRAMS ARE FORCING MORE AND MORE WOMEN OUT OF PAYING JOBS AND INTO WELFARE. They want the companies the trouble of paying between us. The closing of day-care centers guarantees that we women will be forced to go back home and raise them. In the

ALL THESE CUTS WILL DRIVE MORE OF US TO SELLING OUR BODIES ON THE STREETS IN ORDER TO GET AHEAD. THE FEED AND CLOTHED OUR CHILDREN AND ANGRY, AND SOME WAYS IT'S LESS PAINFUL TO TURN A FEW CHECKS AT NIGHT THAN TO HANDLE AT THE WELFARE OFFICE REAL EASY. OR WHEN ALL COVER THE PLANET TRYING TO MAKE ENDS MEET THAT WILL NEVER BE IT.

THE US DEPARTMENT OF AGRICULTURE HAS ALREADY TAKEN AWAY OVER 1,000 MILLION THAT WAS SUPPOSED TO BE FOR BUYING MILK AND HIGH PROTEIN FOOD FOR PREGNANT WOMEN, NURSING MOTHERS, AND INFANTS. THIS MEANS STARVATION FOR MANY OF US, WHO WITHOUT FOOD STAMPS CAN'T GET AT ALL - AND BUCKS FOR FOR AND MORE BUCKS FOR ALL OF US IN TRYING TO FEED OUR CHILDREN AND OURSELVES. Already in North Carolina a child has been reported to have two diabetes, a malnutrition disease commonly found in underfed children. But North Carolina is the USA, supposedly the richest country in the world.

Now all we have to do is figure out how to get an income . . .

El recorte propuesto por Ford en el programa de cupones para alimentos entrará en vigor en junio —justo a tiempo para la convenciones para la presidencia y dejará a más de cinco millones de personas fuera del programa.

EL DEPARTAMENTO DE AGRICULTURA DE ESTADOS UNIDOS YA HA SUPRIMIDO MÁS DE 100 MILLONES DE DÓLARES QUE SE IBAN A DESTINAR A LA COMPRA DE LECHE Y ALIMENTOS CON ALTO CONTENIDO EN PROTEÍNAS PARA ENTREGÁRSELOS A MUJERES EMBARAZADAS, MADRES EN PERIODO DE LACTANCIA Y BEBÉS.

PARA MUCHAS DE NOSOTRAS ESTO SIGNIFICA QUE PASAREMOS HAMBRE, YA QUE NO PODEMOS COMER SI NO TENEMOS CUPONES PARA ALIMENTOS, SUFRIREMOS DESNUTRICIÓN Y TENDREMOS QUE TRABAJAR MÁS PARA INTENTAR ALIMENTARNOS A NOSOTRAS Y A NUESTROS HIJOS.

En Carolina del Norte ya se ha dado el caso de un niño enfermo de kwashiorkor, ¡una enfermedad causada por la desnutrición que suele darse en países subdesarrollados! Pero Carolina del Norte está en Estados Unidos, el país más rico del mundo, supuestamente.

Nos recortan los fondos de Medicaid aunque saben que son los laboratorios y los médicos quienes saquean millones de dólares del gobierno destinados a una asistencia sanitaria que no llegan a proporcionar. Y, una vez más, si hay menos dinero para la asistencia sanitaria, las madres nos desdoblaremos para ejercer de enfermeras y médicas en casa.

TODO ESTOS RECORTES OBLIGARÁN A MÁS DE NOSOTRAS A VENDER NUESTROS CUERPOS PARA CONSEGUIR DINERO CON EL QUE ALIMENTAR Y VESTIR A NUESTROS HIJOS Y A NOSOTRAS MISMAS Y CON EL QUE PAGAR EL ALQUILER, PORQUE EN ALGUNOS ASPECTOS ES MENOS DOLOROSO HACER LA CALLE POR LA NOCHE QUE PELEARSE TODO EL DÍA EN LA OFICINA DE SERVICIOS SOCIALES O REMOVER CIELO Y TIERRA PARA INTENTAR LLEGAR A FIN DE MES A LA DESESPERADA.

Sabemos que los conceptos en los que dividen el presupuesto de la asistencia social son engañosos —como si sacaran el dinero de un bolsillo y lo metieran en otro—.

142

ADC FOOD STAMPS, MEDICAID, AND SO ARE ALL ABOUT THE SAME THING: THE LITTLE GIRL WHO GRINDS UP ON ADE LACTATING FOOD BOUGHT WITH FOOD STAMPS AND BEING CHECKED FOR URINE THROUGH MEDICAD EVENTUALLY BECOMES THE OLD MEDICAL FEMALE WHO GOES TO THE LAB, CAN'T AFFORD TO TAKE CARE OF HER CHILDREN, AND EVENTUALLY BECOMES THE OLD WOMAN LYING ON SO.

We know that for her life she never has enough. Because all we know we never have enough. We know all we never have enough in the '90s program, no matter what amount of the '90s. If the girls any-never really gets a paying job because there is no demand under the law, she has to take care of her children, and because health there is no paying job for her. So when they talk about cutting back on the '90s, and all the other programs they are really talking about cutting out the lives and the lives of our families, our lives.

WE REFUSE. THEY HAVE THE MONEY, AND WE WANT IT. WE WANT TO GET OUR LIVING FROM OUR OWN PANTS AND SO TO GET TO SEE CHILDREN AT ADC. WE WANT TO AVOID BEING TAKEN AWAY OUR FOOD STAMPS WHILE GOING TO MEANS ON MEDICAID TO BE MEDICAD.

We refuse to "go back home" without some money in our hands. And we won't be forced to compete with thousands of other women who are hungry, desperate and mothers-for the low time-paying jobs around what all of us have already a full-time job at home we are not being paid.

WE WANT BACK WHAT IS OURS.

AND FIRST OF ALL WE WANT WAGES FOR ALL THE WORK WE ALREADY DO.

WE WANT WAGES FOR HOUSEWORK FROM THE GOVERNMENT NOW FOR ALL WOMEN.

BACK PAY FOR OLDER WOMEN WHO HAVE WORKED ALL THE WAY TO LIVE FOR NOTHING, SO THAT THEY CAN LIVE ON IT THEIR DAYS ON POVERTY.

The government should recognize that children don't live on love alone. It gives money to Foster Parents. From a minimum of \$750 to \$200 a month per child depending on age - medical bills and clothing). But when it comes to our own children we are expected to do the same work for nothing. We have to take care of our children so they want to live on it. We have to take care of our children so they want to live on it.



... while one of every three mothers with preschool children heads down a job, there is more for only 100,000 of those six million children in unlicensed child care centers." NYT - Fam., 1/11/76, p. 22

"According to the dictionary, the word 'welfare' means a condition of health, happiness and prosperity." NYT - Soc., 1/28/76, p. 33

Recently in the USA, the courts have assigned large sums of money to husbands whose wives were secretly married to pay for "lack of services."

But do we have to be cut over the 4 to be cut to see our work recognized or paid? And why does this money go to the man and never to an arrested?

"The subcontracting staff found that ... one medical testing laboratory which is licensed can bill Medicaid for a patient a doctor has never seen, for blood work done for both never performed, in a state exceeding four times what it takes the prevailing charge for private paying patients, with a nearly absolute assurance that they will not be caught and prosecuted." NYT - Ther., 2/18/76, p. 31

Las ADC [ayudas a niños dependientes], los cupones para alimentos, Medicaid y el ssi son todos lo mismo: la niña que crece cubierta por un programa de ADC, como alimentos comprados con cupones y va al médico a través de Medicaid, terminará convirtiéndose en una madre dependiente de la ADC con hijos propios que cuidar y al final será una anciana dependiente del ssi.

Sabemos que, durante toda su vida, nunca tendrá lo suficiente para vivir, porque durante nuestras vidas nosotras nunca lo tenemos. Sabemos que la madre dependiente de subsidios que entra en el programa WIN, RECIBA LA FORMACIÓN QUE RECIBA —SI ES QUE LLEGA A RECIBIRLA—, NUNCA CONSEGUIRÁ TENER UN EMPLEO PAGADO PORQUE NO HAY GUARDEÍAS A LAS QUE PUEDA CONFIAR SUS HIJOS Y PORQUE, EN DEFINITIVA, NO HAY TRABAJO CON SUELDO PARA ELLA. ASÍ QUE CUANDO DICEN QUE VAN A RECORTAR LA ADC, el SSI y el resto de programas, de lo que están hablando en realidad es de cortar en trocitos nuestras vidas y las vidas de nuestras familias.

NOS NEGAMOS. ELLOS TIENEN EL DINERO Y NOSOTRAS LO QUEREMOS. No vamos a aceptar que reduzcan el SSI de nuestros ancianos para dárselo a nuestros niños en el ADC. No vamos a aceptar que nos quiten los cupones para alimentos mientras nos dan dinero de Medicaid para que nos esterilicen.

Nos negamos a «volver al hogar» sin dinero en nuestro poder. Y no nos van a obligar a competir con otras miles de mujeres —nuestras madres, hermanas e hijas— por los escasos puestos mal pagados que hay cuando ya tenemos todas un trabajo a tiempo completo en casa por el que no se nos paga.

QUEREMOS QUE NOS DEVUELVAN LO QUE NOS PERTENECE.

Y PARA EMPEZAR, QUEREMOS UN SALARIO POR TODO EL TRABAJO QUE YA HACEMOS.

QUEREMOS QUE EL GOBIERNO PAGUE UN SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO A TODAS LAS MUJERES, Y LO QUEREMOS YA.

PAGA RETROACTIVA PARA LAS ANCIANAS QUE HAN TRABAJADO DURANTE TODA SU VIDA A CAMBIO DE NADA, PARA QUE PUEDAN VIVIR DIGNAMENTE HASTA EL FINAL DE SU VIDA.

[CUADRO A LA DERECHA]: el gobierno ya reconoce que los niños no solo viven de amor cuando da dinero a las familias de acogida (entre 150 y 204 dólares mensuales por niño en función de su edad, más gastos médicos y vestimenta). Pero cuando se trata de nuestros propios hijos, se espera que hagamos ese mismo trabajo a cambio de nada.

¿Es que quieren obligarnos a intercambiar a nuestros hijos para que podamos permitirnos la vida?

«... una de cada tres mujeres con hijos en edad preescolar tiene un empleo, pero en las guarderías autorizadas solo hay sitio para 900.000 de los seis millones de hijos que tienen». *The New York Times*, martes, 13 de enero de 1976, p. 22

«¿Nos van a penalizar por estar vivas?», preguntó Eva King, una enfermera de 77 años de edad de New Brunswick, al inicio de la audiencia pública sobre la propuesta de recorte del presupuesto estatal». *The New York Times*, miércoles, 18 de febrero de 1976, p. 41.

«Según el diccionario, la palabra *welfare* se refiere a un estado de “salud, felicidad y prosperidad”». *The New York Times*, domingo, 18 de enero de 1976, p. 35.

En los últimos tiempos, los tribunales de Estados Unidos están indemnizando con grandes cantidades de dinero a los maridos cuyas mujeres han tenido accidentes graves para compensar la «falta de servicios». ¿Acaso nos tiene que atropellar un coche para que se reconozca y se pague nuestro trabajo? Y, en cualquier caso, ¿por qué ese dinero va a parar al marido y a nosotras no nos dan nada?

«Los miembros del subcomité concluyeron que "...si quiere, cualquier laboratorio de pruebas médicas puede facturar a Medicaid por pacientes que nunca han ido al médico, muestras de sangre que nunca se extrajeron y pruebas que nunca se hicieron, a una tarifa cuatro veces superior al coste real y al doble que las tarifas habituales en la sanidad privada, con la casi absoluta certeza de que nunca será descubierto ni se lo juzgará». *The New York Times*, jueves, 19 de febrero de 1976, p. 31.

Anuncio de un nacimiento

Nos complace anunciar el nacimiento de nuestro grupo autónomo Black Women for Wages for Housework, con el que tomaremos parte en la campaña internacional por el Salario para el Trabajo Doméstico. Nos juntamos por primera vez en la conferencia sobre el salario para el trabajo doméstico y el *welfare* organizada por el Comité de Salario para el Trabajo Doméstico de Nueva York. Desde entonces nos hemos reunido todas las semanas.

Nuestro grupo es un arco iris de mujeres negras: algunas estamos casadas, otras somos solteras; algunas tenemos hijos y otras no; algunas somos heterosexuales, otras, lesbianas; algunas tenemos un segundo empleo, otras dependemos del subsidio social; algunas somos mayores y otras, jóvenes. Y **TODAS QUEREMOS UN SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO.**

Entre otras actividades, hemos estudiado los escritos de Salario para el Trabajo Doméstico y las luchas que libran las mujeres negras en la comunidad y en el segundo empleo, contra el trabajo doméstico y para tener un salario. Hemos charlado con otras mujeres en nuestros barrios y hemos repartido nuestros propios folletos en oficinas de servicios sociales, guarderías, zonas comerciales y todos esos lugares en los que se congregan las mujeres, sin contar con la conferencia de mujeres Negras que se celebró en el Hunter College de la City University de Nueva York. Hemos colaborado con el Comité de Salario para el Trabajo Doméstico de Nueva York para preparar un día de acción contra los recortes sociales y por el salario para el trabajo doméstico, y hemos hecho nuestra propia asamblea pública para contactar con otras mujeres negras y movilizarnos para el día de acción y la manifestación.

En la asamblea pública que hicimos a finales de junio tuvimos un gran éxito al reunir a las mujeres negras para compartir nuestras experiencias de lucha en la comunidad contra todas las formas en que la crisis presupuestaria afecta a la vida

BIRTH ANNOUNCEMENT

We are pleased to announce our presence as an autonomous group of Black women for Wages for Housework within the International Wages for Housework campaign. We came together for the first time at a conference sponsored by the New York Wages for Housework Committee in Wages for Housework and Welfare which was held in Brooklyn on April 24, 1976. We've been meeting every week since then.

Our group is a mixture of Black women: some of us are married, some are single; some of us have children, some don't; some of us are straight, some are lesbian; some of us have second jobs, some are no welfare; some of us are older, some younger. All of us WANT WAGES FOR HOUSEWORK.

Our activities have included study of Wages for Housework literature and the struggles of Black women in the community and on the second job against housework and for the wage. We've roped with women in our neighborhoods and distributed our own leaflets at welfare offices, daycare centers, shopping areas, and wherever women meet, including a Black women's conference held at Hunter College of the City University of New York. We participated with the New York Wages for Housework Committee in planning a Day of Action against welfare cuts and for Wages for Housework, and we held our own public meeting both to establish further contact with other Black women and to mobilize for the Day of Action and demonstration.

Our public meeting at the end of June was a tremendous success in bringing together Black women to share our experiences of struggle in the community against all the ways in which the budget crisis affects women's lives. The meeting lasted a full day starting with a panel which began with a presentation about our work in the home (our first job) and how much all of the jobs we do as housewives would be worth if we were paid. For example, doctor, bookkeeper, teacher. Other women on the panel spoke on outbreaks in welfare, daycare, the city university, and the overall crisis in New York City. There was also a presentation on the struggles of Black women, particularly Black welfare mothers, against forced sterilization. The panel ended with a report on the victories of women internationally—from prostitute women in France to factory workers in Italy—in struggling for the wage. There was also a speaker

in which Black women spoke about our need for Wages for Housework and how we can plan our struggle to get it. In addition to the panel and speaker we had songs, dancing, a dramatic skit, disco and food.

The public meeting was followed by a Day of Action where Black Women for Wages for Housework participated with the New York Wages for Housework Committee in a rally across from the Department of Health, Education, and Welfare in downtown Manhattan, and then picketed HEW using posters, songs, signs, brooms, pots, spoons, and a speaker with bullhorns.


July was also a busy and exciting month highlighted by our participation in a conference for all women called "Toward a Strategy for the Lesbian Movement" which was sponsored by Wages for Housework Committee. While in Toronto we had our first newspaper and videotaped interviews for a Black newspaper and a cable TV station.

In August we had a chance to rap with Selma James of the London Wages for Housework Committee, an international mover in the Wages for Housework campaign.

Early in September we had our first fundraiser, a sale of delicious dinners at prices designed to beat the budget crisis. Later in the month we set up a table of literature, buttons, postcards, and diatribes at the August Action, the annual street fair in downtown Brooklyn. Through both events we were able to talk with many Black women from all walks of life about our common problems, swapping tips on how to struggle.

In October we travelled to Philadelphia and met many more Black women at a public meeting for all women sponsored by the Wages for Housework Committee. Now we are preparing our own documents for publication so that we can increase our contact with as many Black women as possible. We are looking forward to hearing from Black women everywhere who want more information about Wages for Housework.

We can be contacted at:
BLACK WOMEN FOR WAGES FOR HOUSEWORK
 c/o WILMETHY SHOWS, 100 BUSHN PLACE, BROOKLYN, NEW YORK 11201
 (212) 816-0992



BLACK WOMEN FOR WAGES FOR HOUSEWORK

Documento 6.4. (esta página y la siguiente) Anuncio del nacimiento de Black Women for Wages for Housework, fundado en 1976 tras la conferencia sobre welfare.

de las mujeres. La asamblea se extendió durante todo el día. Comenzó con un panel en el que, en primer lugar, hubo una presentación sobre el trabajo que hacemos en casa (nuestro primer trabajo) y cuánto valdría cada uno de los trabajos que hacemos como amas de casa si estuvieran pagados: trabajamos como médicas, contables o maestras, por ejemplo. Después hicimos una presentación sobre la lucha de las mujeres negras contra la esterilización forzosa, especialmente de las *welfare mothers* negras. El panel concluyó con una crónica de las victorias de las mujeres en otros países —desde las prostitutas francesas hasta las obreras de las fábricas italianas— en su lucha por el salario. También preparamos un foro abierto para que las mujeres negras hablasen de por qué necesitan un salario para el trabajo doméstico y cómo piensan luchar para conseguirlo. Y además hubo canciones, baile, una actuación teatral, música disco y comida.

145

A la asamblea pública le siguió un día de acción en el que Black Women for Wages for Housework con el Comité de Salario para el Trabajo Doméstico de Nueva York convocamos una concentración frente al Department of Health, Education and Welfare [Departamento de Salud, Educación y Bienestar] del centro

de Manhattan, y formamos piquetes para bloquear el departamento armadas de carteles, canciones, trapeadores, cepillos, cacerolas, cucharas y un megáfono abierto para gritar nuestras proclamas.

Julio también fue un mes ajetreado y apasionante, en el que destaca nuestra participación en una conferencia de mujeres llamada «Toward a Strategy for the Lesbian Movement» [«Por una Estrategia para el Movimiento Feminista»] convocada por Wages Due Lesbians [Lesbianas por el Salario Pendiente], el grupo autónomo de lesbianas del Comité de WfH de Toronto. En esa ciudad nos hicieron nuestras primeras entrevistas para un periódico negro y para una cadena de televisión por cable.

En agosto tuvimos la oportunidad de charlar con Selma James, del Comité WfH de Londres, una figura internacional de la campaña por el Salario para el Trabajo Doméstico.

A principios de septiembre hicimos nuestro primer evento para recaudar fondos, un puesto callejero de platos deliciosos a precios ajustados para combatir la crisis de presupuesto. Un poco más tarde pusimos un puesto con publicaciones, prendedores, agarradores y trapos de cocina en Atlantic Antic, la feria callejera anual que se celebra en el centro de Brooklyn. En estos eventos hemos podido hablar sobre nuestros problemas comunes con muchas mujeres negras de toda condición, intercambiando consejos para la resistencia.

En octubre fuimos a Filadelfia y conocimos a muchas más mujeres negras en una asamblea pública de mujeres organizada por el grupo local de Salario para el Trabajo Doméstico. Ahora estamos preparando nuestros propios documentos para publicarlos y así conseguir contactar con tantas mujeres negras como sea posible. Esperamos que se contacten con nosotras mujeres negras de todas partes que quieran más información sobre Salario para el Trabajo Doméstico.

Pueden contactarse con nosotras en:

Black Women for Wages for Housework

WILMETTE BROWN, 100 BOERUM PLACE, BROOKLYN, NUEVA YORK 11201

(212) 834-0992

Black Women for Wages for Housework

Tuesday June 29* All Women Come
 Fight against the Welfare Cuts
 Demand Wages for Housework
 for **All** Women
 from the Government

place: meet at **Foley Square** time: **11.30 a.m.**

Entrance is at WORTH ST./LAPAYETTE ST. (two blocks from City Hall)
 Subway: LEX.AVE #4 or #5 to Brooklyn Bridge-Worth St.

program: 11:30 - meet at Foley Square for MUSIC -
 THEATER - SPEECHES -
 CHILDREN'S ACTIVITIES

1:00 - demonstrate across the street
 in front of H.E.W.

Bring your pots, pans, wooden spoons
 as noise makers

★ Rain Date: Wednesday June 30



**HANDS OFF
 OUR MONEY**

WELFARE IS THE FIRST MONEY WE
 WOMEN HAVE WON DIRECTLY FROM
 THE GOVERNMENT FOR THE WORK
 WE DO IN OUR HOMES.

IT IS NOT MUCH AND IT HARDLY
 PAYS FOR ALL OUR WORK. BUT IT
 IS A START AND IT IS OUR MONEY.

The attack on welfare women is an attack
 on all women:

To keep us in line
 To keep us all working for nothing
 To convince us that housework is not
 work, that we should not be paid for it,
 that we should do it for "love."

BUT LOVE DOESN'T PAY OUR BILLS

**HOUSEWORK
 UNPAID WORK**
 is our common problem
 let's make it our
 common struggle

FOR EVERY WOMAN WAGES FOR
 HOUSEWORK MEANS

LESS DEPENDENCE

MORE POWER

MORE CHOICES IN OUR LIVES.

UNITED WE CAN WIN WHAT IS OURS
 BECAUSE THERE ARE MILLIONS OF
 US WHO ARE SAYING
 NO MORE WORK FOR NOTHING!

DAY CARE

Available
 in the Park
 throughout
 the program

New York Wages for Housework Committee
 288-B 8th St. Brooklyn, N.Y. 11215
 Wed. & Sat. 11 - 4 tel. 965-4112

MARTES JUNIO 29* TODAS LAS MUJERES

Luchen en contra
de los cortes del welfare

Demanden un Salario por el
Trabajo del Hogar
Del Gobierno
Para Todas Las Mujeres

sitio: FOLEY SQUARE hora: 11.30 a.m.

Entrada: WORTH ST./LAPAYETTE ST. (Dos cuadras de City Hall)
Parada del tren LEX. AVE numero 4 o numero 6 hasta Brooklyn
Bridge y Worth St.

programa:

11.30 VENGAN A FOLEY SQUARE A DISFRUTAR
FUNCIONES DE MUSICA, TEATRO Y ACTIVIDADES PARA
1.00 MANIFESTATION PUBLICA ^{NINOS}
EN FRENTE DEL EDIFICIO H.E.W.

TRAIGAN SUS OLLAS Y CUCHARAS O OBJETOS DE HACER RUIDO

* Si llueve manifestacion sera el dia Junio 30

NO TOQUEN
NUESTRO

EL WELFARE ES EL PRIMER DINERO
QUE NOSOTRAS LAS MUJERES HE-
MOS GANADO DIRECTAMENTE DEL
GOBIERNO POR EL TRABAJO QUE
HACEMOS EN LA CASA. NO ES MU-
CHO DINERO Y APENAS NOS PAGA
TODO NUESTRO TRABAJO. PERO
ES UN COMIENZO Y ES NUESTRO DI-
NERO

DINERO

El ataque hacia las mujeres que reciben
Welfare es un ataque hacia todas las mu-
jeres:
-para mantenernos trabajando por nada
-para convencernos que el trabajo do-
mestico no es trabajo, que no debemos
recibir pago por el, y que lo debemos ha-
cer por "amor".

PERO EL AMOR NO PAGA LAS DE-
UDAS.

PARA TODAS LAS MUJERES, EL SA-
LARIO POR EL TRABAJO DOMESTICO
QUIERE DECIR:

MENOS DEPENDENCIA

MAS PODER

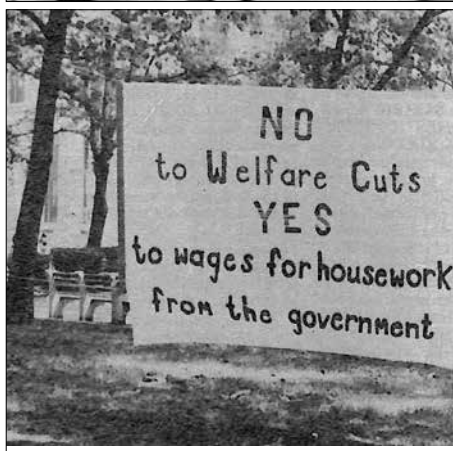
MAS POSIBILIDADES EN NUE-
STRAS VIDAS

UNIDAS PODEMOS GANAR LO QUE
ES NUESTRO, PORQUE SOMOS MIL-
LONES DE NOSOTRAS QUE ESTAMOS
DICIENDO QUE NO TRABAJAREMOS
POR NADA.

cuido
de los
ninos

EL COMITE DE NEW YORK POR EL SALARIO POR EL
tel. 965 4112 TRABAJO DEL HOGAR
Miercoles y Sabados llam a 4pm
288-B Octava Calle BROOKLYN 11215





Fotografías de la marcha y la concentración en Foley Square el 29 de junio de 1976, en protesta contra los recortes sociales y para exigir un salario para el trabajo doméstico pagado por el gobierno. Arriba a la izquierda, pancarta con el lema «NO a los recortes sociales, Sí al salario para el trabajo doméstico pagado por el gobierno». En la imagen de arriba, delante de una pancarta en la que dice «NO a los recortes sociales», Jane Hirschmann sostiene el megáfono.

7. Autonomía lesbiana y Black Women for Wages for Housework



Integrantes de Black Women for Wages for Housework participan en la marcha del Día Internacional de la Mujer con el Comité de Nueva York, en 1977. Fotografía de Freda Leiwand perteneciente a la colección de Schlesinger Library, Radcliffe Institute, Universidad de Harvard.

Con ocasión de la Conferencia sobre el *Welfare* que celebramos en abril de 1976 se formó el grupo Black Women for Wages for Housework [Mujeres Negras por el Salario para el Trabajo Doméstico – BWFWFH por sus siglas en inglés], que entró a formar parte de nuestra red internacional aunque su organización fuese autónoma del Comité de Nueva York. Desde el principio, la reivindicación de la autonomía organizativa ante las relaciones de poder desiguales ha sido un principio clave para nuestra red. En la época en que se formó el grupo BWFWFH ya

existían grupos autónomos de lesbianas de WfH en Canadá en Inglaterra, así que ya estábamos preparadas para una forma de colaboración en la que se reconociera el derecho de las mujeres negras a decidir la naturaleza y tiempos de sus iniciativas. Wilmette Brown y Margaret Prescod, cofundadoras del grupo, escribieron un potente artículo sobre la autonomía de la mujer negra respecto a los hombres y a las mujeres blancas —«The Autonomy of Black Lesbian Women» [La autonomía de las lesbianas negras]—. Durante el otoño de 1976, ante la eliminación de las medidas de discriminación positiva por parte del gobierno municipal de Nueva York como consecuencia de su supuesta quiebra, BWFWFH difundió la lucha de Salario para el Trabajo Doméstico en el campus de Queens College, donde Brown y Prescod trabajaban en SEEK, un programa preparatorio preuniversitario. También crearon la publicación *Safire*. A continuación reproducimos la portada del primer número.

Todas las madres son madres trabajadoras

1975 fue el Año Internacional de la Mujer. Bajo el auspicio de la ONU en la conferencia mundial celebrada en México, ese año fue declarado el comienzo del «Decenio de las Naciones Unidas para la Mujer». Desde el principio, esa conferencia estuvo dividida entre las propuestas feministas de Occidente y las reivindicaciones de independencia económica de las mujeres del tercer mundo, la reivindicación histórica de reparación para el pueblo negro a nivel internacional. El lema de la conferencia fue «igualdad, desarrollo y paz». Pero para las mujeres negras la cuestión era: igualdad, ¿respecto a qué?; desarrollo, ¿para nosotras o contra nosotras?; paz, ¿cómo, si seguimos pasando hambre?

152



Sept. 1968. Madres dependientes de los subsidios sociales demandan más dinero para el invierno en Ann Arbor, Michigan.

Ese mismo año, las prostitutas de todas las ciudades, puertos y pueblos de Francia organizaron una huelga masiva para protestar por ser clasificadas como delinquentes y madres incompetentes,

acusadas y encarceladas, violadas y golpeadas y multadas por pedir dinero por el trabajo que se espera que todas las mujeres hagamos gratis. Cuando las feministas francesas las atacaron diciéndoles que encontrarán un trabajo «decente» —o que al menos aceptarán que la prostitución estuviese más controlada por el gobierno— las prostitutas francesas contestaron: «Somos mujeres como todas las demás».

1975 también fue el año en que las mujeres de Islandia hicieron huelga general. Salieron de las fábricas, oficinas, escuelas y hogares, abandonaron los conmutadores, las máquinas de escribir y las cocinas: las islandesas dejaron el trabajo de las mujeres sin hacer. Y así el día 24 de octubre, toda Islandia se paró.

Y fue en 1975, durante la conferencia anual de la Campaña Internacional por el Salario para el Trabajo Doméstico de Londres, cuando se concibió Black Women for Wages for Housework como el modo para, al fin, recuperar lo que es nuestro.

Pero dos décadas antes, mujeres negras de todas las edades y de todo el mundo —desde Soweto hasta Nueva York— salimos de nuestras casas para reivindicar nuestro derecho a un nivel de vida igual a la riqueza en dinero y tecnología que hemos creado mediante el trabajo gratuito que hicimos para construir las naciones más ricas y desarrolladas del mundo. Tomamos las calles con manifestaciones, boicots, piquetes, sentadas, marchas por la libertad, concentraciones y asambleas. Nos alzamos en armas de todas las formas posibles, pidiendo comida, techo, ropa, salud, educación, justicia y paz. Con una sola voz dijimos que nos estaba costando mucho vivir entre las personas que amamos en las ciudades y en los campos que nosotras creamos con nuestras propias manos. Dijimos ¡ya basta! Uhruru — Libertad. *continúa en p. 2*



Documento 7.2. Anuncio de una velada de encuentro organizada por Black Women for Wages for Housework y el Comité WfH de Nueva York en Lesbian Herstory Archive [Archivo léxico de historia] el 20 de febrero de 1977.

[Rodeando el dibujo]:

SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO Y LESBIANISMO
VEN a la Velada de Actividades PELÍCULA -
PONENTES INTERNACIONALES - MÚSICA
TODAS LAS MUJERES SON BIENVENIDAS

Domingo, 20 de febrero de 1977. 3 p.m.
Guardería gratuita y buffet

En la sede de Lesbian Herstory Archives
215 W 92nd St. #13A (coche B'way)
NYC – 874-7232 (IRT 2/3 parada 96th St.)

Organizan BLACK WOMEN FOR WAGES FOR HOUSEWORK
Contacto: Brown, 100 Boerum pl. B'klyn 11201
Tel. (212) 834-0992 O 522-3815
COMITÉ DE SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO
DE NUEVA YORK
288B 8th st. (Zona 5th. Ave.) B'klyn.
Tel. (212) 965-4112 O 625-0780

Si queremos o no queremos tener hijos — en vez de ser esterilizadas u obligadas a tener hijos según las necesidades del gobierno.

Un salario para el trabajo doméstico significa poder elegir

Qué tipo de sexualidad queremos tener

... En lugar de estar confinadas a la sexualidad como «deber conyugal», un deber laboral, definido e impuesto por el estado.

Oficina de campaña

Comité de salario para el trabajo doméstico de Nueva York

288 B eighth street - Brooklyn, New York 11215

Tel. (212) 965-4112 O 788-2822

Oficina de campaña abierta a todas las mujeres.

Miércoles y sábados de 11 a 4.

Estamos disponibles para dar charlas y tenemos películas, cintas de video, panfletos, libros y carteles.

LAS MUJERES LESBIANAS DECIMOS
NO AL RECORTE DEL SUBSIDIO SOCIAL
SÍ AL SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO

Raras veces se reconoce que muchas madres dependientes de subsidios sociales son lesbianas, quienes, al no contar con los ingresos de un hombre, dependen totalmente de los subsidios para sobrevivir, tanto ellas como sus hijos.

Seamos «lesbianas» o «heteros», el escaso dinero que nos da el gobierno para criar a nuestros hijos significa más poder para todas nosotras. No tenemos que pasar hambre si nos quedarnos embarazadas y él nos deja (o si lo dejamos nosotras a él); no tenemos que rogar al padre o al marido para que nos dé unos dólares para pasar la semana. Y podemos «salir del armario» sin tener miedo a quedar desamparadas porque el dinero no nos alcanza a fin de mes.

Por eso las mujeres dependientes de los subsidios sociales, sean lesbianas o no, reciben ahora los ataques del gobierno. Temen que con el poco dinero que nos dan nos hayamos vuelto demasiado independientes y que ya no se nos pueda controlar tan bien como antes.



COMO MUJERES LESBIANAS DEPENDIENTES DE LOS SUBSIDIOS SOCIALES ESTAMOS SUFRIENDO UN ATAQUE DOBLE, PORQUE A OJOS DEL GOBIERNO SOMOS CULPABLES DE UN «CRIMEN» DOBLE: NEGARNOS A TRABAJAR A CAMBIO DE NADA Y NEGARNOS A QUE SERVIR A UN HOMBRE SEA NUESTRO DESTINO «NATURAL».

No es accidental que «ser lesbiana» y « depender de los subsidios sociales» se hayan convertido en símbolos de los peores delitos que una mujer puede cometer. Cada vez que las mujeres luchamos para conseguir algo de dinero propio o que rechazamos la disciplina que se nos impone, nos tildan de escoria de la tierra PARA SEPARARNOS DEL RESTO DE MUJERES Y MANTENERNOS A RAYA.

EL ESTIGMA DE LAS MUJERES LESBIANAS Y DE LAS MUJERES DEPENDIENTES DE SUBSIDIOS SOCIALES SIRVE PARA DISCIPLINAR A TODAS LAS MUJERES PARA QUE SIGAMOS TRABAJANDO A CAMBIO DE NADA EN CASA Y A CAMBIO DE CASI NADA FUERA DE CASA, PARA QUE SIGAMOS DEPENDIENDO DEL SALARIO DEL HOMBRE Y QUE ESTA DEPENDENCIA NOS MANTENGA CONTROLADAS EN CADA MOMENTO DE NUESTRAS VIDAS.

En nuestra condición de madres lesbianas, la amenaza de que nos quiten a nuestros hijos siempre pende sobre nuestras cabezas, lo que nos pone difícil luchar públicamente por nuestras necesidades.

Tan pronto como empezamos a recibir subsidios sociales se intensifica la amenaza porque, en ese momento, maridos y tribunales empiezan a decir, no solo que no somos «buenas madres», «modelos a seguir» para nuestros hijos, sino que ni siquiera podemos ofrecer los medios necesarios para su subsistencia.

Pero incluso aunque no seamos lesbianas o no dependamos de los subsidios sociales, las mujeres siempre corremos el peligro de perder a nuestros hijos, los que tenemos y los que no nos hemos podido permitir tener, por no disponer de dinero para mantenerlos.

MIENTRAS SIGAMOS SIN TENER NUESTRO PROPIO DINERO —MIENTRAS EL TRABAJO QUE HACEMOS EN CASA SEA GRATUITO— TODAS NOSOTRAS SUFRIREMOS LA AMENAZA DEL HAMBRE, LA ESTERILIZACIÓN, LA INTERNACIÓN EN HOSPITALES DE SALUD MENTAL, CÁRCELES Y EN MILLONES DE HOGARES, TALLERES TEXTILES Y DEPARTAMENTOS DE MECANOGRAFÍA.

COMITÉ DE SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO DE NUEVA YORK

8. Ensayos sobre salud

Para el Comité de Nueva York, y en general para todo el movimiento por el Salario para el Trabajo Doméstico, el análisis de la interrelación entre la salud (mental y física), la sexualidad y el trabajo reproductivo de las mujeres tuvo una importancia crucial. El movimiento trató de reencuadrar muchos de los «trastornos» que se suelen diagnosticar a las mujeres como los efectos causados por la división sexual del trabajo y el confinamiento, aislamiento y despojo de todo poder del trabajo no asalariado en el hogar.

«*Healthcare and Health Problems*» [«La asistencia sanitaria y los problemas de salud»] es un texto escrito por Silvia Federici a partir de las notas que se tomaron en los grupos de debate sobre atención sanitaria realizados en 1976. El texto no está estructurado como un ensayo formal, sino que recoge las quejas de mujeres que han pasado por las manos del sistema médico y perfila algunas de las capacidades colectivas del movimiento feminista para rechazar los estados de enfermedad organizados por el desarrollo capitalista.

«*Our Mental Health Begins With the Struggle Against Housework*» [«Nuestra salud mental empieza por la lucha contra el trabajo doméstico»], concebido como una herramienta de divulgación, fue escrito en 1976 por Silvia Federici y Rona Rothman, trabajadora del sector hospitalario e integrante del Comité WfH de Boston. Basado en los debates sobre salud mental y atención sanitaria desarrollados en las asambleas del grupo, el texto se centra en la relación de las mujeres que trabajan en los hospitales con los pacientes y en las condiciones de trabajo que comparten por el hecho de ser mujeres.

La asistencia sanitaria y los problemas de salud (1976)

Todas sabemos la agonía que supone estar enferma en esta sociedad. El simple hecho de enfrentarnos al sistema sanitario ya basta para enfermarnos. No tenemos el dinero que los médicos quieren que les demos. Nos tratan como a niñas pequeñas. Ellos son los expertos y, aunque se trate de nuestros cuerpos –esos cuerpos en los que vivimos desde hace tantos años y que tan bien conocemos–, se espera que hagamos las mínimas preguntas posibles. La medicina está organizada de modo que encaje con los objetivos de producción, para que se malgaste poco tiempo de trabajo y se nos exprima la cantidad adecuada de energía en nuestro puesto. El hospital es el taller de reparaciones para los heridos de la cadena de montaje, de la oficina o de la cocina. Es el lugar en el que se evalúa y restaura nuestra capacidad para trabajar. Los tratamientos se administran de acuerdo al principio que rige toda la producción capitalista: da igual si estás bien o mal, lo que importa es que puedas volver caminando al trabajo. Y si no tienes dinero, entonces también te puedes morir, porque no se puede malgastar la medicina en quienes no son «productivos». Si no produces, no tienes derecho a existir.

De modo que también en la asistencia sanitaria –de hecho en la asistencia sanitaria sobre todo– existe una jerarquía de valores (monetarios) que se corresponde con una jerarquía de tratamientos. Si eres joven, los médicos se desvelan para que estés lo bastante bien como para ir a trabajar. Pero, a partir de cierta edad, te miran con los ojos de la seguridad social: cuanto antes te vayas, menos le cuestas al Estado. En ese momento, la enfermedad se vuelve «crónica», no se puede hacer gran cosa, «ya se sabe... la tercera edad»... De este modo, la medicina actúa como uno de los brazos más poderosos del Estado, el brazo que consigue atraparte cuando los demás han fracasado. No solo alivia las arcas de la seguridad social –porque siempre ha habido eutanasia para las personas mayores, a no ser que fuesen ricas–. También administra electrochoques a las cabezas que la policía no ha podido partir, histerectomías a los úteros que el Estado no ha podido controlar y una infinita variedad de píldoras letales para que no nos durmamos en el trabajo, evitar que perdamos un día por un mal resfriado o mantenernos calmadas y capaces de seguir adelante aunque estemos a punto de explotar.

Las mujeres y la medicina

Todo este proceso es aún más enloquecedor y arriesgado para las mujeres. La medicina acostumbra a controlar nuestra función reproductiva. Son los médicos quienes nos esterilizan o nos obligan a recurrir a abortos clandestinos. Sumada al peligro de despertar de la anestesia con los ovarios extirpados y a la tradicional indiferencia del hombre ante las enfermedades de las mujeres, sufrimos la humillación de tener que someternos a su paternalismo cuando nos dicen, por ejemplo, que «un buen embarazo te quita los problemas de hormonas» o cuando nos preguntan si tenemos problemas con el marido cuando les decimos que no estamos bien.

Así que no sorprende que el movimiento feminista haya dedicado tanta atención y esfuerzos al tema de la atención sanitaria desde sus inicios. El objetivo de los centros de autoconocimiento, en los que se podía conseguir información ginecológica o de prácticas como el autoexamen, era obtener el control de nuestros cuerpos. No cabe duda sobre la importancia de estas iniciativas, ya que desmontaron el mito de la experiencia irremplazable de los profesionales de la salud y nos han dado la posibilidad de construir y poner en valor nuestro propio conocimiento colectivo. A la vez, hemos aprendido que la lucha por la asistencia sanitaria no se puede aislar de la lucha por mejores condiciones para nuestra vida cotidiana. No podemos separar la demanda de mejores tratamientos para nuestras enfermedades de la cuestión de cómo evitar enfermarnos, para empezar.

Tenemos que ser claras sobre este punto: no hay salud posible en el capitalismo mientras no se produzca una lucha colectiva. La transición de *trabajo vivo a trabajo muerto*, principio de la acumulación capitalista y principio organizativo de nuestro tiempo, se basa en el sacrificio de nuestros cuerpos y mentes en actividades no deseadas, que generan continuas frustraciones, presiones y ansiedades que nos perjudican y acortan nuestras vidas.

La salud no solo sigue siendo una utopía en la sociedad capitalista. La salud es otra forma de inculcarnos más disciplina. Es la zanahoria que cuelga delante de nuestras narices para que compremos más pastillas y otros remedios. El énfasis en la dieta y los spas terapéuticos, la moda del *wellness* y el «deja de fumar y verás qué bien», sirven para convencernos de que mantener la salud o recuperarla es problema de cada uno.

Si nos enfermamos, nosotros somos responsables de nuestra enfermedad, somos nosotros quienes tenemos que hacer ejercicio y seguir una dieta apropiada. Lo que se vierte en el entorno que habitamos y lo que nos hace el trabajo nunca se tiene en cuenta.

No es difícil ver qué implica todo esto. Ya que por lo visto lo único que necesita nuestra salud es nuestro compromiso con ella, el Estado puede lavarse las manos y despreocuparse de mantener un sistema sanitario y un entorno ajustados a nuestras necesidades. Supuestamente, si comemos bien y hacemos deporte no nos enfermaremos. Pero no tenemos ni tiempo ni dinero para hacerlo y tampoco tenemos ningún control sobre los venenos que llegan a nuestro plato.

Nos negamos a que nos culpen de nuestra enfermedad, tenemos que luchar por una vida en la que no nos matemos en beneficio de las compañías químicas o del carbón o del agronegocio y en la que no tengamos que ver cada día cómo nuestro cuerpo se vuelve contra nosotras porque tenemos que hacer cosas que le hacen daño para sobrevivir.

El trabajo, la pobreza, la ansiedad constante: esas son las auténticas enfermedades. Caemos enfermas cuando llegamos al límite, cuando no se puede ignorar más el veneno y el dolor acumulado. Pero la enfermedad no se debe considerar una excepción, una crisis en un sistema por lo demás saludable. La enfermedad no empieza con la fiebre o con un bulto en el pecho. La salud como lucha política no se puede reducir a atender las crisis que irrumpen en nuestro organismo o en el cuerpo social. Si queremos estar sanas, primero tenemos que luchar por trabajar menos, por no estar siempre ansiosas por nuestra capacidad para sobrevivir, por conseguir el poder de rechazar todo aquello que sabemos que nos enferma.

Nuestra salud mental empieza por la lucha contra el trabajo doméstico (1976)

Volverse loca

Para todas las mujeres, en cada etapa de nuestra vida, «volverse loca» es la otra cara del trabajo doméstico, ese trabajo de por vida y gratuito que se espera que hagamos todas, que se nos obliga a hacer, que se da por sentado, cada día de nuestras vidas hasta nuestra muerte. La «locura» es nuestro propio confinamiento en este trabajo pero también la forma definitiva de escapar de él. Es nuestra forma de rebelarnos contra él y el castigo que recibimos a causa de él.

No es accidental que *la mayor parte de los pacientes de las instituciones mentales sean mujeres*. Como el trabajo doméstico se considera nuestro destino natural, que lo rechazamos se considera un claro síntoma de nuestra locura. Dejamos que reine el desorden en casa, lloramos en vez de hacer la cena o nos negamos a hacer el amor y rápidamente todo el mundo piensa que nos pasa algo. «Son los nervios», dicen, porque «no tiene ninguna razón para estar mal».

Al mismo tiempo, a menudo estamos tan desesperadas que «volvernos locas» es la única forma de escapar de este trabajo, porque solo podemos negarnos al trabajo doméstico si nos rechazamos y negamos a nosotras mismas como trabajadoras del hogar. Muchas mujeres se han rebelado y se siguen rebelando así. Se las llama «locas», pero en realidad son mujeres que no han visto otra manera de negarse a ser explotadas que poniéndose a sí mismas fuera de servicio, fuera de ser usadas.

Aunque la experimentamos en distintos grados, es un tipo de rebelión que todas conocemos. Todas conocemos el miedo a «volvernarnos locas» en cualquier momento. Las crisis nerviosas, los periodos de depresión o ansiedad son momentos inevitables de la vida de cada mujer y por eso tantas de nosotras visitamos a psicoterapeutas, consejeros, médicos y trabajadores sociales y, si no vamos nosotras, nos los envían para que nos «curen» y nos «hagan aguantar».

Pero algunas de nosotras llegamos hasta el final. Nos negamos a existir siendo esclavas. Nos negamos a que nos digan que no valemos nada. Nos negamos al trabajo interminable que se espera que hagamos en casa y fuera de ella. A veces este rechazo aparece en forma de dolores de cabeza interminables, o no podemos parar de llorar. Otras veces amenazamos con hacernos daño a nosotras mismas o a nuestros hijos. A veces solo pasa que no podemos dormir o sonreír una vez más.

Negarse a limpiar, negarse a preocuparse por la apariencia, negarse a comer –negarnos a reproducirnos nosotras mismas– es la forma más básica y elemental de rebelión que queda cuando no hay otra alternativa. Es la forma de rebelarse de los niños, que tienen tan poco poder que a veces la única forma en que pueden expresar su rechazo es negándose a comer. Esta rebelión lleva implícita la conciencia de que nuestra vida no nos pertenece, de que constantemente se nos usa contra nosotras mismas, y que queremos que dejen de usarlos, aunque la única forma de conseguirlo sea destruyéndonos a nosotras mismas.

¿Por qué nos vuelve locas el trabajo doméstico?

No es solo el exceso de trabajo, sino la naturaleza particular de este trabajo, interminable pero que pasa inadvertido, día tras día, sin descanso, sin vacaciones, sin dinero a cambio.

Es nuestro aislamiento en el hogar, un aislamiento tan profundo que incluso nuestros problemas son invisibles y se niegan y ridiculizan constantemente, tachándolos de fallos personales o complejos. Nos llaman «perras» cuando expresamos nuestro enfado, «frías» cuando negamos nuestros cuerpos como objetos sexuales, «bruja» o viejas entremetidas cuando nos negamos a ir muriéndonos sin hacer ruido durante los últimos veinte años de nuestras vidas, «egoístas» cuando no ponemos las necesidades de todo el mundo por delante de las nuestras.

Esa es la violencia de nuestras relaciones, la violencia de una vida en la que nunca nos sentimos amadas por lo que somos sino solo necesarias por el trabajo que hacemos. La maternidad y la esterilización forzadas, la violación y la represión de nuestra sexualidad continuadas y, lo peor de todo, la culpa: la culpa de «no hacer lo suficiente», la culpa de no ser lo que se espera que seamos, la culpa de nuestra rebelión.

Nuestra vida en casa nos vuelve tan locas que a menudo incluso el hospital psiquiátrico parece ser un descanso. Al menos, mientras estamos allí otra persona limpiará la casa, se ocupará de los niños y organizará la vida familiar. Así que estamos dispuestas a ir al psiquiátrico porque los dos o tres meses que pasamos allí son las únicas vacaciones, la única forma de salir de casa que tenemos.

Pero la mayoría de las veces nos llevan allí contra nuestra voluntad y entramos gritando. Gritamos y golpeamos las puertas cerradas hasta que nos obligan a aceptar el tratamiento con electrochoque, diciéndonos que es la única condición para poder salir del hospital. Si nos negamos a firmar el consentimiento, nuestro marido o nuestro padre –nuestros tutores legales– puede ponernos en manos de los médicos. Cuentan con que después de las sesiones no recordaremos cómo y por qué llegamos allí y esto les hace más fácil poder decirnos luego: «Qué mal estabas, ¡ahora estás mucho mejor!».

Violencia y más trabajo en casa, el tratamiento para nuestros problemas

Aunque afirman que la enfermedad mental es un desequilibrio químico, los médicos saben muy bien que detrás de nuestra «locura» se esconde nuestra rebelión contra nuestro trabajo y, como brazo quirúrgico del Estado, emplean todo tipo de violencia para asustarnos y hacer que obedezcamos. Por eso los hospitales psiquiátricos son cárceles en todos los aspectos. No es solo por las puertas cerradas: nos quitan todo poder de decisión, del mismo modo que nos quitan nuestra ropa y pertenencias, y las «terapias» y la «recuperación» no son más que un proceso continuo de castigo y coerción, con la diferencia de que en el psiquiátrico las armas no son porras sino agujas, lobotomías, electrochoques y terapias de choque con insulina.

En la cárcel, a las personas rebeldes se las pone en aislamiento para que se esfuercen en ascender hasta la celda normal; en el hospital, a las mujeres primero se les dan unas descargas eléctricas para que se esfuercen en ascender hasta el frasco de tranquilizantes. Pero el castigo de las descargas sigue estando presente para forzarnos a adoptar un comportamiento sumiso y para aniquilar el recuerdo del dolor y de nuestros problemas. Tienen la esperanza de que, después de tanta descarga, nos

arrepentiremos de haber deseado tener una vida diferente. Pero nunca funciona, y es por eso que el psiquiátrico, como la cárcel, establece un círculo vicioso.

Además de las terapias de choque y una mezcla de medicamentos, la «cura» más habitual para nuestra «enfermedad» es el trabajo doméstico. Con el calificativo de «ocupacional», «recreativo» o «terapia de grupo», *los médicos utilizan el trabajo doméstico como indicador definitivo de nuestra cordura*. Según aceptemos o rechacemos este trabajo, se establecerá si «estamos mejorando» o no, si nos estamos portando bien. Así que, incluso en el psiquiátrico, nos chantajea constantemente para que volvamos a hacer el mismo trabajo que nos ha vuelto locas. «No pienses en tus problemas», nos dicen, «acepta cada día tal y como es, haz un poco de punto, haz la cama, mantente ocupada, sigue tomándote las pastillas y pronto estarás fuera de aquí».

Pero con esta «terapia ocupacional» los hospitales se aseguran de que no se quedan sin la parte que les corresponde de nuestro trabajo gratuito. Manternos ocupadas ha significado tradicionalmente que se espera que las pacientes hagan ellas mismas la mayor parte del trabajo de mantenimiento del hospital. Como ocurre en casa, nuestro trabajo no remunerado mantiene la institución en marcha, hasta tal punto que la mayoría de las veces este trabajo gratuito que nos obligan a hacer es la única razón para que sigamos allí. No es casualidad que la reciente tendencia a dismantelar las grandes instituciones psiquiátricas haya coincidido con las protestas cada vez más frecuentes de las pacientes y las trabajadoras de los hospitales ante este sistema de peonaje.

164

En la medida en que hemos ido negándonos a hacer trabajo gratis para mantener el hospital en marcha –del mismo modo que nos negamos a mantener nuestras casas en marcha– cada vez se ha ido requiriendo menos nuestra estancia en el hospital.

Actualmente en muchos casos, después de una dosis de terapias de choque, nos dejan volver a casa bajo la vigilancia del «centro comunitario de salud mental» que puede controlarnos *in situ* y ahorrarse todo ese trabajo de mantenimiento que las pacientes nos hemos negado a hacer.

Seamos pacientes o trabajadoras del hospital, todas somos amas de casa.

El hecho de que no solo las pacientes, sino también la mayoría del personal de los hospitales psiquiátricos sean mujeres también demuestra que estas instituciones existen para imponer la producción de trabajo doméstico en serie. Las integrantes del personal sí reciben un sueldo por trabajar aquí, pero el trabajo que hacen no deja de ser trabajo doméstico. De hecho, los hospitales siguen el paradigma del hogar, por el cual las enfermeras y auxiliares mantienen los pabellones en marcha haciendo camas y limpiando, pero también disciplinando y controlando a los pacientes, como se espera que haga una «buena madre» con sus hijos.

Seamos enfermeras, auxiliares o técnicas en psiquiatría, nuestro trabajo en el hospital es doble:

- Hacer que las pacientes cumplan las órdenes del médico. Nosotras obligamos a las pacientes a levantarse a una hora determinada, orinar, defecar, tomarse las pastillas y el té, todas a la misma hora y aunque no quieran.
- Actuar como modelos de «buen comportamiento» planteando actividades, aparentando que podemos manejar cualquier situación y haciendo creer que un enorme muro nos separa de las pacientes. «A diferencia de ellas» «nosotras funcionamos bien», vestidas de blanco y con nuestro aspecto luminoso y alegre.

En realidad, lo único que nos separa de las pacientes son los tres dólares que cobramos por hora de trabajo. Todas odiamos el trabajo, recibimos un salario de mierda y nos estamos «volviendo locas» porque, como las pacientes, estamos explotadas, sufrimos la misma presión por parte de nuestra familia y los hombres nos tratan como a ellas, ya sean los hombres que nos cruzamos por la calle o los médicos y gerentes del hospital.

Pero la violencia que sufren las pacientes y que nosotras tenemos que aplicar también funciona como amenaza y medida de disciplina sobre nosotras. Para las trabajadoras de los hospitales psiquiátricos, la amenaza de acabar convertidas en pacientes es tan palpable que muchas veces reaccionamos manteniendo las distancias o volviéndonos superprofesionales. El profesionalismo, igual que nuestros uniformes blancos, es

nuestro gran muro de protección y cuanto más difícil de derribar es este muro, más fácilmente nos identificamos con nuestras pacientes, con sus vidas, con sus problemas y, sobre todo, con su destino en el hospital.

Por eso, muchas veces nuestra resistencia hacia nuestro trabajo en el hospital se convierte en una resistencia hacia las propias pacientes. «Seguimos las normas» cuando disciplinamos y reglamentamos la vida de las pacientes con la esperanza de que «si todo el mundo se comporta» llevaremos mejor nuestro trabajo.

Sin embargo, esta forma de llevar nuestro trabajo se vuelve directamente contra nuestras pacientes y contra nosotras mismas, porque la disciplina que les imponemos también la imponemos sobre nosotras mismas. ¿Cuántas mañanas no podemos levantarnos y aún así salimos corriendo al hospital al toque del despertador para obligar a las pacientes a levantarse? Y ¿cuántas veces tenemos que convencer a las pacientes de «tomárselo con calma» para que sean más serviciales con su marido o en el trabajo, mientras nosotras en casa rechazamos esa misma disciplina?

Pero la disciplina más insidiosa que sufrimos las pacientes y nosotras es la idea de que «las estamos ayudando» con nuestro trabajo. También en este caso, las relaciones que tenemos en el hospital visibilizan la realidad de nuestras relaciones en la familia. «Ayudarse unos a otros» significa sacrificar nuestras vidas al servicio de las necesidades de otras personas, no solo para mantenernos encadenadas a nuestro trabajo, sino también para mantenernos encadenadas a aquellas personas a quienes supuestamente estamos ayudando.

166

Lo que necesitamos las mujeres no es más «ayuda», ni la «ayuda» que damos ni la que recibimos, porque sea cual sea el lado de la balanza en el que nos encontremos en un momento dado, esta «ayuda» que damos y recibimos siempre supone más trabajo y más chantaje para nosotras. Precisamente este «ayudar» continuo, este sacrificio ininterrumpido de nuestras vidas, es lo que nos vuelve locas y como no empecemos a rechazar ese chantaje nunca llegaremos a estar cuerdas.

Como trabajadoras del hospital, nuestra lucha contra este chantaje empieza por reconocer la negativa de las pacientes como nuestra propia negativa, a través de nuestra propia negativa.

Seamos pacientes o trabajadoras del hospital, en nuestra condición de mujeres todas vivimos la misma vida, todas estamos confinadas y definidas por el mismo trabajo; ninguna de nosotras tiene realmente el poder de determinar qué decisiones queremos tomar y todas luchamos para poder decidir.

Seamos pacientes o trabajadoras del hospital, luchamos contra la misma institución en casa y en el hospital: todo ese trabajo doméstico gratuito o mal pagado que se nos obliga a hacer, que empieza en casa y luego nos sigue allá donde vayamos, como un auténtico círculo vicioso. Es interminable. Mientras no pongamos fin a este trabajo y al chantaje que lo acompaña, «volvernos locas» será lo que nos toca.

9. Conferencias internacionales

Entre 1974 y 1977 el Comité de Nueva York participó en cuatro conferencias internacionales que también ayudó a organizar, celebradas en Brooklyn, Montreal, Londres y Toronto. Estas conferencias fueron clave para el desarrollo político de nuestras agrupaciones y de la campaña internacional. En ellas tuvimos la oportunidad de hablar sobre los cambios que estaba sufriendo el contexto sociopolítico, medir el progreso de nuestra campaña, debatir sobre los problemas que nos habían surgido durante la organización, compartir estrategias de organización y reforzar nuestros lazos interpersonales. El programa de las conferencias solía incluir un análisis de la coyuntura política del momento, reflejada en las nuevas formas de planificación capitalista y en las tendencias económicas y políticas que se van desarrollando a nivel internacional; informes sobre las iniciativas de los distintos grupos y crónicas de los eventos que habíamos organizado, o en los que habíamos participado, y las herramientas que habíamos desarrollado durante el proceso.

La Conferencia de Toronto tuvo lugar entre el 17 y el 20 de octubre de 1975 y participaron en ella en torno a un centenar de mujeres. Se celebró en un momento crucial, tan solo unos meses después de que se produjera el embargo de petróleo que, visto de manera retrospectiva, dio comienzo a la respuesta internacional del capital a la crisis económica que culminó en 1974 con el llamamiento del Club de Roma a seguir una política de «crecimiento cero». De este modo, en nuestra conferencia tuvo mucha importancia el análisis de la crisis y la posibilidad de que se produjera una reestructuración global del trabajo. Según explico en el análisis que realicé en la Introducción, en esa época ya estaba claro que la clase capitalista estaba buscando nuevas cantidades de mano de obra para acabar con la resistencia que se estaba encontrando en casi todos los frentes laborales —en

la fábrica, en el hogar y en el barrio, en la escuela e incluso en el ejército—. Como dije en su día, «llevarán las fábricas al tercer mundo o traerán el tercer mundo a las fábricas».

Al final, el capital internacional se movió en ambas direcciones organizando la «crisis de la deuda» —un endeudamiento masivo que afectó a prácticamente todos los antiguos territorios coloniales y que pronto se aprovechó para imponer estrictas medidas de austeridad. Esto provocó tanto una nueva diáspora migratoria que desplazó a millones de trabajadores del Sur al Norte como, en dirección opuesta, la deslocalización de las fábricas y otras instalaciones industriales en los «países subdesarrollados», donde se esperaba que la multitud recién pauperizada compusiese una fuerza de trabajo más barata y más dócil. En la presentación que realicé en la Conferencia de Toronto, también hice hincapié en que la «crisis» era la respuesta a la lucha de los trabajadores. Con esta idea pretendía atacar el enfoque general de la izquierda en esa época, que de manera absurda parecía estar más preocupada por negar que las acciones e iniciativas de los trabajadores pudiesen tener o aspirar a estos resultados.

En esta misma conferencia, hablé también sobre la lucha por la sexualidad. Por su parte, Selma James informó sobre el progreso de la campaña y Mariarosa Dalla Costa habló sobre las herramientas y estrategias que necesitábamos y las que habían desarrollado en la campaña italiana (tales como revistas, canciones y eventos callejeros). También fueron muy importantes las presentaciones de Wilmette Brown, quien después fue cofundadora de Black Women for Wages for Housework, Ruth Hall y Francis Wieland, que hablaron sobre la importancia de que las mujeres negras y lesbianas se organizaran de manera autónoma. Ruth Hall y Francis Wieland formaban parte de las secciones inglesa y canadiense, respectivamente, de Wages Due Lesbians, una organización autónoma que formaba parte de nuestra campaña. La Conferencia de Toronto fue una de las más concurridas y festivas de la campaña, gracias también a las bonitas canciones que compuso y cantó Boo Watson.

Conferencia internacional

[Cartel]: **CONFERENCIA INTERNACIONAL**

SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO

MONTREAL – QUEBEC –
22-23 DE FEBRERO, 1975

[debajo de la foto aparece salario para el trabajo doméstico en diferentes idiomas]

Documento 9.1. Cartel de la Conferencia Internacional de Salario para el Trabajo Doméstico celebrada en Montreal en 1975. La conferencia de Montreal fue una de las cuatro conferencias organizadas por el movimiento entre 1974 y 1977.



Agenda - Conferencia de Toronto

[texto]:

AGENDA – CONFERENCIA DE TORONTO
18-19-20 DE OCTUBRE, 1975
RED DE SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO

VIERNES NOCHE, 17 DE OCTUBRE
8:00 – 11:00 p.m.
Fiesta previa a la conferencia
- Inscripción
- Video del 1º de Mayo en Toronto
- Canciones de Salario para el Trabajo Doméstico interpretadas por Boo Watson y Lissa Donner.

Documento 9.1. Cartel de la Conferencia Internacional de Salario para el Trabajo Doméstico celebrada en Montreal en 1975. La conferencia de Montreal fue una de las cuatro conferencias organizadas por el movimiento entre 1974 y 1977.

AGENDA - TORONTO CONFERENCE 18-19-20 OCT 75
SALARIO PARA EL TRABAJO DOMESTICO

FRIDAY, OCTOBER 17
8:00 - 11:00 p.m. Pre-Conference Party
-- Registration
-- Toronto Day Video
-- Wages for Housework songs by Boo Watson and Lissa Donner

SATURDAY, OCTOBER 18
8:00 - 10:00 p.m. Registration
10:00 - 1:00 p.m. Opening Session

A) Presentation: "What Hopes for Movement is and is not"
The political foundations of the wages for housework perspective and the organization practices which flow from it. B. Selma James

B) Discussion: The development of the perspective with reference to post-conference position papers on "different tendencies" within the network.

1:00 - 2:00 p.m. Lunch break

2:00 - 6:00 p.m. The Present International Context

A) Presentation: "State Planning in the Crisis"
Capital's mounting attack in the January wage cuttings, unemployment, recession, etc.) and the counter-attack (industrial, transportation cuts, social service cutbacks, etc.) in response to massive working class struggles internationally, which have opened the historic moment of summer 1975: e.g. the fall through wages and productivity, the dependence of inflation on the wages, the refusal of disinvestment by the Third World, etc.

By Silvia Federici

B) Discussion: (1) Significant trends in state planning in different countries which suggest ways to make proposals for wages for housework, a political struggle inside, supplementary to the "working party" state leading for the demand against (1975), changes in industrial policy (the Green Paper), growing use of part-time female labour, the mounting role of the feminist movement, etc.

(2) Reports of trends in working class struggles, e.g. National People's Movement in Canada, welfare women in Canada and U.S., general working class refusal of jobs during unemployment crisis (leading cuts in unemployment benefits), New Mexico, etc., teachers and nurses organizing for higher wages, responses of municipal workers to cut-backs in US cities, etc.

6:00 - 11:00 p.m. Party Time

-- Quebec Theatre Group
-- Italian Wages for Housework songs (reworked)
-- displays of posters, costumes, other art work

SUNDAY, OCTOBER 19
10:00 - 1:00 p.m. Internal Organization

A) Presentation: "Why we need organization and the lessons of the past year". The political perspective of organization in building a movement and the organizational 21st-century. Amalgam class the network begins.

By Joly Penderis

parte de la clase obrera durante la crisis del desempleo (costos disparatados de las prestaciones del seguro por desempleo), sectores que se empiezan a organizar para pedir la suba de salario, como los maestros y las enfermeras, respuesta de empleados municipales ante los recortes en las ciudades de Estados Unidos, etc.

9:00 – 11:00 p.m. Tiempo de fiesta

- Grupo de teatro Oberlin
- Canciones italianas de Salario para el Trabajo Doméstico (grabaciones)
- Muestra de carteles, ilustraciones y otras piezas.

DOMINGO, 19 DE OCTUBRE

10:00 – 1:00 p.m. Organización interna

A) Presentación: «Por qué necesitamos organizarnos. Las lecciones aprendidas durante este año». Funciones políticas de la organización en la construcción de un movimiento y formas de organización desarrolladas desde los comienzos de la red. Por Judy Ramírez.

B) Debate:

(1) Estructura: Grupos autónomos de mujeres negras, lesbianas, etc. integrados en la red, como Wages Due, en Toronto y Londres. Diferencias entre los grupos internos de la red y los grupos de WfH del movimiento en general; relación entre ellos. Cohesión política en la red y en cada grupo (expulsiones, suspensiones, etc.).

(2) Comunicación y planificación: Cómo funcionar en red respecto a las decisiones sobre temas como la conferencia de Antioch, las mujeres de Detroit, los documentos de posición elaborados tras la conferencia de Montreal, etc. Contacto entre los grupos para el debate político y la clarificación, (por ejemplo, el caso de Toronto y Montreal). El boletín de noticias; necesidades de difusión de información general y circulación de documentos políticos. Coordinación internacional de acciones colectivas.

(3) Finanzas: Derecho de la organización al dinero obtenido en ponencias, medios de comunicación, venta de publicaciones, etc. Financiación estatal de ciertos aspectos de la campaña: Toronto Bookmobile, por ejemplo. Generar fondos dentro de la red (¿Cómo puede financiar sus iniciativas cada grupo?). Recaudación general fuera de la red y cobertura de gastos de quienes hacen giras, etc.

1:00 – 2:00 p.m. Pausa para la comida

2:00 – 6:00 p.m. Cómo desarrollar la campaña

A) Presentación: «Desarrollo de una estrategia»

Por dónde empezar. Criterios generales (organización de mujeres que ya tienen cierto poder, como las mujeres dependientes del subsidio social y las que trabajan en un segundo empleo). Cómo generalizar y hacer llegar ese poder a aquellas con menos poder (el ama de casa a tiempo completo, las mujeres enfermas y las locas, presidiarias, niñas, ancianas, etc.). Por Selma James.

B) Debate:

(1) Informe político del desarrollo de la campaña en Italia, por Mariarosa Dalla Costa.

(2) Informe político de luchas como la de Maimonides, el 1º de Mayo en Toronto, la manifestación de octubre en Nueva York, la organización de POW en comunidades industriales, etc.

C) Presentación: «Desarrollo y uso de instrumentos políticos», por Mariarosa Dalla Costa.

D) Debate: Talleres simultáneos sobre (1) Literatura y publicaciones; (2) Medios de comunicación; (3) Música e ilustración. (4) Teatro y películas.

E) Sesión plenaria: «Hacia el 1º de mayo de 1976», por Frances Gregory.

LUNES, 20 DE OCTUBRE (Las sesiones están abiertas a visitantes con invitación)
10:00 – 1:00 p.m. La sexualidad como trabajo

A) Presentaciones:

(1) «Trabajar, trabajar y nada de diversión»

Implicaciones de la sexualidad como parte de la división capitalista del trabajo en nuestra socialización como mujeres; relaciones en la familia nuclear; amistad, heterosexualidad, celibato, lesbianismo, desexualización, etc., o la lucha contra el robo de nuestra sexualidad por parte del capital. Por Silvia Federici.

(2) «Qué es y qué no es el lesbianismo»

Salario para el Trabajo Doméstico contra el separatismo lesbiano. Por Wages Due (Toronto y Londres).

B) Debate: Entender la sexualidad como punto de explotación y, por lo tanto, como campo de batalla contra el capital. Qué significa luchar contra el trabajo sexual, por ejemplo contra la heterosexualidad como disciplina, y cómo se diferencia de la ideología de «crear alternativas» bajo el capitalismo.

1:00 – 2:00 p.m. Pausa para la comida

Salario para el Trabajo Doméstico y la crisis (1975-1976)

Este texto es una reelaboración de la presentación que realizó Silvia Federici en la Conferencia Internacional de Salario para el Trabajo Doméstico de Toronto, celebrada el invierno de 1975. Analiza la gran recesión de 1973-1975, que dio fin al crecimiento económico de la posguerra en buena parte del mundo «desarrollado». A diferencia de la mayoría de modelos explicativos de la crisis, centrados en el embargo de la OPEP, el fin de los acuerdos de Bretton-Woods, el «Nixon Shock», etc., este ensayo se centra en las luchas de clase y el rechazo al trabajo que precipitaron la crisis. El artículo anticipa el proceso de reestructuración global de la producción que caracteriza al desarrollo neoliberal que tuvo lugar en la década de los ochenta. En el texto se reflexiona sobre si el proyecto global capitalista neoliberal se llevaría las fábricas al «tercer mundo» o si se traería trabajadores inmigrantes a las naciones «desarrolladas». Por supuesto, en retrospectiva ya sabemos que al final se aplicaron ambas técnicas.

El análisis del capitalismo presente debe responder a tres preguntas. ¿Cuáles son las relaciones de poder entre el capital y la clase obrera a nivel internacional? Es decir, ¿qué revela la intensidad de la crisis capitalista sobre la relación de poder entre el capital y la clase obrera? ¿Qué está planeando hacer el capital internacional mediante la crisis? ¿Qué nuevas posibilidades ofrece la crisis a nuestras luchas?

No debemos observar la crisis desde el punto de vista de cómo afecta a Canadá o Estados Unidos, sino desde el punto de vista de cómo afecta a los trabajadores de todo el mundo. No debemos considerarlo un fenómeno local o nacional, sino un proceso internacional, porque el capital planifica a escala internacional. Parafraseando a Malcolm X, no podemos permitirnos pensar solo localmente porque el capitalismo no es un problema local y hoy en día ninguna acción dará fruto si no está vinculada a la lucha internacional. Es más, si solo consideramos nuestra situación local, el capitalismo parece ser todopoderoso. Pero si tenemos una perspectiva internacional podremos ver que casi toda la población mundial

se está uniendo contra él. Por eso no voy a hablar de cómo la crisis nos afecta en Brooklyn, Quebec o Londres, sino de cómo afecta a los trabajadores en todo el planeta

Al hablar de la crisis debemos tener cuidado de no confundir aquellos aspectos que se deben al hecho de que el capital está en crisis (el colapso de la productividad de los trabajadores, por ejemplo) con la crisis como creación artificial de la clase capitalista, diseñada para restablecer el control político de los trabajadores.

También debemos ser críticas con el análisis de la crisis desarrollado desde la izquierda. Si le hacemos caso a la izquierda, podríamos pensar que la crisis es una patología orgánica que ataca al capital cada cierto tiempo, porque el capitalismo es irracional, anárquico, y no siempre sabe cómo controlarse. Según la izquierda, el capital no tiene «conciencia de clase», al igual que le ocurre a la clase trabajadora. En Estados Unidos, la izquierda afirma que el capital está en crisis a causa de la Guerra de Vietnam, porque malgastó demasiados recursos y ahora tiene que pagar por ello. O que Estados Unidos está perdiendo su hegemonía porque los países árabes se están aliando. Sea cual sea la explicación, la izquierda nunca conecta la crisis con las luchas de los trabajadores. Esto se debe a que la izquierda considera que el capital se autodesarrolla y, a veces, se autodestruye, independientemente de la clase obrera. No puede concebir que los trabajadores puedan tener algo que ver con el desarrollo del capital y las decisiones que adopta. Los trabajadores no son más que víctimas del capital, apéndices de su desarrollo, son costes de producción, nunca la principal fuerza que determina la planificación capitalista. Así, la izquierda defiende a la clase trabajadora frente a quienes la culpan de haber causado la crisis. Aparentemente, sería una vergüenza que los trabajadores pongan en crisis al capital. En cambio, el capital es consciente de que lo que se está produciendo es una crisis de sus mecanismos de control sobre la clase trabajadora.¹

¹ Desde luego, hay aspectos de la crisis que solo se relacionan de forma indirecta con la lucha de clases. Un ejemplo de esto es el colapso financiero causado por la especulación en el mercado del eurodólar. Al no poder conseguir suficiente capital mediante la inversión «productiva», el capital ha tenido que recurrir cada vez más a la especulación financiera. Pero, también en este caso, el capital ha tenido que recurrir a la especulación financiera a causa de la caída de la productividad [N. de E.].

Para poder entender la crisis debemos fijarnos en las luchas que se han producido en todo el mundo en las décadas de los sesenta y setenta. La peculiaridad de este periodo es que el capital estaba siendo atacado desde dos frentes simultáneos: el de los obreros asalariados de la fábrica y el de los obreros no asalariados de la comunidad. Los años sesenta y setenta fueron testigos de una fuerte oleada de rechazo al trabajo por parte sobre todo de los obreros fabriles. Este rechazo se refleja en el gran número de huelgas que se hicieron y en el hecho de que, mientras los sueldos se elevaban, la productividad descendía.² Esta es, en esencia, la crisis capitalista.

Si los trabajadores no tenían poder para organizar la lucha, su rechazo tomaba la forma de la resistencia pasiva –absentismo, sabotaje, ralentización del trabajo–: una estrategia que se fue haciendo cada vez más popular a lo largo de la década de los sesenta. Encontramos la misma situación allá donde miremos, ya sea en Reino Unido, Canadá o Estados Unidos, Italia, Francia, Argentina o Chile. Los trabajadores no solo rechazaban el trabajo, también rechazaban el instrumento de la disciplina capitalista en la fábrica: el sindicato. En la prensa ha habido dos temas recurrentes durante los últimos años, el descontento de los trabajadores no cualificados [«*blue-collar blues*»] y la «desafección hacia los sindicatos» por parte de los trabajadores. Los trabajadores estaban tan «alienados» de los sindicatos como lo estaban del trabajo, porque se habían dado cuenta de que lo único que pretenden la mayoría de los sindicatos es fijar el precio de su fuerza de trabajo para que el capital pueda planificar con antelación y no salga perdiendo en el trato. El tema de la «desafección» hacia los sindicatos ha aparecido recientemente en la prensa, al hilo de la huelga en el diario *Daily News* de Nueva York. El líder del sindicato fue requerido por un juzgado y el juez le ordenó que hiciese que los trabajadores volviesen a sus puestos. «¿Cree que no lo he intentado?», respondió el sindicalista, «es lo que les llevo pidiendo varios días, pero no puedo

² En China también ha habido muchas luchas. La pasada primavera, el distrito industrial de Wuhan era un hervidero y en febrero de 1975 los estibadores de Shanghai se manifestaron con carteles que decían: «Sean los jefes del muelle, no los esclavos de la carga». A resultas de ello, dando un paso sin precedentes en los países socialistas, la nueva Constitución china ha reconocido el derecho a la huelga [N. de E.].

decirles que se reincorporen al trabajo porque, para empezar, yo no tengo nada que ver con la huelga». «¿Pero qué clase de sindicalista es usted?» –replicó el juez–. Si no puede controlar a sus hombres, debería dimitir».

Ese juez era corto de vista. El rechazo a los sindicatos es tan generalizado que un cambio de cara no serviría de mucho. Esta es una crisis grave: Si los trabajadores rechazan totalmente la disciplina de trabajo capitalista, todo el sistema sociopolítico y económico corre peligro. No es casualidad que haya habido huelgas que hayan hecho caer a gobiernos, como pasó en Reino Unido con la huelga de los mineros. Por eso, la crisis es tanto económica como política. El rechazo a la producción capitalista y al mandato del capital ha llegado tan lejos que el director del instituto *British International Affairs*, refiriéndose a Reino Unido, afirmó recientemente que «lo que hoy nos encontramos es una “dictadura negativa del proletariado”».³

Simultáneamente, las luchas fuera de la fábrica se han recrudecido. Ayer por la noche les hablé de la lucha del pueblo negro contra el apartheid en Estados Unidos, una lucha que tenía su base de poder en la comunidad. También hay huelgas de estudiantes, huelgas de presidiarios o huelgas de agricultores en Vietnam, en Chile, en Bengala Oriental donde, tras la Revolución Verde, se produjo una reapropiación masiva de las tierras. Las mujeres también han estado implicadas en muchas luchas –lucha por los subsidios sociales, contra la subida de precios, o huelgas de alquiler–. Pero ellas también han librado una serie de luchas invisibles que tenemos que reinterpretar. Son invisibles porque no han tomado forma de organización, pero están transformando el lugar de la mujer en la familia y el capital se está dando cuenta.

En Estados Unidos y en Reino Unido se ha hablado mucho sobre la crisis de la familia, y la política familiar es una prioridad en la planificación estatal, ya que la familia es la institución más importante para la formación de la fuerza de trabajo. Cuando dicen «crisis de la familia»

³ La huelga de mineros mencionada es la que tuvo lugar en 1974 en Reino Unido, que obligó a convocar nuevas elecciones y derrocó al gobierno conservador de Edward Heath. La cita del director de *International Affairs* se refiere a Andrew Shonfeld, director del *Royal Institute of Economic Affairs* [Real Instituto de Asuntos Económicos], citado por Leonard Silk en «*Wage Crisis in Britain*» [Crisis salarial en Reino Unido], *The New York Times*, 9 de abril de 1975 [N. de E.].

se refieren al hecho de que las mujeres están rechazando el trabajo doméstico: rechazan trabajar tanto, rechazan imponer disciplina a sus hijos y rechazan las condiciones del contrato matrimonial. Los planificadores capitalistas están preocupados porque la tasa de natalidad ha colapsado. Pero esta preocupación puede parecer extraña después de haber escuchado tantas veces la palabra «superpoblación» y haber visto las campañas para que las mujeres dependientes de subsidios sociales o las que viven en el tercer mundo no tengan tantos hijos. Sin embargo la tasa de natalidad ha descendido en casi todos los países, incluida Europa y Estados Unidos, y a un ritmo que supera su capacidad de planificación. Así que ahora la prensa está llena de artículos que se lamentan de que si seguimos así, pronto estaremos por debajo de la tasa de reposición. El problema es que la tasa de natalidad desciende «por motivos propios» que están fuera del control de la planificación estatal. La caída de la tasa de natalidad también significa que las mujeres se están negando a sacrificar su vida por tener hijos. Están rechazando el trabajo doméstico y eso asusta al capital.

Otra cosa que les preocupa es que las mujeres no se están comportando como les corresponde en su condición de esposas y madres. Cada vez que hablan de niños rebeldes (abandono escolar, delincuencia juvenil, alcoholismo en la adolescencia, fugas de casa, etc.), acusan a las madres de no imponer la disciplina que se espera de ellas. Así que el Estado está entrando en nuestras comunidades para asumir algunas de las funciones que las mujeres se niegan a cumplir como, por ejemplo, medicar a los niños «hiperactivos» o a los que tienen «déficit de atención» en la escuela. Los divorcios, la «ilegitimidad», las familias encabezadas por mujeres, todos estos cambios, que últimamente se están dando con más frecuencia que nunca, son la expresión del rechazo de las mujeres a la disciplina asociada al trabajo doméstico y el matrimonio. También ha habido un aumento de infanticidios y de maltrato infantil. El número de infanticidios se duplica cada diez años. Esto, obviamente, no es una lucha, sino la expresión de la desesperación de las mujeres y su potencial explosivo.

Las luchas de los no asalariados han limitado la movilidad del capital. Por eso hablan de la profundidad de la crisis de manera tan vaga y sombría. Para el capital es cada vez más difícil recuperar el control de la fuerza de trabajo, ya sea largándose al Tercer Mundo, trayendo inmigrantes a las metrópolis, o cambiando la composición de la clase

obrero en las fábricas (introduciendo en ellas a mujeres, jóvenes, negros o inmigrantes). Incluso el desempleo –o, como ellos lo llaman, la «religión de antaño»– ya no funciona como siempre. Hoy en día, cuando los patrones echan a la gente de sus puestos de trabajo asalariado, la gente recurre a los subsidios sociales, viven del seguro de desempleo, ocupan casas, pagan menos alquiler o roban en las tiendas. No es casualidad que en Estados Unidos (y también en Francia) se haya extendido la duración del seguro de desempleo a un año o más y que el gobierno de Estados Unidos haya intervenido cada vez que una empresa se quedaba sin fondos. Saben que la alternativa son los disturbios. De hecho, el debate dominante entre la clase capitalista hoy en día sobre si combatir la inflación o la recesión es en realidad un debate sobre hasta dónde pueden llegar antes de que la gente se eche a la calle. Mientras tanto, por si acaso, el alcalde de Los Angeles ha anunciado que se están formando escuadrones de «control de masas» que «se usarían en caso de disturbios civiles» (motines del pan, huelgas de trabajo, etc.) (*Newsweek*, 5 de febrero de 1975) y en otros lugares del mundo se está reestructurando el ejército para que se ocupe del «enemigo interior». El discurso que dio Cefis (presidente de MontEdison, empresa química italiana de participación estatal) al ejército italiano sobre el carácter internacional del capital y la consiguiente necesidad de superar el prejuicio del «enemigo en la frontera» es una obra maestra en este sentido.⁴

⁴ Eugenio Cefis (1912-2004) fue presidente de MontEdison, empresa petroquímica italiana de participación estatal. El discurso mencionado fue pronunciado por Cefis ante los cadetes de la Academia Militar de Modena, su *alma mater*, el 23 de febrero de 1972. Su discurso es sumamente premonitorio de cómo será el futuro desarrollo neoliberal: se debilitará el poder del Estado-nación y será sustituido por las directrices del gobierno corporativo global, surgirán las empresas militares mercenarias, se desarrollarán políticas de deslocalización industrial en países con escasa protección laboral, etc. Como afirma en su discurso, «los expertos vaticinan que en el año 2000 más de dos tercios de la producción industrial global estará en manos de dos o tres centenares de grandes multinacionales [...] estamos avanzando imparablemente hacia la identificación de la política parlamentaria con la regulación económica». Véase el análisis del discurso de Cefis y las extensas citas extraídas de él en Artemis, «Il destino dell'Europa era già segnato. Quarant'anni fa», *Pauper Class*, <http://pauperclass.myblog.it/2015/06/20/il-destino-delleuropa-era-gia-segnato-quarantanni-fa-alceste/>. [N. de E.]

Otro ejemplo del poder de los no asalariados para limitar la movilidad del capital es que las luchas de la comunidad han afectado a la planificación del capital en la fábrica. Reino Unido y Estados Unidos son el mejor ejemplo. En Estados Unidos, durante la era Kennedy, se hablaba mucho de las maravillas de la automatización. La tecnología era considerada la solución a la indisciplina de los trabajadores y al problema de la subida de los salarios. El capital siempre ha recurrido a la tecnología para retirar gradualmente a los trabajadores que se encarecen demasiado. Pero a finales de la década de los sesenta se había dejado de hablar de tecnología. Ocurrió la crisis energética, que (como escribió Sandy Rose en *Fortune*) nos planteó la necesidad de usar más «energía humana». El capital no invierte en nueva tecnología desde hace mucho tiempo, ni en Reino Unido ni en Estados Unidos. ¿A qué se debe? La respuesta es que no se pueden permitir seguir automatizando los procesos en una situación en la que echar a la gente de las fábricas ya no significa que vayan a pasar hambre y a suplicar por un puesto de trabajo, sino que se convierten en un «coste social». Cuando los no asalariados se convierten en un coste social, cuando acuden a la asistencia social en lugar de ponerse a la cola en la puerta de la fábrica, los patrones lo tienen que pensar dos veces antes de quitarle a la gente su trabajo asalariado.

Ahora me gustaría considerar qué está planeando el gobierno y qué luchas tenemos la posibilidad de librar. El capital tiene planes, pero lo primero que tiene que conseguir es recobrar el control político sobre los trabajadores. Si no se aseguran que los trabajadores, asalariados y no asalariados, van a trabajar y que sus familias les darán una cierta estabilidad, no van a seguir invirtiendo. Cerrar el grifo del crédito no es otra cosa que una huelga capitalista: el capital se va a poner en huelga. Están dispuestos a renunciar a su propio beneficio, temporalmente, con tal de controlar a los trabajadores. Están dispuestos a cerrar sus fábricas, dejar de invertir y detener el proceso de acumulación por un tiempo con tal de conseguir que los trabajadores den su brazo a torcer y acepten menos dinero por más trabajo. En eso consiste el «crecimiento cero» del que tanto se habla. Es su prioridad principal y por eso mismo es tan difícil hacer predicciones, porque los planes que hagan y hasta dónde sean capaces de desarrollarlos dependerán de nuestra respuesta, dependerán del nivel de poder que la clase obrera sea capaz de organizar. Por eso no

podemos predecir lo que va a ocurrir, porque eso significaría que sus planes son independientes de nuestra lucha. Pero podemos observar las tendencias dominantes.

Hay dos políticas: la de la fábrica y la de la comunidad, si bien están relacionadas entre sí. En las fábricas, una de las tendencias que se está imponiendo es la reconversión de la cadena de montaje o, como ellos lo llaman, la «humanización del trabajo». El capital ha descubierto que la cadena de montaje es «alienante» y los patrones están experimentando con otras opciones, como las minilíneas de producción o los grupos de trabajo. El objetivo es crear unidades de producción más pequeñas en las que los trabajadores puedan trabajar cooperando más entre sí, supervisándose mutuamente, supliéndose cuando alguno se ausente, y en las que, en lugar de apretar tornillos, los trabajadores puedan montar un coche completo y «diseñar» su trabajo, para que se puedan sentir más «creativos». Se denomina «enriquecimiento del trabajo». En este modelo no se calcula la productividad de cada trabajador, sino la del equipo, de modo que si un trabajador baja el ritmo afecta a la productividad de todo el equipo. Así que no es casual que este modelo de trabajo se presente como el camino al futuro. En los lugares en los que se ha puesto en práctica se ha reducido el coste de producción y se ha descubierto que se necesitan menos trabajadores (véase «Plant is experimenting with changing work line», *The New York Times*, 9 de abril de 1975). Tampoco es casual que en Estados Unidos, allí donde se ha introducido la producción con grupos de trabajo se haya escogido a mujeres para ocupar los puestos de trabajo. De hecho, la producción con grupos de trabajo, con sus conceptos de «participación», autosupervisión y «responsabilidad», es un intento de introducir en la fábrica las mismas condiciones que han caracterizado al trabajo en el hogar.

Es un intento de hacer que la producción fabril sea algo más «como una familia». El siguiente aspecto del lugar de trabajo que tienen que renovar es el sindicato. El capital sabe que los trabajadores lo odian tal y como es ahora, así que se le ha intentado dar la apariencia de una «nueva militancia» en todos los países. En Reino Unido, Estados Unidos y Canadá hubo un movimiento por una «democracia sindical» en el que la izquierda estuvo muy implicada. Un caso paradigmático del uso de la «democracia sindical» para disciplinar a los trabajadores fue la reorganización del

sindicato UMW que condujo al nombramiento de Miller,⁵ el mismo Miller que, unos meses antes, vendió «democráticamente» a los trabajadores durante la huelga minera.

En lo que respecta a la comunidad –y con esto nos referimos principalmente a las mujeres–, el capital está en un aprieto. Por un lado, con la inflación están obligando a más mujeres a conseguir un segundo empleo (en algunos países de Europa el gobierno proopuso sustituir con mujeres a la mano de obra inmigrante, que se está encareciendo demasiado). Por el otro, necesitan «estabilizar la familia». Además, en lo que respecta al trabajo doméstico, no existe una política capitalista definida. Ya lo vimos en la conferencia sobre «política demográfica» que se celebró en Bucarest el verano pasado y a la que acudieron representantes de países de todo el mundo.⁶ Fue una conferencia sobre productividad, convocada para decidir cuántos trabajadores había que producir y en qué condiciones había que hacerlo. Pero, en la conferencia se hizo evidente que existe una división en el frente capitalista. De una parte, están los países industrializados, preocupados por la explosión de las luchas en las metrópolis y en el así llamado «Tercer Mundo» y, por lo tanto, defensores del «control de población». De la otra parte, están los países socialistas y algunos de los países del «Tercer Mundo» (como Brasil y Argentina) que planifican su desarrollo contando con grandes masas de fuerza de trabajo barata. Sin embargo, hay puntos en los que todos los gobiernos coinciden. Por ejemplo, la «estabilidad familiar» es crucial en todas partes, especialmente en la situación provocada por la crisis. Como no deja de recordarnos la prensa, en tiempos difíciles hacen falta lazos de familia fuertes. También se explican los llamamientos a una nueva «espiritualidad», también imprescindible en tiempos de recorte de salarios. El hecho es que se espera que las mujeres y la familia suavicen el golpe de la crisis.

⁵ Arnold Miller fue elegido presidente del sindicato *United Mine Workers of America* (UMWA) en diciembre de 1972 [N. de E.].

⁶ La Tercera Conferencia Mundial de la Población organizada por Naciones Unidas se celebró en Bucarest, Rumania, entre el 19 y el 30 de agosto de 1974. Fue la primera conferencia de carácter intergubernamental, en la que representantes de los Estados de 135 países debatieron la relación entre los factores de población y el desarrollo capitalista [N. de E.].

Esperan que trabajemos más para compensar la merma de ingresos y que brindemos apoyo emocional a nuestros maridos cuando se queden en paro.

La estabilidad familiar también es prioritaria para controlar la rebelión de los jóvenes. En este caso también podemos ver claramente qué está pensando el capital, aunque algunas políticas aún estén en fase experimental. Para empezar están creando agencias comunitarias financiadas por el gobierno y encargadas de controlar la comunidad. Proporcionan «terapia familiar» y medicamentos para niños «hiperactivos». Según la revista *Business Week*, cinco millones de niños toman diariamente una serie de medicamentos que les proporciona la escuela o los centros comunitarios con el fin de «calmarlos». Hoy en día todo el dinero va a parar a la terapia química. Incluso los sindicatos están distribuyendo metadona entre los trabajadores de las fábricas. También se está hablando de crear escuelas de mujeres, es decir, cursos en los que enseñar a las mujeres a ser «buenas madres» (habrá distintos cursos, unos para mujeres exclusivamente y otros para ellas y sus maridos).

En cuanto las mujeres se rebelan contra el trabajo doméstico se hace evidente quién es el supervisor y beneficiario de su trabajo. El Estado asume inmediatamente las funciones que las mujeres se niegan a cumplir. Y de hecho, la lucha de las mujeres contra el trabajo doméstico se está convirtiendo en una lucha contra el Estado. Ya lo vimos en los años sesenta con las *welfare mothers*. Ahora lo vemos en la lucha de las mujeres para combatir la aceleración del trabajo doméstico que está imponiendo el Estado al dejar de financiar los servicios públicos. Un ejemplo de esto es el proceso de «desinstitucionalización» que se está desarrollando. El Estado está desmantelando las instituciones de salud mental, aparentemente por razones humanitarias, pero en realidad lo que quiere es ahorrar el gasto y pasar al hogar y al trabajo de la mujer el «cuidado» del que en teoría se tendría que encargar él.

El problema al que se enfrenta la clase capitalista es la rebelión de las mujeres contra el trabajo doméstico y contra la falta de dinero propio. Me gustaría leer un fragmento de un estudio que se elaboró en Estados Unidos por encargo de HEW⁷ en 1973, que demuestra que el gobierno es consciente de esta revuelta y cómo se propone responder a ella:

[...] Si ponemos como ejemplo el trabajo doméstico, podemos ver las nocivas consecuencias psicológicas y sociales que tiene su definición común. Según esta definición, el ama de casa no trabaja. Pero, irónicamente, cuando se reemplazan sus servicios por los de una empleada doméstica, una cocinera o una niñera, quienes la reemplazan son definidas como trabajadoras porque sus salarios contribuyen al PIB. Es claramente incoherente decir que la mujer que cuida de sus hijos no está trabajando, pero si se dedica a cuidar a los hijos de otra mujer, sí está trabajando. En términos sociales, económicos y psicológicos, la ecuación de dinero y trabajo ha provocado que trabajo y salario sean sinónimos. Y en consecuencia, el trabajo que no se paga no se considera tan valioso como el que sí se paga [...] Uno se pregunta si la denigración de este trabajo no remunerado influye en la aparente poca disposición de algunas madres y padres a dedicar tiempo al cuidado y la adecuada educación de sus hijos. Esta sociedad puede haber degradado el trabajo más importante de todos los que hacen los humanos, con peligrosos resultados. Por el bien de nuestros hijos y por el del futuro de nuestra sociedad, deberíamos buscar una definición de trabajo que pueda servir mejor de guía.

El HEW habla de definiciones alternativas de trabajo y propone hacerlo más aceptable dando seguridad social y prestaciones familiares a las empleadas del hogar. Pero no están proponiendo un salario para el trabajo doméstico. Aun así, algunas mujeres creen que si el gobierno está empleando este lenguaje, puede ser fácil introducir la demanda del salario para el trabajo doméstico. Pero a mí me parece que ocurre exactamente lo contrario. Parece que estamos abordando un problema real, solo que nos ofrecen un dedo y nosotras queremos el brazo entero.

⁷ Se trata del estudio *Work in America*, encargado por el Department of Health, Education and Welfare [Departamento de Salud, Educación y Bienestar Social – HEW] en 1973, que más adelante fue publicado con gran éxito por MIT Press. Referencia: Special Task Force to the Secretary of Health, Education and Welfare, James O'Toole et al., *Work in America*, Cambridge, MIT Press, 1973 [N. de E.].

Ahora me gustaría abordar las posibilidades de acción que nos está ofreciendo la presente crisis. En primer lugar, lo que está ocurriendo afecta directamente a nuestra estrategia, porque como podemos ver el capital está utilizando la falta de salario a escala masiva como disciplina laboral. Ya lo utilizaron con la mitad de la población mundial y ahora lo están extendiendo a la otra mitad. Están dejando a todo el mundo sin salario –temporal o permanentemente– para fomentar la reducción de salarios. ¡De hecho muchos sindicatos de Estados Unidos ya están aceptando reducciones salariales y otras concesiones para evitar los despidos!

El hecho de que el capital utilice la falta de salario como arma política deja claro que nuestra lucha contra la falta de salario es una lucha política. Deja claro que la lucha por el salario para el trabajo doméstico (la lucha para que el capital pague todo el coste de nuestra reproducción) no es solo una lucha feminista, es la lucha de toda la clase obrera. En la situación actual, de hecho, luchar por puestos de trabajo es un acto suicida para cualquier trabajador.

En primer lugar, no queremos más trabajo, sino más dinero y menos trabajo, y por eso las manifestaciones para «salvar puestos de trabajo» generan tan poco entusiasmo entre los trabajadores. Como dijo un trabajador francés, «antes de que se anunciara el 90% (seguro de desempleo), mi mujer me llamaba vago» («Many Jobless in French City But Few Worry», *The New York Times*, 17 de febrero de 1975). En segundo lugar, cuando pedimos puestos de trabajo, de manera inevitable permitimos que el capital nos reduzca a ser competidores en el mercado laboral y nos haga enfrenarnos unos a otros. El capital cuenta con ello. Quiere que los trabajadores culpen de la crisis a otros trabajadores, y lo que está pasando en Estados Unidos con la antigüedad laboral resulta muy indicativo. El capital también está recurriendo a la amenaza del desempleo para disciplinar a los inmigrantes, que cada vez están más movilizados y por lo tanto resultan más caros. Mientras los patrones dejan a todo el mundo sin salario, algunos estados están aprobando leyes que permiten que los niños de entre cinco y catorce años trabajen como recolectores en los cultivos porque la obligación de pagar el salario mínimo no los contempla. Por último, cuando el capital se pone en huelga y cierra las fábricas, la única alternativa posible es la lucha de la comunidad, porque allí es donde está la riqueza, en forma de medios de consumo. Vivienda, transporte, supermercados,

hospitales, oficinas de servicios sociales... podemos organizar nuestro poder en todas estas áreas. Todos son puntos de lucha, de reapropiación, y todas esas luchas son por el salario para el trabajo doméstico.

Las mujeres somos las protagonistas de esta lucha porque somos quienes pagamos el precio más alto en la crisis y trabajamos básicamente en la comunidad, y aquí es donde podemos organizar mejor nuestro poder. Como he dicho antes, el plan es que suavicemos la repercusión de los recortes y los conflictos que genera la crisis. Es lo que la prensa nos dice sin parar: practica la cocina «económica», haz platos con los que ahorres dinero. Significa trabajar más, lavar a mano, pasar más tiempo haciendo la compra, porque tenemos que caminar hasta las tiendas con las ofertas más baratas, reconfortar a nuestros maridos desempleados y andar contando cada céntimo mientras vigilamos la subida imparable de los precios. Por eso tenemos que luchar contra la crisis.



Celebración durante la conferencia de Salario para el Trabajo Doméstico de Toronto, 17-20 de octubre de 1975. De izquierda a derecha aparecen Sylvie Dupont, Lise Nantel, Louise Toupin y Nicole Lacelle, a la guitarra.

El capitalismo y la lucha contra el trabajo sexual (1975)

Los tres ensayos siguientes fueron escritos por Silvia Federici para un taller sobre capitalismo y sexualidad realizado en la conferencia internacional de Salario para el Trabajo Doméstico de Toronto, en 1975. Los tres abarcan distintos aspectos de las luchas de las mujeres contra los regímenes de trabajo sexual del capitalismo. El primero, «Capitalism and the Struggle Against Sexual Work» [«Capitalismo y la lucha contra el trabajo sexual»], se centra principalmente en la autonomía de las lesbianas como forma de resistencia a la reglamentación sexual capitalista.

El capitalismo utiliza la sexualidad como una fuerza económica, como un recurso económico. A lo largo de la historia, solo se han permitido las formas de sexualidad que tenían una utilidad económica. Han transformado nuestros cuerpos en instrumentos de producción, han usado nuestra sexualidad para la reproducción de mano de obra y la han subordinado a ella. Solo está permitida para la reproducción de la futura generación de trabajadores y para proporcionar servicios sexuales a la fuerza de trabajo masculina. La sexualidad, entonces, es trabajo para las mujeres –trabajo doméstico– y la heterosexualidad, una condición fundamental del trabajo doméstico.

188 El ataque al lesbianismo es consecuencia de la transformación de nuestra actividad sexual en una actividad económica y de su subordinación a la reproducción de la mano de obra. Como el resto de formas de sexualidad no productivas (no procreadoras / no reproductivas), el lesbianismo se condena como una desviación porque es un ataque directo a la disciplina laboral y sexual impuesta a la mujer en la sociedad capitalista.

En el capitalismo nuestra sexualidad no solo se usa para servir y reproducir a los hombres / trabajadores, también es el terreno de las relaciones de poder entre hombres y mujeres. De hecho es una bonificación que se da a los hombres por su subordinación en el lugar de trabajo. Toda relación sexual hombre-mujer, tal y como está definida y es vivida en esta sociedad, tiene un componente de violación. El placer (masculino) reside

en la dominación, en el poder sobre la mujer, tanto que para algunos escritores la sexualidad y la violencia son intercambiables e imposibles de separar. Toda la literatura sobre el amor de la sociedad capitalista trata la sexualidad casi en términos militares: conquistar, quebrar la voluntad (de la mujer), seducir, avanzar y, por supuesto, abandonar. Sade y Casanova son los héroes de la sexualidad capitalista.

Así que no es casualidad que la sexualidad sea origen de mucho dolor para la mujer, muchas veces es la primera esfera de nuestras vidas en la que experimentamos la opresión y la explotación.

Hay que empezar por entender el lesbianismo en este contexto. Expresa la conciencia de que no puedes amar a aquellos con quienes estás en una relación de poder, que tienen poder sobre ti y que, a causa de ese poder, te pueden castigar cuando no actúes según sus deseos. Salir del armario es como ponerse en huelga: es negarse a proporcionar servicios sexuales a los hombres y a aceptar la relación de poder con ellos, que es un instrumento clave para mantenernos a raya. En este sentido, el lesbianismo es una forma de lucha, una forma de rechazo que pone en peligro la organización de la vida familiar, la organización de la reproducción y la disciplina laboral y social basadas en esta organización. Por eso el lesbianismo está tan perseguido. Una lesbiana es una mujer que se niega a dedicar su vida a los hombres, que se niega a depender de ellos económica y emocionalmente, que se niega a que un hombre defina su vida y se atreva a poner sus necesidades por delante. Por eso se acusa a las lesbianas de no ser «auténticas mujeres». Ser una «auténtica mujer» significa cogerse a los hombres, servirles, mirarlos a ellos para sentirnos valiosas / realizadas / definidas. En una sociedad en la que ser mujer ha significado ser dependiente del hombre, el lesbianismo es tal símbolo de la mujer independiente que hasta hace poco si tenías un salario propio y te podías mantener a ti misma o vivías sola te catalogaban de lesbiana.

Pero, como todas las luchas, el lesbianismo tiene un aspecto positivo, ya que no es simplemente un rechazo a los hombres (es decir, nos hacemos lesbianas porque nuestras relaciones con los hombres son muy insatisfactorias y dolorosas). El lesbianismo no es solo el rechazo de las relaciones con hombres que son inaceptablemente dolorosas, sino el comienzo de una redefinición de cómo debería ser nuestra sexualidad.

Cuando luchamos por nuestro derecho a ser lesbianas, estamos afirmando que tener relaciones con otras mujeres es un objetivo positivo y deseable por sí mismo y que queremos vivir de modo que podamos ser seres humanos más completos, menos esquizofrénicos –seres humanos que dejan de separar su cuerpo y su mente, que rechazan la mutilación que tiene lugar cuando nos dicen que las mujeres pueden ser nuestras amigas y compañeras (hoy en día incluso nuestras colegas intelectuales) pero que ocurre algo horrible e innombrable si las tocamos–. O que solo podemos tocarlas en determinadas partes de su cuerpo y con determinados sentimientos.

La prohibición del lesbianismo revela todas las contradicciones de la sociedad capitalista, ya que la homosexualidad permea la división del trabajo: las mujeres siempre trabajamos con otras mujeres en fábricas, oficinas y cocinas; compartimos las mismas experiencias, desarrollamos las relaciones más íntimas, sabemos los problemas de cada una, sus dolores y deseos. Pero cuando se trata de «sexo», se supone que tenemos que meternos en la cama con un hombre aunque estemos distanciadas de él emocionalmente, aunque apenas podamos entender cómo funciona ni comunicarle nuestra experiencia femenina universal.

Esto no ocurre porque el hombre sea nuestro enemigo o porque haya algo en la «naturaleza masculina» que nos haga imposible estar cerca de ellos. Es por las condiciones sociales y laborales que se nos han impuesto que, a pesar de tanta glorificación del amor heterosexual, nos separan de ellos. Los hombres han empezado a luchar contra la disciplina de ser hombres. Ellos también están descubriendo que lo masculino y lo femenino son construcciones sociales, no rasgos naturales o esenciales –desde luego no después de dos mil años de «civilización»–. Es importante que reconozcamos esto porque muchas veces el lesbianismo se presenta como si excluyera forzosamente las relaciones con los hombres. Forzosamente en el sentido de que se da por descontado que siempre, en cualquier situación social posible, en cualquier sociedad, los hombres y las mujeres solo pueden tener una relación antagónica porque en la «naturaleza masculina» hay algo inherentemente violento, misógino y opresor.

Aceptar ese supuesto es aceptar una derrota. Porque entonces la única solución posible sería construir mundos totalmente separados. Además, si el hombre es el enemigo, la lucha por la liberación de la mujer se

convierte en la lucha para liberarnos de los hombres y convencer a todas las mujeres de que se hagan lesbianas. Al hacer esto, estamos tratando como traidoras a la causa, como anticuadas, pasivas, conformistas y ajenas a la lucha a las mujeres que no siguen este camino, que mantienen relaciones con hombres. Y este es un error grave porque: a) nuestro objetivo es poder determinar cómo queremos que sea nuestra sexualidad, no imponer otro modelo más a las mujeres; b) nuestro objetivo no es una sociedad construida sobre la guerra interminable, sino sobre condiciones sociales y económicas que hagan innecesarias las divisiones de poder entre hombres y mujeres; c) nos habrán derrotado si no vemos la lucha de las lesbianas en un continuo con la lucha que libran las mujeres heterosexuales contra las condiciones de este trabajo. Nos sentimos aisladas e impotentes y no somos capaces de ver que nuestra lucha como lesbianas forma parte de la lucha más amplia que libran todas las mujeres para recobrar el control de su sexualidad –y no hay mujer alguna que, de una u otra manera, no esté librando esta lucha–. Las formas que elegimos son diferentes, según el nivel de poder que tenemos, de lo que nos podemos permitir, de lo que nos hace menos daño. Luchamos contra la violación en la familia y en la calle; luchamos para tener relaciones con los hombres más flexibles / a tiempo parcial; luchamos contra la disciplina de la belleza, contra la separación entre sexo y emociones –contra las formas mecánicas de hacer el amor, el «mete-saca» al que se reduce hacer el amor–. Luchamos para afirmar el derecho al placer. Si no logramos ver esta realidad, estaremos reforzando la división entre mujeres heterosexuales y mujeres homosexuales que ha servido para disciplinarnos y que hemos empezado a quebrar con nuestra lucha.



Debate sostenido durante la conferencia internacional de Salario para el Trabajo Doméstico de Londres, 24-26 de julio de 1975. Sentadas de izquierda a derecha están Ruth Hall, del grupo Wages Due Lesbians de Londres, Silvia Federici, del comité de Salario para el Trabajo Doméstico de Nueva York, y Judith Ramirez, del grupo de Toronto.

El trabajo sexual y nuestra lucha contra él (1976)

Este texto, que también se presentó en la conferencia de Toronto, trata sobre la sexualidad como último bastión de la división capitalista de los ámbitos público y privado y sobre las formas emergentes de rechazo del trabajo sexual que están llevando a cabo las mujeres.

Admitir que la sexualidad es un trabajo resulta difícil para las mujeres porque, si la sexualidad también es trabajo, no nos queda nada y parecemos estar condenadas a una profunda soledad. Además, el sexo parece algo natural. Creemos que el capital manda de 9 a 17 y que en cuanto estamos en casa o con nuestros amigos y podemos hablar, comer, hacer el amor, somos personas libres y tenemos el control. Solo nuestro dolor nos permite ver que el sexo no es algo que hagamos simplemente porque esperamos disfrutarlo, sino porque es una condición de supervivencia social.

La sexualidad es el último baluarte de la división entre lo público y lo privado, que oculta hasta qué punto nuestra supuesta vida privada está controlada y planificada según los mismos criterios que regulan el trabajo en la fábrica. En realidad nuestra vida sexual no es más privada ni tenemos más control sobre ella que sobre las relaciones que se dan en el taller. En todo caso tenemos menos control, porque estas relaciones de trabajo son más personales y nos cuesta más luchar contra ellas –si decimos que no en la cama, terminamos sintiéndonos culpables–.

Nuestra sexualidad es un producto capitalista. Las relaciones sexuales son relaciones de producción, moldeadas y dictadas por los mismos principios que rigen la acumulación capitalista.

Esto es así tanto para los hombres como para las mujeres. La diferencia es que, en nuestro caso, la sexualidad esta construida como nuestra actividad laboral primordial, la actividad de la que deriva nuestra identidad primaria. Pero seamos mujeres u hombres, no sabemos y no podemos determinar cómo podría ser nuestra sexualidad. En una sociedad capitalista solo podemos reducir nuestro trabajo, cambiar algunas de las

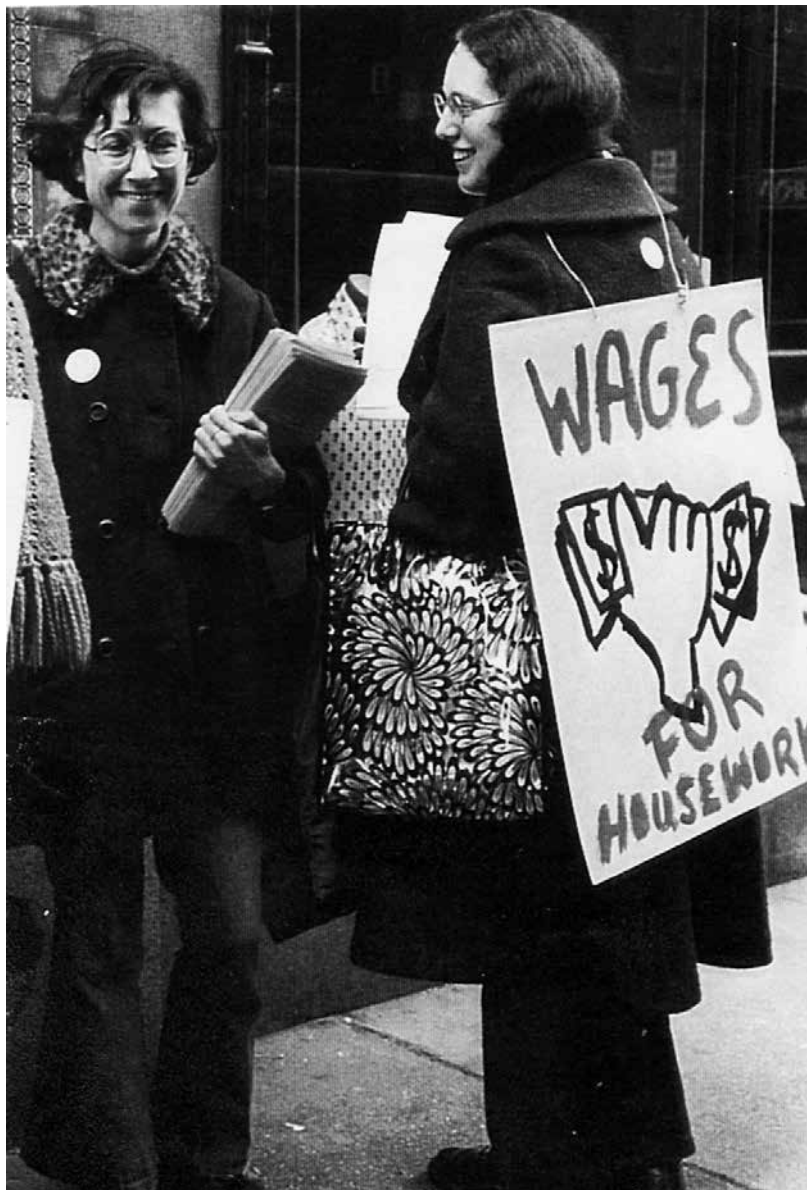
condiciones de trabajo, pero no podemos saber cuál es nuestra sexualidad más que un prisionero puede saber cómo es la libertad desde el confinamiento de su celda. Podemos decir lo que no es y, conforme nuestra lucha va tomando fuerza, podemos conseguir poder para imponer nuestras condiciones. Pero nuestras vidas están tan traumatizadas y nuestras necesidades se han distorsionado tanto para convertirlas en funciones laborales que solo una revolución cambiaría nuestro concepto de lo que es posible. Precisamente porque esta vida es traumatizante, necesitamos una revolución.

Nuestra rebelión contra las reglas del trabajo sexual es constante y en los últimos tiempos ha alcanzado proporciones masivas.

Todas las mujeres están librando una lucha contra el trabajo sexual, ya vivan, o no, con un hombre, sean lesbianas o célibes. Allí donde hay trabajo y explotación, hay una lucha contra ellos. Que las mujeres se queden con los hombres no significa que no estén luchando contra el trabajo sexual; las mujeres heterosexuales defienden sus relaciones por las mismas razones que los trabajadores defienden sus puestos, no hay muchas alternativas, dejar a tu hombre cuesta mucho, especialmente cuando tienes pocas expectativas y ya desarrollaste un cierto nivel de organización en torno a esa relación. Por ejemplo, ya disciplinaste al hombre para que se comporte de tal manera, negociaste con él qué se hace a cambio de qué, etc. Con las mujeres que dicen que les gusta el sexo pasa lo mismo que con los trabajadores que dicen que les gusta su trabajo, el problema es cuando lo haces todos los días, cuando necesitas defenderte de él.

194 En los últimos años el cambio radical en el trabajo sexual avanzó muy deprisa. La cifra de divorcios alcanzó una cifra récord en 1974. La frigidez, que es una forma de absentismo, es generalizada. Aumentó el trabajo a tiempo parcial, es decir, que se incrementó el número de mujeres que opta por un polvo ocasional sin compromisos. La trabajadora a tiempo completo –la mujer casada o la que vive con un hombre– también está luchando para reducir su carga de trabajo.

El capital está preocupado por este rechazo, porque cuando el trabajo sexual marcha, también marcha la fábrica –ambos están unidos históricamente por un cordón umbilical–.



Silvia Federici y Ruth Hall en la conferencia de Salario para el Trabajo Doméstico de Londres, 1975.

Por qué la sexualidad es un trabajo (1975)

La sexualidad es el descanso que se nos otorga dentro de la disciplina del proceso laboral. Es el complemento necesario para la rutina y la regimentación de la semana laboral. Es una licencia para «ser natural», para «dejarse llevar», para que así podamos regresar más frescos a nuestro lugar de trabajo el lunes siguiente. La «noche del sábado» es la irrupción de lo «espontáneo», lo irracional dentro de la racionalidad de la disciplina capitalista en nuestra vida. Se supone que es la compensación por nuestro trabajo y se nos vende ideológicamente como «lo distinto» al trabajo: un espacio de libertad en el cual presumiblemente podemos ser nosotros mismos —una posibilidad para conectar íntimamente, de «manera genuina», en un universo de relaciones sociales en las cuales nos vemos constantemente forzados a reprimir, aplazar, posponer y esconder, incluso de nosotros mismos, lo que deseamos.

Siendo esta la promesa, lo que de hecho recibimos está bastante lejos de nuestras expectativas. Igual que no podemos regresar a la naturaleza con solo despojarnos de la ropa, tampoco podemos ser «nosotros mismos» simplemente porque sea la hora de hacer el amor. Poca espontaneidad es posible cuando los tiempos, las condiciones y la cantidad de energía disponible para el amor están fuera de nuestro control. Tras una semana de trabajo, nuestros cuerpos y sentimientos están entumecidos y no podemos ponerlos en marcha como si fuésemos máquinas. Porque lo que surge cuando nos «dejamos llevar» es más a menudo nuestra violencia y nuestra frustración reprimidas que nuestro propio yo oculto y listo para renacer en la cama.

Ya que, entre otras cosas, siempre somos conscientes de la falsedad de esta espontaneidad. No importa cuántos gritos, suspiros y ejercicios eróticos hagamos en la cama, nosotras sabemos que es un paréntesis y que mañana ambos estaremos de nuevo dentro de nuestros civilizados trajes (nos tomaremos juntos un café mientras nos preparamos para ir a trabajar). Cuanto más nos damos cuenta de que esto es un paréntesis que se nos negará el resto del día o de la semana, más difícil se nos hace volvernos «salvajes» y «olvidarlo todo». Y no podemos evitar sentirnos enfermas fácilmente. Es la misma vergüenza que experimentamos cuando

nos desnudamos sabiendo que haremos el amor; la vergüenza del día después, cuando ya estamos ocupadas restableciendo las distancias; la misma vergüenza (finalmente) que sentimos al pretender ser alguien totalmente distinta de quien somos durante el resto del día. Esta transición es especialmente dolorosa para las mujeres; los hombres parecen ser expertos, posiblemente debido a que han estado sujetos a una reglamentación más estricta en su trabajo. Las mujeres siempre nos hemos preguntado cómo es posible que tras una nocturna muestra de pasión, «él» pueda levantarse ya en un mundo diferente, tan distante algunas veces que es difícil restablecer incluso una conexión física. De todas maneras, siempre son las mujeres las que más sufrimos el carácter esquizofrénico de las relaciones sexuales, no solo porque llegamos al final del día con más trabajo y más preocupaciones sobre nuestras espaldas, sino porque además tenemos la responsabilidad adicional de hacer placentera la relación sexual para el hombre. Esta es la razón por la que habitualmente las mujeres somos menos receptivas. Para nosotras el sexo es un trabajo, es un deber. El deber de complacer está tan imbuido en nuestra sexualidad que hemos aprendido a obtener placer del dar placer, del enardecer y excitar a los hombres.

Ya que se espera que proporcionemos descanso, inevitablemente nos convertimos en el objeto sobre el cual los hombres descargan su violencia reprimida. Somos violadas tanto en nuestros lechos como en las calles, precisamente porque hemos sido situadas para proveer satisfacción sexual, para actuar como válvulas de escape para todo lo que va mal en la vida de un hombre, y a los hombres siempre se les ha permitido volcar su rabia contra nosotras si no nos adaptamos al rol asignado, especialmente cuando nos negamos a actuar.

La compartimentación es solo uno de los aspectos de la mutilación de nuestra sexualidad. La subordinación de nuestra sexualidad a la reproducción de la fuerza de trabajo ha supuesto la imposición de la heterosexualidad como único comportamiento sexual aceptable. En realidad toda comunicación genuina tiene un componente sexual puesto que no hay división posible entre nuestros cuerpos y nuestras emociones y nos comunicamos utilizando continuamente todos estos aspectos. Sin embargo, el contacto sexual con otras mujeres está prohibido puesto que, según la moral burguesa, todo lo que es improductivo es obsceno, antinatural y pervertido. Esto ha implicado la imposición sobre nosotras de una

verdadera condición esquizofrénica, ya que desde muy pronto en nuestras vidas debemos aprender a trazar una línea entre las personas a las que podemos amar y las personas con las que tan solo podemos hablar, entre aquellas a las que podemos abrir nuestros cuerpos y aquellas a las que tan solo podemos mostrar nuestras «almas», nuestros amantes y nuestras amigas. El resultado es que somos almas incorpóreas para nuestras amigas mujeres y cuerpos sin alma para nuestros amantes masculinos. Esta división no solo nos aleja de las otras mujeres, sino que nos separa de nosotras mismas en relación con lo que aceptamos o no de nuestros cuerpos y sentimientos, de esas partes «puras» que están ahí para su exhibición, y aquellas «sucias», las partes «secretas» que solo pueden ver la luz (y así transformarse en partes puras) en el lecho conyugal, punto de partida de la producción.

Es esta misma preocupación por la producción la que ha forzado que la sexualidad, especialmente en las mujeres, se confine a determinados momentos de nuestras vidas. La sexualidad se reprime en los niños y en los adolescentes así como en las mujeres mayores. Por ello los años en los que se nos permite ser sexualmente activas son los mismos en los que nos encontramos más cargadas de trabajo, cuando disfrutar de nuestra sexualidad supone una hazaña.

Pero la principal razón por la que no podemos disfrutar del placer que nuestra sexualidad puede proporcionarnos es porque para las mujeres el *sexo es un trabajo*. Proporcionar placer al hombre es lo que se espera de toda mujer.

La libertad sexual no nos ayuda en esto. Ciertamente es importante el que no se nos lapide si somos «infieles», o si se dan cuenta de que no somos «vírgenes», pero la «liberación sexual» ha incrementado nuestra tarea. En el pasado solo se esperaba de nosotras que criáramos a nuestros hijos. Ahora se exige que encontremos un trabajo asalariado, también que limpiemos la casa y tengamos niños y, además, que, al final de una doble jornada laboral, estemos listas para saltar a la cama y seamos sexualmente tentadoras. Para las mujeres el derecho a la sexualidad es la obligación de tener sexo y de disfrutarlo (y esto no es algo que se espere de muchos trabajos, es decir, que además resulten placenteros), razón que emana como

origen de tantas investigaciones realizadas durante los últimos años en torno a qué partes de nuestro cuerpo —ya sea la vagina o el clítoris— son sexualmente más productivas.

Independientemente de si se observa desde su vertiente más liberal o desde su forma más represiva, nuestra sexualidad sigue estando bajo control. Las leyes, la medicina y nuestra dependencia económica de los hombres, todo ello garantiza que, aunque se relajen las reglas, la espontaneidad quede descartada de nuestras vidas. La represión sexual dentro de la familia es una función de este control. A este respecto, padres, hermanos, maridos, proxenetas, todos ellos han actuado como agentes del Estado para supervisar nuestro trabajo sexual, para asegurarse de que proveeríamos los servicios sexuales de acuerdo a lo establecido, a las normas sancionadas de la productividad.

La dependencia económica es la forma final de control sobre nuestra sexualidad. Es la razón por la que el trabajo sexual es todavía hoy una de las principales ocupaciones laborales de las mujeres y la razón de que la prostitución subyazca en cada encuentro sexual. Bajo estas condiciones no puede haber ninguna espontaneidad sexual para nosotras, y eso explica también por qué el placer es tan efímero dentro de nuestra vida sexual.

Precisamente debido a la compraventa que se da en estas relaciones, la sexualidad siempre va acompañada para nosotras de ansiedad, y es la parte del trabajo doméstico que genera más odio hacia nosotras mismas. Además, la comercialización del cuerpo femenino vuelve imposible que nos sintamos a gusto con él, independientemente de su tamaño y forma. Ninguna mujer puede desnudarse felizmente frente a un hombre sabiendo no solo que está siendo evaluada, sino que existen estándares de actuación para los cuerpos femeninos con los que hay que identificarse y de los que, cualquier persona, hombre o mujer, está al tanto, ya que están esparcidos por todas partes alrededor nuestro, en cada muro de nuestras ciudades y en la pantalla de la televisión. Saber que, de alguna manera, nos estamos vendiendo, ha destruido nuestra autoconfianza y el placer para con nuestros cuerpos.

Esta es la razón que nos lleva a que, seamos flacas o gordas, tengamos la nariz pequeña o grande, seamos bajitas o altas, todas odiamos nuestro cuerpo. Lo odiamos porque estamos habituadas a observarlo desde fuera,

con los ojos de los hombres que conocemos, y con la mente puesta en el cuerpo como mercancía. Lo odiamos porque estamos acostumbradas a verlo como algo que hay que vender, algo que está alienado de nosotras y que está siempre en el mostrador. Lo odiamos porque somos conscientes de todo lo que depende de él. De nuestra apariencia corporal depende que podamos encontrar un trabajo mejor o peor (ya sea en casa o fuera de ella), que podamos adquirir cierto poder social, algo de compañía para así vencer la soledad que nos espera cuando envejecemos y, a menudo, también durante la juventud. Y estamos siempre temerosas de que nuestro cuerpo pueda volverse contra nosotras, que tal vez engordemos, nos salgan arrugas, nos hagamos viejas rápidamente y esto provoque la indiferencia de la gente, de que perdamos nuestro derecho a la intimidad con alguien, que malogremos la oportunidad de que nos toquen o abracen.

En resumen, estamos demasiado ocupadas representando un papel, demasiado ocupadas complaciendo, demasiado temerosas de fallar, para disfrutar haciendo el amor. Es nuestra sensación de valía la que está en juego en cada relación sexual. Si un hombre nos dice que hacemos bien el amor, que lo excitamos, independientemente de que nos guste o no tener relaciones sexuales con él, nos sentimos bien, sus palabras impulsan nuestra sensación de confianza, incluso aunque tengamos claro que después tendremos que lavar los platos.

Nunca se nos permite olvidar el intercambio producido, porque nunca trascendemos la situación de relación-valoración en nuestras relaciones amorosas con los hombres. «¿Cuánto?» es la pregunta que siempre domina nuestra experiencia con la sexualidad. Muchos de nuestros encuentros sexuales se van entre especulaciones y cálculos. Suspiramos, sollozamos, jadeamos, resoplamos, saltamos arriba y abajo en la cama, pero mientras tanto nuestro cerebro sigue calculando «cuánto»: ¿Cuánto de nosotras podemos dar antes de perder o de malvendernos? ¿Cuánto lograremos que nos devuelvan? Si es nuestra primera cita, ¿cuán lejos le podemos dejar que llegue? ¿Puede levantarnos la pollera, le dejamos abrirnos la blusa, meter los dedos bajo el corpiño? ¿En qué momento deberíamos decirle «hasta aquí»? ¿Cuán duramente debemos rechazarlo? ¿Cuándo podemos decirle que nos gusta antes de que empiece a pensar que estamos «regaladas»?

Hay que mantener altos los precios –esta es la norma, al menos la que se nos enseña–. Si ya estamos en la cama, los cálculos se vuelven más complicados, porque también tenemos que contar con las posibilidades de quedar embarazadas, lo que significa que entre jadeos y suspiros tenemos que calcular nuestro calendario menstrual. Fingir excitación durante el acto sexual, en ausencia del orgasmo, también es un trabajo, y uno duro, porque cuando finges nunca sabes hasta dónde deberías llegar y siempre acabas haciendo más de lo que deberías.

De hecho, nos ha llevado un montón de combates y ha sido necesario empoderarnos para empezar a admitir que *nada estaba sucediendo*.

10. Salario para el Trabajo Doméstico y la política familiar

Un aspecto revolucionario del movimiento feminista ha sido que ha corrido el velo que ocultaba las relaciones sexuales y familiares, sacando a la luz las relaciones de poder que atraviesan la «esfera privada» y la rígida estructuración que le imponen las regulaciones institucionales.

A este respecto ha sido especialmente eficaz la campaña del movimiento feminista contra la violencia hacia las mujeres, una violencia que a través de palizas, violaciones y otras formas de violencia promovidas desde productos pornográficos, como reacción a la oposición masculina a la «liberación de la mujer», se regocija en el sadismo de sus representaciones. En esta campaña ha sido crucial el empeño por introducir cambios en el derecho de familia para que, a través de la legislación, se reconozca y proscriba la violación dentro de la familia. Este avance, además de ser un gran paso hacia la democratización de la vida familiar y las relaciones de género, ha servido para desmitificar el contrato matrimonial y descubrir las raíces de la esclavitud que reside en el núcleo del matrimonio, que las mujeres siempre han denunciado. El hecho de que en cualquier país, históricamente, la ley no haya admitido la posibilidad de que exista la violación dentro del matrimonio demuestra hasta qué punto en el capitalismo los servicios sexuales han formado parte del trabajo doméstico que se espera que hagan las mujeres a cambio de que las mantengan –una de las actividades de reproducción diaria y generacional de la fuerza de trabajo–. Las mujeres siempre han sabido que se les exige satisfacer el deseo sexual de sus maridos al finalizar la jornada de trabajo doméstico, da igual lo cansadas que estén, aunque muchas se rebelan negándose abiertamente o aduciendo jaqueca u otras dolencias, a menudo bajo el riesgo de ser castigadas con violencia o violadas. Por eso nuestra campaña siempre

subraya que para nosotras el sexo es trabajo, una parte esencial del trabajo doméstico, y que la relación que tenemos con nuestros maridos es una relación laboral, de modo que nunca hemos sabido cómo podría ser nuestra sexualidad. Por esta razón damos la bienvenida a las reformas legislativas que reconocen la existencia de la violación en el entorno familiar —una legislación que ha puesto fin a la idea de que casarse con una mujer implica obtener el control absoluto de su cuerpo—.

Al mismo tiempo insistimos en que la revisión del contrato matrimonial debe estar insertada en una reestructuración más general del trabajo reproductivo, en la que las actividades que reproducen nuestra vida no estén subordinadas a las necesidades del mercado laboral.

En la misma línea, criticamos las reticencias de muchas feministas a mostrar su apoyo a la licencia de maternidad cuando el tema llegó al Tribunal Supremo de Estados Unidos. El hecho de que el tribunal considerara el embarazo como una discapacidad ciertamente tuvo que ver con esa actitud. Pero tuvo más peso la creencia de que reivindicar la licencia significaba faltar al principio de «igualdad» defendido por el movimiento y descalificaba a la mujer en su lucha por el acceso a ocupaciones en las que predominan los hombres. A resultas de ello, mientras que en la mayoría de los países las mujeres tienen derecho a varias semanas o meses de licencia maternal pagada, en Estados Unidos hay que negociarla en cada puesto de trabajo y no existe ninguna disposición legal que la regule. En lugar de la licencia maternal pagada, en febrero de 1993 se aprobó un proyecto de ley federal de licencia parental que otorgaba a los trabajadores el derecho a tomarse una licencia de doce semanas en caso de nacimiento, adopción o enfermedad, pero las familias tienen difícil poder disfrutar de esta ventaja porque la licencia no va acompañada de remuneración.

La violación marital (1976)

Este texto fue escrito por Silvia Federici en 1976, a partir de las notas recogidas durante algunas sesiones de debate del Comité de Nueva York. Ese año, Nebraska fue el primer estado que eliminó de su legislación la «eximente conyugal» a la violación. Fue un punto de inflexión aunque hubiese que esperar hasta 1978 para que se juzgase por primera vez a un hombre (en Salem, Oregon) por violar a su mujer. El revuelo causado por este juicio provocó que algunos estados empezaran a reconocer la violación en el entorno familiar en su legislación, es decir, empezaron a negar que el matrimonio otorgara al hombre una potestad absoluta e incondicional sobre el cuerpo de su mujer y sus servicios sexuales. En nuestros debates sobre el tema se señala la importancia del activismo feminista como factor motivador, pero también damos la misma importancia al peso que ha tenido la crisis de las relaciones matrimoniales a la hora de tomar esta decisión, como demuestra que cada vez haya más mujeres que viven solas, que posponen o evitan el matrimonio y que en general están redefiniendo de forma radical su relación con los hombres.

La violencia dentro de la familia

El reciente juicio de un hombre acusado de pegar y violar a su mujer constituye un punto de inflexión en la política estatal sobre el matrimonio. Aunque se haya absuelto al hombre, el simple hecho de que se lo haya llevado ante la justicia representa un cambio en la política del Estado, que hasta ahora había defendido el derecho del marido a obtener servicios sexuales de su mujer en el momento que lo deseara y hacía la vista gorda cuando la castigaba por negarse, incluso cuando empleaba la violencia física. Dicho de otro modo, tradicionalmente la ley ha garantizado que las mujeres entreguen su cuerpo en el matrimonio, hasta tal punto que, mientras no la matara, el marido podía disponer del cuerpo de su mujer como a él le pareciese sin temer castigo alguno. Esto no era accidental, sino una consecuencia lógica de la función que cumple la mujer en la división familiar del trabajo, que consiste en proporcionar servicios gratuitos a su marido, quien por lo tanto se convierte en el supervisor inmediato de su trabajo. Tradicionalmente, este tipo de relación

ha funcionado porque la dependencia económica de la mujer sobre el marido la garantizaba. Pero cuando, «a pesar de estar mantenidas» nos pasamos de la raya, siempre se puede recurrir a la violencia para asegurar que la mujer cumple su parte del trato. Ciertamente, el Estado siempre ha alentado a los hombres a no ser demasiado violentos con «sus» mujeres. Después de todo, el trabajo impuesto por la fuerza no es muy productivo, especialmente en el caso del trabajo doméstico. En el pasado, el Estado solo ha intervenido en casos de crisis abierta, cuando la violencia del hombre amenazaba con poner a la mujer «fuera de servicio». Sin embargo, hoy en día el Estado parece estar tomando un nuevo rumbo, como demuestra la decisión de criminalizar la violación en el seno de la familia¹ y la modificación de la legislación de Nueva York para perseguir el maltrato físico hacia la mujer. ¿A qué se debe este cambio de rumbo y qué significado tiene para la mujer?

Sin duda, la nueva legislación responde a la creciente rebelión de la mujer contra la familia. Como está aumentando el número de mujeres que se largan de casa, salen del armario o se niegan a vivir con hombres, el Estado se ve obligado a ofrecernos mejores condiciones laborales si no quiere perder a todas sus empleadas domésticas. Y esto es especialmente cierto en una situación en la que cada vez más mujeres están ganando acceso a un salario propio y, por lo tanto, son menos propensas a aguantar los abusos que suelen acompañar la situación de dependencia del hombre.

En este sentido, la decisión de reconocer la violación dentro de la familia y la legislación contra el maltrato de Nueva York constituyen una buena muestra del poder de nuestra rebelión, porque a su modo cada una redefine los términos del contrato matrimonial, aunque sea a nivel formal. Tampoco deberíamos sobrestimar la capacidad de la ley para

¹ La criminalización de la violación dentro del matrimonio en Estados Unidos no llegó hasta mediados de la década de los setenta y no se declaró ilegal en los cincuenta estados hasta 1993. En 1984, con la sentencia del caso *People v. Mario Liberta*, Nueva York se sumó a los otros diecisiete estados que habían declarado ilegal la violación dentro del matrimonio e imponían la misma condena a la violación de una esposa que a la de una desconocida (David Margolick, «New York Joins 17 States that Deny Wives are Property: Rape in a Marriage is no Longer Within Law» [Nueva York se suma a los 17 estados que niegan que la esposa sea una posesión: La violación dentro del matrimonio ya no está protegida por la ley], *The New York Times*, 23 de diciembre de 1984) [N. de E.].

cambiar nuestra relación de poder con el hombre. Mientras siga habiendo mujeres que dependen de un hombre para su supervivencia y la de sus hijos, que en Estados Unidos son el 40% de las mujeres casadas, nunca bastará con cambiar la legislación que rige las relaciones maritales. Las mujeres que tengan los medios económicos para dejar a sus maridos y vivir solas lo harán independientemente de la legislación que haya. En cambio, sin una ayuda económica, no hay ley que libere a las mujeres atrapadas en relaciones no deseadas por no tener dinero.

¿Cuántas mujeres van a pedirle al fiscal que meta a su marido en la cárcel si eso significa que él se quedará sin trabajo y ella se quedará tirada, con la posibilidad de pasar unos días en un albergue, en el mejor de los casos, para después hacer colas interminables en las oficinas de asuntos sociales o hacer malabarismos entre los niños y un trabajo por el que, por lo general, se paga poco más que el salario mínimo? La modificación de la legislación matrimonial seguirá siendo un acto puramente formal mientras las mujeres no tengamos nuestro propio dinero. Pero este es el único paso que el Estado está dispuesto a dar. Es muy significativo que, después de tanto hablar de la lucha contra la violencia doméstica, ninguno de los proyectos de ley presentados en el Congreso el año pasado incluía medidas para impedir que una mujer maltratada, después de irse de casa, se vea obligada a volver por pura necesidad económica. Antes bien, se propone que el dinero asignado no se entregue directamente a la mujer. Esto demuestra que el Estado elige la vía legislativa para liberar a las mujeres porque es la más barata y porque los cambios que implica tienen una mínima repercusión. Por eso no compartimos el punto de vista de las feministas, cuya principal estrategia tiene como objetivo cambiar la ley. No necesitamos leyes, necesitamos tener dinero en nuestro poder. Si tenemos poco dinero siempre seremos vulnerables a la violencia doméstica o estaremos obligadas a elegir entre la violencia del hogar o la misma violencia en el taller, que hoy en día para muchas mujeres es la única manera, no ya de liberarse, sino de no depender económicamente de un hombre.

El Tribunal Supremo ha decidido. Menos dinero y más trabajo para las mujeres (1976)

Este texto fue escrito por Silvia Federici después de que el Tribunal Supremo de Estados Unidos dictara la sentencia del caso General Electric Co. vs. Gilbert el 6 de diciembre de 1976, que estableció que era legal que el patrón excluyera las dolencias relacionadas con la maternidad de los planes de prestaciones por enfermedad y accidente de las empleadas. La sentencia sostenía que excluir el embarazo de los planes de salud no vulneraba el Título VII de la Civil Rights Act [Ley de Derechos Civiles] de 1964.

El 6 de diciembre de 1976, el Tribunal Supremo sentenció que los patrones pueden negarse a pagar la baja maternal. Es un serio revés a la lucha que hemos librado para poder acceder a puestos de trabajo remunerados y no tener que depender de un hombre si tenemos hijos. Conseguir la licencia de maternidad pagada ha sido siempre un objetivo importante y un punto de conflicto para las mujeres, porque sin ella no podemos mantenernos en un trabajo remunerado y permitirnos tener hijos. Ya en 1919 y más adelante en 1952, la Organización Internacional del Trabajo de las Naciones Unidas estableció que las mujeres tienen derecho a recibir una paga durante la licencia de maternidad. Francia, Alemania, España, Italia, Grecia o Yugoslavia están entre los países que firmaron esas convenciones y en otros cuantos países de Europa se paga hasta seis semanas y hasta el 50% del salario. En Estados Unidos hay cada vez más casos de mujeres que han presionado para que los convenios incluyan la baja de maternidad y en seis [sic] estados (Nueva York, Nueva Jersey, Rhode Island, Pennsylvania, California) se exige algún tipo de compensación. La sentencia del Tribunal Supremo es un intento de ir atrás en el tiempo. Si el Congreso no interviene, ningún patrón estará obligado a dar la licencia de maternidad, ni siquiera en los casos en que se incluya en el contrato.

Esto significa que las mujeres tendrán que elegir entre tener trabajo o tener hijos, o sea que solo podrán tener ingresos a costa de esterilizarse, y solo podrán tener hijos a costa de depender de un hombre para sobrevivir.

El 13 de diciembre, el Tribunal Supremo también sentenció que las mujeres con hijos menores de 18 años o «discapacitados» y las mujeres casadas con hombres dependientes de la seguridad social perderán la «prestación del seguro para la esposa» en caso de divorcio. Esta ayuda asciende al 50% de la paga de la seguridad social del marido y la esposa puede cobrarla mientras tenga hijos menores de edad o hijos de hasta 22 años que sigan estudiando o que estén «discapacitados».

La sentencia afectará a miles de mujeres que después de trabajar durante años cuidando de la familia se quedarán totalmente tiradas si ellas o sus maridos deciden divorciarse. Ya sabemos qué difícil es conseguir un trabajo remunerado cuando no somos jóvenes y qué difícil es mantenerlo cuando tenemos hijos, especialmente si los hijos necesitan mucha ayuda. La primera sentencia nos corta el acceso al dinero en nuestro segundo trabajo. La segunda nos corta el acceso al dinero en nuestro primer trabajo. Pero las dos tienen el mismo efecto: a las mujeres nos hace imposible sobrevivir fuera del matrimonio, sobre todo si decidimos tener hijos, y ahora más que nunca, cuando, con la excusa de la crisis, se están suprimiendo o reduciendo de manera drástica muchos servicios sociales. Muchas guarderías han cerrado o se han puesto tan caras que pocas mujeres se las pueden permitir; también se ha reducido el subsidio social lo que nos pone más difícil irnos de casa o de situaciones familiares no deseadas. Esto va a significar más mujeres maltratadas, más lesbianas en el armario, más mujeres trabajando a tiempo completo a cambio de nada. Esto significa que nuestras madres, nuestras hermanas o nuestras vecinas cuidarán de nuestros hijos cuando tengamos que reincorporarnos al trabajo en cuanto hayamos dado a luz, porque si no nos quedamos sin un peso. Esto, entonces, es un ataque contra todas nosotras.

¿Por qué se han dictado estas sentencias?

El gobierno nos quiere obligar a quedarnos en casa para que podamos compensar con nuestro trabajo extra los sueldos más y más bajos de nuestros maridos. Ese es nuestro papel en la crisis: garantizar que el nivel de vida del hombre no descienda aunque se reduzcan drásticamente los sueldos y otras formas de ingreso. Las dos sentencias muestran el coste de nuestro trabajo no remunerado. Como el trabajo doméstico no se considera trabajo no nos podemos permitir tener hijos y no cotizamos

en la seguridad social a nuestro nombre, así que seguimos trabajando hasta la muerte. ¡No es de extrañar que tantas mujeres sufran depresión posparto!

Estas sentencias también demuestran que la estrategia de la igualdad de derechos defendida por tantas feministas ha fracasado. De hecho, el Tribunal Supremo ha podido recurrir al argumento defendido por ellas de que tener hijos no debería ser un impedimento para trabajar. Han insistido en que el embarazo no es una discapacidad, en que somos iguales a los hombres y tenemos que demostrar que somos como ellos en todos los aspectos si queremos que nos traten igual ante la ley, y ahora el argumento se vuelve contra nosotras. Nos han dicho que el embarazo es una decisión individual y que si queremos trabajar no podemos exigir «derechos especiales».

Asimismo, la sentencia por la que la esposa no tiene derecho a cobrar la prestación se justifica con el argumento de que las mujeres «trabajan» y por lo tanto ya no dependen o dependen menos de los hombres. Y con esta justificación ahora planean eliminar todas las prestaciones que las mujeres puedan recibir de sus maridos. Como explica *Business Week*: «Por supuesto, la prestación del 50% para la esposa podía parecer una necesidad en los años treinta, cuando los ingresos eran bajísimos y la participación de la mujer en la mano de obra era escasa. Pero, en una época en la que la mayoría de las mujeres trabaja, empieza a parecer una prestación caída del cielo [...] A la vista de la tendencia a trabajar por parte de las mujeres, quizás la solución más sensata sea ir reduciendo poco a poco la prestación para las mujeres dependientes».²

210

Las empresas se regocijan con la sentencia del Tribunal Supremo y la respaldan con la afirmación de que «no hay pastel para todos». «Aplaudimos la decisión del Tribunal Supremo –afirma Richard Godown, de la National Association of Manufacturers [Asociación Nacional de Fabricantes]– porque solo disponemos de un presupuesto limitado para incapacidades y si buena parte de él va a parar a las trabajadoras embarazadas quedará menos para el resto de incapacidades».

² [Nota de la edición actual:] *Business Week*, «Propping up Social Security», 19 de julio de 1976, p. 43.

Se trata del mismo argumento manido de siempre, que tenemos que ceder para que otros no sufran, y esto enfrenta a las mujeres con el resto de trabajadores. Es un argumento que tenemos que rechazar porque, en el momento en que nos identifiquemos con la postura de nuestros jefes, descubriremos que no hay dinero para nada. Pero pasa justo al contrario. Si defendemos nuestro nivel de vida, defendemos el de toda la clase trabajadora, el de nuestros hijos, mayores, hombres y mujeres con los que vivimos. Por eso tenemos que decir NO a estas sentencias. Necesitamos difundir esta declaración, llevarla a nuestros trabajos, leerla en las reuniones sindicales, enviarla a la prensa local...

11. Ramas del movimiento por el Salario para el Trabajo Doméstico en Estados Unidos

Aunque este volumen está dedicado a los documentos y actividades del Comité de Salario para el Trabajo Doméstico de Nueva York, haré referencia al resto de los grupos que, dentro y fuera de Estados Unidos, formaron parte de nuestra campaña y con los que colaboramos estrechamente, a menudo contribuyendo en su creación. Las relaciones afectivas que desarrollamos en este contexto muchas veces eran intensas, reforzadas por la emoción que sentíamos cuando, como tantas otras mujeres del movimiento feminista, nos dábamos cuenta de que estábamos revolucionando nuestras vidas, rompiendo las cadenas que habían atado a las generaciones de mujeres que vivieron antes que nosotras. Al trabajar en red con otras mujeres, descubrí nuevas formas de amor y la posibilidad de unas relaciones familiares que hasta el momento había mantenido confinadas en el reino de la utopía.

De entre los grupos de WfH de Estados Unidos, con el grupo de Los Angeles mantuvimos un intercambio constante de materiales e ideas desde el principio y a pesar de la distancia. Beth Ingber y Sidney Ross, dos mujeres de Cleveland que se instalaron en Los Angeles, fundaron el grupo a finales de 1974. Fue uno de los primeros que surgió y uno de los más comprometidos en conseguir que el movimiento se hiciera masivo. En este sentido, a veces nos presionaban para que concretáramos nuestra reivindicación, que le pusiéramos precio y definiéramos quiénes tendrían derecho al salario que exigíamos. Esto provocó un debate interno sobre la naturaleza temporal de las reivindicaciones políticas, cuándo y cómo empezar a negociar con el Estado, y las ventajas y riesgos de definir nuestros objetivos antes de que se formase un movimiento masivo.

Además de publicar un boletín en inglés y en español, el grupo WfH de Los Angeles tenía un día semanal de puertas abiertas y un «centro móvil», un camión-biblioteca de literatura activista con el que se acercaban a

las mujeres de los distintos barrios. Dentro de la lucha contra la violencia hacia la mujer, el grupo hizo una campaña por la liberación de Joan Little, una mujer negra que asesinó al guardiacárcel que la había agredido sexualmente en la cárcel Beaufort County Jail de Carolina del Norte y que finalmente fue la primera mujer absuelta de un caso de estas características en Estados Unidos. El 4 de julio de 1976, el grupo de Los Angeles publicó «Una declaración de independencia», en la que se decía que: «Nosotras, las mujeres de Estados Unidos, estamos hartas. 200 años después de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, seguimos trabajando mucho y ganando poco. Todavía no somos independientes». En mayo de 1977, junto con las mujeres del grupo WfH de San Francisco, Beth Ingber colaboró en la representación de un juicio simulado, que se celebró en las escaleras del ayuntamiento, en el que condenaron al gobierno y las grandes empresas por el crimen de «explotarnos con la prostitución y todo el trabajo no remunerado que hacemos las mujeres». Según cuenta el periódico *Oakland Tribune*, Ingber, que actuaba como fiscal, dijo:

[...] El gobierno y las grandes empresas nos han robado, violado y molido a palos para obligarnos a salir de las calles y volver a casa a trabajar gratis [...] Las prostitutas son beneficiosas para la ciudad de San Francisco porque traen turistas. El gobierno saca tajada con las multas que impone a las mujeres acusadas de prostituirse [...] pero las prostitutas no son las únicas que sufren. Todas las mujeres sufren, entre ellas las que trabajan en puestos mal pagados [...] Nos ahogan con el papeleo [...] nos entie-ran entre sartenes y dolores de espalda, dijo ella. Pero da igual lo que se esfuercen, no pueden acabar con nuestra lucha. Sabemos quiénes son. Son el Estado y son internacionales. Son General Motors, la compañía telefónica, el hospital, el banco, la petrolera, el agronegocio, la industria publicitaria. Son las corporaciones cuyos beneficios dependen de la explotación del trabajo de nuestros cuerpos y mentes [...].¹

214

Pocos días después, el grupo WfH de Boston celebró otro simulacro de juicio en el parque Boston Common. El grupo fue fundado originalmente por mujeres procedentes de la facultad Oberlin College, en Ohio. Al igual que el de Nueva York y otros grupos de la red, Boston reaccionó al creciente acoso a las trabajadoras sexuales que se estaba produciendo

¹ *Oakland Tribune*, martes, 10 de mayo de 1977, p. 9.

en el país en 1977. El 7 de febrero de ese año acompañó a PUMA (rama de la organización de prostitutas de la costa oeste COYOTE) a la Suprema Corte de Massachusetts para oponerse a la condena de tres prostitutas y recurrir las leyes de ese estado contra la prostitución.

Aunque los grupos de WfH reaccionaron con iniciativas específicas a la reducción del subsidio social, el acoso a las trabajadoras sexuales o los cambios de la legislación referente a la familia / reproducción, desde San Francisco hasta Chicago y Filadelfia, de costa a costa, compartíamos una movilización común: la propuesta del salario para el trabajo doméstico como estrategia de liberación de la mujer. Este asunto fue el que más colaboración generó entre nosotras, con un intercambio constante de documentos e información y de visitas entre los distintos grupos, que solían dar ocasión a asambleas públicas en las que reclutábamos más mujeres o afinábamos nuestra perspectiva y estrategia política.

La independencia comienza en casa

«Nosotras, las mujeres de Estados Unidos, estamos hartas. 200 años después de la declaración de independencia de los Estados Unidos, seguimos trabajando mucho y ganando poco. Todavía no somos independientes».

Este fragmento procede de la Declaración de Independencia de las Mujeres, en la que exigimos que el gobierno federal pague un salario para el trabajo doméstico a todas las mujeres. Queremos que el dinero provenga de los beneficios de las empresas —no de nuestras aportaciones fiscales—. La Declaración es el modo de que las mujeres

Documentos 11.1 y 11.2. El documento que se ve parcialmente es un boletín informativo publicado en la primavera de 1977 por el grupo WfH de Los Angeles, en el que se anuncia la Declaración de Independencia de las Mujeres. El documento de la página siguiente es una declaración conjunta elaborada por los grupos WfH de Los Angeles y San Francisco en la que denuncian la represión ejercida por el Estado sobre las trabajadoras sexuales.

Independence Begins At Home

"We the women of the United States, are tired after 200 years of American Independence, we still overworked and underpaid. We are still not independent."

The above is from the Women's Declaration of Independence, in which we demand Wages for Housework for all women from the United government. We want the money to come from business's profits. —

...and from paychecks.

The Declaration is a way we women can reach other women that we need the money and that we intend to get it. We're not forcing anyone to sign on to any government action. The Declaration is a way of putting together our common objectives and needs of our own. It's a way we can show each other the strength of our courage for the wage.

The Declaration is written in both Spanish and...

Continued on page 10

Wages for Housework NEWSLETTER

National Edition Spring 1977

Published by the Los Angeles Wages for Housework Committee

Holding On To Our Wages

The New York Wages for Housework Committee and Black Women for Wages for Housework are holding meetings to fight the welfare cuts since the Wages for Housework and Welfare Cutdown on April 1974. It was not by accident that we selected welfare as a point of struggle.

Welfare is the last money we women have been denied from the government for the work we do in our homes. 14 hours a day. It's not much and it's hard to live on all our work. But it's a start and it's our money. Money we don't have to ask any one for.

We thousands of us to make the difference between being able to keep our children or being to give them up for adoption, being able to work out on...

Continued on page 4

Birth Announcement

We are pleased to announce our presence in an announcement group of Black Women for Wages for Housework within the International Wages for Housework Campaign. We came together for the first time at a conference sponsored by the New York WfH Committee on Wages for Housework and Birth, which was held in Brooklyn on April 24, 1976. We've been meeting weekly ever since then.

Our activities have included study of WfH literature and the struggle of Black women in the community and in the second job against housework and the wage. We've helped to women in our neighborhood and distributed our own leaflets of written offers, directory centers, shopping lists, and advance women news, including a Black women's conference held at Hunter College, City U. of N.Y. Our objectives will be the N.Y. WfH Committee or planning a day of action against welfare cuts and for Wages for Housework, and hold our own public meeting (1) to establish further contact with other Black women and (2) to mobilize for the day of action and demonstration.

The public meeting at the end of these was a tremendous success in bringing Black women to show our experience of struggle in the community.

WOMEN CHARGE GOVERNMENT FILLS

(See back page)

215

hagamos saber a otras mujeres que necesitamos el dinero y que estamos dispuestas a conseguirlo. No estamos entregando copias respaldadas por firmas a ninguna agencia del gobierno. La Declaración es una forma de aunar esfuerzos en nuestra lucha individual por conseguir nuestro propio tiempo y dinero. Es la forma de mostrar la potencia de nuestra campaña por el salario.

La Declaración está escrita tanto en español como [...].

Boletín de Salario para el Trabajo Doméstico

Edición nacional. Primavera de 1977

SI ATACAN A LAS PROSTITUTAS,
NOS ATACAN A TODAS

**AN ATTACK AGAINST PROSTITUTES
IS AN ATTACK ON ALL WOMEN**

The recent attack on street prostitutes in San Francisco is one more attempt by the government to deny women access to money of our own. The city supervisors are raising the flag of morality to justify their "cleaning up the streets." In fact, they are protecting the profits of the Union Square hotels, which run their own pimping services. The power of the hotels, like that of all pimps, is threatened by the growing struggle prostitutes are making to abolish the laws against prostitution. The supervisors' morality is not offended when big business pimps or when the government takes its share through fines on prostitutes. It is only offended when we refuse to give them a cut.

In many parts of the world, governments are harassing prostitutes because prostitution expresses our sexuality as work which should be paid. As recently stated by the English Collective of Prostitutes:

"Sex is supposed to be personal, always a free choice, different from work. But it's not a free choice when we are dependent on men for money. So women are expected to be sexual service stations and because of that, sex becomes a bargaining point between ourselves and men. When any of us sleep with a man, at least to some degree, we are forced to consider what we are going to get in return for 'giving' -- money, the rent, or better treatment in other ways. Those of us who are prostitutes not only calculate, but put a price on our services and make men meet it. The line between unpaid sex and paid sex is a question of what we get in return."

Business makes money off our sexuality. Distracted by the work they are compelled to do, men come to us for the sexual and emotional gratification they need to continue working, making profits for business. When we work outside the home -- on top of housework, our bosses use our sexuality to please customers and make sales. The advertising industry is based on linking products with hints that our sexual "favours" go with them. Our lives are consumed so that business can profit.

More and more, women are refusing to be exploited -- to work at home for free, and to work outside the home for low pay. Wherever we are demanding our wages -- from the Welfare Dept., in the street, at the job outside the home -- we are fighting for money for all our work.

Prostitution is one way of getting our wages. Although the government tries to isolate our struggles, we refuse to be divided. All work is prostitution, and we are all prostitutes. We are forced to sell our bodies -- for room and board or for cash, in marriage, on the street, in cyping pools or in factories. And as we win wages for all the work we do, we develop the power to refuse prostitution -- in any of its forms.

WE DEMAND AN END TO THE HARASSMENT OF PROSTITUTES
WE DEMAND THE ABOLITION OF ALL LAWS AGAINST PROSTITUTION

Prepared by Nages for Housework-San Francisco and Los Angeles Nages for Housework Committee

El reciente ataque que han sufrido las prostitutas callejeras en San Francisco es otro intento más del gobierno de negarnos a las mujeres la posibilidad de tener nuestro propio dinero. Las autoridades de la ciudad agitan la bandera de la moralidad para justificar su concepto de «limpiar la calle». De hecho lo que están haciendo es proteger los beneficios de los hoteles de Union Square, que tienen sus propios servicios de proxenetas. El poder de los hoteles, igual que el de todos los proxenetas, está amenazado por la lucha de las prostitutas para abolir las leyes contra la prostitución. La moralidad de las autoridades no se ofende cuando las grandes empresas nos explotan o cuando el gobierno saca tajada con las multas a la prostitución. Solo se ofende cuando nos negamos a darles un trozo del pastel.

En muchos lugares del mundo, los gobiernos hostigan a las prostitutas porque la prostitución muestra nuestra sexualidad como un trabajo por el que habría que pagar. Como han declarado hace poco las prostitutas del English Collective of Prostitutes [Colectivo Inglés de Prostitutas]:

Se supone que el sexo es personal, que depende del libre albedrío, que es distinto al trabajo. Pero no es una decisión libre si dependemos de los hombres para tener dinero. Se espera de nosotras que seamos estaciones de servicio sexual y es por eso que el sexo se convierte en objeto de negociación entre nosotras y los

hombres. Cuando nos acostamos con un hombre, al menos hasta cierto punto estamos obligadas a considerar lo que vamos a obtener a cambio de «dar» —dinero, el alquiler o un mejor trato en otros aspectos—. Aquellas de nosotras que somos prostitutas no solo calculamos, sino que ponemos un precio a nuestros servicios y hacemos que el hombre lo pague. La línea divisoria entre el sexo de pago y el que no lo es, es lo que obtenemos a cambio.

Las empresas ganan dinero con nuestra sexualidad. Destruídos por el trabajo que están obligados a hacer, los hombres acuden a nosotras en busca de la recompensa sexual y emocional que necesitan para seguir trabajando y generando beneficios a las empresas. Cuando trabajamos dentro y fuera de casa, nuestros jefes utilizan nuestra sexualidad para agrandar a los clientes y vender más. La industria publicitaria se basa en vincular un producto a la insinuación de que lleva incorporados nuestros «favores» sexuales. Nuestra vida es objeto de consumo para beneficio de los negocios.

Cada vez hay más mujeres que se niegan a ser explotadas, a trabajar gratis en casa y a trabajar fuera de ella a cambio de un salario misero. Allá donde exijamos nuestro salario —ya sea en el departamento de asuntos sociales, en la calle o en el trabajo fuera de casa— estaremos luchando por el dinero de todo nuestro trabajo.

La prostitución es una forma de conseguir nuestro salario. Aunque el gobierno intente aislar nuestra lucha, nos negamos a que nos dividan. Todos los trabajos son prostitución, todas nosotras somos prostitutas. Estamos obligadas a vender nuestros cuerpos —a cambio de comida y techo o a cambio de dinero en efectivo, en la calle, en el departamento de mecanografía o en la fábrica—. Y a medida que ganemos un salario por todo el trabajo que hacemos, desarrollaremos el poder de negarnos a la prostitución —en cualquiera de sus formas—.

EXIGIMOS QUE SE DETENGA EL ACOSO A LAS PROSTITUTAS

EXIGIMOS LA ABOLICIÓN DE TODAS LAS LEYES CONTRA LA PROSTITUCIÓN

Redactado por Salario para el Trabajo Doméstico – San Francisco y el Comité de Salario para el Salario Doméstico de Los Angeles

Power of women

Revista del colectivo POWER OF WOMEN
vol. 1 núm. 4. verano de 1975

15 peniques

Crisis Internacional, Campaña Internacional –

Manifestaciones de Salario para el Trabajo Doméstico –

¿De dónde viene el dinero?

Quién decide si tenemos hijos: campañas por el aborto, esterilización forzosa, dinero y el derecho a elegir. Lesbianismo y Salario por el Trabajo Doméstico –

Nueva York: La batalla del centro de salud – Toronto: Las madres solteras luchan por tener dinero – Suecia: Los frutos de la «igualdad» – Belfast: Huelga femenina de trabajo y oficina – España e India: Las mujeres combaten los precios – Windsor, Canadá: Crisis y resistencia.



Documentos 11.3. Portada de *Power of Women* [El poder de las mujeres], volumen 1 número 4, 1975. La revista fue editada por Power of Women Collective [Colectivo Poder de las Mujeres] de Londres y se publicaron cinco números entre 1974 y 1977. Publicada por la editorial Falling Wall Press, de Bristol, la revista recogía artículos de las distintas ramas del movimiento.

12. Ramas internacionales del movimiento por el Salario para el Trabajo Doméstico

A parte de los grupos de Salario para el Trabajo Doméstico de Nueva York, Toronto y Montreal, el Colectivo Feminista Internacional también incluía al Comité Triveneto de Italia y al colectivo londinense Power of Women Collective; estos dos grupos fueron los principales impulsores de la campaña internacional. Hubo otros dos grupos de WfH en Europa que en cierto modo se mantuvieron en la «periferia» de la red internacional: Les Insoumises de Ginebra, Suiza, y el grupo berlinés de WfH (Lohn für Hausarbeit). El libro de Louis Toupin *Le salaire au travail ménager. Chronique d'une lutte féministe internationale (1972-1977)* recoge las actividades que realizaron estos y otros grupos pertenecientes a la red.





sono sempre più numerose le donne che si dichiarano Femministe "nella pratica" e a livello individuale. Ma sono ancora molte le donne che considerano le Femministe organizzate esaltate e aggressive. Questo perché alla stampa fa comodo presentarci per quello che abbiamo di diverso non per quello che ci unifica tutte. Non bastano le lotte individuali. Con questo primo bollettino vogliamo chiarire alle altre donne: Chi siamo, perché ci organizziamo fra sole donne, perché riteniamo importante impegnarci in una campagna per il salario al lavoro domestico

£ 350

COORDINAMENTO EMILIANO
SALARIO al LAVORO DOMESTICO
 PER IL

Gruppi femministi di:

bologna
 ferrara
 modena
 ravenna
 Reggio Emilia

INDICE Lavoro domestico: inchiesta - come nasce un gruppo femminista - lotta all'ospedale di Ferrara - consultori: per chi? - sessualità - questi servizi sociali - interventi - lettere.

DOCUMENTI: FEMMINISMO-AUTONOMIA. CONTRO IL LAVORO DOMESTICO: SALARIO - PERCHÉ UNA CAMPAGNA PER IL SALARIO AL LAVORO DOMESTICO.

NUMERO UNICO IN ATESA DI AUTORIZZAZIONE.

AN ALLE REGIERUNGEN

Frauen in aller Welt kündigen an:

Wir putzen eure Häuser und Fabriken. Wir ziehen die nächste Generation Arbeiter für euch groß. Wir versorgen unsere Männer, damit sie instande sind, für euch zu arbeiten: wir sind die Hausfrauen der Welt. Als Dank für unsere Arbeit habt ihr bisher immer nur von uns verlangt, noch mehr zu arbeiten.

Wir kündigen hiermit an, daß wir für unsere Arbeit bezahlt werden wollen. Wir wollen Lohn für jede schmutzige Toilette, für jede schmerzhafte Geburt, für jede freche Anmacherei und Vergewaltigung, für jede Tasse Kaffee und für jedes Lächeln. Und wenn wir nicht bekommen, was wir wollen, dann werden wir einfach streiken.

Wir haben unseren Kindern beigebracht, ordentliche Bürger zu werden und eure Gesetze zu respektieren. Aber ihr sperrt sie in Fabriken, Gefängnisse und Küchen. Unsere Kinder haben mehr verdient, als ihr ihnen bieten könnt, und wir werden ihnen beibringen, mehr zu erwarten. Wir haben Kinder geboren, wenn ihr mehr Arbeiter brauchtet, und ihr habt uns sterilisiert, wenn ihr keine mehr brauchtet. Von jetzt an ist unser Bauch nicht mehr Staatseigentum. Wir haben geschrubbt und gebohrt und geölt und gewachst und poliert, bis uns Arme und Rücken wehtaten, und zum Dank habt ihr immer neuen Dreck geschaffen. Jetzt könnt ihr in eurem Dreck verkommen. Wir haben in der Isolation des Hauses gearbeitet, wenn ihr uns da brauchtet, und wir haben einen zweiten Job angenommen, wenn ihr uns da brauchtet. Jetzt wollen wir es sein, die entscheiden, WANN wir arbeiten, WIE wir arbeiten und FÜR WEN wir arbeiten. Wir wollen sogar entscheiden, daß wir ÜBERHAUPT NICHT ARBEITEN – wie ihr. Wir sind Lehrerinnen, Krankenschwestern, Sekretärinnen, Prostituierte, Schauspielerinnen, Kindergärtnerinnen, Hostessen, Kellnerinnen und Mädchen für jeden Dreck, wir haben geschwitzt, während ihr reich wurdet. Jetzt wollen wir den Reichtum zurück, den wir geschaffen haben.

WIR WOLLEN IHN BAR, RÜCKWIRKEND UND SOFORT UND ZWAR VOLLSTÄNDIG. WIR FORDERN VOM STAAT LOHN FÜR HAUSARBEIT FÜR ALLE FRAUEN

– um die Hausarbeit zu verringern, um essen zu gehen, um Maschinen endlich für uns arbeiten zu lassen und um unser Dasein als Hausklavinnen zu verweigern.

– um die Bedingungen und den Lohn

für den außerhäuslichen zweiten Arbeitsplatz bestimmen zu können, um entscheiden zu können, ob wir überhaupt diese zweite Arbeit wollen.

– um den Männern entgegenzutreten zu können, wenn wir MIT IHNEN

und wenn wir FÜR SIE arbeiten – Geld heißt Unabhängigkeit

– um zu bestimmen, was für eine Sexualität wir wollen

– um zu bestimmen, wann und zu welchen Bedingungen wir Kinder haben wollen

– um unseren Kindern das zu geben, was wir für richtig halten

– um anständige Wohnungen zu verlangen und zu bekommen

– um bezahlten Urlaub zu verlangen und zu bekommen VON ALLER ARBEIT

Kampagne für Lohn für Hausarbeit

13. Cobertura mediática del movimiento Salario para el Trabajo Doméstico y los debates sobre el valor del trabajo doméstico

A pesar de que la respuesta de los medios de comunicación ante Salario para el Trabajo Doméstico fue en general positiva, fuimos prudentes en nuestra relación con la prensa porque éramos conscientes de su tendencia a distorsionar y presentar los hechos de forma sensacionalista, sobre todo en lo que respecta a los temas feministas y al cuestionamiento de las relaciones familiares y sexuales por parte de las mujeres. Por eso intentamos construir relaciones con aquellas periodistas, sobre todo mujeres, que mostraban interés por el movimiento, en lugar de intentar ganarnos a los medios en general. Los programas de radio y, en ocasiones, de televisión también fueron un buen vehículo para publicitar nuestros eventos y objetivos –concretamente, descubrimos que las mujeres escuchaban la radio mientras hacían las tareas domésticas–.

Dos años después del lanzamiento de la campaña en Estados Unidos, los medios de comunicación advirtieron el trabajo que estábamos haciendo y apareció una cantidad considerable de artículos sobre nosotras en periódicos y revistas. Hemos incorporado algunos de ellos a continuación, especialmente aquellos que tratan sobre el Comité de Nueva York. También incluimos artículos que entraron en el debate sobre el valor del trabajo doméstico y la posibilidad de que el gobierno pague por él, que se desarrolló a finales de la década de 1970. El interés por nuestra campaña se debió en parte al debate que se desarrollaba desde mediados de esa década sobre el trabajo de las mujeres, los subsidios sociales y la crisis que dominaba no solo en el ámbito doméstico sino también en el lugar de trabajo tradicional. Como demuestra el informe *Work in America*,¹ encargado por el Department of Health, Education and Welfare (HEW) y

¹ Special Task Force to the Secretary of Health, Education and Welfare, James O'Toole et al., *Work in America*, [El trabajo en Estados Unidos], Cambridge, MIT Press, 1973.

publicado en 1973, en ese momento el gobierno y las autoridades del ámbito laboral estaban muy preocupadas por la popularización del rechazo al trabajo que se propagaba por los reductos del poder de los trabajadores manuales, donde cada vez se daba más importancia al tiempo libre a la hora de negociar un contrato, y no tanta a la mejora salarial ligada a la productividad. Para las autoridades, la crisis doméstica era igual de grave y se evidenciaba en el número creciente de mujeres que viven solas y tienen hijos fuera del matrimonio, en la expansión del movimiento feminista y por los derechos de bienestar y en la generalización de la lucha de las mujeres por conseguir ser más autónomas respecto de los hombres y tener los medios para alcanzar la autosuficiencia económica.

Un elemento de esta crisis era la difícil situación del «ama de casa destituida», esa mujer que, después de haber respaldado al marido mientras trabajaba y de haber criado a sus hijos, terminaba sola, ya fuese por divorcio o por el fallecimiento del marido, y sin medios para mantenerse.

En 1975, a la crisis laboral se sumó una crisis reproductiva, cuando la tenaz escalada del precio del petróleo provocada por el embargo petrolero de 1974 afectó a todos los precios de consumo, empezando por la comida, los servicios públicos y el transporte. La crisis supuso una transferencia masiva de riqueza de abajo hacia arriba, que anunció el comienzo de la reestructuración de la economía global que estaba por llegar.

En este contexto, los medios de comunicación, incluyendo la prensa de prestigio como *The New York Times*, *Life Magazine* y *Los Angeles Times*, no solo se fijaron en nuestra campaña, sino que empezaron a plantear la posibilidad de que el PIB reflejara el valor del trabajo doméstico y sopesaron algunos métodos para calcularlo.

224

La década de 1970 fue una época de experimentación institucional. Enfrentado a un cuestionamiento sin precedentes de los parámetros tradicionales de la disciplina social y a la revuelta que se estaba produciendo en los lugares que en principio constituían los pilares del orden social, la familia, el hogar y la comunidad, durante un tiempo el sistema no supo qué camino seguir. Un informe de 1973 llegó incluso a defender el reconocimiento del trabajo doméstico como trabajo —una medida que habría eliminado el estigma de las beneficiarias del subsidio social y que ciertamente habría dado un giro importante a la lucha feminista—. Esto no iba a ocurrir, probablemente porque la posibilidad de semejante unificación era una amenaza al sistema

establecido. En vez de eso, se abrió la puerta al trabajo remunerado a las mujeres, mientras que, ideológicamente, se trazaba una profunda línea entre la celebración de la nueva mujer trabajadora y la mujer dependiente del subsidio, a la que ahora se retrataba como carente de la iniciativa y el orgullo de sus hermanas, supuestamente más industriosas. A finales de esa década, se empezó a ver como algo preocupante el hecho de que al haber cada vez más familias con dos ingresos, se estaba neutralizando el efecto del uso de la inflación para forzar la baja de salarios, lo que provocó un fenómeno que los economistas denominaron «estanflación».

Una vez descartada la posibilidad de que se diese algún tipo de compensación al trabajo doméstico y que se produjese un gran cambio político al respecto, el debate sobre el valor del trabajo doméstico derivó en una discusión técnica que algunos periodistas declaraban directamente inútil. No obstante, el debate sobre la pertinencia de incluir el valor del trabajo doméstico en el PIB se reaviva cada cierto tiempo, reflejando la crisis continuada de los millones de mujeres que viven en situación de absoluta pobreza sin recursos para mantenerse, muchas veces después de haber pasado toda su vida dedicadas a cuidar de otras personas. En 1985, Naciones Unidas abrazó la propuesta; que también fue defendida por feministas relevantes como Marilyn Waring en su popular obra *If Women Counted [Si las mujeres contaran]*, de 1988.² Pero estos apoyos terminaron siendo una magra recompensa ante el definitivo rechazo de cualquier intento real de calcular el valor de este trabajo y el desmantelamiento sistemático de toda medida pública de apoyo a los servicios reproductivos.

La contabilización que defendía Waring, que podía haber sido un acto subversivo, hoy en día se ha convertido en un ejercicio inofensivo que se permite a los periodistas para sazonar sus artículos, como esos en los que recuerdan a los hombres cuánto pueden valer sus mujeres, por si las tuvieran que reemplazar. Así que ciertamente por un momento, a mediados de la década de 1970, se contempló la posibilidad de que el Estado interviniera en la cuestión del trabajo doméstico, como demostró el informe del ya extinto HEW. Si hubiese habido un movimiento feminista fuerte que hubiese hecho campaña por la remuneración del trabajo doméstico, se habría podido superar la brecha abierta entre las mujeres dependientes del subsidio y las denominadas «mujeres trabajadoras».

² Marilyn Waring, *If Women Counted*, Londres, Harper and Row, 1988.

1

March and Rally Celebrate First International Women's Day

By JUDY KLEMERUD
Chilled by brisk March winds, hundreds of women from a coalition of 50 women's groups marched down Fifth Avenue under sunny skies yesterday in celebration of International Women's Day.

The marchers wore mostly carefully denuded, exuberant young people although there were a number of middle-aged matrons in fur coats. Many carried colorful signs, with such slogans as "Economic Depression, Wars — Women Can Do Better," "120,000 Women in Japan Jail," "Reverse the Edlin Verdict," "We Refuse to Be Shock Arrested for Capitalist's Crimes" and "The Defense Is Not a Crime—Rape It."

The parade route stretched for 25 blocks from the New York Public Library, to Union Square, where a rally was held. Police estimated between 1,200 and 3,000. About 15 per cent of them were men.

At first, the marchers were limited by police to the eastern half of Fifth Avenue. But

at 23d Street, they took over the entire width of the street, causing one police officer to mutter, "What a riot!" He paraded was led by a group of women carrying a huge red, white and blue banner reading "International Women's Day Coalition—March 8, 1975."

Behind them was the Victoria Woodhull Marching Band, an all-women band in ragging, purple costumes, whose bass drummer said: "You don't have to know anything about music to join our group."

The march and rally drew some of the most prominent names in the American feminist movement, including Betty Friedan, Representative Betty Abzug, Gloria Steinem, Jacqueline Chelatos of the National Organization for Women and Liezt Gov. Mary Kay Krupsk. Also with her was Eleanor Tilson, president of the New York Committee of Labor Union Women, Betha Noyes of the National Welfare Rights Organization and Sylvia Weiler of the G.W.P. Mothers.

The most popular chants were "Equal Pay, All the Way," "E.R.A., All the Way,"

"Equal Pay for Equal Work" and "Money for Job, Not for War."

Across the street from where the parade formed, Harry Britton, who makes his living selling anticommunist newspapers for 25 cents, carried a sign saying "International Housewife's Day."

The march was one of the first events in New York City to commemorate the United Nations-declared International Women's Year 1975, which many women felt was largely ignored in the city until this weekend.

Officially, the march was dedicated to the three goals of the I.W.V.: equality, development and peace. But as Miss Friedan saw it, the women had many more specific reasons to be marching.

"Unfinished Business"

"Women are being hurt

employment, and the threat

said. "We also have to fight

the Equal Rights Amendment

who are trying to deny us

abortion and the control of

our own bodies. We, do we

have unfinished business."

2



Liezt Gov. Mary Anne Krupsk spoke at the rally

The march had a strong labor component, as it also commemorated the march of thousands of working women on New York City's Lower East Side on March 8, 1908, when they demanded an end to sweatshop conditions.

At the most part, the march was orderly — although there were a few

scattered incidents in Union Square, a man who identified himself as Frank Lison was wearing torn from his face by angry feminists who they ripped the two anti-abortion signs he was carrying, one which said "Abortion Is Murder," facing the speaker's podium. Another man had shouted earlier, during the march, "Baby murderer, that's all you women are, baby killers!"

International Women's Day was celebrated at the United Nations on Friday, with a day-long conference on "Women's Status in the 1970s." It featured 18 sessions from throughout the

3

who took turns making statements and answering questions from a pool of journalists and the audience.

But the biggest excitement among United Nations women employees that day was about the petition calling for an end to discrimination against women at the United Nations, which 3,700 out of 3,000 U.N. employees had signed. It was presented to U.N. Secretary-General Kurt Waldheim at the conference was being held.

Citing statistics that only 21.7 per cent of the U.N.'s professional employees are women, the women who wrote the petition also called for an "ombudsman" from outside the United Nations, who would act on individual complaints as well as suggest ways of elevating more women to policy-making and professional posts.

"Since the United Nations is sponsoring International Women's Year, it must set an example as far as discrimination against women is concerned," said one of the petitioners, Father Anthony B. Souza, S.J., from Boston, a member of the World Council of Churches. "Otherwise, the year is just a mockery."

The petition, which agreed from the outset that they weren't going to offer any "solutions," discussed a wide range of subjects, including whether women are more protected by nature, whether they are not more protected in the political process, the ways various religions may have helped reduce the need for more and better education for women, the future of the nuclear family's effect on society, of face-lifts, babies, and the unimportance of physical beauty.



Signs in parade and at rally expressed a variety of feminist goals.

Many observers expressed surprise that more was said from the so-called polarization between Western women and their struggle for survival. This division is said to be a possible threat to the success of the I.W.V. World Conference to take place in Mexico City June 25-29.

The only reference to this polarization came from Justice Annie Jaggas of the High Court of Ghana, who said, in answer to a question:

A Basic Difference
"Women of the third world are not being divided from the women of the developed world over equal pay for equal work. But we are being separated by value judgments. Today, one-third of the world makes use of two-thirds of the world's wealth, and the other two-thirds of the population with one-third of the world's wealth, you tell them to manage on that."

"As a result," she went on, "we are faced with starvation and a struggle for

4



WOMEN MARCH DOWN FIFTH AVENUE. Hundreds in a coalition of 50 groups celebrated International Women's Day. The parade started at 41st Street and ended in a rally at Union Square.

the basic necessities. You are so concerned with equality, but you do not see the injustices of this setup, and that's where our basic differences lie."

Catherine Greer, author of "The Female Eunuch" and a panelist, denounced "the queen bee complex" that she said was continuing among some women and harassing other women.

"You see it in the women who made it on their own, and they think that other women will never make it on their own," she said. "I'd say, it is like the oppressed people who are trying to see to see one of their own in power."

The conference had its light moments, such as when the panelists insisted that a nursing mother, who had been pregnant from the conference room, be admitted. And when

Prof. Alla Gherzhobova Masriva, vice chairman of the Soviet Union's Council on Astronomy, passed out gifts from Soviet women to the panelists.

"to the Same Stew"
She gave the men large wooden spoons, "not only for eating, but as a suggestion that they should try some recipes themselves," she said.

And she gave the women spoons, "probably to let us know that we're all in the same stew," one of the panelists remarked.

The topic that drew the longest and most heated discussion seemed to be the future of the family. Several panelists, including Professor Nor Masriva, said the traditional nuclear family was the best answer, while others, including Betty Friedan, argued for new models, "not

women in boxing gloves who would handle their husbands' and punches with a television camera," she said, had made obscene remarks that were called for women's right to box. The man received a bloody cut on his left jaw.

List of Demands

At the rally, Charles Reed of the Progressive House of Representatives said he read a list of demands that had been agreed upon by the coalition. They included: Equal job opportunities at equal wages; 24-hour-a-day universal child care; immediate ratification of the Equal Rights Amendment; more access to abortion and contraceptive; civil rights for Lesbians; freedom for all political prisoners in this country and abroad; an end to United States "militarism"; and re-appropriation of defense funds for human needs, and a comprehensive national health care program.

Among the most applauded speeches at the rally were those given by Mrs. Abzug and Mrs. Krupsk, both of whom called for an end to war and the use of "war money" for human needs.

As the women spoke about a half-dozen persons stood a short way on East 17th Street, with anti-abortion placards with slogans such as "Abortion Is Murder," facing the speaker's podium. Another man had shouted earlier, during the march, "Baby murderer, that's all you women are, baby killers!"

International Women's Day was celebrated at the United Nations on Friday, with a day-long conference on "Women's Status in the 1970s." It featured 18 sessions from throughout the

the nuclear family of the West, which is crisis, nor the extended family was spent.

In fact, so much time was spent discussing women as wives and mothers that the Prime Minister of Italy, ended the conference by summing up its two long, long sessions.

"If we aren't careful, the I.W.V. is going to become one huge Mother's Day," he said.

The final liberation of women must come from our own efforts, and we must not depend on other people to do it.

"We are headed for a pluralistic future, with options of all kinds."

Una marcha y una concentración para celebrar el primer Día Internacional de la Mujer

Por Judy Klemesrud

Acariciadas por los frescos aires de marzo, los cientos de mujeres que integran una coalición de cincuenta agrupaciones recorrieron la Quinta Avenida bajo el cielo azul para celebrar el Día Internacional de la Mujer.

Las manifestantes llevaban una vestimenta informal, eran jóvenes exuberantes, aunque también había algunas damas de mediana edad cubiertas con abrigos de piel. Muchas llevaban carteles llenos de color, con lemas como «Recesión, depresión, guerras – Las mujeres podemos hacerlo mejor», «120.000 mujeres en las cárceles de Saigón», «Tumben el veredicto Edelin», «Nos negamos a ser el parachoques de la crisis capitalista» y «La autodefensa no es delito – La violación sí».

La ruta de la manifestación recorrió 25 manzanas, desde la New York Public Library, en la calle 41 con la Quinta Avenida, hasta Union Square, donde se hizo un acto. La policía calcula que hubo entre 1.200 y 2.000 asistentes. Aproximadamente el 15% de ellos eran hombres.

Al principio, la policía mantuvo a las manifestantes en la mitad este de la Quinta Avenida, pero al llegar a la calle 32 tomaron todo el ancho de la calle, lo que hizo que un policía sacudiera la cabeza y exclamara afable: «¡Vaya ciudad!».

El desfile iba encabezado por un grupo de mujeres que llevaba una enorme pancarta roja, blanca y azul en la que ponía «Coalición por el Día Internacional de la Mujer – 8 de marzo de 1975».

Detrás de ellas, la Victoria Woodhull Marching Band, una banda de mujeres vestidas con desprolijos disfraces morados. La encargada de tocar el bombo dijo: «No necesitas saber nada de música para unirse a nuestro grupo».

Acudieron al evento algunos de los nombres más destacados del movimiento feminista estadounidense, entre ellas Betty Friedan, la representante Bella Abzug, Gloria Steinem, Jacqueline Ceballos, de National Organization for Women [Organización Nacional de Mujeres], y la vicegobernadora Mary Anne Krupsak, así como Cleanor Tilson, presidenta de New York Coalition of Labor Union Women [Coalición de Mujeres Sindicalistas de Nueva York], Beulah Sanders, de National Welfare Rights Organization [Organización Nacional por los Derechos del Bienestar], y Sylvia Wexler, de Grey Panthers [Panteras Grises].

Los cánticos más populares durante la marcha parecieron ser «*E.R.A., all the way!*» [Por la aprobación de la enmienda por la igualdad de derechos], «*Equal Pay for Equal Job*» [A igual trabajo, igual salario] y «*Money for jobs, not for war*» [Dinero para el empleo, no para la guerra].

Al otro lado de la calle por la que desfilaba la marcha, Harry Britton, que se gana la vida vendiendo periódicos antifeministas a 25 centavos, sostenía un cartel que decía «Día Internacional del Marido».

La marcha ha sido uno de los primeros eventos celebrados en Nueva York para conmemorar la declaración del año 1975 como Año Internacional de la Mujer por parte de Naciones Unidas, algo que casi nadie sabía en la ciudad hasta este fin de semana, en opinión de muchas mujeres.

Oficialmente, la marcha estuvo dedicada a los tres objetivos del Año Internacional de la Mujer: igualdad, desarrollo y paz. Pero, en opinión de Friedan, las mujeres tienen muchas otras razones para acudir a la marcha:

«Trabajo por hacer»

«Las mujeres estamos siendo las más afectadas por los despidos, el desempleo y el caos de la depresión generalizada», dijo. «También tenemos que luchar contra nuestros enemigos, que se niegan a ratificar la Enmienda por la Igualdad de Derechos, y con los que están intentando negarnos el aborto y el control sobre nuestro propio cuerpo. Sí, sí que tenemos trabajo por hacer».

[Imagen 2]

[Pie de foto:] La vicegobernadora Mary Anne Krupsak dio un discurso.

La marcha tuvo un fuerte carácter de reivindicación laboral porque también se conmemoraba la marcha de miles de mujeres trabajadoras en el Lower East Side de Nueva York el 8 de marzo de 1908, cuando exigieron el fin de las condiciones de trabajo de los talleres textiles.

La marcha fue tranquila la mayor parte del tiempo, aunque hubo algunos incidentes aislados. En Union Square, varias feministas indignadas se acercaron a un hombre, que se identificó a sí mismo como Frank Lenihan, y le arrancaron la máscara de cerdo que llevaba puesta. También le quitaron los dos carteles misóginos que llevaba, en uno de los cuales se podía leer «Putas».

Durante la concentración, una mujer con guantes de boxeo que respondía al nombre de Tiger intercambió unos golpes con un cámara de televisión, quien, según ella, había hecho comentarios obscenos sobre su pancarta en la que reivindicaba el derecho de las mujeres a boxear. El hombre se fue sangrando por un corte en la mandíbula izquierda.

Lista de reivindicaciones

Durante el acto, Carolyn Reed, de Progressive Household Technicians of America [Técnicas domésticas progresistas de EE.UU.], leyó una lista de las reivindicaciones acordadas por toda la coalición, entre ellas: igualdad de oportunidades en el empleo y salario equitativo; servicio de guardería universal las 24 horas del día; ratificación inmediata de la Enmienda por la Igualdad de Derechos; acceso al aborto y los anticonceptivos; derechos civiles para las lesbianas; libertad para

todos los presos políticos del país y del extranjero; fin del «militarismo» de Estados Unidos y reapropiación de los fondos de defensa para las necesidades humanas; y un programa nacional completo de atención sanitaria.

Entre los discursos más aplaudidos en el acto estuvieron los de Abzug y Krup-sak, que pidieron el fin de la guerra y el uso del «dinero de la guerra» para las necesidades humanas.

Mientras hablaban las mujeres, un grupo de una media docena de personas se concentraba a una calle de distancia, a la altura del lado este de la calle 17, y sostenían carteles antiaborto en dirección a la plataforma de oradoras con lemas como «El aborto es asesinato». Antes, durante la marcha, otro hombre se dirigió a las asistentes gritando «Asesinas de niños, es lo que son todas las mujeres, asesinas de niños».

Panel internacional

Las Naciones Unidas celebraron el Día Internacional de la Mujer el viernes con una jornada de conferencias sobre «Mujeres y hombres ante los próximos 25 años». Acudieron 18 ponentes de todo el mundo, que se turnaron para hacer declaraciones y responder las preguntas de un panel de periodistas y la audiencia.

[Imagen 3]

[Pie de foto]: Los carteles que se vieron durante el evento ilustraban diversos objetivos feministas [A la izquierda: «Reduzcan el gasto militar, utilicen los fondos para las necesidades del pueblo. Emma Lazarus. Clubes de Mujeres Judías». A la derecha: «Salario para el trabajo doméstico»].

Pero lo que generaba más expectación entre las empleadas de Naciones Unidas aquel día fue la petición para acabar con la discriminación de las mujeres en la propia organización, que habían firmado 2.700 de sus 3.000 empleados, y que se presentó al secretario general de la ONU, Kurt Waldheim, durante la conferencia.

Citando el dato de que solo el 21,7% de los empleados profesionales de la ONU son mujeres, las autoras de la petición también proponían que se nombrara una ombudswoman [mujer que ejerce de ombudsman o mediadora] ajena a Naciones Unidas, que intervendría ante las quejas particulares y propondría estrategias para introducir a más mujeres en cargos de decisión y profesionales.

«Ya que Naciones Unidas patrocina el Año Internacional de las Mujeres, debería dar ejemplo en lo que respecta a la discriminación de la mujer», dijo uno de los ponentes, el sacerdote Anthony de Souza, de la Compañía de Jesús de India, miembro del Consejo Mundial de Iglesias, «De lo contrario, este año no es más que una farsa».

Los ponentes, que desde el principio coincidieron en que no iban a ofrecer ninguna «solución», trataron una amplia variedad de temas: si las mujeres son más pacíficas que los hombres; por qué las mujeres no están más implicadas en el proceso político; las formas en que diversas religiones pueden haber mantenido

sometidas a las mujeres; la necesidad de más y mejor educación para las mujeres; el futuro de la familia nuclear; el efecto de los niños probeta en la sociedad; y la irrelevancia de la belleza física.

Muchos observadores expresaron su sorpresa ante el hecho de que no se hablara más sobre la así llamada polarización entre las mujeres occidentales y su lucha por la carrera profesional y las mujeres del Tercer Mundo y su lucha por la supervivencia. Se cree que esta división puede ser una amenaza para el éxito de la Conferencia Mundial del Año Internacional de la Mujer que se celebrará en la ciudad de México entre el 19 de junio y el 2 de julio.

Tan solo la jueza Annie Jagge del Alto Tribunal de Justicia de Ghana se refirió a esta polarización al contestar a una pregunta:

Una diferencia fundamental

«No se está dividiendo entre mujeres del Tercer Mundo y mujeres del mundo desarrollado por razón del salario igualitario o el empleo igualitario. Se nos está dividiendo por razón de juicios de valor. Hoy en día, un tercio del mundo hace uso de la riqueza de dos tercios del mundo, así que tienes a dos tercios de la población con un tercio de la riqueza y ahora vas y les dices que se las arreglen con eso».

«A resultas de ello», prosiguió, «nos enfrentamos al hambre y a la lucha por las necesidades básicas. Están tan preocupados por la igualdad que no ven la injusticia de esta situación. Ahí residen nuestras diferencias básicas».

[Imagen 4]

[Pie de foto]: LAS MUJERES MARCHAN POR LA QUINTA AVENIDA: Cientos de mujeres, en una coalición de 50 grupos, celebraron el Día Internacional de la Mujer. La marcha comenzó en la calle 41 y terminó con un acto en Union Square [En la pancarta: Coalición por el Día Internacional de la Mujer – 8 de marzo de 1975].

Germaine Greer, autora de «The Female Eunuch» [La mujer eunuco] y ponente, denunció el «complejo de abeja reina» que seguía habiendo entre algunas mujeres y que dañaba a otras.

«Lo ven en las mujeres que han salido adelante con sus propios recursos y creen que las demás no serán capaces de hacerlo», afirmó. «En cierto modo, son como las personas oprimidas que no quieren ver a una de las suyas en el poder».

La conferencia también tuvo sus momentos amenos, como cuando los panelistas insistieron en que se permitiera volver a la sala de conferencias a una madre que había sido expulsada por amamantar a su bebé. Y cuando la profesora Alla Ghenrikhovna Masevich, vicepresidenta del Consejo de Astronomía de la Unión Soviética, distribuyó regalos de las mujeres soviéticas entre los ponentes.

LA ÚNICA cosa que las mujeres de todo el mundo, negras o blancas, orientales u occidentales, casadas o solteras, tienen en común, es que tienen que hacer trabajo doméstico no remunerado.

Y esta es la mejor carta internacional de una campaña llamada Salario por el Trabajo Doméstico, que tiene ramificaciones en todo Reino Unido, Europa y América del Norte.

Esta semana han celebrado su primera reunión internacional en Bristol, con representantes locales y visitantes de Italia, Canadá y Estados Unidos que han informado sobre la respuesta que está recibiendo su campaña. También han debatido sobre cómo y con qué medios se puede unir a las trabajadoras no asalariadas del mundo.

Yo estuve en la reunión: No había muchas mujeres porque, por lo general, las responsabilidades domésticas no las dejan salir de casa.

Suzie Fleming, líder de la campaña en Bristol, señaló que muchas mujeres no habían podido venir porque tenían que preparar la comida a sus maridos e hijos o porque no podían conseguir una niñera.

«Nos han condicionado a todas para que pensemos que la mujer es la responsable del hogar, ella es quien tiene que ser una buena esposa y una buena madre y cumplir con su deber»,

Silvia Federici, de New York, lo dijo de manera más contundente: «Nacimos con un útero y una escoba».

«Somos la mayor fuerza de trabajo no asalariada del mundo: mantenemos en marcha la industria y el comercio con nuestro esfuerzo, pero este trabajo ni se reconoce ni se paga».

«¿Cómo podrían trabajar los mineros o los obreros de la industria del automóvil si no tuvieran una esposa o una madre tras bambalinas que los alimentara y les lavara y planchara la ropa?».

Estatus

«¡Cómo iba a perdurar el trabajo si las mujeres no produjéramos y criáramos a los futuros trabajadores, sus hijos! Si las mujeres hicieran huelga en casa, se pararía todo».

La idea en la que se basa la campaña Salario para el Trabajo Doméstico es que el gobierno debería pagar un salario a toda persona que haga el trabajo doméstico, sea hombre o mujer, como una forma de reconocimiento de que el trabajo que hace en casa es un servicio al Estado.

Si se pagara el trabajo doméstico, sería un trabajo con un cierto estatus y se evitaría que las mujeres tengan que salir a trabajar y tomar un segundo empleo, por así decirlo, además de sacar adelante la casa, a no ser que así lo DECIDAN.

«Incluso aunque trabajen las mujeres, el trabajo que hacen suele ser trabajo de servicio», afirma Federici.

«En la oficina y en la fábrica, en la escuela y en el hospital, asumimos el papel de esposa o de madre, aunque lo llamen secretaria o enfermera».

«El dinero es poder y mientras no cobremos un salario por el trabajo que todas tenemos que hacer en casa, nunca lo tendremos».

Las delegadas italianas, Erika Spurvi y Viviana Sabatini, profesora y estudiante respectivamente, contaron que en Italia, un país en el que tradicionalmente la *momma* trabaja desde que sale hasta que se pone el sol, la campaña tiene un éxito tremendo y no solo entre las amas de casa jóvenes, sino entre las mayores.

«Como hay mucho desempleo, están quitando los puestos de trabajo a las mujeres para que los ocupen los hombres y se las ha obligado a volver al hogar, donde tienen que trabajar más que nunca para combatir la inflación», contaron.

Hablaron de las manifestaciones del Día de los Trabajadores, cuando las mujeres tomaron las plazas donde los hombres realizan sus actos tradicionalmente para manifestarse y defender su reivindicación de un salario e independencia.

«Los maridos más jóvenes entienden qué supondría para sus mujeres tener su dinero por derecho propio, algo que liberaría al hombre de la presión de ser el único que proporciona el sustento».

«Solo los hombres mayores se muestran reticentes ante esta idea», dijeron.

[Imagen 2]

[Pie de foto]: Integrantes de la campaña internacional por el Salario para el Trabajo Doméstico en la reunión celebrada esta semana en Bristol. De izquierda a derecha están: Viviana Sabatini, Italia; Francie Wyland, Canadá; Judith Mathew, Bristol; Erika Spurvi, Italia; Silvia Federici, Estados Unidos; Paula Fainstat, Canadá; Suzie Fleming, Bristol; Ellen Woodsworth, Canadá.

[prosigue el texto de la página anterior]:

233

En Canadá, donde la campaña lleva poco tiempo en marcha, las mujeres han conseguido una amplia cobertura mediática con su asamblea por el Día de los Trabajadores.

Francie Wyland y Paula Fainstat, de Toronto, señalaron que los gobiernos pueden controlar la vida de las mujeres cuando ajustan las condiciones en función de si necesitan más o menos mujeres trabajadoras, o más o menos población.

«Cuántas guarderías tenemos, cuánto subsidio, cuánta ayuda familiar, qué clase de ley de aborto, qué ayudas a la maternidad, todo esto influye en nuestras posibilidades de elección del tipo de vida que queremos vivir».

«Es hora de que NOSOTRAS tomemos las decisiones y lo primero que podemos hacer es utilizar como palanca el trabajo doméstico que hacemos». Hablaron sobre una fábrica alemana en la que 3.000 trabajadoras hicieron huelga para conseguir un día pagado a la semana para hacer las compras y las tareas domésticas.

Instinto

El concepto de salario para el trabajo doméstico plantea muchas cuestiones importantes, que fueron debatidas por la audiencia: cómo afectaría a la relación matrimonial, cómo el salario no haría desaparecer el trabajo, porque aún habría que hacerlo.

Pero la mayoría de las asistentes coincidían en que decir que limpiamos inodoros y lavamos pañales sucios por amor o por instinto es una estupidez.

Las mujeres de Brooklyn quieren un salario por el trabajo doméstico

Por Wendy Schuman

1

Brooklyn Women Seek Wages for Housework

By WENDY SCHUMAN

If a "woman's work is never done," she should at least be paid for it, according to the New York Wages for Housework Committee, which, from its new Brooklyn headquarters in Park Slope, is seeking wages for all the free labor done "for love" and "out of guilt" by the nation's housewives.

"This one work as hard as women do for nothing," said Silvia Federici, a member of the 13-woman collective, which pays for and operates the center at 2583 Eighth Street, off Fifth Avenue.

"If we stopped the economy would be paralyzed," Mrs. Federici said, hastening to add that "all women are housewives—married or single, with or without children. This is our common condition, even if we have a second job outside the home."

According to the group, the source of wages for housework would be business and government, "which

called on to do this at home for free."

The specific of the wage program meant vague because, said Mrs. Federici, "It's unwise to work out too many details until we have a mass movement."

The 12 women, nearly all from downtown Brooklyn, discuss one day of their monthly earnings to the collective.

The storefront was opened, in November as a "drop-in" spot for discussion groups and a campaign office for the distribution of literature, posters and cassettes. Speakers are also available.

Time-Saving Stressed

The New York committee is an outgrowth of an international feminist movement begun in England in 1973. There are local committees in at least five countries and seven American cities, all promoting and bringing housewives through wages.

"Housework will never be

2



No One Works as Hard as Women
Do For Nothing!—Silvia Federici

profit from women's work," said husbands "who make little enough as it is."

"Business gets two workers for the price of one," asserted Mrs. Federici, a philosophy teacher who was recently laid off by the State University at Stony Brook.

"House producers—and reproducers—workers."

"In the current economic crisis, she said, women are the hardest hit.

"They tell us the bill is empty and we have to work even harder for less. We have to seek out bargains and make nourishing meals out of nothing." When social agencies such as day-care and mental-health services are cut back, women are

seen as real work until we are paid for it," said Nicole Cox, a collective member.

"We have no money of our own, and that is the root of our powerlessness."

Mrs. Federici added: "If government and business had to pay, you can be sure they would use technology to find one-saving, ways to do housework. As it is, they don't care how long it takes us, because it's free."

The group's political perspective extends outside the home to women's second jobs. Two years ago, after hearing speeches by European leaders of the movement, Jane Hirshman realized that as a professional social worker, it was really working in another, bigger

"weighed in" actually and of securities to serve coffee.

In a German factory, they relined, women won a paid day off each week to do housework.

In Ireland, women dropped off their children at their husbands' factories to demonstrate that childcare is, indeed, work.

"Wages for Housework," said very well as Brooklyn street fairs last summer, according to Nicole Cox.

"Here, too," she said, women are bringing a little rebellion into their kitchens.

The center is open Wednesdays from 9:30 A.M. to 2 P.M. and Saturdays from 10 A.M. to 3 P.M. The telephone is 965-8112 or 622-0790.

Documentos 13.3. Wendy Schuman, «Brooklyn Women Seek Wages for Housework», *The New York Times*, 11 de enero de 1975.

Si «el trabajo de la mujer es interminable» al menos habría que pagarle por él, según dice el Comité de Nueva York de Salario para el Trabajo Doméstico que, desde su nuevo local en Park Slope, Brooklyn, quiere conseguir un salario por todo el trabajo gratuito que las amas de casa de la nación hacen «por amor» y «por culpa».

«Nadie trabaja tanto como trabajan las mujeres a cambio de nada», afirma Silvia Federici, integrante de este colectivo de doce mujeres que paga y lleva adelante el centro situado en 288B Eighth Street, cerca de la Quinta Avenida.

«Si parásemos, la economía se paralizaría», dice Federici, y rápidamente añade que «todas las mujeres son amas de casa: casadas o solteras, con hijos o sin ellos. Es nuestra condición común, aunque tengamos un segundo trabajo fuera de casa».

Según esta agrupación, la fuente del salario para el trabajo doméstico serían las empresas y el gobierno, «que son quienes se benefician del trabajo de la mujer», no los maridos «que bastante poco ganan ya».

«Las empresas consiguen dos trabajadores al precio de uno», afirma Federici, una profesora de filosofía que hace poco fue despedida de Stony Brook University; «La mujer produce —y reproduce— trabajadores».

Afirma que, en la actual crisis económica, las mujeres son las más afectadas.

«Nos dicen que la caja está vacía y que tenemos que trabajar todavía más a cambio de menos. Tenemos que buscar gangas y sacar platos nutritivos de la nada. Cuando se reducen servicios sociales como las guarderías o la atención a la salud mental, llaman a las mujeres para que hagan estos trabajos en casa y gratis».

Las particularidades del programa de salarios aún no están muy definidas porque, en palabras de Federici, «no es muy inteligente trabajar a fondo en los detalles hasta que no consigamos un movimiento masivo».

Las doce mujeres, casi todas del centro de Brooklyn, donan al colectivo el monto de un día de su salario mensual.

El local fue inaugurado en noviembre y está concebido como un sitio «de puertas abiertas» donde se puede participar en debates y como una oficina «de campaña», desde donde se distribuye documentación, carteles y cintas. También se ofrecen para dar conferencias.

La importancia de ahorrar tiempo

El comité de Nueva York es una ramificación de un movimiento feminista internacional que dio sus primeros pasos en Reino Unido en 1973. Existen comités locales en al menos cinco países y en siete ciudades de Estados Unidos y todos tienen como objetivo incorporar a las mujeres en el movimiento obrero a través del salario.

«El trabajo doméstico no será considerado trabajo de verdad hasta que no se nos pague por hacerlo», afirma Nicole Cox, integrante del colectivo; «No tenemos nuestro propio dinero y esta es la causa de nuestra carencia de poder».

Federici añade que: «Si el gobierno y las empresas tuvieran que pagar, pueden estar seguras de que aplicarían la tecnología para encontrar la forma de reducir el tiempo necesario para hacer las tareas domésticas. Ahora les da igual cuánto tiempo nos llevan, porque las hacemos gratis».

La perspectiva política del grupo se extiende más allá del hogar y llega hasta el segundo trabajo de la mujer. Hace dos años, tras escuchar los discursos de las líderes europeas del movimiento, Jane Hirschmann se dio cuenta de que, como trabajadora social profesional, «en realidad estaba trabajando en otra cocina, pero una más grande. El trabajo que suelen desempeñar las mujeres —enfermeras, azafatas, secretarías, maestras— es una extensión del trabajo doméstico».

El año pasado, ella y otras trabajadoras del centro de salud mental Maimonides Community Mental Health Center, situado en Borough Park, reexaminaron sus puestos de trabajo bajo la luz de la perspectiva de «Salario para el Trabajo Doméstico», analizaron todo el «trabajo doméstico no remunerado» que realizan y presentaron una lista de demandas a la dirección del centro.

«La dirección salió al paso con una revisión de las descripciones de los puestos», afirma Hirschmann, «y la del trabajo administrativo se extendía cinco páginas. Incluía cosas como hacerle el almuerzo al médico, que estaban claramente relacionadas con el género».

Las trabajadoras del centro ahora se reúnen periódicamente para hablar sobre sus conflictos y emprender acciones.

«Tenemos un fuerte sentimiento de unidad como mujeres», dijo, «ya seamos psicólogas o secretarías».

El grupo ve señales de su lucha en todas partes: en el descenso de la tasa de natalidad, en la negativa de las azafatas a que «las pesen» cada año y en la de las secretarías a servir café.

Las ponentes contaron cómo en una fábrica alemana las mujeres consiguieron un día pagado a la semana para dedicarlo al trabajo doméstico. En Irlanda, las mujeres dejan a los hijos en la fábrica del marido para dejar patente que el cuidado de los niños es trabajo.

Según Nicole Cox, los repasadores que llevaban impreso «Salario para el Trabajo Doméstico» se vendieron muy bien el verano pasado en las fiestas de Brooklyn.

«Las mujeres están haciendo una pequeña revolución en sus cocinas», declaró Cox, «aquí también».

El centro está abierto los miércoles de 9:30 de la mañana a 2 de la tarde y los sábados de 10 de la mañana a 3 de la tarde. El teléfono es 965-4112 o 625-0780.

[debajo del logo de WFH]: «Nadie trabaja tanto como las mujeres a cambio de nada» — Silvia Federici

El pago de un día por un día de trabajo (doméstico)

Por Marcia Reiss

THE PHOENIX

A Day's Pay for a Day's (House) Work

BY MARCIA REISS

Housework is work. That's no news to anyone who has ever done it, but to demand pay for that work—let alone get money—is almost unheard of.

Not for long, though, according to the New York Wages for Housework Collective which opened its "campaign office" in Park Slope last month and has a platform calling for "business and government" to change the condition of housewives who are "never unemployed, just unpaid."

Paid for and operated by a collective of twelve women, most of whom live in the Gowanus Brooklyn area, the 8th Street storefront office at 5th Avenue dispenses posters, pamphlets and flyers as well as dishwashes reading "Wages for Housework."

"It's the first of many such centers that will open soon throughout the country," according to collective member Silvia Federici, a Boerum Hill resident and recently laid-off philosophy teacher who explained the "political perspective of housework."

PART OF AN INTERNATIONAL ORGANIZATION WHICH BEGAN THREE YEARS AGO IN ENGLAND, THE WAGES FOR HOUSEWORK COLLECTIVE sees itself as a new direction for the women's movement which begins at the roots of women's inequality—their role as houseworkers.

"All women are houseworkers," the group maintains, "married, single, lesbian or straight."

"Career women don't like to identify with housewives—a fate worse than death," collective member Nicole Cox explains, "but they soon realize that housework doesn't disappear when they go to work. Married men can return home to hot meals and clean clothes for the next day, but most working women can't have that luxury."

But the battle over housework from the collective's point of view goes far beyond "who does the dishes tonight."

"Liberation means much more than just getting out of the house," Federici said. "Women are expected to be houseworkers not only at home but on the job too, going for coffee, straightening up the office—playing the role of wife and mother as secretary, teacher, nurse or social worker. And taking "men's jobs" isn't the answer either, she maintained. "We're not interested in breaking our backs by working in factories or in the mines and then returning home too exhausted to love and take care of our children. What we demand is better pay and working conditions for all women at home and on the job."

WAGES FOR HOUSEWORK TAKES THE WOMEN'S MOVEMENT OUT OF THE KITCHEN AND THE BEDROOM and places it squarely within the labor struggle. "Without pay, housework is not work," Federici stated.



THE WAGES FOR HOUSEWORK storefront in Park Slope is open regularly to explain to the surface the philosophy of the New York Wages for Housework Collective. Pictured here are Sherron Freedberg, Barbara Silverman and Nicole Cox of the Collective. (Richard Salzman Photo)

Documento 13.4. Marcia Reiss, «A Day's Pay for a Day's (House) Work», *The Phoenix*, 25 de diciembre de 1975.

El trabajo doméstico es trabajo. Esta no es ninguna novedad para quienes lo han hecho alguna vez, pero que se pida el pago de ese trabajo —un salario, no dinero de bolsillo— es algo casi nunca visto.

237

Pero no por mucho tiempo, según el Colectivo Salario para el Trabajo Doméstico de Nueva York, que el mes pasado abrió su «oficina de campaña» en Park Slope y ha creado una plataforma para exigir que «las empresas y el gobierno» cambien la situación del ama de casa que «no es que no tenga trabajo, simplemente no se le remunera».

Financiado y puesto en marcha por un grupo de doce mujeres, casi todas ellas residentes del centro de Brooklyn, en el local de la calle 8th Street y 5th Avenue se distribuyen carteles, panfletos y volantes, además de repasadores con el lema «Salario para el Trabajo Doméstico». «Es el primero de los muchos centros que pronto habrá por todo el país», afirma Silvia Federici, integrante del colectivo, residente de Boerum Hill y profesora de filosofía recientemente despedida, quien explicó la «perspectiva política del trabajo doméstico».

PARTE DE UNA ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL QUE COMIENZA SU CAMINO EN REINO UNIDO, EL COLECTIVO SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO SE considera a sí mismo un nuevo enfoque del movimiento de las mujeres que parte de las raíces de la desigualdad de la mujer —su papel de trabajadora del hogar—.

«Todas las mujeres son trabajadoras del hogar», sostiene el colectivo, «sean casadas, solteras, lesbianas o heterosexuales». «A las mujeres con carrera profesional no les gusta identificarse con las amas de casa, un destino peor que la muerte», explica Nicole Cox, integrante del colectivo, «pero no tardan en darse cuenta de que el trabajo doméstico no desaparece cuando van a trabajar. Los hombres casados pueden volver a casa y encontrar la comida caliente y la ropa limpia para el día siguiente, pero la mayoría de las mujeres trabajadoras no tienen ese lujo».

Pero, en opinión de este colectivo, la batalla por el trabajo doméstico va más allá de ver «quién lava los platos esta noche». «La liberación significa mucho más que simplemente salir de casa», explica Federici, «Se espera que las mujeres hagan de amas de casa no solo en sus hogares, sino también en el trabajo: ir por café, ordenar la oficina, en definitiva cumplir el papel de esposa y madre aunque sean secretarías, profesoras, enfermeras o trabajadoras sociales». Y acceder a «trabajo de hombres» tampoco es la solución, sostiene. «No nos interesa partimos la espalda trabajando en la fábrica o en la mina y luego volver a casa demasiado agotadas como para amar y cuidar a nuestros hijos. Lo que exigimos son mejores salarios y mejores condiciones laborales para todas las mujeres, tanto en casa como en el puesto de trabajo».

SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO SACA AL MOVIMIENTO DE LAS MUJERES FUERA DE LAS COCINAS Y DE LOS DORMITORIOS y lo sitúa directamente dentro de la lucha obrera. «Sin remuneración, el trabajo doméstico no es trabajo», sentencia Federici.

[Pie de foto]: EL LOCAL DE SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO en Park Slope abre habitualmente para explicar a los curiosos la filosofía del Colectivo Salario para el Trabajo Doméstico de Nueva York. En la foto aparecen Sharon Freedberg, Barbara Silverman y Nicole Cox, integrantes del colectivo (Foto: Richard Solomon).

Wives Want Wages: or The Great Housework War

JEAN BERGANTINI GRILLO

For many, the first response is to laugh. The idea of someone, anyone, campaigning for wages for housework is just not taken seriously. And that fact, to the campaigners, is the crux of the matter.

"Nobody seriously considers paying anyone for housework," Silvia Federici fumed, "because nobody considers it work. The cooking, the cleaning, the shopping, the babysitting are done for free. It's seen not as a job but as our female destiny. Well, it's time to break the umbilical cord!"

We were sitting in the Wages for Housework Campaign Office, a storefront at 288B 8th Street in Brooklyn which opened in Nov-

ember. A frigid rain beat down relentlessly outside, but its chilling gusts were no match for the anger and determined outrage which poured out in torrents as the Wages for Housework women spoke.

In brief, their rallying point was exquisitely simple: Money is power and if women were paid for all they do, there'd be a lot of wages (power) due. Underlying that main point, however, were murkier currents involving disenchantment with the women's liberation movement, anger at the mystique of mothering, jeering scorn for the "nobility" of work.

"Liberation continues to be equated with a paying job," Ms. Federici went on, "but because we get no money for the work we do at home, we are then forced to take a

second job. . . ."

"Yeah, but housework doesn't disappear with a second job," another woman chimed in, "we end up doing double work for single wages."

"We want money without having to do more work," Federici continues. "Getting a second job is just another form of guilt-tripping. Let's face it, work is shit. Work is liberation for nobody. And part of the problem with the women's movement is that they haven't touched the question of housework as simply free labor, all work with no pay."

To Silvia and her supporters, there is no such thing as leaving the kitchen and getting a job. For them, the kitchen, or female-role mystique, is always there.



Jane Hershman

Documento 13.5. (Hasta p. 244). Jean Bergantini Grillo, "Wives Want Wages: or The Great Housework War," *The Soho Weekly News*, 15 de enero de 1976. En el pie de foto se identifica a la persona que aparece en la foto como Jane Hershman por error. La mujer que aparece es Joan Ennis.

cionadas con el desencanto ante el movimiento de liberación de la mujer, la rabia ante la mística de la maternidad o el desprecio sarcástico ante la «nobleza» del trabajo.

«La liberación se sigue identificando con el trabajo remunerado», prosigue Federici, «pero como el trabajo que hacemos en casa no nos da dinero, nos vemos obligadas a tomar un segundo empleo [...]».

«Sí, pero las tareas domésticas no desaparecen con el segundo empleo», añadió otra mujer, «terminamos haciendo el doble de trabajo por un único sueldo».

«Queremos tener dinero sin tener que trabajar más», continúa Federici, «Conseguir un segundo empleo no es más que otra forma de hacer que nos sintamos culpables. Afrontémoslo, el trabajo es una mierda. El trabajo no libera a nadie. Y parte del problema del movimiento de las mujeres es que no han abordado el tema del trabajo doméstico simplemente como el trabajo gratuito que es, todo ese trabajo sin remunerar».

Para Silvia y sus compañeras, no es posible salir de la cocina y conseguir un trabajo. Para ellas, la cocina, o la mística del rol femenino, están siempre ahí.

«La identificación de la mujer con el trabajo doméstico es tan potente», explica Federici, «que incluso cuando conseguimos un segundo empleo, no es más que una extensión de lo que hacemos en casa: servir, cuidar, limpiar o hacer trabajo administrativo».

«Somos las empleadas de servicio del mundo», afirma Jane Hershman, una trabajadora social que ese día estaba dedicando su tiempo al local. «En nuestro trabajo se espera que seamos quienes recojan, limpien y trajinen, que nos hagamos cargo de otras personas y las cuidemos. Pero como en casa hacemos todo esto gratis, se creen que nos pueden pagar un salario más bajo por empleos que solo consideran una extensión de nuestro trabajo como mujeres».

«Pero cualquiera que trabaje de enfermera, trabajador social o maestro cobra igual, sea hombre o mujer», apuntó.

«Claro, cobra igual de mal», responden todas, «porque son trabajos que tradicionalmente comenzaron siendo una profesión femenina».

«¡Pero qué bien!», añade Jane Hershman con un punto de sarcasmo en la voz, «Ahora tenemos la libertad de hacernos mineras del carbón y cavar zanjas igual que los hombres. Ahora ya podemos partírnos la espalda todos y morir juntos de cáncer de pulmón».

La mordaz réplica de Hershman no son palabras ociosas. La sutileza y la persuasión de buenas maneras no entran en el programa de Salario para el Trabajo Doméstico. Su cartel del bicentenario muestra a una especie de estatua de la Libertad que sujeta una escoba con una mano y con la otra aprieta un puñado de billetes. Su pie descansa sobre una montaña de platos sucios mientras varios niños chillones se enganchan a su falda. En el cartel se puede leer:

«¡Las mujeres del mundo dan aviso! Queremos un salario por cada inodoro sucio, cada agresión sexual, cada parto doloroso, cada taza de café y cada sonrisa. Y si no conseguimos lo que queremos, simplemente ¡nos negaremos a seguir trabajando!». Sobre la mano alzada de la estatua de la Libertad, la que aprieta el puñado de billetes, se puede leer «En esto confiamos».

Parece difícil que tal vehemencia pase desapercibida, pero la campaña Salario para el Trabajo Doméstico sigue siendo relativamente desconocida tras un año en marcha. Sin embargo en Europa, donde germinó la idea del salario para el trabajo doméstico en 1971, la situación es muy diferente.

El gobierno británico, en una vuelta a la Guerra de los Bóeres, ha concedido una ayuda familiar a todas las mujeres que tengan un segundo hijo. No es un subsidio social: todas las mujeres tienen derecho, incluida la reina. Obviamente es una miseria, pero para muchas mujeres, sobre todo para las solteras, era el único dinero de que disponían. En 1971, el gobierno amenazó con suprimirla y se desató el caos. Hubo huelgas, mítines y sentadas. El gobierno dio marcha atrás, pero algo empezó a moverse. Selma James, una activista nacida en Brooklyn pero que vive en Reino Unido desde hace 16 años, ha propuesto que las amas de casa deberían exigir 275 libras semanales en concepto de salario por el trabajo doméstico. Además, añade, deberían tener derecho al «pago retroactivo» del importe de los salarios correspondientes a veinte años de trabajo. Su colega Ruth Hall añade que «una ventaja importante del trabajo doméstico remunerado sería que habría más mujeres que saldrían del armario porque no estarían encadenadas al hombre».

Esta afirmación no es ninguna broma. Desde el comienzo, James, en Reino Unido, y Mariarosa Dalla Costa, su homóloga italiana, incluyen los «servicios» sexuales entre los conceptos por los que esperan que se les pague.

«El sexo es una de las tareas domésticas», declara James en una entrevista en *Evening Standard*. «Ya estamos preparando a la fuerza de trabajo presente o a la futura, seguimos estando a disposición del hombre. La permisividad social no incluye a las mujeres. Los hombres toman todas las decisiones y, en cierto sentido, la sexualidad es trabajo». Desafortunadamente, pocas de las otras mujeres entrevistadas por el *Evening Standard* se muestran de acuerdo con James.

«Lo único malo del matrimonio y la vida familiar es la dependencia económica de las mujeres», afirma una mujer citada en ese medio. «Si no fuera por eso el matrimonio estaría bien».

La actriz retirada Diana Dors no se anduvo con medias tintas.

«Pagar por el trabajo doméstico es la tontería más grande que he escuchado», declara Dors, «y pagar por el sexo es simplemente degradante. Todo este asunto es ridículo. Yo a estas mujeres las considero parásitos».

El debate se ha caldeado y continúa. Con titulares como «¿Unidas por el fre-gadero, hermana?» o «¿Por amor o por dinero?», la prensa británica e italiana han mantenido el tema en el candelero. Y a pesar de las risitas disimuladas cuando se oye hablar del concepto «sexo a cambio de pago», la idea de que se pague de alguna manera el trabajo doméstico está ganando aceptación en Europa.

Según un artículo aparecido en la edición europea de la revista *Times* del 1 de septiembre de 1975, «[...] la novedosa idea no solo atrae al núcleo duro de fanáticas de la liberación de la mujer. Anne-Aymone Giscard d'Estaing, la esposa del presidente de Francia, ha dicho recientemente que "sería razonable dar un salario a las amas de casa [...] es lógico que se remuneren sus servicios". Luigi Colombo, presidente del sindicato comunista de Sicilia, considera que "ellas son trabajadoras como todo el mundo". Zoe Fairbairns, secretaria del Centro de Recursos e Investigación de la Mujer, de Reino Unido, afirma que "el trabajo doméstico es un trabajo real con un valor económico real. Ese valor solo se aprecia cuando, por la razón que sea, la mujer deja de hacer ese trabajo. Se aprecia en el costo de mantener a un niño o a una persona mayor en una institución, en el costo de comer fuera, en el costo de las lavanderías [...]».

Uno de los grupos que ha calculado el costo de este trabajo a este lado del océano ha sido el banco Chase Manhattan de Nueva York. Su equipo de estadística ha calculado que el valor medio de los servicios que proporciona un ama de casa asciende a 13.000 dólares anuales por 90 horas de trabajo a la semana.

«Consideramos que esa cifra es un comienzo», me explica Silvia Federici. Lo que no puede ni quiere responder es cómo se obtendría el dinero, de dónde procedería y cómo se distribuiría.

«No creemos que Nueva York sea pobre», insiste, levantando un dedo en el aire para dar énfasis. «No creemos que el gobierno sea pobre. Nosotras sí sabemos que somos pobres. Hemos estado en números rojos una semana tras otra, durante toda nuestra vida». Como en el viejo dicho, ella y sus compañeras están hasta la coronilla. No entremos en la posibilidad de que hombres y mujeres compartan las tareas domésticas: «Es una ilusión. El trabajo doméstico se considera un trabajo de mujeres». No entremos a discutir la idea de "a igual trabajo, igual sueldo": «Tonterías. Las mujeres queremos más salario y *menos* trabajo. La razón por la que se tumbó la enmienda de la igualdad de derechos fue porque las mujeres no querían que les quitaran las escasas ganancias que habían conseguido en su segundo empleo. ¿Por qué tendrían que esforzarse tanto como los hombres en un trabajo cuando ya se esfuerzan tanto y más en el hogar y a cambio de nada?».

Tampoco entremos en la cuestión del polvorín que podría ser la idea de pagar por los servicios sexuales y emocionales.

«Claro que hay una obligación conyugal», rebaten, «pero nosotras no tenemos el control de nuestra vida sexual. Tenemos que tomar pastillas anticonceptivas nocivas y abortar. Y emocionalmente, nos perjudicamos a nosotras mismas. Si

tenemos buen talante y somos cariñosas, nos manipulan. Si actuamos siguiendo nuestros impulsos —si admitimos que estamos cansadas, si mostramos nuestra insatisfacción—, nos tachan de egoístas».

Y no entremos en la posibilidad de que los hombres también puedan sufrir abusos similares.

«Los hombres tienen alternativas, las mujeres no. Nosotras somos las reproductoras, somos las restauradoras. Y estamos en crisis. Nos están quitando el escaso dinero que tenemos. Gracias a la economía, ahora tenemos más trabajo tratando de ajustar nuestro presupuesto, encontrar productos de oferta, buscar los mejores precios [...]».

El ambiente de aquella lluviosa tarde se mantuvo en esa línea, con toda clases de denuncias, desde la carencia de poder hasta la carencia de lavanderías gratuitas. Como ocurre con todos los polemistas, sus argumentos apuntan directamente a las creencias comunes y los aplican con un furor cortante tanto en asuntos pequeños como grandes.

Tenemos a tres mujeres, todas con formación universitaria y sin hijos, que llaman a las mujeres oprimidas enterradas bajo una montaña de platos sucios a que se alcen y se unan a ellas.

¿Cómo van a llegar a las mujeres que se opusieron a la enmienda por la igualdad de derechos porque pensaban que era demasiado radical?, planteo. ¿Qué van a decirles a las mujeres que insisten en que les encanta el trabajo doméstico?

«Si te encanta el trabajo doméstico», responde Silvia Federici con una sonrisa gélida, «te gustará todavía más cuando recibas dinero por hacerlo».

[texto cuadro esq. inf. izq. pag. 3]:

DESTACADO

El colectivo de mujeres Salario para el Trabajo Doméstico acudirá al especial Mujeres y trabajo en Ch 13 el 1 de febrero de 1 a 4 de la tarde.

Salario para el Trabajo Doméstico convoca una asamblea abierta especial el 5 de febrero en Manhattan. Contacta con Silvia Federici en el 625-0780.

El local abre miércoles y sábados de 11 a 4 de la tarde. 288B 8th Street (cerca de 5th Ave.), Brooklyn, 965-4112.

El precio del trabajo doméstico es más conveniente si se oculta bajo la alfombra

Por Daniel O'Grady

[Pie de foto]: Nicole Cox, Silvia Federici y Diana Richardson (de izquierda a derecha) revisan carteles de campaña en su sede de Eighth St.

El cartel que cuelga en el pequeño escaparate del local de Park Slope muestra a la estatua de la Libertad, escoba en mano, con un pie posado sobre una montaña de platos, ollas y sartenes. El brazo alzado de esta doña Libertad doméstica no sostiene la antorcha de la libertad, sino un puñado de billetes bien apretados.

Ese cartel es el escudo de armas de un pequeño grupo de mujeres llenas de determinación cuyo grito de batalla es: «Todas las madres son madres trabajadoras».

Desde el local de 288-B Eighth St., a unos pasos de la Quinta Avenida, estas mujeres han estado distribuyendo panfletos y contactando con otras organizaciones de mujeres para apoyar para su causa: un salario para el trabajo doméstico pagado por el gobierno. La concurrencia de la conferencia que celebraron el sábado en la iglesia First Unitarian Church, situada en 50 Monroe Place, Brooklyn Heights, da una idea de la popularidad de este inusual concepto.

Silvia Federici, 34 años de edad, residente en 491 Pacific St., y Nicole Cox, de 31 años, residente en 689 10th St., ambas de Brooklyn, han dedicado casi todo su tiempo a esta causa durante los últimos meses. Las dos son solteras y han perdido sus trabajos este otoño. Federici era profesora de filosofía en Stony Brook y Cox era trabajadora social.

«Queremos un sueldo para vivir, y no nos referimos al subsidio social», afirma Federici. «Nadie trabaja tanto como la mujer en el hogar y aun así no se le remunera».

Señala que todas las mujeres —y algunos hombres— hacen las tareas domésticas, estén casadas o no, y que todas ellas deberían recibir una compensación por todo su trabajo.



Documento 13.6. Daniel O'Grady, «Charge Housework Is Swept Under Rug», *Daily News*, 22 de abril de 1976.

Una mención a los niños

«Contribuyen a la economía liberando a sus maridos del trabajo, de la preocupación por lo que pasa en casa o por los hijos», afirma, «¿Tú crees que un hombre podría pasar ocho horas en la fábrica si no hubiese alguien cuidando de sus hijos?».

Estas mujeres señalan que los niños son los futuros trabajadores, otra de las dimensiones de la contribución de las mujeres a la sociedad.

«Dime si algún hombre pagaría por depender de otra persona económicamente y estaría contento», dice Cox. «No lo aguantarían, así que ¿de verdad les sorprende que queramos la independencia económica?».

Dado que la mayoría de las beneficiarias de subsidios sociales son amas de casa, el colectivo señala que un salario por el trabajo doméstico virtualmente eliminaría el subsidio social.

Por lo general estas mujeres se abstienen de dar cifras —como decir simplemente cuánto debería ganar una mujer a la semana, por ejemplo—. Sin embargo, citan un estudio realizado hace un par de años por el banco Chase Manhattan en el que se establece que si se pagase por las tareas que realizan las amas de casa, el precio ascendería a 13.000 dólares al año. Es decir, 250 dólares semanales.

Muchas mujeres mayores se han interesado por la retroactividad, según las integrantes del grupo.

Abren sus filas a 30 millones de estadounidenses

Redacción: Gaylen Moore

Fotografía: Neal Slavin para LIFE

246

Coalicción de sindicalistas

Entre estas trabajadoras, que recubren con vinilo los paneles con los que se elaboran puertas en la cadena de montaje de la planta Fisher Body de Livonia, Michigan, hay cada vez más miembros de una organización con propósitos contundentes, la Coalición de Mujeres Sindicalistas. En representación de 58 sindicatos nacionales e internacionales, la coalición persigue



Documento 13.7. Texto de Gaylen Moore, fotografías de Neal Slavin: «Battling against all work and no pay», el texto de la mitad inferior de la página es una reseña de la campaña de Salario para el Trabajo Doméstico publicada en la revista *Life Magazine* en abril de 1976.

incluir en los convenios colectivos a las más de 30 millones de mujeres trabajadoras de Estados Unidos que no están sindicalizadas y sumarlas a la lucha para conseguir los mismos salarios, prioridad por antigüedad, oportunidades y prestaciones de las que gozan los hombres. Las 2.500 trabajadoras de esta fábrica se cuentan entre los 4,6 millones de mujeres estadounidenses que ya están sindicalizadas. Pero también dentro de los sindicatos tienen sus propios asuntos por los que luchar.

«El 59% de los trabajadores de esta planta son mujeres», declara Gyneze Williams (a la izquierda de la fotografía sosteniendo una carpeta) «pero todavía nos lideran los hombres. Las mujeres tienen que hacerse responsables de sus condiciones laborales y no tener miedo de ser líderes».

Luchan contra tener que «hacer todo el trabajo sin remuneración alguna».

Salario para el Trabajo Doméstico

«Las mujeres del mundo dan aviso», se puede leer en un cartel colgado en la pared encima del fregadero de Silvia Federici. «¡Queremos un salario por cada inodoro sucio, cada parto doloroso y cada taza de café!». Federici (la cuarta por la izquierda, en la primera fila) es una de las integrantes del Comité de Salario para el Trabajo Doméstico de Nueva York, que en la foto aparecen alrededor de la mesa de la cocina de Federici. Según Federici, Salario para el Trabajo Doméstico, una campaña internacional que dio comienzo hace tres años en Inglaterra, defiende que «Casadas o solteras, madres o profesionales, todas nosotras trabajamos gratis en una profesión muy especializada, que se prolonga las 24 horas del día durante toda nuestra vida, con la que producimos y mantenemos a los trabajadores de la sociedad. Si parásemos, la economía quedaría paralizada». El grupo defiende que, ya que el trabajo doméstico beneficia al Estado, el gobierno debería compensar a las mujeres por hacerlo. «Pero para nosotras es prematuro trabajar en los detalles sin haber construido antes un movimiento de masas», declara Federici.



El precio del trabajo doméstico es más conveniente si se oculta bajo la alfombra

Fotografías de Helen Marcus

La tercera Feria Anual del Libro de Nueva York, una muestra de publicaciones literarias, políticas, feministas o sobre el Tercer Mundo salidas de los talleres de más de 280 pequeñas editoriales, se ha celebrado entre el 30 de abril y el 2 de mayo en Lincoln Center – Underground, un gran espacio subterráneo cubierto de baldosas que discurre entre New York State Theater y Metropolitan Opera House. Los expositores también instalaron mesas al aire libre en Lincoln Square Plaza, donde además se organizó una jornada de lectura de poesía y espectáculos con actuaciones cómicas, una banda de oboes, un malabarista y bailarines. Los eventos y la exposición, abiertos al público general, congregaron a más de 15.000 personas durante los tres días de celebración, a pesar de la tormenta que cayó durante todo el sábado.

Entre las editoriales asistentes se encontraban The Paris Review, The Crossing Press, David R. Godine, Vanguard Press, Feminist Press, Pushcart Magazine, Glide Publications y Gotham Book Mart.

La coordinadora de la feria, Suzanne Zavrian, coordinadora editorial de Pocket Books, resaltó que en este año del Bicentenario hay que destacar que las pequeñas editoriales trabajan siguiendo una tradición muy estadounidense. «Cuando Tom Paine sacó “Common Sense”, se convirtió en uno de los primeros pequeños editores. Whitman y Thoreau también establecieron sus propias editoriales. En el campo de la literatura, se calcula que el 80% de los grandes poetas y novelistas de Estados Unidos empezaron publicando en revistas pequeñas. Somos, por así decirlo, el campo de pruebas para las grandes casas comerciales».

[pie de foto]: Ya sea en la galería subterránea o en Lincoln Square Plaza, la Feria del Libro de Nueva York atrajo a montones de personas (más de 15.000) que se acercaron a mirar, disfrutar y comprar. No es de extrañar el aspecto alegre de Suzanne Zavrian, una de las organizadoras, que posa con el cartel de la feria.

New York Book Fair '76

Photographs by Helen Marcus

The Third Annual New York Book Fair, an exhibition of literary, political, feminist, Third World and other materials from the presses of more than 280 small publishers, was held April 30-May 2 at Lincoln Center—Underground, a large tiled area that runs underground between the New York State Theater and the Metropolitan Opera House. Exhibitors also set up tables on Lincoln Square Plaza above ground, which on one day was also the focal point of poetry readings and other entertainments, including strolling players, an a cappella band, a juggler and dancers. Events and exhibits, free and open to the public, attracted over 15,000 people during the three days, despite an all-day rain storm on Sunday.

Among the exhibitors were The Paris Review, The Crossing Press, David R. Godine, Vanguard Press, Feminist Press, Pushcart Magazine, Glide Publications and the Gotham Book Mart.

Fair coordinator Suzanne Zavrian, whose other professional hat is that of production managing editor of Pocket Books, pointed out that during this bicentennial year, it is worth noting that small presses are working in a very American tradition. "When Tom Paine brought out 'Common Sense', he became one of the first small publishers. Whitman and Thoreau also established their own presses. In the area of literature, it's been estimated that 80% of America's major poets and novelists were first published in little magazines. We are, if you like, the testing ground for the big commercial houses."



Documento 13.8. «New York Book Fair '76», *Publisher's Weekly*, 24 de mayo de 1976.

Semana de la mujer

Silvia Federici, la mujer y la economía

Women's Community Center de FSU presenta

SEMANA DE LA MUJER

«El trabajo que hace la mujer en casa ciertamente permite al hombre producir más riqueza que la que ellas podrían hacer en su lugar; y así es como la mujer es un factor económico para la sociedad [...] las esposas, como sustentadoras a través del servicio doméstico, tienen derecho a un salario como cocineras, sirvientas, cuidadoras, costureras o amas de casa».

— Charlotte Perkins Gilman, autora de *Women in Economics* [*La mujer en la economía*], publicado en 1898.

«El trabajo doméstico es mucho más que la limpieza de la casa. Es servir a los que ganan el salario, física, emocional y sexualmente, tenerlos listos para el trabajo día tras día. Es la crianza y cuidado de nuestros hijos —los futuros trabajadores— cuidándolos desde el día de su nacimiento y durante sus años escolares, asegurándonos de que ellos también actúen de la manera que se espera bajo el capitalismo. [...]

Que carezcamos de salario por el trabajo que llevamos a cabo en los hogares ha sido también la causa principal de nuestra debilidad en el mercado laboral. Desde luego, no es casual que siempre nos den los trabajos peor pagados o que los salarios bajen en cuanto las mujeres acceden a un sector laboral dominado por los hombres. Los empresarios saben que estamos acostumbradas a trabajar por nada y que estamos tan desesperadas por lograr un poco de dinero para nosotras mismas que pueden obtener nuestro trabajo a bajo precio».

— Silvia Federici y Nicole Cox, *Contraatacando desde la cocina. Salario para el trabajo doméstico – Una perspectiva sobre el capital y la izquierda*.

Silvia Federici es miembro del Comité de Salario para el Trabajo Doméstico de Nueva York que participa en la campaña internacional por el Salario para el Trabajo Doméstico. Es la autora de *Salario para el trabajo doméstico* y profesora de filosofía en State University of New York en Stony Brook. La asistencia de Federici ha sido posible gracias al patrocinio de Women's Community Center de FSU, Consumer Union y Center for Participant Education.

The FSU Women's Community Center Presents

WOMEN'S WEEK

Silvia Federici
Women and
the Economy



"The labor of women in the house, certainly, enables men to produce more wealth than they otherwise could; and in this way women are economic factors in society... wives, as servers through domestic services, are entitled to the wages of cooks, housemaids, nurses, seamstresses, or housekeepers."

-- Charlotte Perkins Gilman
author of *Women in Economics*,
published in 1898.

"Housework, in fact, is much more than house cleaning. It is serving the wage earner physically, emotionally, sexually, getting him ready to work day after day for the wage. It is taking care of our children -- the future workers--assisting them from birth through their school years and ensuring that they too perform in the ways expected of them under capitalism..."

Moreover, our wagelessness in the home is and has been the primary cause of our weakness on the wage labour market. It is certainly not an accident that we always get the lowest paid jobs or that whenever women enter a male sector the wages go down. They know very well that we are used to working for nothing and they know even better that we are so desperate for some money of our own that they can get us at a very low price."

--Silvia Federici and Nicole Cox
Cooking-Planning From the Kitchen: Wages for Housework--A Perspective
on Capital and the Left.

Silvia Federici is a member of the New York Wages for Housework Committee which is active in the international campaign for Wages for Housework from the State. She is the author of *Wages for Housework*, and is also a professor of philosophy at the State University of New York at Stony Brook. Ms. Federici's appearance is sponsored by the FSU Women's Community Center, the Consumer Union and the Center for Participant Education.

Documento 13.9. «New York Book Fair '76», *Publisher's Weekly*, 24 de mayo de 1976.

Una conferenciante afirma que «los hombres se aprovechan de las amas de casa»

Hettie Cobb, redactor

Las amas de casa son las personas menos valoradas de Estados Unidos y están obligadas a rendir sexualmente para sus maridos a cambio de su seguridad económica, afirmó una autora el jueves.

Esa relación hace que las mujeres sirvan de prostitutas, según explicó Silvia Federici, profesora de State of New York University y autora del libro *Salario para el trabajo doméstico*, a la audiencia de la Florida State University.

Las mujeres deberían cobrar a sus maridos por los favores sexuales, añadió.

«En tu condición de ama de casa, siempre tienes que proporcionar servicios sexuales a cambio de nada», declaró. «Por eso cada vez más mujeres recurren a la prostitución con tal de tener algo de dinero en su poder».

Durante su charla sobre «La mujer y la economía», Federici afirmó que las amas de casa podrían paralizar la economía del país si quisieran.

«Siempre se nos da por sentadas. De hecho, lo que hacemos ni siquiera se considera trabajo. Si las mujeres no pasáramos tanto tiempo en casa haciendo lo que se espera de nosotras, en este país no funcionaría nada. No abriría ninguna fábrica y las minas se cerrarían. Somos fundamentales para todos los sectores de la economía», afirmó.

Un hombre de entre los asistentes preguntó a Federici por qué no habría que pagar también a los hombres por sus servicios sexuales. Ella respondió que ellos no pueden porque ellos son quienes manejan el dinero.

«Nosotras tendemos a vernos como víctimas derrotadas. El único poder que nos queda es el de decir no en la cama», aclaró. «Ningún hombre le pegaría a su mujer si supiera que ella podría irse en cualquier momento».

En cuanto a las mujeres que buscan la seguridad económica en un segundo empleo, dijo: «Incluso cuando tenemos un segundo empleo, el primero no desaparece. Simplemente, tenemos turno doble: trabajamos fuera durante la semana y hacemos las tareas de casa el fin de semana». Federici se dirigió a una audiencia de unos 75 estudiantes de ambos sexos, dentro del programa de la Semana de la Mujer, patrocinado por Women's Community Center de FSU.

Tallahassee Democrat

Speaker: Men take advantage of housewives

By HETTIE COBB
Democrat staff writer
Housewives are the most unappreciated people in America and are forced to perform sexually for their husbands in exchange for financial security, a woman author said here Thursday.

That relationship makes housewives serve as prostitutes, Silvia Federici, a State of New York University professor and author of a book, "Wages for Housework," told a Florida State University audience.

Women ought to charge their husbands for sexual favors, she said.

"As a housewife, you always have to give sexual services for nothing," she said. "That's why more and more women have turned to prostitution on the side to have a little money in their hands."

Speaking on "Women and the Economy," Mrs. Federici said housewives could bring the American economy to a halt if they wanted to.

"We're so taken for granted. In fact, what we do is not even

considered work. If we women didn't spend so much time in the home doing what is expected of us, nothing else in the country would function.

"No factory would open, and mines would be closed. We're very crucial to every segment of the economy," she said.

A male in the audience asked Mrs. Federici why husbands should not get paid for their sexual services too. She said they should not because they held the purse strings.

"We (women) tend to see ourselves as defeated victims. The only power we have is to say no in bed," she said. "No man would beat his wife if he knew she could walk out the next minute."

As for housewives seeking financial security through a second job, she said: "Even when we have a second job, the first one doesn't disappear. It just means we do a double shift — the outside job during the week, and the housework on the weekends." Mrs. Federici spoke to about 75 male and female students as part of Women's Week, sponsored by the FSU Women's Community Center.

Tergiversan las palabras de una conferenciante acerca del pago por el sexo

SU ARTÍCULO del 3 de marzo titulado **PO-NENTE DE FSU: LAS MUJERES SON PROSTITUTAS MINUSVALORADAS**, escrito por Hettie Cobb, es un ejemplo de periodismo sensacionalista y tendencioso.

Resulta interesante que, a partir de toda una charla sobre los problemas fundamentales de las mujeres en nuestra sociedad, su reportero haya decidido inventarse algo que desacreditara, distorsionara y desviara la atención de la clave del asunto.

Esa clave es la carencia de salario de las mujeres en el hogar, que trabajan a cambio de nada y hacen el trabajo doméstico, ya sea como amas de casa a jornada completa o combinado con un segundo empleo. Algunas puede que tengan un marido que las sostenga, pero eso no significa que reciban su propio dinero por hacer el trabajo doméstico, que incluye la producción social de niños, estar al servicio de ellos y del marido para reactivarlos y que puedan ir a la escuela o al trabajo al día siguiente.

No tienen derecho a prestaciones de la seguridad social, jubilación, prestaciones por enfermedad o incapacidad o vacaciones pagadas (trabajan más cuando los demás están de vacaciones o de fin de semana). Están obligadas a depender de la benevolencia del marido.

El hecho de que las mujeres no reciban un salario en el hogar ha sido y sigue siendo la razón de su escaso valor en el mercado laboral, como tantas de nosotras hemos experimentado. Los patrones saben que el salario mínimo ya supera lo que recibe la mujer en su casa. Por eso las mujeres tienen tan poco poder de negociación, si es que llegan a tenerlo.

El problema fundamental es que esta situación hace que las mujeres no corten con relaciones que les pueden estar haciendo daño a ellas y a sus hijos, algo que ahora empieza a salir a la luz, gracias a la expansión del movimiento feminista y a la apertura de casas de acogida. Las mujeres maltratadas se ven obligadas a aguantar estas situaciones porque no tienen ni un poco de dinero propio aunque trabajen en casa...

Speaker misquoted on pay for sex

YOUR ARTICLE on March 3 entitled **"PO-NENTE DE FSU: LAS MUJERES SON PROSTITUTAS MINUSVALORADAS"** by Hettie Cobb is an example of sensationalistic, biased journalism.

It is interesting that of the entire talk concerning the fundamental problems women have in our society, your reporter chose to invent something which would discredit, distort, and divert attention away from the fundamental issue.

That fundamental issue is the exploitation of women in the home who labor for nothing and do housework whether they are full-time housewives or have a second job. Some may have a husband to support them, but this does not mean that they get their own money for performing housework which includes the social production of children, the rearing of them and of husbands so that they are reemployed and can go to school or work the next day.

They are not entitled to social security benefits, retirement, sick pay, vacation leave or any other work benefit an employer's obligation or reward; or disability benefits. They are forced, whether they realize it or not, to rely on the benevolence of a husband.

The fact that women receive no salary in the home has been and is still the reason for their low value on the job market as so many of us have experienced. Any employer knows that the minimum wage is more than a woman is getting at home. Women therefore have little if any bargaining power.

The basic issue is that this situation keeps women from having relationships which may abuse them and their children which is

only now, with the emergence of the women's movement and establishment of refuge centers, becoming public. Harassed women are forced to stay in these situations because they do not have a little money of their own even though they work at home.

Speaking on the Wage for Housework movement, Silvia Federici spoke at length about the social producers of daily unpaid labor—the employers of the husband and the government and industry at large who take control of the child when he is ready for the work force or for the military.

The reporter of the article quoted Mr. Federici as saying "women ought to charge their husbands for sexual favors." This is not only incorrect, but it is contrary to the entire Wage for Housework position, and was not said in any form by Mr. Federici, whom talk we have on tape. Their position, clearly stated by Mr. Federici, is to seek payment for household labor from the government who has the ability to tax those who profit from unpaid labor. The payment is for housework, like any other occupation, not for being one sex or the other.

The discussion of prostitution was in the

context of what might women have had to do to get money in order to live in our society. Mr. Federici did not say that housework are prostitution which she belatedly in the early edition suggested.

ADELE LISKOV
Tallahassee Women's Collective

(The story incorrectly reported that Mr. Federici said women ought to charge their husbands for sexual services. Actually, she said women ought to be paid for the government and not just for sexual services, but for all types of work they do in the home.)

Documento 13.11. Adele Liskov, «Speaker misquoted on pay for sex», Tallahassee Democrat, 17 de marzo de 1977.

En cuanto al movimiento Salario para el Trabajo Doméstico, Silvia Federici se extendió al explicar quiénes son los auténticos beneficiarios del trabajo cotidiano no remunerado: los patrones del marido y el gobierno y la industria en general, que toman el control de los niños cuando ya están preparados para integrarse en la fuerza de trabajo o en el ejército.

El reportero que escribió el artículo incluye una cita de Federici, según la cual ella habría dicho que «las mujeres deberían cobrar a sus maridos por los favores sexuales». Esto no solo es erróneo, sino que contradice por completo la postura de Salario para el Trabajo Doméstico; no hay atisbo de que Federici realizara esta afirmación y tenemos la charla grabada en vídeo. La postura de este movimiento, como explicó claramente Federici, es defender que el gobierno pague a la mano de obra doméstica, ya que el gobierno es el que puede cargar impuestos a quienes se benefician del trabajo no remunerado. El pago es por el trabajo doméstico, como se paga cualquier otra ocupación, no por ser de un sexo u otro.

Se tocó el tema de la prostitución al hablar sobre las cosas que tenemos que llegar a hacer las mujeres para conseguir algo de dinero y poder vivir en nuestra sociedad. Federici no dijo que las amas de casa sean prostitutas, algo que se sugiere en el titular de la edición anterior.

ADELE LISKOV

Tallahassee Women's Collective [Colectivo de Mujeres de Tallahassee]

(El artículo sostenía erróneamente que Federici afirmó que las mujeres tendrían que cobrar a sus maridos por los servicios sexuales. En realidad lo que dijo es que las mujeres deberían recibir un sueldo del gobierno y no solo por los servicios sexuales, sino por las tareas de todo tipo que hacen en casa. – editor)

El salario para el trabajo doméstico también es asunto de las lesbianas

Por Francie Wyland

Este artículo es una adaptación del discurso pronunciado el pasado domingo durante una marcha del orgullo gay celebrada en Hollywood. La autora de «Motherhood, Lesbianism and Child Custody» [Maternidad, lesbianismo y custodia de los hijos], Francie Wyland, es miembro de Wages Due Lesbians de Toronto, uno de los colectivos afiliados a la campaña internacional Salario para el Trabajo Doméstico.

El número de lesbianas que se ha manifestado hoy en la calle ha sido pequeño. Pero en Los Angeles hay miles de nosotras. Así que, ¿por qué han salido tan pocas aquí, en Hollywood?

La triste realidad es que las lesbianas somos invisibles —mucho más que los hombres homosexuales—. La dependencia de las mujeres hacia los hombres —explotación y privación de salario— impide que las lesbianas «salgamos del armario» y nos niega la posibilidad de elegir libremente en cada ámbito de nuestras vidas.

¿Dónde están todas esas lesbianas invisibles? En todas partes. Procedemos de todo tipo de ámbitos sociales, somos de todas las razas y grupos étnicos. Muchas de nosotras trabajamos hasta 18 horas al día, estamos aisladas de otras mujeres y no tenemos nuestro propio dinero. Esta es la situación de millones de mujeres heterosexuales también, por supuesto, pero en el caso de las lesbianas se impone una carga particular.

La mujer lesbiana es ama de casa. Cocina, limpia y cria a los hijos. Después de pasar el día haciendo tareas domésticas, se acuesta con el marido —otra tarea doméstica—. Si lo rechaza con demasiada frecuencia, puede que él le pegue o la abandone. Y ella se quedaría atrapada con dos niños, una ayuda de los servicios sociales y sin posibilidad de descanso a la vista. Esta mujer ama a su vecina o a su cuñada, a quien consigue ver algunas tardes.

Los Angeles Times

'Wages for Housework a Lesbian Issue, Too'

The following article was adapted from a speech last Sunday at the "Pride Walk in Hollywood." The author of "Motherhood, Lesbianism and Child Custody," Francie Wyland, is a member of the International Wages for Housework Campaign.

BY FRANCIE WYLAND

"The number of lesbians denouncing in the streets today has been small. It is more an indication of our isolation than of our invisibility. The fact that it is so small is a measure of our isolation, our work and deprivation of wages—that prevents us from being 'coming out' and shows us how close to every part of our lives.

"Where are all these invisible lesbians? Everywhere. We are here at work in all of our offices and other groups. Children are being raised in all homes. We are isolated from other women and have no money of our own. This is true of all women in our society, but especially for lesbians.

"The lesbian woman in a household, like every other woman, is a worker. She cooks, cleans, shops, and does the laundry. She is a worker. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do.

"The lesbian woman in a household, like every other woman, is a worker. She cooks, cleans, shops, and does the laundry. She is a worker. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do.

"The lesbian woman in a household, like every other woman, is a worker. She cooks, cleans, shops, and does the laundry. She is a worker. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do.

"The lesbian woman in a household, like every other woman, is a worker. She cooks, cleans, shops, and does the laundry. She is a worker. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do.

"The lesbian woman in a household, like every other woman, is a worker. She cooks, cleans, shops, and does the laundry. She is a worker. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do.

"The lesbian woman in a household, like every other woman, is a worker. She cooks, cleans, shops, and does the laundry. She is a worker. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do.

"The lesbian woman in a household, like every other woman, is a worker. She cooks, cleans, shops, and does the laundry. She is a worker. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do.

The current inflation, and accompanying inflation in wages, and social services. It is a woman's right to be paid for her work. And now, in the face of economic crisis, we are supposed to bring women back to work. How do we do this? We do this by making sure that we are paid for our work. We do this by making sure that we are paid for our work. We do this by making sure that we are paid for our work.

Lesbian women are forced to stay in marriages we hate, because we can't afford to leave and take our children with us. We're being pushed back into the closet in our jobs. In our homes. In our lives. We're being pushed back into the closet in our jobs. In our homes. In our lives. We're being pushed back into the closet in our jobs. In our homes. In our lives.

Where are all these invisible lesbians? Everywhere. We are here at work in all of our offices and other groups. Children are being raised in all homes. We are isolated from other women and have no money of our own. This is true of all women in our society, but especially for lesbians.

The lesbian woman in a household, like every other woman, is a worker. She cooks, cleans, shops, and does the laundry. She is a worker. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do.

The lesbian woman in a household, like every other woman, is a worker. She cooks, cleans, shops, and does the laundry. She is a worker. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do.

The lesbian woman in a household, like every other woman, is a worker. She cooks, cleans, shops, and does the laundry. She is a worker. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do.

The lesbian woman in a household, like every other woman, is a worker. She cooks, cleans, shops, and does the laundry. She is a worker. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do.

The lesbian woman in a household, like every other woman, is a worker. She cooks, cleans, shops, and does the laundry. She is a worker. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do.

The lesbian woman in a household, like every other woman, is a worker. She cooks, cleans, shops, and does the laundry. She is a worker. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do.

The lesbian woman in a household, like every other woman, is a worker. She cooks, cleans, shops, and does the laundry. She is a worker. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do.

The lesbian woman in a household, like every other woman, is a worker. She cooks, cleans, shops, and does the laundry. She is a worker. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do. She is a worker because she is doing the work that men do.

Documento 13.12. Francie Wyland, «Wages for Housework a Lesbian Issue, Too», *Los Angeles Times*, 3 de julio de 1977.

La mujer lesbiana es una madre dependiente del subsidio social. Su amante tiene que dejar a sus hijos con el padre, porque él tiene medios económicos para mantenerlos y ella no. Las dos mujeres se mudan a otra ciudad, pero tienen que ocultar su relación ante el funcionario de servicios sociales, los vecinos, sus padres e incluso sus hijos. Si se llegara a saber algo, los servicios sociales podrían llevarse a los niños.

Aunque la pareja haya roto con su anterior vida, disponen de muy poco tiempo para estar juntas, sencillamente porque llegar a fin de mes es un trabajo a jornada completa.

La mujer lesbiana es enfermera, empleada de banco, profesora o mecanógrafa. Las otras lesbianas con las que trabaja saben lo que es, pero si el resto de las mujeres se enterase, la mirarían como a un bicho raro, e incluso puede que perdiera su trabajo.

Como la mayoría de las mujeres trabajadoras, las lesbianas ganan bastante menos que los hombres y cuando vuelven a casa después del trabajo comienza su «segundo turno»: comprar, cocinar y limpiar. Puede que salga con su amante y vayan a un bar gay una vez a la semana. Es el único lugar al que pueden ir juntas y donde pueden ser ellas mismas.

Esta mujer podría querer tener hijos algún día, pero ¿cómo podría mantenerlos y seguir teniendo vida propia? Porque nunca se va a permitir a sí misma volver a depender de un hombre.

La mujer lesbiana es una prostituta. El trabajo está mejor pagado que el de camarera y el dinero significa independencia. Pero si alguna vez la detienen, sus amigos y familia se enterarían y podría perder a sus hijos. Después de todo, la sociedad tiene sus reglas. Se supone que solo puedes acostarte con una persona —un hombre— si te quedas con el pack completo que incluye lavarle la ropa. A cambio tendrás un techo bajo el que vivir.

El ama de casa, un eufemismo para no decir esclavitud y autosacrificio, acompañe de manera «natural» al hecho de ser mujer. Pero en realidad la pobreza de las mujeres y nuestra dependencia hacia los hombres nos obliga a hacer ese trabajo.

La actual inflación y los recortes de salario, subsidios y servicios sociales que la acompañan están afectando sobre todo a las mujeres. Sentimos más los efectos porque ya de antemano tenemos menos recursos. Y ahora, frente a la crisis económica, se supone que tenemos que cuidar de nosotras y de todos los que nos rodean con menos dinero que nunca. ¿Cómo lo conseguimos? Pues asumiendo todavía más trabajo.

Las mujeres lesbianas estamos obligadas a aguantar en matrimonios que odiamos porque no nos podemos permitir irnos y llevarnos a nuestros hijos. En el trabajo nos vuelven a meter en el armario, porque conseguir trabajo está complicado. Apenas tenemos presencia en el movimiento gay, mientras que los hombres sí se manifiestan, porque nos tenemos que quedar en casa haciendo las tareas domésticas. Tenemos cada vez menos tiempo para nuestras amantes y amigas. Posponemos durante un año, y después otro más, la posibilidad de tener un hijo.

Pero nos estamos esforzando para conseguir que esto cambie. El movimiento lesbiano está emergiendo y se nos cuenta por millones. Nuestra repercusión se puede medir por las potentes reacciones que hemos generado, como la de Anita Bryant. Nuestra respuesta a Anita, y al resto de personas que querrían quitarnos el derecho a elegir nuestra sexualidad a nosotras y a nuestros hijos, es el lema que muchas de ustedes han visto hoy en nuestras pancartas: «Las mujeres lesbianas tenemos derechos y nuestros hijos también».

Las mujeres heterosexuales de la campaña internacional por el Salario para el Trabajo Doméstico entienden que la lucha por los derechos de las lesbianas es una causa mayor y una causa común. Lo que todas nosotras queremos es lo mismo que quieren ellas: el poder de determinar nuestra propia sexualidad, nuestra propia vida y la capacidad para vivir de manera independiente de los hombres —sin tener que pagar el precio de la pobreza, el aislamiento, la explotación y la infecundidad forzosa—.

La semana pasada, durante la Conferencia sobre el Año Internacional de la Mujer de la University of Southern California, mujeres lesbianas y heterosexuales aprobaron la siguiente resolución, con el fin de que sea sometida a votación en la Conferencia Nacional de Mujeres que se celebrará en Houston este otoño:

Considerando que nuestra pobreza y la presión social obligan a demasiadas mujeres lesbianas a tener que elegir entre salir del armario o tener hijos y que no nos los quiten, se acuerda que exigimos que el gobierno pague un salario por el trabajo doméstico a todas las mujeres, de modo que tengamos el poder de elegir libremente si ser o no lesbianas y si tener o no hijos. Y se acuerda que apoyamos la lucha de nuestros hijos por su propio derecho a elegir su sexualidad.

El salario para el trabajo doméstico es un asunto que nos interesa a todas las mujeres. Pero todo asunto de mujeres es también un asunto de lesbianas, pues cada privación sufrida por una mujer —como el trabajo doméstico no remunerado— se convierte en una doble opresión para la mujer lesbiana. Ninguna de nosotras —lesbiana o heterosexual— será libre mientras no tengamos en nuestro poder el dinero que nos hemos ganado con nuestro trabajo.

Mientras las lesbianas no seamos fuertes, todas las mujeres seremos débiles. Por eso estamos luchando para acabar con la definición convencional de lo que es «natural» y «femenino» en una mujer.

«Derechos humanos» para todas las personas significa necesariamente una verdadera igualdad de oportunidades para las lesbianas —y para eso deben tener suficiente poder económico como para poder salir del armario—.

Salario para el trabajo doméstico

Una nueva organización, el Comité de Salario para el Trabajo Doméstico, está abogando por el reconocimiento del trabajo doméstico como un trabajo de verdad. El comité, que tiene sedes en varias ciudades de Estados Unidos, promueve el salario para todas aquellas personas que se encarguen del trabajo doméstico, independientemente de su sexo o estado civil.

Silvia Federici, portavoz del Comité de Salario para el Trabajo Doméstico de Nueva York, defiende que «si tienes que cocinar para la familia todos los días y apenas tienes dinero, el trabajo se hace interminable. Está ahí día tras día, año tras año, y se da por sentado. A veces llegamos a trabajar 90 horas a la semana, sin horario laboral, sin tiempo de descanso y sin cobertura médica».


Pero, ¿de dónde procedería el dinero? El comité tiene la respuesta: de los impuestos que el gobierno cobre a las grandes empresas. Según el comité, las empresas y el gobierno se benefician del trabajo del ama de casa porque, al hacerse cargo del hogar de su marido y de sus hijos, permite que el marido mantenga su puesto de trabajo. Además, está criando a los futuros trabajadores para el mercado laboral.

WAGES FOR HOUSEWORK

A new organization, the Wages for Housework Committee, is calling for the recognition of housework as serious labor. The committee, which has headquarters in several American cities, seeks wages for everybody who does housework, regardless of sex or marital status.

Silvia Federici, spokeswoman for the New York Wages for Housework Committee, says, "If you have to cook meals for a family every day and have very little money, the work becomes enormous. It is there day after day, year after year, and it is taken for granted. Sometimes we work as long as ninety hours a week. And there is no work schedule, no time off and no medical insurance."

But where would the money come from? The committee has an answer: government taxation of large corporations. The committee reasons that



The illustration shows a woman in a traditional maid's uniform, including a cap and apron, standing next to a kitchen cabinet. On top of the cabinet is a round clock showing the time as approximately 3:30. The cabinet has two doors labeled 'IN' and 'OUT'.

business and government profit by a housewife's labor, because by taking care of her husband's home and children, she makes it possible for him to keep his job. Also, she is raising future workers for the labor market.

Most experts agree, however, that taxing large corporations is impractical. Joanna Robinson, Assistant Professor of Economics at Wellesley College, explains that "the payment of the tax would have to come from dividends to stockholders and from funds that would ordinarily go toward future growth."

Even if the government could pay these wages, who would determine who should be paid and how much? The committee has not yet drawn a plan to classify jobs and set standard payments. They consider such matters "technical details" that can't be decided at this stage of the campaign.

More information is available from NEW YORK WAGES FOR HOUSEWORK COMMITTEE, 288-B 8TH ST., BROOKLYN, N. Y. 11215.

—RUTH E. MESSINGER

Sin embargo, la mayoría de los expertos coinciden en que no es práctico gravar con impuestos a las grandes empresas. Joanna Robinson, profesora adjunta de economía en Wellesley College, explica que «el pago del impuesto tendría que proceder de los dividendos destinados a los accionistas y de los fondos que normalmente se destinarían al crecimiento futuro».

Incluso en el caso de que el gobierno pudiese pagar estos salarios, ¿quién determinaría a quién habría que pagar y a cuánto ascendería dicho salario? El comité aún no ha planificado cómo se clasificarían los empleos ni establecería niveles salariales. Consideran que estos temas son «detalles técnicos» que no se pueden decidir en esta fase de la campaña.

Para más información, diríjense al COMITÉ DE SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO DE NUEVA YORK, 288-B 8TH ST., BROOKLYN, N.Y. 11215.

— RUTH E. MESSINGER

Nuestra opinión

E E.UU. PODRÍA MARCAR EL CAMINO HACIA LA META DEL SALARIO PARA LAS AMAS DE CASA

La última novedad en el frente feminista se llama «Salario para el Trabajo Doméstico». Se trata de una campaña basada en la idea de que, ya que el trabajo de la mujer nunca se termina de hacer, al menos se le debería pagar por él. Y en efectivo.

«En todos los países, las mujeres estamos en una situación de impotencia porque no tenemos nuestro propio dinero. Trabajamos demasiado y cobramos poco», dice Beth Ingber, portavoz del grupo de Los Angeles que está recorriendo el país para sumar a la causa a las esposas amas de casa (y a las amas de casa solteras).

¿Cuánto vale el trabajo del ama de casa y quién va a pagarlo?

The Daily Intelligencer
S. W. CALKINS SR. PUBLISHER, 1954-1973
Owned and Published by the Intelligencer Company
333 N. Broad Street, Doylestown, Pa. 18001 215-348-8171
(Founded in 1893)

Page 4 Saturday, April 3, 1976

Our Opinion

U.S. could lead way in drive to gain wages for homemakers

The latest development on the feminist front is called "Wages for Housework." It's a campaign based on the idea that while a woman's work is never done, at least she ought to be paid for it — in hard cash.

"Women all over the world are in a powerless situation because we don't have independent money. We work too hard and are underpaid," says Beth Ingber, a spokesman for the movement in Los Angeles who is traveling around the country rallying housewives (and single housepersons as well) to the cause.

How much is housewife's labor worth, and who is going to pay for it?

According to researchers at the Social Security Administration, the economic value of a housewife peaks at about \$6,417 between the ages of 25 and 29 and declines after

age 54 due to a decrease in housework. The Chase Manhattan Bank, however, puts a premium of \$13,000 on a woman's labors in the home.

Whatever the figure should be, Wages for Housework is demanding that the government pay it and suggest it get the money by taxing the big corporations. After all, Ms. Ingber points out, if it weren't for a wife ironing her husband's clothes and fixing his lunch and dinner, he couldn't go out to work for the steel company or whatever.

Perhaps the federal government could lead the way by allowing a wage-earner to claim as a deductible expense for income tax purposes any payments made to a spouse who stays at home to care for children.

257

Documento 13.14. Editorial de *The Daily Intelligencer*, «U.S. could lead way in drive to gain wages for homemakers».

voluntarias precisamente porque en casa trabajamos a cambio de nada. Se da por sentado que no valoramos nuestro tiempo y que estamos disponibles para satisfacer las necesidades de todo el mundo.

Es cierto que a veces recurrimos al voluntariado para huir de la soledad de nuestra casa o para «desarrollar una habilidad» que en un momento dado nos pueda servir para tener un trabajo remunerado. Como el trabajo doméstico no se considera «trabajo», uno de los primeros problemas a los que nos enfrentamos cuando vamos a buscar empleo es que no tenemos experiencia laboral. Por eso muchas mujeres vuelven a estudiar. Así que tenemos un turno doble de trabajo no remunerado, porque estudiar es trabajar y el trabajo doméstico no desaparece, simplemente se acelera. Además, tenemos que pagar por el privilegio de hacer «prácticas» y «adquirir experiencia» —lo que no es más que trabajo de voluntariado con un aura de profesionalidad—. Podemos pensar que nos estamos convirtiendo en enfermeras, maestras, asesoras, trabajadoras sociales, etc., cuando en realidad ya somos todo eso. A las mujeres no nos falta formación, las mujeres estamos sometidas a la más meticulosa formación desde muy temprana edad. El trabajo doméstico requiere una infinita variedad de habilidades. Pero cocinar, limpiar, cuidar de nuestros hijos, planificar el presupuesto familiar, etc. no se consideran habilidades porque no se les ha puesto precio.

El voluntariado, sea del tipo que sea, no es una alternativa al trabajo doméstico. Es simplemente más trabajo sin remunerar que sustituye toda una serie de servicios esenciales que debería proporcionar el gobierno y que sigue degradando los ya escasos sueldos que recibimos las mujeres. Nos pagan sueldos bajos en el segundo trabajo porque en el primero no nos pagan nada. Nuestros patrones saben que estamos acostumbradas a trabajar gratis. Si encima trabajamos como voluntarias, abarataremos todavía más nuestro trabajo y lo hacemos más prescindible. En definitiva, nos boicoteamos a nosotras mismas.

Lo que las mujeres queremos y necesitamos no es más trabajo, sino más dinero y más tiempo para nosotras. Estamos cansadas de estar de guardia las 24 horas del día. Estamos cansadas de que nos chantajeen con la idea de que si no nos gusta hacer tareas domésticas es porque no queremos a nuestras familias y, por extensión, que «cuidar de los demás» implica sacrificar nuestra vida por todos los que nos rodean. Este es el chantaje que ha permitido que los hospitales, guarderías y demás no tengan suficientes empleados ni equipamiento y paguen muy poco a sus empleados (mujeres, sobre todo) y que ahora permite al gobierno eliminar servicios sociales, confiando en que nosotras volveremos a asumir la carga añadida.

En esta situación, la única alternativa que tenemos no es solo negarnos a volver a casa con las manos vacías, sino también negarnos a volver a trabajar gratis, en casa o en cualquier otro sitio. Solo cuando nos neguemos a regalar nuestro tiempo a cambio de nada, cuando consigamos que el gobierno y las empresas paguen por todo ese trabajo que hacemos y del que se benefician, tendremos poder para reducir la cantidad de trabajo doméstico que hacemos y evitar el chantaje del voluntariado.

[ANUNCIOS QUE ACOMPAÑAN AL ARTÍCULO]

UN MOMENTO PARA LAS PLANTAS

Zuliehkah Gallagher

Ahora que Polly ha pasado a mejor vida, no te deshagas de su casa libre de hipoteca. ¡Llénela de plantas! ¿Por qué no? Es fácil de hacer, fácil de cuidar y dará un toque sorprendente a la decoración de tu casa.

Por lo que he podido aprender, preparar bien la jaula es fundamental para que el conjunto quede estético. La pintura blanca hace maravillas, los productos protectores evitan que se deteriore la madera y si la jaula es de latón, deberías usar un abrillantador de metales.

Recurre a los elementos del paisajismo: busca el contraste de colores, ten en cuenta la forma de las hojas, la altura de las plantas y cómo crecen. Se puede hacer una composición más interesante con trozos de madera de deriva, piedras, conchas y arena.

Planifica de antemano cómo vas a colocar las plantas —cuanto menos las manipules, mejor—. Si tienes dificultades al colocar alguna de las plantas en la jaula, prueba introducir las raíces en un recipiente con agua para quitarles tierra. Procura que las hojas no se mojen, si no se llenarán de tierra cuando estés rellenando de tierra el espacio entre las plantas. ¡Menudo desastre se puede organizar! Acumula la tierra en el centro y cúbreala con una placa de musgo previamente rociada con insecticida.

¿Qué plantas elegir? Plantas sin plagas, cuyos cultivos sean compatibles y que tengan sistema radicular reducido pero puedan crecer durante mucho tiempo sin grandes necesidades de espacio. La lista de posibles candidatas es bastante extensa, así que mencionaré solo unas pocas: hiedra, violetas africanas, lágrimas de ángel, peperomias, singonios y, cómo no, cactus. No recomiendo utilizar esparragueras o lazos de amor porque sus sistemas radiculares se componen de grandes tubérculos y crecen muy deprisa. Pero puedes utilizarlas si no te importa transplantarlas a los tres meses.

Sigue estos diez sencillos pasos y resérvate dos o tres horas para divertirme y/o frustrarte:

1. Sella el fondo de la jaula con arcilla de vivero para evitar filtraciones de agua (opcional).
2. Cubre el fondo de la jaula con dos capas de plástico.
3. Esparce por el fondo de la jaula una capa fina de piedras y carbón vegetal para drenar del agua.
4. Esparce una capa de tierra de uno o dos centímetros de altitud y amontona un poco más de tierra en el centro (se puede usar una hoja de papel doblada para repartirla mejor).

5. Coloca la composición de plantas.
6. Criba y aprieta la tierra en torno a cada planta.
7. Coloca placas de musgo sobre la tierra para ayudar a conservar la humedad.
8. Riega con pulverizador de agua todo el conjunto.
9. Riega el conjunto con moderación.
10. Mima las plantas con tu atención y cariño.

Sitúa la jaula en una zona con luz moderada durante un par de días y después trasládala a su ubicación permanente. Revisar el estado de las plantas cada día durante las primeras dos semanas para ver a qué velocidad se secan para establecer la frecuencia de riego. Nota: pulverizar siempre agua sobre las plantas antes de regarlas. Así se prepara la tierra para el riego. Las regaderas de boca larga y los pulverizadores de agua son ideales para proporcionar un riego adecuado a tus plantas.

Zuliehkak Gallagher es propietaria de Jade Forest, un vivero de Sayville.

[anuncio 2]

NIPPES – Muebles para el cuarto del bebé

¡tenemos todo lo que necesita tu bebé!

1900 Union Boulevard Bay Shore

enfrente de Milex Southside Hospital 665-0484

Ofertas especiales en cunas y cómodas

* carritos *cunas *cómodas *parques infantiles

*sillas para bebé *lámparas *cambiadores de pañales

*andadores

Mira los precios tan, tan bajos que tenemos

- lámparas
- baúles para juguetes
- muebles de juguete
- carritos de muñecas
- conjuntos de mesa y sillas

Horario: Lunes, miércoles, viernes y sábados. 9:30 a 17:30

Martes y jueves

9:30 a 20:30

APROVECHE NUESTRO SISTEMA DE RESERVA Y ADELANTO A CUENTA

[anuncio 3]

SWEET PEPPER INC. ZAPATERÍA – BOUTIQUE DONDE TROPIEZAN LOS PIES MÁS SELECTOS

59 E. MAIN BAYSHORE

CUPÓN: Vale por \$ 2 en cualquier compra por importe igual o superior a \$ 15.

Expira el 28 de febrero de 1976

POLLERAS

MEDIAS

CHALECOS

¡ROPA DE JEAN DE IMPORTACIÓN!

CAMPERAS

PULÓVERES

ZAPATOS

CAMISAS

ROPA NÁUTICA

ROPA DE TRABAJO

TALLAS 3 A 14

Lunes y martes de 11 a 18.

Miércoles, jueves, viernes y sábados de 11 a 21. 665-9615

El ama de casa es igual a su marido, si no superior en todos los aspectos, como señala Ashley Montague. El ama de casa está a la par de su marido física, intelectual y emocionalmente. Como dirían los antiguos retóricos, ante esto no hay argumento que valga.

El trabajo del ama de casa es tan importante como cualquier otro trabajo que exista, si no más importante, como atestiguan todos esos viejos clichés, las tarjetas de felicitación del Día de la Madre, los discursos condescendientes de los rotarios y demás palabrería piadosa.

No hay escuela, niñera, trabajador social ni guardería capaz de disciplinar, educar, aculturar, dar patria, consolar o amar como lo sabe hacer una madre. No hay economista ni presidente de banco capaz de gestionar el presupuesto tan bien como ella. Si los hombres que manejan el gran capital invirtieran tan bien el presupuesto como lo hace un ama de casa en el supermercado, Con-Edison habría podido pagar dividendos este año y Penn Central sería solvente. No hay artista más creativo, ni abogado más convincente y lógico, policía más alerta, cocinero más chef, ni amante más cariñosa, nadie es tan trabajador como una madre.

Como el trabajo del ama de casa es tan importante como el de su marido —sea este abogado, médico o conductor de autobús—, y probablemente más agotador, y como además hace ese trabajo por el bien de su familia, ella tiene derecho a recibir el mismo salario que él. Una esposa ama de casa tendría que recibir la mitad del salario neto de su marido menos los gastos de mantenimiento del hogar, y de todo lo que hay en él, que hayan acordado mutuamente. Se podría argumentar que la cama, la comida, los regalos y las ocasionales nimiedades que pida ya es pago suficiente para un ama de casa, pero no es lo mismo. Existe una diferencia, como se suele decir, en especie.

Obtener la mitad del salario neto que gana el marido menos los gastos realizados por ambos, para la esposa significaría disfrutar de una verdadera igualdad económica y tener el mismo poder de decisión que su marido en el hogar. También le permitiría gastar a su antojo lo poco que pueda sobrar. Así, las discusiones sobre compras necesarias y compras frívolas se pueden desarrollar en pie de igualdad. El «sostén de la familia» ya no puede decir que él es quien gana el dinero y que por eso él decide cómo se gasta.

Por otra parte, dado que la esposa ama de casa es igual al marido, no bajará más horas que él. «El trabajo de la mujer es interminable» será una forma de existencia que quedará desterrada para siempre del hogar del ama de casa liberada. Si su «trabajador» esposo trabaja 35 horas a la semana y dedica una hora al día a ir y volver del trabajo, lo que suma 40 horas semanales, el ama de casa estará obligada a dedicar a las tareas domésticas la misma cantidad de tiempo, 40 horas semanales. Todas las tareas que queden por hacer una vez cubiertas esas horas se dejarán sin hacer o se repartirán equitativamente entre marido y mujer.

¿Cómo funcionaría este modelo en la práctica? Por poner un ejemplo práctico, vamos a pensar en un hogar que disponga de un presupuesto anual bruto similar al presupuesto medio de una familia de cuatro miembros de Estados Unidos: 10.000 dólares para una familia compuesta por marido, mujer y dos hijos. El marido tiene una hora de trayecto para ir y volver al trabajo y pasa entre siete y ocho horas diarias en su negocio, cinco días a la semana, lo que asciende a 50 horas semanales. Los impuestos se llevan cerca del 18% del salario bruto (impuesto de la renta, seguridad social, impuestos estatales y locales e impuestos indirectos incluidos), con lo que los ingresos anuales se quedan en unos 8.200 dólares, que se dividirían equitativamente entre el esposo y la esposa según el principio de «a igual trabajo, igual sueldo», con lo que cada uno dispondría de 4.100 dólares.

Siguiendo los datos de que dispone el gobierno, sabemos que esta familia gastará el 25% en la vivienda (2.050 dólares), el 25% en alimentación (2.050 dólares) y el 20% en gastos varios que incluyen regalos, seguros, donaciones a la caridad, vestimenta, pasta de dientes, ocio, etc. (1.640 dólares). En total 5.740 dólares. Desglosado en cifras más manejables: cada semana se gastan unos 110 dólares en el hogar. La mitad de los ingresos netos de la familia (4.100 dólares) dividida por el total de horas trabajadas al año (2.600) da derecho al ama de casa a recibir un salario de 1,58 dólares por hora. Si trabaja una media de 50 horas semanales, ganaría 79 dólares a la semana. Al deducir los gastos comunes (55 dólares) su paga quedaría en 24 dólares. Este dinero no es una asignación, ni dinero de bolsillo, ni para imprevistos. *Es su salario una vez descontados los gastos* y lo puede gastar como quiera. Puede ingresarlo en su cuenta bancaria, donarlo a la caridad, emplearlo en seguir estudiando, gastárselo en los bolos con sus amigas o en tomarse una cerveza después del trabajo o jugárselo a las cartas el sábado por la noche.

¿Y qué pasa con su jornada laboral? Desgraciadamente, tendrá que trabajar a turno partido. Esto puede parecer pesado, pero es mejor que la clásica jornada de 12 horas diarias, 7 días a la semana, del ama de casa típica. Su día podría estructurarse (por supuesto, como ella prefiera) así: de 7 a 9 de la mañana: hacer el desayuno, limpiar el polvo, ordenar, barrer y hacer de chófer. De 9 de la mañana a 12 del mediodía: LIBRE. De 12 a 2: hacer el almuerzo, lavar la ropa y hacer las compras. De 2 a 4 de la tarde: LIBRE. De 4 a 8 de la tarde: hacer la cena, lavar los platos, coser, bañar a los niños, etc. De 8 a 12 de la noche: LIBRE. Si tiene que cuidar a los niños durante su tiempo libre o si surge alguna tarea inesperada, puede descontar una o dos horas de su jornada habitual o cobrarlas como horas extra con un recargo del 50% sobre el valor habitual de su hora de trabajo. Para evitar pagar estas horas extra, el marido tendrá que hacer las mismas horas de trabajo doméstico que excedan el horario de la esposa. Esto sería lo justo e igualitario.

En condiciones normales de trabajo, ella tendría una jornada de 48 horas semanales, seis días a la semana, más o menos equivalente a la jornada del marido. El domingo es día de descanso y las tareas que no se pueda evitar hacer se repartirán por igual entre los cónyuges. Papá puede hacer el desayuno, vestir

a los niños, llevar a todos a misa y lavar los platos. Mamá puede hacer la comida del domingo, cuidar un poco a los pequeños, etcétera. Naturalmente, si la mujer está embarazada o en periodo de lactancia, habrá que organizarse de manera acorde. De cualquier modo, como la organización dependerá de cómo sea cada familia, no se puede predecir o intentar establecer qué se va a hacer exactamente en cada hogar de Estados Unidos. Pero los principios no cambian. Una vez establecido el acuerdo, no se puede incumplir el programa familiar.

¿Qué significará este acuerdo para el ama de casa? Como ya hemos dicho, situará a la esposa en pie de igualdad con el marido, en términos sociales y económicos. Dejará de ser la sufrida esclava de la cultura estadounidense que nunca recibe un peso por su esfuerzo. Si es una trabajadora estadounidense y una igual, tiene que ser tratada como una trabajadora estadounidense y una igual. Se reconocerá la importancia de su trabajo de manera tangible, un trabajo que posiblemente es más importante que el de su marido, sociológica, familiar y económicamente. Le otorgará un firme poder de decisión en lo que respecta a la gestión de la economía del hogar, bastante más que el que tiene ahora. La liberará de esas jornadas dignas de la esclavitud que aguantan la mayoría de las esposas estadounidenses y le dejará tiempo para desarrollar sus aptitudes como prefiera, ya sea leer, dedicarse a la artesanía, a la jardinería o a jugar al mahjong. Como tendrán que hacerse cargo de parte de las tareas, los maridos se darán cuenta de la cantidad de trabajo verdaderamente agotador que saca adelante el ama de casa en el hogar. En conclusión, este sencillo plan de igualdad de jornada, salario y ocio traerá más dignidad, realización y «liberación» al ama de casa estadounidense que la que cualquier ambición profesional, retórica o campaña de concienciación pueda aportar alguna vez.

Todos los meses enviamos nuestro sondeo Sounding Board a una muestra representativa de suscriptores de *U.S. Catholic*. La sección Feedback muestra sus respuestas y una selección de sus comentarios sobre el artículo.

FEEDBACK

266

1. En la mayoría de las familias que conozco, marido y esposa tienen el mismo poder de decisión sobre cómo se gasta el presupuesto familiar.

68% De acuerdo

27% En desacuerdo

5% Otros

2. «Las mujeres son pares de sus maridos física, intelectual y emocionalmente».

65% De acuerdo

23% En desacuerdo

12% Otros

3. «El trabajo del ama de casa es igual de importante que el de su marido y probablemente más extenuante»

74% De acuerdo

6% En desacuerdo

20% Otros

Las grandes perdedoras de la liga de los fogones

Por Nancy Seifer

En Estados Unidos, todas las mujeres trabajan, quizás con la excepción de las discapacitadas y de algunas muy ricas. Pero hasta hace poco aún no se había calculado cuánto vale el trabajo no remunerado que se hace en el hogar en términos monetarios. Los resultados son sorprendentes.

En un informe titulado «¿Cuánto vale una esposa?», el banco Chase Manhattan calcula que la esposa media que se dedica a las tareas domésticas, sin trabajo fuera de casa, dedica un total de 99,6 horas semanales a las doce tareas diferentes que realiza en casa. Incluyendo trabajos como el de cuidadora y lavandera, cocinera y lavaplatos, costurera y «hombre» de mantenimiento, este banco calcula que si se pagara por esos servicios costarían 159,34 dólares a la semana, es decir, 8,285,68 dólares al año. En conjunto, las amas de casa estadounidenses tienen un valor anual superior a 250.000 millones de dólares e incrementarían el PIB más de un 35%.

Aunque el ama de casa también tenga un trabajo remunerado, ella trabaja como mínimo seis horas más a la semana que su marido si se cuentan las horas de trabajo, el tiempo de traslado y las tareas domésticas y familiares. En el informe «Monthly Labor Report» [Informe laboral mensual] de abril de 1972, Janice Neipert Hedges y



Documento 13.17. «Big Losers in the Hot-Stove League», The New York Times, 10 de abril de 1974.

Jeanne K. Barnett cuentan que las esposas que tienen un empleo que les ocupa un mínimo de 30 horas a la semana dedican una media de 34 horas semanales (casi cinco horas diarias) a las tareas del hogar.

Hasta hace poco, el trabajo del ama de casa se daba por descontado y tampoco se tomaba en serio. Las habilidades del ama de casa no tienen valor en el mercado (excepto cuando las hace otra persona en casa) y están tan infravaloradas que ni siquiera cuentan para la seguridad social. El ama de casa comparte la pensión de su marido, pero no la tiene por derecho propio. Sin embargo, es evidente que si la figura del ama de casa se aboliera de repente, el efecto sería mucho mayor que el de la huelga más catastrófica que pudiera afrontar la nación.

Las mujeres están empezando a exigir alguna clase de seguridad económica para sus años de vejez como compensación por todos los años que han trabajado en casa. En 1970, durante el National Consultation on Working Class Women [Foro Nacional sobre la Mujer Trabajadora] organizado por el National Project on Ethnic America [Proyecto Nacional sobre las Etnias de EE.UU.] y el National Council of Negro Women [Consejo Nacional de Mujeres Negras], una participante afirmó: «Una idea loca que tengo es un sindicato de amas de casa, y lo digo en serio. La impotencia de la que hemos hablado proviene del hecho de que las mujeres, especialmente las esposas de hombres de clase obrera, carecen totalmente de protección. ¿Qué pasa si se muere el marido? Saben que no pueden salir adelante con el seguro social. Y ¿qué pasa si él simplemente se cansa de sus quejas y se va? Un sindicato podría dar alguna clase de seguridad a esas mujeres, podría permitirles superar los obstáculos y pasar a una nueva etapa de su vida».

Sindicalizar a las amas de casa puede que no sea la solución más realista, pero las propuestas de dar valor monetario a las tareas domésticas están ganando aceptación a gran velocidad. Las audiencias conjuntas sobre economía celebradas por el gobierno federal en 1973, que trataron sobre los problemas económicos de las mujeres, atrajeron la atención del público hacia algunas de las mayores injusticias que sufrían las amas de casa.

Cada vez hay más presión para que se remedie la situación. Se ha propuesto que se les permita contribuir a la seguridad social con cantidades equivalentes a la cotización por autónomo, que se extienda la cobertura de la prestación por incapacidad o que se asignen prestaciones de jubilación especiales a todas las madres.

Con la legislación actual se están cometiendo enormes injusticias y las principales víctimas son las esposas de los trabajadores con salarios bajos. Si el marido muere a edad temprana, la paga de viudez de la esposa puede ser demasiado poco para ella y sus hijos. Si una mujer se incorpora al mundo laboral después de llevar 20 o 30 años trabajando en casa, la pensión que le quede a la hora de jubilarse no alcanzará ni de lejos para cubrir el costo de la vida.

Y si una esposa se divorcia después de menos de 20 años de matrimonio, podría no tener derecho a ninguna de las prestaciones que recibe el marido al jubilarse, aunque haya pasado 19 años criando a sus hijos y haciendo posible que él ganara esa

pensión. Obviamente, muchas amas de casa de clase trabajadora se enfrentan a una enorme inseguridad ante la posibilidad del divorcio, el desempleo o el fallecimiento de sus maridos.

Los maridos trabajadores tendrían tanto que ganar como sus mujeres con el cambio del sistema actual. Si por ejemplo un estibador se enferma o queda incapacitado, su mujer e hijos pequeños reciben pagas de incapacidad con regularidad. Pero si su esposa no remunerada queda incapacitada, él no recibe ayuda de ningún tipo, aunque no tenga a nadie que se encargue de la casa y los niños. Y si la esposa trabajadora de un obrero de la construcción desempleado fallece, da igual cuántos años haya trabajado ella, él no recibirá ningún tipo de ayuda del gobierno (si él muriese, ella recibiría una pensión de viudez).

Desde un punto de vista puramente económico, la falta de innovación del sistema de jubilación gubernamental, que aún no reconoce el valor monetario del trabajo doméstico, podría tener un costo social mayor de lo que se piensa.

En un momento de inflación desbordada e inseguridad financiera, unidas a la creciente inestabilidad familiar, la inexistencia de pensiones de jubilación para las amas de casa solo sirve para empujar a buscar trabajo a cifras aún mayores de mujeres con bajos ingresos. Mujeres que podrían estar más contentas siendo amas de casa a tiempo completo y que ayudarían a evitar la desintegración de la familia en Estados Unidos porque criarían a sus propios hijos en casa.

Y cuantas menos mujeres se queden en casa, más tendrá que invertir el gobierno en servicios de guardería y más perderá por las deducciones de impuestos por gastos en guardería.

Además de proporcionar al ama de casa el sentido de independencia económica y de seguridad ante la vejez pendientes desde hace tanto tiempo, una recompensa económica en forma de pensión daría, como dijo Miriam Ringo, de Illinois Commission on the Status of Women [Comisión sobre el Estatus de las Mujeres de Illinois], «algo de dignidad a un colectivo de ciudadanas demasiado acostumbradas a denigrarse a sí mismas diciendo “solo soy un ama de casa”».

Nancy Seifer, directora de relaciones comunitarias de National Project on Ethnic America [Proyecto Nacional por las Etnias de EE.UU.] del American Jewish Committee [Comité Judío de EE.UU.], es autora del documento «Absent From the Majority: Working Class Women in America» [«Ausentes de la mayoría. La mujer de clase trabajadora en Estados Unidos»], del que se ha extraído este artículo.

¿Cómo poner precio al trabajo del ama de casa?

Por Keith Love

How Do You Put a Price Tag on a Housewife's Work?

By KEITH LOVE. What is the economic value of a housewife?

When is a woman worth more in the home than in the labor market? Senting an increasing interest in questions that have intrigued social scientists and economists for years, researchers at the Social Security Administration recently produced some figures for women across the United States. They found that the American housewife's average economic value, using 1972 data for all ages, was \$4,705.

Changing Value
But the Social Security researchers found that the economic value of a housewife—and its relation to the wage of her counterpart in the labor force—changed as she grew older. A woman in the thirties was worth \$6,061, between the ages of 20 and 24, while her counterpart in the labor force was earning on average only \$3,584.

The housewife's peak value—\$6,417—was reached between the ages of 25 and 29, the study found. But the average earnings of women of the same age range employed nationwide in the home peaked at \$7,495.

"That disparity in favor of the working woman grew in succeeding age groups. After age 24, the full-time house-

wife's economic value declined sharply, as her housework apparently decreased. It is too early to tell whether the Social Security figures will gain currency with economists, who have traditionally chosen not to measure a housewife's productivity because it falls in the so-called nonmarket sector, along with such activities as charity work and unpaid political canvassing. There are no specific data on nonmarket productivity, so although the housewife performs vital job ranging from housekeeper to laborer to interior decorator, her work is not computed in the Gross National Product. The Social Security Administration study found the

Average Economic Value of Housewives and Working Women

| Age Group | Average Economic Value of Women Keeping House Using the Market Cost Approach | Average Earnings of Women Employed Year Round and Full Time |
|-------------|--|---|
| 15 to 19 | \$5,389 | \$4,194 |
| 20 to 24 | 6,061 | 5,864 |
| 25 to 29 | 6,417 | 7,495 |
| 30 to 34 | 6,416 | 7,423 |
| 35 to 39 | 5,992 | 7,289 |
| 40 to 44 | 5,908 | 7,341 |
| 45 to 49 | 5,222 | 7,256 |
| 50 to 54 | 5,222 | 7,387 |
| 55 to 59 | 3,618 | 7,094 |
| 60 to 64 | 2,542 | 7,052 |
| 65 to 69 | 2,250 | |
| 70 to 74 | 1,622 | |
| 75 to 79 | 1,090 | |
| 80 to 84 | 634 | |
| 85 and over | 259 | |

*Consists in part of women ages 65 and over.

Source: Social Security Administration, 1972 Data.

The New York Times, 12, 1976.

The New York Times

NEW YORK, TUESDAY, JANUARY 12, 1976

lack of specific data unattractive, but the agency felt it had an even more practical reason for computing the housewife's worth.

"We were studying the impact of illness and death on national productivity," Barbara Cooper of the agency's health insurance division said. "And we felt the housewife had to be included." Using the market-cost approach, which applies the going wage for such jobs as babysitter or cook to the same jobs performed by the housewife, Mrs. Cooper and her associates drew on the results of a 1972 Cornell study of Syracuse housewives to determine the dollar value of housework. The findings of the Cornell study were then applied to all American women, not in the labor force, through calculations using a 3 per cent sample of 1970 national census data.

Effect of Children
The key variable, was number and age of children in the home. Women who did housework, and also had young children received the economic evaluation.

The use of minimum wage level for computing the economic value of housework led to some criticism. "Our figures are very conservative," said Mrs. Cooper. She said that some women had called her office with

that complaint. But she added: "The figure is valid if you accept the list of services used, such as dishwasher and homemaker's aids."

One leading economist who questions the Social Security report is Carolyn Shaw Bell, Katherine Gorman Professor of Economics at Wesleyley College. Professor Bell criticized the agency's use of the market cost methodology—that is, applying a cook's wage to the housewife's work.

Swelling the Rank
"What would happen to the level of wages now paid in the market to cooks and cleaners if all the unpaid housewives joined the ranks?" asked Professor Bell. "There's no reason to think wages would stay as high as they are now."

"Also, some women stay at home to perform these tasks because they don't want to pay the going rate. It's not appropriate to value their time at what they're unwilling to pay."

But Professor Bell felt that any approach was academic. "Estimating the housewife's worth is a waste of time. You aren't improving her life unless you are fighting for equal rights and more daycare centers."

Carol De Saran, president of the National Organization for Women chapter in New

York City, agrees with the need for more useful studies, but she thinks the housewife's worth should be computed nonstatistically.

"In our society there is a dollar value on everything," said Mrs. De Saran. "Placing a value on the housewife's work draws attention to her work and her worth."

Insurance Figures
But Mrs. De Saran said she thought the Social Security figures low. She put more value on figures for insurance companies use when they have to determine the housewife's worth to her family if she dies or is injured.

"Some of the estimates run as high as \$15,000 a year," Mrs. De Saran said. The University of Michigan's Institute for Social Research has just begun what it hopes will be the definitive study of how nonmarket time is allocated. Housework is a key element of time spent at unpaid occupations.

"We work from the premise that the only scarce resource people have is time," said the Institute's Dr. Thomas Bates. "and we are trying to measure a number of things such as time spent reading and watching television."

"But we will have some figures on the value of housework, although putting a value on a person such as the housewife is greatly inappropriate. The fact that the cooking and this

Documento 13.18. Keith Love, «How Do You Put a Price Tag on a Housewife's Work?», *The New York Times*, 13 de enero de 1976.

¿Qué valor económico tiene un ama de casa? ¿En qué casos tiene más valor la mujer en el hogar que en el mercado laboral?

Atendiendo al creciente interés en cuestiones que han intrigado a científicos sociales y economistas durante años, un equipo de investigadores de la Social Security Administration ha analizado una serie de datos sobre las mujeres de todo el país.

Su conclusión es que, según los datos de todos los grupos de edad del año 1972, el valor económico medio del ama de casa de Estados Unidos es de 4.705 dólares.

Valor variable

Pero los investigadores de la Seguridad Social han detectado que el valor económico del ama de casa —y su relación con el salario de su homóloga en la fuerza de trabajo— varía conforme la mujer va haciéndose mayor. Entre los 20 y los 24

años de edad, una mujer en casa vale 6.061 dólares, mientras que su homóloga en la fuerza laboral de media gana tan solo 5.884 dólares.

El ama de casa alcanza su máximo valor (6.417 dólares) entre las edades de 25 y 29 años, según el estudio. Pero el salario medio de una mujer de la misma edad que trabaje fuera de casa asciende a 7.495 dólares.

Esta diferencia a favor de la mujer trabajadora sigue creciendo en los siguientes grupos de edad. A partir de los 54 años de edad, el valor económico del ama de casa a tiempo completo se desploma bruscamente, cuando aparentemente se reduce su carga de trabajo doméstico.

Aún es demasiado pronto para saber si las cifras de la seguridad social tendrán aceptación entre los economistas, quienes tradicionalmente han preferido no medir la productividad del ama de casa porque su actividad pertenece al así llamado sector no comercial, junto al voluntariado, las obras de caridad y las campañas de captación de votos voluntarias.

No hay datos específicos sobre la productividad de la actividad no comercial, así que aunque la mujer realice trabajos vitales que van desde mantener la casa y cuidar a los niños hasta la decoración de interiores, su trabajo no cuenta en el cómputo del PIB.

Los autores del estudio consideran insatisfactoria la ausencia de datos específicos, pero por eso mismo tiene más sentido calcular el valor del trabajo del ama de casa. [SIGUE EN P. SIG.]

[TABLA DE DATOS]:

Valor económico medio de amas de casa y mujeres trabajadoras

[columna 1] Grupo de edad

[columna 2] Valor económico medio de la mujer que se encarga del hogar en dólares según el método del precio de mercado

[columna 3] Ganancia media de la mujer empleada todo el año a tiempo completo en dólares

271

«Cuando estudiamos el impacto de la enfermedad y los fallecimientos en la productividad nacional, sentimos que había que incluir al ama de casa», explica Barbara Cooper, de la división de seguros de salud de Social Security Administration.

Usando el método del precio de mercado, por el que se aplica el salario vigente de trabajos como el de niñera o cocinera a ese mismo trabajo cuando lo realiza un ama de casa, Cooper y sus colegas emplearon los resultados de un estudio de Cornell sobre las amas de casa de Syracuse realizado en 1972 para establecer el valor del trabajo doméstico en dólares. Los resultados del estudio de Cornell se aplicaron a todas las mujeres de Estados Unidos que no tuviesen trabajo remunerado, extrapolando los resultados de una muestra del 5% a partir los datos censales del país en 1970.

Efectos sobre los niños

La variable más importante ha sido el número de hijos que residen en el hogar y su edad. Las mujeres que hacen el trabajo doméstico y tienen hijos son las que obtienen la valoración económica más alta.

Se ha criticado el estudio por emplear el salario mínimo como base de cálculo del valor económico del trabajo doméstico. «Nuestros datos son muy conservadores», explica Cooper. Cuenta que algunas mujeres han llamado a su oficina para quejarse, pero añade que «los datos son válidos si se acepta la lista de servicios detallados, como lavar la vajilla o asistenta doméstica».

La prestigiosa economista Carolyn Shaw Bell, profesora de la cátedra Katherine Coman de economía de Wellesley College, cuestiona los resultados del estudio. La catedrática critica que se haya empleado el método del precio de mercado y que se haya aplicado el salario que recibe una cocinera al trabajo del ama de casa.

Engrosar las filas

«¿Qué pasaría con el salario que se paga actualmente en el mercado a las cocineras y limpiadoras si todas las amas de casa no remuneradas se sumaran a la oferta de candidatas?», plantea la profesora Bell. «No hay razón para pensar que se vayan a mantener los salarios al nivel al que están ahora».

«Además, algunas mujeres se quedan en casa y hacen estas tareas porque no quieren pagar la tarifa vigente. No es procedente ponerle a su tiempo el precio que ellas no están dispuestas a pagar». Pero la profesora Bell considera que cualquier método empleado sería simple especulación teórica: «Calcular el valor del ama de casa es una pérdida de tiempo. Su vida no va a mejorar mientras no se luche por la igualdad de derechos y por tener más guarderías».

Carole De Saram, presidenta de la sección de Nueva York de National Organization for Women, coincide en que hace falta librar luchas más útiles, pero considera que aun así habría que conocer el valor económico del ama de casa. «En nuestra sociedad, a todo se le asigna un valor monetario», explica De Saram; «si se le asigna un valor al trabajo del ama de casa, se llama la atención sobre su trabajo y su importancia».

Datos de los seguros privados

De Saram considera que los resultados del estudio son bajos. Ella da más valor a las cifras que emplean las compañías privadas de seguros cuando tienen que tasar el valor del ama de casa para la familia en caso de fallecimiento. «Algunas de esas tasaciones ascienden hasta 15.000 dólares anuales», comenta De Saram.

El Institute for Social Research [Instituto de Investigación Social] de Michigan University acaba de comenzar el que espera que sea el estudio definitivo sobre cómo se emplea el tiempo fuera del mercado. El trabajo doméstico tiene mucho peso en el tiempo que se dedica a ocupaciones no remuneradas. «Partimos de la

premisa de que el único recurso limitado que tiene la gente es el tiempo», afirma el doctor Thomas Juster, miembro del instituto, «y estamos intentando medir una serie de cosas, como el tiempo que se dedica a leer o a ver la televisión».

«Pero también obtendremos algunos datos sobre el valor del trabajo doméstico, si bien poner valor a una persona como el ama de casa es extremadamente inapropiado. Ella hace mucho más que solo cocinar y limpiar».

El PIB podría reflejar el valor del trabajo de las amas de casa

WASHINGTON (UP) — ¿Qué valor tienen las tareas del ama de casa —cocinar, lavar platos, cambiar pañales— en dólares y centavos? El gobierno federal intentará averiguarlo este año utilizando para ello fondos del Commerce Department previstos en los presupuestos del año 1978 del presidente Ford.

Durante los últimos años, algunas mujeres que se han quedado en casa mientras sus maridos ganan el pan para la familia han empezado a decir que su contribución debería tener un valor económico.

Las oficinas de análisis económico y censo del Commerce Department, que recogen datos estadísticos sobre buena parte de la actividad económica del país y las tendencias de población, respectivamente, pedirán 274.000 dólares al Congreso para emprender «una nueva iniciativa» para desarrollar «sistemas de medición de la calidad de vida».

La idea es incluir «variables cuantitativas» como el valor de los servicios de las amas de casa en el PIB trimestral, que mide el valor de todos los bienes y servicios del país. Sería el primer intento de cuantificar esta actividad por parte del gobierno.

El presupuesto del departamento para el ejercicio de 1978 asciende a 1.900 millones de dólares, lo que supone una reducción de 124,8 millones (5%) respecto al gasto actual.

Algunas de las inversiones propuestas desde el Commerce Department incluyen:

GNP may reflect value of housewives' labor

WASHINGTON (UPI)—What's the value in dollars and cents of the housewife's chores—cooking, washing dishes, changing diapers?

The federal government will attempt to find out this year using funds provided for the Commerce Department in President Ford's 1978 budget.

In past years, some women who stay home while their husbands are earning money for the family have contended their contributions should have monetary value.

The Commerce Department's Bureau of Economic Analysis and the Census Bureau, which separately gather statistics on much of the nation's economic activity and population trends, will ask Congress for \$274,000 to undertake "a new initiative" to develop "measures related to the quality of life."

The idea is to figure into the quarterly gross national product, which measures the value of all the nation's goods and services, "quantitative variables" such as the value of housewives' services. It would be the first attempt by the government to measure such activity.

The department budget for fiscal year 1978 totals \$19 billion, a reduction of

\$124.8 million—or 5%—from current spending.

Some expenditures proposed for the Commerce Department include:

*\$801.4 million for the National Oceanic and Atmospheric Administration, including \$253 million for loans, loan guarantees and repayment assistance to states affected by offshore energy development activities. The department has asked Congress for \$110 million to fund the offshore program during 1977 and \$143 million for 1978.

*\$280 million for the Economic Development Administration and the regional action planning commissions a reduction of \$171.1 million from the amount appropriated for 1977. The major part of the reduction will come at the expense of EDA's regular public works program.

*\$30.3 million to continue preparation for the 1980 census.

*Appropriation of \$30.2 million in funds for the 1980 Winter Olympics in Lake Placid, N.Y. Another \$5.8 million was requested for 1978 to build facilities for the athletes who will participate.

Documento 13.19. *United Press International*, «GNP may reflect value of housewives' labor», 1975.

- * 801,4 millones de dólares para la National Oceanic and Atmospheric Administration [Oficina Nacional de Administración Oceánica y Atmosférica], que incluyen 253 millones destinados a préstamos, garantías de préstamo y ayudas a la amortización para los estados afectados por las actividades de desarrollo energético mar adentro. El departamento ha pedido al Congreso 110 millones de dólares para financiar el programa mar adentro en 1977 y 143 millones para 1978.
- * 280 millones de dólares para Economic Development Administration [Oficina de Administración de Desarrollo Económico - EDA] y las comisiones de planificación de acción territorial, lo que supone una reducción de 171,1 millones respecto al presupuesto asignado para 1977. La mayor parte de la reducción se hará a costa del presupuesto ordinario de obra pública de la EDA.
- * 30,3 millones de dólares para continuar con la preparación del censo de 1980.
- * Asignación de 30,2 millones de dólares para costear los Juegos Olímpicos de Invierno de 1980 en Lake Placid, Nueva York. También se ha propuesto que en 1978 se destinen 5,8 millones de dólares a la construcción de las instalaciones para alojar a los atletas participantes.

Prestaciones para las amas de casa

Por Ann Foote Cahn



A report on the bills now pending in Congress that will, if passed, bring long overdue recognition and sizable financial rewards for the unsung heroines of the home by housewives.

By ANN FOOTE CAHN Today's housewife may still be a long way from earning a weekly salary, but with the passage of a series of bills now pending in Washington, she may soon receive the financial return that has long eluded her.

Recent figures confirm, in fact, that the average housewife provides an estimated \$13,400 worth of services in the home annually—when with child care, cleaning, chauffeuring, cooking and the like. But many wives are totally dependent on their husbands or, in event of divorce, death or separation, deprived of economic alternatives. According to a report by the International Women's Year Commission, only 14 percent of divorced women are awarded alimony and a mere 41 percent are allowed child support, of which less than half collect either regularly.

It is any wonder, then, that countless groups have rallied to the housewife's cause or that a myriad bill-writers are working to provide women's rights whose cause have been introduced in Congress to provide some much needed relief?

(Continued on page 26)

\$\$\$ BENEFITS FOR HOUSEWIVES

There are 100 million of our nation's women who will be glad to accept a salary for the services they provide in the home. In recognition of the economic contribution of the housewife, many bills are being introduced in Congress to provide a means of recognizing their job and to provide a means of recognizing their contribution to the nation's economy. These bills are being introduced in Congress to provide a means of recognizing their job and to provide a means of recognizing their contribution to the nation's economy.

EMERGENCY HOME CAREWORKER
 Senator Barbara Boxer has introduced a bill to provide a means of recognizing the contribution of home careworkers to the nation's economy. This bill would provide a means of recognizing their job and to provide a means of recognizing their contribution to the nation's economy.

CHILDREN'S BENEFITS
 Senator Barbara Boxer has introduced a bill to provide a means of recognizing the contribution of children to the nation's economy. This bill would provide a means of recognizing their job and to provide a means of recognizing their contribution to the nation's economy.

The House has 100 bills to be passed in 1978. It is any wonder, then, that countless groups have rallied to the housewife's cause or that a myriad bill-writers are working to provide women's rights whose cause have been introduced in Congress to provide some much needed relief?

one of the highest rates. Interest is high. This means if you have a mortgage, you are paying more for it than you are getting. The only way to get out of this is to refinance. But refinancing is not always the best solution. In fact, it can be a very costly process. You may end up paying more in interest over the life of the loan than you would have if you had not refinanced.

RETIRED
 Many retired women are not getting the full amount of Social Security benefits they are entitled to. This is because many women do not have enough work credits. There are several ways to get more work credits. One way is to work part-time. Another way is to volunteer. A third way is to take a course. These are all ways to get more work credits and to get more Social Security benefits.

WOMEN'S RIGHTS
 There are many bills in Congress to provide women's rights. These bills are being introduced in Congress to provide a means of recognizing their job and to provide a means of recognizing their contribution to the nation's economy.

The House has 100 bills to be passed in 1978. It is any wonder, then, that countless groups have rallied to the housewife's cause or that a myriad bill-writers are working to provide women's rights whose cause have been introduced in Congress to provide some much needed relief?

[pie de foto]: Un reportaje sobre los proyectos de ley pendientes en el Congreso que, si se aprueban, otorgarán al valioso trabajo del ama de casa un reconocimiento largamente esperado y la compensación económica debida.

Puede que todavía quede mucho camino por recorrer hasta que el ama de casa de hoy en día reciba un salario semanal, pero si se aprobara la avalancha de proyectos de ley que están en estudio en Washington, podría ser que pronto reciba la compensación económica que se merece por su intenso trabajo.

De hecho, datos recientes confirman que el ama de casa promedio realiza servicios en el hogar por valor de 13.400 dólares anuales, contando el cuidado de los hijos, la limpieza, conducir, cocinar y demás. Pero muchas esposas dependen por completo de sus maridos o, en caso de divorcio, fallecimiento o separación, carecen totalmente de recursos. Según un informe de la International Women's Year Commission [Comisión del Año Internacional de la Mujer], solo el 14% de las mujeres divorciadas recibe una pensión compensatoria y un escaso 44% recibe pensión alimenticia, de las cuales menos de la mitad la recibe habitualmente.

Así que ¿a alguien le extraña que los colectivos feministas se manifiesten por las amas de casa? ¿O que se hayan presentado miles de proyectos de ley en el Congreso —solo sobre derechos de la mujer se han presentado 450— para que se proporcione esa compensación tan necesaria?

(continúa en página 26)

Muchos de los proyectos de ley se proponen reestructurar el sistema tributario y de la seguridad social para que la esposa que no trabaje en el mercado laboral dependa menos del asalariado de la familia. Otros proyectos buscan el reconocimiento de la contribución económica de las esposas que trabajan tanto dentro como fuera de casa. E incluso hay proyectos que cubren aspectos más diversos, como generar nuevas oportunidades de empleo para la mujer, ampliar los servicios de atención infantil o acabar con la discriminación por sexo en los seguros.

Cuando se publique este artículo, puede que algunos de estos proyectos de ley se hayan aprobado, o que se hayan suspendido totalmente. Otros puede que tarden meses o años en ser sometidos a votación. Por supuesto, su destino final no depende tan solo de los esfuerzos de los grupos de presión y de los líderes políticos, sino también del respaldo desde la comunidad, de las mujeres de Estados Unidos. Y con eso me estoy refiriendo a ti.

A continuación, algunos de los proyectos de ley más avanzados en su ámbito y que tienen más posibilidades de ser aprobados:

AMAS DE CASA DESTITUIDAS

Displaced Homemaker Assistance Act [Ley de asistencia al ama de casa destituida]. Propuesta en la House of Representatives [Cámara de Representantes] (H.R. 10270) por la representante Yvonne Brathwaite Burke (Partido Demócrata – California) y el representante Augustus F. Hawkins (P. Demócrata – California).

Se ha hablado mucho sobre la difícil situación del ama de casa destituida quien, a causa del divorcio, separación o fallecimiento del marido, de repente se ve arrojada al mercado laboral desprovista de habilidades, experiencia laboral o medio alguno para asegurar su subsistencia o la de su familia. Con este proyecto de ley, que sus impulsores quieren introducir como enmienda a la Comprehensive Employment and Training Act [Ley integral de formación y empleo – CETA] de 1973, se crearían en torno a cincuenta centros de servicio en todo el país en los que se proporcionaría formación laboral, servicio de colocación, asesoramiento y, en algunos casos, incluso estipendios para esos 2,2 millones de mujeres. Podrá acudir a estos servicios cualquier ama de casa mayor de cuarenta años de edad, sea viuda o divorciada, que haya trabajado en casa sin remuneración durante unos años pero no tenga derecho a la prestación de la seguridad social, subsidio social o seguro de desempleo. Ya se han aprobado proyectos de ley sobre las amas de casa destituidas en algunos estados, pero muchos de ellos carecen de la financiación que una ley federal podría procurar. La probabilidad de que estos proyectos de ley se aprueben es muy alta.

SEGURIDAD SOCIAL

Equity in Social Security for Individuals and Families Act [Ley de igualdad de los individuos y las familias ante la Seguridad Social]. Propuesta a la Cámara de Representantes (H.R. 3247) por el representante Donald F. Fraser (P. Demócrata – Minnesota) y la representante Martha Keys (P. Demócrata – Kansas).

Según la legislación vigente sobre la Seguridad Social, el ama de casa no solo está relegada a tener un estatus de dependencia, sino que además no tiene derecho a la prestación por incapacidad, no recibirá pensión de jubilación si se divorcia antes de haber pasado diez años casada (esto es ahora que se ha aprobado una ley, que entrará en vigor en enero de 1979, que reduce el tiempo obligatorio de matrimonio de veinte a diez años) y sus hijos no recibirán una pensión si ella fallece. Incluso si decide salir a trabajar, la situación del ama de casa no mejora mucho. La mayoría de los salarios que se pagan a las mujeres son tan bajos que muchas veces resulta que tienen derecho a mejores prestaciones sociales siendo dependientes del marido que si son trabajadoras asalariadas.

276

El proyecto de ley de Fraser-Keys está diseñado para eliminar el componente de género del sistema al dividir los ingresos de una pareja a efectos de reconocimiento —independientemente de si la esposa trabaja dentro o fuera de casa— y asignar a cada cónyuge su propio informe de vida laboral, sobre el que se basaran las futuras prestaciones sociales. Según qué cantidad sea la más elevada, se puede asignar a cada miembro de la pareja el 50% de la suma de los ingresos de ambos o el 75% del salario más elevado. Esto significa que si la suma de los ingresos asciende a 20.000 dólares, donde uno gana 12.000 dólares y el otro 8.000, a cada cónyuge se le asignarán unos ingresos de 10.000 dólares. Y si fuese solo un cónyuge el que ganase los 20.000 dólares, se reconocerían 15.000 dólares a cada uno de los miembros de la pareja.

Además de igualar las prestaciones sociales para ambos cónyuges, este proyecto de ley también establecería el importante concepto de «portabilidad», es decir, que una mujer podrá llevarse su informe de vida laboral con ella, ya siga casada o no. Además, tendrá derecho a la prestación por incapacidad y las consiguientes prestaciones de Medicare independientemente de su edad, a que los hijos menores dependientes reciban la pensión de supervivencia y a una pensión de jubilación a los 62 años de edad, incluso en el caso de que su marido aún no se haya jubilado. El destino de este proyecto de ley es incierto; está pendiente que un equipo de investigación designado por el gobierno, que analizará la discriminación en el sistema de la Seguridad Social, haga públicos sus resultados este verano.

PENSIONES

Homemaker Retirement Bill [Proyecto de ley de jubilación del ama de casa]. Propuesta a la Cámara de Representantes (H.R. 4649) por el representante Paul Trible (P. Republicano – Virginia) y en el Senado (S. 1783) por el senador Wendell Anderson (P. Demócrata – Minnesota).

Cerca de 26 millones de amas de casa están fuera de la seguridad social y de prácticamente todos los planes de pensiones. La ley de reforma tributaria de 1976, Tax Reform Act, permite a la mujer compartir con su cónyuge una cuenta de ahorro para la jubilación conjunta, pero sigue dependiendo de la «buena disposición» del marido para participar en el plan, y a la mujer solo se le pueden abonar 875 dólares al año. Si se aprobara el proyecto de ley, el ama de casa podría establecer su propia cuenta de ahorro para la jubilación e invertir hasta 1.500 dólares al año, en el caso de no estar cubierta por otro plan de jubilación. Como las cuentas de ahorro para la jubilación tienen bonificación fiscal, una mujer de 25 años de edad que ingrese 1.500 dólares anuales en esa cuenta, con un 7,75% de interés, recibiría una pensión de jubilación neta anual de 32.405 dólares cuando cumpla 65 años. Si ingresase la misma suma en una simple cuenta de ahorros y pagase anualmente el impuesto sobre la renta, su pensión de jubilación a los 65 años se quedaría en 19.116 dólares anuales —menos de la mitad—. Este proyecto de ley cuenta con un amplio respaldo en el Congreso y es probable que se termine aprobando.

PUESTOS DE EMPLEO

Part-time Career Opportunity Act [Ley de oportunidades de empleo a tiempo parcial]. Presentada en la Cámara de Representantes (H.R. 1627) por la representante Yvonne Brathwaite Burke (P. Demócrata – California) y en el Senado (S. 518) por el senador Gaylord Nelson (P. Demócrata – Wisconsin).

Muchas amas de casa quieren, y necesitan, trabajar fuera de casa, pero las tareas y responsabilidades del hogar se lo impiden. Por supuesto, una solución sería un trabajo a tiempo parcial, pero muchos de esos trabajos son un callejón sin salida, se pagan mal y no compensan. Además suelen ser los primeros puestos en desaparecer cuando hay problemas económicos. La aprobación de esta ley —con la que se pretenden crear miles de oportunidades de empleo a tiempo parcial en casi todos los niveles de la administración federal— no solo permitiría colocar a las

esposas y madres que no pueden trabajar a tiempo completo, sino que además pondría a su alcance trabajos y responsabilidades para los que muchas de ellas están preparadas. Pero será difícil que se apruebe esta ley, ante la reticencia de las agencias federales a los procesos de reestructuración o a las ampliaciones de plantilla.

Federal Employees Flexible and Compressed Work Schedules Act [Ley de horarios comprimidos y flexibles para empleados federales]. Propuesta a la Cámara de Representantes (H.R. 2732) por el representante Stephen J. Solarz (P. Demócrata – Nueva York) y al Senado (S. 517) por el senador Gaylord Nelson (P. Demócrata – Wisconsin).

Esta ley, que autoriza a [...]

DÍA DE LA MUJER / 19 de mayo de 1978

El valor del trabajo doméstico ascendió a 340.000 millones de libras el año pasado

Por Richard Adams
Redactor de economía

[cuadro superior]

¿El tiempo en nuestras manos?

Cómo se reparte el día

[gráfico de torta]

Sueño y descanso 37%

278

Ocio y comida 28%

Otros 1%

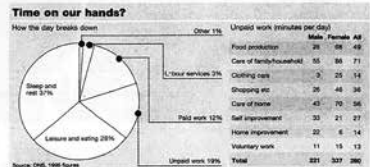
Servicios de preparación para / relacionados con el trabajo 3%

Trabajo remunerado 12%

Trabajo no remunerado 19%

[tabla]

Trabajo no remunerado (minutos al día)



Value of £340bn placed on housework last year

By Richard Adams, Economics staff

Cooking, cleaning and other work around the home would have cost at least £120bn last year if it had to be paid for at market rates, according to a pioneering study.

This figure is almost as much as fictitious received as income from employment last year. It shows that housework – most of it done by women – takes up more time each day than paid work.

"Every time a person dips the garden or goes to the supermarket, or does the washing up, this is work just as surely as agricultural labouring, serving hamburgers or working in a hotel."

The Office for National Statistics says in a report today. The figures are based on a national time-use survey, which asked 2,000 adults to describe what they were doing every 15 minutes. It found that the average person spends roughly nine hours a day sleeping or resting, over two hours eating and nearly four hours at leisure.

Averaged over an entire week – including weekends and holidays – paid work and preparation for it accounts for three and a half hours a day. The figure is depressed because the survey included people who do little or no paid work at all.

Unpaid work, including shopping, cleaning, childcare and do-it-yourself, takes about four and a half hours a day, the survey showed.

Women do more work in the home than men – 50 per cent compared with 40 per cent. For example, women spend 66 minutes a day on food production, while men spend only 28 minutes, but men work longer hours in paid employment.

The total monetary value of unpaid household work, including tax, national insurance and pensions, would be between 96 and 122 per cent of UK gross domestic product. The figure depends on how unpaid work is valued.

Valued at the average rate of pay, unpaid work would be worth £200bn, or 122 per cent of GDP.

Reflecting the greater proportion of household work done by women, and their lower average earnings, the value would be 68bn, or 112 per cent of GDP.

Valued at the equivalent pay rates for each activity (e.g. chefs for cooking), the value would be £210bn, or 124 per cent of GDP, including taxes and pensions.

The authors argue that national accounts for household work, whether to those for the "paid" economy, are useful for policy and analytical reasons.

A Household Satellite Account for the UK. Linda Margaret and Henry Newman. Economic Trends, No 527, October 1997. ONS. The 097-032 axis.

Documento 13.21. Artículo sobre el valor estimado del trabajo doméstico en Reino Unido en 1997. Richard Adams, «Value of £340bn placed on housework last year», *Financial Times*, 7 de octubre de 1997.

| | Hombres | Mujeres | Todos |
|-----------------------------|---------|---------|-------|
| Producción de alimentos | 28 | 68 | 49 |
| Cuidado de la familia/hogar | 55 | 86 | 71 |
| Cuidado de la vestimenta | 3 | 25 | 14 |
| Hacer las compras, etc. | 26 | 46 | 36 |
| Cuidado de la casa | 43 | 70 | 56 |
| Cuidado personal | 33 | 21 | 27 |
| Mejora de la vivienda | 22 | 6 | 14 |
| Trabajo voluntario | 11 | 15 | 13 |
| Total | 221 | 337 | 280 |

Fuente: ONS, datos de 1995

[cuerpo noticia]

Si se pagara a las tarifas del mercado, cocinar, limpiar y demás tareas del hogar habrían tenido un coste mínimo de 340.000 millones de libras el año pasado, según un estudio pionero.

Es casi la misma cifra que alcanzaron los ingresos laborales de muchos británicos el año pasado y evidencia que el trabajo doméstico, del que prácticamente se encargan las mujeres, consume más tiempo al día que el trabajo remunerado.

«Cada vez que una persona trabaja en el jardín, va al supermercado o lava los platos, está trabajando igual que quien se dedica a la agricultura, sirve hamburguesas o trabaja en un hotel», afirma la Office for National Statistics [ONS - Oficina de Estadística Nacional] en un informe publicado hoy.

Los datos se basan en una encuesta nacional sobre el uso del tiempo en la que se pidió a 2.000 personas adultas que describieran lo que estaban haciendo cada 15 minutos. Se pudo averiguar que el ciudadano medio pasa cerca de nueve horas al día durmiendo o descansando, más de dos horas comiendo y cerca de cuatro horas de ocio.

Si se calcula la media semanal —fines de semana y feriados incluidos—, el trabajo asalariado y el tiempo de preparación para este ocupan tres horas y media al día. La cantidad de horas parece baja, porque en la encuesta participaron también personas que no tenían trabajo remunerado o trabajaban pocas horas.

El trabajo no remunerado, que incluye hacer las compras, limpiar, cuidar a los hijos y los arreglos de la casa, ocupa unas cuatro horas y media al día, según la encuesta. Las mujeres hacen más trabajo en casa que los hombres: el 60% frente

al 40% que hacen ellos. Por ejemplo, las mujeres dedican 68 minutos al día a la producción de alimentos, mientras los hombres solo 28 minutos. Pero los hombres trabajan más horas en el empleo remunerado.

El valor monetario total del trabajo doméstico no remunerado, incluidos los impuestos, seguridad social y pensiones, equivaldría a entre el 55% y el 122% del Producto Interior Bruto de Reino Unido. La cifra final depende de cómo se calcule el valor del trabajo no remunerado.

- Si se calcula a partir de la tarifa salarial media, el trabajo no remunerado valdría 739.000 millones de libras, equivalente al 122% del PIB.

- Si el cálculo reflejara la mayor proporción de trabajo doméstico que realizan las mujeres y su media salarial, más baja, el valor de este trabajo sería de 682.000 millones de libras, el 112% del PIB.

- Si se calcula teniendo en cuenta la tarifa salarial específica de cada actividad (por ejemplo, lo que recibe un chef por cocinar), el valor sería de 341.000 millones de libras, un 56% del PIB, impuestos y cotizaciones incluidas.

Los autores del estudio afirman que calcular el valor del trabajo doméstico que se hace en el país, de manera similar a como se hace con la economía «remunerada», es útil por razones políticas y analíticas.

Referencia del informe: Linda Murgatroyd y Henry Neuberger, «A Household Satellite Account for the UK», *Economic Trends*, núm. 527, octubre de 1997. ONS. Tel.: 0171-533 6363.

Anexo 1. Panfletos de Falling Wall Press

Como la mayoría de los panfletos de la sección angloparlante de la red, «Wages Against Housework» [«Salario contra el trabajo doméstico»] fue publicado originalmente por Falling Wall Press. Radicada en Bristol, y gracias sobre todo al trabajo de Suzie Fleming, Falling Wall se convirtió en la casa editorial de la campaña. «Wages Against Housework» y «Counter-Planning from the Kitchen» [«Contraatacando desde la cocina»] fueron publicados en 1975. Aunque luego se han reimpresso en diversas antologías, entre ellas *Revolution at Point Zero* [Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, revolución y luchas feministas], de Silvia Federici, se han incluido en esta recopilación porque son textos que surgieron

WAGES AGAINST HOUSEWORK

They say it is love. We say it is unwaged work.
They call it frigidity. We call it absenteeism.
Every miscarriage is a work accident.
Homosexuality and heterosexuality are both working conditions ...
but homosexuality is workers' control of production, not the
end of work.
More smiles? More money. Nothing will be so powerful in destroying
the healing virtues of a smile.
Neuroses, suicides, desexualisation: occupational diseases of the
housewife.

by Silvia Federici

Other pamphlets from Falling Wall Press

POWER OF WOMEN AND THE SUBVERSION OF THE COMMUNITY
by Mariarosa Dalla Costa and Selma James

... We pose, then, as foremost the need to break this role of housewife that wants women divided from each other, from men and from children, each locked in her own family as the chrysalis in the cocoon that imprisons itself by its own work, to die and leave silk for capital ...

35p plus 10p postage (US and Canada: \$1.40 post free by surface mail)

SEX, RACE AND CLASS by Selma James
with contributions from Barbara Beese, Mala Dhoondy, Darcus Howe and correspondents to *Race Today*
(published jointly with *Race Today Publications*)

... A hierarchy of labour powers and a scale of wages to correspond. Racism and sexism training us to acquire and develop certain capabilities at the expense of all others ... So planting cane or tea is not a job for white people and changing nappies is not a job for men and beating children is not violence. Race, sex, age, nation, each an indispensable element of the international division of labour. Our feminism bases itself on a hitherto invisible stratum of the hierarchy of labour powers—the housewife—to which there corresponds no wage at all ...

30p plus 7p postage (US and Canada: \$1.20 post free by surface mail)

For a complete list of Falling Wall Press publications send a s.a.e. or an international reply coupon to:
Falling Wall Press Ltd., 79 Richmond Rd., Montpelier, Bristol BS6 5EP

WAGES FOR HOUSEWORK
c/o SILVIA FEDERICI
481 PACIFIC STREET
BROOKLYN, N. Y. 11212

10p/30c

directamente de nuestros debates internos y eran nuestra respuesta a las preguntas que se planteaban en las asambleas públicas y en los medios. Ambos profundizan en la relación salarial concebida como el instrumento que sirve para extraer trabajo no remunerado a los trabajadores asalariados y no asalariados, pero también como el medio por el que se naturaliza e invisibiliza la explotación, con el que se crean jerarquías y divisiones dentro de la clase trabajadora. A continuación reproducimos las páginas de los panfletos de las primeras ediciones. «Contraatacando desde la cocina» incluye el apéndice de la edición original, titulado «Capital and the Left» [«El capital y la izquierda»], que no se ha publicado en ediciones posteriores.

Otros panfletos de Falling Wall Press

de Mariarosa Dalla Costa y Selma James

Power of Women and The Subversion of The Community
[El poder de las mujeres y la subversión de la comunidad]

...Planteamos, por lo tanto, como cuestión preliminar, la exigencia de romper este rol que quiere divididas a las mujeres, unas de otras y respecto de los hombres, de los niños, cada una en su familia, como crisálida en su capullo, que se encierra con su propio trabajo para morir y dejar la seda al capital...

35 peniques más 10 peniques de gastos de envío (EE.UU. y Canadá: \$ 1,40 gastos de envío incluidos, envío por correo de superficie).

Sex, Race and Class [Sexo, Raza y Clase] de Selma James. Incluye contribuciones de Barbara Beese, Mala Dhondy, Darcus Howe y corresponsales de la revista *Race Today*.

(publicado en colaboración con Race Today Publications)

... Una jerarquía de fuerzas de trabajo y una escala salarial acorde. El racismo y el sexismo nos entrenan para adquirir y desarrollar determinadas habilidades a costa de todas las demás... De modo que cultivar cañas o té no es trabajo de blancos y cambiar pañales no es trabajo de hombres y pegarle a un niño no es violencia. Raza, género, clase, nación, cada uno de ellos es un elemento indispensable de la división internacional de la mano de obra. Nuestro propio feminismo se basa en un estrato hasta ahora invisible de la jerarquía de las fuerzas de trabajo —el ama de casa— a la que no corresponde ningún salario en absoluto...

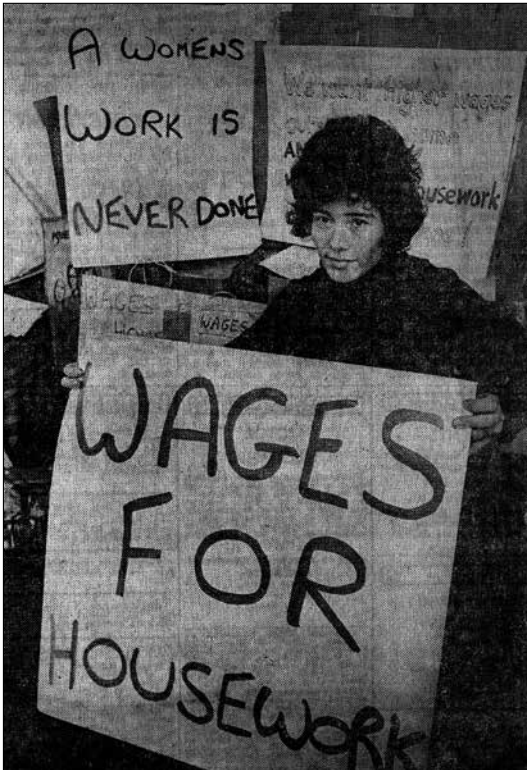
30 peniques más 7 peniques de gastos de envío (EE.UU. y Canadá: 1,20 dólares, gastos de envío incluidos, envío por correo de superficie).

Para recibir la lista completa de publicaciones de Falling Wall Press, manda un sobre prefranqueado con la dirección de envío a:

Falling Wall Press Ltd., 79 Richmond Rd. Montpelier, Bristol, BS6 5EP

[sello]

wages for housework
c/o silvia federici
491 pacific street
brooklyn n.y. 11217
10 peniques / 30 centavos



Suzie Fleming, la fuerza motriz de Falling Wall Press durante muchos años, en una fotografía publicada en la prensa en 1975.

Salarios contra el trabajo doméstico (1975)

Ellos dicen que se trata de amor.

Nosotras que es trabajo no remunerado.

Ellos lo llaman frigidez. Nosotras absentismo.

Cada aborto es un accidente laboral.

La homosexualidad y la heterosexualidad son ambas condiciones laborales... pero la homosexualidad es el control de la producción por las trabajadoras, no el final del trabajo.

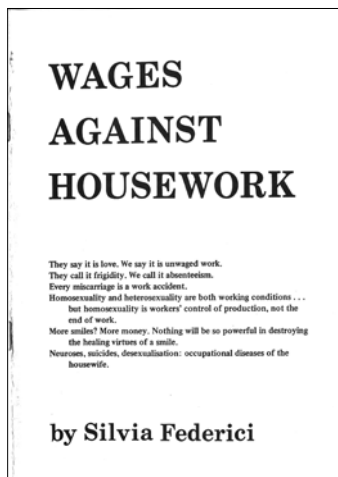
¿Más sonrisas? Más dinero. Nada será tan poderoso como esto para destruir las virtudes sanadoras de la sonrisa.

Neurosis, suicidio, desexualización: enfermedades laborales del ama de casa.

Muchas veces las dificultades y las ambigüedades que expresan las mujeres cuando se discute sobre el salario para el trabajo doméstico emergen del hecho de que reducen la idea de un salario para el trabajo doméstico a una cosa, un poco de dinero, en vez de enfocarlo como una perspectiva política. La diferencia entre estos dos puntos de partida es inmensa. Enfocar el salario doméstico como una cosa en lugar de hacerlo como una perspectiva supone desligar el resultado final de las luchas de la lucha misma, y perder lo que de significativo tiene en la desmitificación y la subversión del rol al cual han sido confinadas las mujeres en la sociedad capitalista.

Cuando observamos el salario doméstico desde este punto de vista reduccionista empezamos a preguntarnos a nosotras mismas: ¿Qué diferencia supondría más dinero en nuestras vidas? Incluso podemos estar de acuerdo en que, para muchas mujeres que no tienen ninguna otra alternativa más que el trabajo doméstico y el matrimonio, supondría de hecho una gran diferencia. Pero parece que para aquellas de nosotras que sí tenemos otras alternativas –un trabajo profesional, un marido ilustrado,

un modelo de vida comunal, relaciones gays¹ o una combinación de estas— no supondría una gran diferencia. Se supone que para nosotras existen otras maneras de lograr la independencia económica, y que el último modo en que querríamos lograrla es identificándonos nosotras mismas como amas de casa, un destino, y en esto coincidimos todas, peor que la muerte. El problema de este posicionamiento es que en nuestra imaginación añadimos un poquito más de dinero a las desdichadas vidas que tenemos hoy en día y entonces nos preguntamos: «Bien, ¿y ahora qué?», bajo la falsa premisa de que podríamos conseguir ese dinero sin revolucionar al mismo tiempo —durante el proceso de lucha para su consecución— todas nuestras relaciones sociales y familiares.



Pero si enfocamos el salario doméstico desde una perspectiva política, podremos ver que la misma lucha produciría una revolución en nuestras vidas y en nuestro poder social como mujeres. También queda claro que si pensamos que no necesitamos dinero es porque hemos asumido las formas particulares de prostitución físicas y mentales que esconden esta necesidad. Como intentaré demostrar, el salario doméstico no es tan solo una perspectiva revolucionaria sino que es la única perspectiva revolucionaria desde un punto de vista feminista.

285

«Un trabajo por amor»

Es importante reconocer que cuando hablamos de trabajo doméstico no estamos hablando de un empleo como cualquier otro, sino que nos ocupa la manipulación más perversa y la violencia más sutil que el capitalismo

¹ Mantenemos la palabra *gay*, siendo fieles al texto original, aunque el término lesbiana fue común desde la década de los setenta por influencia de la Segunda Ola del feminismo. [N. de la T.]

ha perpetrado nunca contra cualquier segmento de la clase obrera. Cier- to es que bajo el capitalismo todo trabajador es explotado y su relación con el capital se encuentra totalmente mitificada. El salario da la impresi- ón de un trato justo: tú trabajas y te pagan, así tanto tu patrón como tú obtienen lo que se le adeuda a cada uno; mientras que en realidad el salario, más que pagarte por el trabajo que llevas a cabo, esconde todo el trabajo no remunerado que conlleva su beneficio. No obstante, el salario por lo menos te reconoce como trabajador, por lo que puedes negociar y pelear sobre y contra los términos y la cantidad de ese trabajo. Tener un salario significa ser parte de un contrato social, y no hay duda alguna acerca de su sentido: no trabajas porque te guste, o porque te venga dado de un modo natural, sino porque es la única condición bajo la que se te permite vivir. Explotado de la manera que sea, no eres ese trabajo. Hoy eres cartero, mañana conductor de taxis. Todo lo que importa es cuánto de ese trabajo tienes que hacer y cuánto de ese dinero puedes obtener.

La diferencia con el trabajo doméstico reside en el hecho de que este no solo se le ha impuesto a las mujeres, sino que ha sido transforma- do en un atributo natural de nuestra psique y personalidad femenina, una necesidad interna, una aspiración, proveniente supuestamente de las profundidades de nuestro carácter de mujeres. El trabajo doméstico fue transformado en un atributo natural en vez de ser reconocido como trabajo ya que estaba destinado a no ser remunerado. El capital tenía que convencernos de que es natural, inevitable e incluso una actividad que te hace sentir plena, para así hacernos aceptar el trabajar sin obtener un sa- lario. A su vez, la condición no remunerada del trabajo doméstico ha sido el arma más poderosa en el fortalecimiento de la extendida asunción de que el trabajo doméstico no es un trabajo, anticipándose –al negarle este carácter– a que las mujeres se rebelen contra él, excepto en el ámbito privado del dormitorio-cocina que toda la sociedad acuerda ridiculizar, minimizando de esta manera aún más a las protagonistas de la lucha. Se nos ve como brujas gruñonas, no como trabajadoras en lucha.

Aun así, lo poco natural que es ser ama de casa se demuestra mediante el hecho de que requiere al menos veinte años de socialización y entrena- miento día a día, dirigido por una madre no remunerada, preparar a una mujer para este rol y convencerla de que tener hijos y marido es lo mejor que puede esperar de la vida. Incluso eso, raramente sucede. No impor- ta lo bien que se nos entrene, pocas mujeres no se sienten traicionadas

cuando tras la luna de miel se encuentran a sí mismas frente a una pileta sucia. Muchas de nosotras aún mantenemos la ilusión de que nos casamos por amor. Muchas otras reconocemos que nos casamos en aras de conseguir dinero y seguridad; pero es momento de reconocer que aunque el dinero que aporta es bastante poco, el trabajo que conlleva es enorme. Es por ello que las mujeres mayores siempre nos dicen: «Disfruta de tu libertad mientras puedas, cómprate lo que quieras ahora». Pero desafortunadamente es casi imposible disfrutar de ninguna libertad si, desde los primeros días de tu vida, se te entrena para ser dócil, servil, dependiente y, lo más importante, para sacrificarte tú misma e incluso obtener placer de ello. Si no te gusta es tu problema, tu error, tu culpa y tu tara.

Debemos admitir que el capital ha tenido mucho éxito escondiendo nuestro trabajo. Ha creado una obra maestra a expensas de las mujeres. Mediante la denegación del salario para el trabajo doméstico y su transformación en un acto de amor, el capital ha matado dos pájaros de un tiro. Primero, ha obtenido una cantidad increíble de trabajo casi gratuito, y se ha asegurado de que las mujeres, lejos de rebelarse contra ello, busquen obtener ese trabajo como si fuese lo mejor de la vida (y las palabras mágicas: «Sí, cariño, eres una mujer de verdad»). Al mismo tiempo, también ha disciplinado al trabajador masculino al hacer que «su» mujer dependa de su trabajo y de su salario, y lo ha atrapado en la disciplina laboral proporcionándole una sirvienta por la cual él mismo se esfuerza trabajando en la fábrica o en la oficina. De hecho nuestro papel como mujeres es no tener salario pero ser felices y, sobre todo, amorosas sirvientas de la «clase obrera», es decir, esos estratos del proletariado a los cuales el capital se ha visto obligado a garantizar más poder social. De la misma manera que Dios creó a Eva para dar placer a Adán, el capital creó al ama de casa para servir al trabajador masculino, física, emocional y sexualmente; para criar a sus hijos, coser sus medias y remendar su ego cuando esté destruido a causa del trabajo y de las (solitarias) relaciones sociales que el capital le ha reservado. Es precisamente esta peculiar combinación de servicios físicos, emocionales y sexuales que conforman el rol de sirvienta que las amas de casa deben desempeñar para el capital lo que hace su trabajo tan pesado y al mismo tiempo tan invisible. No es casual que la mayor parte de los hombres comiencen a pensar en el matrimonio tan pronto como encuentran su primer trabajo. Esto no sucede solo porque económicamente se lo puedan permitir, sino porque el que haya alguien

en casa que te cuide es la única posibilidad para no volverse loco después de pasar el día en una línea de montaje o en una oficina. Toda mujer sabe que debe cumplir con esos servicios para ser una mujer de verdad y lograr un matrimonio «exitoso». También en este caso, cuanto mayor es la pobreza familiar, mayor es la esclavitud a la que se ve sometida la mujer y no tan solo debido a la situación económica. De hecho el capital mantiene una política dual, una para la clase media y otra para las familias de clase trabajadora. No es accidental que sea en esta última donde encontramos el machismo menos sofisticado: cuantos más golpes se lleva un hombre en el trabajo, más y mejor entrenada tiene que estar la mujer para absorberlos, y más permitido le estará recuperar su ego a su costa. Le pegas a tu mujer y viertes tu rabia en ella cuando te sientes frustrado o demasiado cansado a causa del trabajo, o cuando te han vencido en una lucha (aunque trabajar en una fábrica ya es una derrota). Cuanto más obedece un hombre y más ninguneado se siente, más manda alrededor suyo. La casa de un hombre es su castillo y su mujer debe aprender a esperar en silencio cuando él está de mal humor, a recomponer sus pedazos cuando está hecho trizas y odia el mundo, a darse la vuelta en el lecho cuando él dice «estoy demasiado cansado esta noche» o cuando lo hace tan rápido que, tal y como lo describió cierta vez una mujer, lo mismo podría estar haciéndolo con un bote de mayonesa. Las mujeres siempre han encontrado maneras de rebelarse, o de responder, pero siempre de manera aislada y en el ámbito privado. El problema es entonces cómo se lleva esta lucha fuera de la cocina y del dormitorio, a las calles.

Este fraude que se esconde bajo el nombre de amor y matrimonio nos afecta a todas, incluso si no estamos casadas, porque una vez que el trabajo doméstico está totalmente naturalizado y sexualizado, una vez que ha pasado a ser un atributo femenino, todas nosotras como mujeres estamos caracterizadas por ello. Si hacer determinadas tareas es natural, entonces se espera que todas las mujeres las lleven a cabo e incluso que les guste hacerlas, también aquellas mujeres que, debido a su posición social, pueden escaparse de parte de este trabajo y hasta de la mayor parte de él, ya que sus maridos pueden pagar criadas y psiquiatras y pueden disfrutar de diferentes tipos de relax y entretenimiento. Puede que no sirvamos a un hombre, pero todas nosotras nos encontramos en una situación de servilismo respecto a todo el mundo masculino. Esta es la razón por la que ser denominada mujer es tan degradante, un desprecio.

«Sonríe, cariño, ¿qué te pasa, qué problema tienes?» es algo que cualquier hombre se siente legitimado a decirte, ya sea tu marido, el revisor del tren o tu jefe en el trabajo.

La perspectiva revolucionaria

Si partimos de este análisis podemos observar las implicaciones revolucionarias de la demanda del salario doméstico. Es la demanda por la que termina nuestra naturaleza y comienza nuestra lucha porque el simple hecho de reclamar un salario para el trabajo doméstico significa rechazar este trabajo como expresión de nuestra naturaleza y, a partir de ahí, rechazar precisamente el rol que el capital ha diseñado para nosotras.

Reclamar el salario para el trabajo doméstico socavará por sí mismo las expectativas que la sociedad tiene acerca de nosotras ya que estas expectativas –la esencia de nuestra socialización– son todas ellas funcionales a nuestra condición de no asalariadas en el hogar. En este sentido, es absurdo comparar la lucha de las mujeres por un salario para el trabajo doméstico con las luchas por un aumento salarial de los trabajadores masculinos en las fábricas. Cuando se lucha por incrementos salariales, el trabajador asalariado desafía su rol social pero permanece en él. Cuando reclamamos un salario para el trabajo doméstico luchamos sin ambigüedades y de manera directa contra nuestro rol social. Del mismo modo, existe una diferencia cualitativa entre las luchas de los trabajadores asalariados y las luchas de los esclavos por un salario y contra esa esclavitud. Tiene que quedar completamente claro que cuando luchamos por la consecución de un salario no luchamos para entrar dentro del entramado de relaciones capitalistas, ya que nunca hemos estado fuera de ellas. Nos rebelamos para destruir el rol que el capitalismo otorgó a las mujeres, papel crucial dentro del momento esencial que supone para el capitalismo la división del trabajo y del poder social de la clase trabajadora, y gracias al cual el capital ha sido capaz de mantener su hegemonía. Es por todo esto que la exigencia de un salario para el trabajo doméstico es una demanda revolucionaria, no porque por sí misma pueda destruir el capitalismo, sino porque fuerza al capital a reestructurar las relaciones sociales en términos más favorables para nosotras y consecuentemente más favorables a la unidad de clase. De hecho reclamar el salario para el trabajo doméstico no significa que si nos pagasen, seguiríamos llevando

a cabo este trabajo. Significa precisamente lo contrario. Reivindicar el carácter asalariado de este trabajo es el primer paso para rechazar tener que hacerlo, puesto que la demanda de salario lo hace visible, y esta visibilidad es la condición más indispensable para empezar a rebelarse contra esta situación tanto en su aspecto de trabajo doméstico como en su insidioso carácter propio de la feminidad.

Contra cualquier acusación de «economicismo» deberíamos recordar que dinero es capital, esto es, el dinero otorga el poder de exigir trabajo. Así, reapropiarnos de ese dinero fruto de nuestro trabajo –y del trabajo de nuestras madres y abuelas– significa socavar al mismo tiempo el poder del capital de extraer más trabajo de nosotras. Y no deberíamos desestimar la capacidad del salario para desmitificar nuestra feminidad y hacer visible nuestro trabajo –nuestra feminidad como trabajo– en cuanto que ha sido su mismo carácter de no asalariado lo que ha sido tan útil y poderoso en la construcción de nuestro rol y en su encubrimiento. Reclamar el salario para el trabajo doméstico significa hacer visible que nuestras mentes, nuestros cuerpos y nuestras emociones han sido, todos ellos, distorsionados en beneficio de una función específica y que, después, nos los han devuelto de nuevo, esta vez bajo un modelo con el cual todas debemos estar de acuerdo si queremos ser aceptadas como mujeres en esta sociedad.

290 Decir que queremos un salario por el trabajo doméstico que llevamos a cabo es exponer el hecho de que en sí mismo el trabajo doméstico es dinero para el capital, que el capital ha obtenido y obtiene dinero de lo que cocinamos, sonreímos y cogemos. Al mismo tiempo demuestra que todo lo que hemos cocinado, sonreído y cogido a lo largo de todos estos años no es algo que hiciéramos porque fuese más fácil para nosotras que para cualquier otra persona, sino porque no teníamos ninguna otra opción. Nuestros rostros se han distorsionado de tanto sonreír, se nos atrofiaron los sentimientos de tanto amar y nuestra sobresexualización nos ha dejado completamente desexualizadas.

La demanda de salario para el trabajo doméstico es tan solo el comienzo, pero el mensaje es claro: a partir de ahora tendrán que pagarnos porque, como mujeres, ya no garantizamos nada. Queremos llamar trabajo al trabajo para que así eventualmente podamos redescubrir lo que es amar y crear nuestra propia sexualidad, aquella que nunca hemos conocido. Y,

desde el punto de vista laboral, podemos reclamar no solo un salario sino muchos salarios, puesto que se nos ha forzado a trabajar de muchas maneras. Somos amas de casa, prostitutas, enfermeras, psicoanalistas; esta es la esencia de la esposa «heroica», la esposa homenajeadada en el «Día de la Madre». Decimos: dejen de celebrar nuestra explotación, nuestro supuesto heroísmo. A partir de ahora queremos dinero por cada uno de estos momentos, y poder así negarnos a llevar a cabo parte de él y eventualmente todo ello. Respecto a esto, nada puede ser más efectivo que demostrar que nuestras virtudes femeninas ya poseen un valor económico calculable: hasta ahora solo lo tenían para el capital, incrementado en la medida en que éramos derrotadas; a partir de ahora, contra el capital, y para nosotras, incrementaremos su valor en la medida en que organicemos nuestro poder.

La lucha por los servicios sociales

Esta es la perspectiva más radical que podemos adoptar porque podemos pedir guarderías, salario equitativo, lavanderías gratuitas... pero no lograremos nunca un cambio real a menos que ataquemos directamente la raíz de nuestro rol femenino. Nuestra lucha por los servicios sociales, es decir, por mejores condiciones laborales, siempre se verá frustrada hasta que no se establezca en primer lugar que nuestro trabajo es trabajo. Hasta que no luchemos contra todo ello, nunca lograremos victoria alguna en ningún momento. Fracasaremos en la demanda de lavanderías gratuitas a no ser que antes nos alcemos contra el hecho de que no podemos amar si no es al precio de trabajo infinito, trabajo que día a día encoge y daña nuestros cuerpos, nuestra sexualidad, nuestras relaciones sociales, y a no ser que escapemos primero del chantaje por el cual nuestra necesidad de recibir afecto se nos devuelve como una obligación laboral, por la que nos sentimos constantemente resentidas contra nuestros maridos, hijos y amigos y después culpables por este resentimiento. Adquirir un segundo trabajo no cambia ese rol como han demostrado años y años de trabajo femenino fuera de casa. Un segundo trabajo no solo incrementa nuestra explotación sino que únicamente reproduce nuestro rol de diferentes maneras. Donde sea que miremos podemos observar que los trabajos llevados a cabo por mujeres son meras extensiones de la labor de amas de casa. No solo nos convertimos en enfermeras, criadas,

profesoras, secretarías para todo, labores en las cuales se nos adoctrina en casa, sino que estamos en el mismo aprieto que entorpece nuestras luchas en el hogar: el aislamiento, el hecho de que dependan de nosotras las vidas de otras personas y la imposibilidad de ver dónde comienza y termina nuestro trabajo, dónde comienzan y acaban nuestros deseos. ¿Llevarle un café al jefe y charlar con él acerca de sus problemas maritales es trabajo de secretaria o un favor personal? El que tengamos que preocuparnos acerca de nuestra imagen en el trabajo, ¿es una condición laboral o resultado de la vanidad femenina? De hecho, hasta hace poco en Estados Unidos, las azafatas eran pesadas periódicamente y tenían que estar constantemente a dieta —una tortura que conocen todas las mujeres— por miedo a ser despedidas. Como se dice a menudo cuando las necesidades del mercado de trabajo asalariado requieren su presencia: «Una mujer puede llevar a cabo cualquier trabajo sin perder su feminidad», lo cual simplemente significa que no importa lo que hagas ya que tan solo eres una «vagina».

De cara a las propuestas de socialización y colectivización del trabajo doméstico, un par de ejemplos serán suficientes para trazar una línea divisoria entre estas alternativas y nuestra perspectiva. Una cosa es construir guarderías tal y como nosotras las queremos y luego reclamar al Estado que las pague. Otra muy distinta es llevar al Estado a nuestros hijos y después pedirle que los cuide no durante cinco horas sino quince horas diarias. Una cosa es organizar comunalmente la manera en la que queremos alimentarlos (nosotras mismas, en grupos) y exigirle al Estado que asuma este gasto y lo diametralmente opuesto es demandarle al Estado que organice nuestros menús. En uno de los casos adquirimos determinado control sobre nuestras vidas, de la otra manera le otorgamos más control sobre nosotras.

292

La lucha contra el trabajo doméstico

Algunas mujeres preguntan: ¿De qué manera cambiará el salario doméstico la actitud de nuestros maridos respecto a nosotras? ¿No esperarán de nosotras exactamente las mismas labores e incluso más que antes, una vez que se empiece a pagarnos? Este punto de vista no tiene en cuenta que se espera tanto de nosotras precisamente porque no se nos paga por nuestro trabajo, porque se asume que es una «cosa de mujeres»

que no nos requiere mucho esfuerzo. Los hombres son capaces de aceptar nuestros servicios y adquirir placer de ellos precisamente porque presumen que el trabajo doméstico es una tarea sencilla para nosotras y que la disfrutamos porque lo hacemos por su amor. De hecho, esperan que estemos agradecidas porque cuando se casan con nosotras o viven con nosotras consideran que nos han otorgado la oportunidad de realizarlos y expresarnos como mujeres (esto es, servirles). «Eres afortunada por haber encontrado un hombre como yo», dicen ellos. Solo cuando los hombres vean nuestro trabajo como trabajo –nuestro amor como trabajo– y, más importante todavía, nuestra determinación a rechazar ambos, cambiarán su actitud hacia nosotras. No tendrán miedo ni se sentirán socavados como hombres hasta que miles de mujeres salgan a la calle para gritar que las tareas inacabables de limpieza, que la total disponibilidad emocional, que coger cuando se nos exige por miedo a perder nuestros trabajos es un trabajo duro, odiado, que desgasta nuestras vidas. Y sin embargo esto es lo mejor que les puede suceder desde su punto de vista, ya que mostrando la manera en la que el capital nos ha mantenido divididos (el capital los ha disciplinado a través de nosotras y a nosotras a través de ellos, cada una contra el otro), nosotras –sus muletas, sus esclavas, sus cadenas– abrimos el proceso de su liberación. Es desde esta perspectiva que el salario para el trabajo doméstico será mucho más educativo que intentar demostrarles que podemos trabajar tan bien como ellos, que podemos llevar a cabo los mismos trabajos. Dejemos este valioso esfuerzo a las «mujeres profesionales», las mujeres que escapan a su opresión no mediante la fuerza de la unidad y de la lucha sino a través del poder de mando, el poder de oprimir –habitualmente a otras mujeres–. Y no tenemos que probar que podemos «romper la barrera del trabajo fabril». Muchas de nosotras hemos derribado esa barrera hace mucho tiempo y hemos descubierto que los mamelucos de trabajo no nos proporcionan más poder que el delantal –y muchas veces todavía menos puesto que tenemos que realizar ambas tareas por lo que nos queda menos tiempo incluso para luchar–. Lo que tenemos que demostrar es nuestra capacidad de mostrar el trabajo que ya realizamos, lo que el capital nos está haciendo y nuestra fuerza para oponernos a ello.

Desafortunadamente, muchas mujeres –especialmente solteras– se asustan con la perspectiva de un salario para el trabajo doméstico, porque tienen miedo de que se las identifique siquiera por un segundo como

amas de casa. Saben que esa es la posición más impotente en la sociedad y no quieren asumir que ellas también son amas de casa. Esta es precisamente nuestra debilidad, ya que nuestra esclavitud se perpetúa mediante esta falta de autoidentificación. Debemos y queremos reconocer que todas somos amas de casa, todas somos prostitutas y todas somos gays, porque mientras aceptemos todas estas divisiones y pensemos que somos algo mejor, algo distinto a un ama de casa, estaremos aceptando la lógica del amo. Todas somos amas de casa puesto que, sin importar donde estemos, ellos siempre pueden contar con más trabajo de nuestra parte, más miedo al que subordinar nuestras demandas y menos insistencia de la que deberían encontrar, ya que se supone que nuestras mentes están puestas en algún otro lugar, en ese hombre que en nuestro presente o nuestro futuro «nos cuidará».

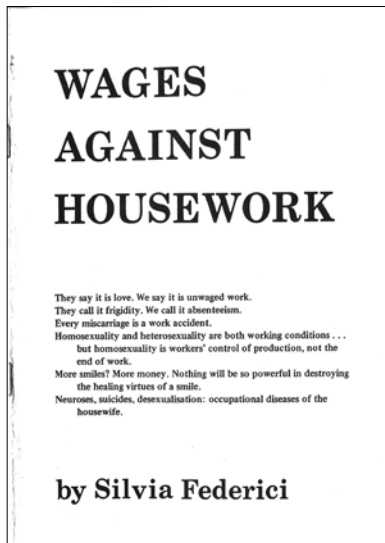
También nos hacemos ilusiones de poder escapar del trabajo doméstico. Pero, ¿cuántas de nosotras hemos escapado aun trabajando fuera del hogar? ¿Podemos desechar tan fácilmente la idea de vivir con un hombre? ¿Qué pasa si perdemos nuestros empleos? ¿Qué decir de envejecer perdiendo incluso esa pequeña cantidad de poder que proporciona la juventud (productividad) y el atractivo (productividad femenina)? ¿Qué hacemos respecto a tener hijos? ¿Nos arrepentiremos algún día de no haberlos tenido, de no habernos planteado realmente esta pregunta? ¿Podemos asumir las relaciones gays? ¿Estamos dispuestas a pagar el posible precio del aislamiento y la exclusión? Sin embargo, ¿realmente podemos permitirnos las relaciones con los hombres?

La pregunta es: ¿Por qué son estas nuestras únicas alternativas y qué tipo de luchas nos llevan más allá de ellas?

Contraatacando desde la cocina (1975)

Desde los tiempos de Marx, ha quedado claro que el salario es la herramienta mediante la que gobierna y se desarrolla el capital, es decir, que el cimientamiento de la sociedad capitalista ha sido la implementación del salario obrero y la explotación directa de las y los obreros. Lo que no ha quedado nunca claro y no ha sido asumido por las organizaciones del movimiento obrero es que ha sido precisamente a través del salario como se ha orquestado la organización de la explotación de los trabajadores no asalariados. Esta explotación ha resultado ser todavía más efectiva puesto que la falta de remuneración la oculta: *en lo que a las mujeres se refiere, su trabajo aparece como un servicio personal externo al capital.*¹

No es casual que durante los últimos meses diversas publicaciones de izquierdas hayan propagado ataques contra la campaña Salario para el Trabajo Doméstico



* Este texto se escribió originalmente como respuesta a un artículo que apareció en la revista *Liberation* bajo el título «Women and Pay for Housework» [«Mujeres y pago por el trabajo doméstico»], firmado por Carol Lopate (*Liberation*, vol. 18, núm. 8, mayo-junio de 1974, pp. 8-11). Nuestra réplica al artículo fue rechazada por los editores de la revista. Si lo publicamos ahora es porque, en ese momento, Lopate mostraba mayor apertura que la mayoría de la izquierda tanto respecto a sus hipótesis fundamentales como en relación con el movimiento internacional de mujeres. Con la publicación de este artículo no queremos dar pie a un debate estéril con la izquierda, sino cerrarlo.

¹ Mariarosa Dalla Costa, «Women and the Subversion of the Community», en Dalla Costa y Selma James (eds.), *The Power of Women and the Subversion of the Community*, Bristol, Falling Wall Press, 1973, pp. 25-26 [ed. cast.: «Las mujeres y la subversión de la comunidad» en *El poder de las mujeres y la subversión de la comunidad*, México, Siglo XXI Editores, 1975].

(WfH por sus siglas en inglés). Siempre que el movimiento feminista ha tomado una posición autónoma, la izquierda se ha sentido traicionada. La izquierda se da cuenta de que esta perspectiva conlleva implicaciones que van más allá de la «cuestión de la mujer» y que representa una ruptura con su política pasada y presente, tanto respecto a las mujeres como al resto de la clase obrera. De hecho, el sectarismo que la izquierda ha demostrado tradicionalmente en relación con las luchas feministas es una consecuencia de su interpretación reduccionista del alcance y de los mecanismos necesarios para el funcionamiento del capitalismo, así como de la dirección que la lucha de clases debe tomar para romper este dominio.

En el nombre de la «lucha de clases» y del «interés unitario de la clase trabajadora», la izquierda siempre ha seleccionado a determinados sectores de la clase obrera como sujetos revolucionarios y ha condenado a otros a un rol meramente solidario en las luchas que estos sectores llevaban a cabo. Así la izquierda ha reproducido dentro de sus objetivos organizativos y estratégicos las mismas divisiones de clase que caracterizan la división capitalista del trabajo. A este respecto, y pese a la variedad de posicionamientos tácticos, la izquierda se ha mantenido estratégicamente unida. Cuando llega el momento de decidir qué sujetos son revolucionarios, estalinistas, trotskistas, anarcolibertarios, vieja y nueva izquierda, todos se unen bajo las mismas afirmaciones y argumentos en pro de la causa común.

Nos ofrecen «desarrollo»

296

Desde el mismo momento en el que la izquierda aceptó el salario como línea divisoria entre trabajo y no trabajo, producción y parasitismo, poder potencial e impotencia, la inmensa cantidad de trabajo que las mujeres llevan a cabo en el hogar para el capital escapó a su análisis y estrategias. Desde Lenin hasta Juliet Mitchell pasando por Gramsci, toda la tradición de izquierda ha estado de acuerdo en la marginalidad del trabajo doméstico en la reproducción del capital y la marginalidad del ama de casa en la lucha revolucionaria. Según la izquierda, como amas de casa, las mujeres no sufren el capital sino que sufren por la ausencia del mismo. Parece que nuestro problema es que el capital ha fallado en su intento de llegar a nuestras cocinas y dormitorios, con la doble consecuencia de

que nosotras presumiblemente nos mantenemos en un estado feudal, precapitalista, y que nada de lo que hagamos en los dormitorios o en las cocinas puede ser relevante para el cambio social. Obviamente si nuestras cocinas están fuera de la estructura capitalista nuestra lucha para destruirlas nunca triunfará, provocando así la caída del capital.

Pero ¿por qué el capital permite que sobreviva tanto trabajo no rentable, tanto tiempo de trabajo improductivo?, es una pregunta que la izquierda nunca encara, siempre segura de la irracionalidad e incapacidad del capital para planificar. Irónicamente ha trasladado su ignorancia respecto a la relación específica de las mujeres con el capital a una teoría por la cual el subdesarrollo político de las mujeres solo se superará mediante nuestra entrada en la fábrica. Así, la lógica de un análisis que focaliza la opresión de la mujer como resultado de su exclusión de las relaciones capitalistas resulta inevitablemente en una estrategia diseñada para que formemos parte de esas relaciones en lugar de destruirlas.

En este sentido, hay una conexión directa entre la estrategia diseñada por la izquierda para las mujeres y la diseñada para el «Tercer Mundo». De la misma manera que desean introducir a las mujeres en las fábricas, quieren llevar las fábricas al «Tercer Mundo». En ambos casos la izquierda presupone que los «subdesarrollados» —aquellos de nosotros que no recibimos salarios y que trabajamos con un menor nivel tecnológico— estamos retrasados respecto a la «verdadera clase trabajadora» y que tan solo podremos alcanzarla a través de la obtención de un tipo de explotación capitalista más avanzada, un mayor trozo del pastel del trabajo en las fábricas. En ambas situaciones, la lucha que ofrece la izquierda a los no asalariados, a los «subdesarrollados», no es la rebelión contra el capital sino la pelea por él, por un tipo de capitalismo más racionalizado, desarrollado y productivo. En lo tocante a nosotras, no nos ofrecen solo el «derecho a trabajar» (esto se lo ofrecen a todos los trabajadores) sino que nos ofrecen el derecho a trabajar más, el derecho a estar más explotadas.

Un nuevo campo de batalla

El cimiento político del movimiento por un salario para el trabajo doméstico lo constituye el rechazo a esta ideología capitalista que equipara la falta de salario y un bajo desarrollo tecnológico con un retraso político

y con falta de capacidad y, finalmente, proclama la necesidad de capital como condición previa para que podamos organizarnos. Es una negativa a aceptar el supuesto de que como somos trabajadoras no asalariadas o que trabajamos con un menor desarrollo tecnológico (y ambas condiciones van íntimamente ligadas) nuestras necesidades deben ser diferentes a las del resto de la clase trabajadora. Nos negamos a aceptar que mientras los trabajadores masculinos de la industria automotriz en Detroit pueden rebelarse contra el trabajo en la cadena de montaje, nosotras, desde las cocinas en las metrópolis o desde las cocinas y los campos del «Tercer Mundo», debemos tener como objetivo trabajar en una fábrica, cuando entre los obreros de todo el mundo aumenta cada vez más el rechazo a este tipo de trabajo. Nuestra animadversión a la ideología izquierdista es la misma que mostramos frente a la asunción de que el desarrollo capitalista sea un camino hacia la liberación o, más específicamente, supone nuestro rechazo al capitalismo en cualquiera de las formas que adopte. De forma inherente a este rechazo, surge una redefinición de qué es el capitalismo y quién forma la clase obrera —es decir, una reevaluación de las fuerzas y las necesidades de clase—.

Por esto, la campaña Salario para el Trabajo Doméstico no es una demanda más entre tantas otras sino una perspectiva política que abre un nuevo campo de batalla, que comienza con las mujeres pero que es válida para toda la clase obrera.² Debemos enfatizar esto ya que el reduccionismo que se hace de la campaña Salario para el Trabajo Doméstico a una mera demanda es un elemento común en los ataques que la izquierda lanza sobre la campaña como modo de desacreditarla y que permite a sus críticos evitar la confrontación con los diferentes conflictos políticos que desvela.

El artículo de Lopate, «Women and a Pay for Housework», es un claro ejemplo de esta tendencia. Ya en el mismo título «Pay for Housework» se falsea el problema, reclamar un salario [*wage*] no es lo mismo que recibir un pago [*pay*], el salario es la expresión de la relación de poder entre el capital y la clase trabajadora. Un modo más sutil de desacreditar la campaña es el argumento de que esta perspectiva se ha importado desde Italia y que tiene poca relevancia respecto a la situación en EE.UU., donde las

² Silvia Federici, «Wages against Housework», 1975 [recogido en el presente volumen como «Salarios contra el trabajo doméstico»].

mujeres «sí trabajan».³ Este es otro claro ejemplo de desinformación. *El poder de las mujeres y la subversión de la comunidad* –la única fuente que Lopate nombra– reconoce la dimensión internacional del contexto en el cual se origina la campaña Salario para el Trabajo Doméstico. En cualquier caso, trazar el origen geográfico de WfH está fuera de lugar en este estadio de la integración internacional del capital. Lo que importa es la génesis *política*, y esta es el rechazo a asumir como trabajo la explotación, y el rechazo a que solo sea posible rebelarse contra aquello que conlleve un salario. En nuestro caso, supone el fin de la división entre las «mujeres que trabajan» y las «que no trabajan» (puesto que «tan solo son amas de casa»), división que implica que el trabajo no asalariado no se asuma como trabajo, que el trabajo doméstico no sea trabajo y, paradójicamente, que la causa de que en EE.UU. la mayoría de las mujeres *de facto* trabajen y luchen sea que muchas tienen un segundo empleo. No reconocer el trabajo que las mujeres llevan a cabo en casa es estar ciego ante el trabajo y las luchas de una abrumadora mayoría de la población mundial que no está asalariada. Es ignorar que el capital estadounidense se construyó sobre el trabajo de los esclavos tanto como sobre el trabajo asalariado y que, hasta el día de hoy, crece gracias al trabajo en negro de millones de mujeres y hombres en los campos, cocinas y prisiones de EE.UU. y de todo el mundo.

El trabajo invisibilizado

Partiendo de nuestra situación como mujeres, sabemos que la jornada laboral que efectuamos para el capital no se traduce necesariamente en un cheque, que no empieza y termina en las puertas de la fábrica, y así redescubrimos la naturaleza y la extensión del trabajo doméstico en sí mismo. Porque tan pronto como levantamos la mirada de los calcetines que remendamos y de las comidas que preparamos, observamos que, aunque no se traduce en un salario para nosotras, producimos ni más ni menos que el producto más precioso que puede aparecer en el mercado

³ «La demanda de un pago para el trabajo doméstico llega de Italia, donde la inmensa mayoría de las mujeres de todas las clases todavía permanecen en los hogares. En EE.UU. más de la mitad de las mujeres trabajan». Lopate, «Women and Pay for Housework», *op. cit.*, p. 9.

capitalista: la fuerza de trabajo. El trabajo doméstico es mucho más que la limpieza de la casa. Es servir a los que ganan el salario, física, emocional y sexualmente, tenerlos listos para el trabajo día tras día. Es la crianza y cuidado de nuestros hijos –los futuros trabajadores– cuidándolos desde el día de su nacimiento y durante sus años escolares, asegurándonos de que ellos también actúen de la manera que se espera bajo el capitalismo. Esto significa que tras cada fábrica, tras cada escuela, oficina o mina se encuentra oculto el trabajo de millones de mujeres que han consumido su vida, su trabajo, produciendo la fuerza de trabajo que se emplea en esas fábricas, escuelas, oficinas o minas.⁴

Esta es la razón por la que, tanto en los países «desarrollados» como en los «subdesarrollados», el trabajo doméstico y la familia son los pilares de la producción capitalista. La disponibilidad de una fuerza de trabajo estable, bien disciplinada, es una condición esencial para la producción en cualquiera de los estadios del desarrollo capitalista. Las condiciones en las que se lleva a cabo nuestro trabajo varían de un país a otro. En algunos países se nos fuerza a la producción intensiva de hijos, en otros se nos conmina a no reproducirnos, especialmente si somos negras o si vivimos de subsidios sociales o si tendemos a reproducir «alborotadores». En algunos países producimos mano de obra no cualificada para los campos, en otros trabajadores cualificados y técnicos. Pero en todas partes nuestro trabajo no remunerado y la función que llevamos a cabo para el capital es la misma.

Lograr un segundo empleo nunca nos ha liberado del primero. El doble empleo tan solo ha supuesto para las mujeres tener incluso menos tiempo y energía para luchar contra ambos. Además, una mujer que trabaje a tiempo completo en casa o fuera de ella, tanto si está casada como si está soltera, tiene que dedicar horas de trabajo para reproducir su propia fuerza de trabajo, y las mujeres conocen de sobra la tiranía de esta

⁴ Mariarosa Dalla Costa, «Community, Factory and School from the Woman's Viewpoint», *L'Offensiva*, 1972: «La comunidad es esencialmente el lugar de la mujer en el sentido de que es allí donde directamente efectúa su trabajo. Pero de la misma manera la fábrica es también el lugar que personifica el trabajo de las mujeres a las que no se verá allí y que han traspasado su trabajo a los hombres que son los únicos que aparecen. De la misma manera, la escuela representa el trabajo de las mujeres a las que tampoco se verá pero que han trasladado su trabajo a los estudiantes que regresan cada mañana alimentados, cuidados y planchados por sus madres».

tarea, ya que un vestido bonito o un buen corte de pelo son condiciones indispensables, ya sea en el mercado matrimonial o en el mercado del trabajo asalariado, para obtener ese empleo.

Por todo esto dudamos de que en EE.UU. «las escuelas, jardines de infantes, guarderías y la televisión hayan asumido gran parte de la responsabilidad de las madres en la sociabilidad de sus hijos» y que «la disminución del tamaño de los hogares y la mecanización del trabajo doméstico ha[ya] significado un aumento potencial del tiempo libre para el ama de casa» y que ella solo «se mantiene ocupada, usando y reparando los aparatos... que teóricamente se han diseñado con la idea de ahorrarle tiempo».⁵

Las guarderías y los jardines de infantes nunca nos han proporcionado tiempo libre, sino que han liberado parte de nuestro tiempo para dedicarlo a más trabajo adicional. En lo que respecta a la tecnología, es en EE.UU. donde podemos medir el abismo entre la tecnología socialmente disponible y la tecnología que se cuele en nuestras cocinas. Y en este caso también, es nuestra condición de no asalariadas la que determina la cantidad y calidad de la tecnología que obtenemos. Ya que «si no te pagan por horas, dentro de ciertos límites, a nadie le importa cuánto tardes en hacer tu trabajo».⁶ En todo caso, la situación en EE.UU. demuestra que ni la tecnología ni un segundo empleo liberan a la mujer del trabajo doméstico, y que «producir un trabajador especializado no es una carga menos pesada que producir un trabajador no cualificado, ya que no es entre estos dos destinos donde reside el rechazo de las mujeres a trabajar de manera gratuita, sea cual sea el nivel tecnológico en el que se lleve a cabo este trabajo, sino en el vivir para producir, independientemente del tipo particular de hijos que deban ser producidos».⁷

301

Queda por puntualizar que al afirmar que el trabajo que llevamos a cabo en casa es producción capitalista no estamos expresando un deseo de ser legitimadas como parte de las «fuerzas productivas»; en otras palabras, no es un recurso al moralismo. Solo desde un punto de vista capitalista ser productivo es una virtud moral, incluso un imperativo moral. Desde el punto de vista de la clase obrera, ser productivo significa

⁵ Lopate, «Women and Pay for Housework», *op. cit.*, p. 9.

⁶ Dalla Costa, «Women and the Subversion of the Community», *op. cit.*, pp. 28-29.

⁷ Dalla Costa, «Community, Factory and School», *op. cit.*

simplemente ser explotado. Como Marx reconocía «ser un obrero productivo no es precisamente una dicha, sino una desgracia». ⁸ Por eso obtenemos poca «autoestima» de esto. ⁹ Pero cuando afirmamos que el trabajo reproductivo es un momento de la producción capitalista, estamos clarificando nuestra función específica en la división capitalista del trabajo y las formas específicas que nuestra revuelta debe tomar. Finalmente, cuando afirmamos que producimos capital, lo que afirmamos es que podemos y queremos destruirlo y no enzarzarnos en una batalla perdida de antemano consistente en cambiar de un modo y grado de explotación a otro.

También debemos dejar claro que no estamos «tomando prestadas categorías del mundo marxista». ¹⁰ Admitimos que estamos menos ansiosas que Lopate por desechar el trabajo de Marx, ya que nos ha proporcionado un análisis que a día de hoy sigue siendo indispensable para entender cómo funcionamos en la sociedad capitalista. También sospechamos que la aparente indiferencia de Marx hacia el trabajo reproductivo puede estar basada en factores históricos. No nos referimos únicamente a esa dosis de chauvinismo masculino que ciertamente Marx compartía con sus contemporáneos (y no solo con ellos). En el momento histórico en el que Marx escribió su obra, la familia nuclear y el trabajo doméstico no estaban desarrollados todavía. ¹¹ Lo que Marx tenía frente a sus ojos era el proletariado femenino, que era empleado junto a sus maridos e hijos en la fábrica, y a la mujer burguesa que tenía una criada y, trabajase o no ella misma, no producía la mercancía fuerza de trabajo. La ausencia de lo que hoy llamamos familia nuclear no significa que los trabajadores no intimasen y copularan. Significa, sin embargo, que era imposible sacar adelante relaciones familiares y trabajo doméstico cuando cada miembro de la familia pasaba quince horas diarias en la fábrica, y no había ni tiempo ni espacio físico para la vida familiar.

302

⁸ Karl Marx, *Capital*, vol. 1, Londres, Penguin Books, 1990, p. 644 [ed. cast.: *El capital*, vol. 1, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 426].

⁹ Lopate, «Women and Pay for Housework», *op. cit.*, p. 9: «Pudiese ser también que las mujeres necesiten ganar un salario en aras de conseguir la autoestima y confianza necesarias para dar los primeros pasos hacia la igualdad».

¹⁰ Lopate, «Women and Pay for Housework», *op. cit.*, p. 11.

¹¹ Aquí hablamos del nacimiento de la familia nuclear como un estadio de las relaciones capitalistas.

Solo después de que las epidemias y el trabajo excesivo diezmasen la mano de obra disponible y, aún más importante, después de que diferentes oleadas de luchas obreras entre 1830 y 1840 estuviesen a punto de llevar a Inglaterra a una revolución, la necesidad de tener una mano de obra más estable y disciplinada forzó al capital a organizar la familia nuclear como base para la reproducción de la fuerza de trabajo. Lejos de ser una estructura precapitalista, la familia, tal y como la conocemos en «Occidente», es una creación del capital para el capital, una institución organizada para garantizar la cantidad y calidad de la fuerza de trabajo y el control de la misma. Es por esto que «como el sindicato, la familia protege al trabajador pero también se asegura de que él o ella nunca serán otra cosa que trabajadores. Esta es la razón por la que es crucial la lucha de las mujeres de la clase obrera contra la institución familiar».¹²

Nuestra falta de salario como disciplina

La familia es esencialmente la institucionalización de nuestro trabajo no remunerado, de nuestra dependencia salarial de los hombres y, consecuentemente, la institucionalización de la desigual división de poder que ha disciplinado tanto nuestras vidas como las de los hombres. Nuestra falta de salario y dependencia del ingreso económico de los hombres los ha mantenido a ellos atados a sus trabajos, ya que si en algún momento querían dejar el trabajo tenían que enfrentarse al hecho de que su mujer e hijos dependían de sus ingresos. Esta es la base de esos «viejos hábitos –nuestros y de los hombres» que Lopate encuentra tan difíciles de romper. No es casual que sea difícil para un hombre «demandar horarios de trabajo especiales para poder implicarse de una manera equitativa en el cuidado de los hijos».¹³ La razón por la cual los hombres no pueden solicitar jornadas a tiempo parcial es que el salario masculino

303

¹² Dalla Costa, «Women and the Subversion of the Community», *op. cit.*, p. 41.

¹³ Lopate, «Women and Pay for Housework», *op. cit.*, p. 11: «Muchas de las mujeres que a lo largo de nuestra vida hemos luchado por esta reestructuración hemos caído en periódicas desesperaciones. Primero, había viejos hábitos –nuestros y de los hombres– que romper. Segundo, había problemas reales de tiempo... ¡Pregúntale a cualquier hombre! Es muy difícil para ellos acordar horarios a tiempo parcial y resulta complicado demandar horarios de trabajo especiales para poder implicarse de una manera equitativa en el cuidado de los hijos».

es indispensable para la supervivencia de la familia, incluso cuando la mujer provee un segundo sueldo. Y si «nos encontramos que nosotras mismas preferimos o buscamos trabajos menos absorbentes, que nos dejan más tiempo para las tareas del hogar»¹⁴ es porque nos resistimos a una explotación intensiva, a consumirnos en la fábrica y a después consumirnos todavía más rápido en casa.

El que carezcamos de salario por el trabajo que llevamos a cabo en los hogares ha sido también la causa principal de nuestra debilidad en el mercado laboral. Los empresarios saben que estamos acostumbradas a trabajar por nada y que estamos tan desesperadas por lograr un poco de dinero para nosotras mismas que pueden obtener nuestro trabajo a bajo precio. Desde que el término mujer se ha convertido en sinónimo de ama de casa, cargamos, vayamos donde vayamos, con esta identidad y con las «habilidades domésticas» que se nos otorgan al nacer mujer. Esta es la razón por la que el tipo de empleo femenino es habitualmente una extensión del trabajo reproductivo y que el camino hacia el trabajo asalariado a menudo nos lleve a desempeñar más trabajo doméstico. El hecho de que el trabajo reproductivo no esté asalariado le ha otorgado a esta condición socialmente impuesta una apariencia de naturalidad («feminidad») que influye en cualquier cosa que hacemos. Por ello no necesitamos que Lopate nos diga que «lo esencial que no podemos olvidar es que somos un “sexo”». ¹⁵ Durante años el capital nos ha remarcado que solo servíamos para el sexo y para fabricar hijos. Esta es la división sexual del trabajo y nos negamos a eternizarla como inevitablemente sucede si lanzamos preguntas como estas: «¿Qué significa hoy día ser mujer? ¿Qué cualidades específicas, inherentes y atemporales, si las hay, se asocian a “ser mujer”?». ¹⁶ Preguntar esto es suplicar que te den una respuesta sexista. ¿Quién puede decir quiénes somos? De lo que podemos estar seguras que sí sabemos hasta ahora es qué no somos, hasta el punto de que es a través de nuestra lucha que obtendremos la fuerza para romper con la identidad que se nos ha impuesto socialmente. Es la clase dirigente, o

304

¹⁴ *Ibidem.*

¹⁵ Lopate, «Women and Pay for Housework», *op. cit.*, p. 11: «Lo que esencialmente no debemos olvidar es que somos un SEXO. Es la única palabra desarrollada hasta ahora para describir nuestros puntos en común».

¹⁶ *Ibidem.*

aquellos que aspiran a gobernar, quien presupone que existe una personalidad humana eterna y natural, precisamente para perpetuar su poder sobre nosotras.

La glorificación de la familia

No es sorprendente que la cruzada de Lopate en busca de la esencia de la feminidad la conduzca a una llamativa glorificación del trabajo reproductivo no remunerado y del trabajo no asalariado en general:

El hogar y la familia han proporcionado tradicionalmente el único intersticio dentro del mundo capitalista en el que la gente puede ocuparse de las necesidades de los otros desde el cuidado y el amor, si bien estas necesidades a menudo emergen del miedo y la dominación. Los padres cuidan a sus hijos desde el amor, al menos en parte... E incluso creo que este recuerdo persiste en nosotros mientras crecemos de manera que retenemos, casi como si fuera una utopía, la memoria de un trabajo y un cuidado que provienen del amor, más que de una recompensa económica.¹⁷

La literatura producida por el movimiento de las mujeres ha mostrado los devastadores efectos que este tipo de amor, cuidado y servilismo ha tenido en las mujeres. Estas son las cadenas que nos han aprisionado en una situación cercana a la esclavitud. ¡Nosotras nos negamos a perpetuarla en nosotras mismas y a elevar al nivel de utopía la miseria de nuestras madres y abuelas y la nuestra propia como niñas! Cuando el Estado o el capital no pagan el salario debido, son aquellos que reciben el amor, el cuidado –igualmente no remunerados e impotentes– los que pagan con sus vidas.

305

De la misma manera rechazamos la sugerencia de Lopate de que la demanda de un salario para el trabajo doméstico «tan solo serviría para ocultar aún más las posibilidades de un trabajo libre y no alienado»,¹⁸ lo que viene a decir que la única manera de «desalienar» el trabajo consiste

¹⁷ Lopate, «Women and Pay for Housework», *op. cit.*, p. 10.

¹⁸ *Ibidem*: «La eliminación de esa amplia área del mundo capitalista donde ninguna transacción tiene un valor de cambio solo serviría para ocultar aún más las posibilidades de un trabajo libre y no alienado».

en hacerlo de manera gratuita. Sin duda el presidente Ford apreciaría esta sugerencia. El trabajo voluntario sobre el cual descansa cada vez más el Estado moderno se basa precisamente en esta dispensación caritativa de nuestro tiempo. A nosotras nos parece, sin embargo, que si este trabajo, en vez de basarse en el amor y el cuidado, hubiera proporcionado una remuneración económica a nuestras madres, probablemente estas habrían estado menos amargadas y habrían sido menos dependientes, se las hubiese chantajeado menos y a su vez ellas hubieran chantajeado menos a sus hijos, a los que se les recriminaba constantemente el sacrificio que ellas debían llevar a cabo. Nuestras madres habrían tenido más tiempo y energías para rebelarse contra ese trabajo y nosotras estaríamos en un estadio más avanzado de esta lucha.

Glorificar la familia como «ámbito privado» es la esencia de la ideología capitalista, la última frontera en la que «hombres y mujeres mantienen sus almas con vida» y no es sorprendente que en estos tiempos de «crisis», «austeridad» y «privaciones»¹⁹ esta ideología esté disfrutando de una popularidad renovada en la agenda capitalista. Tal y como Russell Baker expresó recientemente en *The New York Times* el amor nos mantuvo calientes durante los años de la Gran Depresión y haríamos bien en llevarlo con nosotros durante esta excursión a tiempos duros.²⁰ Esta ideología que contrapone la familia (o la comunidad) a la fábrica, lo personal a lo social, lo privado a lo público, el trabajo productivo al improductivo, es útil de cara a nuestra esclavitud en el hogar que, en ausencia de salario, siempre ha aparecido como si se tratase de un acto de amor. Esta ideología está profundamente enraizada en la división capitalista del trabajo que encuentra una de sus expresiones más claras en la organización de la familia nuclear.

306

El modo en el que las relaciones salariales han mitificado la función social de la familia es una extensión de la manera en la que el capital ha mitificado el trabajo asalariado y la subordinación de nuestras relaciones sociales al «nexo del dinero». Hemos aprendido de Marx que el salario también esconde el trabajo no remunerado incluido en el beneficio. Pero medir el trabajo mediante el salario también esconde el alto grado en el

¹⁹ *Ibídem*: «Creo que es en el ámbito privado donde mantenemos con vida nuestras almas».

²⁰ Russel Baker, «Love and Potatoes», *The New York Times*, 25 de noviembre de 1974.

que nuestras familias y relaciones sociales han sido subordinadas a las relaciones de producción —*han pasado a ser relaciones de producción*: cada momento de nuestras vidas tiene una utilidad para la acumulación de capital—. Tanto el salario como la falta del mismo han permitido al capital ocultar la duración real de nuestra jornada laboral. El trabajo aparece simplemente como un compartimento de nuestras vidas, que tiene lugar solo en determinados momentos y espacios. El tiempo que consumimos en la «fábrica social», preparándonos para el trabajo o yendo a trabajar, restaurando nuestros «músculos, nervios, hueso y cerebros»²¹ mediante cortos almuerzos, sexo rápido, películas... todo esto es disfrazado de placer, de tiempo libre, aparece como una elección individual.

Diferentes mercados laborales

El uso que el capital hace de los salarios también oculta quién forma la clase obrera y mantiene divididos a los trabajadores. Mediante las relaciones salariales, el capital organiza diferentes mercados laborales (un mercado laboral para los negros, para los jóvenes, para las mujeres jóvenes y para los hombres blancos) y opone la «clase trabajadora» al proletariado «no trabajador», supuestamente parasitario del trabajo de los primeros. Así, a los que recibimos ayudas sociales se nos dice que vivimos de los impuestos de la «clase trabajadora», las amas de casa somos retratadas como sacos rotos en los que desaparecen los sueldos de nuestros maridos.

Sin embargo, es la debilidad social de los no asalariados lo que finalmente ha sido y es la debilidad de toda la clase obrera respecto al capital. Como demuestran los procesos de «deslocalización de empresas», la disponibilidad de trabajo no remunerado, tanto en los países «no desarrollados» como en las metrópolis, le ha permitido al capital abandonar aquellas áreas de producción donde la fuerza de trabajo se había convertido en demasiado cara y así socavar el poder que habían conquistado los trabajadores. Cuando el capital no ha podido huir al «Tercer Mundo» ha abierto entonces sus puertas a las mujeres, los negros y la juventud de las metrópolis o a los migrantes del «Tercer Mundo». Por lo que no es casual que aunque el capitalismo se base presuntamente en el trabajo

²¹ Marx, *Capital*, op. cit., 1990 [ed. cast.: Marx, *El capital*, op. cit., vol. 1, p. 481].

asalariado, más de la mitad de la población mundial no esté remunerada. La falta de salarios y el subdesarrollo son factores esenciales en la planificación capitalista, nacional e internacional. Estos son medios poderosos con los que provocar la competencia de los trabajadores en el mercado nacional e internacional y hacernos creer que nuestros intereses son diferentes y contradictorios.²²

Estas son las raíces del sexismo, del racismo y del «bienestarismo»²³ (el desdén por los trabajadores que han logrado obtener ayudas sociales por parte del Estado) que suponen un reflejo de los diferentes tipos de mercados laborales y en consecuencia los diferentes modos de regular y dividir a la clase trabajadora. Si hacemos caso omiso de este uso de la ideología capitalista y de su enraizamiento en la relación salarial, no solo acabaremos considerando que el racismo, el sexismo y el «bienestarismo» son enfermedades morales, productos de la «falsa conciencia», sino que nos confinaremos a una estrategia «educativa» que nos deja nada más que «imperativos morales con los que reforzar nuestra posición».²⁴

Finalmente encontramos un punto en común con Lopate cuando afirma que nuestra estrategia nos libera de tener que depender de que «los hombres se porten como “buenas personas”» para lograr la liberación. Tal y como demostraron las luchas de las personas negras durante los años sesenta, no fue mediante buenas palabras sino mediante su organización que consiguieron que sus necesidades se «entendieran». En el caso de las mujeres, intentar educar a los hombres ha provocado que nuestra revuelta se haya privatizado y se luche en la soledad de nuestras cocinas y habitaciones. El poder educa. Primero los hombres tendrán miedo, luego aprenderán, porque será el capital el que tenga miedo.

²² Selma James, *Sex, Race and Class*, Bristol, Falling Wall Press and Race Today Publications, 1975.

²³ Véase, por ejemplo, M. de Aranzadi, «Bienestarismo. La ideología de fin de siglo», *Ekintza Zutzena*, núm. 24, 1998: «Los pobres son considerados un lastre para el desarrollo económico, que es condición indispensable para que el bienestarismo, concepción radicalmente materialista, pueda desarrollarse. En lógica consecuencia, los pobres deben ser abandonados a su suerte ya que, después de todo, en este mundo de oportunidades, los únicos culpables de su situación son ellos mismos». [N. de la T.]

²⁴ Lopate, «Women and Pay for Housework», *op. cit.*, p. 11.

Porque no estamos peleando por una redistribución más equitativa del mismo trabajo. Estamos en lucha para ponerle fin a este trabajo y el primer paso es ponerle precio.

Demandas salariales

Nuestra fuerza como mujeres empieza con la lucha social por el salario, no para ser incluidas dentro de las relaciones salariales (puesto que nunca estuvimos fuera de ellas) sino para ser liberadas de ellas, para que todos los sectores de la clase obrera sean liberados de ellas. Aquí debemos clarificar cuál es la esencia de la lucha por el salario. Cuando la izquierda sostiene que las demandas por un sueldo son «economicistas», «demandas parciales», obvian que tanto el salario como su ausencia son la expresión directa de la relación de poder entre el capital y la clase trabajadora, así como dentro de la clase trabajadora. También ignoran que la lucha salarial toma muchas formas y que no se limita a aumentos salariales. La reducción de los horarios de trabajo, lograr mejores servicios sociales así como obtener más dinero –todas estas son victorias salariales que determinan cuánto trabajo se nos arrebató y cuánto poder tenemos sobre nuestras vidas–. Por esto los salarios han sido históricamente el principal campo de batalla entre trabajadores y capital. Y como expresión de la relación de clases, el salario siempre ha tenido dos caras: la cara del capital, que lo usa para controlar a los trabajadores, asegurándose de que tras cada aumento salarial se produzca un aumento de la productividad; y la cara de los trabajadores, que luchan por más dinero, más poder y menos trabajo.

309

Tal y como demuestra la actual crisis capitalista, cada vez menos y menos trabajadores están dispuestos a sacrificar sus vidas al servicio de la producción capitalista y hacer caso a los llamamientos a incrementar la productividad.²⁵ Pero cuando el «justo intercambio» entre salario y productividad se tambalea, la lucha por el salario se convierte en un ataque directo a los beneficios del capital y a su capacidad de extraer plus trabajo de nuestra labor. Por esto la lucha por el salario es simultáneamente una lucha contra el salario, contra los medios que utiliza y contra la relación

²⁵ *Fortune*, diciembre de 1974.

capitalista que encarna. En el caso de los no asalariados, en nuestro caso, la lucha por el salario supone aún más claramente un ataque contra el capital. El salario para el trabajo doméstico significa que el capital tendría que remunerar la ingente cantidad de trabajadores de los servicios sociales que a día de hoy se ahorra cargando sobre nosotras esas tareas. Más importante todavía, la demanda del salario doméstico es un claro rechazo a aceptar nuestro trabajo como un destino biológico, condición necesaria –este rechazo– para empezar a rebelarnos contra él. Nada ha sido, de hecho, tan poderoso en la institucionalización de nuestro trabajo, de la familia, de nuestra dependencia de los hombres, como el hecho de que nunca fue un salario sino el «amor» lo que se obtenía por este trabajo. Pero para nosotras, como para los trabajadores asalariados, el salario no es el precio de un acuerdo de productividad. A cambio de un salario no trabajaremos más sino menos. Queremos un salario para poder disfrutar de nuestro tiempo y energías, para llevar a cabo una huelga, y no estar confinadas en un segundo empleo por la necesidad de cierta independencia económica.

Nuestra lucha por el salario abre, tanto para los asalariados como para los no remunerados, el debate acerca de la duración real de la jornada laboral. Hasta ahora la clase trabajadora, masculina y femenina, veía determinada por el capital la duración de su jornada laboral –en qué momento se fichaba al entrar y se fichaba a la salida–. Esto definía el tiempo que pertenecíamos al capital y el tiempo que nos pertenecíamos a nosotros mismos. Pero este tiempo nunca nos ha pertenecido, siempre, en cada momento de nuestras vidas, hemos pertenecido al capital. Y es hora de que le hagamos pagar por cada uno de esos momentos. En términos de clase esto supone la exigencia de un salario por cada momento de nuestra vida al servicio del capital.

310

Que pague el capital

Esta ha sido la perspectiva de clase que le ha dado forma a las luchas, tanto en EE.UU. como a escala internacional, durante los años sesenta. En EE.UU. las luchas de los negros y de las madres dependientes de los servicios sociales –el Tercer Mundo de las metrópolis– expresaban la revuelta de los no asalariados y el rechazo a la única alternativa propuesta por el capital: más trabajo. Estas luchas, cuyo núcleo de poder residía en la comunidad, no tuvieron lugar porque se buscara un mayor desarrollo,

sino por la reapropiación de la riqueza social que el capital ha acumulado gracias tanto a los no asalariados como a los asalariados. Cuestionaron la organización social capitalista que impone el trabajo como condición básica para nuestra existencia. También desafiaron el dogma de la izquierda que proclama que solo en las fábricas la clase obrera puede organizar su poder.

Pero no es necesario entrar en una fábrica para ser parte de la organización de la clase obrera. Cuando Lopate argumenta que «las condiciones previas ideológicas para la solidaridad de clase son las redes y relaciones que surgen del trabajo conjunto» y que «estas condiciones no pueden emerger del trabajo aislado de las mujeres trabajando en casas separadas» olvida y desecha las luchas que estas mujeres «aisladas» llevaron a cabo en los años sesenta (huelgas de alquileres, luchas sociales, etc.).²⁶ Asume que no podemos organizarnos nosotras mismas si primeramente no estamos organizadas por el capital; y puesto que niega que el capital ya nos haya organizado, niega la existencia de nuestra lucha. Confundir la estructuración que el capital hace de nuestro trabajo, ya sea en las cocinas o en las fábricas, con la organización de nuestras luchas es un claro camino hacia la derrota. Podemos estar seguras de que cada nueva forma de reestructuración laboral intentará aislarnos cada vez más. Es una ilusión pensar que el capital no nos divide cuando no trabajamos aislados unos de otros.

Frente a las divisiones típicas de la organización capitalista del trabajo, debemos organizarnos de acuerdo a nuestras necesidades. En este sentido la campaña Salario para el Trabajo Doméstico supone un rechazo, tanto a la socialización de las fábricas, como a la posible «racionalización» del hogar propuesta por Lopate: «Debemos echar un serio vistazo a las tareas “necesarias” para el correcto funcionamiento de la casa... Necesitamos investigar los utensilios diseñados para ahorrarnos trabajo y tiempo en casa y decidir cuáles son útiles y cuáles simplemente causan una mayor degradación del trabajo doméstico».²⁷

²⁶ Lopate, «Women and Pay for Housework», *op. cit.*, p. 9.

²⁷ *Ibidem.*

No es la tecnología *per se* la que nos degrada sino el uso que el capital hace de ella. Además, la «autogestión» y la «gestión de los trabajadores» siempre han existido en el hogar. Siempre tuvimos la opción de decidir si lavábamos la ropa el lunes o el sábado, o la capacidad de elegir entre comprar un lavaplatos o una aspiradora, siempre y cuando puedas pagar alguna de esas cosas. Así que no debemos pedirle al capital que cambie la naturaleza de nuestro trabajo, sino luchar para rechazar reproducirnos y reproducir a otros como trabajadores, como fuerza de trabajo, como mercancías. Y para lograr este objetivo es necesario que el trabajo se reconozca como tal mediante el salario. Obviamente mientras siga existiendo la relación salarial capitalista, también lo hará el capitalismo. Por eso no consideramos que conseguir un salario suponga la revolución. Afirmamos que es una estrategia revolucionaria porque socava el rol que se nos ha asignado en la división capitalista del trabajo y en consecuencia altera las relaciones de poder dentro de la clase trabajadora en términos más favorables para nosotras y para la unidad de la clase.

En lo tocante a los aspectos económicos de la campaña Salario para el Trabajo Doméstico, estas facetas son «altamente problemáticas» solo si las planteamos desde el punto de vista del capital, desde la perspectiva del Departamento de Hacienda que siempre proclama su falta de recursos cuando se dirige a los trabajadores.²⁸ Como no somos el Departamento de Hacienda y no tenemos intención alguna de serlo, no podemos imaginarnos diseñando para ellos sistemas de pago, diferenciales salariales y acuerdos sobre productividad. Nosotras no vamos a ponerle límites a nuestras capacidades, no vamos a cuantificar nuestro valor. Para nosotras queda organizar la lucha para obtener lo que queremos, para todas nosotras, en nuestros términos. Nuestro objetivo es no tener precio, valorarnos fuera del mercado, que el precio sea inasumible, para que el trabajo reproductivo, el trabajo en la fábrica y el trabajo en la oficina sean «antieconómicos».

De manera similar, rechazamos el argumento que sugiere que entonces será algún otro sector de la clase obrera el que pagará por nuestras eventuales ganancias. Según esta misma lógica habría que decir que a los trabajadores asalariados se les paga con el dinero que el capital no nos da a nosotras. Pero esa es la manera de hablar del Estado. De hecho

²⁸ *Ibidem.*

afirmar que las demandas de programas de asistencia social llevadas a cabo por los negros durante los años sesenta tuvieron un «efecto devastador en cualquier estrategia a largo plazo... en las relaciones entre blancos y negros», ya que «los trabajadores sabían que serían ellos, y no las corporaciones, los que acabarían pagando esos programas», es puro racismo.²⁹ Si asumimos que cada lucha que llevamos a cabo debe acabar en una redistribución de la pobreza, estamos asumiendo la inevitabilidad de nuestra derrota. De hecho, el artículo de Lopate está escrito bajo el signo del derrotismo, lo que supone aceptar las instituciones capitalistas como inevitables. Lopate no puede imaginar que si el capital le rebajase a otros trabajadores su salario para dárnoslo a nosotras esos trabajadores serían capaces de defender sus intereses y los nuestros. También asume que «obviamente los hombres recibirían los salarios más altos por su trabajo en la casa» –en resumen, asume que nunca podremos ganar–.³⁰

Por último, Lopate nos previene de que en caso de que obtuviésemos un salario para el trabajo doméstico, el capital enviaría supervisores para controlar nuestras tareas. Puesto que solo contempla a las amas de casa como víctimas, incapaces de rebelarse, no puede plantearse siquiera que pudiésemos organizarnos colectivamente para cerrarles la puerta en la cara a los supervisores si estos intentasen imponer su control. Además, presupone que como no tenemos supervisores oficiales nuestro trabajo no está controlado. De todas maneras, incluso si tener un salario significase que el Estado fuera a intentar controlar de una manera más directa nuestro trabajo, esto sería preferible a nuestra situación actual; ya que este intento sacaría a la luz quién decide y manda sobre nuestro trabajo, y es mejor saber quién es nuestro enemigo que culparnos y seguir odiándonos a nosotras mismas porque estamos obligadas a «amar o cuidar» «sobre la base del miedo y la dominación».³¹

²⁹ *Ibidem*, p. 10.

³⁰ *Ibidem*.

³¹ *Ibidem*.

El capital y la izquierda

Con su tradicional ceguera ante las dinámicas de los movimientos de clase, la izquierda ha interpretado el fin de una fase del movimiento feminista como el fin del movimiento en sí mismo. Así, lentos pero seguros, están intentando reconquistar el terreno político al que se vieron obligados a renunciar en los años sesenta. Ahora que el área parece estar despejada, vemos cómo se van quitando la máscara «feminista» y hablan a borbotones de sus convicciones más arraigadas, las cuales, aunque habían sido sofocadas por la fuerza del movimiento, nunca se llegaron a eliminar realmente. Y la primera y más importante de esas convicciones es que *ellos*, no las mujeres, están en la mejor posición para decidir qué necesitamos de verdad y hacia dónde debería ir el movimiento de emancipación de la mujer.

En la década de los sesenta, cuando las mujeres se iban en tropel de los colectivos de izquierda, estos tuvieron que admitir la validez de la autonomía (ya había pasado por la dolorosa experiencia de haber sido repudiada totalmente por el movimiento autónomo negro). Sin muchas ganas, tuvieron que admitir que las mujeres también formaban parte de la revolución. Incluso llegaron a darse golpes en el pecho porque habían descubierto que eran sexistas. Pero, sobre todo, aprendieron a bajar el tono y hablar con respeto. Ahora que ellos creen estar en pleno funeral feminista, vuelven a levantar la voz y esta vez no es solo para decir la última palabra, sino para dictar el veredicto sobre nuestros logros y nuestras limitaciones. Su historia suena familiar. En palabras de uno de estos autodenominados «feministas», «las mujeres también necesitan al movimiento socialista [...] y no hay movimiento compuesto exclusivamente por mujeres que lo pueda sustituir»,³² lo que significa que estuvo muy bien mientras duró, pero al final son ellos quienes nos tienen que liderar. Y para hacerlo, primero quieren restablecer la línea política correcta.

314

³² Eli Zaretsky, «Socialist Politics and the Family», *Socialist Revolution*, vol. III, núm. 19, enero-marzo de 1974.

La misma historia de siempre

Por supuesto, esa línea no es ninguna novedad. Una vez más, nos dicen que la política de verdad no es asunto para la cocina y que nuestra lucha para liberarnos como mujeres –nuestra lucha por destruir nuestro trabajo en el hogar, nuestras relaciones en la familia, la prostitución de nuestra sexualidad...– está definitivamente subordinada, o como mucho es auxiliar, a la «auténtica lucha de clases» en la fábrica. No es casual que la mayor parte de las controversias de la izquierda sobre la autonomía del movimiento feminista se dediquen a negar que Salario para el Trabajo Doméstico sea la estrategia feminista, y por lo tanto la estrategia de la clase obrera, de nuestra lucha contra el capital. Son conscientes de que el salario para el trabajo doméstico significa menos trabajo, menos dependencia, menos chantaje, en una palabra, más poder para las mujeres, y están asustados. ¿Y eso por qué?

Una de las respuestas posibles es que los hombres temen perder sus «privilegios» masculinos: si las mujeres tienen más dinero, un día los hombres se podrían encontrar sus camas y sus cocinas vacías. Pero por mucho que esto sea verdad, existe una motivación más profunda que, si no hemos sido capaces de verla hasta ahora, ha sido por los años de adoc-trinamiento que nos han hecho creer que la izquierda está de parte de la clase obrera. La razón por la que la izquierda trata de impedir activamente que tengamos más poder no es solo porque los hombres sean chauvinistas de lo masculino, sino porque *la izquierda se identifica totalmente con el punto de vista capitalista*. La izquierda, en todas sus variedades, no está interesada en destruir al capital, el plustrabajo que estamos obligados a hacer, sino en hacerlo más eficiente. Su revolución es una reorganización de la producción capitalista que racionalizará nuestra esclavitud en lugar de abolirla. Por eso, cuando la clase obrera se niega a trabajar, en seguida se preocupan por «quién limpiará las calles».

Y es por esto que siempre eligen a sus «agentes revolucionarios» de entre aquellos sectores de la clase obrera cuyo trabajo está más racionalizado. Al parecer, los trabajadores que más directamente contribuyen a la acumulación de capital serán los que estarán más preparados para dirigirlo. Como dijo claramente André Gorz: «Los obreros fabriles son

revolucionarios porque no temen perder su trabajo con la revolución». ³³ Es decir, que los obreros son revolucionarios, no porque estén en contra de su explotación, sino porque son productores, no porque rechacen el trabajo, sino porque trabajan. Se puede ver cuán alejada está la clase obrera de este «punto de vista» en la cantidad de energía que dedica la izquierda a reprochar a los trabajadores su falta de «conciencia de clase», esto es, «conciencia de producción». La izquierda se horroriza ante el hecho de que los trabajadores –hombres y mujeres– quieran más dinero, más tiempo para sí mismos y más poder en lugar de preocuparse por averiguar cómo racionalizar la producción.

En nuestro caso, una cosa es evidente. La izquierda ataca toda lucha que pueda dar auténtico poder a las mujeres porque, en nuestra condición primaria de trabajadoras domésticas, no estamos a la altura del «papel productivo» que han asignado a la «clase obrera». Wally Seccombe es quien mejor ha explicado lo que esto significa en la *New Left Review*:

La transformación revolucionaria solo será posible en la medida en que el proletariado esté directamente comprometido en un trabajo socializado y, por tanto, reúna como clase los prerequisites de un modo de producción socialista. Mientras el trabajo de las amas de casa mantenga su carácter privado, *estas serán incapaces de moldear el nuevo orden social y tampoco podrán impulsar a las fuerzas productivas a romper el viejo orden* (cursiva de las autoras). ³⁴

De manera bastante magnánima, Seccombe admite que en tiempos de crisis capitalista (es decir, cuando el capitalismo ya se está derrumbando, supuestamente él solo, independientemente de nosotros), la «movilización de las amas de casa» en torno a las reivindicaciones apropiadas (comités de control de precios, por ejemplo) pueden realizar una «contribución» a la lucha revolucionaria. «En estas circunstancias, no es extraño que estratos sociales atrasados avancen a pasos agigantados». Pero el hecho es que «las amas de casa no aportarán el motivo de fuerza decisivo

316

³³ Extraído de un discurso pronunciado en la conferencia Telos en Buffalo, otoño de 1970.

³⁴ Wally Seccombe, «The Housewife and her Labour under Capitalism», *New Left Review*, núm. 83, enero-febrero 1974, p. 23 [ed. cast.: Seccombe, W., «El trabajo doméstico en el modo de producción capitalista» en Harrison, J., Seccombe, W., Gardiner, J., *El ama de casa bajo el capitalismo*, Barcelona, Anagrama, 1975, p. 89].

para la lucha de la mujer».³⁵ Dado que *internacionalmente* una abrumadora mayoría de mujeres trabaja ante todo como ama de casa, esto supone en realidad excluir a las mujeres de cualquier proceso revolucionario o, dicho de otra manera, *aceptar completamente nuestra explotación*.

El «modelo chino»

No es la primera vez que, al finalizar una lucha, los «revolucionarios» nos han devuelto a las cocinas (ahora con la promesa de «compartir el trabajo doméstico»). Que esta vez ese proceso sea menos evidente, se debe tan solo a que, de manera totalmente acorde con los propósitos del capital, la misma mano que nos empuja de vuelta a casa también está intentando empujarnos hacia la fábrica³⁶ para «unirnos a ellos» en la lucha de clases o, más exactamente, para que nos formemos para nuestro «futuro papel en la producción». El programa a largo plazo que nos tienen preparado es lo que ellos llaman el modelo chino: socialización y racionalización del trabajo doméstico y autogestión y autocontrol en la fábrica. O dicho en otras palabras, un poco más de fábrica en la familia (mayor eficiencia y productividad del trabajo doméstico) y un poco más de familia en la fábrica (más responsabilidad, identificación e implicación personal con el trabajo). En ambos casos, la izquierda está abrazando utopías largamente anheladas por el capitalismo.

La autogestión y el autocontrol expresan la intención de hacer que la clase obrera no solo esté explotada, sino que además participe en la planificación de su propia explotación. No es accidental que el capital utilice la palabra «alienación» casi tan a menudo como la izquierda y que ofrezca los mismos remedios paliativos: «ampliación de tareas», «participación de los trabajadores», «control obrero», «democracia participativa». En cuanto a la racionalización y socialización del trabajo doméstico

³⁵ *Ibíd.* p. 89.

³⁶ Véase *Workers' Fight*, núm. 79, diciembre 1974-enero 1975: «... si los hombres pueden ser carne de cañón de la fábrica, ¿por qué las mujeres no? ... Si queremos ocupar nuestro lugar en el mundo, afectar a su historia, tenemos que abandonar la seguridad de los confines de nuestro hogar y salir a la fábrica ... y ¡AYUDARLOS A TOMARLA!».

(comedores, residencias, etc.), el capital se ha planteado alguna vez esta posibilidad, porque, en cuestión de dinero, este tipo de racionalización podría suponer un ahorro.

Este era el plan de Rusia, acelerar la reproducción de la fuerza de trabajo, es decir, el trabajo doméstico, para «liberar» los brazos de las mujeres para la fábrica que fue una de las grandes prioridades después de la revolución. Igual que en los sueños de la izquierda, la máxima que inspiraba a los planificadores socialistas fue una «sociedad de productores» en la que todo serviría a la producción. Desde este punto de vista, la «casa comunal», con sus cocinas, comedores, lavaderos, dormitorios y demás instalaciones colectivas, parecía ser la solución perfecta para ahorrar dinero, espacio y tiempo a la vez que se «eleva la calidad y productividad del trabajo». ³⁷ Solo por culpa de la «obstinada resistencia de las masas obreras» ³⁸ se fueron abandonando estos proyectos. Anatole Kopp destaca una asamblea de mujeres en Novosibirsk que exigía «aunque sean 5 metros cuadrados, mientras sean de espacio personal». ³⁹ Y ya en 1930, los planificadores urbanos soviéticos tuvieron que reconocer que:

[...] todo el mundo está desilusionado con la «casa comuna» [...] el condominio comunal donde en el cuarto del obrero solo hay espacio para dormir [...] El condominio comunal donde se recorta el espacio vital y la comodidad (miren las colas en las piletas, baños, vestidores, comedores...) está empezando a causar insatisfacción entre las masas obreras. ⁴⁰

Desde la década de los treinta, el Estado ruso ha defendido la familia nuclear como el organismo más eficaz para disciplinar a los trabajadores y garantizar el suministro de fuerza de trabajo; también en China, aunque hay cierto grado de socialización, el Estado apoya a la familia nuclear. En cualquier caso, el experimento ruso demostró que *una vez que el objetivo es la producción, el trabajo, la socialización del trabajo doméstico solo puede suponer una mayor regimentación de nuestras vidas* —como no dejan de demostrarnos ejemplos tales como las escuelas, hospitales, barracones, etc.—.

³⁷ Anatole Kopp, *Citta e Rivoluzione*, Milan, Feltrinelli, 1972, p. 147 (traducción del francés: *Ville et Revolution: Architecture et urbanisme sovietiques des annees vingt*, París, 1967).

³⁸ *Ibidem* p. 160.

³⁹ *Ibidem* p. 128.

⁴⁰ *Ibidem* p. 267.

Y esa socialización de ninguna manera suprime la familia, simplemente la extiende, por ejemplo en la forma de los «comités políticos y culturales» existentes en las comunidades y fábricas, como ocurre en Rusia y China. De hecho, dada la fábrica, el capital necesita la familia o, más concretamente, la disciplina de la primera se basa en la disciplina de la segunda y viceversa. Nadie en este mundo ha nacido obrero. Por eso da igual si las banderas que la visten están tachonadas de estrellas o de hoces y martillos, en el corazón del capital siempre encontraremos la glorificación de la vida familiar.

En Occidente, el capital ha estado racionalizando y socializando el trabajo doméstico durante muchos años. El Estado ha ido planificando el tamaño de la familia, sus condiciones de vida y alojamiento, su vigilancia, educación, medicación y adoctrinamiento a una escala cada vez mayor. Y si no ha tenido más éxito ha sido por la revuelta de los no asalariados de la familia –las mujeres y los hijos–. Ha sido esta revuelta la que ha impedido que la familia sea más productiva y la que en ocasiones la ha vuelto contraproducente.

La izquierda ha estado llorando mucho tiempo por el fracaso del capitalismo al tratar de disciplinar a la familia. Como ya adelantó Gramsci en 1919:

Todos estos elementos complican y hacen difícilísima toda reglamentación del hecho sexual y todo intento de crear una nueva ética sexual que corresponda a los nuevos métodos de producción y de trabajo. Por otra parte, es necesario proceder a tal reglamentación y a la creación de una nueva ética [...] la verdad es que no puede desarrollarse el nuevo tipo de hombre exigido por la racionalización de la producción y del trabajo, mientras el instinto sexual no haya sido regulado consecuentemente, no haya sido también él racionalizado.⁴¹

319

Hoy en día la izquierda es más cauta pero no está menos determinada a atarnos a la cocina, ya sea en su forma actual o en otra más racionalizada y productiva. No quieren abolir el trabajo doméstico porque no

⁴¹ Antonio Gramsci, «*Americanism and Fordism*», *Selections from the Prison Notebooks of Antonio Gramsci*, Londres, Lawrence & Wishart, 1971 [ed.cast.: «Americanismo y fordismo» Cuaderno 22 (V), *Cuadernos de la cárcel*, tomo 6, México D.F., Ediciones Era, 1981, pp. 69-70]; citado en la introducción de *Selected Sex-Pol Essays 1934-37*, de Wilhelm Reich y Karl Teschitz, Londres, Socialist Reproduction, 1973, p. 33.

quieren abolir el trabajo fabril. En nuestro caso querrían que hiciésemos ambos trabajos. Pero aquí la izquierda muestra tener el mismo dilema que actualmente preocupa al capital: ¿Dónde serán más productivas las mujeres, en la cadena de montaje o en la cadena de crianza? El capital nos necesita en la fábrica como mano de obra de repuesto de los trabajadores demasiado caros, pero también nos necesitan en casa para mantener a los posibles individuos problemáticos fuera de las calles. La aparente diferencia entre la línea trotskista –el trabajo doméstico es una barbarie, es decir, todas las mujeres a la fábrica– y la línea libertaria –el trabajo doméstico es socialismo, es decir, no habría que pagar ningún trabajo– no es más que una diferencia táctica dentro de una estrategia general capitalista.

Los libertarios afirman que el trabajo doméstico no encaja en ninguna categorización socio-económica: «El trabajo doméstico de las mujeres no es productivo ni improductivo» –Lisa Vogel⁴²–; «Quizás tengamos que decidir que el trabajo doméstico ni es producción ni es consumo» –Carol Lopate⁴³–; y «Las amas de casa no forman parte de la clase obrera» –Eli Zaretsky⁴⁴–. Sitúan el trabajo doméstico fuera del capital y dicen que es «trabajo socialmente necesario» porque creen que de alguna forma también será necesario en el socialismo. Así que Lisa Vogel afirma que el trabajo doméstico «... es ante todo trabajo útil, tiene el poder, bajo las circunstancias adecuadas, [sic] de permitir imaginar una sociedad futura en la que todo el trabajo sería en primer lugar útil...»⁴⁵. Esta imagen reverbera en la visión de la familia de Lopate como el último refugio en el que «mantenemos viva nuestra alma»⁴⁶ y alcanza su culmen en la afirmación de Zaretsky de que «las amas de casa son fundamentales para la clase trabajadora y para su movimiento: no porque produzcan plusvalor sino porque realizan un trabajo socialmente necesario»⁴⁷.

320

⁴² Lisa Vogel, «The Earthly Family», *Radical America*, vol. 7, núm. 4/5, julio-octubre 1973, p. 28.

⁴³ Carol Lopate, «Women and Pay for Housework», *Liberation*, vol. 18, núm. 9, mayo-junio 1974, p. 11.

⁴⁴ Zaretsky, «Socialist Politics and the Family», p. 89.

⁴⁵ Vogel, «The Earthly Family», p. 26.

⁴⁶ Lopate, «Women and Pay for Housework», p. 10.

⁴⁷ Zaretsky, «Socialist Politics and the Family», p. 89.

En este contexto, no nos sorprende escuchar a Zaretsky decir que «la tensión que hay entre ellos [feminismo y socialismo]... seguirá existiendo durante un tiempo considerable en el periodo del socialismo... con el establecimiento del régimen socialista no van a desaparecer los conflictos de clase ni el antagonismo social, sino que resurgirán a menudo en formas más radicales y evidentes».⁴⁸ Y tanto: *si esta clase de «revolución» ocurre, seremos las primeras en luchar contra ella.*

* * *

Cuando día tras día la izquierda propone lo mismo que el capital propone, sería irresponsable no llamar a las cosas por su nombre. La acusación de que el salario para el trabajo doméstico institucionalizaría la figura de la mujer en el hogar nos ha llegado desde todos los frentes de la izquierda. Mientras tanto, se alegran de que se nos esté institucionalizando en la fábrica. En el momento en el que el movimiento de las mujeres dio poder a las mujeres institucionalizadas tanto en el hogar como en la fábrica, la izquierda se apresuró en canalizar esta subversión hacia otra institución indispensable para el capital: los sindicatos. En esto se ha convertido ahora la ola del futuro de la izquierda.

Lo que pretendemos, en definitiva, con este panfleto es diferenciarlos de la izquierda por una división de clase. El cuchillo que marca la línea es feminista, pero lo que separa esa línea no es a hombres y mujeres, sino a la tecnocracia y a la clase trabajadora que pretende supervisar. Hemos sido tímidas e ingenuas por no haber hablado así de claro hasta ahora, pero la izquierda nos ha chantajeado con la acusación de *reductio ad Stalinum* (de estar con el Estado si no estamos con ellos), del mismo modo que el Estado de Estados Unidos ha chantajeado a los rebeldes acusándolos de comunistas y el Estado ruso ha chantajeado a los rebeldes acusándolos de trotskistas.

VAMOS A DECIR ADIÓS A TODO ESO.

Nueva York, mayo de 1975.

321

⁴⁸ *Ibidem*, pp. 83-84.

Anexo 2. Tap Dance

El boletín *Tap Dance* [Claqué] se publicó en 1984 y fue creado por integrantes del comité original de Salario para el Trabajo Doméstico – Nueva York junto a otras mujeres con distintas experiencias de lucha en el movimiento feminista durante la década de 1970. El boletín reflejaba la involución de la época de Reagan: el surgimiento de la «mayoría moral», la aniquilación del estado de bienestar, la proliferación nuclear y el asalto contra el acceso al aborto. *Tap Dance* incitaba a una nueva estrategia de movilización del movimiento feminista contra estas formas de violencia contrarrevolucionaria. En las 18 páginas que siguen se presenta el contenido de la publicación original reformateado para las páginas de este libro.



Tap Dance

Tap Dance
215 West 92nd, No. 103
New York, N.Y. 10025

DISAPPEAR is the product of a small group of women who like many others at this time feel the urgent need to organize, mobilize, and get in contact with as many citizens as possible to fight that is coming down on us.

In some from different experiences, we have been contacted by a society of women's activities. These women, for instance, in a meeting to hearing strategies. We have come together and set the need for a feminist strategy for the 80's - a strategy able to defeat the slight they attempt to create the girls or have made further our strategies.

The dominating area is social progress, the attack on affirmative action, women's unemployment, housing, Title IX and abortion rights, the reduction of family and school life along the lines of the most blatant patriarchalism (able to show up authority on every level, the demand which have eliminated all forms of political dissent and disagreement, the organization of new health and safety programs within New England, the military build-up and finally the continuous threat of war and nuclear holocaust—so these policies are unopposed on all levels as an unopposed aggression and enemy, moment of our lives dramatically changed. For many of us it will be impossible to survive unscathed and healthy except at the price of endless work and of continuously holding our own. This is particularly true for us

Some states will do the city with a rhythm in the streets the long winter has of them? If you list a speak on till all done

women. As it change happens, every time might be tried to restore our discipline and implement a reorganization of work, we use the new material to have the major times, this is involved as building a "strong family" life actually involves disciplining us to cooperate with our work in the home for the filling gaps, the only on social progress and to push up as well the committee the new policies will bring (e.g., the spread of cancer due to nuclear radiation).

In the face of this, it is clear that the present policies of the women's movement are severely inadequate at least so long as all energy continues to be focused on enforcing the idea. This is like during the rising food water with a few mg. It's also how to realize the importance of a strategy linked to traditional political alternatives: lobbying, picketing, letter-writing, all require *material* purchase (and thousands of women who already in the streets, but inadequate when our power to mobilize is used to help. There are many signs today that so women are on the move. What is needed, however, is a feminist strategy addressing the needs of all women—black and white, working or home or with a second job, with or without children, married or widowed, single, divorced, mother or widowed, white or nonwhite, Latin or Chinese).

Our aim in producing this bulletin is to contribute to the development of this strategy. In this issue we will focus on the rights of women. In our next, we will focus on our struggle, to our own definition from our women's groups around the country. We hope that you will respond to our ideas, comment on, send us materials, share with us experiences, suggestions and strategies.

Abortion, The Right to Life and the Women's Movement

Though abortion is becoming a rallying point for many feminists, much confusion still exists in the Women's Movement concerning the full impact of the anti-abortion crusade. One also has the impression that the concept of psychological indoctrination carried on by the pro-life forces is having its effect. For months we have been bombarded with propaganda that abortion is the most "neutral," most "rational" issue this country faces—meaning we better be careful before taking a pro-abortion stand, for the right is ready to do anything to win this battle. How misleading is the charge that deferring abortion is a sign of callousness, irresponsibility, and "materialism." Deferring abortion, meanwhile, are only for the material, have no sense of "social responsibility," so thought for the consequences of their actions and were yes, so thought for their children. The position, however, is not right with realistic (and when paraded in "progressive" circles), but the fact that many feminists seem to take these charges at face value, thus accepting the background and weapons chosen by our enemies. It is common, e.g., to read in pro-choice literature that abortion is an ethical issue, a highly personal matter that we should only be in the privacy of our consciences. There is also a tendency to show our "social consciences" remaining neutral on that feminist is not "a call for selfishness/individualism" and that feminists are equally concerned with "building strong heads," "solid consciences" among people, if not a strong family life.

For some states this tendency comes from the fact that many of their left-wing brothers, many who are either "neutral" on the matter or have taken an anti-abortion position, thus aligning themselves with the right and the State. For others it is part of a general heart-beating on the "values of the Women's Movement to address questions of motherhood, family and war." However, this is rarely accompanied by an alternative strategy. The result is that so our often core issue in a de/fensive position that can only point to the advancement of the political forces. To accept that abortion is a social issue, a question of "values" can only contribute to the depoliticization of our struggle.

Some states will do the city with a rhythm in the streets the long winter has of them? If you list a speak on till all done

It. Furthermore, given legitimacy to the idea that the right-wing is motivated by "humanistic concerns"—the "defense of life in its most vulnerable form," the "widest link," so feminist John East has put it. In reality, abortion is no less political than any other question concerning the conditions of our life and work and can only be fought in a political context, on the same footing with affirmative action, welfare rights, safety conditions in the workplace, equal pay movements, gay rights and so forth. To take seriously the Moral Majority's claim that they are the true protectors of life is to close our eyes to the fact that the same people who threaten our life in the fertilized egg, wholeheartedly support Reagan's genocidal policies in El Salvador and other areas of the world, defend capital punishment and nuclear build-up and have, for years, campaigned for the present case to nuclear spending—cuts that will make it impossible for millions of children to survive. Just on this ground it is clear that "life" is the least concern of the pro-life forces and is far more the "most consciousness" in it.

Despite the appearance that abortion is fought as a single issue by the right, its elimination is part of a far-reaching political program that will have sweeping consequences for workers in this country. As many feminists have pointed out, the anti-abortion crusade cannot be separated from the family program of the Reagan Administration, as expressed by the Family Protection Act (FPA). In the name of "strengthening the family" and restoring America to its traditional values" FPA would designate a set of provisions that would be applied by the Anti-Abortion Movement, but would destroy the gains women have made in the 60's and 70's. FPA programs

215 West 92nd, n.º 13J
Nueva York, NY 10025

TAP DANCE es obra de un pequeño grupo de mujeres que, como muchas otras en estos tiempos, sienten la necesidad urgente de reagruparse, movilizarse y entrar en contacto con tantas hermanas como sea posible para combatir lo que se está cerrando sobre nosotras.

324

Procedemos de distintas experiencias. Hemos estado implicadas en distintas actividades feministas, desde el salario para el trabajo doméstico hasta el autoconocimiento, pasando por las luchas por la vivienda. Nos ha unido la necesidad de desarrollar una estrategia feminista para los años ochenta: una estrategia capaz de derrotar a la ofensiva derechista que intenta menoscabar nuestras conquistas y que impulse nuestra lucha.

Creemos que el nuevo cambio de dirección política del gobierno es extremadamente peligroso para nosotras y para todos los sectores de la clase obrera. La reaganomía está planeando un gran ataque a las cotas de poder que hemos conseguido, es decir, la institución de un «nuevo contrato social» que reducirá drásticamente nuestro nivel de vida, anulará nuestros derechos políticos e impondrá un tipo de vida social inspirado directamente en el puritanismo del siglo XVII.

Los devastadores recortes de los programas sociales, el ataque a la discriminación positiva, el aborto, la homosexualidad, el transporte escolar, el Title IX [ley de igualdad en educación] y los derechos de las minorías, la redefinición de la vida familiar y escolar según los principios del patriarcado más flagrante con el fin de apuntalar la autoridad en todos los niveles, la caza de brujas renovada, dirigida contra toda forma de disensión y discrepancia política, la eliminación de muchos de los programas de salud y seguridad por los que han luchado los trabajadores, la escalada militar y, por último, la continua amenaza de guerra y holocausto nuclear. Cuando se pongan en marcha estas políticas, viviremos una represión nunca vista y nuestra vida cambiará de manera dramática en todos los aspectos. Para muchas de nosotras será imposible sobrevivir, económica y socialmente, a no ser que aceptemos trabajar sin parar y ocultar continuamente quiénes somos. Tal es el panorama, sobre todo para las mujeres. Como siempre, cada vez que el capital intenta restaurar la disciplina de trabajo e implementar una reorganización laboral, somos las que estamos destinadas a asumir los mayores costes. Lo que pregonan que será una «vida familiar sólida» en realidad significa que nos disciplinarán para que compensemos con nuestro trabajo en casa las bajadas de sueldos y los recortes de los programas sociales y para que remendemos a las víctimas que causará el nuevo rumbo político (enfermos de cáncer por la radiación nuclear, por ejemplo).

En esta situación, es evidente que la actual política del movimiento feminista es sumamente inadecuada, al menos mientras se siga dedicando toda la energía a salvar la ERA. Es como enfrentarse a una inundación con una taza de té. También es hora de darse cuenta del fracaso de una estrategia que se limita a los canales de acción política tradicionales —hacer grupos de presión, peticiones, escribir cartas—, tácticas todas ellas exitosas quizás cuando ya hay miles de mujeres en las calles, pero inadecuadas cuando aún tenemos que desarrollar nuestro poder movilizador. Hay muchos indicios de que las mujeres se están movilizando. Pero lo que se necesita es una estrategia feminista que atienda a las necesidades de todas las mujeres: las pobres, las negras y las blancas, las que trabajan en casa o las que tienen un segundo trabajo, las que tienen hijos y las que no, las lesbianas y las heterosexuales, las solteras, divorciadas, casadas o viudas, las nativas y las inmigrantes, las legales y las ilegales.

325

Al publicar este boletín, nos proponemos contribuir al desarrollo de esta estrategia. En este número nos centraremos en la agenda de la derecha para las mujeres. En el siguiente, nos centraremos en nuestra agenda. Agradecemos toda la información que nos quieran proporcionar los colectivos de mujeres de todo el país. Esperamos que nos respondan con sus ideas, para ponerlas en contacto o enviarnos sus publicaciones, para compartir con nosotras sus experiencias, sugerencias y luchas.

[versos en el cuadro superior derecha]

Ven, hermana
derrite la ciudad
gira al ritmo

de las calles
 el largo invierno
 se desvanece
 si enciendes una chispa
 bailaremos todas

El aborto, el derecho a la vida y el movimiento de las mujeres

Si bien el aborto se está convirtiendo en un punto de confluencia para muchas feministas, aún hay mucha confusión dentro del movimiento de las mujeres acerca de la verdadera repercusión de la cruzada antiaborto. Además, da la impresión de que la campaña de intimidación psicológica que están llevando a cabo las fuerzas provida está surtiendo efecto. Durante meses nos han bombardeado con advertencias de que el aborto es el problema más «emocional» y «controvertido» de los que enfrenta el país, lo que significa: más nos vale tener cuidado antes de adoptar una postura proelección, porque la derecha está dispuesta a todo con tal de ganar esta batalla. Aún más insidiosa es la acusación de que nuestra defensa del aborto es señal de insensibilidad, irresponsabilidad y «narcisismo». Al parecer, las mujeres proelección solo se preocupan por ellas mismas, no tienen sentido de «responsabilidad social», no piensan en las consecuencias de sus actos y, lo que es peor, no piensan en sus hijos. De todas formas, el discurso de la derecha no es el problema (incluso cuando se disfraza de «progresista»), sino el hecho de que muchas feministas parecen tomarse estas acusaciones al pie de la letra, y aceptan el campo de batalla y las armas que han elegido nuestros enemigos. Por ejemplo, en los escritos a favor del aborto es habitual leer que el aborto es un dilema ético, un asunto muy personal sobre el que solo se puede decidir en la intimidad de nuestra conciencia. También hay cierta tendencia a mostrar nuestras «credenciales morales»: confirmarnos a nosotras mismas que el feminismo no es «un llamamiento al egoísmo / individualismo» y que las feministas también se preocupan, si no por una fuerte vida familiar, sí por «establecer vínculos fuertes», «compromisos sólidos» entre las personas.

326

Para algunas hermanas esta tendencia proviene de su necesidad de dialogar con sus hermanos de izquierda, muchos de los cuales están «confundidos» sobre el tema o han adoptado una postura antiaborto con la que se han alineado con la derecha y el Estado. Para otros, el tema forma parte del rasgado de vestiduras generalizado por el «fracaso del movimiento feminista al abordar cuestiones como la maternidad, la familia y la sexualidad». Pero esta actitud rara vez va acompañada de una estrategia alternativa. Como resultado, a menudo nos encontramos arrinconadas en una *postura defensiva* que solo puede servir para dar ventaja al movimiento provida. Aceptar que el aborto es un asunto moral, una cuestión de «valores», solo puede servir para *despolitizar* nuestra lucha.

No solo eso. Además legitima la idea de que lo que motiva a la derecha es el «aspecto humanitario», la «defensa de la vida en su forma más vulnerable», su «eslabón más débil», en palabras del senador John East. En realidad, la cuestión

del aborto no es menos política que cualquiera otra de las cuestiones relacionadas con nuestras condiciones de vida y de trabajo y solo se puede luchar por ella en el contexto político, al igual que la discriminación positiva, los derechos de bienestar, la seguridad laboral, el salario para el trabajo doméstico, los derechos de los homosexuales, etc. Tomarse en serio la afirmación de la «mayoría moral» de que *ellos* son los auténticos defensores de la vida significa cerrar los ojos ante el hecho de que esas mismas personas que se emocionan ante la vida del óvulo fertilizado apoyan incondicionalmente a Reagan en su política genocida en El Salvador y en otros lugares del mundo, defienden la pena de muerte y la escalada nuclear y, durante años, han defendido los recortes sociales que tenemos ahora —recortes que van hacer imposible que sobrevivan millones de niños—. Con esto basta para entender que la «vida» es la menor de las preocupaciones de los provida y que hay mucho más en juego que la «conciencia moral».

Aunque pueda parecer que la derecha trata el aborto como un tema aislado, su eliminación forma parte de un programa político de amplio alcance que tendrá consecuencias devastadoras para los trabajadores de este país. Como ya han señalado muchas feministas, la cruzada antiaborto no se puede separar del programa familiar de la administración Reagan, según se recoge en la Family Protection Act [Ley de protección de la familia - FPA]. Con la excusa de «reforzar la familia» y «restaurar los valores tradicionales de Estados Unidos», la FPA pretende introducir una serie de disposiciones legales que el ayatolá Jomeini podría aplaudir, pero que destruirán muchas de las conquistas que hemos logrado las mujeres en las décadas de los sesenta y setenta. La FPA propone:

[versos en el cuadro superior derecha]

Ven, hermana
derrite la ciudad
gira al ritmo
de las calles
el largo invierno
se desvanece
si enciendes una chispa
bailaremos todas

...to help all Federal funds (Social Security, student loans, welfare, various benefits) to any individual or organization presenting homophobia as an excuse for denying the rights of homosexuals to "participate in the enjoyment of the same in any right or school-leaver activity".

...change the definition of the above to allow for corporal punishment.

...eliminate funding of all agencies or programs providing contraception, parental discipline treatment or abortion consultation to minors without notifying their parents.

...prohibit withholding Federal funding as a means to enforce Title IX that forbids sex discrimination.

In return, it would give \$2000 yearly to the poor that the couple live or adopt a child and can track for children expenses incurred while the law paper is being released with it.

The quote for itself, for, some the Family Protection Act does not tell the whole story and the authors that change the scope of abortion. Indeed this "basic law" line a deep worry on the side of business with any labor position—highlighting with the quality and quantity of the labor force—which the profit line is determined to serve. First and foremost, the shortage of labor power continues, the steady decline of the birth rate in the 70's is a central concern for business and the Government. Some children mean fewer future workers, i.e., less competition for jobs and thereby higher wages. Some children mean a shrinking labor force—less children means an older work-force, i.e., a population of workers that is more skilled, more demanding, less flexible than ready to work from place to place and from job to job, all in all a more expensive workforce. Add the concern with increased Social Security spending and the need for common funding for a growth rate as never so far from where to improve on a larger scale.

To be sure, the "need" for more workers is nowhere met by any plan to provide more jobs. On the contrary, present investments prior to the development of capital intensive industry where the need for labor is drastically reduced. What will increase, instead, is the competition for jobs—elimination of endemic unemployment and under-employment like "old time outlaws" as business journals like to call it will teach people to lower their demands. At the

same time, increasing the number of future young workers is also supposed to solve the theory problem of "Who will do the dirty work tomorrow?" (the title of an article in Fortune, January 1974).

For a long time the "business community" has been worried that too many people today are willing to do social work. This is what most of the children they want or to produce are destined for, working the roads (and semi-skilled) of a future army and the ranks of all other things in the world of Fortune.

"In the computer age many will still seem wages by pushing buttons, shoveling dirt, and performing thousands of other manual tasks in ways that have not changed much in centuries."

"Of course, of course, says the laborer.

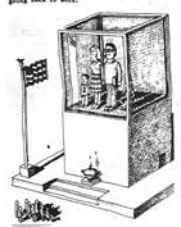
Business, however, is not just concerned with the "quantity" but equally important is that in the "quality" of their workers. The question is not only how many children should be produced, but also should be allowed to reproduce. It is feared that if the present trend continues the work force will be increasingly made up of Hispanic immigrants, women and blacks. Brown, indigenous workers, particularly when underemployed, can be lumped into the "lower wage" by the fear of depression. But what about the future generation that probably will have more power than their parents? Out of this more power that the U.S. should have been catching up, as well as 1974, something more towards a state of self-sufficiency in



dirty work." The Fortune article continues: "To rely on increasing numbers of immigrant to perform menial jobs...is to put off the long-range solutions to the problem. Deeper keeping its cultural identity will have to figure out a way to get the work done with the few native born."

As for blacks the experience of the 60's and 70's has shown that they are not very eager to do the dirty work for white society and that their confinement is the lowest paid, most hard and unsafe job is bought only at the price of continuous social explanations.

Home, in fact, by increasingly refusing to work as unskilled workers in the home, that comes the Right, in fact, is not so much that women "go to work", but rather that they work for a wage they underwrite their traditional function in this society as unpaid slaves in the home, providing with their few labor the support system of the production process: the meals, the clean clothes, the sex and good words that keep the men going back to work.



From this point of view the anti-abortion movement kills more birds with one stone:

- (a) it forces some women to increase their reproduction of future workers; (b) it forces others—those for whom having a child will be an accident; (c) it sends many to sterilization; (d) it sends many to "child clinics" in the home, where they will fulfill their "childbearing" as wives and mothers (with perhaps a little "love work" in the side which will still show the corporation the cost of a full wage).

Profile is Prowhite, Antiwoman

Contrary to the claim of pro-life forces that they are defending the right of the poor to reproduce, every anti-right is taking in a good to the contrary. Namely, some pro-life groups have attempted to diminish their policies by raising their voice against sterilization (GROSS 1970, Gross 1981) which in the only 90 funded program and to the 70's has increased by 300%. Sterilization, however, does not simply occur when a woman has her tubes tied. If you do not have the money, the time, the social relations necessary to raise a child, particularly that not exclusively black and hispanic women are left sterilized. From this point of view the only the Right to impose government that reproduction will be indeed very "selective". In the absence of food stamps, child support, etc., no women will be able to have a child unless she has behind herself a solid male partner.

The Pro-lifers, in fact, are concerned with life only as long as it stays in the womb. They push cryobanks later on the fertilized egg but no women or the momentary fetus leaves the uterus because life savings are out and pay money to his/her survival are attached again. No more NIC fund for the baby, no more welfare, school fees, even child, no more daycare centers, no more child abuse program. The Right's care for children starts from conception to birth. As a GRASS woman put it, as soon as the child is born he/she will be in their own. Women, then, will be forced to

- Denegar *todo* recurso federal (seguridad social, préstamos estudiantiles, subsidios sociales, prestaciones a veteranos de guerra) a aquellos individuos y organizaciones que presenten la homosexualidad como un estilo de vida aceptable.
- Afirmar el derecho de los municipios a «prohibir o limitar la mezcla de sexos en cualquier actividad deportiva o escolar».
- Cambiar la definición de maltrato infantil para permitir el castigo físico.
- Denegar la financiación federal a agencias y programas que ofrezcan anticonceptivos, tratamientos para enfermedades venéreas u orienten a menores acerca del aborto sin informar a sus padres.
- Prohibir que se utilice la retención de fondos federales como medida de presión para la aplicación del Title IX, que prohíbe la discriminación de género.

A cambio, entregará 1.000 dólares de bonificación a las parejas el año que tengan o adopten a un niño y otorgará una exención tributaria por los gastos en cuidado infantil que se produzcan cuando el contribuyente realiza trabajo de voluntariado.

La FPA se explica por sí sola. Pero ni siquiera esta ley nos cuenta toda la historia y los motivos que inspiran el rechazo al aborto. Detrás de este «problema moral» se oculta la profunda preocupación del mundo empresarial, que tiene muchos problemas laborales —empezando por la *calidad y cantidad de la fuerza de trabajo*— que las huestes provida están dispuestas a resolver. En primer lugar, la escasez de *futuros trabajadores jóvenes*. El continuo *descenso de la tasa de natalidad* durante la década de 1970 es una de las principales preocupaciones del gobierno y las empresas. Menos niños significa menos trabajadores futuros, es decir, menor competencia para los puestos de trabajo y, por lo tanto, salarios más altos. Menos niños significa tener una fuerza de trabajo de edad madura, es decir, una población laboral más preparada, más exigente y menos flexible (menos dispuesta a moverse de aquí para allá y de trabajo en trabajo), en definitiva, una fuerza de trabajo más cara. Si a esto se suma el problema del gasto creciente de la seguridad social y la necesidad de disponer de carne de cañón para una posible guerra, resulta evidente que la actual administración está ansiosa por obligar a las mujeres a reproducir trabajadores a gran escala.

Ciertamente, esa «necesidad» de más trabajadores no lleva aparejado ningún plan de creación de empleo. Por el contrario, las inversiones que se realizan en la actualidad apuntan al desarrollo de la industria de capital intensivo, en la que la necesidad de mano de obra se reduce drásticamente. Lo que sí aumentará en su lugar será la competición por los puestos de trabajo —una situación de desempleo y subempleo endémicos (la «medicina de antaño», como le gusta decir a la prensa económica anglosajona) que enseñará a la gente a rebajar su nivel de exigencia—. Al mismo tiempo, al aumentar el número de futuros trabajadores jóvenes también se resolvería supuestamente el espinoso asunto de «¿Quién va a hacer el trabajo sucio en un futuro?» (título de un artículo de la revista *Fortune*, enero de 1974).

Durante mucho tiempo, la «comunidad empresarial» ha estado preocupada porque actualmente no hay suficientes personas dispuestas a hacer el trabajo de baja categoría. A eso están destinados la mayoría de los niños que quieren que produzcamos: a engrosar las filas (y ser víctimas) de un futuro ejército y la filas de todos aquellos que, en palabras de *Fortune*: «En la era informática muchas personas seguirán ganándose el sueldo dándole a la escoba, cavando el suelo y haciendo miles de tareas de poca monta siguiendo métodos que apenas han cambiado durante siglos».

329

Trabajadores de esos, por supuesto, cuantos más mejor

De cualquier modo, a las empresas no solo le preocupan la «cantidad», la «calidad» de «sus» trabajadores es igual de importante. La cuestión no es solo cuántos niños habría que producir, sino *quiénes tendrían permiso para reproducirse*. Se teme que, si se mantiene la actual tendencia, se incorporen cada vez más inmigrantes hispanos, negros y mujeres a la fuerza de trabajo. Ciertamente, se puede utilizar el miedo a la deportación que tienen los trabajadores inmigrantes para que acepten los sueldos más bajos, especialmente si no tienen papeles. Pero, ¿qué pasa con las futuras generaciones que

supuestamente tendrán más poder que sus padres? Es esta preocupación la que ha llevado a los economistas a afirmar, ya desde 1974, que Estados Unidos debería «avanzar hacia la autosuficiencia en lo que respecta al trabajo sucio». El artículo de *Fortune* prosigue:

Depender cada vez más de los inmigrantes para que hagan los trabajos de servicios ... significa postergar verdaderas soluciones a largo plazo para este problema. Antes o después, cualquier nación madura que pretenda mantener su identidad cultural tendrá que encontrar la manera de sacar adelante el trabajo por hacer con los ciudadanos autóctonos.

En cuanto a los negros, la experiencia de las décadas de los sesenta y setenta ha demostrado que no están muy dispuestos a hacer el trabajo sucio para la sociedad blanca y que su confinamiento a los trabajos más duros, inseguros y peor pagados solo se puede mantener a costa de sufrir explosiones sociales continuas. En cambio las mujeres, al acceder en masa en la fuerza de trabajo remunerada, han empezado a negarse a trabajar sin remuneración en el hogar. De hecho, lo que preocupa a la derecha no es tanto que las mujeres «vayan a trabajar» sino más bien que al trabajar a cambio de un salario socavan su función tradicional en esta sociedad de esclavas del hogar no remuneradas, un trabajo gratuito con el que surten al proceso de producción de un sistema de apoyo: la comida, la ropa limpia, el sexo y las buenas palabras que permiten que los hombres sigan volviendo al trabajo.

Desde este punto de vista, la campaña antiaborto mata muchos pájaros de un tiro: (a) obliga a *algunas* mujeres a aumentar su reproducción de futuros trabajadores; (b) obliga a *algunas* mujeres —aquellas para las que tener un hijo es imposible económicamente— a recurrir a la esterilización; (c) devuelve a muchas mujeres a «su sitio» en el hogar, donde cumplirán con su «destino natural» como esposas y madres (y donde quizás hagan también un poco de «trabajo a domicilio» que ahorrará a las empresas el coste de un salario completo).

Provida de los blancos, antividia de las mujeres

Los grupos provida afirman que ellos defienden el derecho de los pobres a reproducirse, pero cada paso que da la derecha demuestra lo contrario. Recientemente, algunos de estos grupos han intentado lavar su imagen política oponiéndose a la esterilización (*CARASA NEWS*, junio de 1981) que es el único programa cuya financiación está cubierta en un 90% por el gobierno y que durante la década de los setenta ha crecido un 300%. Pero hay otras formas de esterilizar a las mujeres, además de ligarles las trompas. Si no tienes el dinero, el tiempo y las relaciones sociales necesarias para criar a un niño—y este es el caso de millones de mujeres, especialmente (pero no exclusivamente) de las negras e hispanas—, en realidad, estás esterilizada. Desde este punto de vista, los recortes impuestos por la derecha garantizan que la reproducción va a ser muy «selectiva». Sin cupones para alimentos, Medicaid, subsidios sociales, etc., ninguna mujer podrá tener hijos si no está respaldada por la buena nómina de un hombre.

En realidad, a los provida solo les preocupa la vida mientras transcurre dentro del útero. Lloran con lágrimas de cocodrilo por el óvulo fertilizado pero en cuanto el desprevenido feto abandona el útero, se le corta el cordón umbilical y se le *arrebata cualquier medio de supervivencia*. Nada de programas de nutrición para madres e hijos, nada de subsidios, ni comida subvencionada en el colegio, ni leche gratis, ni guarderías, ni programas contra el maltrato infantil. La preocupación de la derecha por los niños dura desde la concepción hasta el nacimiento. Como explicaba una mujer de CARASA [Committee for Abortion Rights and Against Sterilization Abuse – Comité por el derecho al aborto y contra la esterilización forzada], en cuanto nazca el bebé, estará solo. Así que las mujeres tendrán que elegir entre no tener hijos o depender de un hombre que los mantenga. *Para aquellas que no pueden o no quieren depender de un hombre, claramente su «elección» será la esterilización.*

choose either not to have children or depend on a man to support them. For those who cannot or do not want to depend on a man, the "choice" will be elective sterilization.

The wives of a fifty white assembly men at the center of the anti-sterilization campaign, though the joint the sterilization advocates to see the direct physical violence of the NSR but economic sanctions that will make us responsible for black and minority women to reproduce.

At the same time, eliminating abortion is a way of guaranteeing that women will be housed, more controlled and disciplined by husbands and fathers and thus be limited to produce more disciplined children. Keeping an abortion is not just a question of denying women's right to a free sexuality or denying us right to see "new for glass". Behind the coat of Puritanism, as always in the history of this country, lies a particular and discipline aimed at controlling our work in the home and thereby keeping the same ability to sacrifice on the children we raise. This is what is involved in the raise. This is what is involved in the "increased first, but crime is that in attempting to make a better life for ourselves we have also raised the expectations of our children, with the result that the present generation are not willing to be all obedient workers ready to give their life to the company but want to have real choices in their life and, first of all, the choice of a life dictated by their own desires, not the needs of profit and production.

The mistake of the women's movement, however, is not that it has demanded too much, but rather that it has demanded enough. Its male mistake has been to assume that independence from men control over our body could be won only through a "right to work" strategy, forcing "open" jobs as the ultimate road to women's liberation. This question of however, and how, has been largely ignored on the premise that (a) housing would simply disappear when women could "go to work", (b) the problem of childbearing would be solved by obtaining day care centers for the "working women". In this context, abortion was upheld as by itself reproductive freedom. Freedom from reproduction so that we could be satisfactorily

employed in the much glorified world of production. One had almost the impression that having children was something "between" wife for the "workers", "manipulation" women, if not explicitly owned. That many women are not used to face the burden of a double shift or be forced to forfeit employment to hold out for a job in something the Women's Movement rarely addressed. For example, any attempt to gain wages for homework was branded as reactionary (anti-unionizing) women. In the 1960s and the heavy ones in welfare benefits passed in the 70s were never fought as a key feminist issue. The experience of the 70s, however, has shown the limits of this strategy. We have learned that having a job is not liberation (see the dismal poverty of female-headed families) and we have often obtained a paycheck only at the price of virtual sterilization.

The case of the women in the Openfield factory in Virginia who had to submit to sterilization to keep their job is emblematic of what has been happening to a lot of women in this country.

It is time the Women's Movement learned from these past mistakes. If we are serious in our struggle for women's rights and self-determination, we cannot dissociate the struggle for abortion from the struggle to obtain the means whereby we can have the children we want, and under the conditions we want. This means that we cannot demand abortion rights and under the same time for the time and money to raise our children. The women of a "Baby Bonus" paid some \$40 for a tax break to the wage



earner), but under the form of a wage or welfare benefit directly to the needs of the women (or male) who raise the child. Women will then be able to decide whether or not they want to have a child and whether or not they want to take a paying job, rather than being forced by economic necessity either into sterilization or into a double or triple shift.

Unless we take this change the Women's Movement will fail to gain the support of many women—primarily blacks and minority—for whose feeding and clothing their children as well as the continuous threat of sterilization are life and death questions. Moreover, we will be vulnerable to the charge that in demanding abortion we insist the government in its generosity please against black but poor people. This accusation has been repeatedly used against the Women's Movement in the 70s by certain sections of the black movement and is repeated today by some black leaders like Jesse Jackson who, on this basis, are taking an anti-abortion stand. It is also used by the white forces who never fail to insist on that using poverty as an "excuse" for an abortion is a call to retrograde the poor. The fact, however, is that these charges will have a legitimate basis unless we make it clear that abortion is for only one side of abortion.

For reproductive choice to be a reality we must create the conditions whereby having children is not paid at the price of our lives, and this entails having money, time, space, and care. We must, realistically, whereby child-rearing can be the "last sentence" it has been on the far left end of a fight for child-rearing. Since freedom on these terms may also open the eyes of many women on the present situation and do not see yet an alternative in child-rearing given the poverty of female-headed families or dependence on a male wage, we must offer these women another alternative.

If choice means anything at all, women must be able to choose whether or not they want to live with a man, or by themselves or with other women and whether or not they want to have children, and that choice must be demanded less that it be based to be as hypothetical as the private claims of the right and assist indirectly its women's

politics towards more selective reproduction. We must add that to ensure our right to choose, it is not sufficient to push for a positive condition. What is needed instead is a new feminist program where abortion is never dealt with as a single issue but is fought instead in conjunction with other demands covering the entire spectrum of our reproductive needs. For while we must refuse to be baby makers, tools of reproduction, handmaids for the State, we must also refuse to let the State choose who among us will be allowed to reproduce and who instead will be placed out of existence.



In the future, incredibly expensive technology could enable a few people to live for 200 years or more. Who will be chosen? And, who will choose?

One sister tells the city what a pleasure to be in the streets the long winter has withered

En el corazón de la campaña antiaborto está el sueño de una sociedad predominantemente blanca, aunque el camino elegido por los provida no es la violencia física directa del Ku Klux Klan, sino las sanciones económicas, que harán imposible reproducirse a las mujeres negras y de otras minorías.

Al mismo tiempo, eliminar el aborto es una forma de garantizar que las mujeres estén atadas al hogar, más sometidas al control y la disciplina de maridos y padres y que, por lo tanto, sean más propensas a producir hijos más disciplinados. Negarnos el aborto no solo implica negar a la mujer el derecho a una sexualidad libre o a usar el «sexo por placer». Tras la máscara del puritanismo, como siempre ha ocurrido en la historia de este país, se esconde *una particular disciplina de trabajo dirigida a intensificar nuestro trabajo en el hogar* para así imponer la misma capacidad de sacrificio a los hijos que educamos. Esto es lo que está implicado cuando se nos acusa de ser «egoístas» y poner por delante nuestro interés. Nuestro delito es que al intentar crear una vida mejor para nosotras también estamos elevando las expectativas de nuestros hijos, con el resultado de que los jóvenes de las actuales generaciones no están dispuestos a ser trabajadores obedientes, listos para entregar su vida a la empresa, sino que quieren tener verdaderas posibilidades en su vida y, sobre todo, la posibilidad de llevar una vida dictada por sus necesidades y no por las necesidades del beneficio y la producción.

El error del movimiento de las mujeres, de todos modos, no es haber pedido demasiado sino que *no hemos pedido bastante*. Su principal error ha sido pensar que ser independientes de los hombres y tener el control de nuestros cuerpos solo sería posible a través de la estrategia del «derecho al trabajo», haciendo de «conseguir un empleo» el camino definitivo hacia la liberación de la mujer. Pero prácticamente no se ha tenido en cuenta el problema del trabajo doméstico y la crianza, con la idea de que (a) el trabajo doméstico de alguna manera desaparecería cuando las mujeres «fuesen a trabajar» y (b) el problema de la crianza se resolvería consiguiendo guarderías para la «mujer trabajadora».

En este contexto, el aborto constituía en sí mismo la libertad reproductiva: una liberación de la reproducción para que pudiésemos tener un trabajo remunerado en el glorificado mundo de la producción. Casi podía parecer que tener hijos era algo «atrasado», impropio de una mujer «moderna» y «emancipada», además de perjudicial para el medio ambiente. El movimiento de las mujeres raramente ha abordado por qué hay tantas mujeres que no quieren asumir la carga de tener un turno doble de trabajo o verse obligadas a renunciar a la maternidad para conseguir y no perder un trabajo. Por ejemplo, cualquier empeño por conseguir un salario para el trabajo doméstico ha sido tachado de reaccionario (por institucionalizar a la mujer en el hogar) y el fuerte recorte de los subsidios sociales aprobados en los años setenta no se consideró un tema clave para la lucha feminista. La experiencia de esos años, sin embargo, ha evidenciado las limitaciones de esta estrategia. Hemos aprendido que tener un trabajo no es una liberación (véase la desalentadora pobreza de las familias mantenidas por mujeres) y a menudo solo conseguimos un sueldo al precio de esterilizarnos en la práctica.

El caso de las mujeres de la fábrica de Cyanamid de Virginia, que tuvieron que someterse a la esterilización para no perder sus puestos de trabajo, es un ejemplo simbólico de lo que han estado viviendo muchas mujeres de este país.

Ya es hora de que el movimiento de las mujeres aprenda de los errores pasados. Si vamos en serio en nuestra lucha por los derechos y la autodeterminación de las mujeres, no podemos disociar la lucha por el aborto de la lucha por conseguir los medios para poder tener los hijos que queramos y en las condiciones que queramos. Esto significa que no podemos pedir el aborto y no luchar a la vez por *el tiempo* y *el dinero* para criar a nuestros hijos: dinero del gobierno, no solo un «cheque bebé» (o una exención fiscal para el asalariado), sino un salario o una ayuda social entregada directamente a la mujer (u hombre) que críe al niño. Así las mujeres podrán decidir si quieren tener hijos o no y si quieren aceptar un trabajo remunerado o no, en lugar de estar obligadas por la necesidad económica a decidir si esterilizarse o ponerse a trabajar a turno doble o triple.

Si no tomamos este rumbo, el movimiento de las mujeres no conseguirá el apoyo de muchas mujeres —principalmente negras y de las minorías— para quienes alimentar y vestir a sus hijos y la amenaza continuada de la esterilización son cuestiones de vida o muerte. Aún peor, nos exponremos a que se nos acuse de que, al pedir el aborto, estemos ayudando al gobierno en sus planes genocidas contra la población negra y pobre. Algunos sectores del movimiento negro han dirigido esta acusación repetidas veces contra el movimiento feminista durante los años setenta y en la actualidad algunos líderes negros todavía la utilizan, como Jesse Jackson, quien con este argumento está adoptando una postura antiaborto. También los provida esgrimen esta acusación y nunca se olvidan de recordarnos que utilizar la pobreza como «excusa» para el aborto es hacer un llamamiento al exterminio de los pobres. De cualquier modo, el hecho es que estas acusaciones serán legítimas mientras no dejemos claro que *el aborto es solo una opción a elegir*.

Para que la posibilidad de elección en materia de reproducción sea una realidad, tenemos que crear las condiciones necesarias para que tener hijos no sea a costa de nuestra vida y esto implica tener dinero, tiempo, espacio y relaciones sociales que hagan posible que el hecho de tener un hijo deje de ser la «condena a prisión» que ha sido para tantas de nosotras. Luchar por la libertad reproductiva en estos términos puede abrir los ojos a muchas mujeres que últimamente se acercan a la derecha por miedo a que el aborto libere a los hombres de la responsabilidad del cuidado de los hijos y no ven más alternativas para la crianza que la pobreza de una familia sostenida por una mujer o la dependencia del salario de un hombre. Tenemos que ofrecer a estas mujeres otra alternativa.

Si la palabra elección significa algo, las mujeres deberían poder elegir si quieren vivir con un hombre o si prefieren vivir solas o con otras mujeres y si quieren tener hijos o no tenerlos. Cualquier programa proelección que se conforme con menos estará destinado a ser tan hipócrita como las declaraciones provida de la derecha y contribuirá de manera indirecta a su política eugenésica, dirigida a favorecer una reproducción más selectiva. Tenemos que añadir que, para garantizar nuestro derecho a elegir, no basta con impulsar políticas de coalición. En vez de eso, hace falta un nuevo *programa feminista* en el que *el aborto nunca se trate de manera aislada*, sino que se sume a otras reivindicaciones con las que se cubra todo el espectro de nuestras necesidades reproductivas. Porque además

morirían en una catástrofe nuclear o si explotara una bomba nuclear.

Políticos que nos aseguran que una guerra nuclear limitada es posible y, además, barata porque solo morirían 20 millones de personas.

De manera descarada, desde hace meses se nos recuerda a los estadounidenses que la muerte a escala masiva está en la agenda. La hipótesis de la «muerte para el pueblo» está tan asentada que nuestra clase dirigente ya está ocupada con los pormenores de la fabricación de cadáveres: cuántos casos de cáncer por rem, cuántos cuerpos sufrirán quemaduras incurables, si el sistema sanitario estará a la altura de las circunstancias... y, finalmente, si tendremos que envidiar a aquellos que mueren al instante mientras sufrimos el indecible horror de la agonía prolongada.

El panorama que nos pintan día tras día es tan truculento que la reacción más sana sería pensar que es todo mentira. «No serán capaces de hacer algo así», nos decimos para nuestros adentros, tratando de escapar al inquietante recuerdo de una época no tan lejana en la que ocurrió lo impensable. A lo mejor. *Seguramente las insinuaciones de muerte del capital no sean inevitables.*

Sin embargo, si queremos evitar tener un Auschwitz en nuestro jardín no lo vamos a conseguir desdeñando las amenazas con la muerte como si solo fuesen otro truco para mantenernos a raya. La política de la muerte de la nueva administración Reagan no es lo mismo de siempre. Esa política expresa la voluntad de eliminar muchos elementos «indeseables» y «obsoletos» de esta sociedad y de devaluar profundamente a la clase trabajadora que quede.

El proceso ya ha comenzado. Los recortes impuestos por la administración Reagan y la eliminación de todo lo que obstaculizara las formas de explotación más despiadadas (supresión de los programas para la neumoconiosis de los mineros del carbón, restricción de la OSHA [ley estadounidense de seguridad y salud en el trabajo], desregulación medioambiental, etc.) ya nos condenan a una pena de muerte no oficial, más difícil de combatir porque se oculta bajo más máscaras: monóxido de carbono en nuestra sangre, luz verde para la neumoconiosis y la bisinosis, radioactividad en nuestros ríos, más accidentes en la ruta, el aumento en la proporción de hidratos y almidón en nuestros alimentos y la aceleración de nuestro desgaste por estar obligados a trabajar más, preocuparnos por el deterioro continuado de nuestra salud y seguir trabajando hasta caer muertos. Por lo tanto, tomarse en serio la política de la muerte de la administración Reagan no significa cerrar los ojos a los problemas reales o volver a la ciencia ficción política. Significa reconocer la naturaleza y alcance de los planes del capital y calibrar en consecuencia la naturaleza y alcance de nuestra respuesta.

La devaluación de la clase trabajadora de Estados Unidos

El genocidio es una realidad y cuenta con una larga tradición en la historia del capitalismo (variante rusa incluida). Desde la esclavitud hasta los campos de concentración nazis, desde los pogromos estalinistas hasta los millones de muertos

de la Primera y Segunda Guerra Mundial, la destrucción a gran escala de «capital humano» ha sido un corolario constante del desarrollo capitalista. La historia burguesa se ha esforzado en disfrazar estas formas de exterminio masivo de vidas humanas como «la obra de un loco», una repentina «vuelta a la barbarie» o una «tragedia histórica» de la que no se puede culpar más que a nuestra psique perturbada que, de vez en cuando, se olvida de sus nobles objetivos y deja de reprimir sus tendencias destructivas para hacer realidad sus sueños de aniquilación total.

[versos en el cuadro superior derecha]

Ven, hermana
derrite la ciudad
gira al ritmo
de las calles
el largo invierno

Estos cuentos de hadas tan convenientes ocultan una verdad mucho menos agradable: el exterminio de millones de vidas ha sido, y sigue siendo, una opción viable (si bien de último recurso) para la cruzada capitalista por la eficiencia económica. Cada día, las empresas aplican el cálculo costo-beneficio para decidir que es más económico permitir que se desarrollen unos cuantos cánceres que implantar medidas de seguridad en una central; nuestra salud y la duración de nuestra vida se sopesan continuamente respecto a los beneficios hasta el último centavo. Del mismo modo que el capital está dispuesto a cerrar o incluso destruir sus propias fábricas para recuperar determinados porcentajes de ganancias o iniciar un nuevo ciclo de desarrollo, también está dispuesto a destruir su capital humano cuando este ha quedado obsoleto económicamente o cuando no se pueden seguir controlando las demandas de la mano de obra.

En la historia del capital, el genocidio representa una devaluación masiva de la mano de obra, conseguida a costa de la destrucción a gran escala de la clase obrera. La Segunda Guerra Mundial es una buena muestra. Los millones de muertos de los campos de batalla y los campos de concentración y la disciplina impuesta a la población a escala global durante los largos años de la guerra consiguieron lo que el capital no pudo durante la Gran Depresión: disciplinar a la mano de obra. Se puede ver el resultado en la eclosión económica de Europa y Estados Unidos en la posguerra. La guerra produjo un ejército de trabajadores bien entrenados y disciplinados, listos para trabajar por un sueldo ridículo después de haber pasado ese miedo constante a la muerte, haber vivido en las trincheras, los ataques aéreos y el racionamiento de alimentos. Sus expectativas habían quedado por los suelos. En este contexto, el campo de concentración es un recordatorio de cuál podría ser nuestro destino (o habría podido ser) si no nos comportamos —la manifestación más visible del escaso valor que tienen nuestras vidas para el capital—. Hiroshima y Nagasaki garantizaron aún más que el mensaje no se perdiera.

La Segunda Guerra Mundial permitió al capital comprar veinte años de paz laboral y prosperidad. En Estados Unidos, donde la guerra estaba lejos y nunca hubo una confrontación cotidiana con la muerte, como ocurrió en Europa, la atmósfera de la Guerra Fría de los años cuarenta y cincuenta —la amenaza de la bomba atómica, los refugios, los simulacros— mantuvo la tensión.

Los problemas surgieron cuando llegó una nueva generación para la que la guerra no era más que un pálido recuerdo, algo que los padres contaban y volvían a contar durante la película de los domingos, tamizado por las imágenes gloriosas de heroicos pilotos. Conocemos demasiado bien la historia de los años sesenta y setenta como para repetirla. Baste decir que, al menos desde que se instauró la administración Nixon, la devaluación de la clase trabajadora está a la orden del día; en respuesta a las demandas cada vez más exigentes de negros, mujeres y jóvenes, el capital nos ha puesto en un estado permanente de crisis.

La historia nunca se repite. Aun así, la fase que estamos viviendo guarda muchas semejanzas con las décadas de los años treinta y cuarenta. El periodo que dio comienzo en 1974 —subida del precio del petróleo, índice de desempleo elevado, descenso drástico de nuestro nivel de vida— intenta ser una reedición de la Gran Depresión. Ha sido una analogía constante porque en este tiempo Estados Unidos ha sufrido la peor recesión desde los años treinta; pero solo ha servido para descubrir que la Depresión ya no se podía repetir porque nadie estaba dispuesto a aceptar tener que hacer cola pacíficamente para la sopa. Si los años setenta han sido nuestros años treinta, los ochenta prometen ser una reedición de los cuarenta. El fantasma de la depresión-recesión ha dado paso al fantasma de la guerra, y puede que no sea casualidad que la bienintencionada comunidad empresarial se esté reapropiando de Hiroshima, no sin cierta soberbia (véase *The Wall Street Journal*, 13 de noviembre de 1980).

¿Por qué nos amenazan con la guerra?

Un punto que se suele ignorar al hablar sobre el programa económico de Reagan son las siniestras implicaciones que oculta. El plan parece muy sencillo: recortar el gasto federal en bienestar social, impulsar la inversión privada, así se crearán puestos de empleo y todo volverá a ir bien. En nombre de la futura prosperidad se está despidiendo a miles de personas, se están recortando o eliminando toda clase de prestaciones sociales, todo el mundo se está viendo afectado; pero la prosperidad está a punto de llegar, nos dicen. Algunos economistas incluso fantasean con la idea de haber alcanzado un nuevo keynesianismo, pero no a través de la inversión del Estado sino de «reducciones fiscales que producen inversiones». Sin embargo, hay un problema que raramente se aborda: las inversiones, para las que se ha acumulado tanto capital, se están destinando a la industria de capital intensivo, lo que significa que los trabajadores despedidos ahora, en la mayoría de los casos, quedarán desempleados permanentemente o solo conseguirán subempleos.

«vida disoluta», se acabó independizarse a los dieciocho años de edad, se acabó salir a cenar y, desde luego, tener tiempo libre, excepto, si acaso, para ir a misa el domingo.

Al mismo tiempo, se está haciendo prescindible a una amplia sección de la fuerza de trabajo, tan prescindible que no solo es evidente que el gobierno de Reagan no se preocupa por preservar a sus trabajadores, sino que está claramente dispuesto a recortar nuestras vidas tanto como sea posible. El mensaje, de hecho, es que cuanto antes muramos, mejor, porque la administración está obsesionada con la pesadilla de todo el dinero de la seguridad social que nos tendrían que pagar. Los posibles candidatos de esta agenda no tan secreta son predecibles: las personas mayores (que al fin y al cabo ya no son productivos), la población negra, las minorías, los jóvenes rebeldes y todos aquellos trabajadores que no acepten el *new deal*.

En este contexto, la vuelta al discurso de la Guerra Fría y la amenaza de muerte nuclear tienen una función importante: son los pilares de la devaluación masiva de nuestras vidas. Nos están preparando para que interioricemos el hecho de que nuestras vidas son baratas y que [salto de página] deberíamos estar agradecidos solo por estar vivos. Nos recuerdan el poder que tienen en sus manos y su voluntad de utilizarlo. Bajo la retórica de la Guerra Fría, nos dicen que el fin de los intereses de Estados Unidos —los intereses de la «comunidad» empresarial estadounidense— justifica cualquier medio, incluso aniquilar a buena parte del planeta. Ciertamente, este mensaje se dirige *más a nosotros que a los rusos*. La posibilidad de una guerra nuclear con Rusia es muy incierta (hay que tener en cuenta todos los intereses que tienen en común, incluso el *farm belt* [los estados rurales conservadores] está ansioso por hacer negocios con la URSS), pero el uso local de la lógica de la Guerra Fría es ya evidente. Es poco probable que terminemos enfrentándonos al día en que todo explote; lo que nos tienen reservado más bien es la *muerte difusa*, el *genocidio difuso* causado por otros futuros desastres medioambientales como los de Love Canal o Three Mile Island.

Sabemos por experiencia que el gobierno está usándonos como conejillos de indias en su búsqueda de instrumentos más potentes de control social. La grave situación de los soldados veteranos utilizados durante las pruebas atómicas de los años cincuenta, las víctimas de Three Mile Island, por no hablar de las víctimas del PCB [bifenilo policlorado], los pesticidas y otros agentes químicos, son ejemplos del cinismo y la brutalidad de nuestro gobierno cuando están en juego los intereses corporativos. Para beneficiar a las compañías nucleares y químicas, ya han contaminado nuestros suministros de agua, han esparcido vertidos químicos por nuestras ciudades y nos han hecho tener miedo de beber un vaso de leche y de nadar en nuestros ríos y mares. Pero lo que hemos visto hasta ahora puede no ser más que una pequeña muestra de todo lo que nos tiene preparado el gobierno de Reagan. Bajo el lema «la vida es arriesgada», el gobierno planea una serie de medidas que no solo pueden matar a la población del planeta sino que también afectarán sin duda a la vida y la enfermedad en nuestro país: submarinos y misiles nucleares, luz verde al almacenamiento de gas nervioso (prohibido después de

que una fuga matase a 5.000 ovejas en Utah), reducción del periodo de licencia para la construcción de centrales nucleares, abolición de las medidas protectoras del medio ambiente... Es difícil no llegar a la conclusión de que la guerra es contra nosotros. Pero la muerte no es solo el lento envenenamiento causado por un vertido al lado de casa. El programa económico del gobierno es en sí mismo un auténtico boletín de guerra. Se calcula que los recortes por valor de 26.000 millones de dólares realizados por la administración Bush tendrán como resultado:

- 700.000 mujeres embarazadas, niños y bebés dejarán de recibir los suplementos alimenticios esenciales y la atención sanitaria que ahora reciben a través del programa WIC [Women, Infants and Children, programa especial de nutrición suplementaria para madres e hijos].
- Un millón de personas dejará de recibir cupones para alimentos y se reducirá drásticamente la ayuda para alimentos de un tercio de los beneficiarios.
- Millones de niños dejarán de obtener comida subsidiada por el gobierno y el programa Special Milk [programa de consumo de leche en escuelas y otras instituciones infantiles] se recortará un 75% (40.000 escuelas dejarán de ofrecer el programa de almuerzos gratuitos).
- 400.000 familias, que suman más de un millón de hijos, perderán la ayuda AFDC y se reducirán los subsidios de otras 250.000 familias que suman más de 600.000 niños.
- Un millón de trabajadores dejará de recibir prestaciones de desempleo y cualquier persona podrá dejará de ser considerada desempleada si rechazan cualquier trabajo pagado al salario mínimo una vez cumplidas 13 semanas sin trabajo.
- Se reducirá un tercio el gasto en Medicaid y 26 programas específicos se fundirán en dos bloques de subvención. Esto supondrá la eliminación de programas de salud clave en muchos estados (programas de alcoholismo y drogadicción, vacunación, desratización, prestaciones sanitarias para trabajadores inmigrantes, enfermedades venéreas, etc.).
- El gasto en educación se reducirá un 25% y se consolidarán 50 programas educativos en dos bloques de subvención: muchos programas corren el riesgo de desaparecer (los programas para familias desfavorecidas, los programas contra la segregación escolar [emergency school aid], la educación para discapacitados, la educación bilingüe, el desarrollo de las bibliotecas comunitarias) y los beneficiarios se verán obligados a luchar entre ellos (los pobres contra los discapacitados, etc.).

[DESTACADO DE LA PÁGINA IZQUIERDA]: Campaña pro-nuclear utiliza datos de Hiroshima

por David J. Blum Redactor de *The Wall Street Journal*

CHICAGO— Si tiene miedo de la radiación de las centrales nucleares, Commonwealth Edison Co. dice que no hay que preocuparse. La radiación no afectó a la mayoría de los sobrevivientes de Hiroshima y Nagasaki, afirma la compañía, y no le va a afectar a usted.

Una nueva campaña de publicidad del gigante energético explica la relación entre la radiación procedente de las bombas atómicas de 1945 y el accidente de Three Mile Island del año pasado. Sin hacer mención de las 20.000 personas que murieron a consecuencia de la radiación tras la explosión de Hiroshima, el anuncio comenta estudios sobre los sobrevivientes —aquellas personas que recibieron menores dosis de radiación— realizados a posteriori y concluye que:

«La radiación, como tantas otras cosas con las que convivimos, puede ser dañina. Pero si se maneja con cuidado y sentido común, no tiene por qué dar miedo».

El anuncio ha aparecido recientemente en varios periódicos de Illinois y ha provocado la sorpresa de algunos científicos «Considero desafortunado que una empresa recurra al hongo atómico para hablar de una central nuclear», declara Frank Congel, director de la unidad de medición radiológica de la Nuclear Regulatory Commission [Comisión Reguladora de la Energía Nuclear]. «Excepto en términos cuantitativos, se trata de una comparación irrelevante».

El empleo de datos de Hiroshima para estudiar los efectos de la radiación no es algo nuevo. Los científicos que aceptan estos datos consideran que la exposición a la radiación de Three Mile Island no provocará ni una sola muerte por cáncer. Los estudios de los sobrevivientes de Hiroshima afirman que los efectos de la explosión causaron directamente unos 400 casos de cáncer.

Pero el anuncio destaca una cuestión fundamental a la que se enfrentan los científicos que estudian la radiación: si los efectos de la bomba de Hiroshima se pueden utilizar como base estadística para evaluar futuras exposiciones a la radiación.

Buen experimento

«Creo que es una comparación estadísticamente válida», afirma Bernard Cohen, que estudia los efectos de la radiación en la Universidad de Pittsburgh: «Por mucho que odie decirlo, Hiroshima fue el mayor experimento científico que se ha realizado».

disappearing altogether (program for the disadvantaged, emergency school aid, subsidies for the handicapped, bilingual teaching, community health centers) - while the recipients will be forced to compete with each other (the poor against the handicapped and so forth).

-social services program for families (early under Title VIII and now for 27% and a wide variety of programs will be consolidated into one block grant) will still obliterate against services for the elderly and the non-elderly (and will establish new others (Medicaid welfare, child home protection, etc.).

-child aid for the poor will be terminated, so that thousands of families will be denied access to legal help.

-Subsidized housing will be cut by 10%, thus housing the needs of at least three million people, increasing evictions, overcrowding, health and safety risks. Meanwhile, while claiming that this \$20 billion aid is anti-inflationary programs are indispensable to some as from inflation, the Reagan Administration is planning to spend 2.5 billion dollars over the next five years in military build up.

Such measures to reduce social crime these days and so political leaders have viewed that the new system crime to top on their priorities. But who is the true criminal here? Isn't even the most hardened criminal a mere dilettante when compared with the magnitude of the death plane - the administration is presently committing? Or should we assume that killing is to be considered only when it is perpetrated on a silent scale and it becomes responsible when it becomes million or more people and is not accompanied with a leaflet or a gun but by starvation, disease and chemical nuclear pollution? Clearly the administration has called a white crusade against terrorism. But aside from the usual support of terrorist regimes (South Africa, Argentina, El Salvador), to mention just a few) what about the terror spread on us on a day to day basis as we are deprived of the necessary resources to survive and the same resources are diverted into building a monstrous arsenal of lethal weapons?

What not to do?

A danger also facing is the tendency to create sections of the "movement" to reassure

Come sister
meet the city
twist a rhythm
to the streets

us that without us democracy is in the hands. As a recent lead article in the Socialist Worker summed it up we see face a few right-hand years, but in the end the "reactionary forces" (the new social majority, etc.) will be phased out and a "mobilizing right" will prevail that will have to come to terms with the demands of the population in order to maintain the social program. Some people will suffer as we risk. However, everybody will face a "major emergency", a deterioration of working conditions and tremendous increase to the unemployment. But ultimately one will be left for the left to measure and advance its program. From this point of view, the only strategy that is presented is "turns of the screw", even though it is regularly repeated so that this is what has opened us up to Reagan's attack.

This "realist" approach to the administration which cavalierly dismisses the conviction the fight will come to its peak to "counter-revolution" has a long history



For years now, the left has been unable to offer an alternative to the mounting attack on workers' demand in this country (except some loose beating about the bush), the years of "ambiguity" and "passivity" from which we have previously graduated to a more "common sense" approach. Worse yet, the left has succeeded in the erosion of its power by accepting a proponent of "the society" which has continuously been used to retract the gains made by the left and the Black Movement and the Women's Movement.

At numerous, wide sections of the left and the anti-insular movement have repeated (in terms not so different from those of the Ford and Carter administration) that our resources are dwindling and that our common-our much, thus implicitly joining the Government demand austerity demands.

But followed in that such energy has been devoted to derive "Alternative energy sources", alternative ways of production, and little has been done to fight the cuts that in the name of austerity were forced on blacks, Hispanics, welfare men as well as large masses of other workers. In this way, despite such lip service to the fight against racism and against the left has succeeded in making itself irrelevant to the Black Movement and the Women's Movement, who could sense identity with any self-proclaimed common-sense reduction for they already lived on the threshold of survival.

It is no surprise, then, that the left has failed little to offer its alternatives to the right and seems only capable of conducting a fight of the martyr of the state. This is certainly one of the reasons why the Reagan Administration has been so bold and confident in its "high tech" approach to the cuts. The speed and the wide articulation of the cuts is particularly due to a conviction in the administration that the traditional atmosphere of working class power (unity, docks, street) have been decisively weakened by "scientific" technological manipulation, and automation. At the same time, they are "undressed" by a movement that is controlled by its own officials, unwilling to engage in a fight and deeply divided within itself. The anti-unionist strand of certain sections of the left is the most obvious of these dangers, but by no means the only one. A deeper split is emerging between those

Come sister
meet the city
twist a rhythm
to the streets

who feel they have a way out and others (primarily blacks and women) who cannot afford the luxury of looking for pure ideal or idealizing such sections of the right will win in the long run, for they know that with the cuts their lives are immediately on the line.

In fact, while many white male leftists discuss the contradictions which the ruling class the hope for a true mobilization against the cuts and the formation of a true alternative to the right lays in the hands of women, blacks and youth. This is no accident. It is women, blacks and young people who are the immediate and long term target of the Reagan Administration. It is not that they are the most exploited of the labor that is blamed continuously as the source of all crime and it is to bring us "back to our place" that the present economic line we being derived. It is from the bottom. However, that the strength of this anti-including the present direction - is most clearly visible. From our privileged viewpoint it is clear that during the course of capitalism and society and interventionism is outside for our problem is and has been, that we work too much and hardly get enough to survive.

It also has that this sector has accumulated reserves of which are some as financial part is filtered down to one million and a half in military spending; this sum is sufficient to create, feed, house and liberate from need the population of the U.S. for many years to come. With this to spend one should expect to see a quick reduction in the cuts, or even simply for a continuation of the status quo. For so the only alternative is to refuse the entire package deal and demand more. A defensive position on this line is equivalent to a defeat. It is to side and default on to assume that the needs and demands of those who are at the bottom of the social ladder are not the needs and demands of all of us. No white woman in history to make any of these demands, but by no means the only one. A deeper split is emerging between those

[versos en el cuadro superior derecha]

Ven, hermana
derribe la ciudad
gira al ritmo
de las calles

- Los programas de servicios sociales para las familias (la mayoría en virtud del título XX de la Social Security Act [ley de la seguridad social]) se reducirán un 27% y se consolidará una gran variedad de programas en una sola subvención. Así, los servicios infantiles competirán con los de tercera edad y los de las personas discapacitadas y probablemente se suprimirán muchos otros (bienestar infantil, protección contra el maltrato infantil, etc.).
- El programa de asistencia jurídica gratuita para personas sin recursos económicos se suprimirá, con lo que se les negará el acceso a la asistencia legal a miles de familias.
- Los subsidios a la vivienda se reducirán un 34%, por lo que el precio del alquiler se disparará para al menos tres millones de personas, aumentará el número de desahucios, el hacinamiento en las viviendas y los riesgos sanitarios.

Por otra parte, mientras afirman que este recorte por valor de 26.000 millones de dólares en los programas de bienestar social es indispensable para salvarnos de la inflación, la administración Reagan planea invertir *1,5 billones de dólares* para la expansión militar durante los próximos cinco años.

En los últimos tiempos se está expresando mucha preocupación respecto al crimen y nuestros políticos han asegurado que la guerra contra el crimen es una de sus grandes prioridades. Pero, ¿quién es el auténtico criminal? Incluso el delincuente más empedernido ¿no sería un simple aficionado comparado con la magnitud de los proyectos de muerte que está tramando la administración? O ¿deberíamos asimilar que solo se condena el asesinato cuando es perpetrado a pequeña escala y que se convierte en algo respetable cuando implica la muerte de millones de personas y cuando no se produce a punta de cuchillo o de pistola, sino a causa de la carencia de alimentos, la enfermedad o la contaminación química y nuclear? En la misma línea, el gobierno ha proclamado una guerra santa contra el terrorismo. Pero, aparte del apoyo entusiasta a regímenes terroristas (Sudáfrica, Argentina o El Salvador, por mencionar algunos) ¿qué decir del terror que siembran día tras día entre nosotros al privarnos de los recursos que necesitamos para sobrevivir para dedicarlos a reunir un monstruoso arsenal de armas letales?

¿Qué no hacer?

Uno de los peligros a los que nos enfrentamos es la tendencia, en ciertos sectores del «movimiento», a asegurar que no es probable que ocurra nada demasiado dramático. Un artículo de *Socialist Review* lo resume así: puede que nos esperen años difíciles pero al final las «huestes reaccionarias» (la «nueva mayoría moral», etc.) quedarán desfasadas y se impondrá una «derecha modernizadora» que habrá asumido las demandas de la población para no perder el apoyo social. Nos cuentan que algunas personas sufrirán. Es más, todo el mundo se enfrentará a la «austeridad salarial», al deterioro de las condiciones laborales y a las grandes amenazas sobre el medioambiente. Pero al final la izquierda conseguirá tener espacio de maniobra para desarrollar su programa. Desde este punto de vista, la única estrategia que nos ofrecen es «más de lo mismo», incluso aunque se reconozca vagamente que por eso hemos terminado aceptando el ataque de Reagan.

Esta aproximación «racional» de la situación, que desdeña con arrogancia a las víctimas que dejará la derecha a lo largo del camino hacia la «modernización», cuenta con una larga trayectoria.

[versos en el cuadro superior derecha]

Ven, hermana
derrite la ciudad
gira al ritmo

Desde hace años, la izquierda ha sido incapaz de ofrecer alternativas al ataque creciente a las demandas de los trabajadores en este país (excepto por un poco de autoflagelo durante la década de los sesenta, los años de «exuberancia» e «inmadurez» que en teoría ya hemos superado para alcanzar un punto de vista más «sensato»). Y lo que es peor, la izquierda ha contribuido a la erosión de nuestro poder al aceptar la *perspectiva de la escasez* a la que se ha recurrido continuamente para frenar los avances conseguidos con el surgimiento del movimiento negro y de las mujeres. Amplios sectores de la izquierda y el movimiento antinuclear defienden (en términos no muy diferentes a los empleados por los gobiernos de Ford y Carter) que nuestros recursos se están agotando y que *consumimos* demasiado, uniéndose así de manera implícita a la cruzada por la austeridad patrocinada por el gobierno.

En consecuencia, se ha dedicado mucha energía a idear «fuentes de energía alternativas» y formas de producción alternativas y no se ha hecho gran cosa por combatir los recortes impuestos en nombre de la austeridad sobre la población negra, las minorías, las mujeres dependientes de subsidios sociales y muchos otros trabajadores. De este modo, por mucho que hable de luchar contra el racismo y el sexismo, la izquierda ha conseguido ser irrelevante para el movimiento negro y el movimiento de las mujeres, que jamás iban a sentirse identificados con una reducción del consumo autoimpuesta cuando ya vivían en el umbral de la supervivencia.

Así que no resulta sorprendente que hoy en día la izquierda tenga poco que ofrecer como alternativa a la derecha y parece que solo es capaz de librar una *lucha marginal por los recortes*. Seguramente esta sea una de las razones por las que la administración Reagan ha sido tan radical y atrevida en su planteamiento «de alto riesgo» sobre los recortes. La velocidad y la profunda articulación de los recortes se debe en parte a la convicción del gobierno de que los bastiones tradicionales del poder de la clase obrera (la industria automovilística, los muelles, el acero) han sido debilitados de manera decisiva a través de los despidos, la reorganización tecnológica y los cierres. Al mismo tiempo, se «enfrentan» a un movimiento neutralizado por sus propias directrices, que está profundamente dividido y no está dispuesto a luchar como es debido. El posicionamiento contra el aborto de ciertos sectores de la izquierda es una de las divisiones más evidentes, pero de ningún modo es la única. Se está abriendo una profunda brecha entre aquellos (hombres) que sienten que tienen una salida y aquellos (negros y mujeres predominantemente) que no se pueden permitir el lujo de pensar a cinco años vista o especular sobre qué sectores de la derecha terminarán ganando a largo plazo, porque saben que con los recortes sus vidas están al borde del precipicio.

De hecho, mientras muchos hombres blancos de izquierda debaten sobre la contradicciones de la clase dirigente, la esperanza de una auténtica movilización contra los recortes y la formulación de una verdadera alternativa a la derecha descansa en manos de las mujeres, los negros y los jóvenes. Esto no es casual. Mujeres, negros y jóvenes son los objetivos inmediatos y a largo plazo del gobierno de Reagan. Culpán continuamente a nuestra lucha, a nuestra negativa a quedarnos abajo, de ser el origen de todas las crisis, al tiempo que los planes económicos actuales están diseñados para «devolvernos al lugar que nos corresponde». Pero desde donde más claramente se puede ver la realidad de nuestra sociedad —además de la dirección que sigue— es

¿O vamos a exigir la redistribución de la riqueza que hemos producido y el control sobre nuestras vidas, pero no para unos pocos a costa de otros, *sino para todos nosotros*? ¿Estamos dispuestos a aceptar que nos quiten miles de millones de dólares y enormes cantidades de recursos para comprarnos más violencia y sacrificio o vamos a luchar por un mundo en el que *nuestras necesidades sean ley*? Eso es lo que debemos decidir entre todos nosotros.

El movimiento de las mujeres y el servicio militar

Ahora que muchos grupos de mujeres se movilizan por todo el país contra la intervención de Estados Unidos en El Salvador y la escalada militar, se podría esperar que las «feministas» dejaran, de una vez, de intentar conseguir la igualdad con los hombres en el servicio militar. Pero no ha sido el caso. El culto a la igualdad *sin pensar en el contenido* ha ido tan lejos que algunas feministas se sienten discriminadas cuando les niegan su derecho a *matar y morir* en pie de igualdad con los hombres en una posible guerra.

Así que, cuando el 25 de junio el Tribunal Supremo ratificó que excluir a las mujeres del servicio militar es constitucional, tuvimos que asistir al triste espectáculo de unas presuntas feministas que consideraban esta decisión «un ataque a los derechos de la mujer». Las portavoces de NOW han sido las más militantes en esta despreciable cruzada. «Esta es una gran derrota para nosotras —se lamentaban una tras otra—, demuestra que las mujeres seguimos siendo ciudadanas de segunda porque nos niegan un derecho fundamental de la ciudadanía: la igualdad con los hombres en todos los aspectos, incluyendo la defensa de este país». Así que, al día siguiente, *The New York Times* pudo proclamar con grandes titulares: «DECEPCIÓN ENTRE LAS FEMINISTAS» (NYT, 26 de junio).

Para muchas mujeres del país, la primera reacción debe haber sido pensar «Yo no soy feminista». Solo la demencia o la identificación con los planes militares del gobierno pueden impedir que veamos que *ser iguales a los hombres en el servicio militar es ser iguales en la derrota*. La mayoría de las mujeres lo saben, como no dejan de demostrar las encuestas. No queremos morir ni matar por la gloria y el beneficio del poder corporativo de Estados Unidos (Exxon, GM, Texaco, IBM, Mobil, etc.) para que ellos puedan seguir explotando al resto del mundo y compensarnos por nuestro sufrimiento con más desastres como los de Three Mile Island y Love Canal, con más pesticidas en nuestra comida, largas colas en las oficinas de servicios sociales, más trabajos de mierda en los que pagan menos que lo que cuesta ir a trabajar y más tiempo de nuestras vidas desperdiciado.

¿Acaso NOW y otras feministas no son capaces de entender algo tan sencillo como que «defender este país» es defender y consolidar el mismo poder que nos oprime a nosotras y al resto del mundo?

Sin duda, un poco de solidaridad con las luchas de las mujeres de otras partes del mundo, un poco de coherencia con los discursos que pronuncian con tanta ligereza el Día Internacional de la Mujer, les permitirían ver la obscenidad de esta

propuesta. Pero, evidentemente, no ven contradicción alguna en apoyar las luchas de la mujer y por la liberación en todo el mundo y unirse al mismo ejército que va a aplastarlas.

Cuando ofrecen nuestras vidas de manera tan despreocupada al gobierno también se olvidan de que las mujeres siempre hemos luchado contra esto. Por cada mujer orgullosa de que «su chico haya muerto por su país» hay dos mujeres que han maldecido al gobierno o han escondido a sus hijos en el sótano cuando el ejército ha llamado a sus puertas. Las mujeres somos quienes pagamos el precio más alto en la guerra. Es la mujer quien cría a sus hijos durante años de trabajo y sacrificio para que *luego* vengan a decirle que su hijo pertenece al gobierno, aunque el gobierno nunca haya reclamado su paternidad cuando el niño estaba enfermo o necesitaba algo de dinero porque no tenía nada. Incluso cuando no nos manifestábamos, las mujeres siempre hemos luchado contra la guerra: *hemos sido el primer movimiento antibélico, el más masivo, aunque no se hable de él.*

Ahora, además de tener que ver cómo sacrifican a nuestros hijos, hermanos y maridos por una causa con la que *no nos podemos identificar*, nos dicen que nosotras también deberíamos agarrar el fusil en nombre de la «igualdad» y luchar por «defender este país». Es incluso peor, porque esta vez quien nos reclama no es el Tío Sam sino nuestras «hermanas feministas», para quienes la igualdad lo es todo, independientemente de si implica *MÁS O MENOS PODER PARA LAS MUJERES Y PARA LOS HOMBRES*. No nos engañemos. Como ya ocurrió cuando el gobierno de Carter propuso este «feminist deal» [trato feminista], si luchamos para que las mujeres se incorporen al servicio militar menoscabamos no solo nuestra lucha, sino también la de los hombres, porque le damos apariencia de legitimidad a lo que en realidad es un ataque contra todos nosotros. No podemos decir que estamos en contra de que los hombres hagan el servicio militar pero, aun así, nosotras también nos alistamos. Si estamos en contra de que los hombres hagan el servicio militar, *no deberíamos aceptar bajo ningún concepto que lo hagan las mujeres*, y mucho menos luchar por ello. El servicio militar es una proposición con la que no podemos transigir. Para variar, las mujeres tenemos un derecho que los hombres hasta el momento no han podido conseguir. Para variar, con respecto al servicio militar, vamos a luchar para que los hombres sean iguales a nosotras.

Por último, podemos dar las gracias a NOW y al resto de feministas que adopten esta postura por contribuir a la credibilidad de la derecha y ayudarla a obtener más respaldo al presentar a las feministas como auténticas chifladas. ¿Cuántas mujeres habrán visto en la televisión cómo se lamenta NOW por esta «derrota feminista» y habrán llegado a la conclusión de que, si de lo que va es de tener «derecho a morir», la liberación de la mujer no va con ellas? «Es una cuestión de sentido común», según afirma alegremente Phyllis Schlafly. De hecho, tiene razones para alegrarse. Mientras algunas feministas sigan abrazando tales posturas, no necesitamos a la derecha para tener una reacción antifeminista.

Compartir las penas

Durante las décadas de los sesenta y setenta, las mujeres luchamos en muchos frentes —al igual que otros colectivos de la clase obrera— para conseguir la igualdad y la autodeterminación y para reducir nuestra carga de trabajo no remunerado. Conseguimos grandes logros respecto a la posición psicosocial, política y económica de la mujer en Estados Unidos. Estos logros, que empezaron a erosionarse a lo largo de la década pasada, serán completamente suprimidos si la nueva derecha consigue efectuar sus planes nacionales de racionalización, represión y reorganización de prioridades gubernamentales que favorecen a unos pocos privilegiados a costa de los pobres y la clase obrera. Las mujeres y las minorías serán las que más sufran, como han demostrado los primeros ataques al sistema de asistencia social, el desempleo, la atención infantil, la sanidad o la libertad sexual y reproductiva.

Las feministas deben asumir cierta responsabilidad en el hecho de que muchas mujeres se estén escorando hacia la derecha. El «programa de liberación», tal y como lo articularon referentes como NOW, la revista *Ms.*, *Socialist-Feminists* o *CLUW* [Coalition of Labor Union Women – Coalición de Mujeres Sindicalistas], no respondía a las necesidades de muchas mujeres, que consideraban que el programa no empatizaba con su posición socioeconómica y tampoco era liberador. La negativa a reconocer (hasta hace poco) la posición de la mujer en el hogar como trabajadora no asalariada provocó que el tema del gasto en asistencia social no se llegara a considerar un asunto feminista —a pesar del desproporcionado número de mujeres que recibe alguna clase de prestación social—. Tampoco se suscribió la lucha por el *welfare* como un intento por conseguir algo de dinero por nuestro trabajo oculto, reducir ese trabajo «socializándolo» (guarderías, asistencia médica pública, programas de nutrición infantil, centros de salud comunitarios, etc.) y obtener cierto grado de independencia del hombre. Al proponer el segundo empleo como la única estrategia para la liberación de la mujer (convirtiendo a las mujeres en trabajadoras «productivas») y a la vez ignorar nuestro trabajo no asalariado en el hogar, se ha dejado a las madres dependientes del subsidio social solas ante los programas de promoción del empleo [*workfare*] y a las mujeres de clase trabajadora, solas ante la disciplina del marido.

Class and race division among women were reinforced by a political analysis that spoke almost exclusively to white middle class, well-educated, suburban women. The program's work (i.e., a career outside the home) as liberation, the movement ignored a century of struggle by women to reduce their workload and win some freedom from the double oppression of home and factory. The "need for work" could hardly have appealed to many women who chose to double duty out of necessity and have the life that work-as-liberation is. The feminist program was also hostile and alienating to factory housewives and women as well as "displaced housewives." She is face of the continuous alienation of work by the Women's Movement were made to feel guilty backward, and out of pace with the times. Worse yet, they were made to feel that there was no space in the movement for them.

The opposition to the ERA by working class women, however, has consistently been misinterpreted by feminists as a conservative response. Yet, at least the ERA offers us the right to equal exploitation under the law. In other words, it can be used to take away from critical social groups that are progressively marginalized more women become equal to men. In this battle, the rhetoric of the ERA programme has already been used against us in the virtual elimination of alimony, the denial of our right to inheritance.



MOTHERS AGAINST THE DRAFT
and others
creat neck n'y

...some time away from work was the only condition to further our struggle. On the contrary we were told that only by entering the labor market could we effect real change. But as we took on jobs, primarily out of necessity, and our work load increased our ability to struggle for our liberation diminished. Unlike the Women's Movement, affiliated less single issue groups—abortion, day care, child and elderly care—etc.—which observed an integrated analysis of women's "right to life" and "right to choose".

The Abortion of the Left

It is clear that the pro-life, pre-feminist movement is central to the Right's attack on not only men but the entire working class. If this is the case, why is there so much debate about abortion within the Left? Can this be passed off as a simple case of mis-translation in front of the right-wing organ? In reality, this left debate is consistent with positions taken by the Left throughout the '60's. The Left's ambiguous support for feminism is only revealed more clearly now as its straightforward opportunistic mass abortion lobby.

On the one hand we have the Marxist-leninists' empty pro-abortion and, in general, "woman's" issues because they eliminate the (male) working class. Such campaigns, even when they give lip service to the importance of the women's movement, relegate questions of sexuality and the dignity to the department of culture, and belates the primary of narrowly defined economic struggle. While some have lent support against the Hyde amendment, because it dilutes the need and was a "rightist economic issue", they never went on to support abortion per se.

More mainstream, social democrats also curtailed their concern with women's issues to only mass support for a program of economic equality. Both refuse to acknowledge feminist struggles around questions of child care and sexual repression as important to their own base. They are the first issue to be distanced as part of the general move to

"If you're a member of the 60's and 70's which were in fact real critics of the new order capitalism, but also of the left, are you embarrassed as ineffective and "not serious enough" for the 80's. Furthermore the Right's move to define women as child-rearers/housewives and control our sexual freedom are not confronted as part of a general policy meant to strengthen the control of the state over every detail of our lives.

As far those openly opposing abortion, we face the humanist cries from the peace and anti-nuclear movements. They say, "We can be opposed to the destruction of our lives by nuclear contamination or by war and simultaneously favor abortion!"

This avoidance of pro-life ideology by the anti-nuclear groups the abolition basis of this movement. The anti-nuclear has relied on a narrow biological definition of life, which in its universal character forecloses all class distinctions and all questions of exploitation as if life are only as stable in the case of a bomb. It is, of course, belated by the "class to nature" of the Earth Mother, they have reinforced the definition of men solely by their sexual identification. In this left atmosphere of the pro-life movement, sanctioned by all critical respected figures as Ruchlin, Berrigan and Dick Gregory, "life" means something meaningless, for the defense to completely severed from the question of who controls our lives and how we actually live them.

As it was a strong and autonomous women's movement which has pushed the left as far as it is presently, and obviously in the absence the left is unable to see how central these issues are, it seems equally clear that part of our feminist strategy for the 80's must be emphatically rebuilding and

Come winter
meets the city

El análisis político dirigido casi en exclusiva a las mujeres blancas de clase media, instruidas y heterosexuales ha exacerbado las divisiones de clase y raza entre las mujeres. Al proponer que el trabajo (es decir, una carrera fuera del hogar) es liberador, el movimiento ha ignorado todo un siglo de lucha de la mujer por reducir su carga de trabajo y conseguir liberarse un poco de la doble opresión del hogar y la fábrica. La «reivindicación del trabajo» difícilmente podría resultar atractiva a muchas mujeres que siempre han tenido un turno doble de trabajo por necesidad y saben que el trabajo-como-liberación es mentira. El programa feminista también era hostil y humillante hacia las amas de casa a tiempo completo y las madres, por no hablar de las «amas de casa destituidas». A todas estas mujeres se las hizo sentir culpables, atrasadas y que no van al ritmo de los tiempos y, lo que es peor, se les hizo sentir que en el movimiento no había lugar para ellas.

Sin embargo, las feministas han malinterpretado la oposición a la enmienda por la igualdad de derechos [ERA] por parte de las mujeres de clase obrera como una reacción conservadora. Pero lo que ofrece la ERA es el derecho legal a la explotación igualitaria, en el mejor de los casos. En el peor, se puede utilizar para arrebatarnos garantías cruciales, que supuestamente no son necesarias una vez que las mujeres son iguales a los hombres. En este aspecto, el discurso de las defensoras de la ERA ya se ha aplicado contra nosotras con la eliminación virtual de la pensión conyugal, la negación de nuestro derecho a la baja maternal, la posibilidad del servicio militar (consultar el artículo anterior), la reducción de la regulación de sanidad y seguridad laboral para proteger el bienestar físico

(especialmente reproductivo) de las mujeres y la amenaza recurrente de supresión de la seguridad social para las esposas que supuestamente no la necesitan en esta edad de oro de la emancipación femenina.

Evidentemente, ninguna mujer puede estar en contra de la igualdad con el hombre. Pero si vamos en serio con la *igualdad* no podemos conformarnos con un pronunciamiento *formal* del gobierno, ni podemos aceptar que la igualdad solo llegue hasta la «igualdad laboral» y la «igualdad salarial por trabajos comparables» mientras nuestra jornada laboral siga incluyendo todo el trabajo que hacemos en casa y ese *trabajo siga sin remunerarse*. Convertir la ERA en el objetivo principal y casi exclusivo del movimiento de las mujeres significa también asumir que a las feministas no les interesa de verdad cambiar la sociedad. ¿Los hombres están liberados? ¿La revolución feminista solo consiste en trabajar en la mina o en la cadena de montaje? Podemos aceptar trabajar en la mina porque pagan 10 dólares por hora, pero ¿lo único que podemos esperar es la igualdad de la neumocosis? El movimiento feminista ¿no debería abrir el paso a distintas alternativas para hombres y mujeres?

El aspecto más dañino de esta estrategia feminista ha sido la desmovilización del propio movimiento de las mujeres. El movimiento de las mujeres nunca ha hecho pancartas que reclamaran *liberar de trabajo el tiempo de las mujeres*, a pesar de que la única condición para poder impulsar nuestra lucha era tener tiempo libre. Por el contrario, nos dijeron que solo podríamos provocar un cambio real si entrábamos en el mercado laboral. Pero en cuanto empezamos a trabajar fuera, básicamente por necesidad, y creció nuestra carga de trabajo, se redujo nuestra capacidad para luchar por nuestra liberación. Mientras tanto, el movimiento de las mujeres se escindió en grupos que se ocupaban de temas aislados —aborto, atención infantil, maltrato de esposas e hijos— lo que oscureció el análisis integral del «derecho a la vida» y el «derecho a elegir» de las mujeres.

[en la pancarta]: MADRES (y demás) CONTRA EL SERVICIO MILITAR – Great Neck N.Y.

El aborto de la izquierda

Resulta evidente que el movimiento provida y profamilia tiene un papel central en el ataque de la derecha a las mujeres y a toda la clase obrera. Si es así, ¿por qué se debate tanto sobre el aborto en la izquierda? ¿Se puede considerar una simple maniobra defensiva ante el repunte de la derecha? En realidad, este debate es coherente con las posturas adoptadas por la izquierda durante la década de los setenta. El ambiguo apoyo de la izquierda a la causa feminista es más evidente ahora, cuando con su claro oportunismo está haciendo del aborto un tabú.

Por una parte, tenemos a los marxistas-leninistas que evitan la cuestión del aborto y, en general, las cuestiones «de mujeres» porque alienan a la clase trabajadora (masculina). Ese tipo de análisis, por mucho que hablen de la importancia del movimiento de las mujeres, relegan las cuestiones sexuales y familiares a la categoría de cultura y mantienen la primacía de asuntos económicos definidos

de manera restringida. Aunque algunos han apoyado la oposición a la enmienda de Hyde¹ (porque tiene como blanco a los pobres y es una «cuestión económica válida»), nunca han apoyado el aborto *per se*.

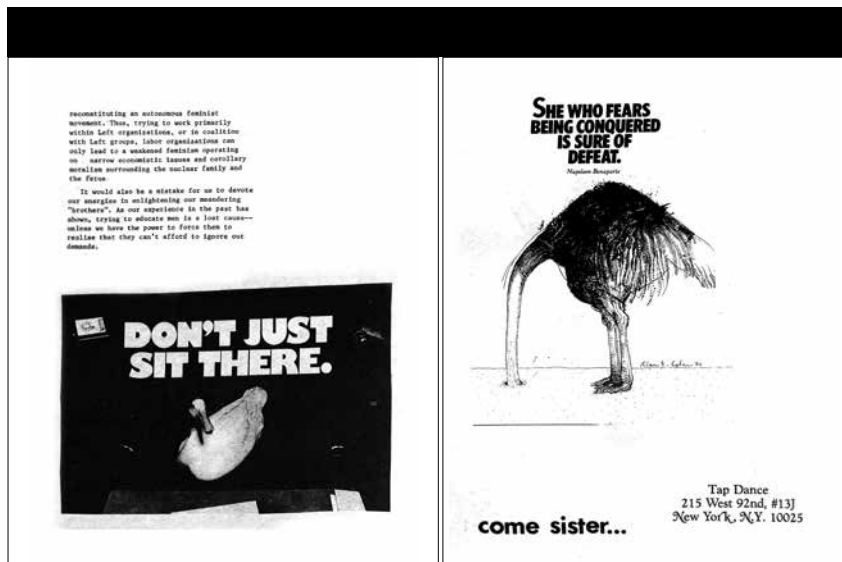
Los socialdemócratas, más convencionales, también han limitado su interés por los asuntos feministas a conseguir un apoyo masivo para su programa de «igualdad económica». Ambos se niegan a reconocer que la lucha feminista en cuestiones como el cuidado de los hijos o el radicalismo sexual es importante por sí misma. Estos fueron los primeros temas en ser descartados en el cambio de tendencia general hacia las *cuestiones de «estilo de vida»* de los años sesenta y setenta, ya que en realidad constituían formas de crítica del capitalismo y de la propia izquierda, y ahora se redefinen y se consideran ineficaces y «poco serios» en los años ochenta. Además, no se está combatiendo la táctica de la derecha de definir a las mujeres como procreadoras / cuidadoras del hogar y restringir nuestra libertad sexual, que forma parte de una política general orientada a reforzar el control del Estado sobre todas las esferas de nuestra vida.

En cuanto a aquellos que se oponen abiertamente al aborto, nos enfrentamos a las quejas humanistas del movimiento pacifista y antinuclear. Dicen que «¿cómo podemos oponernos a que la contaminación nuclear destruya nuestras vidas y estar a la vez a favor del aborto?».

Que los antinucleares abracen de este modo la ideología provida demuestra la escasa profundidad de este movimiento. Se basan en una definición biológica de la vida muy restrictiva, cuyo carácter universal renuncia toda distinción de clase y problemática de explotación como si la vida solo estuviese en juego cuando hay aviso de bomba. De este modo, impulsados por la «cercanía a la naturaleza» de la Madre Tierra, han reforzado la definición de la mujer basada en su función biológica. En esta imagen especular desde la izquierda del movimiento provida, respaldada por figuras respetadas como Daniel Berrigan y Dick Gregory, la «vida» parece en cierto modo irrelevante, porque su defensa se disocia completamente de la cuestión de quién controla nuestra vida y cómo la vivimos en realidad.

Dado que ha sido un movimiento feminista fuerte y autónomo el que ha desplazado a la izquierda al lugar apartado en el que está ahora y como obviamente ahora, en su ausencia, la izquierda es incapaz de ver la enorme importancia de estas cuestiones, parece igualmente evidente que cualquier estrategia feminista que se quiera desarrollar en los años ochenta tendrá que incluir sin lugar a dudas la reconstrucción y reconstitución de un movimiento feminista autónomo, ya que, al intentar trabajar fundamentalmente desde organizaciones de izquierda o en coalición con colectivos de izquierdas, los sindicatos y organizaciones afines solo pueden originar un feminismo debilitado, centrado exclusivamente en temas económicos muy restringidos y, en definitiva, en las cuestiones morales concernientes a la familia nuclear y al feto

¹ Disposición legal para prohibir el uso de fondos federales para el aborto excepto cuando la vida de la mujer corra peligro o el embarazo sea fruto de incesto o violación [N. de la T.].



Dedicar nuestra energía a iluminar a nuestros despistados «hermanos» también sería un error por nuestra parte. Como nos ha demostrado la experiencia, intentar educar a los hombres es una causa perdida, a no ser que tengamos el poder de obligarlos a darse cuenta de que no se pueden permitir ignorar nuestras exigencias.

[FOTO]: NO TE QUEDES AHÍ SENTADA.

LA QUE TEME SER CONQUISTADA TIENE ASEGURADA LA DERROTA. Napoleón Bonaparte

ven, hermana...

Tap Dance

215 West 92nd, #13J - Nueva York, N.Y. 10025

Anexo 3.

Los primeros tiempos del movimiento italiano

Días festivos para la lucha (1974)

Este ensayo narra el comienzo de la planificación y divulgación de la campaña del Comité de Salario para el Trabajo Doméstico de Triveneto. Escrito de manera colectiva y anónima por integrantes del Comitato Triveneto per il Salario al Lavoro Domestico, fue traducido por Silvia Federici y publicado por primera vez en inglés en «Women in Struggle, n. 3, Italy Now» [Mujeres en lucha, núm., 3 La Italia de hoy], un panfleto distribuido por los



Marcha del Salario al Lavoro Domestico / colectivos de WFH de la región de Mestre, Venecia, en torno a 1975.

grupos de WFH de Toronto, Nueva York y Londres en torno al año 1975. Es un texto escrito de prisa, un relato de la organización en primera persona. Para esta publicación, las editoras han realizado alguna ligera corrección a la traducción original de Silvia Federici y han añadido notas explicativas a pie de texto cuando han considerado necesario aclarar determinadas referencias al lector.

El 10 de marzo de 1974, la plaza Ferretto,¹ que parecía estar eternamente consagrada al «movimiento obrero», concebido como el movimiento de los hombres obreros, se llenó por primera vez de trabajadoras del hogar y de fábrica: mujeres unidas contra su explotación común, en el hogar y fuera de él.

Desde hacía varios meses, desde el otoño de 1973, el Comité por el Salario para el Trabajo Doméstico de Triveneto estaba estableciendo una red de contactos, sobre todo en la zona de Venecia, entre grupos de mujeres que hasta ese momento habían sido divididas a conciencia por las organizaciones tradicionales: al principio, por los sindicatos y los partidos; más adelante, los grupos extraparlamentarios siguieron el camino trillado.

Precisamente porque empezamos por identificar el trabajo doméstico como el primer eslabón de la cadena de explotación que esclaviza a todas las mujeres y permite al capital discriminar a las mujeres en el trabajo, el comité fue capaz de encontrar el camino correcto. Esto quiere decir que el comité intentó construir canales de comunicación política entre todas las mujeres y, por lo tanto, intentó dar oportunidad a que todas nosotras pudiésemos tener más poder político, de modo que las mujeres que ya estaban en posiciones más fuertes pudiesen dar poder a las que estaban

¹ La Piazza Erminio Ferretto es la principal piazza pública de Mestre, el sector más poblado de la parte de la ciudad de Venecia que está en tierra firme. Igual que Turín es conocido por la industria automovilística, Mestre es uno de los principales polos de la industria química en Italia y en la década de los setenta la clase obrera local estaba muy organizada. Muchos integrantes de la izquierda extraparlamentaria radicada en Padua colaboraban en la movilización con los trabajadores de la industria química de la zona [N. de las E].

en posiciones más débiles. Pero si esta unión iba a basarse en la simple solidaridad ideológica y carecía de auténticas raíces, tenía que basarse en el reconocimiento de nuestra explotación común: el trabajo doméstico.

Nadie había elegido este camino antes. De hecho, los políticos, los supuestos izquierdistas, los sindicalistas y las «comisiones de la mujer» de los partidos y los (presuntos) colectivos de izquierda, todos ellos han partido de la premisa de que la mujer no era relevante para sus programas. Por eso, todos estaban convencidos de que no había necesidad de hacer un análisis específico de la situación de la mujer. Nunca se le pasó a nadie por la mente que la mujer es la fuerza de trabajo que se consume en el proceso de producir y reproducir la fuerza de trabajo remunerada, y eso que este proceso productivo inicial es bien conocido porque todo el mundo lo ha vivido.



355

Documentos 1 y 2 del apéndice (en esta página) 8 Marzo 1974 fue una serie de folletos publicados por el Comité de Salario para el Trabajo Doméstico de Triveneto entre los años 1974 y 1978, en los que trataban temas feministas como el aborto, la reproducción y la movilización por el salario para el trabajo doméstico. Sobre estas líneas incluimos un póster insertado en el folleto.

Todos partían de la apariencia capitalista y, por lo tanto, siempre consideraban a la mujer exclusivamente como el apéndice de otro. Como apéndices, básicamente consideraban a las mujeres divididas entre madres, esposas, hermanas, prometidas, solteras, etc. No veían la base sobre la que se fundaba esa división. Por el contrario, nosotras las mujeres la habíamos visto de manera muy clara e identificamos su denominador común en el trabajo doméstico, puesto que cada uno de estos roles se basa en una *cantidad y calidad determinadas de trabajo doméstico* que las mujeres tenemos que hacer en el hogar. La mujer debe realizar para su marido no solo la máxima cantidad de trabajo doméstico, sino también todos los deberes que implica el trabajo doméstico, incluido hacer el amor. No se espera de una hermana que realice este servicio para su hermano, del mismo modo que se espera que realice una cantidad de trabajo doméstico muy inferior a la que se espera de la esposa respecto a su marido, o de la madre respecto a sus hijos. Así que los roles a los que corresponde la mayor productividad de trabajo doméstico son por lo general los de esposa y madre. Encima, estos roles coinciden de forma generalizada, porque ser esposa suele significar ser madre también. Por lo tanto, *aquella mujer que es esposa y madre* (además de hermana, hija, etc.) representa el máximo nivel de productividad de trabajo doméstico. Pero aquellas que ahora son hermanas, hijas, prometidas, etc., mañana serán esposas y madres, porque el ciclo del trabajo doméstico está determinado de tal modo que requiere ciertos roles durante el periodo de formación intensiva (hija, hermana, prometida, etc.) y otros roles durante el periodo de máxima productividad (esposa y madre). La mujer que se niega a seguir el ciclo del trabajo doméstico, y por lo tanto se niega a garantizar su consumo como fuerza de trabajo al nivel más productivo, está en una división aparte del resto de mujeres. Esa mujer que aunque sea esposa no quiere tener hijos, o la que no quiere ser esposa aunque tenga hijos, o la que no quiere ser ni esposa ni madre. El capital también mistifica esas divisiones con juicios morales e ideológicos. Pero, en realidad, están determinadas por la baja productividad del trabajo doméstico.

356

Resulta evidente, entonces, que el primer rango de división se basa en los distintos *niveles de productividad del trabajo doméstico* que se nos ha impuesto a las mujeres. El hecho de que nunca se haya cuestionado esa división contribuyó a organizar una jerarquía capitalista entre las mujeres que se basaba en la mayor o menor productividad de su trabajo,

en efecto, el trabajo doméstico. Además, como esposas (madres, hijas, hermanas, etc.) las mujeres eran definidas como *proletarias* si el salario masculino que las gobernaba era de un proletario o *burguesas* si el salario que las gobernaba era el de un burgués. Nadie observó que en cualquier caso las mujeres no tenían dinero propio a su alcance obtenido por ese trabajo, común a todas ellas, y que eso básicamente determinaba una falta de poder para todas nosotras.

Como siempre se las ha definido en función del nivel de poder (o falta de poder) de un hombre, las mujeres han estado sujetas a la división impuesta por el erróneo análisis, objetivos y estrategia política de la izquierda. Estaban divididas no solo en función de la clase a la que «el hombre» pertenecía, sino también en función de las jerarquías de poder a las que «el hombre» estaba sometido dentro de su propia clase.

Si nosotras, por el contrario, definimos a la mujer precisamente a partir de su *trabajo*, tenemos que asumir que todas las mujeres que hacen trabajo doméstico de forma generalizada y ven consumirse su fuerza de trabajo en el proceso de producción y reproducción de fuerza de trabajo son *trabajadoras*: trabajadoras de la casa. Son trabajadoras sin un salario propio, pero son trabajadoras. El hecho de que las mujeres sean trabajadoras no asalariadas de manera generalizada ha determinado una falta de poder tan radical en la mujer de clase obrera que también llega a determinar la falta de poder de la mujer burguesa. La esposa de un hombre poderoso, por ejemplo, ciertamente disfruta del poder que se refleja a través de su esposo, pero ella misma no es poderosa. La esposa de un hombre con poco poder tiene poco poder porque su marido tiene poco poder, pero a ese poco poder ella añade su propia falta de poder. Existe una condición de debilidad común a todas las mujeres, una falta de poder propio que podría constituir el interés común para la lucha de todas nosotras.

Junto a este rango de división, se estaban postulando y fijando otros. Algunas nunca se habían puesto sobre el papel (habría sido demasiado) pero siempre se habían dicho y pensado. Eran la división «linda-fea», basada en la «estética», y la división entre «santas» y «prostitutas», basada en juicios morales. Vale la pena señalar que la máxima productividad del trabajo doméstico ha sido objeto de juicios morales positivos (la mujer

que se desloma trabajando es una santa), mientras que el rechazo y la rebelión contra el trabajo doméstico siempre ha sido objeto de juicios morales negativos (la mujer que no cumple con su «deber» no es buena).

En cambio, sí se ha escrito y teorizado sobre otras divisiones. Partiendo siempre de la definición de la mujer como esposa, madre o hija, vista como un apéndice para todo y para todos más que como trabajadora del hogar, también se ha dividido a las mujeres entre «no trabajadoras» (el ama de casa) y «trabajadoras» (la mujer que tiene un trabajo adicional fuera de casa). Y estas, a su vez, entre las que tienen un trabajo «respetable» —el de las obreras fabriles, empleadas, dependientas— y las que tienen un trabajo «sucio» —el de las prostitutas—. Estos subrangos de división se basan en el hecho de que el trabajo doméstico no es reconocido como un trabajo, lo que les impedía ver que el trabajo doméstico es el fundamento de la explotación común tanto al ama de casa como a la mujer que además trabaja fuera de casa, y que *la prostitución no es más que trabajo doméstico socializado. Hacer el amor es trabajo doméstico.*

La izquierda siempre se ha aproximado a la mujer partiendo de las divisiones de poder creadas por el capital, asumiéndolas como «naturales» y por lo tanto «inevitables» o, aún peor, «consecuencia del atraso» de las propias mujeres, que por eso mismo merecen estar subordinadas. De este modo reforzaron las divisiones y crearon un sentimiento de culpa en las mujeres a las que no les haya ido muy bien en la carrera hacia la «emancipación» —un problema que comparten todas las «amas de casa»—. Así que estas organizaciones políticas tendieron a reforzar las divisiones objetivas creadas por el capital, en lugar de destruirlas, así como las consiguientes diferencias de poder entre las mujeres. De cualquier modo, resulta interesante aclarar, de una vez por todas, que esta es la relación que la así llamada «izquierda» ha establecido siempre, no solo con las mujeres, sino con toda la clase obrera. Sin embargo, en el caso de las mujeres esta relación ha sido particularmente dañina porque, al ignorar al «ama de casa» por ser «demasiado débil», «no organizable», «demasiado atrasada» o incluso «inexistente como trabajadora», estas fuerzas políticas han privado a la mujer de toda posibilidad de una organización de masas. Como sabemos bien, todas las mujeres somos, en efecto, fundamentalmente «amas de casa», es decir, «trabajadoras en la casa». Y el trabajo doméstico es «el primer y único frente» en el que todas nos encontramos y que determina todos los aspectos de nuestra vida.

Como nadie ha partido nunca de esta postura, nadie ha intentado nunca construir una continuidad organizativa entre la mujer que trabaja en la casa y la mujer que además trabaja fuera de la casa. Con el objetivo de mantener las divisiones intactas, la izquierda ni siquiera ha intentado crear un vínculo organizativo entre la mujer que trabaja en la gran industria y la que trabaja en la pequeña industria, la que trabaja en el campo y la que trabaja en la ciudad, la mujer que tiene que aceptar tener un telar en su casa y la que tiene que salir corriendo para operar una máquina textil en la fábrica.

Nosotras, las mujeres del comité, partimos precisamente del lado contrario, al considerar que hay que destruir las divisiones de poder creadas por el capital. Evidentemente, esto no significa –como a algunos les gustaría creer– ceder el poder que algunas de nosotras ya le hemos arrebatado al capital. Por el contrario, significa para todas las mujeres, y por lo tanto para toda la clase obrera, conseguir el máximo poder contra el capital.

Marcha de Salario al Lavoro Domestico / grupos de WFH en la región de Mestre, Venecia, en torno a 1975.



Nosotras, como mujeres, solo podemos alcanzar este aumento de poder si nos organizamos, empezando por el frente de batalla en el que estamos todas: el trabajo doméstico. Solo así será posible, siempre y en todas partes, *negociar sobre la totalidad del trabajo que hacemos*. El trabajo doméstico en primer lugar y, además de este, los empleos secundarios en los que trabajamos. De este modo podremos negociar sobre el *salario completo*, la jornada laboral completa y las condiciones materiales de nuestra vida. En pocas palabras: negociar *nuestro poder social* fundado sobre estas.

Si esta es nuestra perspectiva, ¿qué haríamos en la práctica para desarrollarla en el aspecto organizativo? En cuanto nos enfrentamos a este problema se hizo evidente que teníamos que acabar con el aislamiento de las luchas de las mujeres. Teníamos que acabar con el aislamiento de las cuatro paredes del hogar, pero también con el que crean los muros invisibles: aquellos que impiden que las mujeres que luchan en la fábrica puedan ver a las que luchan en casa; que las mujeres que luchan por tener guarderías en un barrio puedan ver a las que luchan por lo mismo en otro barrio; el aislamiento que provoca que la mujer que entra en la consulta de un médico no sepa que, del mismo modo que la tratan a ella, así es como tratan a todas las mujeres que están esperando fuera y a todas las mujeres que acuden al hospital y, por lo tanto, no sabe que su rebelión se puede sumar a la de otras.

Vamos a decirlo otra vez: el aislamiento de nuestra lucha es consecuencia directa del hecho de que todas las así llamadas fuerzas políticas solo han querido ver aspectos parciales de la explotación y la opresión de las mujeres y de ese modo han construido un muro de silencio que rodea cada «parte» o «aspecto» que no tengan interés en reconocer. Nuestro punto de vista y nuestro planteamiento –tenemos que negociar directamente sobre la totalidad de nuestra explotación– nos dio una nueva posibilidad de pensar en un momento de movilización común a *todas* las mujeres y, por lo tanto, la primera oportunidad de acabar con las divisiones y el aislamiento.

¿Cómo pensábamos desarrollar este movimiento? Nosotras, las mujeres del comité, como la mayoría de las demás mujeres, disponíamos de poco tiempo y dinero para el «trabajo político», es decir, para construir una red organizativa que diese más poder a todas las mujeres y, por lo

tanto, a nosotras. Aún así, comenzamos a pensar en los elementos de la campaña de manera estratégica. Era crucial elegir la ubicación de nuestro centro en Padua. No solo necesitábamos estar preparadas para viajar y asistir a reuniones, organizar debates o establecer contacto con mujeres de otras ciudades y pueblos. También era fundamental que las mujeres nos pudiesen encontrar fácilmente. Sabíamos que muy pocas mujeres tenían coche, así que elegimos un centro cercano a la estación de autobuses y a la de trenes, lo cual terminó resultando de lo más práctico. Muchas mujeres, algunas de las cuales vivían en barrios alejados del centro de la ciudad, podían ir y venir durante la tarde sin que nadie de su familia se enterara de su ausencia e interfiriera. El centro abría regularmente varios días a la semana y en él respondíamos a las preguntas de las mujeres que acudían, les dábamos información y les ofrecíamos material de lectura y una oportunidad para hablar con otras mujeres. En seguida se convirtió en la sede de una serie de asambleas a las que acudían cada vez más mujeres, conforme nuestra red de contactos crecía. Anunciábamos en la prensa y en todos los medios a nuestro alcance la dirección y horarios de apertura del local. Las mujeres del comité hacían turnos para asistir a las reuniones y viajar para difundir la campaña entre las mujeres.

Al principio, la función que cumplíamos era la de contactar con el mayor número posible de mujeres. ¿Cuál era nuestro objetivo inmediato? Tomar las calles juntas por primera vez y reivindicar lo único que nos podía unir a todas y que de este modo nos otorgaría un poder renovado para negociar todo lo demás: *un salario para el trabajo doméstico*. Este era nuestro objetivo inmediato pero, ¿y después qué? Saldremos mil veces a la calle, todas juntas, reivindicaremos siempre lo mismo hasta que no seamos miles, sino millones. Porque mientras nosotras nos movilizamos en Italia por esta reivindicación, nuestras hermanas también se están movilizandando por lo mismo en todos los países. No tendremos que esperar mucho hasta que lleguemos a ser millones.

Hasta que la unificación de las mujeres no sea lo bastante amplia, lo bastante fuerte, hasta que no hayamos salido juntas a las calles muchas veces, no tendremos ni idea de dónde concentrar nuestros esfuerzos organizativos, dónde hará más daño nuestro ataque, dónde somos más fuertes y con qué formas de lucha. Montar la primera manifestación por el salario para el trabajo doméstico (la manifestación del 10 de marzo) ha supuesto el establecimiento de una base organizativa para *el creciente*

rechazo al trabajo doméstico que sienten todas las mujeres y que expresan mediante rebeliones más o menos explícitas. Las mujeres pagamos un alto precio por este rechazo. Los hombres bloquean nuestra lucha, nos chantajejan, nos pegan, nos matan. Es terrorífico ver escrito en los periódicos que un hombre ha matado a su mujer porque «se negaba a hacer las tareas del hogar», como ha ocurrido durante los últimos meses.

Ya son muchas las horas que no hemos dedicado al trabajo doméstico –sean cuales sean las consecuencias–. Aquí, en Veneto, esas horas se han dedicado a escribir documentos, celebrar reuniones, hacer boletines con información sobre nuestra lucha, viajar, hacer fotografías, filmar películas, cantar canciones, en pocas palabras, a preparar la manifestación del 10 de marzo. Esta era y sigue siendo la fase de la *huelga subterránea*, la fase de la expansión del rechazo al trabajo doméstico. La próxima vez, en la primavera de 1975, será una huelga abierta. Todavía no será una huelga nacional, sino una huelga realizada por una red de mujeres como ningún sindicato o partido ha conseguido organizar jamás. Una huelga organizada por una red que supera las divisiones objetivas creadas por el capital.

En la plaza, dijimos: «Hoy inauguramos la campaña por el salario para el trabajo doméstico». Si hubiésemos seguido explicando a qué nos referíamos con esa campaña, seguramente lo único que habría dicho cualquiera de nosotras es que necesitábamos seguir multiplicando lo que habíamos hecho hasta el momento: conseguir que se uniesen a la campaña muchas más mujeres que las que habían venido a la plaza aquel día. Pero precisamente porque habíamos creado esa primera ocasión, después estaba mucho más claro lo que significaba montar una campaña por el salario para el trabajo doméstico, para nosotras y para las mujeres que participaron en la manifestación. Y esto es precisamente lo que hay que recalcar: el 10 de marzo propició un salto en la capacidad organizativa de todas las mujeres que participaron en él. Las mujeres mayores vieron a las jóvenes a su lado, las mujeres con hijos se unieron a las que no los tenían, las obreras de las fábricas a las dependientas, las estudiantes conocieron a las mujeres que trabajaban a destajo en casa. Dicho en pocas palabras: cada mujer pudo conocer la situación de otras mujeres. Además, a través de nuestros discursos y de las intervenciones de cada una de nosotras, que quizá era la primera vez que hablábamos en público, la interdependencia de cada aspecto de nuestra condición como

mujeres salió a la luz. Precisamente por esto, una vez en casa cada mujer había adquirido el poder de mirar con ojos nuevos su medio vital, descubrir los lazos que las ataban a otras mujeres, y de este modo conseguimos pensar con ellas en la posibilidad de crear una red organizativa.

Evidentemente, incluso antes de la campaña muchas de nosotras estábamos involucradas en el activismo. Participamos en las primeras luchas por las guarderías y los precios, por la situación de los barrios, por las reducciones de alquiler, contra la discriminación salarial, y en la defensa o a la búsqueda de empleo. Pero también conocíamos la sensación de desgaste y debilidad que generaba mantener esas luchas, luchas por las que pagábamos un precio más elevado que el resto y que no nos aseguraban ninguna clase de *poder como mujeres* ni la posibilidad de establecer una organización permanente, basada en *nuestros intereses* y controlada por *nosotras*.

Este 10 de marzo nos hemos dado a nosotras mismas una nueva perspectiva. Esta perspectiva, el salario para el trabajo doméstico, nos ha dado por primera vez la *posibilidad de una movilización masiva*, porque, como insistimos en todos nuestros discursos, «el trabajo doméstico no solo exige todo de nosotras, también es el trabajo que determina el resto de los aspectos de nuestra vida». Por esta razón esta perspectiva no solo nos ha abierto la posibilidad de una movilización masiva, sino también la de una organización *permanente*. De hecho, si la lucha por las guarderías termina cuando tomamos el centro infantil, la lucha por el salario doméstico solo termina cuando acabamos con el trabajo doméstico en sí mismo. Incluso ponernos los rulos el sábado por la mañana (porque una dependienta tiene que llevar un peinado bonito) es trabajo doméstico que hacemos para nuestros jefes. Si fuésemos individuos libres, nos pondríamos los rulos o no y nuestra elección solo estaría guiada por nuestro gusto, no por el de otra persona, no porque nuestro jefe necesite una dependienta modelo para atraer más clientes. Y este solo es un ejemplo entre miles. Lo mismo se puede decir de todo lo que hacemos para reproducir nuestra mente y nuestro cuerpo. Un compañero de las Indias Occidentales, quien había intuido la naturaleza del trabajo doméstico gracias a las enseñanzas de las mujeres, comenzaba a visualizar mejor la totalidad de nuestra «jornada de trabajo» y comentó: «Bueno, quienes están gobernados por el capital nunca fichan la salida». Lavarnos los dientes es trabajo doméstico, pintarse los labios es trabajo doméstico, hacer el amor

es trabajo doméstico, dormir es trabajo doméstico, y no importa que además nos guste dormir, porque el hecho de que durmamos garantiza la existencia del capital.

Nuestra perspectiva es que, mientras nos venga mandado, se nos debería pagar por todo. Nos deberían pagar por que nos lavemos los dientes, nos pongamos lápiz labial y nos vayamos pronto a dormir para que podamos madrugar por la mañana. Si quieren imponernos todo eso, significa que se benefician de ello. Así que *mientras nos estén obligando a hacer algo, estarán siempre en deuda con nosotras, sea cual sea el nivel salarial que hayamos alcanzado*. No hace falta decir que nuestra lucha por el salario para el trabajo doméstico no culmina cuando consigamos que nos paguen un determinado nivel salarial, sino con la destrucción de su dominio sobre nosotras y su capacidad de hacernos trabajar. Es decir, con la destrucción de toda relación de clase, con el fin de los jefes, de los trabajadores, del hogar y de la fábrica y, por lo tanto, con el fin del obrero también.

¿Y qué pasa con nuestra reproducción? Respondemos sin dilación que ya no precisará más trabajo doméstico. El trabajo doméstico dejará de existir, igual que dejará de existir cualquier forma de trabajo forzado. A la vista de nuestras posibilidades tecnológicas y del ritmo de innovación tecnológica actual, tenemos a nuestro alcance cualquier solución posible. Pero será siempre con una condición: que rompamos las relaciones de clase que nos impiden disfrutar de los beneficios de esa innovación. Solo si nuestro tiempo no está gobernado por otros, solo si nuestro espacio no está confinado por otros, seremos capaces de desarrollar nuestras capacidades plenamente: la capacidad de entender, de inventar, de actuar y de construir unas relaciones sociales totalmente diferentes.

Hemos comentado antes que la perspectiva política expresada a través del 10 de marzo nos ha demostrado a todas de manera palpable que era posible crear una organización *permanente*. Las raíces de esta organización que hemos empezado a construir surgían de las luchas cotidianas de las mujeres, pero esta vez se habían liberado de la montaña de escombros de la tradición masculina que siempre las había sofocado. Solo una interpretación masculina de las luchas de las mujeres podía considerar que cuando luchábamos por el precio de un bife lo hacíamos porque nos interesaba defender el sueldo del hombre, no porque nos interesara tener

nuestro propio sueldo y poder permitirnos comprar un bife. Lo mismo pasa con la lucha por la vivienda. Según la interpretación masculina, se consideraba que la lucha de las mujeres por la vivienda culminaría cuando se asignara la vivienda al «cabeza de familia» y no se podía ni imaginar que una mujer pudiera aspirar a tener su propia casa, independientemente de si era la reproductora de toda una familia: una casa en la que pudiese vivir sola, con una amiga, con un niño o con un hombre, pero no necesariamente con un hombre.

Podemos afirmar sin temor a equivocarnos que todas las luchas por los precios y la vivienda respondían en primer lugar a la necesidad de autonomía de todas las mujeres, la necesidad de tener dinero propio, espacio propio y tiempo libre para sí mismas. Pero para que todos nuestros intereses, que se expresaban a través de estas y otras muchas luchas, emergieran por completo y tomaran una forma organizada, era necesario romper con la gestión masculina de la lucha de clases. Cuando, como mujeres, decidimos interpretar nuestras luchas *nosotras mismas y definir nuestros propios intereses nosotras mismas*, por primera vez fuimos capaces de fundamentar nuestra *autonomía* así como nuestra estrategia. De hecho, por primera vez pudimos ver la *totalidad* de nuestros intereses y, por lo tanto, intentamos desarrollar *todo nuestro poder movilizador* desde abajo. Es decir, un poder movilizador que representaría la totalidad de nuestros intereses.

Se trataba de una ruptura evidente con los hombres y sus organizaciones, precisamente porque los hombres y sus organizaciones, al interpretar nuestros intereses de forma limitada y distorsionada, nos habían impedido desarrollar una estrategia definitiva para oponernos a nuestra explotación. Y así nos habían confinado a la impotencia política, a la dependencia del capital y de la estrategia que el capital nos tiene preparada. La interpretación masculina nos había condenado a empezar por las ramas (el trabajo externo) y no por las raíces de nuestra explotación. Estábamos condenadas a negociar sobre intereses parciales (el empleo que complementaba el salario masculino para mantener a la familia) en lugar de negociar sobre lo que nos interesaba de verdad: tener sin dilación un sueldo propio, basado en el trabajo doméstico que hacemos todas, pero no para preservar a la familia, que se funda en nuestro trabajo no remunerado, sino para destruirla. Así, estábamos condenadas a luchar

desde una posición defensiva; nuestra lucha se restringía a impedir que el capital empeorara nuestra situación, en lugar de poder luchar para destruir nuestra explotación, como los hombres asalariados.

Nuestra falta de autonomía respecto a los hombres y a las organizaciones masculinas constituía una falta de autonomía respecto al capital. Significaba que estábamos condenadas. Vamos a decirlo otra vez: a depender del capital, a depender de las opciones que nos da el capital. Cuando decidimos interpretar nosotras mismas nuestras luchas y las necesidades que expresaban, fuimos capaces de idear una estrategia definitiva y, de este modo, *desarrollar en el aspecto organizativo nuestra autonomía respecto al capital.*

Debemos aclarar bien esta idea porque, hasta la fecha, ha habido una tendencia a restringir el significado de la autonomía feminista al hecho de que celebramos asambleas sin hombres. Hacer asambleas sin hombres ha sido una condición indispensable para construir una autonomía estratégica. Pero limitarnos a celebrar asambleas sin hombres y adoptar a la vez una estrategia masculina significa dejar entrar por la ventana lo que hemos sacado por la puerta. Y, de hecho, todas las organizaciones políticas y sus comisiones de la mujer están bajo nuestras ventanas. Como hemos comentado antes, solo la reivindicación del salario para el trabajo doméstico nos permite combatir nuestra explotación en su totalidad, porque nos permite negociar toda nuestra jornada laboral, la totalidad del salario que se nos debe por nuestro trabajo. Así que esta es la única reivindicación sobre la que podemos construir una estrategia definitiva y todos esos hombres y mujeres que están en contra quieren volver a entrar por nuestra ventana para desarmarnos. Si el movimiento de las mujeres respalda estas estrategias masculinas, significa que la izquierda ya ha vuelto a entrar por las ventanas de algunas secciones del movimiento feminista.

El 10 de marzo de 1974 fue el último y el más importante de los tres días en los que culminó el trabajo de movilización desarrollado durante muchos y largos meses. Fue el día en el que vimos los frutos de nuestra constante búsqueda de dinero: para viajar, para imprimir y distribuir 2.000 volantes y 6.000 carteles, para alquilar una sala de cine y un escenario con amplificadores en la plaza de la manifestación, para hacer copias e imprimir montañas de materiales cuya distribución durante los meses de preparación era esencial y para montar una exposición de fotografía que se instaló en la plaza durante los tres días de movilización.



Miembros de WFH con carteles que ilustran el trabajo doméstico durante una manifestación por el acceso al aborto realizada en Roma el 6 de diciembre de 1975.

Siempre teníamos un problema con el tiempo. Se lo robábamos a las noches, a los sábados y domingos. Muchas de nosotras robábamos tiempo «durante el trabajo», cuando mecanografiábamos clichés para imprimirlos mientras el jefe estaba en otra estancia en lugar de mecanografiar la correspondencia de la oficina, o nos reuníamos con nuestras hermanas mientras simulábamos venderles un suéter tras el mostrador de la tienda.

Tiempo y dinero. Ahora que nuestra lucha política ha dado comienzo, necesitamos todavía más tiempo y dinero. Nuestro poder, nuestra liberación dependían de cuánto tiempo le podíamos dedicar, cuánto dinero conseguíamos sacarle a alguien para preparar las herramientas necesarias para la lucha. El 10 de marzo también fue la *primera vez que comprobamos la capacidad de las herramientas que habíamos creado de facilitar una comunicación clara e inmediata entre todas las mujeres presentes.*

Por la mañana proyectamos dos películas feministas en la sala del cine Excelsior de la plaza Ferretto: «La lotta non é finita» y «L'aggettivo donna», producidas por el movimiento feminista de Roma. La primera película documentaba las manifestaciones feministas del 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer, de los años 1972 y 1973; la segunda documentaba la primera protesta pública por el aborto celebrada en Italia, así como la situación de las mujeres obligadas a trabajar en los mercados mayoristas, la lucha de las mujeres que ocuparon una fábrica en Roma, la carga, el cansancio y la monotonía del trabajo doméstico. La entrada era libre y vinieron muchas mujeres con sus hijos. Durante los intermedios de la proyección el grupo musical del comité interpretó algunas canciones compuestas por ellas y acompañadas por guitarras. Muchas de las asistentes empezaron a cantar y los niños se sumaron a su manera. Entraron muchos hombres para ver qué estaba ocurriendo. Fue la primera vez que vieron películas hechas por mujeres para las mujeres. La expresión de sus caras era de desconcierto y guardaban silencio.

Sin embargo también vinieron los clásicos compañeros «listos» que una vez más tenían lecciones que dar. En este caso fueron los militantes de Avanguardia Operaia, que vinieron a vendernos su propio panfleto sobre el aborto y nos dijeron «Al fin y al cabo, si han entendido algo es porque se los enseñó Lenin». Desde el escenario –para que nuestra respuesta llegara también hasta los oídos de todos sus aliados, esparcidos

por la plaza— les respondimos que «No, nada de lo que dijera Lenin sobre esto tenía sentido, y lo mismo pasa con Marx. El movimiento de las mujeres parte de un punto que ningún hombre ha alcanzado».²

Las escenas que mostraban estas películas no eran habituales: los cuerpos deformados de las ancianas, la policía cargando contra manifestantes feministas en Roma, mujeres que hablaban sobre las condiciones en las que tuvieron que abortar, todo ello contado sin ninguna clase de mistificación masculina. Pero aunque las imágenes eran inusuales para un cine, las mujeres presentes sí se reconocieron en ellas. Muchas comentaron: «Es exactamente así». Algunas preguntaban a otras mujeres —las que iban repartiendo volantes, pequeños panfletos y las letras de las canciones entre las filas de asientos— para qué se había organizado la jornada. Cuando escuchaban la respuesta, «Porque nos tienen que pagar por el trabajo doméstico», contestaban que eso era lo correcto, que era algo en lo que nunca habían pensado, aunque en muchas ocasiones decían con enojo «Trabajo tanto para nada».

Cuando terminó la proyección, era la hora de comer. Muchas mujeres volvieron corriendo a casa; los hombres, como es habitual, se quedaron por la plaza, mirando los carteles, las pancartas, las fotografías de la exposición y a las que seguíamos cantando, hablando con otras mujeres y gritando lemas. En ese momento, una de nosotras tomó el megáfono y empezó a gritarles: «Hombres, ¿dónde están sus esposas? Mujeres, vengan a la plaza a luchar. Hombres, vayan a casa a cocinar».

Hacia la una y media de la tarde la plaza se había quedado vacía y todo el mundo estaba en casa para la comida del domingo. Fue en ese momento cuando pudimos ver el maravilloso gusto con el que el Partido Comunista había llenado las paredes de carteles con flores para conmemorar el 8 de marzo.³ La escena recordaba a la «fiebre del narciso amarillo» de D'Annunzio,⁴ excepto porque en lugar de narcisos eran mimosas. Pero el

² Sus aliados eran: Lotta Continua, Manifesto, Quarta Internazionale, P.D.U.P. y Organizzazione Comunista, Circolo La Commune. Se habían concentrado con Avanguardia Operaia en el cine Marconi para farfullar sobre la «emancipación de la mujer» en una habitación llena de hombres [Nota del texto original].

³ El Partido Comunista italiano durante unos años repartió mimosas entre las mujeres por el Día Internacional de la Mujer [N. de las E].

⁴ Gabrielle D'Annunzio fue un poeta profascista que formó parte del movimiento

efecto fue el mismo: disparatado. Tan disparatado como las palabras que invitaban a las mujeres a «emanciparse» y «prestar ayuda» (a quién había que prestarla no quedaba claro) para salir de la crisis. Bueno, comentamos, menos mal que nuestros carteles son morados, si no, no se habrían podido distinguir. Y, menos mal que en nuestras imágenes mostrábamos un buen fajo de billetes, bien visible, en que la mano de una mujer, para que las mujeres entendiesen rápidamente que nosotras éramos del bando del dinero, no del bando del trabajo. Desde aquel día, el bando del trabajo ha enfatizado cada vez más su relación floral con la lucha de las mujeres.⁵

Sobre las tres de la tarde, la plaza empezó a llenarse de nuevo. Ese fue el tiempo que necesitaron las mujeres para alimentar a su familia y fregar los platos. Pero la noticia de que por la tarde en la plaza habría actos con canciones feministas y debates debió llegar muy lejos porque vimos que vinieron muchas mujeres mayores, quienes hojearon los boletines que ofrecíamos en los puestos y al menos leyeron algo de primera mano. Las más mayores, al escuchar nuestras canciones, sentían que también estábamos hablando de ellas. Asomadas a las ventanas (vimos a muchas de ellas), escucharon en nuestros discursos que hablábamos de ellas. «No solo se ríen de las mujeres con la pensión social, sino que además siguen trabajando en casa, siguen haciendo el trabajo doméstico hasta que se mueren». «Cuando nos hacemos mayores nos echan encima el rol de abuela, que significa que tenemos que criar también a nuestros nietos a cambio de nada, así nos tienen trabajando de madres hasta que nos morimos». «A la mujer le espera la menopausia. La menopausia podría recibir tratamiento, pero no, la mujer tiene que sufrir. Y son diez años

decadente. También fue periodista, dramaturgo y político. Sus ideas ultranacionalistas y su concepto de teatralidad política ejercieron una gran influencia en Mussolini [N. de las E].

⁵ En *Il Corriere Della Sera* (7 de noviembre de 1974, página 3) leímos una declaración de Rassinovic durante un encuentro celebrado en Monza para lanzar una campaña para recabar apoyo para el Partido Comunista de Brianza: «Si nos encontramos con una mujer en un coche mientras nos manifestamos, no solo le damos un volante de propaganda, también le damos una rosa». Hemos empezado a sospechar de la función de los claveles (el clavel rojo es uno de los símbolos más populares del Partido Comunista italiano) [Nota del original].

de nuestra vida los que nos quitan. Una mujer mayor no tiene derecho a amar, está discriminada sexualmente, no tiene derecho a recibir atención sexual. Solo tiene que ser abuela».

Por la tarde llegaron las mujeres que no habían podido venir por la mañana. Las mujeres que llegaron a la plaza del brazo de su marido durante el paseo dominical se encontraron con las mujeres que habían venido expresamente para la manifestación y habían dejado a sus maridos a muchos kilómetros de distancia. Se palpaba una tensión extraña. Las que seguían repartiendo panfletos vieron la mano extendida de un marido que quería ver de qué se trataba antes de dárselos a su mujer. Y la mujer no tenía el poder de decir «espera un momento, esto es para mí». La situación de las mujeres que paseaban del brazo de sus maridos empeoró cuando empezamos a hablar por el micrófono. Era evidente que a los maridos no les gustaba ni el tono ni el contenido de nuestros discursos porque se llevaron a sus mujeres a rastras, apretándolas por el brazo, haciendo caso omiso de las protestas de las que se querían quedar y escuchar lo que se decía.

Y por último, estaban los soldados de licencia, que estaban más que contentos de tener la oportunidad de hablar con tantas mujeres. Aparentemente interesados en lo que decíamos, algunos nos preguntaron qué queríamos. «Un salario para el trabajo doméstico», les dijimos, «por todo el trabajo que hacemos en casa, sin el cual el Estado no podría sobrevivir y por el que el Estado no nos quiere pagar». Las palabras «Estado» y «trabajo doméstico» provocaron un cambio de actitud inmediato en ellos, que pasaron de ser corteses a quedarse pensativos. Después de mirarse unos a otros y mirar un poco a su alrededor, y después de hablar entre ellos, vinieron a decirnos: «Tienen razón. Nosotros en el ejército también tenemos que lavar los platos y los baños. El Estado debería darnos un salario por este trabajo. Hasta ahora no habíamos entendido la carga que soportan nuestras madres».⁶

En la plaza se produjo una serie de episodios y comentarios que podrían estar señalando posibles rumbos políticos y el camino hacia una nueva unificación de la clase. Desde el «Tenemos que criar incluso a los

⁶ Esta anécdota se narra en un artículo de *L'Espresso*, redactado por un reportero especialmente atento [Nota del original].

nietos» de las mujeres mayores al «Tienen razón, a nosotros el Estado también nos tendría que pagar un salario» de los soldados, las horas, los años de trabajo doméstico que cada persona descubrió que había estado haciendo, se convirtieron en la «cosa» común contra la que los más diversos sectores de la clase expresaron una rebelión común.

Desde un grupo de obreros fabriles que estaban considerando por primera vez (porque era la primera vez que lo oían) la posibilidad de un salario para el trabajo doméstico, alguien dijo: «Muchas gracias, pero si de verdad diesen un salario por el trabajo doméstico todo el mundo se quedaría en casa». Otros no dijeron nada, se habían dado cuenta de que esto era algo grande, quizás lo más importante que habían escuchado en su vida, algo que pondría en crisis el «equilibrio mundial» y los «valores fundamentales», aunque no supieran cómo exactamente. Así que mientras algunos decían «Prefiero darle dinero a mi mujer yo mismo. Por Dios, no somos animales. No quiero que le falte de nada. Lo que es mío es suyo», otros se quedaban callados y pensativos.

El grupo de teatro del Comité WFH de Padua representa la pieza titulada *L'identità* durante la manifestación del 1º de mayo de 1975 en Mestre, Venecia.



Una mujer del Comité de Triveneto, esposa de uno de esos trabajadores, se sumó al debate. Explicó apasionadamente su punto de vista sobre los temas que se habían tratado y también sacó ideas a las que había estado dando vueltas durante mucho tiempo y que había tratado en el grupo. Comenzó dejando claro que no sería nada malo que los hombres decidieran hacer el trabajo doméstico cuando esté pagado. Y que si un hombre encuentra placentero darle dinero a su mujer, puede seguir haciéndolo aunque su mujer tenga su propio sueldo.

En un momento dado, al escuchar que todo el mundo estaba de acuerdo, algunos dijeron que les parecía bien que el Estado pagase un salario a las mujeres. Después de todo, con dos salarios en casa sería más fácil mantener la cabeza fuera del agua. De hecho, en caso de huelga, probablemente podrían arreglárselas mejor. Nos dijeron que se habían quedado impresionados por una frase que alguien había dicho en la plaza: «Jamás ha habido una huelga general. Cuando la mitad de la población trabaja en casa, en la cocina, mientras los demás hacen huelga, no es una huelga general». Le preguntaron cómo pensaba ella —cómo pensábamos nosotras— que llegaríamos a esa huelga general. En ese momento ella les dijo lo que había estado rumiando durante mucho tiempo y les contestó que para conseguirla ellos tendrían que estar dispuestos a cerrar las fábricas y unirse a nosotras en la plaza cuando decidiéramos hacer la próxima manifestación. Fue una propuesta política directa muy importante. Nuestra estrategia nos había permitido dar algunas directrices nuevas a los otros sectores de la clase.

El debate se centró entonces en «qué es el trabajo doméstico». Nuestras palabras hicieron que los hombres descubrieran, unos con sorpresa, otros con consternación, que ellos también hacían trabajo doméstico, aunque fuese mucho menos que las mujeres. Descubrieron que arreglar la pileta, cambiar las bombillas, etc. no eran pequeños favores que concedían a sus esposas a regañadientes, sino trabajo doméstico. Descubrieron que muchas de las actividades que hacían cotidianamente eran trabajo doméstico. También empezaron a ver una relación clara entre este trabajo doméstico y los desplazamientos hasta el trabajo. Ya habían luchado mucho para conseguir que se les pagase el desplazamiento como si fuese trabajo, pero ahora eran capaces de verlo de manera diferente. No se trataba solo de las horas consumidas para el jefe fuera de la fábrica (el tiempo de desplazamiento desde y hacia el trabajo), a estas horas había que

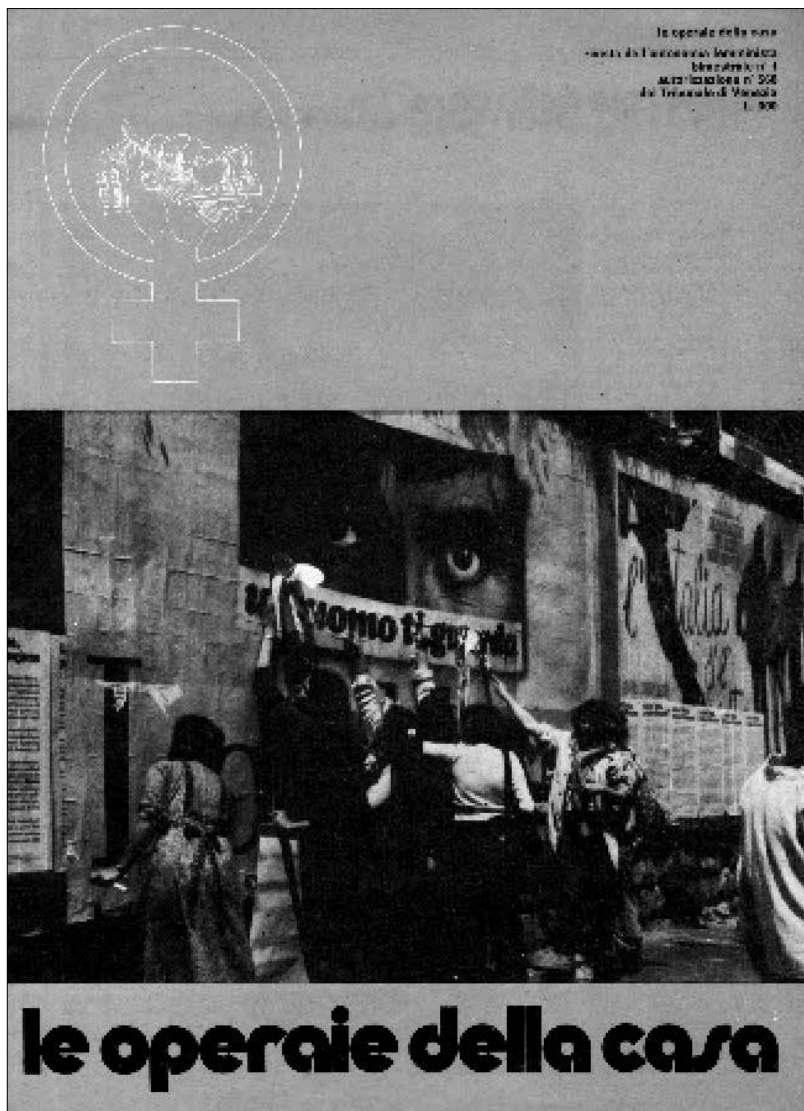
sumar muchas más. Y también pudieron identificar más claramente las deficiencias de su lucha sobre los desplazamientos al trabajo, deficiencias determinadas por las limitaciones de su objetivo, que a su vez limitaban la implicación de otros sectores de la clase obrera en esa lucha. Dependerá de nuestra fortaleza y nuestro nivel de organización que los temas que salieron durante este debate en la plaza el 10 de marzo se conviertan en un punto de inflexión de la teoría y la práctica revolucionaria de los hombres de clase obrera. Pero por ahora vamos a ver los efectos inmediatos sobre aquellos que estuvieron presentes.

Para empezar, los hombres empezaron a pensar en las horas de trabajo doméstico que hacen ellos y en la posibilidad de negociar a partir de este trabajo precisamente porque nosotras iniciamos la lucha sobre este aspecto. El hecho de que nosotras pretendiéramos negociar este trabajo no solo les hizo conscientes de la duración *real* de la jornada laboral, también les dio una posición de fuerza esencial para poder negociar.

Por primera vez, algunos hombres asalariados pensaron en unirse a nosotras a causa de nuestros objetivos (que, no por casualidad, también expresaban sus intereses de clase) en lugar de decirnos como siempre que nosotras tenemos que unirnos a ellos en sus objetivos, incluso aunque esos objetivos nunca hayan logrado expresar nuestros intereses.

Por primera vez, nuestra estrategia brindó la posibilidad de unificar la clase, algo que no tendría lugar a través de la represión de los sectores definidos como los más débiles –nosotras las mujeres en primer lugar–, sino que surgiría de nuestra organización autónoma como mujeres, que proporcionaría un nuevo nivel de poder a toda la clase en lugar de estratificar más el poder.

COMITÉ DE SALARIO PARA EL TRABAJO DOMÉSTICO DE TRIVENETO.



Documentos 3 y 4 del apéndice. Portadas de *le operaie della casa*, la revista que el Comité Salario para el Trabajo Doméstico de Triveneto comenzó a publicar en 1975. El último número salió en la primavera de 1977 bajo el título «Mille fiori sbocciano appassiti» [Miles de flores florecen marchitas] y en él se realizaba un análisis profundo y una crítica de la perspectiva y estrategias de la izquierda radical y el movimiento autónomo italiano.



376

le operaie della casa marsilio editori

La huelga general (1974)

El siguiente discurso fue pronunciado por Mariarosa Dalla Costa en la plaza Ferretto de Mestre durante la manifestación del 10 de marzo de 1974 que hemos narrado en el texto anterior. Este texto se publicó por primera vez en inglés en Suzie Fleming, Wendy Edmond (eds.) All Work and No Pay: Women, housework and the wages due, Bristol, Falling Wall Press, 1975.

Hoy, el movimiento feminista de Italia inaugura la campaña de Salario para el Trabajo Doméstico. Como han escuchado en las canciones, como han visto en la exposición de fotografías, como han leído en los carteles, son muchas las cuestiones que estamos planteando hoy: las condiciones bárbaras en las que tenemos que enfrentarnos al aborto, el sadismo al que nos vemos sometidas en las clínicas obstétricas y ginecológicas, nuestras condiciones de trabajo –fuera de casa, siempre tenemos peores condiciones laborales que los hombres y dentro de casa no tenemos salario–, el hecho de que los servicios sociales o son inexistentes o son tan malos que nos asusta dejar que nuestros hijos los usen, etcétera, etcétera.



Puede que algunas personas se estén preguntando ¿qué relación tiene la campaña que lanzamos hoy, la campaña por un Salario para el Trabajo Doméstico, con todas esas cosas que hemos planteado hoy, las cosas que hemos revelado y contra las que luchamos? ¿Todas esas cosas sobre las que hemos hablado, sobre las que hemos cantado, que hemos mostrado en la exposición y en las películas?

Creemos que la debilidad de todas las mujeres –esa debilidad que está detrás del hecho de que nos hayan tachado de la historia, detrás de que cuando salimos de casa nos tengamos que enfrentar a los trabajos más repugnantes, mal pagados e inseguros– esta debilidad se basa en el hecho de que todas nosotras, las mujeres, hagamos lo que hagamos, estamos hartas y cansadas desde primera hora por las trece horas de trabajo doméstico que nunca se nos reconocen, que nunca se nos pagan.

Y esta es la condición básica que obliga a las mujeres a darse por satisfechas con guarderías como Pagliuca, Celestini u OMNI (Pagliuca y Celestini, dos guarderías conocidas por su brutalidad, y OMNI, guarderías públicas escasamente equipadas y mal gestionadas). Esta debilidad nos obliga a pagar medio millón de liras por un aborto y esto, vamos a decirlo claro, es así en todas las ciudades y en todos los países –y encima corremos el riesgo de morir o de que nos metan en la cárcel–.

Todas hacemos trabajo doméstico. Eso es lo único que tenemos en común todas las mujeres, es el único lugar en el que podemos sumar nuestro poder, el poder de millones de mujeres.

No es casual que los reformistas de toda calaña hayan tenido el cuidado de eludir la idea de que nuestra movilización se fundamente en el trabajo doméstico. Siempre se han negado a reconocer que el trabajo doméstico es trabajo precisamente porque es el único trabajo que todas tenemos en común. Una cosa es enfrentarse a las doscientas o trescientas trabajadoras de una fábrica de zapatos y otra muy distinta hacerlo contra millones de amas de casa. Y dado que todas las obreras de las fábricas son además amas de casa, no hace falta decir qué supondría enfrentarse a esas doscientas o trescientas obreras unidas a millones de amas de casa.

Pero eso es lo que estamos poniendo sobre la mesa hoy, en esta plaza. Este es el primer paso para la movilización. Hemos decidido organizarnos para cuestionar todo el trabajo que hacemos y tener el poder de

millones de mujeres. Para nosotras, la demanda de un salario para el trabajo doméstico es una demanda directa de poder, porque el trabajo doméstico es lo que tenemos en común millones de mujeres.

Si los millones de mujeres que somos conseguimos organizarnos para reivindicar esta demanda –y ahora mismo ya hay bastantes de nosotras en esta plaza– podemos conseguir tanto poder que no necesitemos volver a estar en una posición de debilidad cuando salgamos de casa. Podemos conseguir nuevas condiciones laborales para el propio trabajo doméstico –si tengo mi propio dinero, incluso me puedo comprar un lavavajillas sin sentirme culpable y sin tener que rogárselo a mi marido durante meses, porque como él no lava los platos no lo considera necesario–.

Así que si tengo mi propio dinero, pagado directamente en mi mano, puedo cambiar las mismas condiciones del trabajo doméstico. E incluso podré decidir si quiero salir a trabajar. Si obtengo 120.000 liras por el trabajo del hogar, nunca me volveré a vender por 60.000 liras para trabajar en una fábrica textil, o de secretaria de alguien, o de taquillera o acomodadora en el cine. Del mismo modo, si ya tengo cierta cantidad de dinero en mis manos, si ya tengo conmigo el poder de millones de mujeres, podré exigir un nivel de calidad hasta ahora desconocido en los servicios, guarderías, comedores y todos esos servicios públicos que son indispensables para reducir la jornada de trabajo y permitirnos tener una vida social.

Queremos añadir algo. Durante mucho tiempo –de manera especialmente intensa durante los últimos diez años, pero digamos que siempre–, los hombres obreros han salido a luchar contra sus jornadas de trabajo y para exigir más dinero y siempre se han reunido en esta plaza.

379

En las fábricas de Porto Marghera se han hecho muchas huelgas, muchas luchas. Todas nos acordamos de las marchas de los hombres obreros que partieron de Porto Marghera, cruzaron el puente de Mestre y llegaron aquí, a esta plaza.

Pero vamos a dejarlo claro. Jamás ha habido una huelga general. Cuando la mitad de la población trabaja en casa, en la cocina, mientras los demás hacen huelga, no es una huelga general.

No hemos visto nunca una huelga general. Solo hemos visto a hombres, por lo general hombres de las grandes fábricas, que se han echado a la calle, mientras sus mujeres, hijas, hermanas y madres seguían trabajando en la cocina.

Hoy, en esta plaza, en esta presentación de nuestra movilización por el Salario para el Trabajo Doméstico, ponemos en la agenda nuestra jornada laboral, nuestras vacaciones, nuestras huelgas y nuestro dinero.

Cuando obtengamos un nivel de poder que nos permita reducir las trece horas, o más, que pasamos trabajando a ocho horas, o incluso menos, cuando además podamos hablar sobre nuestras vacaciones –porque no es ningún secreto que las mujeres nunca tenemos descanso, ni los domingos ni las temporadas de vacaciones–, entonces, quizás, podamos hablar por primera vez de una huelga «general» de la clase obrera.



Manifestación de Salario al Lavoro Domestico/grupos WFH de la región de Mestre, Venecia, en torno a 1975.

Materiales de Salario para el Trabajo Doméstico

Archivos

Archivo di Lotta Femminista per il salario al lavoro domestico. Este archivo fue donado por Mariarosa Dalla Costa a la Biblioteca civica di Padova, y contiene la mayor colección de materiales del movimiento italiano de Salario para el Trabajo Doméstico y de los primeros años del movimiento en distintos países. El archivo se sitúa en el Centro culturale Altinate / San Gaetano, Via Altinate 71, 35121 Padova. Para acceder a un inventario del archivo en línea, se puede visitar el sitio web de la biblioteca en <http://www.padovanet.it/informazione/biblioteca-civica>, hacer clic en la sección «Archivi» y después en «Archivio di Lotta Femminista per il salario al lavoro domestico». Teléfono 0039 049 820 4811. Correo electrónico: biblioteca.civica@comune.padova.it

Interference Archive de Brooklyn, Nueva York, es una organización dedicada a explorar la relación entre la producción cultural y los movimientos sociales. El archivo ofrece una colección de acceso libre, publicaciones, un centro de estudios y programas para el público que incluyen exposiciones, talleres, charlas y proyecciones. La colección cuenta con muchos de los panfletos, volantes y carteles del movimiento Salario para el Trabajo Doméstico. Se puede visitar su sitio web en <http://interferencearchive.org>

The Lesbian Herstory Archive de Brooklyn, Nueva York, preserva una de las colecciones más completas de materiales del movimiento de las mujeres. Este archivo y el movimiento de WfH de Nueva York tienen una larga relación, y en los años setenta albergó eventos de Black Women for Wages due Housework y el comité de Nueva York. Su página web se encuentra en <http://www.lesbianherstoryarchives.org>

Mayday Rooms de Londres es un repositorio de textos de movimientos sociales y un espacio para el activismo en cuya colección se pueden encontrar muchos de los primeros panfletos de Salario para el Trabajo Doméstico. Más información en <http://maydayrooms.org>

The Pembroke Center for Teaching and Research on Women de la Brown University contiene una donación de materiales de la colección personal de Silvia Federici que incluye muchos documentos de Salario para el Trabajo Doméstico. Su página web es <https://brown.edu/research/pembroke-center/>

The Texas Archives of Autonomist Marxism, recopilado por Harry Cleaver en la Texas University, Austin, cuenta con grandes recopilaciones de materiales de Salario para el Trabajo Doméstico y de los movimientos autonomos marxistas de todo el mundo. Consultar <http://autonomousmarxism.org>

University of Ottawa Women's Archives, recopila material del movimiento de las mujeres en Canadá e incluye grandes colecciones de materiales de Salario para el Trabajo Doméstico y de las secciones canadienses de Wages Due Lesbians. Consultar <https://biblio.uottawa.ca/en/archives-and-special-collections/womens-archives>

Recursos electrónicos

Wages for Housework NY. Este archivo es un intento de hacer accesible en Internet gran parte del material de WfH, escaneado a partir de ejemplares de los archivos de Lesbian Herstory Archives y de colecciones particulares. El sitio web está disponible desde el otoño de 2017. Consultar www.wagesforhouseworkny.com [Nota: a fecha 1 de diciembre de 2018 el sitio no está disponible].

Caring Labor, una recopilación realizada por activistas de la zona East Bay de California se realizó durante el desarrollo de una campaña que pretendía evitar el cierre de la guardería de un colegio universitario y el despido de ocho trabajadores. Incluye muchos textos de Salario para el Trabajo Doméstico y una amplia gama de escritos sobre trabajo doméstico, cuidado infantil, derechos de bienestar,

feminismos marxistas y otras tradiciones de pensamiento crítico y de las organizaciones relacionadas con el movimiento. Véase <https://caringlabor.wordpress.com/>

The Commoner ha reeditado muchos documentos históricos del movimiento por el Salario para el Trabajo Doméstico y de luchas similares que se desarrollan en la actualidad. Consultar especialmente *The Commoner* núm. 15, invierno de 2012, «Carework and the Commons» [El trabajo de cuidados y los comunes]. Consultar www.commoner.org.uk

Viewpoint ofrece una amplia variedad de textos históricos y debates contemporáneos relacionados con el movimiento por el Salario para el Trabajo Doméstico en *Viewpoint Issue 5: Social Reproduction*. Disponible en: <https://www.viewpointmag.com/>

